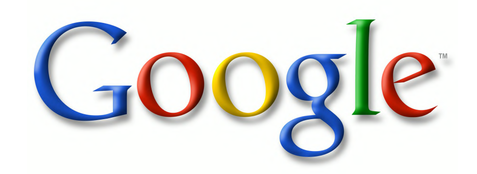
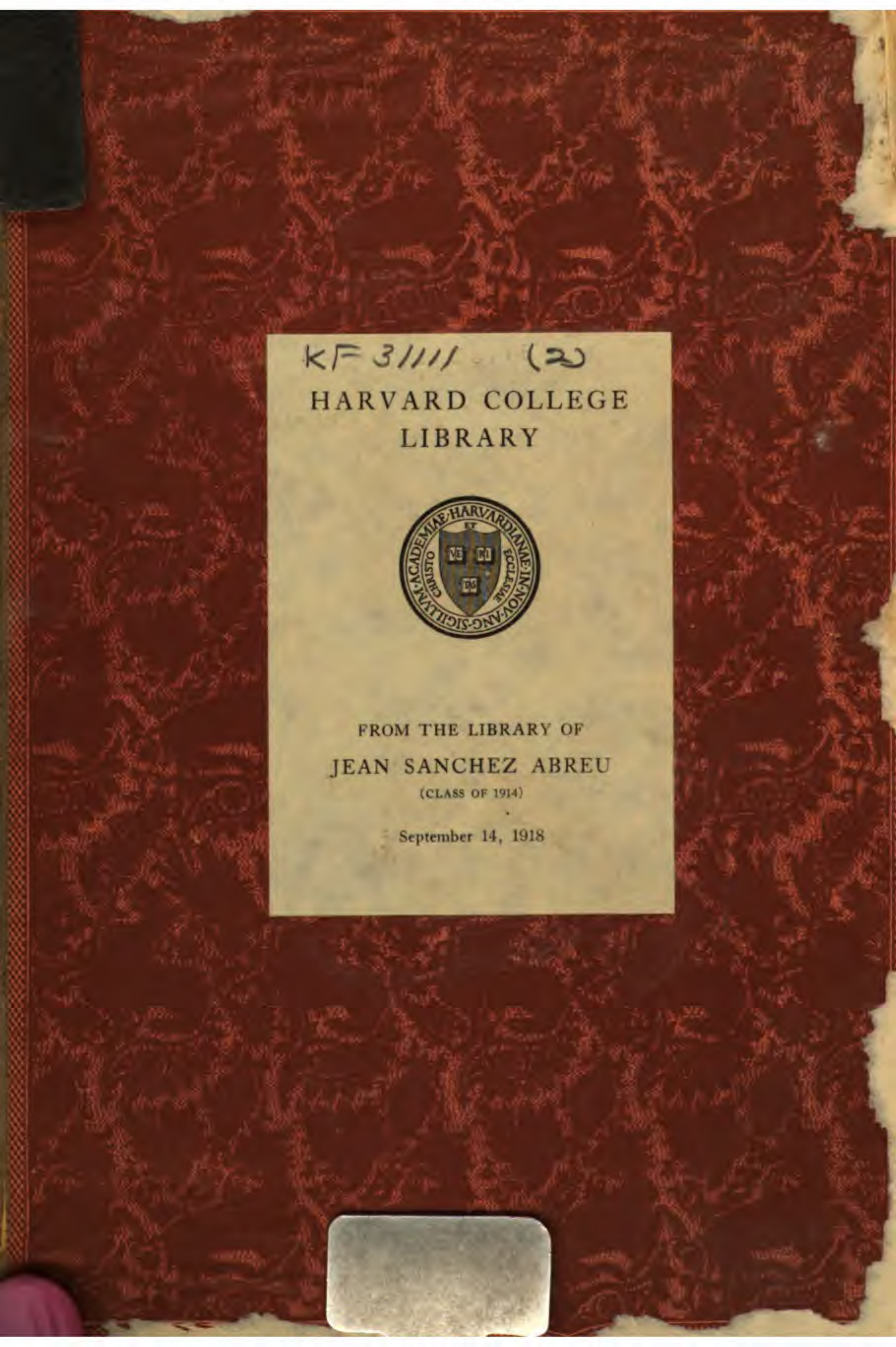
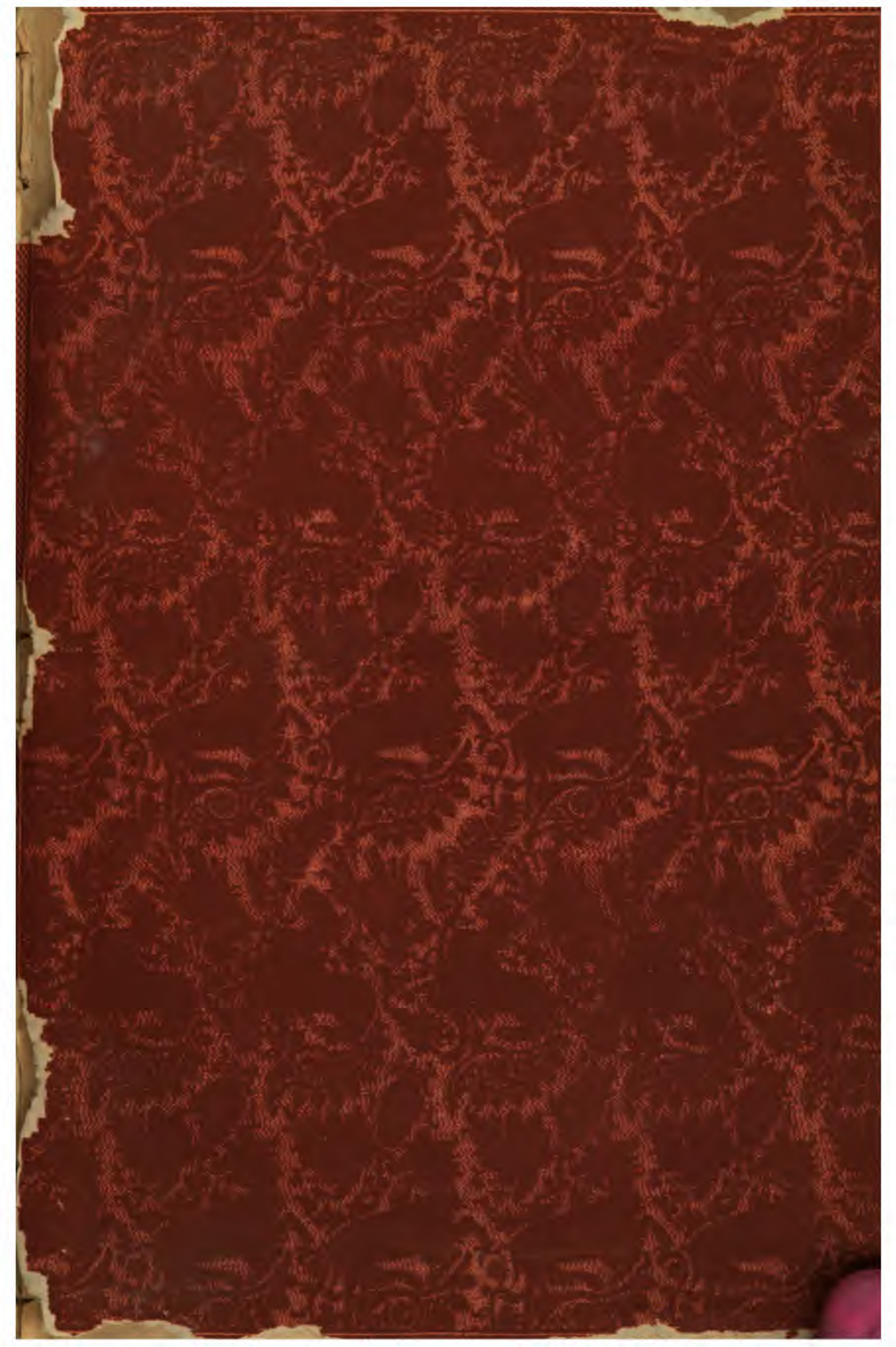



HN 38ZI I





HISTORIA
DE LOS GRIEGOS


MON:AFAR
FA'E:SABER
:D'ALFRI



JARRÓN DE PLATA SOBREDORADA ENCONTRADO EN KERTSCH (PANTICAPEA)
Se conserva en el Museo del «Ermitage» de San Petersburgo

HISTORIA

DE LOS GRIEGOS

DESDE LOS TIEMPOS MÁS REMOTOS HASTA LA REDUCCIÓN DE GRECIA A PROVINCIA ROMANA

POR

VÍCTOR DURUY

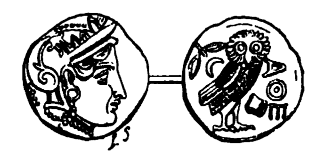
Individuo del Instituto, ex Ministro de Instrucción pública de Francia

OBRA PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

Traducida de la última edición, revisada y aumentada por el autor

POR ENRIQUE LEOPOLDO DE VERNEUIL

TOMO SEGUNDO

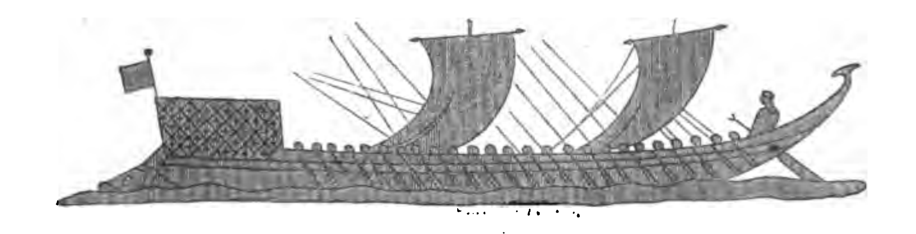


BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NUMS. 309 Y 311

1890



SEGUNDO PERÍODO

DESDE LA INVASIÓN DORIA HASTA LAS GUERRAS MÉDICAS

(1104-490)

AISLAMIENTO DE LOS ESTADOS.—REVOLUCIONES INTERIORES.- COLONIAS

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO XV

INSTITUCIONES GENERALES

I.—EL CUERPO HELÉNICO Y LAS ANFICTIONÍAS

Acabamos de recorrer todo el Mediterráneo desde Licia á Marsella y desde Cirene á la Macedonia, admirando en particular una marcada expansión en el exterior y el aislamiento en el interior. Los griegos pueblan todas las riberas y divídense en tantos Estados como caseríos formaron; la soberanía es á sus ojos esencialmente municipal (1); y para formar un Estado bástales un recinto con su fortificación, donde puedan guardar las mieses y tener en caso necesario un refugio, ó menos aún. Una roca estéril es demasiado vasta para una sola república. La isla de los feacios tenía doce jefes, y Alcinoos no se distinguía apenas entre ellos: es un rey de la edad homérica, pero la Grecia de la historia conservó estas costumbres. Varios islotes, como Peparetos y Amorgos, tienen cada cual dos ó tres ciudades independientes. Los megarenses, al ofrecer su derecho de ciudadanía á Alejandro, vanagloriábanse de no habérselo otorgado á nadie desde los tiempos de Hércules; y cuando, después de Ægos-Potamos, Esparta les pidió aquel título para uno de los jefes que acababan de vencer á su odiosa rival, contestaron: «Hacedle espartano primero y nosotros le haremos megarense después.»

Los dioses son también divinidades locales. Cuando se interrogaba á la Pitia sobre los sacrificios que era preciso hacer y los ritos que debían efectuarse para los

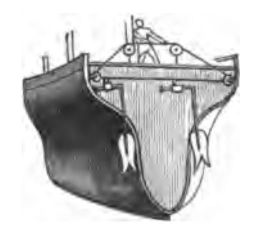
(1) La ciudad es producto esencialmente griego. Véase Taine: *Filosofía del arte*, t. I, capítulo II, 5.

muertos, contestaba: «Conformaos con las leyes de vuestro país.» Sin embargo, había una religión helénica y existía un pueblo griego, pues todos, desde el Olimpo al cabo Tenaro, consideraban como extranjeros y enemigos á los pueblos que no hablaban su lengua (1) y que no tenían sus dioses. «¡Tú nó eres más que un bárbaro, – dice el Pelasgos de Esquilo al heraldo egipcio, -- y te atreves á insultar á los helenos! Semejante audacia prueba que tu espíritu está muy perturbado (2)»



Consejo real: Disputa de Agamenón y Aquiles (3)

Sin duda hay grandes diferencias entre el rudo pastor que adoraba al dios Pan en la Arcadia y el elegante ciudadano de Atenas ó de Mileto; pero mayores son aún las semejanzas. Además de poseer la misma lengua y profesar igual culto, entre ellos hay comunidad moral; el horizonte del uno es inmenso, el del otro limitado, pero ambos ven cosas parecidas, y rechazan lo que se encuentra en las naciones contemporáneas suyas, es decir, los sacrificios humanos, las mutilaciones, la poligamia, la venta de hijos por el padre, como en Tracia y hasta en Roma, y la servil obediencia de un asiático á su gran rey. Los dos quieren combatir desnudos á la vista del público, lo cual sería una vergüenza, según dicen Herodoto y Platón, entre casi todos los bárbaros; y en otro orden de hechos, los dos, poseídos del sentimiento de un origen común, rechazan la idea de que su ciudad pueda ir á confundirse en uno de esos grandes Estados, como los que en Asia se forman tan fácilmente. Por último, los poemas de Homero, que se cantan de un extremo á otro de la Hélade, les sirven de libro sagrado, y representan para ellos la misma patria ideal, la que protege el Júpiter helénico.


Timón de una nave griega

Hay, pues, un pueblo helénico distinto de los bárbaros, pero también tiene, como dice Herodoto (4), un cuerpo helénico, τὸ Ἑλληνικόν; y esta palabra, que significa entonces la raza griega, significará más tarde la civilización (5).

(1) En Grecia se hablaban tres dialectos principales: el jonio, más suave; el dorio, más duro, y el eolio, que participaba de ambos y al que se ha llegado á considerar como el fondo común que sirvió de base para la formación de los otros dos. En el jonio predominan las vocales suaves ε, η en vez de la α y la ο, que son más duras.

(2) Las *Suplicantes*, 914-915.

(3) Fragmento del relieve conocido con el nombre de *Tabla iliaca*, conservado en el Museo del Capitolio (según O. Jahn: *Griechische Bilderchroniken*, tabla I, A). Este relieve, muy mutilado, y peor conservado de lo que se creería á juzgar por nuestra reproducción, fué descubierto en la Vía Apia, en las ruinas de la ciudad de Bovilœ. Sin duda no es anterior al siglo primero del imperio, y probablemente formaba parte del material de la enseñanza, como los mapas, las esferas, etc. Es una especie de resumen ilustrado de la *Iliada*, y los discípulos le tenían á la vista cuando se les interrogaba sobre algún canto ó pasaje del poema. La escena que publicamos está tomada del primer canto (verso 54 y sig.): los griegos armados están reunidos y deliberan; en primer término hállase Agamenón, espada en mano, y junto á él Nestor; los dos acaban de sentarse, y Aquiles avanza por la derecha desenvainando el acero; pero Atenea, de pie detrás de él, le ha cogido por el cabello y le sujeta.

(4) VIII. 144, Tucídides observa en su introducción que esta diferencia era de fecha reciente y que en tiempo de Homero las ideas de *helenos* y de *bárbaros* no eran dos ideas contrapuestas.

(5) Isócrates, *Panegírico*, 50.

Esta manera común de vivir y de sentir debía, en efecto, inclinar á los griegos, á pesar suyo, á reconocer algunas instituciones generales, que á decir verdad tuvieron menos una fuerza coercitiva que una fuerza de atracción y cohesión: me refiero á las anfictionías, á los juegos públicos y á los oráculos.

Las anfictionías eran asociaciones á la vez políticas y religiosas, que formaban, como el nombre lo indica, cierto número de Estados limítrofes, con objeto de regular amistosamente sus mutuas relaciones (1). Los griegos no se elevaron jamás, como no fuese en sus últimos tiempos, hasta la idea de adoptar una constitución federal que redoblase sus fuerzas, reuniendo las de todas las ciudades; pero la idea de una unión fraternal predominó siempre entre ellos, á pesar de las guerras que de continuo les destrozaban. A este espíritu se debe el establecimiento de las anfictionías. En la antigüedad estas ligas fueron numerosas: había una para la Beocia en Onqueste; otra en el istmo de Corinto para Atenas, Sicione, Argos y Megara; una tercera en la isla de Calauria, frente á Trezena, para Hermione, Epidauro, Egina, Atenas, Orcomenes y dos ciudades, Prasias y Naupria, que Esparta y Argos vinieron á sustituir después; y algunas más en el templo de Juno entre Argos y Micenas, en el promontorio Samicón, en la Trifilia, en Amarinto, cerca de Eretria en Eubea, en Delos, en la Jonia, en la Dórida, etc. El antiguo autor del himno homérico á Apolo describe así la fiesta de Delfos: «Allí se reunen los jonios, con sus hijos y castas esposas, vistiendo largas túnicas. Para complacerte, ¡oh dios del plectro de oro!, han instituído concursos de pugilato, de danza y de canto. Aquel que se presentase en medio de la apiñada multitud de los jonios, creería que no han de envejecer nunca, y viendo su gracia, se regocijaría en el alma al contemplar los hombres y las mujeres de esbelta cintura, sus rápidos barcos y sus inmensas riquezas (2). ¡Qué espectáculo ofrecen las vírgenes de Delos, servidoras del dios que lanza sus rayos á lo lejos! Celebran primeramente á Apolo; después á Latona y á Diana, que ama su arco de plata y sus flechas; cantan á los héroes y á las mujeres de los antiguos tiempos, y seducen á la multitud de los mortales (3).»

Un templo era siempre el centro de esas confederaciones, y una fiesta religiosa la época de la reunión de los diputados ó de los pueblos, pues el culto común de una divinidad y la participación en los mismos sacrificios fueron el único lazo que los antiguos griegos quisieron aceptar. Esas ligas no tuvieron nunca la atribución soberana más importante, cual es el derecho de administración.

La más célebre de esas anfictionías fué la que se reunía durante la primavera en Delfos y durante el otoño en las Termópilas, en la llanura de Antela, antes y después de las labores agrícolas (4). Atribuíase á Anfictión, hijo de Deucalión, el establecimiento de este consejo, que, según Estrabón, fué fundado por Acrisios, rey de Argos; pero sea cual fuere su origen, la institución es seguramente antigua, como

(1) *Los Vecinos*, ἀπὸ τοῦ ἀμφὶ κτίζεσθαι, según Valois. M. Wescher (*Estudios sobre el monumento bilingüe de Delfos*) escribe siempre *Anfictiones* para la anfictionía *Délfica*. La *anfictyonia Pilaica*, por relacionarse con el héroe Anfictyón, tomaba la *y;* por lo demás, hállanse las dos ortografías en las inscripciones de Delfos.

(2) Se ve que en las fiestas de Delos el comercio era tan atendido como en las Termópilas.

(3) Versos 143 y siguientes.

(4) En los últimos tiempos las dos asambleas se celebraban en Delfos (véase Wescher: *Estudios sobre el monumento bilingüe*, etc., p. 144). La gran fiesta de Apolo señalábase por la llegada de las teorías que las ciudades enviaban, por la representación de un drama sacro, por cantos, danzas y un concurso de música, y se celebraba el noveno año, ἐνναετηρίς. Más tarde, los juegos Píticos se verificaron en el quinto; la tregua sagrada duraba un año. Véase Foucart: *Memoria sobre las ruinas y la historia de Delfos*, p. 124-230.

lo prueban los nombres de los pueblos que de ella formaban parte y que figuran en número de doce: tesalios, beocios, dorios, perrhæbes y dolopes, magnetos, locrios, enianos, aqueos-fetiotas, malianos, eteos y focenses (1). De estos doce pueblos, siete habitan más allá del monte Eta, lo cual prueba que la época en que se formó la liga fué la de la prosperidad de Tesalia, es decir, el tiempo de la primera civilización griega.

Cada uno de estos pueblos tenía dos votos, formándose así un total de veinticuatro (2), número que se conservó el mismo hasta el tiempo de Augusto, sólo que el derecho de votar se transmitió algunas veces de un pueblo á otro, ó dividióse entre dos partes de uno mismo. Así, por ejemplo, Esparta no tuvo más que uno de los dos votos dorios; Atenas, uno de los dos jonios; y los otros dos pertenecían á los montañeses de la Dórida y á los eubeos. Los locrios ozolios (Amfisa) y los epicnemidios (Oponte) se repartieron también los dos votos de su pueblo; y como á los dolopes se les negó el derecho de anfictionía á causa de sus actos de bandolerismo, sus votos se transmitieron á los perrhæbes. Por último, después de la tercera guerra sagrada, los macedonios fueron admitidos en lugar de los focenses. En la institución anfictiónica, lo mismo que en todas las primitivas, la política se pone bajo la invocación religiosa; entre los antiguos, por otra parte, sobre todo en Grecia, no había acto alguno solemne que no se efectuara al pie de los altares y fuera precedido ó seguido de un sacrificio. Por eso nos será difícil distinguir el carácter religioso del político en las atribuciones del consejo de los anfictiones; y hasta es posible que esta reunión no haya sido al principio sino una fiesta religiosa en honor de Demeter, la diosa que alimenta, cuyo templo se elevaba en las inmediaciones de las Ter-



Efebo armado de halterios pronto á saltar (grabado en un disco) (3)

(1) Me atengo á la lista dada por M. Foucart, que ha practicado tan felices excavaciones en Delfos (*Mem. sobre las ruinas y la hist. de Delfos*, p. 162). Nuevos descubrimientos le han permitido tratar más completamente la cuestión en el *Bol. de la corresp. helén.*, t. VII (1883), p. 439.

(2) Los dolopes, los perrhæbes, los malianos y los eteos contaban entre los cuatro pueblos seis de estos veinticuatro votos, sin que se haya podido determinar cuáles de ellos eran los dos que solamente disponían de un voto cada uno.

(3) Este grabado y el de la página 5 representa las dos caras de un disco existente en el *Antiquarium* del Museo Real de Berlín. Este disco es de bronce, tiene 20 centímetros de diámetro y pesa unos 2 kilogramos: fué descubierto en Egina.

mópilas. Allí se reunía un numeroso concurso de hombres, mujeres y niños, familias enteras que, libres ya de los trabajos de la agricultura, iban á recrearse juntas y á consagrar en los altares de la diosa algún ligero tributo sacado de sus mieses. Otros iban atraídos por la devoción, la curiosidad ó los negocios; y mientras la multitud se entregaba á los placeres ó cambiaba sus comestibles (1), los diputados de las doce tribus unidas deliberaban sobre los asuntos comunes. Porque es preciso distinguir entre estos dos elementos: la asamblea general de todos los individuos presentes de la confederación, ó, como Esquines la llama, comunidad de los anfictiones, á la cual no se consultaba sino en casos muy excepcionales, y el consejo mismo, compuesto de los diputados representantes de los Estados de la confederación, á los cuales se daba el nombre de *Hieromnemonos* y *Pilagoros*.



Efebo disparando el venablo.

Los primeros parecen haber estado revestidos, como su nombre lo indica, de una especie de carácter religioso; créese que les correspondía convocar y presidir el consejo, cuidar de la fortuna mobiliaria é inmobiliaria de Apolo (2), reprimir las usurpaciones que se hicieran á expensas de los dominios del dios, imponer multas á cuantos las cometiesen, y velar por la conservación de los puentes y caminos que conducían al santuario (3).

Los pilagoros ú oradores debían defender en la asamblea los intereses de su pueblo, é ilustrar con sus consejos á los *hieromnemonos;* estos últimos tenían voto deliberativo, y al parecer su número era igual á la cifra de los sufragios: los pilagoros no tenían más que voto consultivo, y por eso su número era indeterminado; unos y otros tomaban el nombre de «sinedres,» *los que celebran juntos una asamblea.* En Atenas, los primeros se designaban por suerte y los segundos por elección.

Al oir hablar de un consejo de la Grecia entera, podría creerse que en Delfos

(1) Estos mercados ó ferias recuerdan los que se establecieron en la Edad media, por las mismas razones, cerca de lugares famosos como puntos de peregrinación, y que fueron como una continuación de antiguas costumbres. Los mercaderes tenían franquicia de derechos (ἀτέλεια), y según se aseguraba, debíanla á Acrisios. Sobre las peregrinaciones de los antiguos, véase Maury, *Religiones de Grecia*, t. II, p. 25 y siguientes.

(2) M. Wescher (*Estudios sobre el monum. bilingüe*, etc., p. 53) calcula que el territorio sagrado tenía una extensión de 11 kilómetros de anchura por 20 á 25 de longitud.

(3) *C. I. G.*, n.º 1698 En el teatro de Baco, en Atenas, se lee en uno de los asientos reservados la palabra ἱερομνήμονος: era el que ocupaba el hieromnemón de dicha ciudad.

residía un verdadero gobierno para dirigir los asuntos generales del país; pero no es así. En todo tiempo, cada Estado griego tuvo completa libertad; y cuando dos millones de asiáticos se precipitaron sobre la Hélade, no se vió á los anfictiones encargarse de dirigir la defensa. No reaparecen ni obran hasta después de la victoria; entonces ponen á precio y consagran á los dioses la cabeza del traidor que había abierto al enemigo las puertas de Grecia. Después erigen en honor de los héroes de



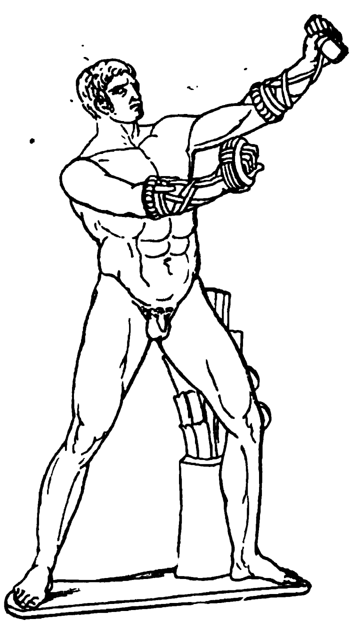
Apolo *Delfinios* (1)

las Termópilas un monumento fúnebre con una inscripción inmortal, y levantan en Delfos las estatuas de Scilis y de su hija Cianė, hábiles buzos que habían ocasionado la pérdida de numerosas naves de Jerjes, cortando bajo las olas los cables de las anclas (2) cuando se aproximaba la tempestad.

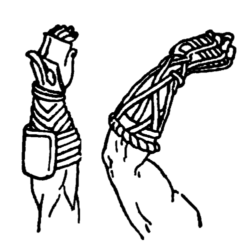
(1) Pintura de vaso, según Lenormant y de Witte, *Monumentos ceramográficos escogidos*, II, lámina VI. Apolo está sentado en un alto trípode, que unas grandes alas elevan suavemente sobre las olas, y varios delfines que se lanzan de las aguas le sirven de séquito; de aquí proviene el sobrenombre *Delfinios*. Está coronado de laurel; con la mano izquierda toca la cítara, y á la espalda lleva el carcaj y el arco. Los viajes del dios, conducido en un trípode, aluden sin duda á las colonias fundadas en cumplimiento de la orden del oráculo de Delfos.

(2) Pausanias, X, 9, 1.

Por estos hechos interpretamos el verdadero carácter de los anfictiones: otorgar recompensas nacionales y erigir estatuas ó tumbas á los que habían servido bien á la patria común, ó lanzar el anatema sobre la cabeza del culpable. He aquí actos verdaderamente anfictiónicos, ya por el género de castigos y recompensas que llevaban el sello de la religión, ya porque esta alta prerrogativa de dispensar castigos y honores era del verdadero dominio del tribunal supremo de la raza helénica, imagen del consejo de los doce grandes dioses.


Estatua de luchador, armado del cesto reforzado. (Museo de Dresde.)

Con este mismo título de tribunal religioso, el consejo de los anfictiones ejercía en el interior de Grecia una especie de suprema justicia de paz y conciliación. Así como en la Edad media el clero se esforzó para refrenar las pasiones violentas, sirviéndose de la institución designada con el nombre de *Tregua de Dios*, así también los anfictiones impusieron á las guerras entre los individuos de la confederación ciertos límites y moderaciones. Estaba prohibido á todo ejército que sitiara una ciudad anfictiónica cortar los conductos ó desviar los ríos que le llevaban el agua; una vez tomada la ciudad, estaba vedado á los vencedores destruirla, y en el transcurso de la guerra se debían conceder treguas para enterrar á los muertos, pues solamente los sacrílegos quedaban sin sepultura. Después de la victoria no era permitido levantar ningún trofeo duradero, á fin de no eternizar los odios, á menos que este trofeo recordara, como los de Salamina y de Maratón, un triunfo sobre los bárbaros. Mandábase respetar á los que se refugiaban en los templos, y se concedía á todos completa libertad para asistir á los juegos públicos, consultar los oráculos y entrar en el templo común á ofrecer sacrificios. Apolo rehusaba contestar á los Estados ó individuos que iban á consultar su oráculo con el fin de conocer los medios de molestar á los helenos. Tal era entre los griegos el derecho de gentes, cuya observancia estaba confiada á los anfictiones y cuya teoría consignará Platón en el quinto libro de su *República*.


Armaduras ligera y reforzada (cestos) del puño. (Copiadas de estatuas de luchadores.)

Estos reglamentos tenían su sanción en verdaderos anatemas. «Si algún particular, ciudad ó nación, se decía, cometiese un atentado, sacrifíquesele á Apolo, Diana, Latona ó Minerva-Pronæa; que la tierra no dé para ellos fruto alguno; que de sus mujeres nazcan monstruos espantosos; que sus rebaños no engendren según el orden de la naturaleza; que sean desgraciados en la guerra y en todos sus asuntos; que perezcan miserablemente con sus casas y toda su raza; y en fin, que sus sacrificios á Apolo, á Diana, á Latona y á Minerva-Pronæa, ofrecidos de una manera ilegal, sean rechazados siempre por estas divinidades.» Pronunciadas estas imprecaciones, el anfictión juraba servirse de su voz, de sus pies y manos, para denunciar, perseguir y castigar al cul-

pable. ¡Infeliz de aquel que violaba los reglamentos anfictiónicos! Para castigarle, el tribunal anulaba por el pronto sus propias leyes de clemencia. En la primera guerra sagrada, en el sitio de Cirra, los anfictiones siguiendo el consejo de Solón, desviaron la corriente de agua que alimentaba la ciudad, y después volviéronla á su cauce envenenada con eléboro. Cuando se hubo tomado Cirra, al cabo de diez años (595), arrasáronla por completo, prohibiendo bajo imprecaciones que su territorio fuese cultivado. Todo griego estaba obligado á responder al primer llamamiento de los anfictiones y ayudar á la ejecución de sus decretos.

Clístenes de Sicione, que los secundó enérgicamente en el sitio de Cirra, obtuvo de ellos en cambio un apoyo eficaz en sus proyectos contra la libertad de su patria.



Carro griego (1)

¿Cuál era el crimen de Cirra? Había ofendido á Apolo Délfico por las exacciones ejercidas sobre los peregrinos que iban á sacrificar ante sus altares. La protección del templo, de su territorio y de las personas que llevaban ofrendas correspondía, en efecto, á los anfictiones. Algunos *teoros* (2) del Peloponeso que atravesaban el país de Megara en dirección á Delfos, habían sido derribados de su carreta por gente del país y arrojados á un pantano, donde algunos de ellos perecieron. El tribunal anfictiónico exigió al punto la muerte de los más culpables y el destierro de los otros. Cuando el templo de Delfos fué destruído por las llamas en 548, los anfictiones contrataron con los Almeónidas su reconstrucción; ellos eran los que administraban los tesoros del dios, prestaban á interés á las ciudades ó á los particulares (3), por lo cual tenían necesariamente mucha influencia sobre el oráculo, y á menudo se les sometieron las cuestiones concernientes á los demás templos. De

(1) Pintura de vaso (según Gerhard, *Auserlesene Vasenbilder*, tab. CCXVII).—El carro va tirado por dos caballos, y el conductor, con el látigo en una mano y las riendas en la otra, tiene su asiento en un lado.

(2) Dábase el nombre de *teorías* á las diputaciones enviadas por las ciudades con algún objeto religioso, y se llamaba *teoros* á los que las componían.

(3) Todos los templos famosos de Grecia eran bancos de depósito, donde se dejaban, bajo la custodia del dios, oro, objetos preciosos é importantes, contratos y hasta testamentos; también eran bancos de préstamos, que hacían valer cuanto era posible los capitales sagrados.

este modo decidieron entre Atenas y Delos sobre la preeminencia en el santuario de Apolo; y los samios, para conservar bajo la dominación romana el derecho de asilo en el templo de Juno, apoyáronse en un decreto de los anfictiones. Después de la victoria de Platea obligaron á Lacedemonia á borrar la vana y mentirosa inscripción que había grabado en una ofrenda (1).

¿Por qué fué tan limitada la influencia de ese consejo á pesar de tales prerrogativas? Porque toda autoridad central ejercida sobre cualquiera cosa independiente de los asuntos religiosos, atemorizaba á las ciudades helénicas, y también porque, á consecuencia de la antigua repartición de los votos, Esparta y Atenas, viéndose en aquella asamblea igualadas con las pequeñas tribus de los alrededores del Pindo, no sentían el menor afecto á una institución que las rebajaba á tal nivel. Hubo un momento en que esa organización estuvo á punto de ser reformada, cuando Lacedemonia, después de Platea, propuso excluir de la unión á los pueblos que no hubieran combatido contra los persas. Temístocles obró con prudencia al hacer que se rechazase aquella medida, que hubiera convertido al Consejo anfictiónico, puesto en manos de Esparta y engrandecido por ella, en un elemento poderoso de dominación.


Grupo de luchadores. Pancracios. (Florencia.)

Durante las guerras Médicas y en los ochenta años que dura la preponderancia de Atenas y de Lacedemonia, la asamblea de Delfos se mantiene inactiva y obscura. después de Leuctres, cuando desempeña el papel más importante una ciudad del Norte de Grecia, se la ve que trata de obrar; Tebas juzga útil apoyarse en ella para obtener una sentencia contra los espartanos. En esa época llega á ser poco á poco un instrumento político del que Filipo sabrá utilizarse.

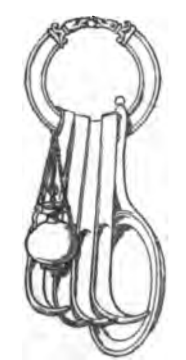
II. — LOS ORÁCULOS Y LAS FIESTAS

Otras instituciones, que tendían de una manera menos marcada á mantener la unidad de la raza helénica, contribuyeron más á ello seguramente: me refiero á los oráculos, á las fiestas y á los juegos públicos. No era por cierto á los griegos á quienes había que presentar esos lazos federativos, tan sólo tolerables para los pueblos dóciles y disciplinados; pero bastaba que se acrecentase la reputación de un oráculo, que se erigiera un templo magnífico donde se ostentara la pompa de las ceremonias religiosas, que se anunciaran los juegos, las fiestas, concursos y luchas, para

(1) Véase más adelante.

que esos hombres crédulos, curiosos, aficionados á las artes, á los espectáculos y á la gloria, mordiendo el cebo de sus gustos y de sus placeres, abandonaran sus pequeñas ciudades tan queridas para correr á sentarse junto á aquellos contra quienes combatieron ayer y combatirán mañana, porque ya no creen ver en ellos por el pronto sino individuos de la familia común.

En la antigüedad, cuando los fenómenos de la naturaleza herían vivamente la imaginación de los hombres, el arte de leer en las entrañas de las víctimas y de interpretar los sueños, el vuelo de las aves y el fragor del trueno eran cosas que formaban parte de la religión y de la política. Tiresias y Calcas eran entonces muy considerados por los reyes. Con los progresos de la sabiduría laica se pensó más en los asuntos de la tierra que en los del cielo; y es ley de la historia que lo sobrenatural pierde á medida que la razón gana.



Objetos de tocador de los pugilistas. (Museo Borbónico) (2)

Pericles y Epaminondas, Tucídides y Lisandro, Eurípides y Aristófanes, que reconocían la fuerza de su espíritu, creían en su razón mucho más que en las palabras obscuras de un adivino ó de un sacerdote; mas para la multitud, la fe en la adivinación era tan firme todavía, que Plutarco la comprende en el número de las opiniones que por el consentimiento universal tienen un carácter de absoluta verdad; y Platón decía (1): «Dios ha concedido la adivinación al hombre para suplir su falta de inteligencia.» He aquí por qué no se reconocía en el espíritu más claro el privilegio de levantar el velo del porvenir. La manifestación de la voluntad divina parecía tanto más esplendorosa cuanto más imperfecto era el instrumento. El ciego y el loco llegaban á ser para la multitud profetas infalibles, con los cuales debía contar la sabiduría del hombre de Estado y la experiencia del general. Las fuentes cuyas aguas perturbaban la economía del cuerpo ó la del espíritu; las grutas de donde se escapaban gases que producían el delirio y las alucinaciones, fueron consideradas como lugares donde la divinidad estaba siempre presente.

La fuente Castalia, cuyas aguas caían límpidas y puras de las rocas Fedriadas, era la fuente santa, donde debían purificarse todos aquellos que iban á consultar al oráculo (3).

Si se exceptúan las encinas proféticas de Dodona, en Epiro, cuyos rumores interrogaban las sacerdotisas entre el ruido de los vientos y de la tempestad (4), no había en Grecia oráculos más famosos que los del antro de Trofonios en Beocia (5) y los del templo de Delfos en la Fócida, debiéndose esto en ambos á una misma causa, á la exhalación gaseosa, recibida aquí por una sacerdotisa y allá por el con-

(1) *Timeo*, 47.

(2) Estos objetos eran un frasco de aceite, raspaderas y una taza plana.

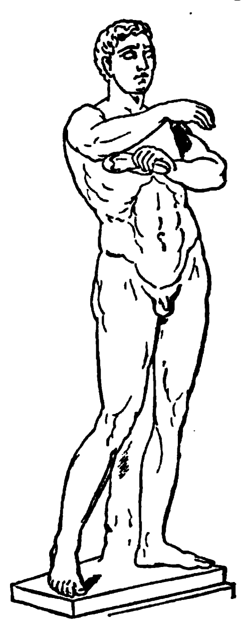
(3) Delante de la fuente donde los peregrinos iban á bañarse hállase ahora una capilla consagrada á San Juan.

(4) Las tres sacerdotisas de Dodona leían el porvenir en el susurro del follaje y en el crujido de las ramas, en el murmullo de una corriente que brotaba al pie de una encina profética, y en los sonidos que emitían los vasos de bronce colgados alrededor del templo. También se consultaban las suertes sacadas al azar de una urna.

(5) Los que iban á consultar el oráculo debían bañarse en el río *Herkyna*, enfrente del cual elevábase el monte Lafistión; á la derecha había una roca cortada á pico y coronada por una ciudadela. Más arriba de un puente veíanse dos arroyos, en los cuales se han reconocido las fuentes *Leteo* y *Mnemosine*, y al pie de la roca existe todavía una especie de cámara rodeada de nichos destinados á las ofrendas ó votos. Tal vez fuera aquel sitio el mismo donde estaba el santuario del *Buen Demonio* y de la *Buena Fortuna*. Pausanias, que consultó el oráculo, nos da cuenta del régimen á que

sultante. Plutarco y sobre todo Pausanias (1), nos han dejado la narración de las extrañas escenas de que el santuario de Trofonios era teatro.

La entrada del antro, recuerdo de aquel en que Apolo había dado muerte á la serpiente Pitón, hallábase en una gruta de menos de tres metros de altura, y cuyo ancho no llegaba á dos. Después de largos preparativos y de un examen riguroso, bajábase de noche con ayuda de una escala; á cierta profundidad no había más que una abertura sumamente estrecha, por donde se pasaban los pies y desde allí el consultante era atraído con extremada rapidez hasta el fondo de la sima, al borde de un abismo. Sobrecogido de un vértigo por la velocidad del movimiento, el miedo y la influencia de los gases, oía aquél rumores terroríficos, mugidos confusos y voces que en medio de aquel ruido contestaban á las preguntas; ó bien veía apariciones extrañas, resplandores que rasgaban las tinieblas, imágenes que eran por sí mismas una respuesta. La imaginación, perturbada por estos prestigios, exaltábase muy pronto; lanzado otra vez cabeza abajo con la misma fuerza é igual velocidad que al bajar, era preciso que el paciente llevase en cada mano tortas de miel, que según los sacerdotes tenían la virtud de preservar de la mordedura de las serpientes de que el antro estaba lleno; pero la verdad es que con ello se quería impedir al consultante que reconociera con sus manos los resortes de todas aquellas máquinas. Uno de los guardias del rey Demetrio, enviado para penetrar aquel misterio, entró en la caverna, pero no salió de ella; habiéndose descubierto algunos días después un cuerpo, que había sido arrojado por una salida secreta: los sacerdotes, adivinando sus intenciones, le inmolaron. La impresión producida por estas apariciones ó por efecto de poderosos narcóticos era á veces tal, que el terror experimentado no se desvanecía ya completamente. Por esto, cuando una persona estaba aquejada de una melancolía incurable, se decía comúnmente «que había consultado al oráculo de Trofonios.»



Estatua de un atleta, limpiándose con el raspador después de la lucha. Apoxiomeno. (Museo Chiaramonte, Roma).

Apolo era menos terrible: para este dios de la luz, intérprete de las voluntades de Zeo, soberano señor de los hombres y de los inmortales, todo pasaba á la luz del sol: solamente la sacerdotisa padecía por la presencia del dios. La autoridad de sus oráculos extendíase más allá de los límites del mundo helénico, hasta la Lidia, el país de los etruscos y Roma, donde también tuvieron mucho crédito los libros de la Sibila apoliniana de Cumas: Cicerón le llamaba oráculo de su tierra, y Delfos fué

---

era menester someterse. Se debía permanecer varios días en el santuario del Buen Demonio, y alimentarse con la carne de las víctimas, bañándose en las aguas del Herkyna. La víspera del gran día, después de celebrarse un sacrificio solemne, conducíase al paciente á las fuentes sagradas: el agua de Leteo hacíale olvidar el pasado y la de Mnemosine le permitía retener en la memoria fielmente todo cuanto iba á ver y oir. La consulta del oráculo se verificaba en una gruta de la cual no se han encontrado vestigios, pero que estaba situada en la montaña. Terminada la consulta, los sacerdotes se apoderaban otra vez del paciente y sentábanle en el *trono de Mnemosine*, preguntándole qué había visto y oído. Solamente entonces devolvíanle á los suyos, que se le llevaban en el estado de que hablaré más adelante.

(1) Plutarco, *Del genio de Sócrates*, 21; Pausanias, IX, 39, 4.

verdaderamente el centro de la religión helénica por el concurso de peregrinos y la importancia de las consultas solicitadas del dios, que parecía estar presente en aquél más que en ningún otro de sus santuarios (1).

Para que la acción divina pareciese más manifiesta, las respuestas de Apolo se daban al principio por una joven sencilla é ignorante, casi siempre aquejada de alguna de esas afecciones nerviosas que parecen comunes en ciertas partes de Grecia (2); pero más tarde se empleó una mujer de cincuenta años de edad por lo



Apolo en el trípode (3).

menos; y como al fin no bastó una sola Pitia para la inmensa afluencia de peregrinos, se pusieron tres. Aquellas infelices eran conducidas, trémulas y trastornadas, hacia una abertura de la tierra, por donde se exhalaban ciertos vapores (4), y

(1) Los templos en que Apolo pronunciaba oráculos eran numerosos. Los más célebres, después de Delfos, eran los de Patara en la Licia, de Claros cerca de Colofón y el de Dédime, cerca de Mileto, que Diocleciano consultó aún en el año 303 de nuestra era. El orden con que los consultantes se presentaban ante la Pitia determinábase por la suerte (Esquilo, *Euménides, initio).*

(2) Pouqueville, *Viaje en Grecia*, t. IV, p. 213.

(3) Pintura de vaso, según los *Monumentos ceramográficos escogidos*, II, pl. 46. – Apolo, coronado de laurel, está sentado en su trípode; con la mano izquierda sostiene su arco y con la derecha un *phiale*. La Pitia está de pie detrás de él con un *œnochoé* en la mano. En la joven que está delante de él puede reconocerse á Creuse ó Manto, hija de Tiresias, que había obtenido de Apolo el don de la profecía.

(4) Ya no hay en Delfos ningún vestigio de exhalación de vapores; pero Grecia está sujeta á los terremotos, y estos fenómenos van acompañados á menudo de desprendimientos de gases Lo que un terremoto pudo hacer, otro pudo deshacerlo. A fin de preparar mejor á la Pitia para el delirio, obligábanla al ayuno, lo cual conduce á las alucinaciones, y hacíanla mascar hojas de laurel, á causa de su virtud narcótica. En el templo de Ceres, en Patras, sometíase al consultante á fumigaciones de plantas narcóticas, como la *datura stramonium*, el beleño, la belladona, la mandrágora, la adormidera, etc. Véase Maury, t. II, p. 494.

allí, sentadas sobre un trípode, donde los sacerdotes las retenían por fuerza, recibían la exhalación profética. Veíase palidecer su semblante y agitarse sus miembros por movimientos convulsivos; al principio sólo proferían quejas y lamentos prolongados; pero muy pronto, con los ojos brillantes, la boca llena de espuma y el cabello erizado, pronunciaban, en medio de gritos de dolor, palabras entrecortadas é incoherentes, que se recogían cuidadosamente, y en las cuales el sacerdote á quien se encargaba poner la contesta ción en verso, ingeniábase, engañado á su vez por su fe en el oráculo, para encontrar la revelación del porvenir que el dios enviaba envuelta en aquellas frases. Gracias al inmenso concurso de peregrinos, los sacerdotes podían estar al corriente de todos los asuntos de los gobiernos, y hasta de los particulares; y lo que así averiguaban permitíales dar á sonidos inarticulados una significación que el temor ó la esperanza aceptaban, y que la fe realizaba á menudo. Esa fe de los griegos no era inerte, como el fatalismo de los orientales, y hay grandes probabilidades de buen éxito cuando se cree tener á los dioses por cómplices. Con harta frecuencia fueron éstos también instrumentos voluntarios ó interesados de los jefes de la nación. Si Demóstenes pudo acusar á la Pitia de haberse inclinado en favor de Filipo, mucho más á menudo favoreció á los helenos. En los grandes peligros que amenazaron á Grecia sus contestaciones fueron siempre patrióticas, á pesar de su ambigüedad, y más propias para infundir esperanza que para desanimar á los griegos. En Olimpia los adivinos no eran libres de pronunciar una profecía contraria á los helenos.


Apolo y la Pitia (1)


Discóbolo (Roma, Vaticano)

Los oráculos fueron también con mucha frecuencia guardianes de la moral privada. Glaucos quiere retener un depósito que le ha sido confiado, y la Pitia le hace ver las desgracias reservadas al perjuro. Los sibaritas matan á un flautista refugiado al pie de los altares, y aquélla les anuncia la venganza de los dioses, que ya llega y será la causa de la destrucción de su ciudad. Un hombre abandona cobardemente á su compañero, atacado por bandidos, y la Pitia rehusa contestarle. Al preguntarle cuál es el más feliz de los hombres, responde: «Fedios, que acaba de morir por su patria,» y otorga su preferencia no á Gigés, soberano de un poderoso reino, sino al pobre anciano que cultiva en paz un reducido campo

(1) Piedra grabada, perteneciente al Museo de Berlín (según Muller-Wieseler, *Denkmaler der alten Kunst*, II, tab. XII, n.° 134 *c*). — Apolo está sentado en un altar adornado con guirnaldas de laurel y tiene su lira en la mano izquierda. De pie, junto á él, la Pitia se apoya en un bastón.

en el fondo de la Arcadia. La sacerdotisa corrige á los orgullosos: Anacarsis pretende ser el más sabio de todos los mortales, y Megara se cree la primera de las ciudades



Apolo Musageto (1)

griegas; el oráculo, al contestar á sus preguntas, atribuye la suprema sabiduría á un

(1) Estatua del Vaticano, descubierta con las nueve Musas en la quinta de Casio, en Tívoli (copia de una fotografía). Es tal vez copia de una obra célebre de Scopas, que Augusto mandó trasladar al Palatino, y que los poetas romanos cantan á porfía (Propercio, III, 29, 15; Tíbulo, III, 4, 23-40; Ovidio, *Amores*, I, 8, 59; *Metamorfosis*, XI, 165). «El dios, coronado de laurel, canta acompañándose de la cítara, con la cabeza alta, la vista fija en el cielo y el cuerpo animado con un ligero movimiento de baile; presenta todas las señales, discreta pero claramente indicadas, de la inspiración que llega hasta él y del entusiasmo de que está poseído.» (Decharme, *Mitología de la Grecia antigua*, p. 128). Sobre uno de los montantes de la cítara está esculpido el sátiro Marsías, colgado de un árbol, desnudo y á punto de sufrir el suplicio.

oscuro montañés del Eta, y solamente concede á Megara el décimo lugar en la Hélade. En el frontis del templo se había grabado en letras de oro esta palabra, origen de toda moral: «Γνῶθι σεαυτόν,» y esta otra: «Μηδὲν ἄγαν (1).» En todo se aconseja la medida ó la moderación en los deseos, el equilibrio entre las facultades, y la vida del espíritu bien ordenada. El dios de Delfos, que ilumina á las almas al mismo tiempo que al mundo, merecerá ser al fin para los paganos el dios universal, aquel que Aureliano llamará *deus certus*, y que será adorado por Juliano. Pero al intervenir así en los asuntos humanos, el dios se exponía á comprometer su autoridad, por mucho que embozara á menudo sus respuestas, cuando los hechos venían á contradecir evidentemente el oráculo y al revelar el porvenir, provocaba la tentación de



Carrera de caballos (2)

valerse de todos los medios para apartar las amenazas ó realizar las esperanzas. De eso resultaban á veces crímenes, como lo demuestran las leyendas de Edipo, de Orestes y de Cipselos.

Observemos, sin embargo, que los oráculos suponían la creencia en la intervención directa de los dioses en los asuntos humanos, y de consiguiente en una acción de la Providencia contraria á la fatalidad. Para los antiguos griegos, las oraciones y los sacrificios tenían por objeto alcanzar la protección de los inmortales; creían que las Erinias castigaban los crímenes de los hombres; y con esta doble convicción, la moral estaba en salvo. Los estoicos son los que han presentado el destino como doctrina filosófica; pero, feliz contradicción, el estoicismo acaba por ser una gran escuela de moral, como ha sucedido con los calvinistas, á pesar de su sistema de la predestinación, y con los jansenistas, á pesar de su doctrina de la gracia. El corazón corrige con frecuencia en el hombre los errores de la lógica.

Los griegos gustaban mucho de los oráculos. Pueblo curioso é impaciente, quería saberlo todo, incluso el porvenir; agradábale el enigma, porque ejercitaba la sutileza de su espíritu; pero complacíanle también la pompa y el brillo de las fiestas, tan brillantes bajo su hermoso cielo, y señalaba con solemnidades religiosas las grandes fases de su existencia nacional, como los fenómenos de la vida natural y moral que le parecían un beneficio, un consejo ó una amenaza de los dioses.

Platón veía en estas solemnidades, junto á la razón religiosa, un motivo social.

(1) Pausanias, X, 24. Hesiodo había dicho *(Los trabajos y los días)*: «No saben que con frecuencia la mitad vale más que el todo,» ὅσῳ πλέον ἥμισυ παντός.

(2) Pintura de un vaso que representa la llegada de los luchadores á la meta, en donde son recibidos por el juez de la lucha.

«Los dioses, dice, compadecidos del género humano, al que la naturaleza condena al trabajo, concediéronle intervalos de reposo con la sucesión regular de las fiestas instituídas en honor suyo (1)» A los griegos les agradaba tanto esta razón, que multiplicaron los intervalos hasta el punto de igualar casi el reposo con el trabajo. Se ha contado que en Atenas se dedicaban más de ochenta días del año á las fiestas y á los espectáculos públicos.

Estas diversiones, sin embargo, no eran el inútil descanso de una multitud perezosa como la plebe de Roma en tiempo de los Césares, sino que formaban parte de la religión y del culto nacional (2); eran la gran escuela del patriotismo y del arte, y hasta de la moral. «Las musas, dice Platón, y Apolo, su jefe, presiden las fiestas y celébranlas con nosotros.» No se admitía al criminal; pero el pobre, y hasta el esclavo, eran dueños de asistir á ellas. En las grandes Dionisias de Atenas dejábase libres á los prisioneros para que pudieran celebrar ellos también la alegre fiesta del dios, que destierra los pesares y devuelve la libertad al espíritu y á la palabra. En tales ocasiones el esclavo no tenía amo, ni el cautivo guardianes. En Creta era costumbre que los señores sirvieran á la mesa á sus criados el día de las Hermeas.

Cada ciudad tenía sus fiestas particulares y reservaba para estas solemnidades un lugar destinado á los habitantes de una ciudad aliada, de una colonia ó de la metrópoli. Apenas comenzaba el servicio del dios, dejábase de tratar los asuntos del Gobierno; los tribunales se cerraban, aplazábanse los pagos, las ejecuciones contra deudores ó criminales, é incluso en Esparta, hasta las resoluciones que más importaban á la seguridad del Estado: no se quería servir á la vez á dos amos, al pueblo y á los dioses. Demóstenes cita una ley de Atenas que castigaba la violación del reposo en los días feriados (3), considerando como crímenes contra el Estado los delitos cometidos en perjuicio de personas que desempeñasen algún cargo oficial en aquellas fiestas y ciñeran «la corona, signo de la autoridad pública (4).»

Del mismo modo que en nuestra Edad media, las corporaciones, los oficios, y hasta la edad y el sexo, tenían sus patronos y sus fiestas especiales. En Atenas teníanlos, por ejemplo, los marineros, los herreros y otros muchos; en Esparta, las nodrizas, y en diversos lugares, los esclavos. Para los jóvenes de ambos sexos y las mujeres casadas había devociones particulares, y las familias tenían sus santos, á los que llamaban héroes ó demonios, lo cual no impedía practicar en los altares de los dioses comunes los ritos ordinarios para los nacimientos, los matrimonios y la muerte.

También, como en la Edad media, el clero abría en determinados días las iglesias para entretener algunos instantes á los fieles con fiestas poco edificantes. Delos tenía ritos burlescos: rezadas sus oraciones, el peregrino debía dar la vuelta al gran altar de Apolo, sufriendo los latigazos de los sacerdotes, y morder después el tronco del olivo sagrado con las manos sujetas á la espalda. Una ninfa de Delos, dice Calímaco (5), fué la que imaginó este juego para divertir al joven Apolo en su infancia.

---

(1) *Leyes*, II, 1.

(2) Y á veces hasta de la diplomacia. Al enviar Teos una diputación á los habitantes de Knosse, quiso que la acompañase un hábil músico, que tocó allí los aires de antiguos poetas; y á otra ciudad cretense llevó una compilación de todos los textos en verso ó en prosa que interesaban á la historia y las antigüedades poéticas de Creta (*Corp. inscr. Græc.*, núms. 3035 y 3057). ¡Cuán artista y poeta era aquel pueblo!

(3) *Contra Timócrates*, 29.

(4) Es la base de la defensa de Demóstenes *contra Midias*. La corona era de mirto para los magistrados y los oradores oficiales en el ejercicio de sus funciones. Durante las fiestas, los coregos se adornaban á veces con una corona de oro.

(5) Himno á Delos, 300.

No hablaré más que de tres de estas fiestas: una de ellas nos muestra el lado vergonzoso y orgiástico del antiguo naturalismo; otra, la magnificencia de las pompas religiosas; y la tercera las ideas morales, que tan rara vez se mezclaban con el culto pagano. Estas fiestas son las de Dionisos ó Baco, las grandes Panateneas y las Tesmoforias.

«En otro tiempo, dice Plutarco (1), la fiesta de Baco se caracterizaba por una sencillez no exenta de alegría: á la cabeza del cortejo llevábase una cántara llena de vino y coronada de pámpanos; detrás iba un macho cabrío, y en pos de éste uno de los asistentes cargado con un cesto de higos; y en último término, un hombre llevaba el *falo*, símbolo de la fertilidad.» Baco presidía los trabajos campestres, que



Apolo y Dionisos (2)

en un país poco abundante en trigo tenían principalmente por objeto el cultivo de la vid. También era el dios de la uva por excelencia, y á cada fase de la vegetación del fruto ó de la fabricación del vino correspondía una Dionisia. La proximidad de las vendimias anunciábase por la procesión y por varios juegos. Algunos jóvenes, vistiendo el largo ropaje de Jonia, llevaban cepas con sus racimos, y ramas de oli-

(1) *Del deseo de las riquezas*, 9, véase Aristófanes *Acharn.*, 242 y sig.

(2) Pintura de un vaso de Kertsch (Panticapea), según las Actas de la Comisión arqueológica de San Petersburgo. 1861. tab. IV. En este magnífico vaso el artista ha representado el regreso de Apolo á Delfos (ἐπιδημία) y su encuentro con Dionisos. El dios abandonaba durante el invierno sus santuarios de Delfos y de Delos, y trasladábase á la región serena de los Hiperbóreos (véase p. 22). En las cimas del Parnaso y en el antro Coriciano resonaban entonces los gritos de las bacantes y de los sátiros, alegres compañeros de Baco. La primavera volvía á conducir al dios de la luz á sus templos favoritos, cerca del omfalos y del trípode de Delfos, junto á la palmera de Delos. En Delfos, Baco salía á su encuentro, y renovaba en cierto modo con el esplendente dios el tratado de amistad y alianza que los unía. En el vaso de Kertsch, Baco, con traje de fiesta, coronada la cabeza de yedra y el tirso en la mano, ofrece la diestra al dios de Delfos; y este último, joven tranquilo, vistiendo un *himatión*, que deja en descubierto toda una parte del torso, oprime la mano de Baco. Va coronado de laurel, y lleva una rama de la misma planta en la mano izquierda. En el centro se ve el onfalos, y á un lado el trípode, que sirve para señalar el lugar de la escena; la palmera que se halla en el fondo es una alusión al santuario de Delos, que vuelve á ser honrado por su señor. Bacantes y sátiros se asocian á la alegría de su dios, ciñéndose todos coronas de laurel; unos tocan la cítara, otros la doble flauta y los demás golpean el tímpano. A la derecha una bacante pone un almohadón sobre el sitial destinado á Apolo.

vo, de las que pendían todos los frutos entonces ya en sazón, y durante su marcha cantaban: «Ramas divinas, de vosotras se destilan la miel, el aceite y el néctar puro que llena la copa, en cuyo fondo se encuentra el sueño.» La fiesta terminaba por carreras á pie, en las cuales el vencedor recibía como recompensa un vaso lleno hasta el borde.

Otra fiesta se celebraba cuando llegaba el día de prensar la uva; consistía, en primer lugar, en las libaciones de vino dulce, después de las cuales se celebraba el más suntuoso festín que pudiera darse. Los que á ella asistían no se olvidaban de honrar al dios, consumiendo hasta la saciedad sus donativos, y al final verificábase una solemne procesión. Medio embriagados, todos los asistentes ocupaban los carros que antes habían servido para conducir los frutos, y oculta la cabeza bajo los pámpanos, la yedra ó el follaje, y vestidos con pieles de animales ó trajes extraños recorrían los pueblos, bromeando alegremente, como se hacía en otro tiempo en nuestros días de carnaval. Varias mujeres, que tomaban su nombre y que eran más particularmente devotas del dios de la fecundidad, las bacantes ó ménades, formaban grupo aparte y llevaban en la mano tirsos ó *falos*. En ciertos parajes levantábanse tablados, delante de los que se detenía el cortejo, y uno de los asistentes subía á ellos para recitar un ditirambo celebrando las aventuras del dios del vino y de la alegría. Los coros contestaban desde abajo, y los panes, los silvanos y los sátiros bailaban alrededor, mientras que Sileno, montado en un asno, bebía sin cesar. Un macho cabrío, el animal lascivo, constituía la recompensa del que había compuesto los cantos para la fiesta y era inmolado como víctima en el altar del dios (2).



Sátiros levantando la imagen rústica de Dionisos (1)

(1) Relieve de una lámpara de barro cocida, según Bartoli y Bellori, *Veterum Lucernæ sepulcrales*, parte II, fig. XXVIII (en el *Thesaurus Græcarum antiquitatum* de Gronovio, tomo XII).

(2) En un sarcófago descubierto cerca de Roma, en la Vía Salaria, en la cámara sepulcral de los Licinio Crasso, donde se hallaron otros seis, represéntase una escena báquica. (Véase *Notizie degli scavi di antichitá*, 1885, p. 42 y 43). En la escuela de Bellas Artes de París existe un modelado en relieve que reproduce esta escena.— El artista representó á varios sátiros y bacantes bailando al son del *tímpano*. A la izquierda se ve un sátiro acompañado de una pantera, á la cual hace morder el ropaje flotante de una ménade, que baila con la cabeza echada hacia atrás, apoyándose sobre su tirso, y con el tímpano en la mano izquierda. Después sigue la cestita mística, de donde sale la serpiente. Entre la cestita y el altar, engalanado con guirnaldas, en las cuales se han puesto dos máscaras báquicas, un sátiro baila; tiene en la mano derecha el *pedum*, y en el hombro izquierdo lleva su ropa y una piel de pantera, viéndose á sus pies la *syrinx*. Detrás se halla una bacante medio desnuda, que toca el tímpano sobre un altar donde brilla una llama. Más lejos están Pan y Sileno; el primero, con su *pedum* en la mano izquierda, lleva en la derecha un racimo de uvas que una cabra trata de morder, una bacante la separa de Sileno. Este último, abotagado por la embriaguez, apóyase en un sátiro. Una pilastra con un jarrón y una bacante cierran la escena por la derecha.

Esas mascaradas burlescas, esos diálogos obscenos, esos cantos piadosos y avinados, dieron origen á la comedia y á la tragedia (1). Tespis y Frinicos confiaron el ditirambo á un solo personaje y agregaron relatos al himno santo; Esquilo añadió un diálogo y una acción, ejecutada por varios personajes; y así nació el arte dramático, que tiene por padre á Esquilo.

Las Antesterias, ó fiesta de las flores, que duraba tres días, verificábanse en la primavera, después de la fermentación, cuando se abrían por primera vez las vasijas que encerraban el vino nuevo. Entonces ofrecíanse á los dioses algunas gotas en libaciones, y se distribuía en abundancia (2) á los vecinos, á los jornaleros y á los esclavos. En Atenas se celebraba un festín público, presidido por el arconte-rey, cuya mujer desempeñaba un papel importante en la ceremonia, puesto que como personificación de la ciudad y como esposa mística de Baco conducía en un carro al templo de Limnæ un ídolo viejo del Dios. Otras mujeres, vestidas de ninfas, de horas y de bacantes formaban el cortejo nupcial, que rodeaba á los dos esposos hasta el santuario donde iba á celebrarse la santa unión, el ἱερὸς γάμος, de Baco y Atenas (3).



Procesión báquica (4)

Esas fiestas eran las de la alegría; las bacanales fueron las del sentimiento y del dolor: verificábanse por la noche, en el solsticio de invierno, cuando la vid, resecada y como muerta, representaba al dios alejado ó impotente. Las mujeres solas, las bacantes ó las furias, practicaban esos ritos salvajes en la falda del Parnaso y en las cumbres del Taigeto, ó en las llanuras de Macedonia y de la Tracia. Entre los dorios, esas mujeres guardaban cierta moderación, pero en Beocia, descabelladas y medio desnudas, corrían á la luz de las antorchas y al son de los címbalos, profiriendo gritos salvajes y entregándose á violentos arrebatos. La exaltación nerviosa producía el desorden de los sentidos, de las ideas, de las palabras y de las actitudes; la obscenidad tomaba el carácter de un acto piadoso. Cuando las bacantes bailaban desatentadas, con locos movimientos, llevando serpientes alrededor de los brazos y en la mano el puñal ó el tirso, con el cual herían á diestro y siniestro; cuando la embriaguez y la vista de la sangre exaltaban hasta el delirio á las furiosas mujeres, era señal de que el dios obraba en ellas, consagrándolas sacerdotisas de su culto. ¡Desgraciado del hombre que sorprendiera sus misterios, pues destrozábanle al punto! Hasta los animales eran descuartizados por ellas, que devoraban su carne palpitante y bebían su sangre (5).

Este culto orgiástico no fué nunca popular en Atenas. Las grandes Panateneas eran la solemnidad por excelencia; duraban cuatro días y celebrábanse en el tercer

(1) Κωμῳδόν, por caseríos, τράγου ᾠδή, el canto del macho cabrío.

(2) Pseudo-Demóstenes, *Contra Neæra*, 73.

(3) Sobre la fiesta de las Antesterias, véase *Gaceta Arqueológica*, 1879, p. 8 y sig.

(4) Baco, con un tirso adornado de cintas, va en un carro tirado por una pantera y una cabra, y delante se ve á Cupido; junto al carro, una ménade toca el tímpano, y un sátiro los crótalos. En la inscripción ΕΠΙ Α ΑΙΛ ΠΙΓΡΗΤΟC ΑCΙΑΡ ΛΑΟΔΙΚΕΩΝ ΝΕΩΚΟΡΩΝ. Medallón de bronce con la efigie de Caracalla, acuñado en Laodicea de Frigia, neócara, bajo la autoridad del asiarco Lucio Eli Pigres.

(5) Véase las *Bacantes* de Eurípides.

año de cada olimpíada, desde el 25 al 28 del mes *hecatombeon* (julio-agosto) (1). Era al mismo tiempo la fiesta de Atenas y la de todas las tribus del Atica, que al pie de su altar se habían unido en un solo pueblo; y era también la fiesta de la guerra y de la agricultura, de todas las cualidades físicas y de todos los dones de la inteligencia. En honor de la diosa que llevaba la lanza, pero que había creado también el olivo y enseñado las artes, celebrábase una danza armada, siguiéndose á ésta carreras de carros, luchas gímnicas, en las que las recompensas para los vencedores eran vasos pintados, llenos de aceite de los sagrados olivos; y ejercicios ecuestres en que los jinetes llevaban antorchas encendidas hasta el altar de Eros, símbolo del amor que aviva la inteligencia. Después se recitaban versos de Homero ó de algún poeta heroico y se celebraba el concurso de música; y por último, el ciudadano que había merecido bien de la patria recibía una corona á la vista de la multitud, que había acudido allí desde todos los puntos de Grecia. Este acto agregaba una santa y pura emoción á las producidas por aquella hermosa solemnidad. Consagrábanse al menos quince días á los preparativos para la fiesta de las grandes Panateneas y durante este período, que se denominaba ἱερομηνία, prohibíase todo trabajo civil.


Hermes presentando el niño Baco á Sileno (2)

El friso del Partenón, «el templo de la Virgen,» representa todavía por medio de esculturas magníficas, aunque mutiladas, la cabalgata de las antorchas, la carrera de carros y la procesión del *peplos*, ó velo con que se cubría la estatua de madera que figuraba Atenea y que se creía caída del cielo. Tejido ligero, lleno de bordados de oro, aquel velo se confeccionaba un año antes por jóvenes nacidas en las más nobles casas, las ἐργαστῖναι. Mientras duraba el trabajo, estas jóvenes permanecían sobre el Acrópolis, en el Erecteyón, vestidas de blanco y engalanadas con una túnica bordada de oro. Los más ricos ciudadanos se disputaban como una obra pía el derecho de atender á su subsistencia.

En un pasaje de su tragedia de *Ion* (3), Eurípides describe el decorado interior del Partenón, es decir, lo que se ha llamado cámara de la Virgen. Bajo techo entreabierto se extiende un tapiz maravilloso que representa lo siguiente: Urano reune los astros en medio de la bóveda celeste, y el sol dirige sus fogosos corceles hacia el poniente, donde se ven los últimos fulgores del día, siguiéndole la brillante estrella de Hesperos. La Noche, cubierta de obscuros velos, apresura su marcha, y las

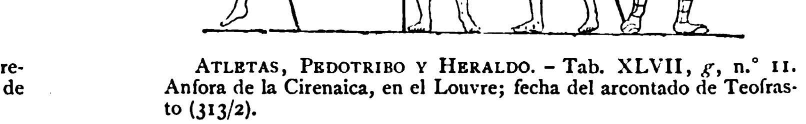
(1) Este mes era el primero del año ateniense. Las pequeñas Panateneas se celebraban todos los años.

(2) Cráter de Vulci, conservado en el Vaticano (según una fotografía.—Véase *Museo Etrusco Gregoriano* II, tab. XXXVI, 1.ª)—Hermes, que se reconoce por su petaso y su caduceo, entrega el niño Baco á Sileno; este último está sentado, y tiene su tirso en la mano izquierda. Dos mujeres, sin duda dos ninfas, cierran la escena á izquierda y derecha. Véase el célebre vaso del Museo de Nápoles que lleva la firma del ateniense Salpión: Hermes, seguido de dos sátiros y una bacante, confía el joven Dioniso á las ninfas (Museo Borbónico, I, tab. XLIX).

(3) Versos 1141-1165.



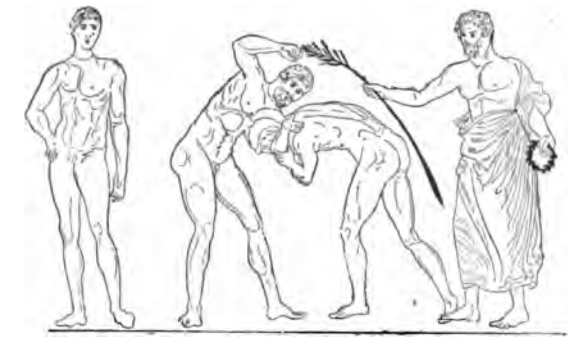
Carrera armada. – Tab. XLVIII, *g*, n.° 9. Anfora de la Cirenaica, existente en el Louvre; fecha de la época del arcontado de Kephisodoros (323/2).



Atletas, Pedotribo y Heraldo. – Tab. XLVII, *g*, n.° 11. Anfora de la Cirenaica, en el Louvre; fecha del arcontado de Teofrasto (313/2).



Pugilato. – Tab. XLVIII, *e*, n.° 2. Anfora de Ceré, existente en el Museo Británico; fecha del arcontado de Pitodelos (336/5).



Lucha. – Tab. XLVIII, *f*, n.° 5. Anfora de Capua, en el museo Británico; fecha del arcontado de Niketes (332/1).

JUEGOS Y LUCHAS DE LAS PANATENEAS. Según las ánforas panateneicas. Monumentos del Instit. Arqueol., X, tab. 47 y 48 n. Annali 1877, p. 294; 1878, p. 276

estrellas forman el cortejo de la diosa. La Pléyade avanza á través del éter, con Orión, y sobre ellos, la Osa arrolla su cola luminosa alrededor del polo de oro. La Luna, que divide los meses, brilla de lleno en las alturas celestes; las Híades, que no engañan nunca al piloto, anuncian la tempestad, y la Aurora, mensajera del día, ahuyenta á los astros de la noche (1). En las paredes del templo, varias tapicerías representan bárbaros en sus galeras bien construídas, combatiendo contra las de los griegos; y también monstruos, mitad hombres mitad animales, cacerías á caballo, persecución de ciervos y de leones. En la entrada, Cécrops, cerca de sus hijas, desarrolla sus repliegues tortuosos. Este tapiz era ofrenda de un ciudadano de Atenas. (2)

El día de la fiesta de Minerva, los magistrados, guardianes de las leyes y de los ritos sagrados, abrían la marcha; detrás de ellos iban las vírgenes, cargadas con los vasos necesarios para los sacrificios, varias jóvenes llevando las canastillas sagradas, *canéforas* (3), y seguían las víctimas de cuernos dorados, siempre numerosas, pues cada colonia de Atenas enviaba un buey, para que sus conciudadanos tuvieran derecho de asociarse á la fiesta y al festín sagrado. En último término iban músicos tocando la flauta y la lira, un grupo de ancianos que llevaban una rama de olivo, los jinetes y los carros, y la inmensa multitud del pueblo cargada de ramos de mirto. Aquel día, hasta los cautivos quedaban libres, á fin de que no hubiese en la ciudad persona alguna que no pudiera festejar á la diosa casta y libre, puesto que se había conservado virgen.



Aparición de la Aurora (4)

Las Tesmoforias, ó fiesta de las legisladoras, tenían otro carácter. La idea de la ciudad particular cedía su puesto á la de la sociedad común de los hombres, la publicidad al misterio, la multitud á un grupo escogido de oficiantes. Las Panateneas eran la fiesta de Minerva y de Atenas; las Tesmoforias, la de la familia y de la vida social, gobernadas por las santas leyes que «las grandes diosas» habían fundado sobre la agricultura y la propiedad. La idea tan compleja de la fecundidad tenía entre los antiguos muchos representantes. Mientras que Venus había quedado reducida poco á poco á no expresar más que el placer, y Baco la orgía, Demeter se con-

---

(1) De Ronchaud, *La tapicería en la antigüedad*. El autor cree que el decorado descrito por Eurípides era permanente, pero se le ha contestado que en tal caso la oscuridad habría sido completa en el *naos*, y que al referir el poeta el sacrificio de Ion, no habla, muy probablemente, sino de un decorado temporal, como el que se pone en nuestras iglesias. De todos modos, el libro de M. de Ronchaud es muy curioso y ha sacado del todo á luz un arte en que no se fijaba lo suficiente la atención.

(2) Cécrops se le representa mitad hombre y mitad serpiente.

(3) Los *metecos* tenían un lugar separado y ejercían funciones inferiores; sus hijas llevaban sombrillas para preservar del sol á las canéforas, y estaban encargadas de los vasos de aceite que debían ser la recompensa de los vencedores. Los vasos panateneicos eran de arcilla, pero adornados con pinturas. Más tarde se agregaron carreras de carros en el Hipódromo, cerca del Pireo, y regatas de trirremes.

(4) Pintura en el fondo de una copa (según Gerhard, *Gesammelte Abhandlungen*, VIII, 3).— Eos, con el cetro en la mano y de pie en un carro tirado por caballos alados, sale del Océano. En el cielo brillan aún la luna y varias estrellas.

servaba como imagen de la castidad fecunda, como la diosa que hacía prosperar las familias por las costumbres honradas, y mantenía los campos fértiles con un trabajo ordenado. En el fondo de su culto se hallaba la idea de la generación; pero, según la naturaleza y la ley moral, no para el desorden y el arrebato de los sentidos: su sobrenombre por excelencia era el de legisladora (1).

Las Tesmoforias se celebraban en muchos países, pero en ninguna parte con tanto esplendor como en Atenas. Verificábanse en la época de la siembra de otoño, y solamente oficiaban las mujeres casadas (2), después de haberse preparado para ello durante varios días por el ayuno, la abstinencia y purificaciones, que comunicaban un carácter casto y piadoso á ritos que habría sido fácil hacer degenerar en licencia (3). A los hombres se les excluía rigurosamente de ciertas ceremonias practicadas por la noche.

La carrera de las antorchas era una fiesta más sencilla, pero de un sentido profundo. En el fuego del altar erigido á Prometeo en la Academia, encendíanse antorchas y la victoria quedaba por aquel que después de una rápida carrera volvía al altar con la suya encendida. La fiesta recordaba que el Titán había dado á los hombres el fuego, principio de todas las artes, y que no debían dejar que se apagara. Con este recuerdo mezclábase otro mitológico, la leyenda que atribuía al Titán, como á Vulcano, el hachazo descargado sobre la cabeza de Júpiter, de donde salió Minerva ó la inteligencia que ilumina (4). La multitud no veía más que un espectáculo, ó cuando más un testimonio de agradecimiento hacia aquel á quien la humanidad debía dones más preciosos que los de Ceres y de Baco (5); mas para algunos era la luz que Grecia había recibido y que debía difundir, y en efecto difundió por todas partes.



El altar de Ceres (6)

III. — LOS MISTERIOS, EL ORFISMO

Algunas de esas fiestas han sido populares largo tiempo, y aun son asunto de estudios perseverantes: me refiero á los misterios, sobre todo á los de Samotracia y de Eleusis, celebrados como los más antiguos y venerables.

En Samotracia honrábase á los dioses Cabiros, cuyos verdaderos nombres, ocultos á los profanos, no se revelaban sino á los iniciados, para que solamente ellos pudieran invocar, en caso de peligro, á esas divinidades poderosas. No obs-

(1) 'Η Θεσμοφόρος ό, con Proserpina, τώ Θεσμοφόρω.

(2) Todos los ciudadanos de Atenas que poseían una fortuna de 3 talentos (unas 16,000 pesetas) estaban obligados á suministrar á sus mujeres el dinero necesario para la celebración de las Tesmoforias.

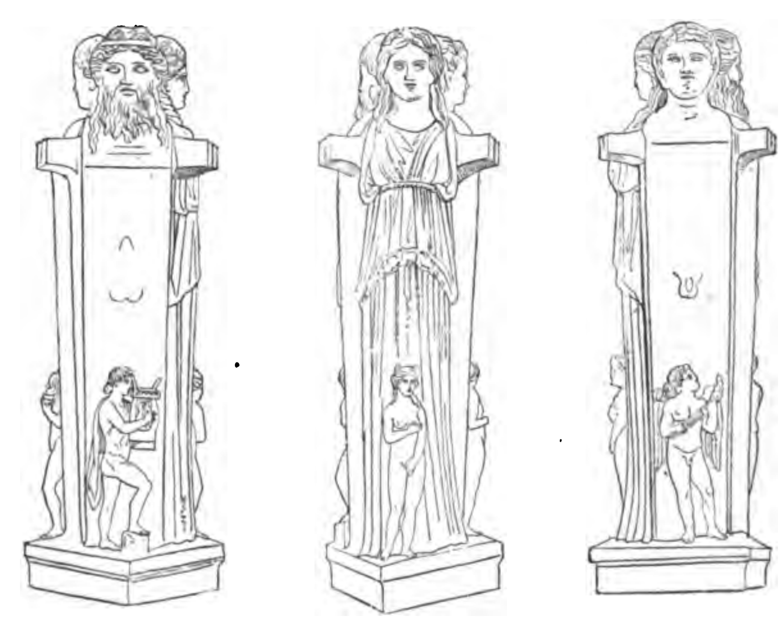
(3) Se llevaban procesionalmente el falo y el Κτείς, y de aquí las muy legítimas acusaciones de los Padres de la Iglesia contra los desórdenes que aquellas solemnidades parecían autorizar.

(4) Véase tomo I. pág. 105, el nacimiento de Atenea, según una pintura de vaso.

(5) El sobrenombre habitual de Prometeo era Porta-fuego, ὁ πυρφόρος θεὸς Τιτὰν Προμηθεύς (Sófocles, *Edipo en Colona*, 56). El altar de la Academia era común a Prometeo y á Vulcano, cuyas imágenes reunidas se elevaban en el mismo lugar. (Pausanias, I, 30, 2; I, 5, 6).

(6) Altar con una puerta en el centro, sobre la cual hay tres estatuas de mujeres con antorchas; á cada lado del mismo se ve una antorcha gigantesca con una serpiente enroscada. En la inscripción, ΚΥΣΙΚΗΝΩΝ. (Reverso de un medallón de Cízico, con la efigie del emperador Adriano.)

tante, un hombre de la antigüedad nos ha revelado esos nombres (1): son Axieros, Axiokersos y Axiokersa, que constituían una tríada santa, y además un cuarto dios, Kasmilos, que probablemente era su hijo. Los tres primeros nombres contienen las raíces *éros*, el amor, y *kersos*, forma arcaica de κορός y de κόρη, muchacho y muchacha; de modo que Axiokersos y Axiokersa eran el príncipe y la princesa, atraídos uno á otro por el amor, y su culto uno de aquellos en cuyo fondo se halla la idea de la generación y de la procreación, que tanto preocupó á la antigüedad pagana. La enseñanza que se daba á los iniciados versaba al parecer sobre nocio-



Axiokersos, Axiokersa y Kasmilos (2)

nes cosmogónicas, y dentro de este orden de ideas procurábase mucho más penetrar la naturaleza de las cosas que la de los dioses. Así, por lo menos, opina Cicerón (3).

Todo el mundo podía ser iniciado en los misterios de Samotracia, pero después de las purificaciones que servían para expiar los crímenes, y que según la creencia general preservaban en esta vida de todo peligro, asegurando una existencia mejor más allá de la tumba. Una de las condiciones necesarias era la confesión hecha al sacerdote por la persona interesada: Lisandro y Antálcidas rehusaron hacerlas, y habiéndoles intimado aquél á que confesaran el crimen más grave que hubiesen cometido, el primero contestó: «Los dioses lo saben, y esto basta;» mientras que el

(1) El Escoliasta Apolonio de Rodas, *Argonáuticas*, I, 913.

(2) Triple hermes de mármol, conservado en el Vaticano (según Gerhard, *Antike Bildwerke*, tab. XLI). Están aquí representadas las tres divinidades de los misterios, Axiokersos con las facciones de Baco, Axiokersa con las de Koré y Kasmilos con las de Hermes. En las tres caras de la base destácanse en relieve las divinidades griegas correspondientes á las tres divinidades cabíricas, Apolo, Afrodita y Eros. (Sobre los Cabiros véase el artículo de F. Lenormant en el *Diccionario de antigüedades griegas y romanas*).

(3) Cicerón, *De natura Deorum*, I, 43.

segundo preguntó: «¿Eres tú quien lo exige, ó los dioses? – Son los dioses, repuso el sacerdote. – Pues entónces retírate, – replicó el otro, – y si ellos me interrogan, contestaré.»

Los misterios de Eleusis hacen pensar involuntariamente en aquellas representaciones teatrales que la Edad media llamaba también misterios, aunque en otro sentido, pues reducíanse á poner en escena la interesante y dramática leyenda de Demeter y de Kora (Ceres y Proserpina), que un himno homérico nos ha conservádo (1). He aquí el resumen de la misma:

Proserpina, brillante de juventud y de belleza, jugaba en el campo Niseano (2) con las Ninfas, hijas del Océano, y cogía las flores perfumadas de la pradera (3), cuando de improviso entreábrese la tierra y el dios de los Infiernos aparece en un carro deslumbrante de oro. A pesar de su llanto, apodérase de la virgen inmortal y sus fogosos corceles condúcenles á través de la inmensidad del espacio. En su veloz carrera, ven desaparecer bajo sus plantas, la tierra, el cielo estrellado, el mar profundo y el camino iluminado por el sol. En vano Proserpina hace resonar sus gritos en la cumbre de las montañas y en toda la extensión del Océano; ningún dios, ningún mortal oye su voz. Ceres la ha reconocido; su corazón maternal está poseído de la mayor desesperación; arranca las cintas que ceñían su magnífico cabello, cubre sus hombros divinos con un manto de azur y lánzase en persecución del raptor. Pero ningún dios, ningún hombre puede indicarle el camino que ha seguido: solamente Hécate y el Sol habían visto la violencia, y no osaban revelarla. La diosa interrogó el vuelo de las aves, mas no obtuvo contestación, pues así lo quería el soberano de los dioses, que había autorizado aquel himeneo de Plutón.





Moneda de Eleusis (bronce) (4)

Durante nueve días la diosa venerable recorrió la tierra; durante nueve noches buscó su hija con una antorcha en la mano, y ni el néctar ni la ambrosía humedecieron sus labios (5). Pero cuando brilló la décima aurora, Hécate dijo al fin que había visto pasar á Proserpina en un carro deslumbrante, pero que no había reconocido al raptor. El Sol, que sabía más, dijo á Ceres: «Plutón es quien, con permiso de Júpiter, os ha robado á vuestra hija; pero el rey de los infiernos no es un yerno indigno de vos, pues una de las tres partes del mundo obedece á sus leyes.»

Al oir esta revelación de un destino inexorable, Ceres, penetrada de dolor, abandona la asamblea de los dioses y el Olimpo; cambia sus facciones de diosa por las de una anciana, y baja á la tierra para seguir buscando á su hija. Después de largas é inútiles correrías, detiénese en Eleusis y se sienta, absorta en sus reflexiones, á la sombra de un olivo, sobre «la triste piedra,» á orilla del camino que conducía al pozo de Partenios, cantado por Calímaco. Keleos reinaba entonces en

(1) Guigniaut, *Religiones de la antigüedad*, en las *Aclaraciones* del t. III, p. II, sec. II, p. 1098; y Maury, t. II, p. 468-476. Este himno no cuenta menos de cuatrocientos noventa y seis versos, y se supone que fué redactado en el siglo VII.

(2) Hay muchos lugares que llevan el nombre de Niseano y no podría decirse á cuál se refiere el himno.

(3) Una figura muy bonita de barro cocido de la Cirenaica representa, según se cree, á Proserpina en el campo Niseano. Véase *Hist. de los Rom*. Por lo demás, la representación de este rapto se halla con frecuencia en los monumentos antiguos.

(4) Ceres sentada en un carro tirado por dos dragones alados. En el reverso, ΕΛΕΥΣ. Cerdo en pie, vuelto á la derecha.

(5) De aquí la carrera de las antorchas y el ayuno.

Eleusis; sus hijas, al ir á buscar agua á la fuente con sus jarras de bronce, ven é interrogan á la desconocida, que se había cubierto la cabeza con un velo en señal de dolor. «Me llamo Deo (1), – contesta la diosa; – unos piratas me secuestraron en Creta, y yo pude escapar mientras que, desembarcados no lejos de estas orillas, preparaban su cena. Ignoro dónde estoy; compadeceos de mí, queridas niñas, y proporcionadme alguna colocación en el palacio de vuestro padre.» Kallídice, la más hermosa, le contesta con bondad, mostrándole la morada de los héroes del país, del sabio Triptolemo, del justo Eumolpos y de Keleos, su padre. «Las esposas de esos héroes, – le dice, – velan con celo por su morada y ninguna os rechazará con desdén. Nuestra madre, Metanira, os dará seguramente asilo en su palacio y cuidaréis á mi hermano menor, que nuestros padres tuvieron ya en edad avanzada.» Metanira con-



Llegada de Proserpina á los infiernos (2)

siente en ello. Llegada á la puerta del palacio, Ceres deja caer al fin su velo y un rayo divino brilla en las facciones que la vejez y la miseria parecen haber ajado. Metanira se levanta instintivamente de su solio y quiere hacer sentar á la desconocida en el regio sitial; pero Ceres rehusa y permanece triste y silenciosa, hasta que la joven Iambea le presenta un asiento cubierto de blanco vellón y hace asomar con algunos chistes la sonrisa á sus labios. Metanira ofrece entonces á Ceres una copa de vino; pero la diosa no quiere aceptar más que el brebaje consagrado, el *cyceon*, mezcla de agua con un poco de harina perfumada con menta.

La reina le confía á su hijo Demofoon, á quien Ceres no alimenta con nada de lo que comen los mortales, ni con pan ni con leche, sino que unta su cuerpo con ambrosía, introduce en su pecho un soplo divino y le mece sobre el seno de una siempreviva, colocándole de noche en medio de un fuego ardiente para destruir lo que en él quedaba de corruptible.

Entretanto Demofoon crecía, adquiriendo fuerzas y belleza; al ver esto, su madre quiere sorprender el secreto de aquella educación maravillosa. Cierta noche ve á su

(1) Δηώ, probablemente de δήειν, que significa *buscar*.

(2) Según los *Monumenti dell' Instit. archeol.*, VI, tab. XLIII. – Hades y Kora están en pie sobre un carro que arrastran cuatro caballos. El artista no ha representado aquí el primer rapto, que tantas lágrimas costó á Proserpina y á su madre. Sólo ha pintado el regreso (κάθοδος) de la diosa á los infiernos, adonde todos los años viene á celebrar la unión solemne (véase más adelante). Proserpina no parece desolada ni resignada, es la desposada grave y serena, la reina de los infiernos. El Amor alado la sigue con una corona en la mano; Hécate guía el carro alumbrando el camino; finalmente, un dios, quizás Apolo, sentado á la izquierda, se apresta á recibir á la real pareja. Se ignora quién sea la mujer que, detrás del carro, sostiene una antorcha con las manos (Overbeck: *Griechische Kunstmythologie* II, p. 597 y sig.)

hijo en medio de las llamas y da un espantoso grito; pero la diosa se revela pronto y castiga la duda que ha inspirado. «¡Insensatos y ciegos, – exclama, – que no conocéis los bienes y los males que el destino os reserva! Yo quería librar á Demofón de la muerte, mas ahora morirá; y ya que no habéis tenido confianza, la discordia y la guerra desolarán á Eleusis. Yo soy la gloriosa Demeter, la alegría de los dioses y de los hombres. Que se erija en este lugar un templo para mí, y enseñaré los misterios que permitirán al género humano redimir la falta que se acaba de cometer.»

Construído el templo, la diosa se estableció en él; pero inconsolable é irritada siempre, se negó á dar su bendición á la tierra; los gérmenes quedaban sin vida, las llanuras sin mieses, y el género humano iba á perecer. Para ablandar á Ceres, Zeo le envió á Iris, la de las alas de oro, su mensajera, y después á todos los dioses; pero ella se mantuvo implacable. Entonces Hermes bajó á los infiernos y en nombre de Júpiter solicitó del sombrío monarca que permitiese á su joven esposa volver al cielo para abrazar á su madre. Plutón consiente, y loca de alegría, Proserpina sube al carro deslumbrador de su esposo. Llegada al templo de Eleusis, precipítase en brazos de su madre, á quien la felicidad y el llanto embargan de tal modo, que no puede hablar. Ceres teme que le roben de nuevo á la hija que acaba de encontrar, porque conoce el secreto terrible é inviolable: si Proserpina no ha tomado alimento alguno mientras ha permanecido al lado de su esposo, no volverá jamás á estar con él; pero si ha probado algo en los infiernos, pertenecerá á Plutón una tercera parte del año y solamente le será permitido pasar las otras dos en la tierra y en el cielo. Símbolo encantador del germen, que debe unirse con la tierra durante los meses sombríos para reaparecer á la dulce luz de la estación calurosa y fecunda, su primera madre.



Zeo, Hermes é Iris (1)

Ceres interroga á Proserpina con ansiedad. «Querida hija, – le dice, – ¿has probado algún alimento?» Proserpina contesta que ha comido una pepita de granada. Es, pues, forzoso que el destino se cumpla: Rhea, la antigua diosa, obedeciendo la orden de Júpiter, baja á Rharios, campo fértil en otro tiempo, donde por la cólera de Ceres la simiente se conserva inerte en los surcos, y anuncia la voluntad del dios inexorable. La diosa se resigna y devuelve á los campos su fertilidad; enseña á Triptolemo y á Eumolpos los secretos de la agricultura (2), así como los ritos sagrados

---

(1) Pintura de un vaso existente en el Museo del Louvre. Zeo lleva en sus manos el cetro y el rayo; sus dos mensajeros, armados del caduceo, se alejan rápidamente á cumplir las órdenes que el dios acaba de darles. *Gaceta Arqueológica*, I (1875), p. 63 y pl. XIV-XVI.

(2) Véase tomo I, pág. 222.

Data semina iussit

Spargere humo.

OVIDIO, *Metam.*, V, 645-46.

En 1858 se ha encontrado una curiosa inscripción que contiene el programa de las ceremonias practicadas en la celebración de los misterios en Andania (Mesenia). Comienza por la fórmula del juramento que prestaban los sacerdotes y sacerdotisas, debiendo estas últimas declarar que habían vivido honradamente con sus esposos. Después regula la transmisión de los objetos sagrados; la corona y el traje que los iniciados debían usar, el juramento de la directora de las mujeres *(gyneconoma)*,

con que quiere ser honrada, y vuelve al Olimpo; pero ella y su hija velan en adelante por la tierra y conceden una vida feliz á los que las invocan después de haberse iniciado en sus misterios (1).

Las fiestas de Eleusis no eran otra cosa sino esa leyenda puesta en acción y dirigida por los Eumólpidos, á quienes, según dice el poeta, se entregaba la llave de oro de los misterios.

El día 15 del mes *boédromion*, el pontífice de Eleusis, el hierofanta, siempre elegido entre los individuos de aquella familia, y cuyo sacerdocio era vitalicio á condición de conservarse célibe, dirigíase al Pœcilo de Atenas, coronada la cabeza de una diadema, y anunciaba la celebración de la solemnidad, recordando las obligaciones impuestas á los iniciados y á los *mistes*. Estos últimos eran los novicios que se habían preparado hacía largo tiempo, bajo la dirección de un Eumólpida,



Adoración de las espigas en Eleusis (2)

para recibir la iniciación (3). Los bárbaros y los asesinos, sin exceptuar los involuntarios, quedaban excluídos de ese culto; pero todo hombre de sangre helénica «que tuviese el alma y las manos puras,» podía ser admitido. Al día siguiente, los mistes iban al mar para hacer las purificaciones, que se renovaban más tarde en el camino de Eleusis. El 17, el 18 y el 19 preparábanse para la iniciación por medio de sacrificios, ceremonias expiatorias y oraciones, con arreglo á un ritual que era impenetrable secreto para los profanos, y por medio de un ayuno que no se interrumpía hasta la noche.

---

el orden de la procesión y el modo de colocar las tiendas. Impone severas penas contra todos aquellos que interrumpan la ceremonia, y al efecto nombra veinte vigilantes, cuyos deberes prescribe. También designa los individuos que deben recibir las ofrendas, confiando á Mnesistrato, que parece ser el hierofanta, el cargo de cuidar de la fuente sagrada. Provee á todo cuanto se relaciona con los baños, y ordena á los oficiales que por cualquier concepto intervinieran en la dirección de las ceremonias, que den cuenta de su gestión á los pritanos. (Véase el comentario que sobre esta inscripción hace M. Foucart, Le Bas y Foucart, *Inscr. del Peloponeso*, p. 164).

(1) Debe notarse que el nombre de Dionisos no se encuentra en este himno á Demeter, lo cual es nueva prueba de la llegada tardía de Baco á Grecia. (Véase tomo I, pág. 105, nota 1.)

(2) Pintura de vaso (según Minervini, *Monumenti inediti posseduti da Raffaelle Barone*, lámina XXII, n.° 1). – La presentación de las espigas sagradas (τεθερισμένος στάχυς) era «el grande, el maravilloso y más perfecto misterio de la *epoptia*,» según dice el autor de las *Filosofoumenas* (V, 8, página 115, edición Miller), que coronaba el espectáculo de la vela mística (παννυχίς) de Demeter y de su hija. En el vaso de Ruvo, del que se reproduce una parte, las espigas están colocadas en una especie de edículo, y varios iniciados de ambos sexos presentan distintas ofrendas. (Véase F. Lenormant en la *Gaceta Arqueológica*, V (1879), p. 132 y siguientes.)

(3) Sófocles, *Edipo en Colona*, 1051. Las dos familias de los Eumólpidas y de los Ceryces se repartían el sacerdocio de las grandes diosas.

La más conmovedora de esas ceremonias era aquella en que un muchacho, ó una niña de pura sangre ateniense, á quien se titulaba «el hijo del hogar» porque estaba lo más cerca posible del altar y de la llama del sacrificio, practicaba ciertos ritos expiatorios en nombre de los que solicitaban ser admitidos en los misterios. Parecía que las súplicas, pronunciadas por labios inocentes habían de ser más agradables á los dioses: era la redención de todos por la oración de un niño.

El día 20 concluía la parte de la fiesta que se celebraba en Atenas, y por la vía sacra veíase pasar la gran procesión que llevaba á Eleusis la imagen de Iaccos, considerado como hijo de Ceres, cuyo nombre era el grito de alegría de los iniciados. El camino se reducía á un trayecto de 150 estadios (1) poco más ó menos; pero hacíanse durante el viaje numerosas paradas para los sacrificios, las abluciones y los cantos. En el puente del Cefiso, las alegres bromas cambiadas entre los peregrinos que iban al templo y la multitud que corría á las fiestas, recordaban aquéllas con las cuales Iambé había distraído por un momento á la diosa Ceres de sus tristes reflexiones (2). Por la noche, á la luz de las antorchas, se llegaba á Eleusis, en donde todos permanecían algunos días, la multitud entregada á las diversiones que en esas solemnidades busca y los iniciados consagrándose enteramente á los actos religiosos que solamente para ellos se efectuaban. Antes de abrirles las puertas santas, el heraldo gritaba: «Lejos de aquí los profanos, los impíos, los hechiceros y los homicidas.» Si se hubiese encontrado á uno de éstos en el santuario, en medio de los iniciados y de los mistes, se le habría condenado á muerte; y á los que revelaban los misterios aplicábaseles también esta pena con más la confiscación de sus bienes.



Iniciación de Herakles en los pequeños misterios (3)

El templo se elevaba sobre Eleusis, en la pendiente de una colina; y un muro que cerraba un espacio de ciento treinta metros de longitud por ciento de anchura impedía á los profanos acercarse á ver el recinto sagrado (4). Los iniciados, vistiendo largos ropajes de lino, llevaban el cabello levantado por unos adornos de oro

(1) Un caballo que vaya al paso recorre este trayecto en cuatro horas.

(2) Eran las *gefirismas*, ó bromas del puente.

(3) Pintura de vaso (según el *Informe de la Comisión arqueológica de San Petersburgo*, 1859, lámina II). En el centro están Demeter y Persefoné; la primera, sentada, lleva en la cabeza el *kalathos* y en la mano el cetro. Persefoné, de pie, apóyase contra una columna, con una larga antorcha. Entre las dos divinidades, el joven Plutos, dios de la riqueza, tiene un cuerno de la abundancia. Afrodita, sentada á la izquierda, junto á Eros, y otra mujer cuyo nombre es incierto, completan el primer grupo. En segundo término hállase Dionisos, que se reconoce por su tirso y corona de yedra, y más lejos se ve á Triptolemo en su carro alado. El joven dios vuelve de sus largas correrías para asistir á la iniciación de Herakles. El héroe se acerca á Demeter, guiado por un personaje ricamente vestido que lleva dos antorchas: es el *mistagogos*, introductor de los mistes. Con la mano derecha Herakles empuña la maza, que es su atributo ordinario; en la izquierda lleva la rama que usaban los iniciados, y como éstos ciñe corona de mirto. El héroe fué iniciado en los pequeños misterios y aun se le atribuía la institución de esa fiesta, que se celebraba en Atenas, á orillas del Ilisos, en el barrio llamado Agræ. (Véase Strube, *Studien über den Bilderkreis von Eleusis*, cap. III, p 49.)

(4) La Sociedad Arqueológica de Atenas ha practicado en Eleusis importantes excavaciones.

y ceñían corona de mirto. Con sus ceremonias simbólicas recordaban el rapto de Proserpina, su permanencia en los infiernos, y el dolor y las excursiones errantes de Ceres. Los ritos más santos celebrábanse de noche, cuyas horas parecen propicias para todo cuanto es misterioso y para aquella embriaguez del espíritu que nace de la imaginación sobrexcitada. Uno de los más famosos era la carrera de las antorchas: los iniciados salían del recinto silenciosamente de dos en dos, cada cual con



Divinidades y sacerdotes reunidos en Eleusis (1)

su antorcha encendida, y de regreso al sagrado lugar, corrían en todos sentidos, agitándolas para que brotasen chispas, que purificaban las almas. Después pasábanlas de mano en mano, como para indicar que la luz y la ciencia divinas se transmiten y vivifican. Poco á poco apagábanse las antorchas y entonces, del seno de las

(1) Relieve pintado sobre una *hidria* de Cumas, hoy conservada en el museo del Ermitage, según el *Informe* de 1862, lám. III. (Véase Strube, *Studien über den Bild. von Eleusis*, p. 32 y siguientes). La composición comprende cinco grupos de dos personajes, y en cada uno de aquéllos, una de las figuras está sentada y la otra de pie. En el centro hállanse Demeter y Kora; la primera, sentada en una piedra, y con el *kalathos* en la cabeza, apóyase en el cetro, volviéndose hacia su hija Kora, que sostiene con ambas manos una pesada antorcha. Entre las dos divinidades hay un pequeño altar portátil sobre el cual se ven cruzados dos haces de espigas. Los iniciados debían llevar espigas á Eleusis en recuerdo de los beneficios de la gran diosa. En los dos personajes que están á cada lado del grupo central, M. Strube ha reconocido á la izquierda el hierofanta y á la derecha el sacrificador. Este último, vistiendo el traje usado comúnmente por los que ejercen tales funciones, sujeta con la mano derecha un lechón, la víctima consagrada en los sacrificios ofrecidos á Demeter, y en la izquierda lleva algunas espigas. El hierofanta, coronado de mirto y ostentando una magnífica *estola*, en parte dorada, lleva un tirso, y detrás de él elévase un trípode. El tirso correspondía al sacerdote de Iaccos y el trípode al intérprete de las señales de los sacrificios. Hierofanta y sacrifi-

tinieblas, salían voces misteriosas é imágenes terroríficas á la luz de fugaces relámpagos; la tierra mugía, oíanse rumores de cadenas y gritos de dolor, y el espanto penetraba en los corazones.

Después de estas pruebas, que revelaban y confirmaban la fe de los fieles, seguía desarrollándose el poema sagrado: se había encontrado á Proserpina, y á las escenas de duelo sucedíanse las de alegría; á los terrores del Tártaro los goces del Empíreo; mil fuegos rasgaban las tinieblas, y el santuario se inundaba de luz y de armonía. Maravillosas apariciones, cánticos sagrados y danzas rítmicas anunciaban el cumplimiento de los misterios, y por fin caían los velos, apareciendo Ceres en toda su majestuosa belleza.

Desgraciadamente, las revelaciones que poseemos son muy incompletas, y no podemos seguir el orden de las ceremonias, algunas de las cuales eran como sacramentos. Las purificaciones preliminares, que lavaban toda mancha, recuerdan el bautismo; y al beber el brebaje sagrado, el iniciado comulgaba con la naturaleza y la vida. Otros ritos consistían en la adoración de reliquias y objetos misteriosos, que se besaban y transmitían de mano en mano, ó bien se volvían á colocar en la canastilla sagrada, *kalathos*. «He ayunado, – decía la fórmula de los misterios, – he bebido el *cyceón*, he tomado de lo que contiene el cesto, y después de probarlo, lo he depositado en la canastilla; he vuelto á tomar de ésta, y lo he puesto en el cesto.»

Las fiestas se celebraban en dos épocas diferentes del año, porque había tres grados de iniciación, así como tres órdenes de clericatura, pues los iniciados formaban un clero (1), en el sentido primitivo de la palabra. Las pequeñas *Eleusinias*, que eran una preparación para los grandes προκάθαρσις, verificábanse en el mes de las primeras flores, (*antesterión*, febrero). cuando la vida, despertándose en el seno de la tierra, anunciaba el regreso de Proserpina á Eleusis. Los *grandes misterios* se celebraban en el mes de las carreras sagradas, *boedromión* (septiembre), cuando la naturaleza iba á entregarse al reposo, y la desposada de Hadés debía volver á reunirse con su esposo en la sombría morada. Hasta que hubiese terminado un año no se admitía al neófito á la última iniciación, la *epoptia* ó contemplación suprema.

El hombre ha ofendido siempre al juez supremo suponiendo que dictaría su sentencia, no según los actos de la vida, sino por las devociones del templo, y muchos se creyeron elegidos de los dioses por haber atendido á ciertas prácticas que otros no cumplían. Los iniciados de Eleusis contaban decididamente con las beatitudes eternas, que Homero y Hesiodo reservaban para algunos héroes. «¡Bienaventurados, dice el himno homérico á Demeter, bienaventurados los que han visto tales cosas! Aquel que no haya recibido la iniciación, no tendrá, después de la muerte, tan envidiable destino en el reino de las tinieblas (2).» – «El no iniciado se arrastra en este reino, añade Píndaro, en el lodazal de Hadés; mientras que el hombre purificado por la iniciación ha conocido antes de venir á la tierra el principio y los fines de la vida, y después de su muerte habita con los dioses.» Y Sófocles dice: «Ellos

---

cador se vuelven el uno hacia Triptolemo y el otro hacia Atenea. La diosa está armada de casco y lanza, pero no resguarda su pecho la égida. Dos divinidades sentadas terminan por cada lado la composición: á la derecha Afrodita, que tiene la cabeza cubierta con un velo, y á la izquierda Artemis. Las dos se apoyan en su cetro; delante de Afrodita se ve un sacerdote, quizás el daduco, y ante Artemis está el heraldo sagrado; uno y otro llevan largas antorchas. Sobre esta magnífica é interesante composición, véase también Overbeck, *Griechische Kunstmythologie*, II, p. 675-680.

(1) Κλῆρος, la parte sacada en suerte.

(2) *In Cererem*, 481-483.

son los únicos que gozan de la vida eterna » Hasta se creía que durante la celebración de los misterios el alma de los iniciados participaba de la bienaventuranza (1).

En el cuadro de los Infiernos, pintado en Delfos por Polygnoto, representábase á dos mujeres que, nuevas danaides, llevaban vasos sin fondo, de los cuales se escapaba el agua. Una inscripción decía que no habían sido iniciadas, lo cual significaba que sin esto la vida se agota y se pierde.

Estas ideas no eran muy antiguas, pues la cuestión sobre la inmortalidad del alma había quedado siempre obscura, bastando las concepciones de Homero y de Hesiodo para satisfacer las necesidades religiosas del genio griego hasta el siglo VI. Entonces, la vía por donde el helenismo avanzaba ensanchóse por tres nuevas potencias: los filósofos que agitaron ya muchas cuestiones temerarias; los poetas dramáticos, cuya mano atrevida removió hasta sus profundidades el antiguo mundo de las leyendas heroicas; y por último, las piadosas cofradías, que pretendieron dar satisfacción á curiosidades más exigentes que las de los tiempos pasados. Ya hemos tratado en otro lugar de las primeras escuelas de filosofía (2), y más adelante hablaremos del drama; pero después de los misterios vienen á colocarse naturalmente las asociaciones que se aventuraban, saliéndose del culto oficial, en regiones tenebrosas donde el hombre buscaba lo que podía calmar sus inquietudes.

En casi todas las religiones, fuera del culto doméstico, regulado por el padre de familia, y del culto público, sometido á ritos tradicionales bajo la vigilancia de los magistrados, practicáronse devociones particulares que, según se creía, conducían á una vida más santa, y con frecuencia también á peligrosos desórdenes. En la segunda mitad del siglo VI se comenzó á hablar de los libros de Orfeo, que contenían las revelaciones necesarias para obtener la bienaventuranza. Aristóteles, que no cree en la existencia de ese personaje mítico, atribuye los versos que se hacían circular bajo su nombre á Cecrops, filósofo pitagórico, y al poeta Onomácrito, ambos contemporáneos de los Pisistrátidas (3).

Cualesquiera que fuese su origen, esta poesía, respondiendo á ciertas aspiraciones, promovió la formación de sociedades en cuyo seno las ideas religiosas, más estudiadas y más depuradas, desprendiéronse poco á poco de las toscas concepciones del culto popular. Secta que era á la vez filosófica y religiosa, el orfeísmo, que halló en Atenas un lugar de los más favorables, desarrolló la idea de la armonía del mundo, garantizada por la observancia de leyes morales y, para la remisión de las faltas, por los actos expiatorios que aseguraban también el goce de los placeres elíseos después de la muerte. Dionisos Zagreus, el dragón nacido en la Creta ó la Tracia salvajes (4), hijo de Zeo y de Persefoné, la Juno infernal; y el Dionisos de los montes Beocios, que las bacantes furiosas recorrían (5), fueron reunidos por los órficos en una sola divinidad, que con el nombre de Iaccos asociaron á Demeter y á Kora. Esta relación era natural; Ceres, que había sembrado el trigo, y Baco, que había plantado la vid, completábanse mutuamente como la doble expresión de una misma fuerza, la energía vital de la naturaleza. Pero el grano que, sepultado en

---

(1) Sófocles, *fragmento* 348 de la edición Didot; Píndaro, *fragmento* 102 de la edición de Bœckh.

(2) Véase tomo I, pág. 319 y siguientes.

(3) Lobeck (*Aglaofamus*, lib. II, p. 313) supone que en el siglo VI comenzó á existir la secta órfica. La opinión de Aristóteles sobre Orfeo la cita Cicerón en *De Nat. Deorum*, I, 38.

(4) Herodoto (VII, 111) habla de un pueblo tracio, los satres, que habitaba la cumbre de los montes y que nadie había sometido nunca: poseía un oráculo de Dionisos.

(5) Véase las *Bacantes* de Eurípides.

la tierra, se desarrolla y después de la siega comienza una nueva vida; la rama que, verde en la primavera, se carga de frutos maduros y se seca luego para volver á vivir, eran de este modo el símbolo de la existencia humana y de las esperanzas de ultratumba (1), á la vez que imagen de la *pasión* de las dos divinidades, que sucesivamente parecían morir y resucitar. Al abrirse las primeras flores, cantábase el nacimiento de Dionisos, y llegado el invierno, cuando la naturaleza estaba de duelo y la tierra no producía, llorábase su muerte. Despojado de su carácter bestial y orgiástico, llegó á ser el representante de las fuerzas productivas, el principio de la vida universal, el mediador divino entre la tierra y el cielo, el libertador de nuestros males, por la embriaguez báquica ó profética en la vida ordinaria, por la embriaguez moral en los misterios, y en fin, por la felicidad prometida en el reino de las sombras al que haya sabido vencer sus pasiones. La virtud, que no se tenía en cuenta para nada en la antigua teología, recobra sus derechos; ya no es el Destino el único dueño del hombre (2); este último se hace personalmente responsable, y el Infierno se moraliza, del mismo modo que la vida se ha espiritualizado. Por todas estas razones, el Dionisos de Eleusis presidía la vida y la muerte, y su culto era á la vez alegre y triste, alegre hasta la licencia, triste hasta las prácticas severas de la purificación y las ideas sobre el perfeccionamiento moral. Por eso los artistas se complacerán en representar en los sarcófagos el renacimiento del dios salvador.



Nacimiento de Dionisos Zagreus (3)

Los misterios habían hablado primero á los ojos, y eran un drama religioso más bien que una enseñanza filosófica ó moral (4); pero el espíritu no podía mantenerse impasible ante esas ceremonias conmovedoras. Los unos no comprendían más allá de lo que habían visto, y deteníanse piadosamente en la leyenda; otros, en reducido número, elevábanse desde el sentimiento á la idea, desde la imaginación á la razón, y gracias á la elasticidad del símbolo, introdujeron poco á poco en la leyenda doctrinas que no existían seguramente en un principio, ó solamente se hallaban muy confusas. Demofón en medio de las llamas fué el alma que se purifica en medio de

---

(1) En su Epístola I á los Corintios (XV, 36) San Pablo utilizará esa imagen del grano de trigo como símbolo de la resurrección.

(2) Véase en el cap. XIX la *Orestia*, de Esquilo.

(3) Proserpina, madre de Dionisos, sentada en un trono, entrega el niño místico á Ilitia, que le coge entre sus brazos. Ceres, de pie y velada, fácil de reconocer por su ramo de espigas y amapolas, asiste á esta escena. Ilitia está de pie y medio desnuda; Ceres y Proserpina, completamente vestidas. (Camafeo en sardónica de dos capas; altura 36 mil., anchura 40; Gabinete de Francia, número 59).

(4) «Aristóteles, dice el obispo Sinesio, opina que los iniciados no aprendían nada concreto, sino que recibían impresiones, y que se les ponía en una disposición de ánimo especial.» (*Disc.* p. 48, edición Petau). Yo creo que estas palabras encierran toda la verdad sobre los misterios de Eleusis; pero ¿no hay por ventura á menudo más fuerza en las emociones producidas por el alma que en los razonamientos sometidos al espíritu?

las pruebas; Proserpina y Dionisos en los infiernos fueron la muerte aparente de la mies humana y su vuelta al Olimpo, la resurrección y la inmortalidad. Más tarde aún, estas ideas se precisaron mejor, y elaboróse en el seno de los misterios un politeísmo depurado, que se relacionaba por algunas de sus tendencias con el espiritualismo cristiano.

Diodoro de Sicilia creía que la iniciación hacía á los hombres mejores (1). ¿No era un iniciado aquel ateniense que en secreto dotaba á jóvenes pobres, rescataba prisioneros y enterraba á los muertos sin pedir á nadie su recompensa (2)? Los héroes de Homero suponían que la felicidad estaba en el dominio y en el goce; los



La purificación de Teseo (3)

iniciados debían buscarla en la moderación y en la piedad. He aquí la evolución moral que se había producido.

Pero si las nuevas creencias podían elevar algunas almas á las altas regiones, no desterraban de todos los espíritus el antiguo naturalismo, que en el Oriente había promovido el desorden santificándole; y como hablaban sobre todo á la imaginación, producían, hasta entre los iniciados, una sobrexcitación que podía degenerar en discursos licenciosos y en inmundas escenas. Además de esto, hábiles charlatanes, hechiceros y milagreros, explotaron las esperanzas infundidas á los adeptos. Sin embargo, aun no había transcurrido un siglo desde la aparición del orfeísmo, cuando Eurípides se burlaba ya de los especuladores en ritos expiatorios ὀρφεοτελεσταί de los que pretendían enseñar á los ricos los medios de reprimir la voluntad de los dioses, y que

(1) V, 49, 6.
(2) Lysias, XIX, 59.
(3) Pintura de vaso (según la *Gaceta Arqueológica*, IX (1884) lam. XLIV-XLVI y p. 352 (de Witte). El vaso forma parte de la colección de antigüedades conservadas en el palacio Lambert en París. – En el centro, Teseo, completamente desnudo, está agachado, apoyándose en la pierna izquierda, y tal vez se halla tendida bajo sus pies la piel manchada de algún animal. Detrás de él se ven tres mujeres, que visten el largo *kitón* y el *peplós:* la primera levanta sobre el héroe un vaso que tiene en la mano derecha, y las otras dos llevan largas antorchas encendidas. Al otro lado de Teseo hay dos mujeres, una de las cuales alza el brazo derecho y apoya el codo en la palma de la mano izquierda; mientras la otra separa los dos brazos y tiene en la mano derecha una redoma. Entre las dos mujeres hay una estufa sobre la cual se ha puesto un frasco de forma prolongada. Dese el nombre que se quiera al principal personaje, y bien se reconozca ó no en él á Teseo purificándose de la muerte de los bandidos, no parece dudoso que F. Lenormant y M. de Witte han interpretado bien el sentido de la escena.

vendían por las calles amuletos para preservar de todos los males, é indulgencias para borrar hasta los pecados de los antepasados (1).

Esta explotación, á veces inconsciente, de la necedad humana, es cosa de todos los tiempos. Se encuentran adivinos y magos entre los negros, los indios de América y los salvajes de la Oceanía, y también los hubo en las sociedades cultas del antiguo continente. Mas por desgracia para los griegos, el misticismo impuro y el misticismo sincero no fueron durante largo tiempo sino un incidente de poca importancia en la religión helénica, que con muchas debilidades morales conservó su carácter de culto nacido bajo el sol, en plena luz y al soplo de una inspiración poética.

V. — LOS JUEGOS NACIONALES

«Los dioses, dice Píndaro, son aficionados á los juegos.» Grecia tenía cuatro, que eran patrimonio de la nación entera: juegos ístmicos cerca de Corinto, en honor de Neptuno (2); juegos de Nemea en la Argólida, que se verificaban cada dos años; y juegos de Delfos y de Olimpia, que eclipsaban á todos los demás.



Los juegos píticos (3)

En la risueña llanura de Cirra era donde se celebraban los juegos píticos en honor de Apolo, vencedor de la serpiente Pitón. Más arriba, Delfos se extendía en forma de anfiteatro, dominada por el Parnaso y por su doble cima, que tantos poetas han cantado; y desde allí veíase el templo circuído de una infinidad de estatuas de bronce y de mármol, diseminadas en el vasto recinto, que contenía las ofrendas de las naciones, de los reyes y de los particulares. Estatuas, trípodes, pilones, vasos magníficos y metales preciosos, constituían una riqueza considerable, estimada en mucho más de 10.000 talentos (más de 56 millones de pesetas). Los focidios se llevaron todo esto al apoderarse del santuario en el siglo IV. Estas riquezas se depositaban en edificios llamados *tesoros:* en el de Corinto veíanse los presentes de Giges y de Creso, reyes de Lidia.

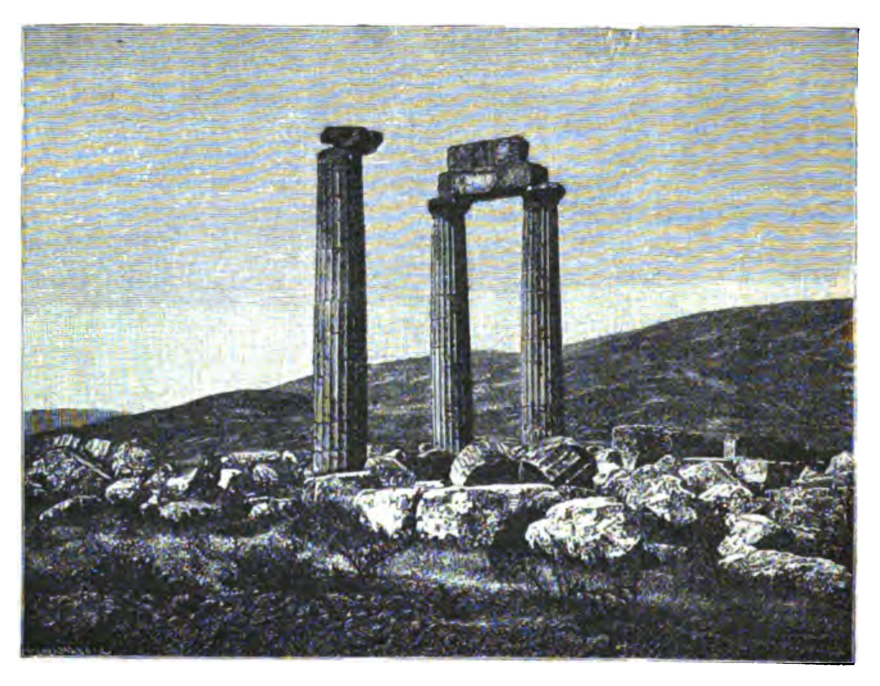
Los juegos píticos, organizados en 586, se celebraban cada cuatro años, en el tercero de cada olimpíada. Este período parece haber sido consagrado por los griegos, pues era el mismo para las fiestas de Delos y de Olimpia; pero no igualó jamás en importancia á la repetición periódica de los juegos olímpicos que servía de regla á la cronología. A partir del año 776 antes de Jesucristo, inscribióse en el registro público de los eleos el nombre de aquel que obtenía el premio en la carrera del estadio, costumbre que continuó hasta los últimos tiempos, indicando los nombres

(1) Hipólito, 953, Teofrasto en sus *Caracteres*, 16, Δεισαιμονίας y sobre todo Platón en su libro II de la *República*. Ya trataré más adelante de estas cofradías.

(2) Los ingenieros que se ocupan ahora en abrir el istmo de Corinto han hallado cerca del templo dórico de Poseidón, y del templo jónico de Palemón, restos de edículos y de diversas construcciones para los sacerdotes, los atletas y los mercaderes (Monceaux: *Excavaciones en el santuario de los juegos ístmicos*, en la *Gaceta arqueol.*, (1884), p. 273 y 354). Junto á los santuarios célebres se habían formado también ciudades, á la vez sacerdotales y dedicadas al comercio. En Delos, M. Homolle descubrió cimientos de grandes almacenes cerca del templo de Apolo. También debió haber en Poseidón una multitud de mercaderes mezclados con los peregrinos y los curiosos.

(3) ΦΙΛΑΔΕΛΦΕΙΑ ΠΕΡΙΝΘΙΩΝ ΝΕΟΚΟΡΩΝ. Mesa cuadrada, sobre la cual se ha puesto la urna de los juegos, en cuya panza se lee la inscripción ΠΥΘΙΑ (Reverso de una moneda de bronce de Perinte, en Tracia, con la efigie de Séptimo Severo).

de todos aquellos vencedores las diferentes *olimpiadas*. Estos juegos tenían también el privilegio de suspender las guerras, y de ser para Grecia una especie de tregua de Dios durante todo el tiempo necesario para ir á la solemnidad y volver (1), es decir, por espacio de un mes, y como cada año se celebraba uno de los cuatro grandes juegos, la tregua venía á ser anual. Por corta que fuera, la tregua despertaba sentimientos de paz y de humanidad. Varios heraldos coronados de flores y de follaje iban á proclamar de antemano la inauguración del mes sagrado, é imponíase una fuerte multa al pueblo que osase violar la tregua. Un ejército lacedemonio que



Ruinas del templo de Nemea (2)

invadió en 420 el territorio de la Elida después de proclamarse la paz pública, fué condenado á pagar la multa de dos minas por cada hombre. Más de una vez los argivos impidieron una invasión, declarando que se habían inaugurado los juegos nemeos. En Esparta no se podía intentar ninguna empresa durante las fiestas de Apolo Carneano.

Estos juegos consistían en diversos ejercicios, muy apreciados de los griegos, aunque á nosotros los modernos nos parezcan de muy distinto mérito, y todos eran santificados también por la religión, que elegía para presidir cada uno de ellos una divinidad ó un héroe. He aquí el orden que se observaba en las *cinco luchas (prentathlón):* para el *salto*, el número de los concurrentes no era fijo, y los que franqueaban el espacio reglamentario entraban en liza para la *jabalina*. Los cuatro mejores campeones en esta prueba presentábanse para la *carrera* que eliminaba un concurrente,

(1) En tiempo de Pausanias (V, 20, 1) enseñábase en Olimpia el disco de Ifitos, en cuyo borde estaba inscrita la ley que establecía la tregua.

(2) El templo, consagrado á Zeo, era períptero y tenía seis columnas de frontis.

quedando por lo tanto tres para el disco y los dos últimos para la lucha cuerpo á cuerpo (1). Agregábanse á esto carreras de caballos y de carros, concursos de música y de poesía, y todos excitaban igualmente el entusiasmo. Sin embargo, la música contaba sólo con un reducido número de instrumentos, y á la verdad bien pobres; pero considerábase como un poderoso medio de cultura, y más adelante se verá que se le atribuía una gran influencia moral y hasta política.

Ni el oro, ni la plata, ni el bronce constituían el premio tan vivamente disputado; una corona de laurel ó de olivo silvestre era la recompensa del vencedor. El dios, espectador invisible de aquellas fiestas, no quería que la idea del lucro se mezclase con la satisfacción de una victoria alcanzada en su nombre; pero fuera cual fuese el juego, era un honor triunfar, no solamente para el mismo vencedor, sino para su ciudad natal. Al volver á ésta, conducíanle en un magnífico carro; derribábanse lienzos de pared para abrirle paso; se le concedía la inmunidad y el derecho de ocupar el mejor sitio en los espectáculos y los juegos (2); su nombre era pronunciado por todos sus conciudadanos; los poetas le cantaban, y los pintores y escultores reproducían su imagen para adornar las plazas públicas, las avenidas ó los pórticos de los templos (4). Se dió el caso de que algunos padres muriesen de alegría al abrazar á sus hijos victoriosos. En Atenas, Solón había dispuesto que se diera una suma de 500 dracmas al vencedor. De todas las recompensas, no había ninguna más heroica que la de Esparta: cuando se daba la primera batalla, reservábase al vencedor de Olimpia el puesto más arriesgado, el honor de arrostrar mayores peligros por el bien de la patria.



Las palmas de los juegos (3)

Debemos hacer á los griegos la justicia de que concedían alguna cosa más á los poetas que á los gladiadores. En los juegos píticos, Píndaro se vió obligado por la

(1) Pinder, *Ueber den Fünfkampf*, Berlín, 1867. Los dorios, fundadores ú organizadores de los juegos olímpicos, no admitieron en ellos los certámenes musicales y poéticos que se verificaban en la fiesta jónica de Delos, y sobre todo con gran pompa en los juegos píticos. Los atenienses, á su vez, desdeñaban las luchas cuerpo á cuerpo, y sus eupátridas no se avenían á concurrir sino para la carrera de caballos y carros (Ott. Muller, *Ægin.*, p. 141). El *pancracio*, establecido más tarde, fué la lucha combinada con el pugilato, desplegando en él los concurrentes toda su fuerza. Varias inscripciones halladas en el valle y en el lecho del Alfeo indican que el cuerpo sacerdotal de Olimpia desempeñaba sus funciones á fines del tercer siglo de nuestra era. Eleusis tuvo también sus juegos: una inscripción últimamente descubierta, y fechada el año 329 antes de J.C., demuestra que estos juegos comprendían concursos gímnicos, hípicos y musicales, y sabemos que en Eleusis existía un teatro, lo cual supone un certamen poético. Véase *Bol. de la corresp. helénica*, 1884, p. 200. Las fiestas de Olimpia fueron abolidas por Teodosio en el año 394 de nuestra era.

(2) Una inscripción de Lindos, en la isla de Rodas, hace mención de diferentes honores concedidos á un ciudadano; tales fueron el elogio público, una estatua, el derecho de ceñir corona durante las fiestas anuales celebradas por la ciudad, y el lugar de preferencia en los juegos públicos. (*Bol. de la corresp. helénica*, 1885, p. 98.) Roma conoció esta última costumbre de los sitios reservados en el teatro para algunos ciudadanos; pero el *bisellium* no era la recompensa de una victoria en los juegos olímpicos, sino que comúnmente se concedía á un donador, á fin de que menudearan las liberalidades (Véase *Hist. de los romanos*)

(3) ΤΑΡΣΟΥ ΜΗΤΡΟΠΟΛΕΩΣ Α Μ Κ Γ Β. Mesa cuadrada en que está puesta la urna de los juegos, de la cual salen palmas y en cuyo cuerpo se lee la palabra ΟΙΚΟΥΜΕΝΙΚΑ. Debajo de la mesa está la urna del escrutinio. (Reverso de una moneda de bronce de Tarse con la efigie del emperador Gordiano el Piadoso.)

(4) Para alcanzar el derecho de tener estatua en Olimpia era necesario haber sido tres veces vencedor (Plinio, *Hist. Nat. XXXIV*, 9).

asamblea á sentarse en un elevado sitial, con la corona ceñida y la lira en la mano; sus cantos fueron acogidos con entusiastas aclamaciones; reservósele una parte en las primicias ofrecidas á los inmortales, y después de su muerte, el trono donde el poeta se había sentado se colocó entre las estatuas de los dioses, en el templo de Olimpia. Arquiloco y Simónides recibieron análogos honores. Algunas veces también, la presencia de un ilustre espectador apartaba de la arena las miradas del público y atraía sobre él la atención de todos. Temístocles, Pitágoras, Herodoto y Platón tuvieron este honor; el primero confesaba que aquél había sido uno de los más dulces goces de su vida (1).

A esos juegos acudía gente de toda la Grecia, de las colonias y de los países extranjeros; pero solamente los griegos podían tomar parte activa en ellos: Alejandro de Macedonia no adquirió este derecho hasta que hubo probado su origen helénico. Y no fué el único soberano que ambicionó la gloria de un triunfo olímpico, pues en la lista de los vencedores leíanse los nombres de Gelón y de Hierón, reyes de Siracusa; de Terón, rey de Agrigento; de Arquelaos, rey de Macedonia, y de Pausanias, rey de Lacedemonia (2). En aquellos juegos regía la igualdad más completa; ni la fortuna ni el nacimiento gozaban de preeminencia alguna. A todos se admitía, pobres ó ricos, nobles ó plebeyos; mas era preciso ser libre de nacimiento y no haber cometido ningún acto deshonroso: el heraldo se aseguraba públicamente de estas condiciones antes del combate. Reinaba allí la igualdad, previa la condición de la virtud y el honor; y cuanto más numerosa era la afluencia, mayor era el regocijo de todos por la idea de que la patria tenía un número considerable de ciudadanos virtuosos. Si se producía algún desorden, los vigilantes lo reprimían al punto; el bastón de los servidores de los juegos caía lo mismo sobre las espaldas del noble que en las del pobre. Licas, uno de los principales personajes de Esparta, recibió semejante correctivo. Las mujeres quedaban rigurosamente excluídas de la fiesta, bajo pena de ser precipitadas desde lo alto de la roca vecina, el monte Tipeón.



Los juegos olímpicos (3)

Las fiestas olímpicas comenzaban con el plenilunio; de modo que los placeres podían continuar durante aquellas noches de Grecia, más luminosas que muchos de los días de nuestros climas.

Tales eran aquellos juegos tan famosos en la antigüedad, juegos que constituían un lazo para todos los pueblos de Grecia, obligándoles á deponer sus odios en el umbral del territorio sagrado, é invitándolos á olvidarlos á su regreso á sus ciudades. Más de una vez varias ciudades se reconciliaron ó hicieron alianza en medio de aquellas solemnidades, leyendo el heraldo en alta voz un tratado, que común-

(1) Gorgias, Prodicus, Anaximenes, Polus de Agrigento, Lisias, Isócrates y Dion Crisóstomo leyeron en los juegos algunas de sus obras; Equión expuso en ellos un cuadro, Enopides de Chíos sus tablas astronómicas, etc.

(2) Para las carreras de carros ó de caballos, no era necesario luchar personalmente. Alcibíades hizo correr á la vez siete carros en su nombre.

(3) ΕΠΙ CΤΡ ΙΟΥΛ ΑΝΘΙΜΟΥ ΠΕΡΓΑΜΗΝΩΝ ΠΡΩΤΩΝ ΤΡΙC ΝΕΩΚΟΡΩΝ. Mesa cuadrada con dos urnas que sostienen palmas y en medio una corona con la incripción ΟΛΥΜΠΙΑ. Debajo de la mesa algunas vasijas y otros objetos relativos á los juegos. (Reverso de un medallón de bronce de Pérgamo, con la efigie de Caracalla.)

mente se grababa después en una columna en el lugar mismo. El sentimiento de la gran patria helénica, tan á menudo olvidado, se despertaba con toda su energía cuando Herodoto contaba á los hijos las hazañas de sus padres por la libertad



Genios de los juegos de atletas (1)

común, ó cuando Lisias los invitaba á armarse para defenderla contra los dos peligros que la amenazaban por Oriente y Occidente, el rey de Persia y el tirano de Siracusa.

Los juegos mantenían entre los griegos la afición á esos ejercicios saludables para el cuerpo y el alma; para el cuerpo, porque adquiría soltura y vigor, gracias á esa gimnasia prolongada, que desarrollando la fuerza y la destreza, preparaba el soldado de Maratón y de las Termópilas; y para el alma, porque es más libre y activa en un cuerpo sano y bien dispuesto, que cuando languidece penosamente bajo un exterior mísero y enfermizo (2). También ganaban con ellos el arte y la moral. Platón cita diversos personajes á quienes el deseo de conservar sus fuerzas para ganar aquellas coronas preservó de todo exceso, sometiéndose á una castidad voluntaria (3). La escultura y la pintura tenían allí á la vista una raza que, gracias á su género de vida, había llegado á ser la más hermosa del mundo, y encontraban, además, estímulos que ningún otro pueblo proporcionó jamás, pues no se iba allí solamente para asistir á las luchas, sino también para admirar las producciones de los artistas. En el Altis, vasto recinto que se extendía alrededor del



Atletas (4)

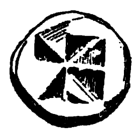
(1) Bajo relieve en mármol, conservado en el Museo del Louvre (Véase Clarac, *Museo de Escultura*, t. II, parte 1.ª, p. 605 y 614).—El hermes que se ve á la izquierda parece indicar que los ejercicios representados se verifican en una palestra; estos ejercicios son el juego del disco, la lucha, el pancracio y el pugilato. A la izquierda se ve un pedótribo que tiene ceñida en la cabeza una cinta, y siguen dos discóbolos, de los cuales el primero se dispone á lanzar el disco; mientras que el otro trata de ver desde lejos si tocó en el blanco. Detrás van dos gladiadores, á los que un tercer personaje mira como para vigilarlos. En el centro un atleta victorioso se ciñe la corona en la cabeza; á su derecha está un flautista, y á su izquierda el juez con una palma en la mano. Los ejercicios continúan: después de dos *pancratiastas* preséntanse dos pugilistas, que terminan la lucha bajo la vigilancia de un tercer personaje

(2) *Mens sana in corpore sano* (Juvenal, X, 356). - Véase el *Timeo* de Platón, p. 132 de la traducción de M. Cousin. Los juegos profanos no comenzaron hasta más tarde. Temístocles estableció las riñas de gallos, y en Sunión hubo regatas de trirremes.

(3) *Leyes*, VIII, 7.

(4) ΜΗΤΡΟΠΟΛΕΩϹ ΦΙΛΙΠΠΟΠΟΛΕΩϹ ΝΕΩΚΟΡΟΥ. Tres atletas desnudos y de pie parecen esperar el momento de la lucha; el que está en medio pone la mano sobre la urna del escrutinio. (Reverso de un medallón de bronce de Filipópolis, en Tracia, con la efigie de Caracalla.)

templo de Júpiter en Olimpia (1), elevábanse mil estatuas, de las cuales un considerable número eran obras maestras, y despertaban todas gloriosos recuerdos. No exageraríamos mucho al decir que esos juegos formaron el genio de Grecia. En medio de aquel inmenso concurso de hombres que de todos los países acudían, unos para ver, ó ser vistos y brillar, otros para vender toda clase de géneros, y no pocos, en fin, para atraer al público con sus improvisaciones ó sus ingeniosos sofismas, los griegos adquirían ese carácter eminentemente sociable, ese espíritu amante de la novedad, exento de preocupaciones y constantemente dispuesto á ilustrarse, que hizo de ellos el pueblo innovador por excelencia, y de Grecia

Moneda arcaica de los beocios *in genere* (2)

(1) Altis por ἄλσος, *bosque santo*, era un bosque sagrado que estaba lleno de olivos silvestres. Ya hemos dicho que los vencedores de los juegos olímpicos recibían una corona de olivo. Los alemanes practicaron últimamente, desde 1875 á 1881, excavaciones muy importantes en Olimpia, cuyos resultados se consignan en una publicación oficial titulada: *Die Ausgrabungen zu Olimpia, Uebersicht der Arbeiten und Funde*, de 1875-1881. Véase la obra de A. Batticher, *Olimpia, das Fest und seine Stätte*, Berlín, 1885. – Durante los trabajos descubriéronse muchos monumentos de épocas muy diferentes, desde el Hereón hasta el palacio de Nerón y el exedro de Herodes Aticus. Limitándonos á los que estaban contenidos en el Altis, citaremos por lo pronto el *Hereón*, ó templo de Hera, el más antiguo de todos, y que durante largo tiempo fué el único de Olimpia. (Pausanias, V, 16, 1). Es un templo dórico que tenía primitivamente las columnas de madera (Pausanias alcanzó todavía á ver una); pero poco á poco sustituyéronse por otras de piedra. Todo el entablamento era también de madera. El *Pelopión*, ó recinto sagrado de Pelops, así como la mayor parte de los *Tesoros*, es anterior á las guerras Médicas.

El templo de *Zeo* data de la primera mitad del siglo v. Los sabios franceses de la expedición de Morea habían comenzado á practicar en 1829 interesantes excavaciones, y hoy día se puede ver ya completamente desprendido ese monumento de las tierras que le ocultaban. Como las más antiguas construcciones de Olimpia, era de caliza conchífera, piedra que abunda en los alrededores, y su arquitecto, hijo del país, fué un eleo llamado Libón. El templo era de orden dórico y períptero, con seis columnas de frente y trece en sus largos costados; la longitud, medida en el estilobato, era de 200 pies olímpicos, ó sean $64^{m},10$; y la anchura de $27^{m},66$, ú 86 pies y 1/4. Las columnas tenían $10^{m},43$ de elevación por $2^{m},24$ de diámetro y 20 estrías, y estaban cubiertas de estuco. La *cella* medía 100 pies de longitud por 50 de anchura. Varios escultores y pintores célebres se encargaron del decorado de aquel edificio: Panenos, hermano de Fidias, era el autor de las pinturas de la *cella*, y Pæonios de Mendé había esculpido las figuras del frontis oriental, representando los preparativos de la carrera de Pelops y de Enomanos. Alkamenes, rival de Fidias, había figurado en el frontis occidental el combate de los lapitas con los centauros. Se han encontrado muchas de estas esculturas que se cuentan entre los más admirables monumentos del arte antiguo. Por último, Fidias era el autor de la gran estatua criselefantina de Zeo, de cerca de 40 pies de altura, que se había colocado en el interior del santuario y era objeto de admiración universal.

Cerca de este magnífico templo, alrededor del gran *altar de Zeo*, verificábanse esas fiestas tan brillantes, que durante largos siglos, hasta el emperador Teodosio (394), atrajeron á los griegos de todos los países. ¡Qué sería aquel recinto sagrado lleno de altares, de estatuas y de grupos, debidos á los más célebres artistas de Grecia! Se han encontrado muchas bases de estatuas, así como algunas de éstas, debiéndose citar ante todo la *Niké*, de Pæonios de Mendé, y el *Hermes*, llevando á Dionisos niño, de Praxíteles. La estatua de Pæonios estaba al ESE. del templo de Zeo, y la de Praxíteles, en el Hereón. Al Este del Altis hállase la entrada del estadio, la que se reservaba para los jueces y los luchadores. Varias excavaciones han permitido determinar exactamente la longitud del estadio olímpico, una de las más importantes medidas de la antigüedad. El estadio olímpico es de $192^{m},27$; el pie olímpico, que es la 600.ª parte de él, mide $0^{m},3025$. El hipódromo se hallaba al Sud del estadio, y paralelo á éste: el Alfeo le ha destruído en gran parte.

Sobre los otros monumentos y la explicación detallada del plano consúltense las obras citadas antes

(2) Escudo beocio. En el reverso, cuadrado hueco (plata). Sobre las monedas de Beocia véase Barclay V. Head, *Sobre la serie cronológica de las monedas de Beocia*, Londres, 1881.

la gran escuela de la política y de la filosofía. ¡Qué diferencia entre esos coros, esas *teorías* que llegaban á las orillas del Alfeo ó al pie del Parnaso en riquísimos carros, ó á Delos en doradas flotas con velas de púrpura, esas carreras de caballos y de carros, esos certámenes poéticos y musicales, esas danzas sagradas; qué diferencia repito, entre aquellas hermosas solemnidades y los espectáculos de Roma, donde ninguna fiesta era alegre sino cuando la sangre corría bajo la espada de los gladiadores ó los dientes de los leones!

Otra fuerza del espíritu, otra gloria de Grecia, que Roma no conoció y de la cual hablaremos más adelante, es el drama, nacido en las escalinatas de los templos, en medio de las fiestas religiosas. La escena trágica, en la que al principio no se ejecutó más que un acto de fe, fué durante algún tiempo para ese pueblo una escuela de costumbres. En los dramas de Esquilo y de Sófocles, la mitología se despojará de sus formas impuras, y la moral se elevará, aun en los de Eurípides, á gran altura.



Amazona (1)

Aquel siglo, que alimentaba el espíritu con fuertes ideas religiosas, preparaba dignamente aquel otro en que el sentimiento del deber patriótico iba á producir milagros, y en que los brazos ejercitados en las luchas del estadio descargarán tan rudos golpes. Sin embargo, la filosofía, comenzando su obra destructora, había dicho ya por boca de Xenofonte: «El más glorioso vencedor de Olimpia no vale lo que un filósofo. Nuestra sabiduría es más preciosa que el vigor de los músculos, y el que haya obtenido el más rico premio, no sabrá por eso gobernar su ciudad (2).» Es cierto, pero en Maratón y en las Termópilas, los abstractores hasta la quinta esencia de la escuela de Eleo no habrían podido hacer seguramente lo que Milcíades y Leónidas.

Llegado al término de este estudio sobre las instituciones generales de Grecia, debo reconocer que si esas costumbres, anfictionías, oráculos, fiestas nacionales, alianzas de pueblos, lazos de hospitalidad entre los particulares, ó derecho hospitalario público, concedido por una ciudad al habitante de otra (3), ejercieron mucha influencia en los espíritus, tuvieron muy poca sobre los intereses. En el mundo griego hubo unidad moral, pero jamás unidad política. En Olimpia, en Delfos,

(1) Pintura en el fondo de una copa de Vulci (según el *Museo Gregoriano*, II, T. LXXIII, 2 *a)*. – Una amazona, armada de casco, coraza y escudo, y con su lanza en la mano izquierda, avanza tocando un largo clarín guerrero.

(2) Bergk, p. 357.

(3) El título de *proxeno*, ó huésped público de la ciudad, no era solamente un honor, sino que aseguraba á menudo varias ventajas. (Véase Monceaux, *obra citada*, p. 92 y siguientes.) Un decreto de *proxenia* hallado en Creta por M. Wescher, declara al proxeno inviolable, hasta en tiempo de guerra, y le concede la exención (ἀτέλεια) de los derechos de importación y exportación; lo que en un pueblo de negociantes era gran beneficio. Estos privilegios tenían carácter de hereditarios en la familia del proxeno. (Xenofonte, *Helen.*, VI, 3.) A su vez debía alojar en su propia patria á los delegados y encargarse de los intereses de la ciudad que le había en cierto modo adoptado. Vemos que á la proxenia griega, cuya existencia se ha reconocido desde el siglo VIII (Pausanias IV, 14; Bœck, C. I. G., n.° 4), corresponde el patronato de las ciudades ó de los pueblos, ejercido por las grandes familias de Roma *(Hist. de los rom.)*. Sobre la importancia de los patronos de los pueblos y de las ciudades en Grecia, véase Le Bas y Foucart, *Inscrip. del Pelopon.*, 339.*.

todos eran hermanos, eran helenos, se honraba á los mismos dioses, amábanse las mismas artes, y se cantaba el himno de Apolo ó el ditirambo de Dionisos, las dos divinidades que comunicaban la inspiración poética (1); pero fuera del territorio sagrado, espartanos y atenienses, beocios y focidios volvían á ser adversarios. A pocos pasos de su ciudad natal el ciudadano encontraba tierra extranjera, donde no podía adquirir un inmueble, contratar un matrimonio, ni perseguir por sí en justicia, á menos de mediar convenios particulares (2); y no con poca frecuencia encontraba la guerra y la esclavitud. ¡Cuántas veces no se ha oído resonar en las ciudades los lamentos de los cautivos moribundos, viéndose á las vírgenes y á las madres conducidas como una manada de yeguas para emprender nuevamente el odioso viaje del destierro, etc. (3)! De aquí el brillo incomparable en la esfera de la inteligencia de ese mundo griego á la vez tan unido y tan dividido; pero de aquí también su debilidad política. Frente al formidable ejército de Jerjes los griegos se reunieron y triunfaron; frente á Macedonia y Roma mantuviéronse divididos y fueron derrotados; y su unión en tiempo de Alejandro les valdrá por un momento la dominación del mundo oriental.

(1) Estas dos divinidades se ven reunidas en el hermoso vaso de Kertch, p. 21.

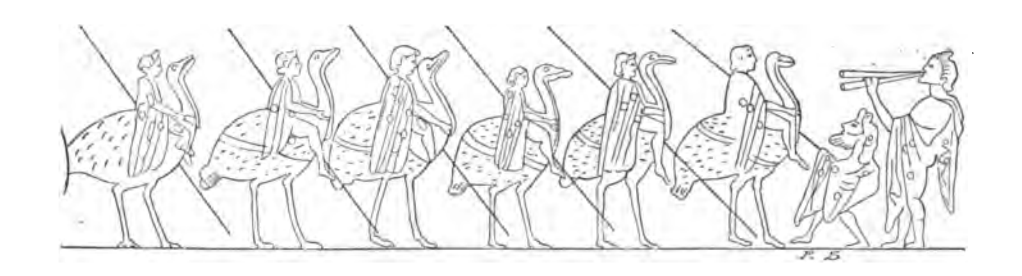
(2) Estas concesiones hechas á un hombre ó á una ciudad se llamaban ἐπιγαμία y εγκτησις. Entre otros privilegios, los proxenos atenienses obtenían con frecuencia el derecho de poseer una casa y tierras, εγκτησις γῆς καὶ οἰκίας.

(3) En *Los siete jefes*, Esquilo cantó, por boca de los jóvenes tebanos, los horrores de aquellas guerras renovadas sin cesar.

(4) Anfora muy antigua, aunque sin fecha, existente en el Museo de Munich.



Carrera (4)



TERCER PERÍODO

LAS GUERRAS MÉDICAS (492-479).—UNIÓN Y VICTORIAS

CAPÍTULO XVI

PRIMERA GUERRA MÉDICA (492-490)

I. — REBELIÓN DE JONIA

Herodoto, que nació en el período de las guerras Médicas, en el año 484, admirado ante aquel ruidoso choque del mundo griego con el mundo bárbaro, buscó las causas del mismo en época anterior á la guerra de Troya, en los tiempos mitológicos; mas no es necesario remontarse tanto, ni recordar á Io y á Elena, secuestradas por los asiáticos, ni á Europa y Medea, arrebatadas por los griegos, para explicar el odio que se profesaban aquellos dos mundos. La fuga del médico Demócedes, que engañó á Darío para volver á Cretona su patria, y el deseo de la reina Atosa, que quiso tener entre sus esclavas mujeres de Esparta y de Atenas, no son más que pueriles incidentes. Las instancias de Hipias para ser repuesto en esta última ciudad, y las de los Aleuadas de Tesalia para que se les librase de adversarios que les molestaban, tuvieron una influencia más trascendental; pero la verdadera causa fué el engrandecimiento mismo de Persia. Este imperio había alcanzado entonces sus límites naturales; por doquiera le rodeaban desiertos, el mar, grandes ríos ó altas montañas; no podía extenderse ya más que en una direccion, el Noroeste, y por este lado hallábase un país de gran renombre, la Grecia, cuya independencia irritaba el orgullo del gran rey. Ciro había conquistado el Asia; Cambises una parte del África; y Darío, para no ser menos que sus predecesores, atacó la Europa. El sátrapa de Sardes, Artafernes, había contestado ya á las proposiciones de Clístenes, pidiendo que Atenas se sometiera al gran rey; y Darío acababa de reorganizar su imperio, restableciendo en sus provincias el orden, tan profundamente alterado por la usurpación del mago y por los esfuerzos que hacían las naciones sometidas por recobrar su libertad. Era necesario también utilizar el ardimiento belicoso que los persas conservaban aún, y en su consecuencia preparó una gran expedición. En otro

tiempo los escitas habían invadido el Asia; el recuerdo de tal afrenta, y el deseo de someter la Tracia, que confinaba con su imperio, decidieron á Darío sobre el camino que debía emprender. Al frente de numeroso ejército salió de Susa, franqueó el Bósforo por un puente de barcas que el samio Mandrocles había construído, y entró en Europa seguido de setecientos ú ochocientos mil hombres, entre los cuales se contaban griegos asiáticos mandados por los tiranos de cada ciudad. Después de atravesar la Tracia franqueó el Danubio ó Ister por otro puente de barcas, cuya custodia confió á los griegos, y penetró en la Escitia, persiguiendo á un enemigo que no podía alcanzar. Darío había dicho á los griegos que no le esperasen más de sesenta días, y como hubiese transcurrido este tiempo sin recibirse noticia alguna del rey, el ateniense Milcíades, tirano del Quersoneso, propuso romper el puente á fin de no dejar la Tracia abierta á los escitas, sin duda victoriosos, ó para que cayera en sus mános el ejército persa, si es que éste aun existía. Histieo de Mileto se opuso á ello, haciendo presente á los jefes, tiranos todos de ciudades griegas, que serían derribados el día en que perdieran el apoyo del extranjero. Este parecer salvó á Darío, que regresando al fin de su inútil persecución, dejó ochenta mil hombres á Megabazo para terminar la conquista de Tracia y emprender la de Macedonia (¿508?).

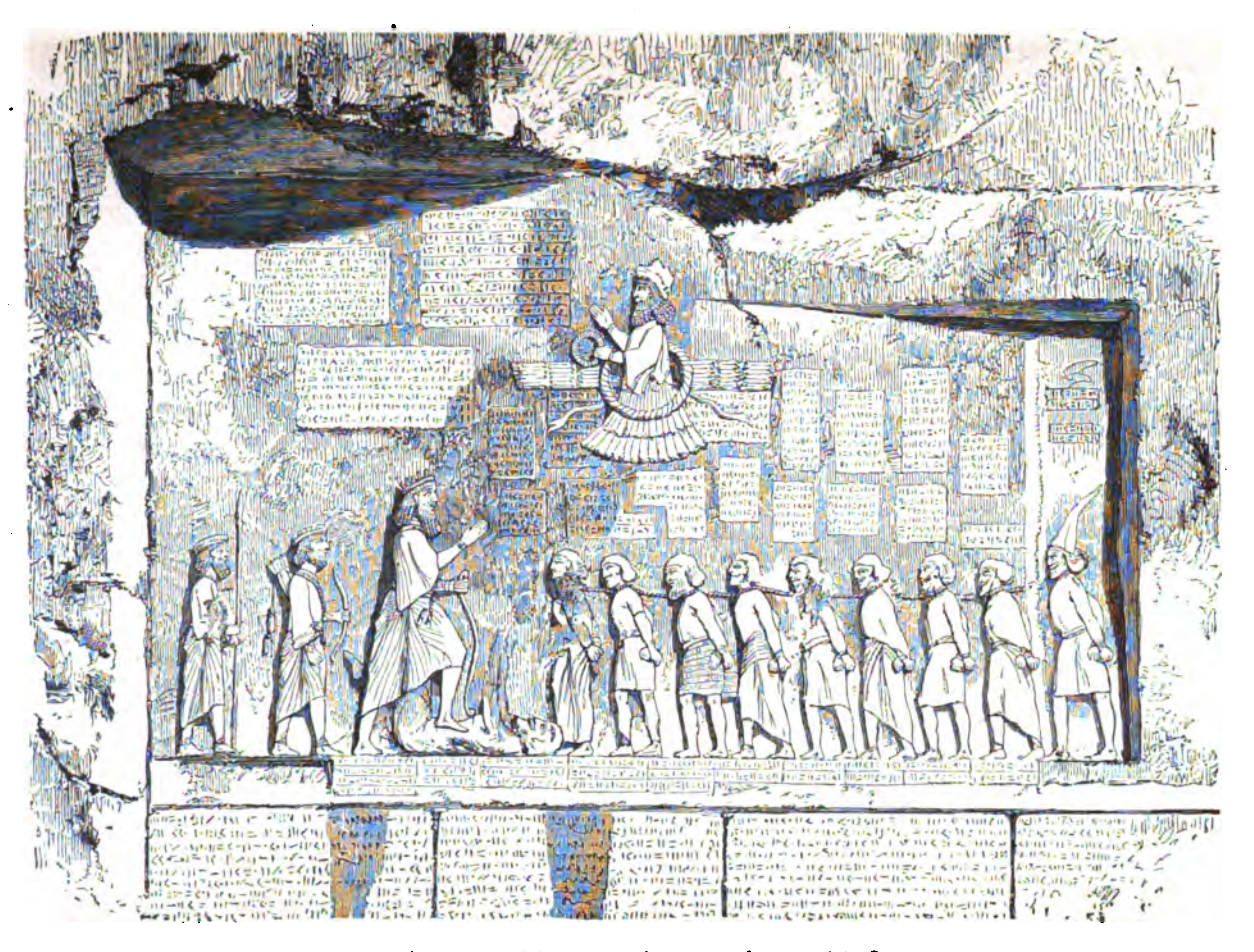


Doble siclo persa ú octodracma (1)

Megabazo sometió la ciudad de Perinte á los tracios, que se resistían aún, y asimismo la Peonia, y pidió al rey de Macedonia el homenaje de la tierra y del agua, que Amintas concedió. Megabazo podía ya decir á su señor que el imperio de los persas tocaba en la Grecia europea. Pero la expedición no fué más allá. Los servicios de Histieo fueron recompensados por la cesión de un vasto territorio en las orillas del Estrymón. El lugar había sido elegido con inteligencia en las inmediaciones de las minas de oro y plata del monte Pangeo, al pie de montañas ricas en maderas de construcción y cerca de la desembocadura del río, que tenía un puerto excelente sobre el mar Egeo. Mircina, que fundó allí Histieo, hubiera podido alcanzar en poco tiempo la fortuna que Amfípolis encontró más tarde en aquellos sitios; pero alarmado Megabazo, advirtió al rey que era urgente impedir al griego que pusiera por obra sus futuros proyectos. Entonces Histieo fué llamado á Sardes bajo pretexto de consultarle sobre importantes asuntos, y cuando hubo llegado, Darío se limitó á decirle que no podía prescindir de su amistad ni de sus consejos. Fué preciso aceptar aquellas cadenas doradas.

Habían transcurrido algunos años en la paz más completa, cuando un asunto de poca importancia, al parecer, y un hombre obscuro, lo trastornaron todo, produciendo una conflagración. Naxos, la mayor de las Cícladas, era entonces poderosa; tenía bajo su dominio varias islas, contaba con una marina considerable y podía poner en pie de guerra ocho mil hoplitas. Desgraciadamente, en Naxos, como en todo Estado griego, había dos partidos, el del pueblo y el de los ricos, y estos últimos se perdieron por uno de esos atentados que no se perdonan nunca, como

(1) Rey akeménide, de pie en su carro de guerra, con un auriga que tiene cogidas las riendas de los caballos; detrás del carro, un oficial, probablemente un sátrapa, que lleva el cetro y una ánfora; y en el campo las letras fenicias עב, no explicadas todavía. En el reverso galera fenicia, en la cual se ve un guerrero, y en el campo la marca III (plata).



Darío vencedor del mago. (Véase nota 1.ª de la página 51)

aquel de que Lucrecia fué víctima en Roma hacia la misma época. Expulsados de la isla, propusieron á Aristágoras, yerno de Histieo, y en su ausencia al tirano de Mileto, que los repusiera en Naxos. El segundo acogió con entusiasmo el proyecto, pues ya creía ver las Cícladas, y tal vez la Eubea, sometidas á su autoridad; mas no pudiendo llevar á cabo por sí solo tal empresa, supo interesar en ella al sátrapa de Sardes, Artafernes, quien puso á su disposición una flota de doscientas velas, mandada por el persa Megabazo. A este último, sin embargo, indignóle muy pronto hallarse bajo las órdenes de un griego; suscitóse entre ellos una fuerte disputa, y el persa, deseando vengarse de una humillación, advirtió á los de Naxos lo que se proyectaba. El éxito de la expedición dependía del secreto; una vez descubierto éste, la expedición debía fracasar. A pesar de todo, Aristágoras insistió en ella con tenaz empeño durante cuatro meses, gastando todos sus tesoros y los que el rey le había dado para la empresa. Después, como temiese que se le obligara al reembolso, pensó que las probabilidades de una revolución favorecerían mejor su proyecto, y las secretas excitaciones de Histieo le decidieron al fin. El ejército que había conducido ante Naxos estaba reunido todavía; todos los tiranos de las ciudades de la costa asiática formaban parte de él: de todos se apoderó Aristágoras, entregándolos á las ciudades que ellos gobernaban, que ó los desterraron ó les quitaron la vida, restableciendo en todas partes la democracia (499). Pero dado este golpe, era preciso buscar el apoyo de algún poderoso aliado, y con este fin Aristágoras marchó á Lacedemonia, cuyo rey, Cleomenes, preguntóle qué distancia mediaba entre el mar y la capital de los persas. «Tres meses de marcha, – contestó Aristágoras. – Pues entonces, – replicó el espartano, – mañana mismo saldréis de esta ciudad, porque es una insensatez proponer á los lacedemonios que se alejen hasta un punto que se halla á tres meses de marcha del mar.» Aristágoras trató entonces de comprar el consentimiento; pero esta vez la virtud espartana fué incorruptible, y el jonio hubo de trasladarse á Atenas. Introducido en la asamblea, habló de las riquezas de Persia, de las ventajas que tendrían los griegos sobre enemigos que no conocían la pica ni el escudo; y recordó, en fin, que Mileto era colonia de Atenas. Los atenienses tenían más de un resentimiento contra los persas: el hecho de haber pedido el homenaje de la tierra y el agua en otro tiempo á sus embajadores, el asilo

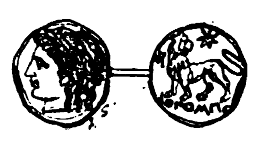


Moneda de oro de Efeso (2)

(1) Bajo relieve de la roca de Bisutún, según *El Diario de la Sociedad Real Asiática*, X, lámina 1, (sir H. C. Rawlinson). – En él se representa á Darío, seguido de un arquero y un doréforo, hollando bajo sus pies al mago Gaumatá, que en vano implora gracia. Detrás del falso Smerdis hay otros nueve usurpadores, vencidos y encadenados. En el § 11 de la columna 1 de la inscripción de Bisutún, se lee: «El rey Darío dice: había entonces un mago llamado Gaumatá, procedente de Pisiagada...; engañó al pueblo con estas palabras: «Yo soy Smerdis, hijo de Ciro, y hermano de Cambises:» y entonces el pueblo se insurreccionó, y fuése con el mago, abandonando á Cambises, la Persia y la Media y las demás provincias. Gaumatá se apoderó del imperio.....» § 13 (fin): «Entonces supliqué á Ormazd, y éste me facilitó socorros... En el país de Nisea, en la Media, hay un castillo llamado Sikhtauvatis, y allí fué donde le di muerte y le arrebaté el imperio. Por la voluntad de Ormazd llegué á ser rey, y él me confió el trono.» Una vez soberano, Darío debió luchar contra los demás usurpadores representados en el bajo relieve, cuyos nombres revela la inscripción. Sobre la muerte del Mago, véase un cilindro sin inscripción, publicado por M. J. Menant: *Investigaciones sobre la glíptica oriental*, parte II, lám. 9, fig. 1, y p. 168, fig. 147.

(2) Busto de Diana mirando á la derecha, con el arco y el carcaj á la espalda. En el reverso ΕΦΕΣΙΩΝ. Diana de Efeso, de pie, con las manos extendidas y adornada de largas cintas que bajan hasta el suelo; corona su cabeza el modius y una aureola radiada la circunda; en el seno presenta numerosas mamas, y á los lados se ven un ciervo y una abeja, sus atributos ordinarios. Estatera.

que habían otorgado á Hipias, y, cuando sus diputados se quejaron de ello, la orden que recibieron de llamar al tirano otra vez, habían herido profundamente su orgullo. Poco le costó á Aristágoras lograr de ellos que alejaran del suyo, llevándola á país enemigo, una guerra de que estaban amenazados en su territorio, y sin duda creyeron también que no se trataba sino de una cuestión particular entre el sátrapa y Aristágoras. En su consecuencia, decretaron el envío de veinte barcos, á los cuales se unieron cinco trirremes de Eretria, que ayudada en otro tiempo por Mileto en una guerra contra Calcis, quiso devolver el auxilio que había recibido. Los aliados se apoderaron de Efeso y después de Sardes, saqueando esta última ciudad por completo; los tejados de las casas estaban cubiertos de cañas, y un soldado prendió casualmente fuego en ellos: toda la ciudad se incendió, excepto la ciudadela, donde Artafernes se había retirado, siendo también pasto de las llamas un templo de Cibeles, tan venerado de los persas como de los lidios (498). Sin embargo, Artafernes había llamado al ejército que sitiaba á Mileto, y las tropas de todas partes se concentraban. Entonces los atenienses pensaron en la retirada. Una derrota sufrida en territorio de Efeso, ó tal vez alguna traición, acabaron de disgustarles de aquella guerra; de modo que volvieron á embarcarse en sus naves y regresaron á Atenas, dejando á sus aliados que se arreglaran como pudieran para salir de aquel mal paso.


Dracma de Mileto (1)

Los jonios, continuando la lucha, arrastraron en su movimiento á todas las ciudades del Helesponto y de la Propóntida, con Calcedonia y Bizancio, los carios y la isla de Chipre. Los persas reunieron varios ejércitos: uno de ellos, dirigido primeramente hacia el Norte contra las ciudades del Helesponto, apoderóse de varias plazas, y después se replegó al Sur contra los carios, que perdieron dos batallas y se sometieron. Otro atacó á Chipre con la flota fenicia, que los jonios derrotaron; pero la traición de un jefe chipriota entregó la isla al enemigo. En el Centro operaban Artafernes y Otanes, quienes después de apoderarse de Clazomene y de Cyme avanzaron al frente de numerosas fuerzas contra Mileto, último baluarte de Jonia. Ya no tenía esta ciudad por jefe á Aristágoras, que había huído cobardemente para retirarse á Mircina, y que poco tiempo después fué muerto en un ataque contra una ciudad de Tracia. En cuanto á Histieo, Darío, engañado por sus promesas, acababa de ponerle en libertad; pero los de Milesia no querían más tiranos y se negaron á recibirle. Entonces, consiguiendo reunir algunos mitilenios, dedicóse con ellos á la piratería, y pereció en un desembarco en la costa de Asia. Los jonios, reunidos en el Panionio, deliberaron sobre los medios de salvar á Mileto, y resolvieron aventurarse en un combate naval; Chíos dió 100 naves, Lesbos 70, Samos 60, y la misma Mileto 80, con lo cual se formó una flota de 353 barcos; los persas contaban 600.

En la flota griega había un hombre hábil que hubiera salvado á Jonia si ésta hubiese querido: era un focense llamado Dionisio, que hizo comprender á los aliados que una disciplina rigurosa y una gran práctica en las maniobras les asegurarían el triunfo. Durante siete días ejercitó á las tripulaciones en todos los movimientos de un combate naval; mas al cabo de este tiempo los afeminados jonios se cansaron, y saltando á tierra plantaron sus tiendas, sin acordarse más del enemigo. Como semejante proceder es muy propio para que las almas se relajen, la traición

(1) Cabeza laureada de Apolo mirando á la izquierda; en el reverso un león que vuelve la cabeza; delante el monograma de Mileto, y encima una estrella. En el exergo ΙΟΠΟΜΟΠ[Υ] nombre de un magistrado (plata.)

se deslizó muy pronto entre ellos, y llegado el día de la batalla, los samios abandonaron su puesto en lo más fuerte de la acción y dirigiéronse hacia su isla. Los jonios fueron vencidos á pesar del valor heroico de los marinos de Chíos y á pesar del de Dionisio, que tomó tres galeras enemigas. Cuando éste vió el combate perdido, avanzó audazmente hasta enfrente de Tiro, echó á pique varios barcos mercantes y retiróse con su botín á Sicilia, donde pasó el resto de su vida persiguiendo en el mar á las naves fenicias, cartaginesas y tirrenas.

Toda esperanza se había perdido para Mileto, que fué tomada muy pronto, y transportados sus habitantes á Ampea, en la desembocadura del Tigris. Chíos, Lesbos y Tenedos sufrieron igual suerte; varias ciudades del Helesponto desaparecieron entre las llamas; y los habitantes de Calcedonia y de Bizancio abandonaron su ciudad para buscar un refugio en la costa Noroeste del Ponto-Euxino, en Mesembria. Milcíades juzgó también prudente salir del Quersoneso y volvió á Atenas, donde muy pronto debía verse frente á frente de aquellos persas de quienes huía. La ruina de Jonia produjo una impresión dolorosa en toda la Grecia, y fué llorada particularmente por Atenas. Habiendo Frinicos hecho representar en el teatro la *Toma de Mileto*, todo el público comenzó á sollozar, y el poeta fué condenado á una multa de mil dracmas, «por haber evocado aquel triste recuerdo de las desgracias domésticas.» Aquellas lágrimas expiaban muchas faltas.

EXPEDICIONES DE MARDONIO Y ARTAFERNES; MARATÓN (490)

Darío, sin embargo, no olvidaba que después del incendio de Sardes había jurado vengarse de los atenienses, y en su consecuencia confió á su yerno Mardonio el mando de un nuevo ejército que debía penetrar en Europa por la Tracia, mientras la flota avanzaría costeando. Para conciliarse la buena voluntad de los griegos de Asia, Mardonio les devolvió el gobierno democrático, recordando que los autores de la última rebelión fueron dos de los tiranos que Persia sostenía (1).

Todas las naciones comprendidas entre el Helesponto y la Macedonia habían sido sometidas por Megabazo. Mardonio, después de franquear el Estrymón, dispuso que su flota se reuniese con él en el golfo Termaico; la escuadra se apoderó de Thasos, y ya costeaba la Calcídica, cuando al doblar el promontorio del monte Athos, que se eleva como una roca gigantesca á 1.950 metros sobre el nivel del mar, fué sorprendida por un viento furioso, que destrozó y arrojó á la costa trescientas naves, pereciendo en aquella catástrofe 20.000 hombres. Al mismo tiempo, Mardonio, atacado de noche por los tracios briges, perdió mucha gente y él mismo quedó herido. Sin embargo, no por eso renunció á la empresa; pero cuando hubo sometido á los briges hallóse tan debilitado, que le fué forzoso volver al Asia (492).

Al punto se preparó otro armamento más formidable; pero antes de ordenar la marcha de la expedición, Darío envió á Grecia varios heraldos para que pidieran en su nombre el homenaje de la tierra y el agua, y además, á las ciudades marítimas, un contingente de galeras. La mayor parte de las islas y varias ciudades del continente prestaron este homenaje, anticipándose Egina á los deseos del gran rey. En cuanto á Esparta y Atenas, su indignación fué tal, que hasta olvidaron el derecho de gentes. «¿Pedís la tierra y el agua? – contestaron los espartanos á los enviados; – pues tendréis una cosa y otra.» Y acto continuo arrojáronlos en un pozo. Los ate-

(1) La dominación de los persas era muy benigna: dejaron á las ciudades su administración interior, sin exigir tributos más pesados que antes y obligáronlas solamente á someter sus diferencias á los jueces en vez de apelar á la fuerza (Herodoto, VI, 42).

nienses los precipitaron en el *báratro* (1); y si hemos de dar crédito á un relato dudoso, condenaron á muerte al intérprete que había manchado la lengua griega al traducir las órdenes de un bárbaro.

Atenas siempre en guerra con los eginetas, se aprovechó de su conducta para acusarles ante Lacedemonia de haber hecho traición á la causa común. Este llamamiento á las espartanos equivalía á reconocer sus pretensiones á la supremacía, como jefes declarados de la Hélade; la dificultad de las circunstancias había acallado el orgullo; Cleomenes participaba del resentimiento de los atenienses, y corrió á Egina para apoderarse de los culpables, pero su colega Demarato, que le había hecho ya traición en una expedición al Atica, avisó á los insulares, y la empresa fracasó.

A fin de poner término á las ruindades de su colega, Cleomenes hizo que la Pitia declarase que Demarato no era de raza real, y consiguió que se le depusiera. Leotíquidas, que se había puesto de acuerdo con él en aquella intriga, sustituyó al rey caído, de quien era el heredero más próximo, y con sus ultrajes obligóle á salir de Esparta. Demarato fué á reunirse con Hipias en el destierro, y á mendigar como él la hospitalidad del protector de los reyes.



Doble siclo persa ú octodracma (2)

Cleomenes entonces marchó á Egina, tomó allí diez rehenes, y entrególos á los atenienses. Este acto fué el último de la vida pública de aquel jefe turbulento, que habiendo perdido el juicio, acabó por suicidarse. Leotíquidas, convicto más tarde de haber tomado el dinero de un enemigo á quien debía combatir, fué á morir en un destierro. «Los dioses, dice Herodoto, castigaron así el perjurio de los dos príncipes.» Sin embargo, los eginetas reclamaron sus rehenes, y como Atenas rehusara devolverlos, sorprendieron la galera sagrada que llevaba al cabo Sunión varios de los principales ciudadanos. La guerra estalló al punto. Un egineta quiso derribar en su isla el gobierno oligárquico, y apoderóse de la ciudadela; mas no pudiendo ser socorrido á tiempo, dejó en manos del enemigo setecientos de los suyos, que fueron inmolados á sangre fría. Uno de aquellos infelices consiguió escaparse y alcanzar el templo de Ceres, donde creía hallar un asilo y la salvación; mas la puerta estaba cerrada. Entonces asió con fuerza una anilla de la cerradura, y como fueran inútiles todos los esfuerzos para hacérsela soltar, los verdugos le cortaron las manos, que crispadas por la muerte quedaron cogidas á la anilla de la puerta. Herodoto, acostumbrado á las guerras civiles, nó tiene una palabra de horror para esa matanza de setecientos ciudadanos, y solamente se fija en el sacrilegio cometido con uno de ellos. «Ningún sacrificio, dice piadosamente, pudo apaciguar la cólera de la diosa, y los nobles fueron arrojados de la isla antes de que se expiara el sacrilegio (3).» Esta guerra, en efecto, no terminó hasta nueve años después de la segunda expedición de los persas.

---

(1) Véase t. I, p. 247, n.° 1.

(2) Vista de una fortaleza flanqueada por cinco baluartes y bañada por las olas: delante de ella una galera. En el exergo, dos leones saltando en sentido inverso. En el reverso, el rey de Persia de pie en su carro de batalla, con un auriga que sostiene las riendas; los caballos pisan un ciervo grabado en hueco, (plata).

(3) VI, 90-91. Herodoto habla de dos Artafernes, uno hermano y el otro sobrino del rey.

El nuevo ejército, compuesto de 100.000 infantes y 10.000 jinetes, conducidos por 600 galeras, avanzaba bajo las órdenes del medo Datis y de Artafernes, sobrino del rey. Darío les había ordenado que se apoderaran de Eretria y de Atenas, que redujeran á la cautividad á sus habitantes, y le enviaran los que él llamaba «sus esclavos,» pues quería ver por sus propios ojos á los hombres que habían tenido la audacia de hacerle frente. Esta vez la flota enderezó el rumbo á través del mar Egeo á fin de evitar el monte Athos, y comenzó por apoderarse de Naxos, cuya capital fué quemada con todos sus templos, respetándose solamente los santuarios de Delos, por haber oído decir que estaban consagrados á los dioses que ellos mismos adoraban, el sol y la luna. La expedición llegó al fin á Eubea, donde se apoderó de Caristos y puso sitio á Eretria. Esta ciudad se propuso al principio defenderse, y los atenienses ofrecieron para sostenerla sus cuatro mil ciudadanos establecidos en la isla; pero los grandes abrieron las puertas al enemigo, que saqueó la ciudad y quemó los templos en represalias del incendio de Sardes. Todos los habitantes, amigos ó enemigos, fueron reducidos á la esclavitud y presentados á Darío, quién les señaló para residencia uno de sus dominios, no lejos del golfo Pérsico. Ciento sesenta años después, los griegos que Alejandro encontró allí conservaban todavía el idioma y las costumbres de su patria. Platón compuso el siguiente epitafio para aquellos hijos que Grecia había perdido: «Nacidos en Eubea, é hijos de Eretria, reposamos cerca de Susa ¡á qué distancia, ay, de nuestra patria!» Esta transplantación de pueblos enteros era una de las costumbres de los gobiernos asiáticos.


Moneda de Caristos (Eubea) (1)

Los asirios habían aplicado este sistema á los judíos, los persas á la gente de Mileto; y á Darío le pareció bueno para los ciudadanos de Atenas. Llevarlos lejos de las tumbas de sus abuelos y de los templos de sus divinidades era menos que una matanza general, pero más que la servidumbre personal. Bien se comprenderá que los griegos contestarán á semejante amenaza con una lucha desesperada.

Desde Eretria, los persas se trasladaron á la bahía de Maratón, en donde echaron anclas. La llanura de este nombre, flanqueada por el mar, por pantanos y por las últimas colinas del Pentélico y del Parnés, tiene de nueve á diez kilómetros de longitud por tres de anchura, y era en toda el Atica el terreno más favorable para las evoluciones de la caballería: Hipias, el rey desterrado, habíala elegido con suma habilidad. Los atenienses corrieron al encuentro de los bárbaros; cada tribu dió cerca de 1.000 soldados y algunos esclavos; y á este ejército de unos 10 000 hombres agregáronse 1.000 plateos, quienes recordando que Atenas los había socorrido en otra ocasión, arrostraban voluntariamente un peligro que espantaba á los demás griegos. Este fué el único auxilio que del exterior recibió Atenas, la cual, sin embargo, había enviado al corredor Fidipido á Esparta para anunciar la llegada de los persas. El mensajero franqueó en menos de dos días los 240 kilómetros que mediaban entre Atenas y Lacedemonia. Los espartanos, unánimes en responder á este patriótico llamamiento, viéronse retenidos por una ley religiosa que les prohibía ponerse en marcha antes del plenilunio, y la luna no estaba entonces más que en su noveno

(1) Cabeza de Heracles joven, adornada con la piel de león. En el reverso cabeza de toro, casi de frente, y adornados los cuernos de cintas; encima ΚΑ (Καρυστίων) y delante el monograma de un nombre de magistrado. (Bronce del Museo Británico, *Grecia Central*, lámina 19, n.º 3)

día; pero al atravesar las montañas de Arcadia, Fidipido oyó al dios Pan prometer su socorro á los atenienses.

Un ejército de 11.000 hombres avanzó, pues, contra 110.000 enemigos (1), bajo las órdenes de diez generales ó estrategas, elegidos uno por cada tribu, que debían mandar por turno un día cada uno. Uno de ellos era Milcíades, hijo de Cimón, que se había hecho célebre como tirano del Quersoneso, principado que heredara de su tío, y los atenienses le debían la conquista de Lemnos, en cuyos habitantes vengó antiguos resentimientos (2). Milcíades fué el mismo que en la expedición de Darío á Escitia propuso romper el puente echado sobre el Danubio. Cuando después de la toma de Mileto los persas se diseminaron por las costas del Helesponto, Milcíades abandonó precipitadamente el Quersoneso, cruzó con gran exposición por entre la flota enemiga, y llevó á su patria cuatro trirremes cargados de riquezas. Una acusación de tiranía le esperaba en ella, pero fué absuelto honrosamente, y poco después eligiósele como uno de los diez generales.

Los pareceres se hallaban divididos: cinco generales querían que se esperasen refuerzos, y los otros cuatro que se librase la batalla al punto, pues temían las intrigas de Hipias, y el oro de los persas más aún que su número. La suerte de Eretria demostraba el peligro de dar tiempo á que la traición se deslizara en el campo ó en la ciudad. Tal era el parecer de Milcíades, quien consiguió que participara de su opinión el polemarca Calímacos, cuyo voto era preponderante, y se decidió entrar desde luego en combate. Arístides, uno de los generales, reconociendo la superioridad de Milcíades, invitó á sus colegas á cederle su turno de mando; pero él no aceptó, y quiso esperar á que llegase su vez. «Según costumbre, Calímacos se situó en el ala derecha, y los plateos formaron la izquierda. Los atenienses, á fin de no ser atacados por retaguardia, disminuyeron su centro, extendiendo su línea hasta que presentó su frente igual al de los persas, colocándose los principales jefes en las alas, protegidas por una estacada de troncos de árbol contra la caballería enemiga; de modo que ésta no podía acometer por la espalda sin franquear las pendientes de la montaña, maniobra de difícil ejecución y que hubiera alterado el orden en las filas. Por esto, después de reconocer la llanura, rodeada de montañas y pantanosa en sus orillas, Datis y Artafernes renunciaron á lanzar á ella su caballería. En la posición que había tomado, Milcíades cubría los dos caminos que conducían á Atenas por Cefisia y Afidna, dejando libre á los persas el de Palena, entre el Pentélico y el Himeto; pero el enemigo no hubiera podido penetrar en él sin una marcha de flanco, peligrosa siempre en presencia de un ejército enemigo.

»Apenas dada la señal, dice Herodoto, los atenienses bajaron corriendo de la altura en que se habían apostado, con gran asombro de los persas, que no comprendían aquella locura de un ataque á la carrera por tan reducido número de hombres, sin caballería ni arqueros.

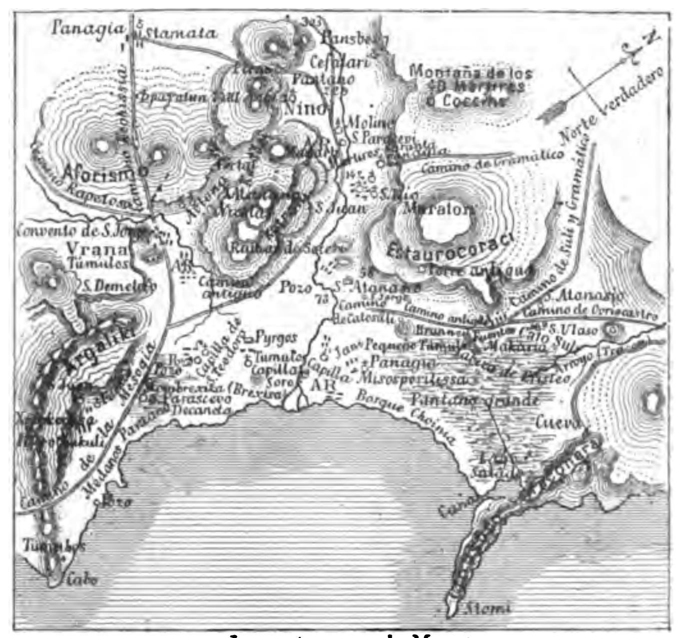
---

(1) Como Herodoto no da ninguna cifra, hay incertidumbre sobre este punto; pero cita el dato de que el ejército ateniense iba sin caballería (VII, 112). Tampoco la tuvo en Platea (IX, 27); y hasta más tarde no adquirió cierta importancia la caballería de Atenas.

(2) Los pelasgos de Lemnos habían secuestrado en una de sus correrías á varias mujeres de Atica que se habían reunido con motivo de una fiesta religiosa, y más tarde, por una sospecha de traición, diéronles muerte junto con los hijos que de ellas habían tenido. Intimados por Atenas á dar satisfacción, contestaron que se someterían cuando una flota, salida de aguas atenienses, abordara á su isla, impelida por el viento del Norte. Estas condiciones eran imposibles; pero desde el Quersoneso, que había pasado á ser propiedad de un ateniense, Milcíades pudo llegar en pocas horas con viento del Norte á Lemnos, y tuvo la suficiente energía para obligar á los habitantes á reconocer que se habían cumplido en un todo las condiciones exigidas.

»La batalla duró largo tiempo, y los bárbaros fueron vencedores en el centro; los persas y los saces atravesaron la línea de los griegos, y persiguiéronlos por aquellos campos; pero los atenienses, vencedores en las alas, dejaron al enemigo huir, replegándose después por ambos lados sobre los que habían forzado el centro, y derrotándolos completamente. Tan de cerca les picaban la retaguardia, que llegando al mismo tiempo que ellos á la ribera, atacaron las naves, pidiendo á gritos fuego para incendiarlas.

»El polemarca fué muerto, como también uno de los diez generales, Estesileos; Cinegiro, hermano de Esquilo, se arrojó al mar para detener un barco que huía, y



La comarca de Maraton.

consiguió sujetarle por la popa, pero le cortaron la mano de un hachazo (1). Solamente fueron cogidas siete galeras; las demás se salvaron á fuerza de remos, sin detenerse siquiera á virar de bordo, y apresuráronse á doblar el cabo Sunión, advertidos por un escudo elevado en el aire de que la ciudad estaba indefensa. Sin embargo, los vencedores volvieron á marchas forzadas, y ya se hallaban acampados en el Cinosargo cuando las naves de los bárbaros se dejaron ver frente á Falera. El golpe intentado había fracasado, en vista de lo cual la flota regresó al Asia (2)» (12 septiembre de 490).

Arístides, que había quedado solo con su tribu en Maratón, ocupóse en dar se-

(1) Justino (II, 9) ha añadido algo de su invención á ese episodio, no merecedor de que lo hiciera sospechoso con su fábula del segundo brazo cortado y de la decapitación cuando Cinegiro quiso detener el barco con los dientes.

(2) Curcio piensa, con razón, que una parte del ejército persa, particularmente la caballería, estaba embarcada ya para ir á sorprender la ciudad de Atenas, falta de sus defensores, cuando Milciades precipitó el ataque, á fin de aprovecharse de aquel desorden. No se ve, en efecto, que la numerosa caballería de los persas hubiera tomado parte en la batalla; y la señal izada sobre el Pentélico prueba que se había fraguado una trama para abrir á Hipias las puertas de Atenas.

pultura á los muertos y en recoger el rico botín con que se hizo la estatua colosal de Atenea Promacos (1), la virgen guerrera que nueve siglos después hará retroceder, según dicen, otra invasión aún más terrible.

En aquella batalla, «la primera, dice Herodoto, en que los griegos osaron mirar de frente aquellos medos cuyo solo nombre infundía terror,» los bárbaros perdieron unos 6.400 hombres y los atenienses solamente 192. Hipias quedó probablemente entre los muertos, y Esquilo fué herido. Herodoto no habla de aquel soldado que franqueó á la carrera la distancia entre Maratón y Atenas y expiró al anunciar á los magistrados la victoria; pero también ignoraba otras cosas que el pueblo sabía sobre aquella asombrosa victoria: unos habían visto á Teseo, y otros al héroe Equetlos, combatiendo en las filas de los atenienses.



Amuleto oriental hallado en el campo de Maratón (2)

El diezmo del botín fué consagrado á las divinidades protectoras, Atenea, Apolo y Artemis; y en recuerdo de la promesa de victoria oída por el corredor Fidipido, convirtióse en santuario de Pan una gruta abierta en el flanco del Acrópolis.

Los plateos que habían caído en el combate fueron sepultados bajo un terromontero al lado del que encerraba los restos de los atenienses; la generosa ciudad no olvidó á los esclavos que la habían ayudado á vencer, y les consagró en aquel glorioso campo de batalla su monumento funerario.

Milcíades obtuvo por todo honor la gloria de verse representado, junto con Calímaco, en los muros del Pecilo, en medio de un grupo de semidioses y de héroes. Este tributo de veneración tenía excepcional importancia, pues Atenas no solía hacer tanto por sus ciudadanos, sin que haya derecho para recriminar en este punto su celosa envidia. ¿No era el pueblo el que quiso combatir y el que había vencido? La historia no contestará, sin embargo, á las acusaciones de la injusticia popular como aquel ciudadano de Atenas que decía á Milcíades: «Cuando venzas tú solo á los bárbaros tendrás solo el honor de la victoria (3),» porque sabe cuanto puede acrecentar la fuerza de un ejército la habilidad de un jefe!» Más tarde se elevó para Milcíades una tumba separada en la llanura de Maratón, junto á la que contenía los restos de los ciudadanos. Cerca

(1) *Promachos*, la que combate en primera fila.

(2) Este amuleto, provisto de un anillo de oro, afecta la forma de una pirámide de tres grados sobre un cubo prolongado y ligeramente piramidal. Las cuatro caras tienen por adorno motivos orientales. En la que presenta el grabado se ve un guerrero que atraviesa á un león levantado sobre sus patas traseras. Estilo bárbaro (Serpentina. 50 milímetros de altura. Gabinete de Francia. *Catálogo*, n.° 972).

(3) Los honores acostumbrados en Atenas para los ciudadanos eran: una corona de oro, exención del impuesto, derecho de manutención en el Pritaneo á expensas del Estado, y un asiento particular en el teatro. A los extranjeros concedíaseles el derecho de ciudadanía. Véase Demóstenes, *Contra Aristocrat.*, §§ 196-200. Por lo demás, no les agradaba á los griegos que la personalidad de los jefes sobresaliese mucho. «¡Cómo!, exclama Peleo en la *Andrómaca* de Eurípides, el trofeo que el ejército levanta con los despojos del enemigo ¿no es por ventura obra del ejército entero? ¿Intentaría uno solo robar la gloria que otros alcanzaron, cuando se ha limitado á lanzar una jabalina, como miles de sus compañeros, sin hacer más que ninguno de ellos en particular?» Esquino dirá más tarde con igual injusticia: «El nombre del pueblo se halla siempre en los monumentos que recuer-

de esta última elevábanse diez columnas, una por cada tribu, y en ella se grabaron los nombres de los ciento noventa y dos héroes. Dícese que los persas habían llevado á Maratón, para hacer con él un trofeo, un bloque de mármol de Paros, en el que Fidias cinceló su Nemesis; pero esto es una leyenda. En la llanura se consagró un edículo á la diosa de las justas venganzas; pero la Nemesis de Rhamnonte fué obra de Agorácrito, discípulo predilecto del gran escultor ateniense (1).

Los plateos fueron asociados á los honores, ya que habían participado del peligro; cada vez que el heraldo imploraba en los sacrificios á los dioses en nombre de Atenas, debía rogar también por aquéllos.

Dos días después de la batalla llegaron los espartanos, que habían empleado



Ruinas del templo del cabo Sunión (2)

tres días en el viaje. Después de felicitar á los atenienses por su triunfo, fueron á visitar el campo de batalla, lleno todavía de cadáveres; mas al ver los trofeos y el entusiasmo de los vencedores, debieron comprender que el día en que el inmenso imperio de los persas había sufrido aquella sangrienta humillación, había nacido en Grecia un gran pueblo

III. — MILCÍADES, TEMÍSTOCLES Y ARÍSTIDES

Alejada la guerra de Atica, era preciso apartarla de allí para siempre, formando alrededor de Grecia un baluarte que contuviera cualquiera otra invasión Si se podía cerrar el mar Egeo á los persas, tomando las Cícladas, ya no les quedaría, para alcanzar la Hélade, más que el largo y peligroso camino de Tracia. Este fué el plan

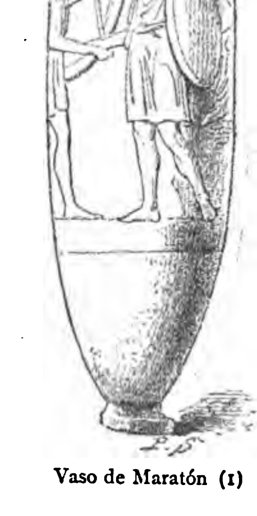
---

dan las victorias de Atenas, pero no de los generales » (*Disc. contra Ctesifón*, 193 y sig.) Después de Maratón, los dioses tuvieron también motivos de queja: los atenienses habían prometido á Diana sacrificarle tantas cabras como enemigos matasen, lo cual hubiera equivalido á la matanza de todas las que existían en Atica; pero Diana capituló, y contentóse con 500.

(1) Aun puede verse en la llanura de Maratón un túmulo que se cree ser el de los héroes atenienses: mide 9 metros de altura por 183 de circunferencia.

(2) Este templo, construído con mármol del Laurión, estaba consagrado á Atenea.

de Milcíades, quien pidió á los atenienses setenta barcos, prometiendo conducirlos á países de donde traerían mucho oro. No dijo más, y bajo la fe de su nombre, los pobres se agruparon en torno suyo, logrado lo cual dirigióse á poner sitio á la ciudad de Paros, «donde tenía una injuria personal que vengar.» Pero los habitantes resistieron vigorosamente; Milcíades fué herido de gravedad, y á los veintiséis días hubo de levantar el sitio. Los atenienses no habían tenido nunca entera confianza en el antiguo tirano del Quersoneso, y aquella expedición, emprendida á instancias suyas sin precisar el objeto, despertó sospechas. El padre de Pericles, Xantipo, uno de los primeros personajes de la ciudad, le acusó de haber arruinado el tesoro público, ocasionando la muerte de muchos ciudadanos.

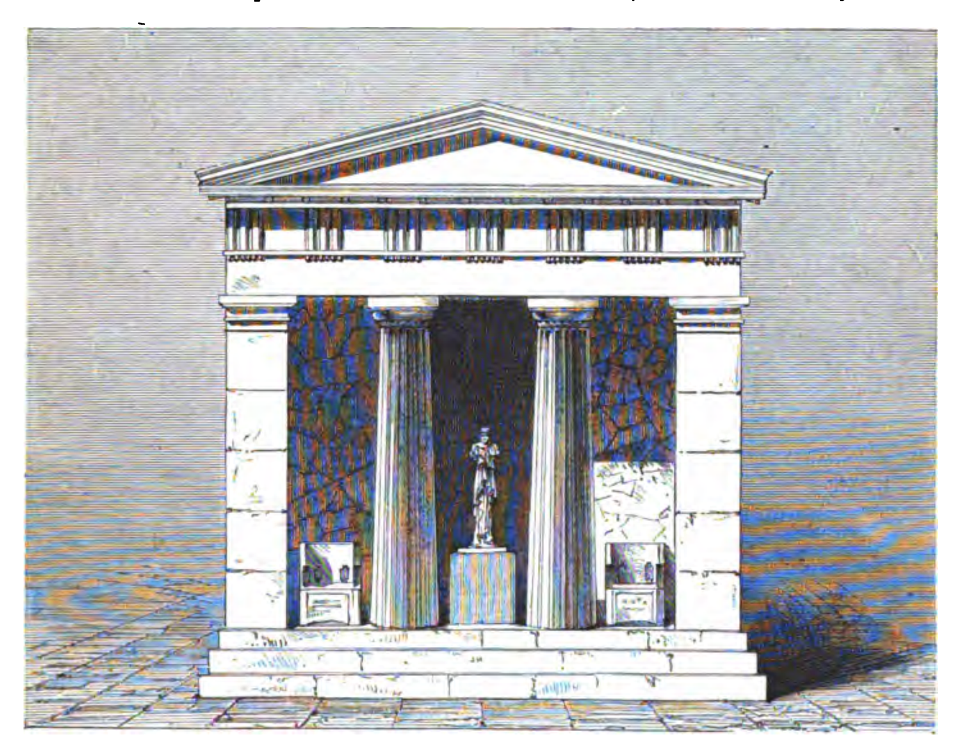

Vaso de Maratón (1)

Diodoro, Cornelio Népote y Plutarco han acumulado en este punto las circunstancias más desfavorables para los atenienses. Herodoto, que pudo conversar con hombres que presenciaron los hechos, refiere el caso de una manera más sencilla. «Xantipo, dice, intentó contra el jefe un proceso, acusándole de haber aconsejado mal al pueblo; pero Milcíades no compareció. La gangrena que se le había declarado en el muslo á causa de su herida, le retuvo en el lecho; pero sus amigos presentaron la defensa, y al recordar la gloria de que se cubrió en Maratón y la toma de Lemnos, consiguieron que el pueblo se declarase en su favor. Milcíades, gracias á ello, se libró de la muerte, pero fué condenado por su falta al pago de una multa de 50 talentos (295,000 pesetas). Habiéndose extendido la gangrena, Milcíades murió algún tiempo después. Cimón, su hijo, pagó los 50 talentos» No aparecen aquí la prisión en que gimió el libertador de Atenas, ni el cuerpo del héroe, piadosamente rescatado por su hijo de manos del verdugo, que aun conservaba el cadáver con sus ligaduras, ni la hermosa Elpínice, entregada al rico Calias por Cimón, su hermano, á cambio de los 50 talentos (2) que el fisco inexorable exigía. El interés dramático pierde con ello, pero ganan la verdad y también el honor de ese pueblo ateniense, tan calumniado por los retóricos de todas las edades. No obstante, si en ese proceso se había observado la ley rigurosamente, había sido violada la

(1) Según el *Archæologische Zeitung*, XXII (1864), tab. 183, 1 y 2, y p. 145.—Este gran lécito de mármol pentélico, que ha servido de *estela* funeraria, fué descubierto en la misma ciudad de Atenas; pero en Maratón se encontró el primer vaso de esta serie, largo tiempo designada con el nombre de «Vasos de Maratón.» De todos los ejemplares conocidos, éste es el más perfecto. El artista ha representado en él escenas de la vida ordinaria: á la izquierda, dos jóvenes armados de casco y escudo, despídense uno de otro; y á la derecha, un efebo hace gala de su destreza á caballo (μετεωρίζει). Entre estas dos escenas, el artista ha colocado un grupo lleno de gracia y de encanto, compuesto de dos mujeres jóvenes; una de ellas está sentada, y la otra se apoya suavemente en el hombro de su compañera, mirando á los mancebos que se despiden. Este grupo no entraba en la composición primera; de modo que el artista, para dejarle lugar, debió dejar sin concluir la cola del caballo, colocando á las dos mujeres en segundo término y á más altura. El relieve, que sobresalía muy poco, estaba de fijo pintado.

(2) La multa de 50 talentos era la pena ordinaria para aquellos que habían conducido mal los asuntos de la República. En cuanto á Elpínice, parece que se casó con Calias; mas Herodoto no lo dice (Plutarco: *Cimón*, 4).

justicia, tal como la conciben nuestras ideas modernas (1), que quieren castigar el crimen y no el error, la traición y no la derrota; y aquel triste fin del vencedor de Maratón ha sido siempre una mancha para Atenas. Pero á lo menos cuando el héroe expiró no se escasearon los elogios ni los honores eternos consagrados á su memoria. El día en que los atenienses enviaron á Delfos, en recuerdo de la jornada



Templo de Nemesis en Rhamnonte (2)

de Maratón, trece estatuas de dioses y de héroes esculpidas por Fidias, Milcíades fué comprendido en la cohorte divina.

Tres hombres le sustituyeron: un sobrino de Clístenes, Xantipo, que únicamente es célebre por su victoria de Micala y por su hijo Pericles, y Arístides y Temístocles, que lo fueron, el uno por su virtud y el otro por sus servicios.

Temístocles había nacido hacia el año 535; su padre era un hombre obscuro, pero rico, y su madre extranjera. En la comercial Atenas influían poco las preocu-

(1) Nuestras ideas, pero no nuestras leyes. El general Ramorino fué fusilado en 1849 por sentencia de un consejo de guerra, por causa de una orden mal comprendida ó mal ejecutada. A Dupont se le encarceló por su capitulación de Bailén, y el almirante Bing sufrió la pena de muerte por una derrota. Todo capitán de buque que pierde su barco es sometido á un consejo de guerra, y condenado con sólo que de su parte haya habido negligencia. En las altas funciones, la impericia en cierto grado puede equivaler á un crimen contra la patria.

(2) Restauración del pequeño templo de Nemesis en Rhamnonte, según *Las Antigüedades inéditas de Atica*, por la Sociedad de Aficionados, cap. VII, lám. II. – El pequeño templo de Rhamnonte fué destruído por los persas y reemplazado por otro más grande, cuyas ruinas subsisten junto á las del primer santuario.

paciones sobre el nacimiento, y Temístocles las debilitó más aún. Los hijos de raza mezclada no podían entregarse á los ejercicios del gimnasio sino en el Cinosargo, y aquél consiguió atraer á este centro á los hijos de los eupátridas, haciendo de esta suerte desaparecer una distinción injuriosa. Temístocles prefería el trabajo al juego, pero descuidaba los estudios de especulación ó de placer, á que los griegos daban tanta importancia, para aprender las lecciones de uno de esos hombres que se llamaban Sabios, y que se ocupaban ante todo del arte de gobernar los Estados. Como cierto día se burlasen de él porque no sabía tocar la lira, contestó:» – Ni los cantos ni los juegos se avienen con mi modo de ser; pero que me den una pequeña ciudad pobre y débil, y bien pronto la haré grande y fuerte.» Al observar aquella ambición y ardimiento, uno de sus maestros predijo que haría mucho bien ó mucho mal. Si trató de brillar en los juegos olímpicos fué porque se hablaba mucho de los vencedores, y Temístocles quería que Atenas creyese que su nombre estaba en todas las bocas. Por eso también atrajo á su casa á los artistas extranjeros y á los personajes de distinción que iban á la ciudad. Su padre se había propuesto distraerle la atención de los asuntos públicos, y cierto día, mostrándole unas galeras viejas y rotas que se pudrían en la playa, díjole: «Así es como el pueblo trata á sus jefes y olvida sus servicios.» – Estos consejos de la experiencia egoísta son por fortuna mal escuchados. Temístocles estudió el arte de la palabra, sabiendo bien que en una república la elocuencia es el arma más temible. Su prodigiosa memoria permitióle retener los nombres de todos los ciudadanos, y para granjearse su confianza defendía su causa y arreglaba sus litigios. De este modo iba adquiriendo insensiblemente mucho crédito, cuando la guerra Médica vino á trastornar sus cálculos.



Milcíades (1)

Para resistir á los persas de Datis y de Artafernes necesitábase un general y no un orador, un hombre como Milcíades, que alcanzó todos los honores de la primera guerra. Interrogado Temístocles por sus amigos, de quienes huía, sobre cuál era la causa de su expresión sombría y taciturna, contestó que los trofeos de Milcíades le impedían dormir. Muy pronto, sin embargo, los obtendrá él mismo, pues en la espantosa crisis en que Atenas va á encontrarse, necesitará un hombre que no peque ni de cobarde ni de imprudente, que no se deje sorprender jamás por cosa alguna imprevista, y que examine las cosas con sano juicio, prevea las con-

(1) Busto en mármol (según Visconti, *Iconografía greca*, tab. XIII). — La inscripción Μιλτιάδης Κίμωνος Ἀθηναῖος, está grabada en caracteres un tanto arcaicos.

secuencias y aplique inmediatamente el mejor remedio. Este hombre será Temístocles.

En Maratón había combatido junto al que debía ser su rival, Arístides, quien se distinguió pronto por su severa probidad, adquiriendo, sin buscarla, la influencia que tantos esfuerzos costó á Temístocles. Al morir Milcíades, esos dos hombres fueron los primeros de la ciudad, pero sus opiniones diferían entre sí como sus caracteres. Temístocles buscaba más bien su apoyo en el pueblo; Arístides ambicionaba más el favor de la clase elevada; el uno era poderoso en la asamblea general, y el otro en los tribunales de justicia. Nadie osaba poner en duda las luces de Temístocles; pero sabíase que era hombre de pocos escrúpulos cuando detrás de la injusticia veía un triunfo. La equidad de Arístides, por el contrario, había llegado á ser proverbial; amigo de Clístenes, y sin compromisos con los partidos, era el hombre de la ley y de la justicia. Había querido conservar las antiguas costumbres, la vida rústica y el trabajo en los campos; en cambio su rival, llevando la actividad de los atenienses hacia el mar y el comercio, iba á hacer pasar la preponderancia de las clases rurales á las clases mercantiles; de los terratenientes á los capitalistas nómadas; del labrador, encariñado con su tierra y sus dioses, al marino que los olvida cruzando los mares. El uno tenía empeño en conservar los elementos aristocráticos de la constitución; el otro no temía un nuevo progreso de la democracia. De esta oposición nacían luchas continuas que perturbaban la ciudad. «Atenas no estará tranquila, decia Arístides, hasta que nos hayan arrojado, á uno y á otro, al *báratro.*»

Temístocles consiguió realizar la mitad de este parecer á expensas de Arístides. Propagó en efecto, sordamente, el rumor de que éste se arrogaba una especie de soberanía real, atrayendo á sí todos los procesos para resolverlos amistosamente, con lo cual los tribunales quedaban reducidos á la inacción. Estas insinuaciones produjeron su efecto; olvidáronse los servicios del buen ciudadano, pues «el agradecimiento dormita,» según dice Píndaro, y la Envidia, á la que se había concedido un puesto en el cielo (1), habíase quedado en la tierra, en el corazón de la democracia. Arístides fué desterrado por el ostracismo (483). Cuéntase que un ciudadano obscuro que se hallaba á su lado en la asamblea, dirigióse á él mismo para que inscribiera su nombre en la concha del voto. «¿Os ha ofendido Arístides? – preguntó éste. – No, – repuso el hombre del pueblo, – ni siquiera le conozco, pero estoy cansado de oir que le llamen siempre el Justo.» Al salir de Atenas, Arístides pidió á los dioses que no sucediera en su patria nada que pudiese hacer sentir su destierro.

No olvidemos que un siglo antes, semejante rivalidad se hubiera decidido por las armas y con efusión de sangre, en vez de resolverse pacíficamente por medio de una votación. Sin duda hay injusticia en el fallo, pero la Atenas de Temístocles vale más que la de Pisistrato; sus libres instituciones la libraban de la guerra civil. Por lo demás, Temístocles borró el recuerdo de aquella mala acción con sus servicios. Después de Maratón, el pueblo creyó que había concluído la guerra; solamente él comprendió que apenas había comenzado; que el soberano de Asia, de Tracia y de las islas no dejaría impune la afrenta que le infirieran los habitantes de aquel reducido rincón de tierra. También supo reconocer, y en esto consistió su principal mérito, que la única salvación de los griegos estaba en su marina, y haciendo prevalecer su plan entre el pueblo, por fortuna ocupado entonces en la guerra naval contra Egina, de que antes hemos hablado, pudo inducirle á que aplicara el pro-

(1) Véase tomo I, p. 120 y siguientes.

ducto de las minas del Laurión, hasta entonces distribuído entre los ciudadanos, á la construcción de cien galeras (1), que utilizó para asegurar la preponderancia de Atenas en los mares de Grecia, mientras llegaba el momento de servirse de ellas para la salvación de su patria.

Los eginetas disputaban á los atenienses aquel imperio; pero Temístocles humilló su marina, y al ver que Atenas no tendría en adelante rival en las aguas, favoreció con toda su influencia la extensión de su comercio, que también era la de su poderío naval. Cuando se supo que Jerjes se había puesto en marcha, Atenas contaba 200 galeras, acostumbradas ya á las maniobras navales; y tenía para refugio de los barcos un puerto magnífico, el Pireo, que Temístocles había en cierto modo descubierto. Desde el año 493 había dispuesto, como arconte, que se abandonara la rada abierta de Falero, y decidido al pueblo á que comenzara los trabajos, que formaron una nueva Atenas alrededor del puerto.

CAPÍTULO XVII

SALAMINA Y PLATEA (480-479)

I.—JERJES EN GRECIA

Al recibir noticia del desastre de Maratón, Darío comprendió que su gloria y su grandeza estaban comprometidas si no salía victorioso de aquella lucha. ¡El soberano de un inmenso imperio, vencido por una pequeña y obscura nación! Dejar sin castigo tamaño ultraje hubiera sido un golpe funesto para su imperio, una peligrosa excitación á la revuelta á los muchos pueblos sometidos á sus leyes. Si los escitas habían escapado de los ataques de su ejército, burlando la persecución, sus desiertos más bien que su valor eran los que habían triunfado de él; y por otra parte, la conquista de Tracia hacía olvidar la inútil tentativa realizada más allá del Danubio, sin contar con que aquellas poblaciones errantes no tenían residencia fija ni punto de apoyo donde pudiera formarse una potencia rival, sólidamente establecida. Los griegos, por el contrario, eran dueños de un territorio encerrado en límites fijos, con Estados regular y sabiamente constituídos, ciudades ricas y sumamente pobladas. Por último, la reciente audacia de aquel pueblo, que en otra época llegó á insultar al gran rey en la misma Sardes, burlándose después de sus esfuerzos, despertaba recuerdos consagrados por el odio mal extinguido entre Grecia y Asia, odio que ya Homero había cantado. Gracias al poema inmortal, conservábase me-

(1) La distribución era de 10 dracmas por ciudadano (Herodoto, VII, 144). — La plata se encuentra á veces, como el oro, en un estado de completa pureza, y su color, su dureza y su inalterabilidad, debieron llamar muy pronto la atención. En el Laurión, desde Sunión á Torikos, en un espacio de varios kilómetros de anchura, existían yacimientos de galenas argentíferas, de las cuales los atenienses sabían extraer, del contenido total un 70 por 100 de plomo. En las escorias que arrojaban, nuestros ingenieros encuentran aún de un 6 á un 14 por 100 de plomo; pero la plata que daban aquellas galenas no pasaba, según parece, de 0'005, lo que podía representar, dado el valor de la plata hoy en día, un centenar de pesetas por tonelada de mineral. Véase Gorceix, *Minas del Laurión*, y Huet, *Memoria sobre el Laurión*, en las *Memorias de la Sociedad de ingenieros civiles*, julio-agosto, 1879, p. 731 y siguientes.

moria de la lucha solemne de que habían sido teatro los campos de Troya; y al cabo de largo intervalo, íbase á representar el segundo acto de aquel drama grandioso. Comprendíase bien la solución de continuidad que enlazaba aquellas diferentes guerras, por mucha que fuese la distancia que á una de otra separaba. Cuando Jerjes se disponía á cruzar el Helesponto, detúvose en las orillas del Escamandro, visitó el palacio ruinoso de Priamo, y ofreció sacrificios á Minerva-Ilíada, así como á los héroes. Alejandro, el campeón del Occidente, debía hacer á su vez otro tanto en los mismos lugares: la lucha era, pues, de un mundo contra otro mundo.



Rey persa venciendo á un dragón (1)

Durante tres años, á contar desde la batalla de Maratón, toda el Asia estuvo agitada, con motivo del alistamiento de soldados, organización de la flota, adquisición de caballos y acopio de víveres. En el cuarto año Egipto se insurreccionó, y Darío se disponía á marchar contra este país, cuando le sorprendió la muerte (484). El primer cuidado de su hijo Jerjes fué sofocar aquella rebelión; y después de haberlo conseguido, ocupóse de Grecia.

El hombre más inclinado en favor de aquella guerra era un cuñado del rey, el fogoso Mardonio, que esperaba obtener el mando y la gloria de la expedición. «La sumisión de Grecia, decía, llevará consigo la de Europa, el país más rico del mundo, que solamente debe obedecer al gran rey.» A él se unieron los príncipes griegos á quienes las revoluciones habían obligado á refugiarse en Asia, contándose en primer término

(1) Bajo relieve del palacio de Darío, según M. Dieulafoy: *El arte antiguo de Persia,* III, lá-

los Pisistrátidas, que á pesar de la muerte de Hipias no habían perdido la esperanza de reinar en Atenas, y que solicitaban siempre una restauración armada. Habían llevado consigo á Susa al poeta adivino Onomácritos, gran coleccionista de oráculos y de antiguas poesías, que interpolaba cuando era necesario, mostrando á los persas su victoria, predicha hacía largo tiempo. No sé si Demarato, aquel rey de Esparta que Cleomenes mandó desterrar, y que se había alejado profiriendo palabras amenazadoras, gozaba de favor en la corte, pues se le ve dudar continuamente del éxito; pero los Aleuades, príncipes tesalios, que deseaban consolidar y extender su poderío aunque fuese á costa de su dignidad, prometían á Jerjes el apoyo de toda la Tesalia. Solamente un hombre alzó la voz en el consejo para oponerse á la empresa, Artabán, hermano de Darío; mas una visión amenazadora que dos veces asustó al rey en su sueño, y espantó al mismo Artabán, fué suficiente para desvanecer todos los escrúpulos y para que se decretara la guerra (1). Los persas se consolaban después de su derrota, alegando que los dioses les habían impulsado á la expedición fatal.

Necesitáronse aún cuatro años más para terminar los preparativos. «De todas as expediciones que conocemos, dice Herodoto, aquélla fué sin contradicción la más grande; comparada con ella, ninguna otra vale nada... ¿Hay alguna nación del Asia que Jerjes no armara y condujera contra Grecia? ¿Hay algún río, si se exceptúan los más caudalosos, cuyas aguas no hayan agotado á su paso las tropas persas para apagar la sed? Pueblos sinnúmero dieron, éstos sus naves, aquéllos sus tropas; los unos enviaban caballería, los otros, soldados de marina y barcos propios para el transporte de los animales. Tal nación suministró grandes navíos para la construcción de puentes, y tal otra los víveres y barcos de transporte, estableciéndose almacenes destinados al abastecimiento del ejército á lo largo de las costas de Tracia.»



Moneda de un rey aqueménide incierto (2)

Durante estos preparativos, que conmovían y extenuaban al Asia, Jerjes mandó ejecutar dos grandes obras, cuales fueron la perforación del monte Atos, y la colocación de un puente sobre el estrecho que separa á Abydos de Sestos, ó sea al Asia de Europa. No convenía al magnífico soberano de Oriente franquear aquel brazo de mar embarcado como un simple mortal; y en cuanto al monte Atos, quería humillarle y castigarle por el desastre que había ocasionado á la flota de Mardonio (3).

mina 17. – Es una escena representada á menudo especialmente en las piedras grabadas en hueco. (Véase J. Menant: *Investigaciones sobre la glíptica oriental*, parte II, p. 164 y sig.) Está tomada de los monumentos asirios (Id., p. 76-78).

(1) Herodoto, VII, 12 y siguientes. Herodoto y Esquilo, que conservaban la antigua creencia en la envidia de los dioses, consideraron la derrota de los persas como una expiación de su insolente fortuna.

(2) Cabeza de un sátrapa ó de un rey aqueménide con la mitra oriental. En el reverso ΒΑΣΙΛ. Lira (Tetradracma). M. Waddington conjetura que esta medalla lleva el retrato de Artajerjes Mnemón, y que fué acuñada en Colofón (Waddington: *Miscelánea de numismática*, 1861).

(3) Aun hoy día, los marineros griegos no hablan sin terror de los golpes de viento y de las corrientes que hacen tan peligrosa la navegación alrededor del Atos (Leake: *Viajes en la Grecia del Norte*, t. III, p. 145, y Cousinery: *Viaje por Macedonia*, t. II, p. 153). Al Mediodía, el canal es todavía ancho y profundo, y durante la estación de las lluvias sirve para la salida de las aguas. La parte central se ha cegado. La mayor altura del istmo no pasa de 16 metros sobre el nivel del mar; y por eso Herodoto cree (VII, 24) que Jerjes hubiera podido hacer pasar sus barcos sobre el istmo,

En el itsmo que une esta montaña con el continente se abrió un canal, cuyos vestigios se ven aún, de 2.400 metros de largo y bastante ancho para que dos trirremes pudieran pasar de frente. Mil naciones trabajaron en esta obra, y solamente los fenicios supieron evitar, por medio de escarpas ó declives hábilmente calculados, el hundimiento de las paredes, que ocasionó á los demás doble trabajo, y sin duda terribles accidentes; pero el déspota se complacía en aquellos esfuerzos sobrehumanos, y el canal era para su orgullo lo que la pirámide de Menfis fué para el de Ceops.

Los griegos habían enlazado ya las dos riberas del Helesponto por la graciosa leyenda de los amores de Hero, la sacerdotisa de Venus, y Leandro, que todas las noches salía de Sestos y cruzaba el estrecho á nado, fija la vista en el fanal en-



Moneda de Abydos (1) Moneda de Sestos (2)

cendido por aquélla en la cima de la torre de Abydos (3). Byron repitió esta hazaña sin esperar semejante recompensa; de modo, que la extensión de mar que ha de franquearse no es tan considerable, reduciéndose de unos 1.300 á 1.400 metros (4). Jerjes resolvió construir un puente, que se formó con barcos fuertemente unidos entre sí por medio de cables que los egipcios y los fenicios habían suministrado; y como una tempestad lo destruyese, el monarca persa ordenó que se aplicasen á las aguas del Helesponto trescientos latigazos; que se arrojase al mar un par de maniotas, y que se le marcara con un hierro candente, diciendo: «Onda amarga, tu amo te castiga porque le has ofendido sin tener razón para ello. El rey Jerjes te cruzará quieras ó no; pero no mereces que nadie te ofrezca sacrificios, porque eres un río inútil y engañoso (5).»

Si todo esto ha ocurrido en alguna parte, y no es puro invento de la imaginación de los griegos, preciso es confesar que el gran rey fué ridículo, y sobre ridículo cruel,

---

si su canal no hubiera tenido por objeto dar á todas las naciones una prueba del poderío de aquel soberano, siendo á la vez un monumento de su orgullo.

(1) Busto de Diana mirando á la derecha, con diadema y á la espalda el arco y el carcaj. En el reverso águila con las alas desplegadas, circuída de una corona de laurel, y delante una antorcha; en el campo ΑΒΥΔΗΝΩΝ, y en el exergo ΔΙΟΝΥΣΙΟΥ, nombre de un magistrado. (Tetradracma).

(2) Cabeza de Deméter mirando á la izquierda, con la cabellera envuelta en un velo (σφενδόνη). En el reverso ΣΗΣΤΙ. Deméter, sentada mirando á la izquierda, parece encender una antorcha en una luz colocada sobre un cipo que está delante. (Bronce.)

(3) Virgilio, Ovidio y Estrabón aluden á esta historia; sus testimonios no prueban la autenticidad de la misma como se ha dicho, pero hacen creer que es muy antigua. El encantador poema de Museo, que la refiere, es por el contrario moderno, pues parece datar del quinto siglo de nuestra era.

(4) Herodoto, Estrabón y Plinio dicen que por la parte más estrecha, aquella donde se establecieron los puentes, se contaban 7 estadios, ó 1.300 metros; y el duque de Ragusa (*Viaje á Turquía*), cree que esa distancia era de 700 toesas. Reclus da la cifra de 1.950 metros para la anchura mínima del estrecho.

(5) Estos insultos al mar están muy conformes con el sentido de las creencias naturalistas de los griegos, pero no con las de los persas.

cuando mandó dar muerte á todos aquellos que, habiendo dirigido los trabajos, eran culpables de haberse dejado vencer en la lucha emprendida contra los elementos. La obra se comenzó de nuevo; sobre una doble línea de barcos construyóse con fuertes maderos un entarimado sólido que se cubrió de una capa de tierra muy batida, levantándose después en los lados una barrera. Esta vez la obra se mantuvo firme.

El ejército avanzaba dividido en dos gruesas columnas, y en el espacio que éstas dejaban entre sí iba el rey con las mejores tropas persas, precediéndole el carro de Júpiter, es decir, de Ormuzd, tirado por ocho caballos blancos; el carro del rey era también magnífico. En la costa de Abydos teníase dispuesto para el monarca un trono de mármol blanco, y allí pudo ver Jerjes cómo se desplegaba en el mar su inmensa flota, y darse el placer de presenciar un combate naval en que los fenicios fueron vencedores. Al contemplar el Helesponto, cuyas aguas desaparecían debajo de sus naves, y las orillas del mar y los campos de Abydos ocupados por inmenso número de hombres, Jerjes se consideró el más feliz y el más poderoso de los mortales, y congratulóse de ello; pero sus ojos se llenaron de lágrimas, visto lo cual por Artabazes, le dijo: «¡Oh, rey! ¡qué intervalo tan corto habéis dejado transcurrir entre dos actos tan diferentes! Hace un instante celebrabais vuestra felicidad, y ahora lloráis.—Lloro, contestó Jerjes, de lástima por la brevedad de la vida humana, cuando reflexiono que de toda esa inmensa multitud no existirá ni un solo hombre dentro de cien años.» El gran rey se hacía ilusiones: debía haber dicho dentro de un año. Al día siguiente, todas las tropas en pie de guerra antes de salir el sol, esperaron el momento de aparecer el brillante astro; entretanto, purificábanse los puentes con perfumes, y esparcíanse por el camino ramas de mirto. Apenas lució el sol, Jerjes hizo una libación en el mar con una copa de oro, y vuelto hacia el Oriente, pidió al dios que no le opusiera en su expedición ningún obstáculo suficiente para detenerle antes de llegar á los últimos límites de Europa. Después arrojó en las aguas del Helesponto el vaso en que bebiera, un cráter de oro y una cimitarra.

El ejército empleó siete días y siete noches en franquear los puentes, y cuando todo él estuvo en territorio de Europa, Jerjes quiso hacer el recuento de su gente, de aquellas mieses humanas que la espada de los griegos iba á segar, como se recuenta el grano en las medidas.

En la vasta llanura de Doriscos, á orillas del Hebre, se rodeó con un muro un recinto que podía contener diez mil hombres bien compactos, y haciendo entrar allí muchedumbres sucesivas, se pudo saber cuando todos hubieron pasado, cuantos soldados contaba el ejército. Las cifras dadas por Herodoto son prodigiosas: conviniendo en que no hay datos positivos, evalúa las fuerzas llegadas del Asia en 1.700.000 infantes, 80.000 caballos, 20.000 hombres distribuídos entre los carros de guerra y los camellos, 517.000 repartidos en 3.000 barcos, y 1.200 naves de guerra; á esto se deben añadir 120 trirremes y 324.000 hombres tomados de la Tracia y de las provincias vecinas, lo cual compone un total de 2.640.000 combatientes. Herodoto calcula en un número igual el de los criados y otros servidores; de modo que así resulta la cifra de 5.000.000 (1).

Parecía que no iba á ser necesario combate alguno y que Grecia iba á quedar

(1) Se han discutido estas cifras, y yo creo que hay que tener muy en cuenta la enumeración de Herodoto; admitiendo, empero, que como escribió cuarenta años después de los acontecimientos, pudo transmitirnos cifras aumentadas por la imaginación y el orgullo de los griegos. Una cifra entre otras, la de los esclavos y gente de servicio, no debió conocerse nunca. En los *Persas*, Esquilo, testigo ocular, dice que el número de barcos que combatieron en Salamina fué de 1.207.

sumergida bajo aquella oleada de hombres. «¿Pensáis, preguntó Jerjes á Demarato, que los griegos se atreverán á combatir? – Los griegos son de temer, contestó el espartano, porque son pobres. No preguntéis cuál es su número, pues los lacedemonios, por no citar otros, esperarían á pie firme aunque sólo fueran mil hombres ó menos aún, pues tienen un precepto poderoso, una ley que les manda ó vencer ó morir.» Y el dueño de todos aquellos soldados, que no iban á batirse sino á fuerza de latigazos, reíase al oir hablar de una cosa imposible en su concepto, de hombres que fueran libremente á vencer ó á morir porque la ley se lo mandase.

Y lo que comunicaba un aspecto más extraño aún á tan inmensa muchedumbre era que todos avanzaban en confusión, ostentando los trajes más extravagantes y armados del modo más diverso (1): los persas, los medos y los hircanios, con sus vestidos de dibujos variados, corazas de escamas de acero pulimentado, ligeros escudos de mimbre, flechas de caña y lanzas cortas; los asirios, con sus cascos de forma extraña y sus mazas guarnecidas de hierro; los saces, armados de hachas; los indios, vestidos de tela de algodón; los árabes, con su flotante *zeira;* los etíopes, cubiertos de pieles de león y de pantera, que dejaban ver sus cuerpos pintados de blanco y rojo; los sagartianos, armados de un puñal y una cuerda terminada por dos redes; y en fin, los pueblos del Asia Menor, los tracios y otros veinte más. Mardonio mandaba la infantería con otros dos generales.

No es extraño que algunos ríos se agotaran por el paso de aquella espantosa multitud, y que vastos países no pudieran suministrar el alimento necesario. Los hombres de Europa que veían avanzar aquel torrente, estaban aturdidos, y preguntaban á los dioses si era necesario despoblar una parte de mundo para saquear á la otra. Dícese que los abderitanos, arruinados por el paso del ejército, dieron gracias á los dioses de que Jerjes no hiciera más que una comida diaria, pues les habría sido necesario venderse á sí propios con su ciudad para proporcionar la segunda. Una de aquellas comidas había costado á Thasos 400 talentos, es decir, el tributo que pagaba en un año el Asia Menor, y casi la suma de 460 talentos, que Atenas pidió á sus aliados para preservarles del restablecimiento de la dominación persa.

En las orillas del Estrymón, los magos hicieron un sacrificio de caballos blancos; y en el lugar llamado las *Nueve Vías*, cerca de Anfípolis, enterraron vivos á nueve jóvenes y á nueve doncellas. Hasta entonces Jerjes no había salido de su imperio, y sólo un hombre había osado desobedecer sus órdenes: el rey de los bisaltos, que gobernaba entre el Estrymón y el Axios, y que se retiró orgullosamente á las cimas del Rhodope al tener noticia de que se acercaban los persas. Había mandado á sus hijos que le siguieran; pero habiendo éstos ido á reunirse con Jerjes, cuando volvieron mandó arrancarles los ojos.

Sin embargo, los griegos estaban poseídos de la misma inquietud que el montañés que oye rodar la avalancha sobre su vivienda (2). En medio de ellos había traidores, y no era de extrañar; ¿qué amor á la patria y á la libertad, qué valor no se necesitaba para esperar á sangre fría y á pie firme una ruina al parecer inevitable? Pero también Prometeo había sentido la tierra temblar bajo sus pies en medio del fragor de los truenos, y no se había atemorizado: Atenas y Esparta tuvieron el valor que la leyenda atribuía al titán del Cáucaso.

(1) Solamente los lidios, los chipriotas, los carios, los griegos asiáticos y algunos egipcios, es decir, las tropas con que el rey debía contar menos, llevaban armadura propia para combatir á pie firme. Todos los demás iban muy mal equipados.

(2) Píndaro había dicho: «Un dios ha desviado de nuestras cabezas la roca de Tántalo» (*Istmicos*, VII, 20). El poeta obispo Sinesio volvió á servirse de esta imagen al hablar de la invasión de los godos (Véase *Historia de los romanos.*)

Al circular el primer rumor de la marcha del rey, los griegos habían enviado espías á Sardes para averiguar cuál era el número de sus fuerzas; pero habiendo sido descubiertos, Jerjes, en vez de ¡manda que les dieran muerte, ordenó que se les enseñase todo, y dejólos marchar, poseídos de espanto. A su vez el soberano persa había enviado algunos heraldos á los griegos para recibir el homenaje de aquellos á quienes el rumor de su llegada hubiese atemorizado. Los pueblos de Tesalia y de la Dórida, los locrios, Tebas y todo el resto de la Beocia, excepto algunos tespios y plateos, sometiéronse desde luego; los argivos, debilitados por la pérdida de 6.000 hombres que Cleomenes les había matado en una invasión que llevó á cabo en la Argólida, suscitaron antiguas pretensiones á fin de tener un pretexto para permanecer apartados de toda lucha, ejemplo que los aqueos imitaron.

Los griegos que conservaban el amor á la patria habíanse reunido en el istmo de Corinto, donde convinieron ante todo en poner término á sus enemistades: Atenas y Egina se reconciliaron. Después enviáronse embajadas á Corcira, á Creta y á Sicilia, para entenderse con Gelón, tirano de Siracusa; pero dieron poco resultado. Corcira contestó que armaría sesenta naves, pero no envió ninguna; retenidas por los vientos etesios, según dijo después de la victoria, no pudieron doblar el cabo Maleo. Creta rehusó todo auxilio; y Gelón ofreció socorros considerables, pero á condición de que se le dejara mandar el ejército ó la flota. Los lacedemonios rechazaron resueltamente la idea de ponerse bajo las órdenes de un siracusano, y reclamaron para sí el generalato, como descendientes que eran de Hércules y representantes de Agamenón. En cuanto á la flota, los atenienses declararon que si Esparta abandonaba el mando de la misma, le reivindicarían ellos como un derecho propio. «Parece, dijo Gelón, que no os faltan generales. Volved á los que os envían, y contestadles que el año ha perdido su primavera.» Quería decir con esto que Grecia, privada de su alianza, era como el año sin su más hermosa estación. Lo que explicaría mejor la inutilidad de la embajada, es que á Gelón le daban entonces mucho que hacer 300.000 cartagineses.



Moneda de Derronicos, rey de los bisaltos (1)

De este modo los griegos, en vez de unirse en aquel grave peligro, estaban divididos. ¿Quién los salvó, pues? Atenas, que resolvió vencer ó morir. «Esta opinión, dice Herodoto, desagradará tal vez á muchos; mas no puedo callarla, porque la creo verdadera. En efecto, si los atenienses se hubiesen retirado ó sometido, ninguna marina habría estado en disposición de proteger las costas del Peloponeso, que, sitiado como una ciudad por la inmensa flota de los persas, hubiera sucumbido á pesar del heroísmo de los espartanos.»

Sin embargo, el oráculo de Delfos, consultado por los atenienses, limitóse á dar contestaciones vagas y terribles: «¡Oh infelices!, les dijo, huid á las extremidades de la tierra; abandonad las moradas y las altas colinas de la ciudad edificada en círculo, porque no quedarán cabeza ni cuerpo, ni manos ni pies, ni nada de lo que hay en medio: la muerte llega. El fuego y el temible Marte, avanzando en un carro sirio, demolerá vuestras torres, derribará las fortalezas, y los santuarios de los inmortales serán pasto de las llamas. Los templos vacilan sobre su base; de sus pa-

(1) ΔΕΡΡΟ en inscripción retrógrada. Hombre con su caduceo, de pie junto á una yunta de bueyes. En el reverso, cuadrado hueco. (Decadracma de estilo arcaico de Derronicos, rey de los bisaltos ó de los odomantes hacia el año 480 antes de nuestra era.)

redes gotea ya un sudor frío, y por su techumbre corre negra sangre. ¡Salid de mi santuario!» – «¡Oh rey! decían los enviados, dadnos una contestación más favorable, ó permaneceremos aquí hasta morir.» – «Palas, replicó la Pitia, se esfuerza inútilmente por ablandar al padre de los dioses; mas Zeo consiente en que un muro de madera sea para vosotros inexpugnable baluarte: ¡Huid, volved la espalda á los innumerables jinetes é infantes! ¡Oh divina Salamina, cuán funesta serás para los hijos de la mujer!» Aquella salvación que se debía buscar en los muros de madera parecía un enigma. Los ancianos decían que era preciso levantar las empalizadas que tiempo atrás rodeaban la ciudadela; y otros entendían que esos muros se referían á las naves. Entre los que opinaban así contábase Temístocles, quien tal vez había sugerido la respuesta de la Pitia. Su opinión prevaleció; el hijo de Milcíades, Cimón, fué el primero en subir á la ciudadela para suspender en el templo de Minerva un freno de caballo, en señal de que era preciso renunciar á la tierra para no ocuparse sino del mar. En esta parte desplegóse la mayor actividad: armáronse 127 trirremes, y se dispusieron otros 53, preparados para seguirlos. El pueblo, en tanto, se acostumbró á la idea de abandonar sus hogares.




Moneda de Gelón, rey de Siracusa (1)

Sin embargo, para el ejército habíanse adoptado sucesivamente dos planes: en la época en que Jerjes debía cruzar el Helesponto, habíanse enviado 10.000 griegos al desfiladero de Tempé para cerrar por este punto la entrada de Grecia, lo cual era aventurarlos muy lejos y en un país de condiciones muy poco favorables. Advertidos por Alejandro, rey de Macedonia, de que los montes Cambunianos podían ser franqueados y con ello ser sorprendidos por la espalda los griegos, éstos abandonaron el valle de Tempé, donde se hallaban expuestos á ser atacados por retaguardia si los persas hacían un desembarco por el Sur del Ossa (2). Además, era prudente no extender las fuerzas de que se disponía, porque esto hubiera sido debilitarlas, y muy por el contrario, convenía estrecharlas en el centro del país.

En su consecuencia, los griegos retrocedieron hasta otro paso, por el cual debía cruzar inevitablemente el que quisiera penetrar en la Grecia Central por aquella parte del continente. El desfiladero que al salir de Traquinia daba entrada á ese territorio, no tenía en su parte estrecha más de 15 metros de ancho, y hasta encontrábanse allí, un poco antes y un poco después de las Termópilas, es decir, cerca de Antela y de los Alpenes, dos angosturas por donde apenas podía pasar un carro de frente. Estos dos puntos, situados á la distancia de 1.600 metros uno de otro, poco más ó menos, eran como las dos *puertas* del desfiladero; entre una y otra el camino era más ancho y estaba surcado por varias fuentes de aguas termales que depositaban en el suelo una capa de carbonato de cal y de azufre de vivos colores, amarillo y rojo. De aquí el nombre de Termópilas, ó *Puertas de las aguas termales*, con que se designaba ese paso, rodeado al Oeste por una montaña casi inaccesible, que se enlaza con el Eta; y al Este por el mar y varios pantanos impracticables. Los focidios habían cerrado en otro tiempo este camino por medio de un muro con una

---

(1) ΣΥΡΑΚΟΣΙΩΝ. Cabeza de Gelón con diadema, mirando á la derecha; en el reverso, un león levantando la pata; en el campo una maza, y en el exergo la tetra Γ (bronce). La opinión que atribuye esta medalla á uno de los dos reyes de Siracusa que llevó el nombre de Gelón es incierta.

(2) Por la alta Macedonia, el país de los perrhebes y la ciudad de Gonnos fué por donde los persas pasaron. (Herodoto, VII, 173).

puerta que el tiempo había arruinado y que en aquella ocasión fué reconstruído para hacer de él una obra de defensa. Los depósitos de víveres se establecieron en los Alpenes.

Tal era el estrecho paso que los griegos resolvieron disputar á los persas (1). Cerca de allí, su flota ocupaba una posición no menos ventajosa en el Artemisión, brazo de mar encerrado entre la costa de Magnesia y la de Eubea, donde se elevaba un santuario de Artemis.

II. — EL ARTEMISIÓN Y LAS TERMÓPILAS

Cuando el ejército y la flota hubieron ocupado á fines de junio la posición que se les señaló, Jerjes se hallaba ya en la Pieria. A medida que su ejército penetraba en Tesalia por un ancho camino abierto en los bosques de los montes Cambunianos, su flota avanzaba á lo largo de las costas. Habiéndose apoderado una vanguardia de dos barcos griegos, se inmoló al más hermoso de los cautivos en la proa de su nave; de este modo los bárbaros señalaron su marcha con sacrificios humanos. Doscientos sesenta y un barcos griegos se hallaban en el Artemisión (3), y al acercarse el enemigo retrocedieron hasta Euripe. Al tener noticia de que el mar estaba libre, la flota persa se acercó al golfo Maliaco; pero sorprendida en aquella costa sin puertos por una tempestad que duró tres días, perdió más de cuatrocientos barcos de guerra con las tripulaciones que los montaban, y un gran número de barcos de transporte. Los atenienses atribuyeron este desastre á la protección de Boreo, «su yerno» (4), y á la de Poseidón, uno de sus divinos patronos; el primero fué recompensado con un templo, que se erigió después de la guerra en las orillas del Ilisos, y el segundo obtuvo el título de salvador. Después de la tempestad, los griegos volvieron al Artemisión, donde se apoderaron de quince barcos persas; pero tal era aún la superioridad del número de la flota enemiga, que los generales de Jerjes no abrigaban más que un temor, el de que los griegos pudieran escapárseles. Al ver que Neptuno y los vientos les dejaban todavía tanto que hacer, el lacedemonio Euribíades, que mandaba los aliados, y Adimanto, jefe de los corintios, quisieron, en efecto, retirarse; pero Temístocles, que había recibido de los eubeos 30 talentos para que la flota permaneciese en aquellos parajes hasta que los insulares hubiesen puesto á salvo sus bienes, detuvo á Euribíades y á Adimanto dándoles, al uno 5 talentos y al otro 3, y reservando para sí la mejor parte. Apenas adoptada esta resolución, un



Moneda de Eretria. Eubea (2)

(1) Desde el monte Cnemis, en el continente, hasta la costa de Eubea no hay más que 2.400 metros. Toda la playa oriental ha cambiado mucho de aspecto desde los tiempos de Herodoto; pues á causa de los aluviones, el mar ha retrocedido de tres á cuatro millas y el Esperchios corre más al Sur y recibe el Dyros, el Melas y el Asopos, que en otro tiempo desaguaban directamente en el mar. El sendero de Efialto, hasta la cima de la montaña, sirve ahora de camino entre Zeitoun *(Lamia)* y Salona *(Anfissa)* sobre el golfo de Corinto.

(2) Cabeza de Gorgona de frente. En el reverso cabeza de león, apoyado en sus dos garras delanteras. Cuadrado hueco (plata). No es muy seguro que esta moneda perteneciera realmente á Eretria. Véase Barclay y Head, *Catálogo de las monedas griegas del Museo Británico: Grecia Central*, p. 121.

(3) Según el relato de Herodoto (VIII, 1), con los barcos que cada pueblo dió se formó el total de 333, y además nueve buques de cincuenta remos.

(4) La leyenda refería que el dios de los vientos, Boreo, se había casado con Oritia, hija de Erecteo, rey de Atenas (Herodoto, VII, 189), véase t. I, p. 51.

tránsfuga llegó de improvisto anunciando la salida de 200 barcos que debían flanquear la Eubea y envolver á los griegos. Estos resolvieron anticiparse al enemigo, precipitáronse en busca del grueso de la flota, avistáronla al fin y alinearon sus naves en semicírculo, con la proa hacia afuera, á fin de no perder ni uno solo de sus golpes. Al declinar el día remolcaban 30 naves apresadas, y la noche que siguió fué más fatal aún para los persas. Nuevamente asaltados por una violenta tempestad, todos los barcos que daban la vuelta por Eubea, sorprendidos en alta mar, fueron arrojados contra los escollos, donde se hicieron pedazos. «Hubiérase dicho que una divinidad se cuidaba de igualar las fuerzas de los dos adversarios »

Al mismo tiempo, los griegos habían recibido un refuerzo de 53 galeras de Atenas; presentado de nuevo por ellos el combate, los persas eludieron el encuentro, lo cual no impidió que aquéllos sorprendieran y destruyeran una escuadrilla de barcos cilicianos. Los generales persas, comenzando á temer que Jerjes les pidiese estrecha cuenta de aquellos reveses repetidos, aventuraron todas sus fuerzas en una acción general; pero los griegos volvieron á quedar dueños del campo de batalla, aunque no sin sufrir pérdidas considerables, por lo cual pensaron en la retirada, decidiéndoles al fin la noticia de que el paso de las Termópilas había sido forzado. En aquellos combates, dice Píndaro, «los hijos de Atenas sentaron las brillantes bases de la libertad.»





Moneda de Alejandro I, rey de Macedonia (1)

Mientras el ejército se alejaba, Temístocles recorrió con algunos barcos muy veleros todos los puntos de la costa donde el enemigo debía bajar para hacer aguada, y escribió en las rocas el siguiente aviso, que tenía por objeto despertar en el rey sospechas sobre los jonios, ó apresurar la deserción de éstos: «Jonios, cometéis una mala acción al hacer armas contra vuestros padres, ayudando á los otros á esclavizar la Grecia. Tomad nuestro partido, y si no os atrevéis, retiraos cuando menos del combate, é invitad á los carios á seguir vuestro ejemplo. Y si tampoco podéis hacer esto, sed débiles en la acción, sin olvidar que somos vuestros padres, y que vosotros sois la primera causa de esta guerra.» El ardid tuvo buen resultado; y durante la misma batalla de Salamina los fenicios acusarán á los jonios de traición.

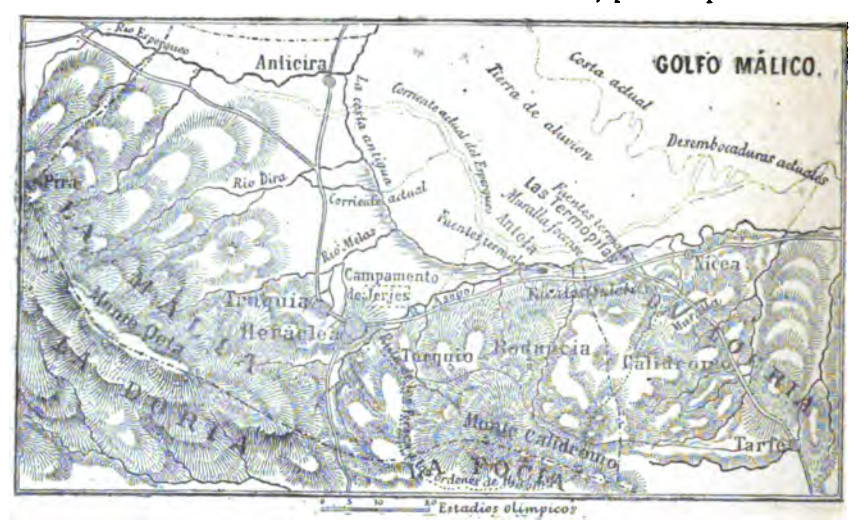
Mientras se sucedían estos combates navales, Leónidas moría en las Termópilas.

La resolución de defender las Termópilas se adoptó en la época de la celebración de los juegos olímpicos y de las fiestas de Apolo Carneano, que duraban en Esparta nueve días. A pesar de la gravedad del peligro, los griegos no renunciaron á sus fiestas, y solamente enviaron á las Termópilas una especie de vanguardia compuesta de 300 espartanos, elegidos entre aquellos que tenían hijos, 1.000 tegeatos y mantineos, 120 orcomenos, 1.000 hombres del resto de la Arcadia, 400 de Corinto, 200 de Flionte, 80 de Micenas, 700 tespianos, 1.000 focidios, todas las fuerzas de los docrios opuncianos y 300 tebanos que Leónidas tomó más bien como rehenes que como auxiliares, por sospechar que su ciudad se inclinaba en favor de los me-

(1) Guerrero que lleva el petaso macedonio llamado *kausia;* está armado de dos lanzas y de pie junto á su caballo. En el reverso la palabra ΑΛΕΞΝΔΡΟ en un cuadrado hueco (Octodracma de estilo arcaico)

dos. Cada uno de estos pequeños cuerpos tenía un jefe particular; pero todos obedecían al rey de Esparta.

Por espacio de cuatro días, Jerjes se lisonjeó de que solamente la vista de su ejército induciría á los griegos á rendirse. Algunos hombres del Peloponeso, efectivamente, trataron de retirarse para ir á defender el itsmo de Corinto; pero fueron detenidos por Leónidas, los focidios y los locrios. Al quinto día, viendo que los griegos no se retiraban, Jerjes envió contra ellos á los medos y á los cisios, ordenándoles que se los trajeran vivos, y fué á sentarse en un elevado trono para ver desde allí la acción y esperar á los prisioneros. Los medos atacaron, pero después de haber



Plano de las Termópilas

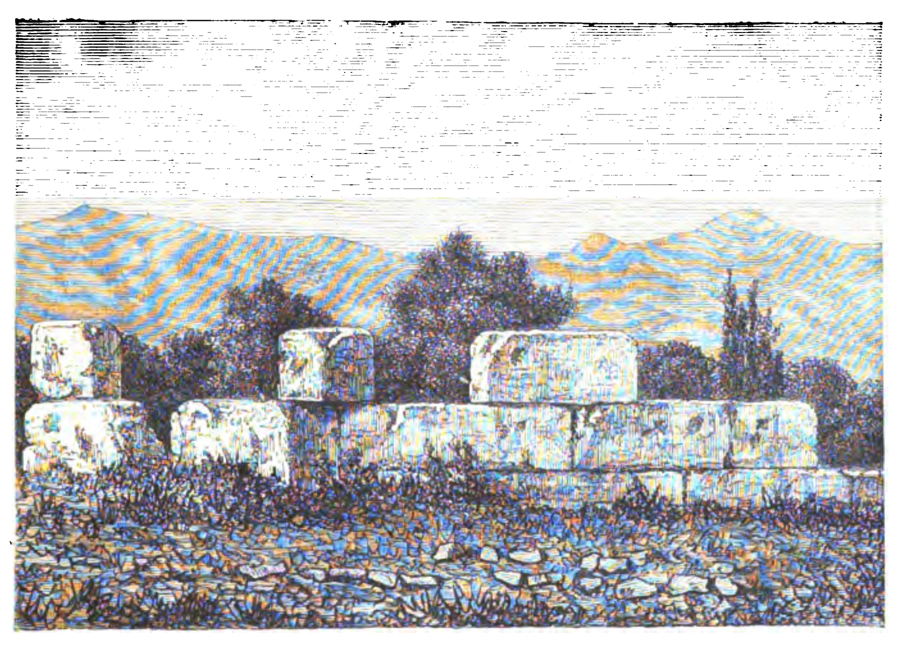
perdido mucha gente fueron rechazados; á los que les reemplazaron sucedióles lo mismo, y entonces Jerjes comenzó á comprender que en su ejército había muchos hombres pero pocos soldados.

«Habiéndose retirado los medos, harto maltratados, sustituyóles el cuerpo de los Inmortales, que no se portó mejor que ellos. En aquel angosto desfiladero, la superioridad numérica de nada podía servirles, y además tenían desventaja en las armas, puesto que sus lanzas eran mucho más cortas que las de los griegos. De vez en cuando, los lacedemonios volvían la espalda como para huir, y los bárbaros les perseguían profiriendo ruidosos gritos; pero los griegos se volvían muy pronto y sembraban el suelo de cadáveres. En aquella jornada los espartanos no sufrieron más que ligeras pérdidas.

»Los bárbaros creían que después de tan prolongado combate ya no quedarían en el ejército griego más que heridos, incapaces de servirse de sus armas; y al día siguiente intentaron un nuevo ataque, pero sin mejor resultado. Los griegos, alineados por orden de pueblos, tomaron parte sucesivamente en aquellos combates repetidos, excepto los focidios que, situados en la montaña, guardaban los senderos.

»Mientras Jerjes vacilaba sobre el partido que debía tomar, un maliano llamado Efialto fué á buscarle con la esperanza de recibir una gran recompensa, y díjole que en la montaña había una senda que terminaba detrás del campamento griego. El rey ordenó al punto á Hydarnes que siguiera al traidor con la tropa de los Inmortales; y los persas, saliendo del campamento á la hora en que se encienden las ho-

gueras, caminaron durante toda la noche, teniendo á su derecha el monte Eta y á su izquierda las montañas de Traqués. Al despuntar la aurora llegaban al punto más alto del paso, y en aquella cima hallábanse situados los 1.000 focidios que guardaban el sendero. En tanto que los persas escalaban la montaña, los griegos no pudieron verlos á causa del gran número de encinas que los ocultaban; pero como la atmósfera estaba serena, el rumor de la hojarasca pisada revelóles la aproximación del enemigo. Los focidios cogieron entonces sus armas y corrieron á enterarse de lo que ocurría. En aquel momento aparecieron los bárbaros, quienes al ver delante



Restos del monumento llamado tumba de Leónidas en Esparta (1)

de sí algunos soldados, quedaron sobrecogidos de terror, porque se habían hecho la ilusión de no encontrar á nadie en aquellos sitios. El mismo Hydarnes pensó que allí estaban los lacedemonios; pero habiéndole dicho Efialto de qué país era aquella tropa, ordenó sus fuerzas para el combate. Los focidios, acribillados á flechazos, abandonaron el terreno y fueron á refugiarse en la cumbre más alta del Calidromo, donde esperaban morir; pero el enemigo, en vez de perseguirlos, apresuróse á bajar por la otra falda.

»En aquel momento el adivino Megistias, examinando las entrañas de las víctimas, profetizaba á los espartanos que morirían al rayar la aurora. Muy pronto llegaron tránsfugas anunciando el rodeo que estaban dando los persas, noticia que confirmaron varios centinelas que á todo correr descendían de las alturas.

»Comenzaba á rayar el día: los griegos deliberaban sobre el partido que se debería tomar, opinando los unos que era preciso defenderse, insistiendo los otros en la

(1) Construcciones antiguas sobre las que se alzaba algún monumento desconocido. Se sabe de cierto que la tumba de Leónidas estaba enfrente del teatro, á cierta distancia de estas ruinas (Pausanias, III, 14, 1). Las alturas que se divisan en el fondo son las de la antigua Esparta, y allí fué donde se establecieron y fortificaron los conquistadores dorios.

necesidad de una retirada inmediata, y no siendo en suma posible llegar á un acuerdo. Los primeros emprendieron la marcha para volver á sus hogares; los demás resolvieron permanecer con Leónidas. Preténdese, sin embargo, que las tropas que se retiraron lo hicieron por orden del rey, que quiso librarlas de una pérdida segura, declarando al propio tiempo que ni á él ni á los espartanos les convenía abandonar bajo ningún pretexto el punto cuya defensa se les había encomendado. Solamente permanecieron allí los tespios y los tebanos, estos últimos retenidos por Leónidas contra su gusto, y los otros por su propia voluntad.

»Al salir el sol, Jerjes, después de hacer sus libaciones, esperó la hora convenida con Efialto para atacar de frente el atrincheramiento. Al acercarse los persas, los griegos salieron á su encuentro, y libraron su último combate en la parte más ancha del desfiladero, á fin de tener enfrente y matar mayor número de enemigos antes de morir. Innumerables bárbaros perdieron la vida en aquella acción, pues independientemente de los que sucumbieron á manos de los griegos, como detrás de las filas de los persas iban jefes armados de látigos, que tan sólo se ocupaban en castigar á los soldados para que avanzasen, muchos de éstos cayeron al mar y se ahogaron; otros, en mayor número, perecieron aplastados bajo los pies de la inmensa multitud que se precipitaba de continuo como un torrente.

»Cuando los lacedemonios hubieron roto sus lanzas á fuerza de matar, continuaron el combate con la espada. Al fin cayó Leónidas: furiosa lucha se trabó entonces sobre su cuerpo; cuatro veces los griegos rechazaron al enemigo, y aun conservaban aquel glorioso trofeo cuando aparecieron los bárbaros conducidos por Efialto. Al acercarse, los griegos retrocedieron por la parte estrecha del camino; volvieron á pasar por la muralla y detuviéronse, excepto los tebanos, en una altura que se halla á la entrada del desfiladero, donde se ve actualmente el león de mármol erigido en honor de Leónidas. Allí fué donde, acorralados por todas partes, y después de haberse defendido todavía, unos con las armas que les quedaban y otros con las manos y los dientes, cayeron todos bajo la nube de piedras y flechas lanzadas por los bárbaros.»

Agradábale á Grecia repetir, y sobre todo embellecer, diversos incidentes de aquel grandiosa drama que la imaginación popular ha consagrado. Antes del ataque, Jerjes había enviado un jinete persa para reconocer la posición de los espartanos, á quienes encontró ejercitándose en la lucha, ó peinando su larga cabellera. Admirado Jerjes de aquella calma, escribió á Leónidas: «Si quieres someterte, yo te daré el imperio de Grecia;» á lo cual contestó el rey: «Prefiero morir por mi patria que esclavizarla.» Un segundo mensaje decía: «Entrega tus armas;» y Leónidas escribió debajo: «Ven á buscarlas.» Cuando se presentó el enemigo, un griego corrió gritando: «¡Los persas están cerca de nosotros!» «Dí, contestó fríamente Leónidas, que somos nosotros los que estamos cerca de ellos.» Antes del último combate, el rey de Esparta dispuso que sus soldados tomasen un refrigerio y les dijo: «Esta noche cenaremos con Plutón.»

Los soldados eran dignos de tal jefe: un traquinio decía á uno de ellos, poseído de espanto: «El ejército persa es tan numeroso, que sus flechas obscurecen el sol.» «Mejor, contestó el guerrero, así nos batiremos á la sombra.» A un lacedemonio que estaba detenido en el pueblo de Alpenos, aquejado de una fluxión de ojos, dijéronle que el enemigo se acercaba y acto continuo coje sus armas, se hace conducir por su ilota á lo más recio de la pelea, hiere y muere. Leónidas, queriendo salvar á dos jóvenes espartanos, entrega al uno una carta, y encarga al otro una comisión para los eforos. «No estamos aquí para llevar mensajes, contestan, sino para batirnos.»

Veinte mil persas habían sucumbido, y entre ellos dos hijos de Darío. Por parte

de los griegos no escapó ni un solo espartano ni un tespio; algunos tebanos pidieron gracia al vencedor. Jerjes mandó poner en cruz el cuerpo de Leónidas, pero Grecia recogió piadosamente sus huesos. En la tumba erigida más tarde á los lacedemonios leíase esta inscripción heroica, que Simónides de Ceos mandó grabar: «Caminante, vé á decir á Esparta que hemos muerto aquí obedeciendo sus leyes» El poeta ha dicho además: «¡Qué gloriosa es la muerte de aquellos que sucumbieron en las Termópilas!... Su tumba es un altar. Tendremos para ellos un recuerdo eterno, y la acción destructora del tiempo no borrará este epitafio de los valientes. La cámara subterránea donde reposan encierra la ilustración de Grecia.» Pero también encerraba una censura que la Grecia entera podía lanzar contra Lacedemonia, pues reservando todas sus fuerzas, 8.000 espartanos, para la defensa del Peloponeso, no dió más que 300 defensores para la causa nacional. Un ejército más numeroso habría guardado mejor el Calidromos, y detenido tal vez á Jerjes en las Termópilas.

III. — SALAMINA

Grecia estaba abierta por mar y tierra, y Jerjes penetró en ella guiado por los tesalios, que aprovecharon la oportunidad para desahogar su antiguo odio contra la Fócida. El monarca persa sometió este país á una devastación espantosa, y en Beocia dividió su ejército en dos cuerpos, uno que debía apoderarse de los tesoros de Delfos y otro que había de marchar sobre Atenas, cuya destrucción había jurado. En Delfos no quedaban apenas habitantes; pero el dios había prometido defender por sí propio su santuario. Cuando el enemigo se acercaba por las silenciosas calles, poseído ya de un secreto terror, una tempestad estalla de pronto; el grito de guerra resuena en el fondo del templo, las armas santas se agitan, y desde las cimas del Parnaso, las rocas desprendidas caen rodando y aplastan las primeras filas de los invasores. Las otras retroceden y huyen, y la escasa población que aun quedaba en Delfos las persigue con tenaz empeño; los bárbaros creen ver dioses armados y no se detienen hasta la frontera de Beocia, dejando tras sí los caminos sembrados de cadáveres. Apolo se había vengado por sí mismo; esta tradición se inventó y propagó para salvar el honor del dios, cuyo templo no fué tal vez saqueado, merced á la cesión de una parte de sus riquezas.





Moneda de Delfos (1)

Minerva pareció al principio menos benévola con su pueblo, y sin embargo, su autoridad no se debilitó, pues se pudo decir después de la invasión, que si no había defendido en Atenas las casas y los santuarios, en Salamina había salvado la ciudad. Aquel día, en efecto, Grecia debió su salvación á la sabiduría tanto como al valor.

Después que los persas hubieron forzado el paso de las Termópilas, los atenienses esperaban que todas las fuerzas aliadas llegarían para proteger el Atica; cuando supieron que los peloponesios, negándose á salir de su península, pensaban tan sólo en defender la entrada de la misma por medio de un muro construído á través del

(1) Cabeza de Ceres con velo y coronada de espigas, mirando á la izquierda. En el reverso, ΑΜΦΙΚΤΙΟ. Apolo, embozado en un ancho *peplos* ceñido á la cintura, y coronado de laurel, está sentado en el *omfalos* del templo de Delfos, con una rama de olivo en la mano izquierda en señal de paz y unión, y apoyando el codo derecho en su lira, que está en el suelo. Junto á ésta se ve el trípode délfico (plata).

istmo (1) y despeñando rocas en el paso escironiano, pidieron que siquiera la flota se detuviera en el estrecho canal que separa Salamina del continente. Las naves de los griegos que habían vuelto del Euripo anclaron junto á esta isla, mientras las de los atenienses daban fondo en la costa de Atica, para proceder á la evacuación del país. El Areópago había mandado proclamar que todo ciudadano buscara el medio de salvar á su mujer, á sus hijos y á sus esclavos como pudiera. Un presagio había desvanecido los últimos escrúpulos: la serpiente sagrada que se alimentaba en el templo de Minerva había desaparecido de pronto, señal de que la misma diosa abandonaba su santuario. Todos los que no debían combatir fueron enviados á Trezena, á Egina ó á Salamina; y los que podían manejar una pica ó un remo marcharon á ocupar su puesto en la flota.

Apenas estuvo reunida ésta, un fugitivo llegado de Atenas anunció al consejo de los jefes que los persas habían incendiado Tespies y Platea, penetrado en el Atica y apoderádose de la ciudad, donde algunos habitantes refugiados en la ciudadela, detrás de las empalizadas, que ellos tomaron por los muros de madera que el oráculo había recomendado, fueron sorprendidos y degollados. El templo de Erectea, según el mensajero, no era ya más que un montón de ruinas. Esta noticia causó tal perturbación en el consejo, que varios jefes, sin esperar lo que debía resolverse, mandaron izar las velas de sus barcos y dispusiéronse á marchar. Los que aun quedaban para continuar deliberando, decidieron que no se combatiría sino delante del istmo de Corinto. Pero como á todo esto la noche se había venido encima, cada cual volvió á su nave.



Moneda de Salamina (2)

Cuando Temístocles llegó á la suya, su anciano amigo Mnesifilos le preguntó qué había acordado el consejo, y al saberlo le dijo: «Si la flota sale de Salamina, perdéis la probabilidad de trabar un combate, única cosa que puede salvar la patria; cada cual volverá á su casa, y ni Euribíades ni nadie podrá impedir que el ejército se disperse, en cual caso la pérdida de Grecia será inminente por falta de un sabio consejo. Volved, pues, y si hay algún medio, tratad de que se revoque el acuerdo adoptado. Es preciso inducir á Euribíades á permanecer donde estamos.»

Temístocles fué en busca de Euribíades, y á fuerza de ruegos consiguió que reuniese otra vez el consejo, en el que se guardó muy bien de hablar del motivo alegado por Mnesifilos, á fin de no resentir el amor propio de los otros jefes, limitándose á demostrar que al retirarse hacia el istmo se exponían á combatir en un mar abierto, lo cual era una gran desventaja para una flota inferior en número; que además se abandonaba sin necesidad Megara, Salamina y Egina; y por último, que se atraía al enemigo al Peloponeso; de modo que en caso de una derrota quedaba desvanecida toda esperanza. Entonces apareció tal cual era la ciega é ignorante envidia de los peloponesios. El corintio Adimanto quiso obligar á Temístocles á no hablar hasta que le tocase el turno: «Los que parten antes de dar la señal, le dijo, son vencidos en los juegos. – Sí, pero los que tardan en partir, replicó el ateniense, no ganan la corona.» Y continuó demostrando las ventajas del plan que proponía. Los jefes protestaron y se enfurecieron. Euribíades, irritado por la confusión

(1) De esta muralla, de la que Xenofonte habló, según Herodoto, al referirse á las operaciones de Agesilao en el istmo (*Hellen*, lib. IV), y que Valeriano y Justiniano fortificaron, vense todavía muchos restos en una longitud de diez kilómetros.

(2) Cabeza de mujer con diadema, mirando á la derecha (Salamis). En el reverso ΣΑΛΑ. Escudo semejante al que figura en las monedas de Beocia; encima una espada envainada. (Bronce.)

de aquel debate en que la voz del ateniense domina sobre los demás, dirígese á él con el bastón levantado: «Pega, le dice Temístocles, pero escucha.» La calma se restablece, y la discusión continúa. Adimanto se extraña de que por el antojo de los atenienses se expongan los demás á no tener más refugio que la isla de Salamina en caso de una derrota. «Por otra parte, añade, ¿qué necesidad hay de escuchar más tiempo á un hombre sin patria? – ¡Nuestra patria, exclama Temístocles, está aquí en las doscientas naves que ponemos al servicio de Grecia, nosotros, que hemos consentido, por la salvación común, en ver derribados nuestros templos é incendiadas nuestras casas!» Y volviéndose hacia Euribíades, añade: «Si permanecéis aquí, obráis como hombre de valor; si no, perdéis la Grecia, porque la suerte de la guerra está en la flota. Os conjuro á seguir mi consejo; pero tened en cuenta que si no lo aceptáis, vamos á embarcar á nuestras familias y nos haremos á la vela para Italia, donde los oráculos nos prometen una larga prosperidad. Cuando hayáis perdido aliados como nosotros, os acordaréis de las palabras de Temístocles.» Este lenguaje enérgico y esta amenaza acabaron de convencer á todos, y las naves no se movieron de Salamina.

Al día siguiente llegaron algunos refuerzos, con los cuales la flota griega tuvo 378 barcos, sin contar las galeras de cincuenta remos; la de los persas contaba aún más de mil (?), que se habían alineado en la rada de Falera. Al mismo tiempo su ejército de tierra se aproximaba al Peloponeso, y esta marcha avivó los temores de aquellos que habían emitido la opinión de retirarse hacia el istmo; eleváronse de nuevo murmullos y gritos, convocóse otra vez el consejo, y la mayoría de éste se mostró dispuesta á la retirada. En tan inminente peligro, Temístocles adoptó una resolución extrema; salió del consejo y envió un hombre de confianza al jefe de los persas con este mensaje: «Temístocles, general de los atenienses, es secretamente afecto al rey de Persia; me envía á deciros que los griegos no desconfían de nada, y que podéis cerrarles las dos extremidades del estrecho; cercados así, se les vencerá fácilmente.» Jerjes, creyendo este aviso sincero, dió al punto la orden de rodear á los griegos; y entretanto, Temístocles, que había vuelto al consejo, prolongaba el debate intencionalmente. Un hombre pregunta por él; es Arístides, que acaba de atravesar por entre la flota persa para combatir junto á sus conciudadanos. «Seamos siempre rivales, le dice el desterrado; pero rivalicemos en el celo también por la salvación de la patria. Mientras aquí perdéis el tiempo en vanas palabras, los bárbaros van á cercaros. – Ya lo sé, contesta Temístocles; esto se hace por obra mía.» Y así diciendo, introduce á su rival Arístides para que dé la noticia. No quedaba, pues, más remedio que combatir en los lugares mismos que Temístocles, con la audacia del genio, imponía como campo de batalla á sus conciudadanos (1).

El día en que se empeñó la acción, el 19 boedromión, ó 20 de septiembre, era una de las grandes fiestas religiosas del Atica. En tal fecha, una teoría sagrada conducía solemnemente á Eleusis á Iaccos, dios de los misterios, y una nave regresaba de Egina con las santas imágenes de los Eácidos, descendientes de Júpiter. Las Grandes Diosas castigarían seguramente á los sacrílegos que impedían el cumplimiento de los ritos habituales. «En aquel momento, dice Herodoto (2), el ateniense

(1) En varios planos de la batalla se coloca una escuadra persa en la otra extremidad de la isla para cerrar el estrecho por el lado de Megara; pero el relato de Herodoto, leído atentamente, y otras varias razones que fuera prolijo enumerar, se oponen á ello. El ala derecha de los persas es la que, extendiéndose desde la costa de Eleusis á la de Salamina, trató de envolver la flota griega. La porción del estrecho comprendida entre Salamina y el cabo Anfialé, en el continente, no cuenta más de 400 metros.

(2) VIII, 69. Herodoto pretende reproducir el relato de Diceos.

Diceos, refugiado entre los medos, paseábase con Demarato en la llanura de Trías; de repente vieron elevarse sobre Eleusis una nube de polvo, como la que se forma al paso de los peregrinos, y después oyóse una voz potente que reconocieron ser la de Iaccos. La nube se extendió por la parte de Salamina.» Eran las Grandes Diosas que se refugiaban cerca de la flota. Minerva estaba allí ya, y los héroes Eácidos lle-



Nacimiento de Iaccos (1)

garon con la galera egineta para ayudar en el combate á los que les honraban con piadoso culto.

Creer en la protección de los dioses equivale á obtenerla, porque el corazón se fortalece; mas como esto no era bastante en sentir del adivino Eufrántides, exigió el sacrificio de tres prisioneros, y la multitud supersticiosa pensó rescatar la sangre de Grecia haciendo correr la de los cautivos.

Ahora, escuchad á un soldado de Salamina, que hace referir por un mensajero á la reina Atosa la victoria de los griegos.

«Muy pronto el día, con sus blancos corceles, difunde por el mundo su resplandeciente luz, y en el mismo instante, inmenso clamoreo, modulado como sagrado

(1) Pintura de un vaso de Panticapea (según la *Memoria de la Comisión arqueológica de San Petersburgo*, 1859, lám. I). – Hermes y Atenea, de pie y en el centro del grupo, reciben de manos de Kora al joven Iaccos. Hermes lleva en la cabeza el petaso; Atenea está completamente armada, y sobre ella se ve volar á la diosa de la victoria. Kora, de pie en una gruta (véase Estéfani, *Memoria*, 1859, texto, p. 49), no aparece aún del todo. La joven madre, coronada de hiedra, vuelve los ojos hacia Hermes, que ha de llevar el recién nacido á Zeo, su padre. Este se halla sentado á la derecha en un trono ricamente adornado, junto á Deméter: La diosa está en pie y lleva en la cabeza el *kalatos*. En primer término, una ninfa toca el *timpanón*. A la izquierda, Hékate, que ha precedido á Kora, se ha sentado sobre la gruta y tiene en la mano dos antorchas. Una ninfa, tal vez Eleusis, se apoya en Hékate.

cántico, elévase en las filas de los griegos, y el eco de las rocas de la isla contesta á estos gritos con el acento de su voz poderosa. Los bárbaros están sobrecogidos de terror, porque aquel himno que los griegos entonaban no era el anuncio de la fuga. Dada la señal, los remos golpean de pronto con cadencioso compás las ondas saladas que se agitan, y la flota griega aparece completa á nuestros ojos. El ala derecha avanzaba la primera con notable orden; seguía el resto de la escuadra, y á lo lejos oíanse resonar estas palabras: «¡Id, oh hijos de Grecia! ¡Libertad á vuestra patria, á vuestros hijos y á vuestras mujeres; salvad los templos de los dioses de vuestros padres y las tumbas de vuestros abuelos! Un solo combate decidirá de todos vuestros bienes.» A estas palabras contestamos con el grito de guerra de los persas: no hay un momento que perder. Las proas de bronce chocan ya contra las proas; una nave griega ha comenzado el ataque, destrozando el aparejo de un barco fenicio. Enemigo contra enemigo, las dos flotas se precipitan una sobre otra y al primer esfuerzo, el ejército de los persas no retrocede; pero acumuladas en un espacio demasiado estrecho, nuestras innumerables naves no pueden prestarse mutuamente auxilio. Chocando entre sí con sus picos de bronce, se rompen los largos remos de unas y otras; mientras que la flota griega, valiéndose de una hábil maniobra, las rodea completamente, descargando sus golpes por todos lados. Nuestras naves quedan rotas; el mar desaparece bajo un montón de restos flotantes y de cuerpos inanimados; las orillas y los escollos se cubren de cadáveres. Nuestros barcos, haciendo fuerza de remos, huyen en confuso desorden; como atunes, como peces cogidos en la red, los persas son aplastados á fuerza de golpes con los restos mismos de sus naves. Al fin la noche tendió su sombrío manto, ocultándonos á la vista del vencedor. No me detengo en detalles, ni enumeraré todas nuestras pérdidas, porque diez días no me bastarían para ello. Sabed solamente que jamás en jornada alguna pereció semejante multitud de hombres.

»Artembarés, el jefe de los diez mil jinetes, ha sucumbido en las escarpadas rocas de Silenia; Dadacés, que mandaba mil hombres, cayó de su nave, herido de una lanzada; Tenagón, el más bravo de los guerreros bactrianos, ha quedado en esa isla de Ayax, tan azotada por las olas; Lileo, Arsamés y Argestes, derribados en las orillas de la isla querida de las palomas, se han destrozado la cabeza contra los peñascos... El que mandaba los treinta mil guerreros montados en caballos negros, Matallos de Crisa, ha muerto también; su espesa barba rojiza, de pelo erizado, goteaba sangre, y su cuerpo se tiñó del color de la púrpura. El mago Arabus, y Artamés el Bactriano, no saldrán ya del escabroso país... ¡Ah! la ciudad de Palas es inexpugnable; en Atenas hay hombres, y este es el baluarte invencible.»

El mensajero que lleva á la reina Atosa estas fúnebres noticias, no lo ha dicho todo aún. «Otra calamidad ha herido á los persas... Aquella juventud de Persia, tan brillante por su valor, tan distinguida por su nobleza y por su fidelidad al rey, ha perecido miserablemente sin gloria. Frente á Salamina hay una isleta de difícil acceso para los barcos, donde el dios Pan conduce á menudo sus coros (1); allí había enviado Jerjes á sus guerreros para que cuando la flota enemiga estuviese derrotada, se apoderaran de cuantos griegos se refugiasen en sus playas y recogiesen á los persas que á éstas arrojara el mar. El rey leía mal en el porvenir, pues los dioses concedieron la victoria á los griegos. Aquel mismo día los vencedores, completamente armados, desembarcaron en la isla y cercáronla: los persas no saben por donde huir; la mano de sus enemigos les arroja una nube de piedras; muchos caen

(1) Psyttalia, donde Arístides, que no tenía mando alguno en la flota, desembarcó con hoplitas y arqueros.

atravesados por las flechas de los arqueros griegos, y después los sitiadores se precipitan todos á la vez, caen sobre los persas, los destrozan completamente y á todos pasan á cuchillo. Jerjes sollozó al contemplar aquel cúmulo de infortunios, pues se había sentado en un lugar desde donde se podía ver todo el ejército, en una elevada colina, no lejos de la orilla del mar. El rey desgarra sus vestiduras á la vez que profiere gritos de desesperación, y dando la señal, huye con su ejército de tierra precipitadamente en el mayor desorden (1).»

No hemos querido interrumpir este relato de Esquilo, para citar algunas particularidades del combate que en otras partes encontramos. Un viento empezaba á cierta hora á soplar en el estrecho; Temístocles esperó á que se levantara para comenzar el ataque. En medio de las olas encrespadas, las pesadas naves persas chocaban entre sí, y con dificultad podían evitar los golpes rápidos que les descargaban las naves más ligeras de los griegos. A esta primera causa de desorden agregábanse las desconfianzas que los jonios inspiraban á los fenicios; la dificultad, para tantas naciones, de entenderse y obedecer las mismas órdenes, y por último, la disposición de los lugares, muy desfavorables para los persas. En aquel estrecho no podían desplegar todas sus fuerzas, y entorpecíanse mutuamente los movimientos.




Moneda de un sátrapa (2)

Los fenicios, puestos enfrente de los atenienses, comenzaron el ataque. Su almirante, Ariabignés, hermano de Jerjes, que se había precipitado con el mayor arrojo sobre una galera ateniense que acababa de acometer su nave, cayó acribillado de heridas, y su muerte bastó para sembrar el desorden en el ala derecha que mandaba.

Una mujer, Artemisa, reina de Caria, se distinguió en aquella ocasión. Al ver su galera vivamente acosada por un barco ateniense (3), dirigióse contra uno persa y lo echó á pique; en vista de lo cual el ateniense, creyendo que había perseguido á un barco amigo, buscó otro adversario. Jerjes, al ver el acto de Artemisa, pensó que la nave que había echado á pique era griega, y dijo que en aquella jornada las mujeres se batían como hombres y los hombres como mujeres. Para recompensar su valor, en la retirada le confió sus hijos, á los cuales condujo á Efeso.

Los persas habían perdido 200 naves, y los griegos 40; de modo que la flota enemiga conservaba aún la superioridad numérica. Por un momento Jerjes, aparentando valor y seguridad, dispuso que se estableciera una comunicación entre Salamina y el continente por medio de una calzada y que se preparase un nuevo ataque; pero en el fondo había perdido toda esperanza, temiendo que le cortasen la retirada al Asia si no se apresuraba á ganar sus fronteras. Mardonio, el que aconsejara la fatal expedición, veía su ruina en aquella derrota, y á fin de conjurarla, ofrecióse á

(1) Esquilo, *Persas*. Atenas asoció el nombre de sus tres grandes poetas con el recuerdo de aquella famosa jornada. Esquilo combatió en ella, según dicen; Sófocles dirigía el coro de los adolescentes, que con la lira en la mano cantó el himno de la victoria, bailando alrededor de los trofeos; y asegúrase que Eurípides nació en Salamina durante la acción.

(2) Arquero persa arrodillado, con el carcaj suspendido de la cintura, y sosteniendo el arco con ambas manos; detrás un símbolo incierto. En el reverso ΣΟΛΕΩΝ. Racimo de uvas, con un símbolo incierto también. Todo en un cuadrado hueco. (Plata.)

(3) Este barco iba montado por Aminias, quien después de la acción obtuvo el premio del valor entre los atenienses, y á quien á pesar del silencio de Herodoto, se consideró como segundo hermano de Esquilo.

permanecer en Grecia con 300.000 hombres (?), que en su concepto serían suficientes para terminar la conquista, pues hasta entonces, decía, «los chipriotas, los hombres de Fenicia, de Cilicia y de Egipto eran los únicos vencidos, y no los persas, que no pudieron batirse.» Jerjes, que sólo pensaba en huir, acogió con alegría esta proposición, y apenas hubo llegado á Tesalia, en su precipitada fuga, autorizó á



Torre griega en Andros (1)

Mardonio para elegir en el ejército las tropas que necesitara. Mientras el rey huía, cruzando la Macedonia y la Tracia, su flota, saliendo de Falera durante la noche, se apresuró á ganar el Helesponto. Los griegos, advertidos demasiado tarde, persiguiéronla hasta Andros sin alcanzarla, y en dicho punto celebraron consejo de guerra. Temístocles propuso dirigirse apresuradamente hacia el Quersoneso para cerrar el paso del Asia á Jerjes y á su ejército; pero Euribíades hizo prevalecer la

(1) Según Fiedler: *Reise durch Griechenland*, II, tab. 4, p. 236, fig. 1.—Esta torre, que servía sin duda para defender las minas de hierro de Andros, está situada cerca del pueblo de Haghos Petros, á media hora del puerto. Véase L. Ross: *Reisen auf den griechischen Inseln des ägäischen Meeres*, II, p. 12.

opinión contraria, convencido de que Grecia, lejos de retener á los bárbaros en el país, apurándolos hasta la desesperación, debía más bien abrirles todas las salidas. Temístocles cedió, pero envió secretamente un nuevo mensajero á Jerjes, bien para atribuirse el mérito de esta decisión, ó ya para apresurar más la fuga del rey. El monarca persa, sin embargo, empleó cuarenta y cinco días para atravesar la Macedonia y la Tracia, dejando tras sí un rastro de cadáveres, que sucumbieron heridos por las flechas de los habitantes, ó perecieron de hambre, de sed, ó á causa de las enfermedades. Una tempestad había roto los puentes; pero su flota, que le esperaba, le condujo á Abidos, y mientras el rey se dirigía sobre Sardes, marchó aquélla á Cimea y Samos para reprimir los conatos de rebelión que fermentaban en las ciudades de Jonia.

Los griegos, por su parte, imponían contribuciones á las Cícladas para castigarlas por haber vendido la causa común, y pusieron sitio á Andros. «Vengo contra vosotros, decía Temístocles á los habitantes, con dos divinidades poderosas, la Persuasión (1) y la Necesidad. – Nosotros tenemos otras dos, contestaron, que no abandonan nunca nuestra isla, la Pobreza y la Impotencia.» Y se resistieron tan bién, que fué preciso renunciar á rendirles. Otras islas se rescataron dando secretamente algún dinero á Temístocles. De regreso á Salamina, repartióse el botín, y con las primicias reservadas para Apolo se mandó construir una estatua colosal que fué enviada á Delfos. En el istmo, confirióse el premio del valor: cada uno de los jefes se concedió el primero; pero los más otorgaron el segundo á Temístocles. Esparta, adonde éste fué algún tiempo después, dió á conocer bien la opinión de Grecia entera por los honores inusitados que le dispensó: concedióle una corona de olivo, le ofreció el más hermoso carro que había en la ciudad, y al marchar, dispuso que le escoltaran hasta la frontera de Tegea trescientos jóvenes de las principales familias.

IV. – PLATEA Y MICALA

Grecia celebraba su triunfo, y la mitad del territorio estaba ocupado aún por el enemigo; pero una legítima esperanza llenaba todos los corazones. Mientras Jerjes se hallaba en Tesalia, los lacedemonios recibieron un oráculo de Delfos que les ordenaba pedir á Jerjes satisfacción de la muerte de Leónidas, y aceptar cuanto les diese en compensación de la misma. Los espartanos enviaron un heraldo que, conducido á presencia de Jerjes, le habló en estos términos: «Rey de los medos, los lacedemonios y los Heráclidas de Esparta piden satisfacción de la muerte de su rey, que cayó bajo vuestros golpes en defensa de Grecia.» Asombrado el rey al oir aquellas palabras, no contestó al pronto; pero al fin, como en aquel momento se hallase Mardonio á su lado, señalóle con la mano al heraldo y le dijo: «Mardonio, que ahí veis, dará á los lacedemonios lo que piden.» El heraldo aceptó la satisfacción ofrecida y retiróse. Mardonio debía ser, en efecto, la víctima reservada para el sacrificio expiatorio.

Desembarazado más bien que debilitado por la marcha del rey y de la tumultuosa muchedumbre que le seguía, Mardonio invernó en Tesalia; y en la primavera envió á los atenienses á Alejandro de Macedonia para proponerles la paz. Admirando su valor, decía, el gran rey deseaba tenerlos por aliados; les devolvería su

(1) La diosa de la Persuasión está en un bajo relieve de estilo arcaico, que en la antigüedad adornaba una fuente de Corinto. En otro tiempo conservábase en Inglaterra, en la colección de lord Guilford. – El bajo relieve representa las bodas de Herakles y de Hebé.

territorio, reedificaría sus templos, y cederíales, además, las tierras que deseasen Inquieta Esparta por tales ofrecimientos, y temerosa de que se aceptasen, envió varios diputados que hablaron largo tiempo; pero Atenas dió una contestación tan lacónica como enérgica. «Mientras el sol siga en el cielo su acostumbrado curso, dijo, los atenienses no harán alianza con Jerjes, sino que combatirán contra él, confiando en los dioses protectores y en esos héroes de Grecia, cuyas imágenes y templos ha entregado el rey á las llamas sin respeto alguno.» Después se ordenó á los sacerdotes por decreto que sacrificaran á los dioses infernales á cuantos mantuvieran inteligencias con el enemigo. Triste es tener que añadir que un partido, el de los grandes, que había comenzado ya la prolongada serie de sus traiciones á la libertad, juzgó insensata aquella generosa abnegación. Uno de ellos propondrá que se sometan, y otros, en la misma batalla de Platea, proyectarán todavía una defección.

Esparta había ofrecido mantener durante la campaña á las familias de los atenienses; pero éstos rehusaron, pidiendo tan sólo que el ejército del Peloponeso estuviera dispuesto cuanto antes, á fin de que el Atica no pudiera ser sacrificada por tercera vez.

Y sin embargo, lo fué. Los lacedemonios, satisfechos con haber roto aquellas negociaciones, volvieron á su península, y no se ocuparon más que en concluir la muralla que debía cerrar la entrada de su país. «Cerrado el istmo, dice Herodoto, creyeron no necesitar ya á los atenienses.» Mardonio, pues, pudo atravesar la Beocia sin obstáculo y entrar en Atenas. El pueblo se había refugiado otra vez en Salamina y el jefe persa le hizo los mismos ofrecimientos. Un senador que osó proponer que fuesen discutidos fué lapidado, y los atenienses hicieron sufrir igual suerte á su mujer y á sus hijos. Para inmortalizar la infamia como inmortalizaban la gloria, erigieron más tarde en la ciudadela una columna de bronce en que se daba cuenta de la traición y del castigo impuesto. La conducta de Esparta excitaba casi tanta cólera como esas traiciones; por lo que se enviaron á ella varios diputados para censurar su cobarde abandono. Los espartanos, que se ocupaban entonces en celebrar la fiesta de las Jacintias, no se inmutaron por estas quejas; y en la víspera del día en que los embajadores iban á regresar á su país, ningún soldado había salido aún de la ciudad. Mas habiendo un tegeato hecho presente á los éforos que si Atenas entraba en tratos con los persas quedarían mil puertas abiertas para que el enemigo penetrase sin obstáculo en el Peloponeso, convenciéronse los de Esparta de que era necesario dar cumplimiento á la palabra, y aquella misma noche hicieron salir cinco mil hoplitas, seguido cada uno de siete ilotas armados. Cuando á la mañana siguiente los embajadores fueron á decir á los magistrados que la indigna acción de Esparta era un rompimiento con Atenas, los éforos juraron que el ejército estaba ya en marcha.

Advertido de este movimiento por los argivos, Mardonio abandonó el Atica, donde lo había saqueado todo, y buscó en las llanuras de Beocia un terreno más favorable para su caballería, situándose en un campamento atrincherado en la orilla izquierda del Asopos. El ejército lacedemonio, á las órdenes de Pausanias, cruzó el istmo, recogiendo á su paso los griegos que se mantenían fieles á la patria; en Eleusis encontraron á los atenienses que habían desembarcado de la flota, y dirigiéronse hacia la cuenca del Asopos: el ejército libertador reunió así ciento diez mil combatientes (1). Grecia no debía presenciar otro espectáculo semejante. Las fuerzas

(1) Las fuerzas griegas, según Herodoto (IX, 28), se componían de 38.700 hoplitas, ó soldados pesadamente armados, á saber: 10.000 lacedemonios, de los cuales 5.000 eran espartanos; 8.000 ate-

acamparon en unas colinas situadas cerca de Eritrea, frente al enemigo, que contaba con 300.000 hombres, y tal vez 50.000 griegos auxiliares. Transcurrieron varios días sin librarse más que algunas escaramuzas; y para desalojar á los griegos de la fuerte posición donde se obstinaban en permanecer, Mardonio ordenó que los atacara su caballería, mandada por Macistios, hombre muy afamado entre los persas. Los megarenses hubieron de resistir solos el choque, y después de una valerosa resistencia, enviaron á pedir auxilios á Pausanias; el peligro era tal, que todos vacilaban; pero un ateniense, llamado Olimpiodoro, se ofreció á cubrir la retirada de los megarenses solamente con 300 hombres. Una vigorosa carga desordenó la caballería enemiga, cuyo jefe mordió el polvo; el caballo de Macistios, herido de una flecha, cayó debajo de su amo; éste, protegido por una coraza de oro, era invulnerable, como debían serlo después los catafractarios de los Arsácides; de modo que un ateniense hubo de herirle en un ojo para darle muerte. Por la posesión de su cuerpo se trabó una lucha encarnizada; pero al fin los griegos lograron apoderarse de él. «Mientras el ejército persa manifestaba su dolor con gritos lúgubres que resonaban en toda la Beocia, un carro paseaba por entre las líneas de los griegos el cadáver de Macistios, y todos rompían filas para ver al que era, después de Mardonio, el guerrero más apreciado de los persas y del rey.» Sin embargo, en la posición que los griegos ocupaban, hallábanse expuestos á carecer de agua. Pausanias bajó á la llanura de Platea, bañada por numerosos arroyos, y acampó con sus lacedemonios cerca de la fuente de Gargafia. Llegado el momento de señalar los puntos que debían ser ocupados, suscitóse fuerte contienda entre los atenienses y los tegeatos, que pretendían el mando del ala izquierda que para sí los primeros reclamaban. Por ambas partes recordáronse las hazañas de los antepasados; Tegea invocó las del héroe Equemos, y Atenas su victoria sobre las Amazonas; pero Arístides supo calmar á unos y otros. «Estamos aquí, dijo, no para disputar un puesto, sino para combatir; que los lacedemonios decidan. Cualquiera que sea el lugar que ocupemos, nuestro valor hará de él un puesto de honor.» Los espartanos se pronunciaron unánimemente en favor de Atenas.

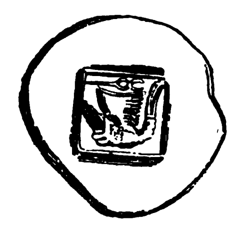
Los persas habían practicado también un movimiento, y los dos ejércitos no estaban separados más que por el lecho del Asopos, sin que ninguno osase franquearle, porque los presagios amenazaban con una derrota al que empeñase el combate. A los griegos conveníales esta especie de tregua porque recibían continuamente auxilios y víveres; y aunque á Mardonio le era difícil mantener su inmenso ejército, esperaba compensar este inconveniente aprovechándose de la tregua para comprar algunos jefes aliados y disolver la liga. Al cabo de diez días perdió, sin embargo, la paciencia, y á pesar de los consejos y temores de cuantos le rodeaban, anunció el ataque para el día siguiente. «Por encima de los oráculos, dijo, está la antigua ley del país, que ordenaba conducir á los persas al combate sin demora.» Durante la noche, un jinete se presentó en el campamento de los griegos, pidiendo permiso para hablar

---

nienses, 5.000 corintios, 800 léucados y naturales de Anactorión, 500 hombres de Ambracia, 300 de Potidea, 3.000 de Megara, 3.000 de Sicione, 1.500 de Tegea, 600 de Orcomenes, 800 de Epidauro, 1.000 de Trecena, 400 de Micenas y de Tirinto, 200 lepreatos, 1.000 de Flionte, 300 de Hermione, 600 de Eretria y de Estirea, 400 de Calcis, 200 de Cefalonia, 500 de Egina y 600 de Platea. Contábanse en el ejército 69 500 hombres de infantería ligera, de los cuales 35.000 eran ilotas, á razón de 7 por cada espartano; por cada hoplita de los otros pueblos no había más que un hombre armado á la ligera. Milos, Ceos, Tenos, Naxos y Citnos habían enviado algunas tropas, y Tespies 1.800 hombres. Los eleos y los mantineos llegaron después de la batalla. Estos últimos persiguieron hasta Tesalia á las fuerzas de Artabazes, y á su regreso desterraron á los generales cuya morosidad les había privado del honor de combatir.

con los jefes. «Estad alerta, les dijo, porque Mardonio os atacará al rayar el día á pesar de los presagios. Obligado á seguir contra mi voluntad al ejército de los persas, os traigo una prueba evidente de mi fidelidad á Grecia; espero que no me descubráis, y confío que me quedaréis agradecidos por haberme expuesto á los peligros más graves para daros esta noticia. Yo soy Alejandro, rey de Macedonia.» Pronunciadas estas palabras, picó espuelas y alejóse rápidamente.

A consecuencia de este aviso, Pausanias cambió su orden de batalla. A los persas opuso los atenienses, que conocían su manera de combatir, y situó á los espartanos frente á los griegos auxiliares; pero como el enemigo hizo un cambio análogo, los dos ejércitos volvieron á quedar en su primitiva posición. Estos movimientos parecieron á Mardonio una señal de temor, y envió á Pausanias un reto insultante, ofreciendo terminarlo todo por un combate singular entre un número igual de persas y de espartanos. El rey no contestó. Dos circunstancias obligaron á los aliados á cambiar otra vez su orden de batalla: la caballería persa había conseguido destruir la fuente de Gargafia, de la cual tomaban los griegos toda el agua que para su abastecimiento necesitaban, pues los arqueros enemigos les impedían acercarse al Asopos, y los guerrilleros tebanos inquietaban los convoyes de víveres que iban por los desfiladeros del Citerón. En su consecuencia resolvióse levantar el campo por la noche para acercarse á Platea y á las montañas que se comunicaban con el Peloponeso. Llegada la hora, una gran parte de las tropas emprendió la marcha, pero en vez de detenerse en los puntos señalados, llegaron hasta un templo de Juno que había junto á la misma ciudad de Platea. Los lacedemonios y los atenienses no partieron hasta el fin de la noche, pues Pausanias no había podido inducir á la retirada á un bravo oficial lacedemonio que consideraba vergonzoso retroceder; y de esta dilación resultó que los dos cuerpos no se habían alejado aún mucho cuando los persas echaron de ver, al salir el sol, que el enemigo se retiraba.

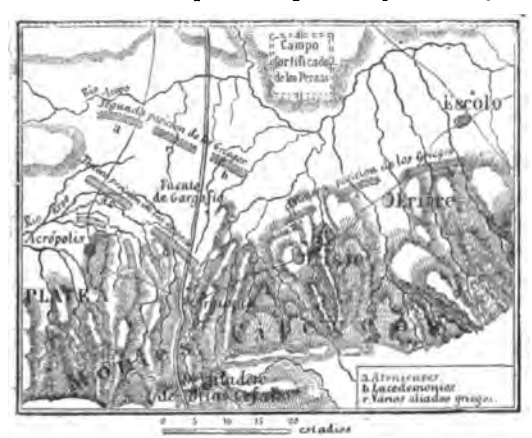
Moneda atribuída á Alejandro I de Macedonia (1)

Mardonio, muy contento, atravesó el Asopos, lanzando á sus bárbaros desordenadamente en persecución de los lacedemonios, que marchaban por la falda de la montaña. Los atenienses avanzaban directamente hacia la llanura, y ya llegaban á las colinas que descienden de Platea, cuando un mensaje urgente de Pausanias les advirtió del ataque de los persas. Entonces corrieron en su auxilio; pero los griegos aliados de Mardonio les cargaron con tal vigor, que ya no pudieron pensar sino en defenderse á sí propios. Los lacedemonios y los tegeatos, que habían quedado solos con sus tropas ligeras, formaban un ejército de 53.000 hombres, muy capaz de atender á su propia defensa; mas antes se quiso consultar á los dioses por medio de sacrificios, y como las primeras víctimas no indicaron felices presagios, se difirió el ataque. Esta inacción fué fatal para los lacedemonios, que tuvieron muchas bajas; pues los persas, después de plantar en tierra sus grandes escudos, disparaban sus dardos al abrigo de esta muralla sin peligro alguno, y acribillaban á los lacedemo-

(1) Guerrero á caballo mirando hacia la izquierda y armado con dos lanzas. En el reverso cuadrado hueco, con una cabeza de macho cabrío vuelto hacia la derecha, y detrás un caduceo (plata, Museo Británico). Esta moneda se atribuye á Alejandro I; pero los que así opinan parten de simples conjeturas.

nios. Pausanias, desesperado de no poder alcanzar respuestas favorables de las víctimas, fijó sus miradas en el templo de Juno, y suplicó á la diosa que no permitiera que las esperanzas de Grecia quedasen frustradas.

«No había terminado aún su súplica, cuando los tegeatos, llevados de su impaciencia, avanzaron contra el enemigo. Un instante después los espartanos obtenían al fin el consentimiento del cielo y poníanse en movimiento. Los arcos de los persas eran escasa defensa contra la falange lacedemonia: la lucha se empeñó primero delante de la línea de escudos, y una vez forzada ésta, trabóse cerca del templo de Deméter un segundo combate más encarnizado, que duró largo rato y en el cual se luchó casi cuerpo á cuerpo. Los persas, cogiendo las lanzas de los griegos, rompíanlas entre sus manos, y batíanse con tanta intrepidez como sus enemigos; pero sin destreza, mal armados y peleando casi desnudos contra hombres protegidos por una armadura completa. Además de esto, no había uniformidad en sus ataques; tan pronto se presentaban aisladamente como en grupos de diez ó menos, y precipitábanse en desorden contra los espartanos, que los destrozaban fácilmente.



Plano del Campo de batalla de Platea.

»El punto en donde los griegos se vieron estrechados más de cerca fué aquel en que se hallaba Mardonio montado en un caballo blanco y rodeado de un cuerpo de 1.000 hombres elegidos entre los persas más bravos. Mientras este jefe vivió, sus tropas resistieron á los esfuerzos de los lacedemonios; mas apenas hubo sucumbido, y una vez derrotadas las tropas escogidas que á su lado peleaban, el resto del ejército emprendió la fuga.

Los fugitivos se habían retirado al campamento que Mardonio había mandado construir; hasta allí les persiguieron los lacedemonios; pero cuando fué necesario forzar el atrincheramiento, reconocióse la falta de experiencia de los espartanos, que rechazados continuamente viéronse obligados á esperar á los atenienses, que habían tenido que resistir el choque de los griegos auxiliares. Por esta parte, los tebanos solos se batieron con valor; pero una vez puestos en fuga, los atenienses acudieron presurosos, y después de un rudo combate, derribaron una parte del muro. Los griegos se precipitaron en masa por aquel estrecho espacio, donde ejecutaron una espantosa matanza. Si hemos de dar crédito á Herodoto, de los 300.000 hombres que Mardonio había conservado, apenas sobrevivieron 3.000, si se exceptúan los 40.000 que Artabaces no utilizó y que al ver el desastre condujo precipitadamente hacia Tracia, propalando en el camino el rumor de que Mardonio había alcanzado la victoria. Los lacedemonios no habían perdido más que 91 soldados, los tegeatos 16, y los atenienses 52. Los demás griegos no combatieron, excepto los megarenses que, sorprendidos en la llanura por la caballería tebana, fueron derrotados con pérdida de 600 hombres (1).

(1) Estas cifras de Herodoto son inexactas; Plutarco habla de 1.360 muertos; pero Diodoro exagera al decir que éstos fueron 10.000.

Los lacedemonios y los atenienses se disputaban con viveza el premio del valor; un megarense les propuso que renunciaran á la recompensa y todos los sufragios se unieron en favor de los plateos, que según costumbre habían combatido con los atenienses. Arístides hizo aprobar el siguiente decreto: «Los pueblos aliados formarán contra Persia una liga defensiva que armará 10.000 hoplitas, 1.000 jinetes y 100 trirremes. Todos los años enviarán diputados á Platea para honrar con solemnes sacrificios la memoria de aquellos que perdieron la vida en el combate, y cada quinquenio se celebrarán juegos, dándoseles el nombre de fiestas de la libertad. Los plateos encargados de hacer sacrificios y votos por la salvación de Grecia, se considerarán como una nación inviolable y sagrada.» Se erigió en la plaza pública de la ciudad un altar á Júpiter Libertador, y para ofrecer el primer sacrificio, el plateo Euquidas corrió desde el campamento á Delfos para tomar el fuego del santuario nacional, único templo de la Grecia central que los bárbaros no mancharon con su presencia. La distancia era de más de 96 kilómetros, y el hombre volvió el mismo día; pero, como se dice del soldado de Maratón, cayó muerto al entregar á los sacerdotes el fuego sagrado (1).



Juno Ludovisi (2)

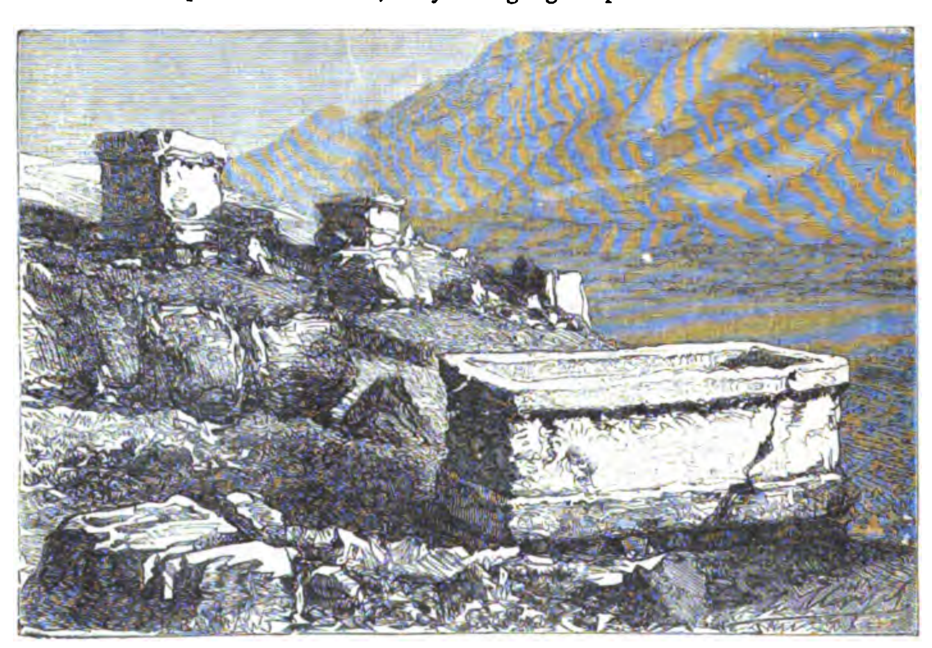
De las inmensas riquezas que cubrían el campo de batalla, comenzaron por separar los griegos la parte correspondiente á los dioses. Apolo Delfio, Zeo de Olimpia y Neptuno Istmico recibieron cada cual la décima parte de los despojos, otra fué para Pausanias y el resto se distribuyó entre los vencedores. Se erigieron monumentos fúnebres á los espartanos, á los ilotas, á los tegeatos, á los atenienses y á los megarenses muertos en el combate, y los plateos fueron nombrados guardianes de aquellas tumbas. Los griegos que no habían tomado parte en la lucha trataron después de engañar á la posteridad, construyendo cerca de aquellas tumbas legítimas cenotafios, como si hubiesen también tenido participación y experimentado bajas en aquel glorioso día de la libertad común; pero en el trípode de oro depositado por los vencedores en el tesoro de Delfos, grabáronse los nombres de los pueblos que desde el comienzo de la lucha habían tomado parte en la guerra de la independencia. El rey de Lacedemonia empezó por mandar grabar en él la siguiente inscripción: «El jefe de los griegos, Pausanias, después de haber destrozado el ejército de los medos, consagró esta ofrenda al dios Apolo.» Este orgullo nos revela ya el carácter del hombre

(1) La Pitia ordenó que se apagasen todos los fuegos profanados por los bárbaros y se volvieron á encender con la llama tomada en Delfos. (Plutarco, *Arist.*, 19.)

(2) Busto colosal de mármol, que se conserva en Roma en la *villa* Ludovisi (copiado de una fotografía). - Es una de las imágenes más justamente célebres de la diosa de los ojos grandes (βοῶπις), esposa de Zeo y reina del Olimpo. La obra es posterior de más de un siglo á la estatua que el argivo Policleto había ejecutado para el Heræón de Argos, y que había fijado el tipo de la diosa.

débil y vanidoso de que muy pronto nos ocuparemos. Los plateos instruyeron ante los anfictiones un proceso contra los espartanos por esta usurpación que uno sólo intentaba de la gloria que á todos correspondía: el consejo condenó á Lacedemonia y el dístico redactado por Simónides fué sustituído por la lista de honor de las treinta y una ciudades que habían combatido (1).

Los tebanos habían prestado á Mardonio un poderoso auxilio en Platea. El undécimo día después de la victoria, el ejército griego se presentó ante las murallas de



Sarcófagos de Platea (2)

su ciudad, y obligóles á entregar á los autores de la defección, á quienes Pausanias mandó dar muerte en Corinto (479).

Mientras los griegos alcanzaban esta gran victoria, su flota, mandada por el espartano Leotíquidas, obtenía otro ruidoso triunfo, que se ha considerado tan notable como el de la batalla de Platea.

La flota estaba en Delos, sin atreverse á pasar de allí, á pesar de los ruegos de los desterrados jonios, que le instaban á dirigirse cuanto antes á las costas del Asia. Algunos delegados de Samos fueron más felices, pues Leotíquidas se dirigió hacia esta isla, y como viese á los persas huir á su aproximación, persiguiólos hasta Micala. Los que mandaban la flota persa desembarcaron para ponerse bajo la protección de un ejército de 60.000 hombres que Jerjes, todavía en Sardes, tenía en la Jonia. Los griegos desembarcaron á su vez y vieron con asombro que reinaba gran confusión entre los persas, los cuales, por temor de ser vendidos, desarmaban á los

(1) Tucídides, I, 132; III, 57; Seudo-Demóstenes, *Contra Næra*, 97. Durante la guerra sagrada, los focidios se llevaron el oro del trípode. Las tres serpientes de bronce que le servían de base fueron halladas en 1856 en Constantinopla, adonde Constantino las había transportado. Aun se pueden leer en ellas los treinta y un nombres de que acabamos de hablar.

(2) Estos sarcófagos son indudablemente muy posteriores al quinto siglo.

samios, alejando á los milesianos del campamento bajo el pretexto de hacerles guardar los pasos de las montañas. Llegada la hora del combate, circuló el rumor de que Mardonio acababa de ser vencido en Beocia; esta noticia acrecentó la audacia y confianza de los griegos, que poco después forzaban el campamento: los generales persas sucumbieron, y con ellos perecieron casi todos sus soldados. Aquel era el último ejército de Jerjes: los atenienses, mandados por Xantipo, padre de Pericles, alcanzaron la mayor gloria en aquella jornada; pues vencieron casi solos, porque los lacedemonios se habían extraviado al dar la vuelta para sorprender al enemigo por retaguardia.

Así, pues, no solamente los griegos habían alejado la guerra de su país, sino que la llevaban al de su enemigo. Esta última victoria equivalía á la conquista del mar Egeo; en menos de un año habían batido á los persas en Salamina, en Platea, en Micala y de agredidos se convirtieron en agresores y conquistadores ¿Quién hubiera creído algunos meses antes que la grandeza de Asia hallaría en Grecia su tumba? Todas las grandes masas de Oriente no pudieron prevalecer contra aquella pequeña nación, que tenía en sí el doble genio de la civilización y de la libertad. Era también un mundo joven que vencía á un mundo envejecido y extenuado, y así lo comprendían sin duda los griegos, puesto que la divinidad que invocaron en Micala, su grito de unión, fué Hebé, la Juventud. En tiempo de la batalla de Salamina, los griegos sicilianos alcanzaban asimismo victorias como las de la madre patria; Gelón de Siracusa había destrozado cerca de Himera un ejército de 3.000 cartagineses. La hora del triunfo de la raza helénica había llegado en todas partes.



Restauración del trípode de Platea (1)

¡Qué prolongada y legítima embriaguez se produjo por este fausto acontecimiento! Aquella grandiosa epopeya de las guerras Médicas tuvo su inimitable historiador en Herodoto, y su poeta en Esquilo; el primero leyó fragmentos de su obra ante la Grecia entera, arrobada y poseída de entusiasmo; y Esquilo, el soldado de Maratón y de Salamina, recitó sus valientes estrofas en el teatro de Atenas ante una multitud que le aplaudía frenéticamente. ¡Qué transportes excitaría entre aquellas almas arrebatadas la vista de Atossa, la soberbia reina que pedía á Darío mujeres de Esparta, de Argos y de Atenas para servirla, y que entonces, poseída de inquietud por no tener noticias de su hijo

(1) Según E. Fabricius: *Jahrb. d. k. d. arch.*, I (1886), p. 184 y siguientes. – Además de la columna formada por el cuerpo de las tres serpientes, sólo queda del monumento la mitad superior de una de las cabezas de aquéllas. (S. Reinach: *Catálogo del Museo imperial de Antigüedades de Constantinopla*, n.° 603.) La inscripción grabada en la base:

'Ελλάδος εὐρυχόρου σωτῆρες τόνδ' ἀνέθηκαν
δουλοσύνης στυγερᾶς ῥυσάμενοι πόλιας,

nos ha sido legada por Diodoro, XI, 33, 2.

Jerjes, que había ido á buscar aquellas esclavas, refiere al coro de ancianos que ha visto un terrible milano caer sobre el águila de Persia y desgarrarla! El coro, que conoce ya el desastre, contesta á la soberana que el sueño es una realidad, y entonces quiere saberlo todo é interroga:

«ATOSSA. Amigos míos, ¿dónde dicen que está situada esa ciudad de Atenas?



Hebé (1)

»EL CORO. Lejos, muy lejos, hacia el poniente, en los lugares por donde desaparece el sol, nuestro poderoso señor.

»ATOSSA. ¿Y es esa la ciudad que mi hijo ha querido conquistar?

»EL CORO. Sí, porque después de ella, toda la Grecia quedaría sometida al gran rey.

»ATOSSA. ¿Cuentan, pues, con innumerables guerreros?

»EL CORO. Los suficientes para haber hecho ya mucho daño á los persas.

»ATOSSA. ¿Y tienen abundantes riquezas?

»EL CORO. Poseen un manantial de plata, tesoro que la tierra les ofrece.

»ATOSSA. ¿Qué armas brillan en sus manos? ¿Son el arco y las flechas?

»EL CORO. No; combaten de cerca con la lanza y se cubren con el escudo.

---

(1) Cabeza de mármol, de una colección particular (según R. Kekulé: *Hebé*, 1867, tab. I). — Hebé era hija de Zeo y de Hera, debiendo relacionarse con este mármol la cabeza de Hera, llamada Juno Ludovisi, publicada en la pág. 89.

»ATOSSA. ¿Qué monarca les conduce y dirige su ejército?

»EL CORO. Ningún hombre los tiene por esclavos ni por súbditos.

»ATOSSA. ¿Cómo pueden resistir, pues, el ataque de nuestros guerreros?

»EL CORO. Como lo hicieron en otro tiempo con el numeroso y magnífico ejército de Darío: destrozándolos.

»ATOSSA. ¡Qué cosas tan terribles dices para las madres de los que marcharon!»



Plano de Atenas

Y más adelante aparécese la sombra de Darío, y los ancianos le preguntan cómo deberán conducirse en lo sucesivo para labrar la felicidad del pueblo persa.

«Guardaos bien, les contesta Darío, de atacar nunca el país de los griegos, aunque vuestro ejército fuese aún más formidable que el de Jerjes, porque la misma tierra combate por ellos... matando de hambre á nuestros ejércitos demasiado numerosos.» En otro pasaje Asia, completamente abatida, «cae pesadamente de rodillas,» y el coro exclama: «¡Oh, Júpiter! tú acabas de destruir este ejército de los persas, soberbio é innumerable; tú has sumido en las tinieblas del luto las ciudades de Susa y de Ecbatana. ¡Cuántas mujeres desgarran sus velos, inundando su seno de amargas lágrimas!... ¡El Asia entera gime despoblada! ¡Jerjes se lo ha llevado todo, y todo lo ha perdido! ¡Ay! Jerjes, confiando en sus frágiles naves, con censurable imprudencia lo ha entregado todo á merced de las olas.» Y en otro lugar: «En las

naciones de Asia no habrá ya obediencia, ni tributos, ni frentes prosternadas sobre el polvo ante la majestad soberana. La lengua de los hombres será libre como su pensamiento.» Estas palabras del poeta decían á los espectadores que por su victoria habían ganado dos cosas tan amadas de ellos como su libertad: la forma republicana había triunfado sobre la monarquía oriental, y la libertad del espíritu, roto las cadenas de la esclavitud en el Asia.





Moneda de un sátrapa incierto (1)

Por último, Jerjes aparece en escena, con su magnífico traje hecho jirones; y como para los antiguos la venganza era un fruto delicioso, los griegos saboreaban estas humillaciones del gran rey, haciendo que sus gemidos alternaran con el coro.

«JERJES. *(Rompe á llorar.)*

»EL CORO. Mis ojos están bañados en lágrimas.

»JERJES. Responde á mis gritos con los tuyos.

»EL CORO. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

»JERJES. Vuelve gimiendo á tu hogar.

»EL CORO. ¡Ay! ¡ay! ¡Oh Persia, Persia; profiere un grito de dolor!

»JERJES. Sí, que el grito de dolor resuene en toda la ciudad.

»EL CORO. ¡Sollocemos, sollocemos, sollocemos más aún!

»JERJES. ¡Ay de mí! ¡Nuestra flota, todas nuestras naves se han perdido!

»EL CORO. Yo te acompañaré con tristes lamentaciones.»

Y el coro se retiraba profiriendo gritos dolorosos, que se perdían entre el estrépito de los atronadores aplausos de los atenienses, espectadores radiantes del drama que habían desempeñado en otro tiempo sobre las mugientes olas de Salamina.

(1) Baaltars, ó Júpiter de Tarso, sentado mirando á la izquierda, se apoya en su cetro y tiene en la mano derecha un ramo formado por una espiga y un racimo de uvas. Debajo de su trono se ve la cruz de asas. Inscripción aramea: בעלתרז *(Baaltars)*. En el reverso, cuadrado hueco; león devorando un ciervo. Inscripción aramea: תזרו *(Mazda)*. La interpretación de esta inscripción ha dado lugar á numerosas controversias. (Tetradracma acuñada en Tarso.)



CUARTO PERÍODO

SUPREMACÍA DE ATENAS

(479-431)

GRANDEZA DE LAS LETRAS Y DE LAS ARTES

CAPÍTULO XVIII

DESDE EL FIN DE LA INVASIÓN PERSA HASTA LA TREGUA DE LOS TREINTA AÑOS (479-445)

I. – LAS GRANDES MURALLAS. – EL PIREO. – CONFEDERACIÓN ATENIENSE

Si el triunfo de Grecia era general, había, sin embargo, un pueblo que triunfaba más que ningún otro. El principal honor de la resistencia á la invasión debíase á los atenienses. «Un dios, dice Píndaro, ha desviado de nuestras cabezas la roca de Tántalo (1).» Herodoto, que á título de historiador busca la verdad en los hechos más bien que en los recuerdos mitológicos, escribe: «Atenas ha sido la libertadora de Grecia (2).» Ella sola había vencido en Maratón; en Salamina obligó á los aliados á vencer á pesar suyo; la gloria de Micala pertenecíale casi toda, y además participó de la de Platea, donde los atenienses desplegaron su acostumbrado valor, menos teatral que el de sus rivales, pero más hábil y seguro. ¿Qué pueblo griego podía citar un nombre que equivaliera á los de Milcíades, Arístides, ó Temístocles, sobre todo de éste, el más fiero representante de la raza griega así por sus buenas cualidades como por sus defectos? En su parte de botín obtuvo el trono de pies de plata de Jerjes y el sable de Mardonio, apreciado en 300 dáricos (3): era justicia.

Ya conocemos á Temístocles, hombre de carácter flexible, astuto, audaz, lleno de recursos, hasta en medio del peligro; y poco escrupuloso en cuanto á los medios, con tal de que le condujeran al fin apetecido. No siempre tuvo las manos puras, dicen Herodoto y Plutarco; se dejó comprar, pero supo conciliar la venalidad con el patriotismo, y con frecuencia se sirvió del dinero de la corrupción para favorecer

---

(1) *Istmicos*, VII, 19.
(2) VII, 39.
(3) Demóstenes, *Contra Timócrates*, 120.

la causa de la independencia. La posteridad, que no ve con agrado estas alianzas adúlteras, es severa para él, como lo fué Atenas, que antepuso á su nombre el de Arístides, aquel que fué como el buen genio de la ciudad, aquel á quien el pueblo reunido en el teatro saludó con el nombre de justo, y que por su moderación contenía á Temístocles y á los atenienses. Después de la guerra, Temístocles propuso una resolución importante que exigía el secreto; por el voto unánime de la asamblea acordóse comunicarle á Arístides para que decidiera por sí mismo, y habiendo éste declarado que el proyecto era muy útil, pero muy injusto, el pueblo, sin querer saber más lo desechó. Según parece, tratábase de quemar todas las naves de los aliados, reunidas entonces en el puerto de Pagaso; con lo cual Atenas habría sido la única potencia marítima. Arístides había combatido en Salamina; en Platea, los atenienses se irritaban por los continuos cambios que los lacedemonios les imponían para que siempre estuvieran frente á los persas, y Arístides fué quien los calmó. «Todo lugar es bueno, dijo, para cumplir fielmente con su deber y morir en su puesto.» Después del combate, el Justo moderó también la rivalidad de ambos pueblos.

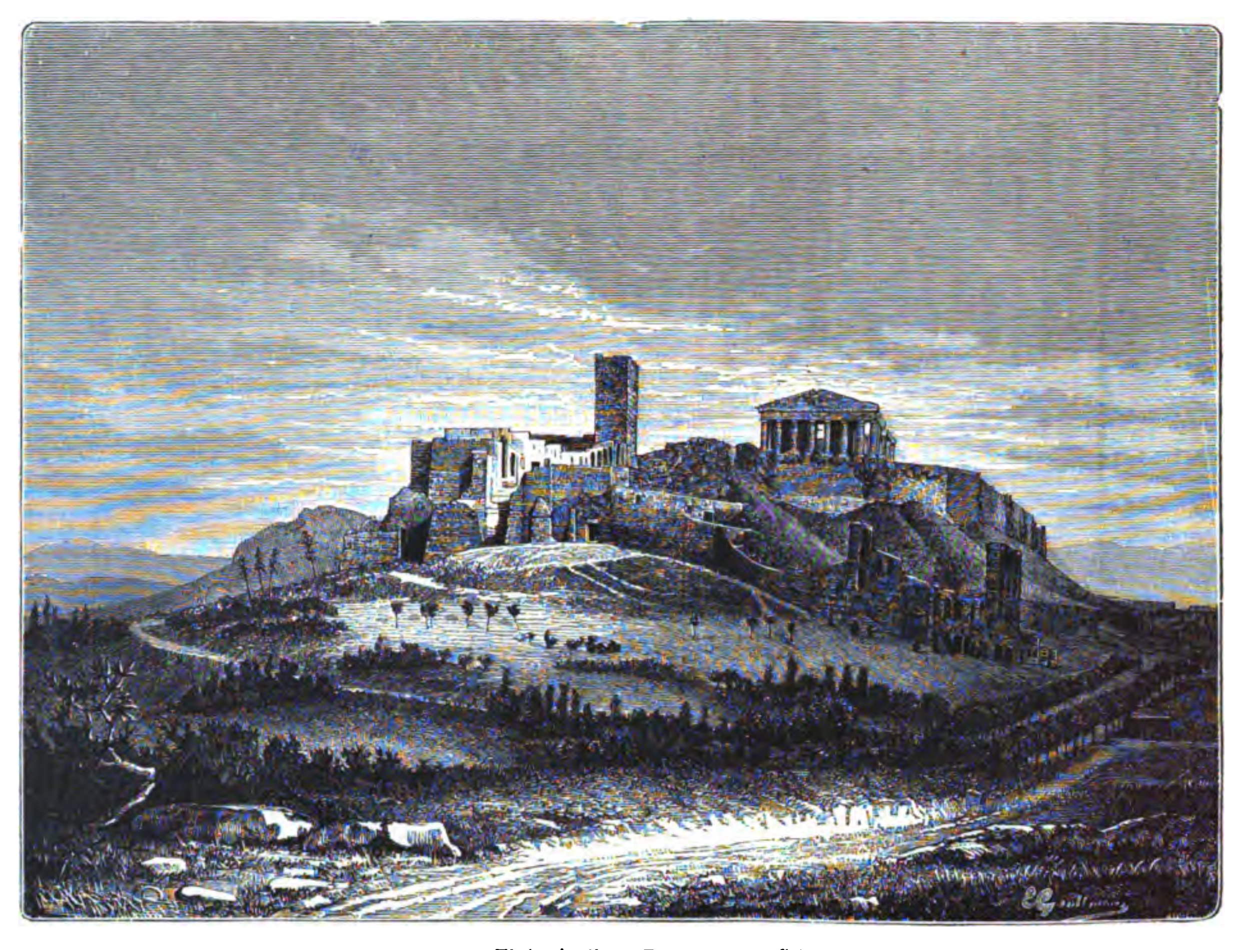

Temístocles (1)

Tales, pues, se habían mostrado los atenienses bajo las órdenes de sus ilustres jefes: valerosos, inteligentes y resueltos á servir la causa común en todos los lugares y de todas las maneras posibles.

Esparta, por el contrario, había permanecido en la sombra, aunque colocada por asentimiento unánime en primera fila. En una y otra guerra, sus inconcebibles tardanzas dejaron sin auxilio á los atenienses; cierto que de ella había salido el glorioso guerrero de las Termópilas, Leónidas; mas Euribíades, que recibió el premio del valor, no merecía el de la prudencia; y Pausanias, el vencedor de Platea, que había hecho poco para obtener la victoria, manchó muy pronto su nombre con una ambición culpable.

Sin embargo, tal era el ascendiente del antiguo renombre de Lacedemonia, que Atenas, á pesar de sus servicios, no encontraba en todas partes más que frialdad ó envidia, considerándosela como una advenediza, cuya gloria era ofensiva. Temístocles no se había dejado deslumbrar por los honores de que Esparta le colmara, y que tal vez le valieron, por parte de la recelosa democracia á quien servía, desconfianzas que le alejaron siempre del mando en el memorable año de Micala y de Platea. Pero Temístocles vió el peligro y halló el remedio. Atenas estaba ruinosa, y las estatuas de sus dioses se caían á pedazos: seis siglos más tarde, Pausanias las

(1) Según Visconti: *Iconografía greca*, tab. 14, 4. La denominación que se ha dado á este busto es incierta.



El Acrópolis – (De una fotografía)

vió aún ennegrecidas y calcinadas por las llamas; era que había querido guardar aquellos restos informes á fin de que no se olvidase nunca la injusta agresión del que llegó á ser su enemigo hereditario. En aquel momento no quedaba de la ciudad de Minerva más que la inexpugnable muralla de valerosos pechos de que nos habló el poeta; Temístocles arrancó al pueblo una patriótica declaración. Se prohibió á todos reedificar su casa ó tocar á sus propias ruinas antes de que toda la ciudad estuviera circuída de una fuerte muralla. El pueblo entero puso manos á la obra, empleando para ella toda suerte de materiales: las piedras de las tumbas, las columnas de los templos, las estatuas de los héroes y de los dioses; de esta suerte la muralla se alzaba más rápidamente y parecía que había de ser más sólida.

Era preciso apresurarse, porque algunos emisarios de Egina habían corrido ya á Lacedemonia para denunciar la empresa, dando esto lugar á que Esparta enviara una diputación á Atenas. «Conviene, decía, no fortificar ninguna ciudad más allá del istmo de Corinto, pues con esto se prepararía una ciudadela para los bárbaros, una guarida de donde éstos no saldrían ya nunca más. La verdadera fortaleza de Grecia es el Peloponeso, cuya entrada haremos inexpugnable...» ¡Cómo si hubiese sido posible impedir á los bárbaros desembarcar en mil puntos de la península! Ya esperaba Temístocles tan hipócrita consejo; mas la muralla no tenía aún suficiente altura para arrostrar un ataque, y á fin de ganar tiempo, hizo que se le enviase solemnemente á Esparta para llevar la contestación de los atenienses, viajó por jornadas muy cortas, y al llegar á la ciudad no trató de ver al Senado ni á los éforos, quienes manifestaron por ello su extrañeza. «Para pedir audiencia, dijo Temístocles, espero la llegada de mis colegas, á quienes sin duda habrá detenido algún asunto urgente.» Sin embargo, en Atenas, hombres, mujeres, ancianos y niños trabajaban entretanto sin cesar, y muy pronto llegó por todas partes á Lacedemonia la noticia de lo que ocurría. Interrogado Temístocles, siguió negando y aconsejó á los éforos que enviaran algunos de sus conciudadanos que personalmente se enteraran de la verdad. De esta suerte enviaba á Atenas rehenes que garantizaban su propia seguridad, y además despachó un mensajero secreto á los atenienses, previniendo que retuvieran allí á los espartanos hasta que él volviera. Cuando supo al fin que la muralla ponía ya á la ciudad renaciente al abrigo de todo insulto (1), presentóse altivo ante el Senado de Lacedemonia y le dijo: «Los atenienses no esperaron vuestros consejos para abandonar su ciudad y montar sus naves, ni os han necesitado tampoco para reconstruir sus muros. Que se les envíen diputados para tratar de cosas razonables y probarán que se hallan en estado de comprender lo que exige el interés general de Grecia» Los espartanos, que sabían disimular, aparentaron recibir esta noticia sin cólera, y lamentáronse de que se hubiesen interpretado tan mal sus intenciones. Cierto antiguo autor atribuye á Temístocles un ardid más seguro aún, y dice que antes de Salamina compró á Euribíades, y esta vez negoció con los éforos (2).

Algún tiempo después, Temístocles volvió á excitar el resentimiento de los espartanos: éstos querían excluir del Consejo anfictiónico á los pueblos que no habían combatido contra los persas. Bien ligero era el castigo para tan cobarde abandono; pero Atenas tenía interés en apoyarse en los Estados secundarios, Argos, Tebas y

---

(1) La muralla de Temístocles elevábase sobre las rocas cortadas á pico que forman la pared Norte del Acrópolis y que se llamaban en la antigüedad las *Rocas Largas* (Μακραί Πέτραί): aun hoy día existe en parte y presenta el aspecto descrito por Tucídides (I, 93, 1). También se distinguen todavía sobre el ángulo NO. del Teseión, varios tambores de columnas y un entablamento dórico, procedente del antiguo Partenón, quemado por Jerjes. Véase la lámina de la pág. 97.

(2) Teopompo, citado por Plutarco, *Temist.*, 19.

los tesalianos, para combatir la supremacía continental de Esparta. Temístocles manifestó que aceptar la proposición sería entregar el tribunal supremo de la nación helénica á dos ó tres ciudades En su consecuencia, aquélla fué desechada y Esparta no olvidó nunca al que burlaba así todos sus proyectos.

Fortificada ya Atenas, érale necesario un puerto digno de su importancia. Falera era demasiado pequeño y poco seguro; pero al Oeste del mismo y á 40 estadios de la ciudad, la costa presentaba tres ensenadas bastante profundas para contener cuatrocientos barcos, y Temístocles, que desde hacía mucho tiempo había fijado su atención en este punto del litoral, continuó los considerables trabajos que en otra época se habían allí verificado y cercó el Pireo y Muniquia con un muro de 14 codos de altura (6m,47), 60 estadios de longitud (11 kil.), bastante ancho para que dos carros pudiesen pasar por él de frente, y construído con enormes piedras escuadradas que se empotraron con espigones de hierro. Faltaba enlazar el Pireo con la ciudad por otra muralla que asegurase las comunicaciones (1). Temístocles concibió el proyecto de este muro y Cimón y Pericles lo ejecutaron. Para mantener la supremacía marítima de Atenas, quería aquél que todos los años se construyeran veinte trirremes; y para aumentar el número de los habitantes, recomendó á sus conciudadanos que prometieran inmunidades á los extranjeros, sobre todo á la clase obrera que fuese á establecerse en la ciudad (2). Este último consejo, puesto en práctica con espíritu liberal, dió los más felices resultados; de todas partes acudió gente á la ciudad hospitalaria, y Atenas pudo hallar así en su población creciente los medios de enviar al exterior numerosas colonias que contribuirán á su prosperidad.

Después de la victoria de Micala, los vencedores se habían reunido en consejo para decidir sobre la suerte de los jonios. Los espartanos, declarando que no se podía proteger ciudades asentadas en el continente asiático, pedían á los jonios que abandonaran las suyas y fueran á establecerse en las tierras de los pueblos griegos que no habían combatido por la libertad. Destruir Mileto, Focea, Esmirna y Halicarnaso, era entregar el Asia á la barbarie; mas á Esparta esto le importaba poco. Atenas contestó que nadie tenía nada que ver con los asuntos de sus colonias, y por lo pronto dejó á los jonios que se arreglaran como pudieran con los persas, hasta tanto que ella tuviese bastante fuerza para librarlos. Chíos, Lesbos, Samos y las más de las ciudades insulares fueron declaradas miembros del cuerpo helénico.

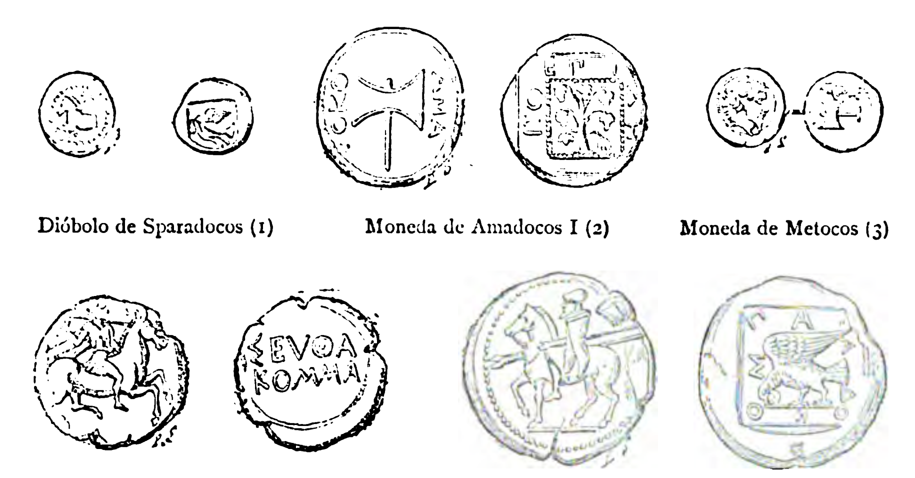
La victoria de Micala daba á los griegos el mar Egeo; pero el enemigo poseía aún la Tracia, y muchos persas, incluso personajes de la corte, habían fijado en ella su residencia ó estaban allí de guarnición. Ante todo era preciso desalojarlos, dejando libre el continente de Europa, y obligarles á volver al Asia, sin perjuicio de seguirles allí más tarde. La flota se hizo, pues, á la vela en dirección al Helesponto para destruir los puentes de Jerjes, que se creía estaban aún en pie; pero como Leotíquidas viera que el mar había ya llevado á cabo la obra de destrucción que él se proponía realizar, condujo de nuevo sus naves hacia las costas del Pelopo-

---

(1) En su país erizado de montañas, muchos griegos habitaban cerca de la ribera, y exigían para sus ciudades dos cosas que respondían á una doble necesidad; es decir, querían en interés de la defensa, un lugar de difícil acceso que pudiera fortificarse más aún levantando una ciudadela ó acrópolis; y para su comercio un puerto que les mantuviese en comunicación con el mar Este objeto se alcanzó enlazando el puerto con la ciudad por medio de largos muros que denominaron jambas, σκέλη, como en Atenas y en Megara, donde han desaparecido, y como las descubiertas en Epiro, en Limnoa (Karavassasos) (Henzey, *Acarnania*, p. 320, lám 4).

(2) Dispuso que por algún tiempo se eximiera de todo impuesto á los inquilinos de las casas y á los artesanos, á fin de atraer á la ciudad obreros de toda especie (Diodoro, I, XI, cap. XLIII).

neso. Xantipo y los atenienses no quisieron, sin embargo, regresar de aquellos apartados lugares sin llevar á cabo alguna empresa, recobrando por lo menos el Quersoneso, que les pertenecía antes de la guerra. Un persa, Artaictes, ejercía allí el mando, y sus violencias y exacciones le habían hecho odioso á toda la población griega: Eleonte no le perdonaba que hubiese profanado y saqueado el templo del héroe



Dióbolo de Sparadocos (1) Moneda de Amadocos I (2) Moneda de Metocos (3)

Didracma de Seutes I (4) Tetradracma de Sparadocos (5)

Monedas de los reyes tracios

Protesilao. Los atenienses le sitiaron en Sestos, y permanecieron todo el otoño delante de la plaza. El hambre obligó al fin á Artaictes á salir de ella, y cogido en su fuga, ofreció 300 talentos por su vida. Entregado á los eleontinos, éstos le crucificaron, después de hacerle presenciar la muerte de su hijo (478). Al dejar aquellos parajes, la flota victoriosa llevó consigo, para consagrarlos en el Acrópolis, los cables de los puentes de Jerjes, aquellas cadenas con que el rey persa había pretendido sujetar el Océano.

De este modo, aun antes de que Atenas hubiera renacido de sus ruinas, su flota

---

(1) ΣΓΑ. Parte anterior de un caballo galopando hacia la derecha. En el reverso, cuadrado hueco, y un águila que vuela llevándose una serpiente en el pico. (Plata.)

(2) ΑΜΑΔΟΚΟ. Bipenno. En el reverso, cuadrado hueco con el nombre de un magistrado; en el centro, en un cuadrado de gráfila, una cepa. Amadocos I fué rey de los tracios odrisios hacia el año 420 antes de J.C.

(3) Cabeza de Metocos (ó de Dionisos), mirando hacia la derecha; en la inscripción ΜΗΤΟΚΟ. En el reverso un bipenno y un racimo de uvas. (Plata.) Metocos fué, según Xenofonte, rey de los tracios odrisios hacia el año 400 antes de J.C. (Véase *Zeitschrift für Numismatik*, t. V p. 95 y lám. II, 1.)

(4) Jinete armado de lanza en un caballo que va al galope, de cara á la derecha. En el reverso, ΣΕΥΘΑ ΚΟΜΜΑ, en dos líneas. Seutes I fué rey de los tracios odrisios hacia el año 426 antes de J.C. La palabra ΚΟΜΜΑ parece significar *moneda*. (Véase Barclay V. Head: *Historia numorum. Manual de numismática griega*, p. 240).

(5) Jinete armado de dos lanzas, montando un caballo que va al paso, mirando á la izquierda. En el campo un casco. En el reverso, cuadrado hueco ΣΠΑΡΑΔΟΚΟ. Aguila vuelta hacia la izquierda, desgarrando una serpiente con su pico. (Plata.) Sparadocos, hermano de Sitalces, fué, según Tucídides, rey de los tracios odrisios hacia el año 530 antes de J.C. (Véase Boletín de la Correspondencia helénica, t. III, p. 409 y siguientes).

reconstituía su imperio marítimo. Desde el año siguiente, los audaces marinos se hicieron de nuevo al mar. A las 30 naves de Atenas, mandadas por Arístides y por Cimón, hijo de Milcíades, agregáronse 20 galeras del Peloponeso, y la escuadra, al mando de Pausanias, hízose á la vela en dirección á Chipre, ahuyentó á los persas de la mayor parte de la isla, remontó después hacia el Helesponto y apoderóse de Bizancio, donde fueron hechos prisioneros varios nobles persas y apresadas muchas riquezas.

Pausanias no había podido soportar su fortuna y su gloria; no comprendía que el vencedor de los bárbaros siguiera siendo un simple rey de Esparta, vigilado de cerca y reprimido por los éforos. El diezmo del botín de Platea no había servido más que para acrecentar su sed de riqueza; sus cautivos le iniciaron en las costumbres de la corte de Susa, refiriéndole cómo vivían los grandes, su molicie, sus placeres y su autoridad sobre todos cuantos eran inferiores á ellos; y aquel cuadro seductor, comparado con las severas leyes de Esparta, acabó de perturbar la débil y vanidosa inteligencia del griego. Entre sus cautivos contábase un eretriano, que por una inútil traición había recibido de Darío cuatro importantes ciudades de la Eólida. ¿Qué no daría, pues, el gran rey á quien le entregase la Grecia? Desde aquel día, Pausanias se abandonó á las más grandes esperanzas. Con la ayuda de sus prisioneros, á quienes dejó escapar, trabó relaciones secretas con Jerjes; pidió á éste la mano de su hija, prometiendo aportar como dote al matrimonio la sumisión de Lacedemonia, y como si fuera ya yerno del gran rey, trocó el traje griego por el de los persas, ostentó un lujo asiático, que el oro persa pagaba, y quiso tener una guardia de medos y de egipcios. Olvidándose de que mandaba á hombres libres, trató á los aliados con la altanería y la insolencia de un sátrapa; pero éstos le hicieron recordar quiénes eran. Los hombres de Egina y del Peloponeso volvieron á sus casas, y los otros, rehusando obedecerle, pusiéronse bajo el mando de Arístides y de Cimón. El carácter moderado de estos dos jefes había preparado aquella revolución tanto como la violencia de Pausanias (477).

En efecto, era aquello una revolución. En vano Esparta envió á llamar á Pausanias apresuradamente, nombrando en su lugar otro almirante; los aliados persistieron en su resolución. La supremacía marítima pasaba de Esparta á Atenas; el cuerpo helénico se dividía, y la nación tenía dos cabezas. División beneficiosa, porque está conforme con la naturaleza de las cosas; pero ¿no resultaría de aquí más ó menos tarde una guerra terrible? En Esparta se hablaba ya de apelar á las armas para conservar aquel mando supremo que la misma Atenas había reconocido muchas veces á los espartanos; mas al mismo tiempo, el segundo rey Leotíquidas, el vencedor de Micala, enviado á Tesalia para expulsar á los Aleuadas y demás aliados de Jerjes, se había dejado comprar á precio de oro. Los ancianos se alarmaron ante aquella corrupción que penetraba por todos lados en la ciudad de Licurgo, y un senador demostró, citando el ejemplo de Pausanias, lo peligroso que era para Esparta enviar á sus guerreros tan lejos, en medio de los bárbaros y de las tentaciones del Asia. Esparta no demostrará siempre la misma prudencia.

Arístides ejercía gran influencia en la resolución de los aliados; fijándose otra vez en lo que ideó en Platea sobre una liga permanente contra el enemigo común, consiguió esta vez que se aceptara su plan, y por consentimiento unánime se le encargó la redacción de las condiciones de la alianza, señalando los deberes de los confederados. Convínose en que los griegos de Asia y de las islas formaran una liga, cuyos intereses se discutirían en una asamblea general; que Atenas se encargaría de la dirección de las operaciones militares; pero conservando cada ciudad completa independencia en su gobierno interior, sin obligarse á más que á facilitar para la

causa común hombres, naves ó dinero, según el cuadro aprobado por la Dieta. Este cuadro fué trazado por el hombre que no era solamente el Justo de Atenas, sino también de toda la Grecia. Para determinar con equidad las cifras, Arístides recorrió el continente y las islas, tomó sus datos sobre el producto de las tierras, y averiguó cuáles eran las fuerzas y recursos de cada ciudad. La cotización anual, que fué tal vez de un décimo (1), como la parte de botín ofrecida á los dioses después de la victoria, ascendió á la considerable suma de 460 talentos (2.587.500 pesetas), y prueba que todos los griegos del mar Egeo se asociaban con la mejor voluntad á esta alianza.



Apolo (3)

Delos había sido en todo tiempo el santuario de la raza jonia, que, como los dorios, eligió al dios Apolo como su principal divinidad. Tucídides (2) nos presenta el concurso antiguo de los jonios en esta isla, sus fiestas, sus juegos, los certámenes musicales y las luchas de gladiadores á presencia de las *teorías* enviadas por todas las ciudades. «¡Oh, Febo! exclamaba un anciano Homérida, tú amas sobre todo á Delos, donde se reunen con sus hijos y sus castas esposas los jonios de largo ropaje.» Atenas, que se esforzó por devolver á esas fiestas su antiguo esplendor, hizo de la isla santa el centro de la confederación. Los diputados se reunían durante las solemnidades que se celebraban en honor del dios, y en el tesoro de su templo depositóse la contribución común. La protección de la divinidad escudaba y santificaba la alianza. Arístides fué elegido custodio de aquel tesoro, y su administración fué desempeñada con tan escrupulosa probidad, que después de él, parecióles á los aliados que no podrían confiarla más que á un ateniense. Su virtud fué útil á su patria aun después de su muerte.

---

(1) Tasos disfrutaba de una renta de 300 talentos (Herodoto, VI, 46), y da 30, como Palos: la una debía su riqueza á sus minas de oro, y la otra á sus canteras de mármol.

(2) II, 104.

(3) Bronce del Museo Británico, conocido con el nombre de bronce Payne-Knight (de una fotografía). - Es una copia del Apolo Didimeano, obra célebre de Kanacos de Sicione. El dios tiene en la mano derecha un ciervo, y en la izquierda llevaba el arco.

II. — DESARROLLO DE LAS INSTITUCIONES DEMOCRÁTICAS EN ATENAS. ARISTIDES, TEMISTOCLES Y PAUSANIAS

Dícese que Temístocles había trasladado á otro sitio la tribuna de los oradores para que éstos pudiesen desde ella mostrar continuamente al pueblo como dominio suyo el mar, que se extendía á sus pies. Al mar había consagrado toda su atención y sus fuerzas, y el mejor éxito coronó sus planes. Atenas contaba entonces con una flota de guerra, otra mercante y una población numerosa de comerciantes é industriales; pero había dado tal importancia al Pireo, que, según la expresión de Aristófanes, llegó á mezclar y confundir la ciudad con el puerto, éste predominando sobre aquélla, pues cuando la multitud de marinos acudía á la ***Agora***, su presencia aseguraba la preponderancia al elemento popular. Arístides, más reservado, y más afecto á las antiguas familias y á los intereses de los propietarios, se inclinó, no obstante, al fin de su vida, en el mismo sentido, haciendo que todos los cargos públicos, incluso el de arconte, fueran accesibles á todos los ciudadanos (1). Esto equivalía á la supresión de los privilegios reconocidos á la propiedad territorial, y constituía un nuevo ataque á la constitución de Solón; pero esta constitución, que databa de más de un siglo, no podía mantenerse inmutable cuando todo cambiaba á su alrededor. Si Solón hubiera vivido en los tiempos de Arístides, habría hecho lo que el sabio acababa de hacer. ¿Qué razón existía para que algunos olivares del Atica ó de las tierras de Tracia fuesen título bastante para adquirir el derecho de mandar á 20.000 ciudadanos que á su vez imponían órdenes á una parte de Grecia y de las islas? Además, debíase una recompensa á esa gloriosa democracia, que bien merecía la igualdad en los derechos políticos, puesto que también la tuvo en la abnegación y en los sacrificios. Las distinciones antiguamente establecidas entre las diversas clases quedaron por lo tanto borradas. Los ciudadanos de la clase inferior pudieron aspirar á todos los cargos; pero también quedaron sometidos al impuesto de que Solón les eximiera.


Moneda de Elis con la cabeza de Zeo Olímpico

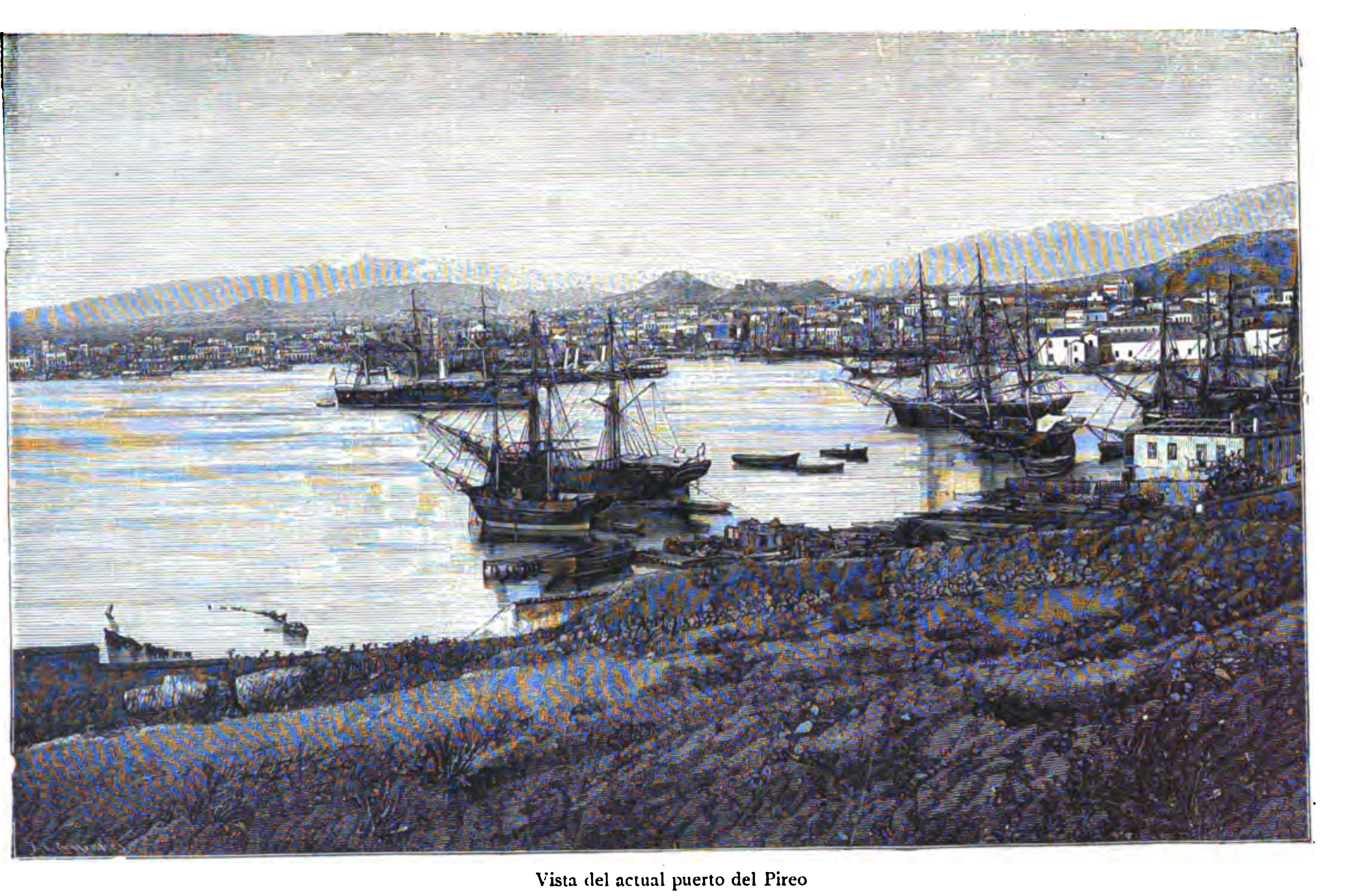
He aquí cómo las guerras Médicas habían asegurado decididamente para Atenas este gobierno democrático que Herodoto no cesa de admirar. «Es el nombre más hermoso, dice, porque se llama ***igualdad***. La deliberación corresponde á todos, la acción á algunos, á los magistrados, y éstos son responsables de sus actos (2).

Un hecho que Estrabón consigna (3), y que no ha sido bastante observado, reduce á la nada muchas acusaciones triviales. Después de la guerra Médica, dice, fué tendencia general en Grecia reunir las aldeas separadas en una sola ciudad: Elis, Tebas, Argos, Mantinea y Figalia destruyeron los burgos ó villas que existían en sus inmediaciones, y obligaron á sus habitantes á residir en la capital. Este cambio produjo, casi en todos los puntos donde se efectuó, una revolución política. La dirección de los asuntos comunes, hasta entonces confiada á un reducido número de

(1) Plutarco dice (*Arístides*, cap. 22), κοινὴν εἶναι τὴν πολιτείαν.

(2) Herodoto, III, 80. Véase también el discurso de Pericles en Tucídides, II, 35-46, y II, 60-64; como también el discurso del jefe del partido de los grandes, Nicias, VII, 61-69 y en nuestro capítulo XIX.

(3) VIII, 3-2.



Vista del actual puerto del Pireo

ciudadanos establecidos en la ciudad fortaleza, cayó en manos del pueblo, convertido en huésped habitual de la Agora, y el gobierno democrático prevaleció en Argos y en Mantinea, como en Atenas, á la que al fin se aliaron aquellas dos ciudades, y á la que sirvieron de puntos de apoyo en el Peloponeso contra la aristocrática Lacedemonia.

Pero Atenas tenía aún eupátridas, y su comercio va á aumentar el número de los ricos; unos y otros formarán una segunda nobleza que disputará la influencia á los oradores del pueblo, y contendrá largo tiempo á esa democracia en las vías gloriosas por las que la conducirán Cimón y Pericles. En toda sociedad que vive, es decir, que se desarrolla, se requiere un freno que impida que el movimiento se precipite, del mismo modo que lo necesita el hombre para reprimir sus arrebatos. Atenas tuvo este freno durante algunas generaciones, y Roma por espacio de siglos; la grandeza de una y otra república no se logró sino á costa de esa lucha del bando aristocrático contra el popular, el primero moderando al segundo, pero ninguno de ellos bastante fuerte para ahogar á su rival é ir á perderse en sus propios excesos.

Como Herodoto termina su historia en el sitio de Sestos, carecemos de guía á partir de este punto, y nos faltan datos para reseñar los últimos días de Arístides y de Temístocles. No sabemos siquiera con certeza ni la época, ni el lugar, ni las circunstancias de su muerte. Nuestra ignorancia es sobre todo completa en cuanto se refiere al primero, de quien solamente sabemos que era tan pobre después de administrar largo tiempo las más ricas haciendas de Grecia, que el Estado hubo de pagar sus funerales y dotar á sus hijas. Un monumento público consagró su memoria, y durante varias generaciones, sus descendientes recibieron una pensión del tesoro público.

Temístocles fué menos feliz: cometió el error de recordar con demasiada frecuencia á sus conciudadanos que los había salvado, y el templo que erigió á la diosa del Buen Consejo y en el cual puso su estatua, parecía querer eternizar ese reproche. Sus rapiñas le crearon también enemigos: al comenzar sus negocios tenía 3 talentos; pues bien, sólo una parte de sus bienes, la que sus amigos no pudieron sustraer á la confiscación y enviarle al Asia, produjo al Tesoro 80, y según algunos, 100 talentos. Temístocles no consideraba que la probidad en los negocios públicos fuese algo más que la virtud del arca de hierro que devuelve fielmente lo que se le ha confiado. Cierto día que hablaba de las cualidades de un general, mereció esta mordaz contestación de Arístides: «Olvidas una, y es la de tener las manos puras.» Temístocles no las tenía así. Plutarco nos ha conservado algunos versos del rodio Timocreón, que vivió largo tiempo en Atenas, donde fué huésped y algún tiempo amigo de Temístocles, á quien luego acusó de haberle vendido; y si bien no nos es dado comprobar el hecho, podemos decir que la poesía vengadora subsiste. «Ensalza, si quieres, á Pausanias, á Xantipo y á Leotíquidas; yo elogiaré al noble Arístides, al hombre más virtuoso de cuantos han nacido en Atenas la Grande. Por lo que toca á Temístocles, ese embustero y traidor, Latona le aborrece. Se ha dejado corromper por el vil dinero: y se ha negado á devolver á Timocreón á Ialisos su patria; por tres talentos ha levantado el destierro á unos, desterrado á otros, y condenado á varios á muerte. Repleto de oro, ostenta insolente su riqueza en los juegos que Grecia celebra, y tiene mesa puesta para sus amigos; pero ¡con qué mezquindad (1)!» Justo es añadir que el tal Timocreón tenía muy mala lengua; y por eso Simónides de Ceos le hizo el siguiente epitafio: «Yo que reposo aquí, Timocreón de Rodas, he comido y bebido bien, y he hablado muy mal de los otros.»

---

(1) Plutarco: *Vida de Temístocles*, 26.

Los rumores que circulaban sobre el vencedor de Salamina acabaron por hallar eco en la multitud, suscitando una tempestad contra Temístocles, quien sufrió la pena á que él había condenado á Arístides, es decir, el destierro por diez años. «Así como se busca refugio durante la tormenta bajo las anchas hojas del plátano, cuyas ramas se cortan apenas vuelve el buen tiempo, decía, los atenienses acuden á mí cuando el peligro es inminente, y me expulsan apenas vuelve la paz.» Temístocles se retiró á Argos, que acogió bien al enemigo de Esparta (470); pero su pretendida complicidad con Pausanias le obligó más tarde á refugiarse entre los persas.

Pausanias, que, como hemos visto, había sido llamado á Lacedemonia, se escapó al poco tiempo para volver á Bizancio y tratar más de cerca con el agente de Jerjes, Artabaces, sátrapa de Bitinia. A poco se le volvió á llamar, y confiado en sus tesoros, osó presentarse, pues no ignoraba que la antigua virtud de Esparta se había falseado mucho. La venalidad, ese mal que los persas inocularon en Grecia, y que acabó por matarla, manifestábase audazmente en este detalle. Sin embargo, á su llegada, redujéronle á prisión; mas por falta de pruebas obtuvo ó compró su libertad, y continuó sus manejos con mayor atrevimiento todavía. Sorprendido cuando trataba de sublevar á los ilotas para derribar á los éforos y arrogarse el poder absoluto, hubiera sido absuelto porque la ley no admitía el testimonio de un esclavo contra un espartano, á no haber él mismo suministrado las pruebas de su delito.





Moneda de Temístocles en Magnesia (1)

Uno de los mensajeros que enviaba á Artabaces, recordando que ninguno de los que hicieron el viaje antes que él había regresado á su patria, abrió la carta de que era portador, y vió que se recomendaba dar muerte, como á los otros, al que llevaba la misiva. El hombre entregó la carta á los éforos, quienes le mandaron que se refugiara en un templo como si temiera la cólera de Pausanias; éste, advertido muy pronto de lo que ocurría, acudió al sitio en donde el mensajero se encontraba, é instó á éste para que cumpliera su misión. Varios éforos ocultos en el templo lo habían oído todo; la traición era evidente, y en su vista se resolvió prender al culpable; pero éste, comprendiendo por señales que uno de aquéllos le hacía la suerte que le amenazaba, refugióse en el templo de Minerva Calciecos. Como nadie se atrevía á sacarle por fuerza de aquel asilo sagrado, se tapió la puerta para dejarle morir de hambre; su misma madre llevó la primera piedra. En el instante en que iba á exhalar el postrer aliento, sacáronle fuera del templo, á fin de que su cadáver no manchase aquel santo lugar (467). La ilegalidad era flagrante, puesto que no había habido proceso; pero positivamente había habido un culpable.

Pausanias había hecho algunas proposiciones á Temístocles, demasiado hábil para comprometerse con semejante insensato; pero descubiertos algunos indicios de aquellas relaciones, los espartanos acusaron, en Atenas, de traidor á Temístocles, el cual huyó de Argos, trasladándose á Corcira, que le debía la posesión de Léucade, y de allí pasó á Epiro, á la corte de Admeto, rey de los moloses (466). El

(1) Apolo de pie, con la clámide en la espalda, y apoyando la mano izquierda en una larga rama de olivo; en la inscripción ΘΕΜΙΣΤΟΚΛΕΟΣ. En el reverso un pájaro, probablemente un cuervo, con las alas extendidas. En la inscripción ΜΑ, iniciales del nombre de Magnesia. (Plata.) Moneda única de la colección de Luynes. (Véase Waddington: *Misceláneas de numismática*, 1861, página 1.)

ateniense, que en otro tiempo había ofendido á este príncipe, temía su cólera; Admeto estaba ausente y á su regreso encontró á Temístocles sentado junto á su hogar, teniendo en brazos á uno de los hijos del rey, que intercedió por él. Admeto, olvidando su odio, no solamente rehusó entregar al fugitivo, sino que algún tiempo después facilitóle los medios de llegar á Pydna, en Macedonia, donde se embarcó para Jonia. Impelida su nave por los vientos hasta muy cerca de la flota ateniense estacionada en Naxos, dióse á conocer al capitan del barco, que trataba de refugiarse en el puerto, y á fuerza de súplicas y promesas, consiguió que permaneciese





Fragmentos del friso del templo de Artemis en Magnesia del Meandro (1)

fuera á pesar de la tempestad. Llegado al Asia, dirigióse atrevidamente á la corte de Susa, donde Jerjes acababa de morir (465). Al presentarse el ateniense ante su sucesor, le dijo: «Yo soy Temístocles, el griego que más daño te ha hecho; pero también el que viene hoy para hacerte más beneficios.» Después invocó el supuesto servicio que prestara á Jerjes, aconsejándole huir precipitadamente después de Salamina, y solicitó que se le concediera un año para aprender la lengua persa, á fin de poder comunicar sus planes sin necesidad de intérprete. Artajerjes, admirado de su genio y de su audacia, acogióle favorablemente, y le dió tres ciudades del Asia Menor: una de ellas, Magnesia del Meandro, para el pan; otra para la carne, y la tercera para el vino (2). Diversos relatos circularon sobre su muerte: dícese que, instado á cumplir sus promesas, se envenenó para no verse en la precisión de hacer armas

(1) Museo del Louvre. El asunto, tratado con frecuencia por los escultores antiguos, es el combate de los griegos contra las Amazonas. Los bajos relieves del templo de Magnesia no datan sin duda de la época griega.

(2) Estos donativos eran considerables, pues una sola de aquellas ciudades, la de Magnesia, le daba para su pan 50 talentos al año (Tucídides, I). La misma ciudad le erigió un magnífico monumento funerario. Demarato, Metiocos, hijo de Milcíades (Herodoto, VI, 41), y Congilo de Eretria (Xenofonte, *Helen*, III, 1, 6) habían obtenido iguales dones. El templo jonio de Artemis Leucofrine, en Magnesia, fué uno de los más hermosos del Asia Menor. (Véase el grabado de esta página.)

contra su patria. A ser cierto, este rasgo haría olvidar sus faltas, y esa expiación voluntaria realzaría más su gloria; pero preferible á ese relato de Diodoro es el de Tucídides, que supone que Temístocles murió de enfermedad. Asegúrase que sus huesos fueron trasladados secretamente á Atenas y en el Pireo enseñábase su tumba, que no era tal vez más que un cenotafio.

La gran guerra ha terminado; los hombres de la época heroica acaban de desaparecer; otros tiempos comienzan. Muy pronto, los hijos de los vencedores de Platea y de las Termópilas no temerán en empuñar para una guerra fratricida las mismas armas de sus padres, enrojecidas aún con la sangre de los bárbaros.

Dos antiguas y gloriosas ciudades desaparecieron también en aquel entonces: Micenas y Tirinto fueron destruídas por los argivos, y de ellas no quedaron más que los recuerdos homéricos, algunas ruinas imponentes (1) y varios objetos interesantes, descubiertos en recientes excavaciones.

III. — CIMÓN

Cimón, hijo de Milcíades, pertenece por sus hazañas y su política á la primera época, á la de los héroes de la guerra de la independencia. Carecía de la elocuencia y de todos esos talentos que tanta popularidad dieron á Atenas, y su género de vida era muy irregular; pero apreciábanle por su carácter resuelto y benévolo. La viveza con que apoyó á Temístocles en el momento de la invasión persa, y el valor que desplegó en Salamina, hiciéronle célebre; y por esto fué acogido con especial favor cuando Arístides le hizo entrar en la escena política para mantener el equilibrio de los partidos, oponiéndole á la influencia demasiado democrática de Temístocles. Según parece, contribuyó á que se aprobara el decreto que desterraba al vencedor de Salamina, y Plutarco le acusa de haber influído para que se condenase á muerte al hombre que llevó secretamente á Temístocles, proscripto, su mujer y sus hijos. ¡Recaiga el oprobio de todas esas ingratitudes, no tanto en el pueblo de Atenas como en los jefes que sucesivamente y siempre por las mismas razones le presentaron como necesarios para su reposo la condenación ó el destierro de sus más notables ciudadanos! Hoy día, los partidos políticos se limitan á arrojarse mutuamente del poder á la oposición; en Atenas el adversario era lanzado del poder al destierro.

La falta de elocuencia impedía á Cimón obtener triunfos en la plaza pública; por eso buscó otros en el campo abierto á los atenienses en el mar, y aprovechó la ocasión de servir á la vez la causa nacional de todos los griegos y los intereses particulares de su patria. En el año 476 debutó con dos expediciones muy populares: en Tracia apoderóse de Eion, cuyo comandante, el persa Boges, prefirió, antes que rendirse, pegar fuego á la ciudad y perecer en medio de las llamas con su mujer, sus hijos, sus esclavos y sus tesoros. Con la toma de Eion, Cimón daba á su patria algunas tierras que pudieron ser distribuídas entre los ciudadanos pobres, y al propio tiempo una importante posición militar en las bocas del Estrimón. Con la conquista de la isla de Esciros acabó con los piratas, que el consejo anfictiónico acababa de poner fuera de la ley griega, y la colonia fundada allí por Atenas llegó á ser el primer anillo de la prolongada línea de sus factorías en el Norte del mar Egeo. En Esciros, Cimón pretendió haber encontrado los huesos de Teseo (469). Había visto un águila, la mensajera de Júpiter, escarbar la tierra con sus poderosas garras en el sitio donde se encontró la osamenta, y con esto se tuvo bastante para consi-

(1) Diodoro, XII, 66.

derar histórica la fábula; la verdad es que nunca se necesitará más para convencer la credulidad popular. Los atenienses recibieron los restos del héroe en medio de fiestas solemnes y depositáronlos en un templo que fué consagrado como asilo inviolable en memoria de aquel que, según se decía, dedicó toda su vida á la defensa de los desgraciados. En aquella ocasión celebróse un certamen poético, en el cual Sófocles, joven todavía, triunfó sobre Esquilo.

El Teseión, de 32 metros de longitud por 14 de ancho, uno de los monumentos de Atenas más antiguos y el mejor conservado, elevábase en medio de la ciudad, cerca del sitio destinado á los ejercicios gimnásticos de la juventud ateniense. Aseméjase al Partenón, y es, como éste, de orden dórico y de forma muy elegante, pero mucho más pequeño; de modo que dista mucho de producir el mismo efecto. Por otra parte, no estaba decorado con las obras maestras que adornaban el otro templo, salvo algunas magníficas pinturas debidas á Polignotes y á Micón. La hermosa copa de Eufronios nos conserva tal vez el asunto de una de esas pinturas.



Copa de Eufronios (1)

De este modo Atenas proseguía gloriosamente la lucha contra los persas, y aseguraba la seguridad de los mares; pero penetrada de la importancia de sus servicios, mostróse dura con los aliados que retardaban la entrega de su contribución ó de su contingente de guerra. Dos ciudades sufrieron un rudo castigo: Caristos, en Eubea, y la rica Naxos fueron tomadas después de un largo sitio y quedaron sometidas á Atenas (467).

Este acontecimiento encerraba gravedad suma, pues anunciaba que Atenas, usando de un derecho legítimo, no permitía á ninguna ciudad aliada retirarse de la confederación, ni á un individuo de la liga sustraerse á las obligaciones comunes, aprovechándose de la seguridad á expensas de todos alcanzada. Este proceder era justo: los mismos aliados lo comprendieron así, y en aquella guerra, Atenas no había hecho más que ejecutar las órdenes de la Dieta de Delos. La única reclamación que los aliados hicieron, se redujo á pedir que se sustituyeran con un aumento de tributo los auxilios de hombres y naves que habían hasta entonces suministrado. Cimón aceptó presuroso un cambio que, desarmando á los aliados, debía dar á su patria la supremacía marítima.

(1) Esta copa fué adquirida en 1871 por el Museo del Louvre. (Véase *Anuario de la Sociedad para el fomento de los Estudios griegos*, 1872, p. 453; J. de Witte en los *Monumentos publicados por la Asociación para el fomento de los Estudios griegos*, 1872, lám. I y II; W. Klein, *Eufronios* segunda edición, 1886, p. 182 y siguientes.) – Sobre el fondo de la copa está representada Anfítrite acogiendo á Teseo. La escena ocurre en medio de las olas, según lo indican los tres delfines que saltan detrás del joven héroe. Este último (ΘΕΣΕΥΣ) sale de las aguas sostenido sobre las manos y la cabeza de Tritón (TPITO[ν]); Amfítrite (ΑΜΦ[ιτρί]ΤΕ) colocada á la derecha en un sitial ricamente adornado, ofrece la mano á Teseo, que por su parte corresponde á este ademán amistoso. Atenea (ΑΘΕΝΑΙ[α]), de pie y completamente armada, tiene un mochuelo en la mano derecha, y acompaña al héroe ateniense. Detrás de Teseo se lee la firma del pintor: Εὐφρό[νιος ἐ]ποίε.

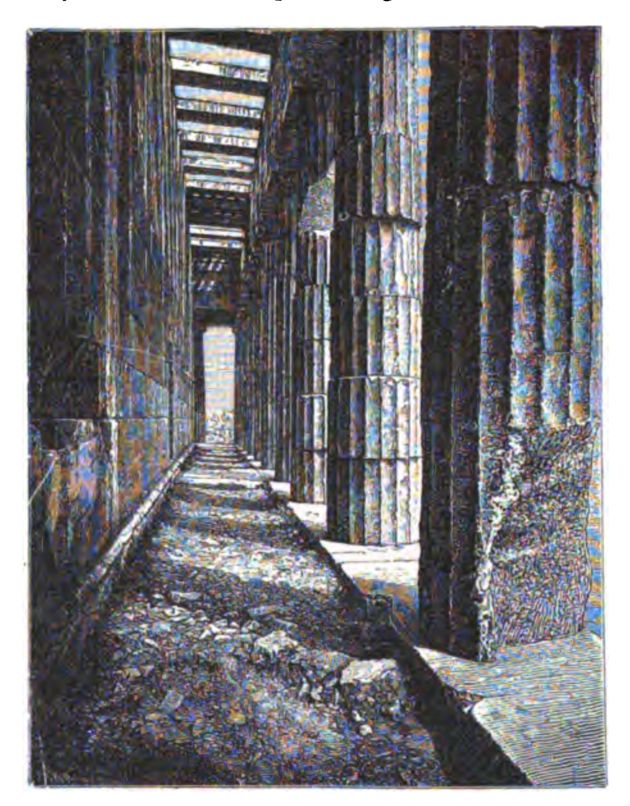
Por lo demás, la realeza de Atenas no pecaba de perezosa: el mismo año de la toma de Naxos, y como para borrar el recuerdo de aquel triste suceso, Cimón armó 200 galeras atenienses que, unidas á las 100 que facilitaron los aliados, constituyeron una flota, con la cual hízose aquél á la vela hacia Caria y Licia, sublevando á todas las ciudades griegas de estas dos provincias y expulsando á los persas de aquellas en las cuales tenían una guarnición. En las bocas del Eurimedón, en Pamfilia, contábanse 200 naves enemigas que esperaban un refuerzo de 80 trirremes fenicios: Cimón impide que se reunan, y toma ó echa á pique toda la flota; después de lo cual desembarca en la ribera vecina, donde acampaba un numeroso ejército, viste á varios de sus soldados con las ropas de los prisioneros, sorprende gracias á esta estratagema al enemigo, le mata ó dispersa, y aun le queda tiempo para salir al encuentro de las 80 naves fenicias y destruirlas por completo (465). Sobre el trípode que con una palmera de bronce consagró Atenas en el templo de Apolo en Delos, leíase: «Jamás el mar que separa el Asia de Europa contempló semejante hazaña; los que han consagrado este trípode vencieron dos veces en un día, en el mar y en tierra. Dos veces ha gemido el Asia bajo los golpes de sus poderosas manos»

Este gran triunfo envalentonó á Cimón para continuar sus proyectos contra la Tracia. Los persas, que ocupaban allí una infinidad de puntos, fueron desalojados de todas sus posiciones, excepto de Doriscos, que los atenienses no pudieron tomar. Un asunto importante atrajo entonces la atención de Cimón hacia otro lado. Atenas había reconocido muy pronto la importancia de sus adquisiciones en las bocas del Estrimón; había allí tierras fértiles, buenas maderas, alquitrán y todos los materiales necesarios para la marina; por el río se penetraba en el corazón de Macedonia, pudiéndose entablar útiles relaciones con los bárbaros; y por último, en las inmediaciones hallábanse las célebres minas de oro del monte Pangeo. Por todas estas razones, numerosos colonos llegados del Atica y de las ciudades aliadas se establecieron en las Nueve Vías, más arriba de Eion. Atenas, que hubiera querido sobre todo apoderarse de las minas pertenecientes á los habitantes de Tasos, las reclamó alegando que formaban parte del territorio tomado á los persas, y habiéndose negado los tasianos á entregarlas, dispuso que su isla fuese atacada por Cimón, quien, después de una victoria en el mar, puso sitio á la capital. Tres meses hacía que duraba el bloqueo cuando los tasianos imploraron el auxilio de Lacedemonia, que no podía ver sin creciente envidia el encumbramiento y los triunfos de Atenas. Los espartanos prometieron su apoyo, pero una espantosa calamidad les impidió cumplir su palabra: un terremoto que puso en conmoción toda la Laconia ocasionó la muerte de 20.000 personas, y no dejó en pie en Esparta más que seis casas (464).

Al tener conocimiento de este desastre, los ilotas y los mesenios sublevados marcharon sobre Lacedemonia. El rey Arquidamos, previendo este movimiento, había reunido y armado apresuradamente á los ciudadanos, y su firme actitud salvó la fortuna del Estado sobre las ruinas mismas de la ciudad. Los ilotas, temblando por haber osado mirar un día cara á cara á sus señores, se dispersaron; los más valerosos siguieron á los mesenios al monte Itome, en donde se atrincheraron, y entonces comenzó la tercera guerra de Mesenia (464), que duró diez años, no sin gloria para los rebeldes, pues más de un sitio ilustrado en otro tiempo por Aristomenes recibió nueva consagración. Cierto día destruyeron en los campos de Esteniclaros á un cuerpo de espartanos, que dejó 300 muertos en el campo de batalla, entre ellos Alcinnestos, el que había matado á Mardonio en Platea.

Los tasianos, abandonados á sí mismos, hubieron de rendirse y aceptar duras condiciones, tales como: desmantelar su ciudad, entregar sus naves, sus minas de oro de Scapté-Hylé (El Bosque Hueco), sus posesiones en el continente, y pagar

una crecida multa y un tributo anual (463). Como botín de la victoria, Cimón condujo á Atenas al célebre pintor Polygnoto. Durante esta guerra, los colonos atenienses de las Nueve Vías, sorprendidos por los tracios en una expedición al interior del país, habían sido exterminados; Cimón recibió orden de vengarles y sin duda debieron faltarle los medios para ello, pues no dió satisfacción al honor nacional. Esto produjo gran descontento en el pueblo; y Cimón, acusado de haberse dejado comprar por el rey de Macedonia, á quien no agradaba la vecindad de los atenien-



Pórtico del lado Sur del templo de Teseo en Atenas

ses, fué, según unos absuelto y, según otros, condenado al pago de la multa de 50 talentos.

Las victorias no habían hecho olvidar á Cimón el afán de popularidad; su patrimonio y sus riquezas, gloriosamente adquiridos, parecían ser menos de él que de sus conciudadanos, puesto que las empleaba en adornar con árboles y estatuas las plazas de la ciudad, en construir uno de los baluartes de la ciudadela y una parte de las *murallas largas* proyectadas por Temístocles. Mandó derribar la cerca de sus jardines para que el público pudiese entrar en ellos; tenía diariamente mesa puesta para los ciudadanos de su dema, y nunca salía á la calle sin ir seguido de un esclavo, que distribuía entre los pobres vergonzantes dinero y ropas. Todo esto lo hacía sin duda por humanidad, pero también en interés del partido de que era jefe.

La popularidad, sin embargo, se le escapaba. Los pobres comprendían que aquellas larguezas interesadas eran la compensación de los honores que gracias á sus

votos se le dispensaban; recordaban á Pisistrato, que distribuía también el producto de sus jardines entre el pueblo, y escuchaban con más gusto á un nuevo orador, que declaraba que el Estado era bastante rico para no permitir que un particular se cuidase de alimentar á sus pobres. Este orador era Pericles, el vengador de Temístocles, el ejecutor de sus proyectos; pero más grande que él porque se respetó siempre á sí mismo. Cimón, el aliado de los espartanos en el proceso de Temístocles, el admirador de sus virtudes guerreras y de su severa disciplina, hasta el punto de dar á uno de sus hijos el nombre de Lacedemonios (1), olvidó que Atenas era ya demasiado grande para que le agradase oir de continuo el elogio de una rival, que en el fondo era su enemiga. En los últimos veinte años, Esparta había hecho á Atenas en cuantas ocasiones se le habían ofrecido una oposición rencorosa; había querido impedir que reconstruyese sus murallas; y en su irritación por haber perdido el mando de la flota, y al ver que sin su auxilio se había formado una liga poderosa de que Atenas era á la vez la cabeza y el brazo, acababa de prometer á los tasianos su alianza, y para salvar á este pueblo, meditaba una invasión en el Atica. La concordia establecida en otro tiempo por Arístides, y el juramento prestado sobre la tumba de los gloriosos muertos de Platea no existían ya, por culpa de aquellos que pretendían que la Grecia entera reconociese su pesada é inútil supremacía. Sin embargo, siempre había en Atenas una fracción que, por odio ó temor á la democracia, no hacía aprecio de esos agravios ni de esas amenazas, y que para conservar su influencia necesitaba ser sostenida por el elemento aristocrático, cuyo gobierno no era opuesto al que entonces imperaba en Atenas. Los servicios de Cimón dispensábanle de apelar á este apoyo; mas por desgracia, su nacimiento, sus inclinaciones, su riqueza y su espíritu de mando, fortalecido por tantos triunfos, hiciéronle jefe de aquel partido. Cuando tenía que criticar alguna medida propuesta, añadía: «No es así como se procede en Lacedemonia,» y cuando los espartanos, impotentes para apoderarse de Itome, fueron á implorar el auxilio de Atenas, Cimón dijo: «No se debe dejar á Grecia coja, ni quitar á Atenas un útil contrapeso »

Pero los atenienses no veían sin duda la necesidad de tener tal contrapeso. «Dejadla sepultada bajo sus ruinas, exclamó Efialto, y pisotead el orgullo de Lacedemonia.» Sin embargo, los sentimientos de honor y de magnanimidad se antepusieron á todo: Cimón fué enviado con numeroso ejército ante los muros de Itome; mas como á pesar de ello el sitio no avanzase mucho, los espartanos creyeron en una traición, y conservando sus otros aliados despidieron á los atenienses bajo el pretexto de que no necesitaban ya su auxilio (461). La injuria era sangrienta, y Atenas contestó á ella aliándose con Argos, que acababa de aprovecharse de los apuros de Esparta para desahogar su odio secular contra Micenas (2). Los tesalianos tomaron parte en la misma liga, y poco tiempo después, Megara, por oposición á Corinto, admitió en su ciudad y en su puerto de Pagees, en el golfo corintio, una guarnición ateniense. Los atenienses ocuparon también el otro puerto, el Niseo, en el golfo

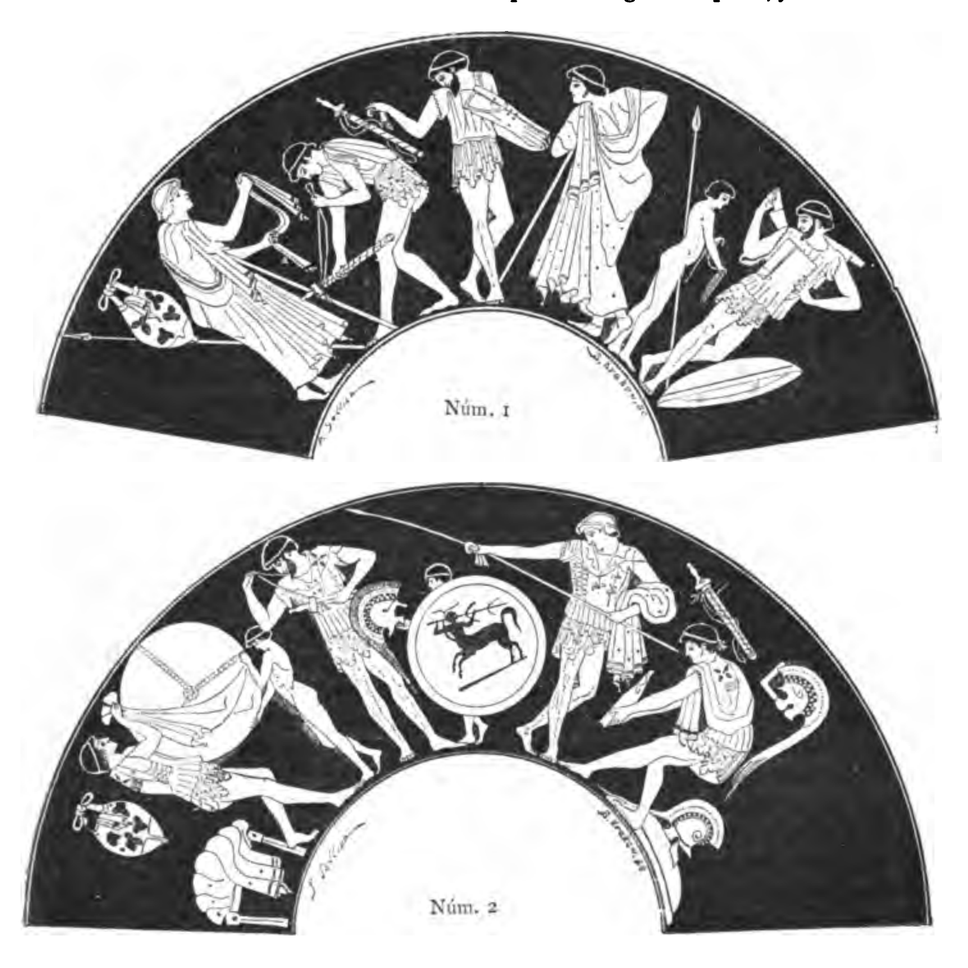
---

(1) En Atenas, era éste proxeno de Esparta, cuyos enviados hallaban en su casa hospitalidad.

(2) Se ha creído que la pieza los *Suplicantes*, representada en el año 461, y en la que se honra á los argivos por haber rehusado entregar las hijas de Danaus á los bárbaros de Egipto, fué compuesta en aquella ocasión por Esquilo. Tres años después, éste hacía jurar á Orestes en las *Euménides* una alianza eterna entre Argos y Atenas: «Juro á tu pueblo, dice á Minerva, que jamás rey alguno de Argos llevará la guerra al país de los atenienses. A los que violaren los juramentos que pronuncio, les opondré desde el fondo de mi tumba insuperables obstáculos y funestos augurios ¡No tardarían en arrepentirse de su empresa! Pero si son fieles á mi palabra, si siempre honran la ciudad de Palas y le prestan el apoyo de su acero, entonces mis manes les serán siempre favorables.» Versos 762-774.

de Sarónica, y lo enlazaron con Megara, como el Pireo lo estaba con Atenas, por medio de dos murallas de ocho estadios de longitud, cuya custodia se reservaron.

Estos sucesos eran otros tantos fracasos para el amigo de Esparta, y Cimón irritó



Ejercicios de los efebos (1)

más aún el descontento popular cuando combatió una medida que completaba las de Arístides.

El Justo había hecho que se admitiera en todos los cargos públicos y por consiguiente, también en el Areópago, á los más pobres ciudadanos; pero la aristocra-

(1) Pintura de un vaso (según Gerhard: *Auserl. Vasenb* IV, tab. 269-270). – N.º 1 Dos efebos se están armando: el de la izquierda aparece rodeado de tres personajes, de los cuales uno le tiende la clámide, otro le aguanta las cnemidas y el tercero, apoyado en un bastón, le contempla. El de la derecha se pone la coraza y un adolescente le da las correas: á sus pies tiene el escudo. Detrás del primer personaje de la izquierda hay colgado un saco. – N.º 2. En el centro un muchacho, casi enteramente oculto detrás de un ancho escudo, tiende un casco á un personaje barbudo que se ciñe el tahalí. El último efebo de la derecha se está poniendo una cnemida.

cia, atrincherada en aquel Consejo supremo, convertíalo en un foco de oposición al Gobierno. Un amigo de Pericles, Efialto, hombre que á una fogosa elocuencia unía la pobreza y virtud de Arístides, propuso retirar de aquel tribunal venerado la mayor parte de las causas cuyo conocimiento le correspondía; sin duda aquellas que juzgaba en virtud del poder censorial que Solón le había reconocido. Compuesto de individuos irresponsables con cargo vitalicio, el Areópago era esencialmente, en la constitución ateniense, el elemento conservador, el obstáculo á las innovaciones (1). En vano Esquilo, que era eupátrida, abogó por el Areópago haciendo representar su tragedia de las *Euménides*, en la que la misma Minerva fundaba el tribunal, guardián incorruptible de la justicia y de las leyes (2). A pesar de todo, la proposición se aprobó, y en su consecuencia los areopagitas no hubieron ya de entender más que en causas de asesinato premeditado, en los casos de incendio y de envenenamiento. Las penas eran la muerte y la confiscación de bienes (460). «Cimón, dice Plutarco, no pudo contener su indignación al ver humillada la autoridad del Areópago, é hizo todos los esfuerzos posibles para que se le confiaran otra vez los juicios, y se restableciera el gobierno aristocrático.» No se sabe hasta dónde llegarían estos esfuerzos; pero el pueblo los reprimió con el ostracismo, desterrando á Cimón (459).

Esquilo, que le apoyaba, temió sufrir igual suerte. Había comparecido ya ante el Areópago bajo la inculpación de haber revelado en el teatro misterios cuyo conocimiento estaba prohibido á los profanos, y ya iban á condenarle, cuando su hermano (?) Aminias, mostrando su brazo, mutilado en Salamina, pidió á los jueces como recompensa la vida del poeta. Esta vez Esquilo se expatrió por su propia voluntad, y retiróse á Sicilia, adonde había ido ya en tiempo del rey Hierón, hacia el año 476 (3).

El Areópago había sido en el Estado la autoridad moderadora con derecho de *veto* contra toda medida que le pareciese temeraria ó peligrosa. A fin de conservar para la república esta garantía de que la reforma le despojaba, acordóse que siete guardianes de las leyes, *nomofilacos*, elegidos por suerte anualmente entre los ciudadanos, pudieran desechar las proposiciones contrarias á la constitución. Estos funcionarios conservaban los decretos del pueblo en el santuario de la Madre de los Dioses, y llevaban en la frente una venda blanca que les consagraba como sacerdotes de la ley (4). En cuanto á la autoridad censorial de los areopagitas, pasó á los *sofronistas* y á los *gineconomos*, á quienes se confió la vigilancia de los efebos en los gimnasios y de las mujeres en la ciudad, es decir, la custodia de la instrucción y de la moralidad pública (460).

---

(1) Por esto decía Aristóteles: «En la democracia, la clase distinguida es la que conspira.» (*Política*, lib. V, cap. III.) Hasta el año 447 el Areópago se había compuesto de arcontes elegidos en las tres primeras clases (véase t. I, p. 210 y siguientes); pero no eran admitidos en el Areópago hasta después de practicada una información: ...οἱ δοκιμασθέντες ἀνέβαινον εἰς Ἄρειον πάγον. (Plutarco, *Pericles*, 9.) Entonces fué cuando debió establecerse la elección de los arcontes por sorteo.

(2) *Euménides*, 681 y siguientes.

(3) Véase nuestro capítulo XX. Esquilo murió en Gela en el año 455. En la época de su primer viaje á Siracusa, el rey Hierón había mandado representar la trilogía de que forman parte los *Persas*, y asistido al espectáculo. La cronología de la vida de Esquilo presenta dificultades insuperables.

(4) Hay mucha incertidumbre respecto á los *nomofilacos*, cuya institución hacen remontar ciertos autores á los tiempos de Demetrio de Falera, quien no hizo sin duda más que reorganizarla (véase Starker: *De Nomophyl Atheniensium*, 1880). Pero no es posible rechazar lo que de este colegio dice Filocoros: *Fragmentos de las Hist. griegas* 141, Didot, t. I, p. 407.

IV. — GUERRAS INTESTINAS EN GRECIA

Los disturbios interiores no habían menguado los esfuerzos de Atenas para extender y consolidar su poderío; por el contrario, nunca había desplegado tanta actividad como entonces. Existe una inscripción en la cual la tribu de Erectea conmemora, con la magnífica sencillez de aquellos tiempos, el valor de sus guerreros muertos en un mismo año en las riberas de Chipre, de Fenicia y de Egipto, en Halices, en la Argólida, y delante de Egina y de Megara.

Atenas se había propuesto expulsar á los persas de las islas y de las ciudades del Mediterráneo, y no olvidaba tan generosa misión, habiéndose enviado ya doscientas galeras á Chipre para desalojar de allí á las tropas persas que aún quedaran en la isla. El Egipto, sublevado bajo el gobierno de Inaros, llamó á los atenienses, que acudiendo á las orillas del Nilo, vencieron á un ejército y sitiaron los restos del mismo en Menfis. De este modo, el ejemplo de Grecia estimulaba á las naciones sometidas á sacudir el yugo. Las victorias de Maratón y de Salamina no habían salvado solamente la Hélade, sino que también hicieron oscilar el gran imperio, vacilante ya bajo los repetidos golpes que le descargaba la mano audaz de los atenienses.

Pero estos últimos, victoriosos en puntos lejanos, veían desde lo alto del Partenón, más allá de Salamina, islas y riberas habitadas por enemigos; de modo que debían conservar en el Pireo una parte de su flota para impedir cualquiera empresa imprevista que sus adversarios intentaran; sabia previsión, pues cuando tenían 200 galeras y un ejército en Egipto, estalló una guerra á las puertas de su territorio. Para atacar á Megara, su aliada, que podía cerrar á los espartanos la salida del istmo y la entrada de Atica, Corinto, Egina y Epidauro armaron tropas y naves. Rechazados en un desembarco en tierra de Epidauro, los atenienses fueron más felices en un combate naval, en el que derrotaron á la flota aliada, que perdió 70 galeras. Después sitiaron á Egina, su mortal enemiga, que había dictado esta ley: «Todo ateniense sorprendido en territorio de Egina será condenado á muerte sin formación de causa, ó vendido como esclavo (1).» Para salvar esta plaza, los corintios marcharon sobre Megara. En Atenas no quedaban ya más que niños y ancianos; pero Mirónides, sin embargo, supo formar un ejército con los pocos elementos de que disponía y sin retirar ni un soldado de las fuerzas que operaban contra los eginetos; presentó dos veces la batalla al enemigo en los desfiladeros del istmo, y le hizo sufrir un sangriento desastre (458). El sitio de Egina duró nueve meses; la ciudad fué desmantelada, y sus habitantes entregaron las naves que les quedaban y prometieron pagar un tributo.

Así se desgarraba Grecia con sus propias manos, y con esto comenzaba la primera guerra del Peloponeso. ¿En quién debía recaer la responsabilidad? En todas estas ciudades, sin duda, pues entre ellas fermentaban odios seculares: Egina y Atenas, Corinto y Megara, Argos y Micenas, y sobre todo Esparta, que dió la señal de aquella lucha sacrílega por su ultrajante conducta con los atenienses. En aquel momento mismo recibía de Artajerjes, atemorizado, un agente que iba á negociar el precio de la invasión de los peloponesios en Atica, como la que se había prometido ya á los tasianos. La guerra de Mesenia proseguía su curso, y Esparta, «que no podía hacer nada fuera (2),» no osó intentar entonces tan grande empresa, pero se

---

(1) Diógenes Laertes, III, 19; Plutarco, *Dión*, 5.
(2) Tucídides, I, 118.

guardó el dinero para mejor oportunidad. Advertido Pericles, activó la terminación de las *murallas largas* (1).

En el año 457, los espartanos se creyeron en estado de poder hacer una incursión en la Grecia central. Bajo pretexto de socorrer á los dorios contra los focidios, penetraron en Beocia, y olvidando el papel desempeñado por Tebas en la invasión persa, ayudaron á esta ciudad á conseguir que los beocios reconocieran su supremacía, á fin de formar, delante de Atenas, una ciudad poderosa y enemiga. Llamado por un aviso secreto de los nobles de Atenas (2), su ejército llegó hasta las fronteras del Atica para acampar en Tanagra. Los atenienses corrieron á su encuentro: Cimón, que estaba en aquellas inmediaciones, solicitó combatir con su tribu; pero como se abrigaban legítimas sospechas contra su partido, si no contra él mismo, se le negó lo que solicitaba. Cimón, al alejarse, dejó su armadura á sus amigos, y éstos se reunieron alrededor del noble trofeo, y junto á él se dejaron matar desde el primero hasta el último. El combate fué encarnizado, y en él se distinguió Pericles por su notable arrojo; pero gracias á la traición de los tesalianos, la victoria quedó por Esparta (457), la cual, á pesar de ello, sólo consiguió encontrar libres los pasos del istmo, pues por la toma de Egina, los atenienses «habían quitado la paja del ojo del Pireo» Antes de este importante acontecimiento, Mirónides había ya reparado la derrota de Tanagra; destrozando un numeroso ejército de beocios en Enofita, y este triunfo que daba en Beocia, en la Fócida y en la Lócrida opunciana la supremacía al partido popular, había asegurado en toda la Grecia central la influencia ateniense.



Moneda de los focidios, *in genere* (3)

En el año 456, una flota mandada por Tolmides fué á incendiar Gythión, el puerto de Esparta, y á insultar á Corinto en su propio golfo; además batió á los sicionios y apoderóse de Naupacta. Entonces terminaba la guerra de Mesenia; los defensores de Itome, que habían conseguido que se les permitiera salir libremente del Peloponeso, fueron acogidos por Atenas, que les hizo donación de Naupacta. De allí habían salido sus antecesores para conquistar la península; podían, pues, aquéllos esperar allí el mismo porvenir.

Estas victorias hicieron menos dolorosos los desastres sufridos en Egipto, donde el ejército expedicionario y la escuadra de 50 galeras que fué en su auxilio quedaron derrotados por completo. Una tentativa para reponer á un jefe tesaliano y castigar la traición cometida por la caballería de Tesalia en Tanagra no tuvo buen resultado; y una expedición en Acarnania, conducida por Pericles no alcanzó mejor éxito (454). Entonces se acordaron los atenienses de aquel jefe á quien la victoria no fué jamás infiel, y á propuesta de Pericles, Cimón fué llamado. Su noble conducta y la de sus amigos en Tanagra habían demostrado que no se le había de incluir en el partido que intrigaba con el enemigo, como había intrigado con los persas en

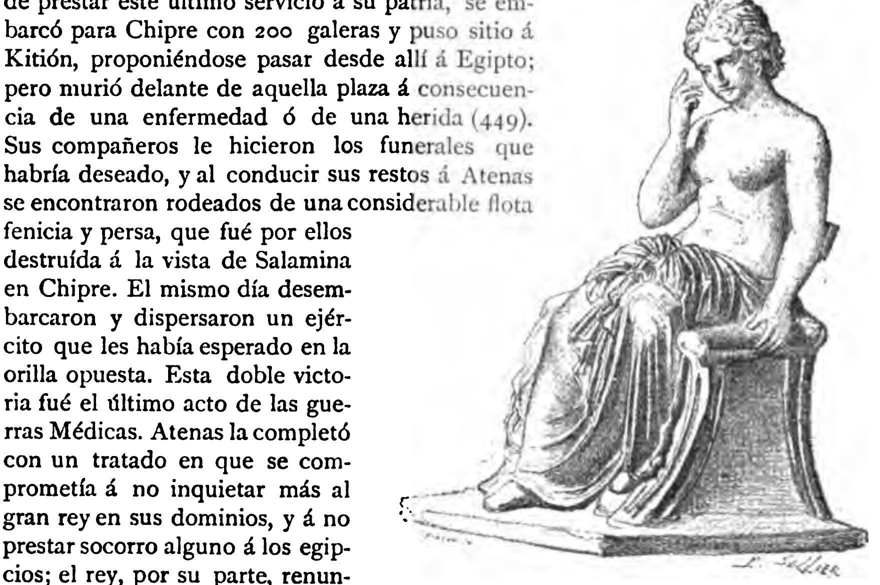
(1) La que se extendía desde la ciudad á Falera alcanzaba 35 estadios; la otra, que iba al Pireo, medía 40 (Tucídides, II, 13). Más tarde se construyó una tercera muralla, la del centro. El estadio equivale á 185 metros.

(2) Tucídides, I, 107, dice: «Al emprender los lacedemonios esta campaña, habían cedido un poco á las instancias secretas de algunos atenienses que esperaban desterrar la democracia é impedir la construcción de las Murallas Largas.»

(3) ΦΩΚΕΩΝ. Tres bucranos ornados de cintas, cuyos hocicos se tocan en el centro de la medalla. Reverso: corona de laurel con la letra T(ρίχαλκον?) (bronce).

Maratón y en Platea, y que acababa de hacer asesinar al virtuoso Efialto. Cimón había caído en desgracia sin duda por el mismo crimen de que Platón le acusa; es decir, por haber mutilado el Areópago, y permitido á los atenienses que bebieran hasta saciarse en la copa de la libertad. Plutarco, aunque enemigo de los demócratas, nos explica mejor cuál fué el crimen de aquel amigo de Pericles: «Se había hecho temible á los grandes, por su inflexibilidad en la persecución de los concusionarios y de todos aquellos que habían cometido alguna injusticia.»

Los tiempos que siguieron son poco conocidos. La guerra languidecía por ambas partes; durante largo tiempo se negoció la paz, y Cimón no consiguió, al fin, más que una tregua de cinco años (451). Después de prestar este último servicio á su patria, se embarcó para Chipre con 200 galeras y puso sitio á Kitión, proponiéndose pasar desde allí á Egipto; pero murió delante de aquella plaza á consecuencia de una enfermedad ó de una herida (449). Sus compañeros le hicieron los funerales que habría deseado, y al conducir sus restos á Atenas se encontraron rodeados de una considerable flota fenicia y persa, que fué por ellos destruída á la vista de Salamina en Chipre. El mismo día desembarcaron y dispersaron un ejército que les había esperado en la orilla opuesta. Esta doble victoria fué el último acto de las guerras Médicas. Atenas la completó con un tratado en que se comprometía á no inquietar más al gran rey en sus dominios, y á no prestar socorro alguno á los egipcios; el rey, por su parte, renunciaba á la posesión de las ciudades griegas del litoral asiático, es decir, que las dejaba bajo el dominio de Atenas, y reconociendo el mar Egeo como griego, privábase del derecho de enviar una nave de guerra más allá de las islas Quelidonias, en las costas de Licia, y más allá de las rocas Cianeas en la entrada del Bósforo de Tracia (2).



Figurita de Tanagra (1)

(1) Según el original conservado en el Louvre (véase L. Heuzey, *Las figuritas de barro cocido del Museo del Louvre*, lám. XX, fig. 1): «Joven, medio desnuda, sentada en una silla de respaldo bajo, llevándose la mano al cabello.»

(2) Se ha negado la existencia de este tratado, porque Tucídides no habla de él, y porque no se encuentra sino en autores posteriores, particularmente en Diodoro y Plutarco, los cuales difieren mucho en cuanto á la fecha y las condiciones del mismo. Pero los que tal opinan no han leído bien á Tucídides; cierto que éste nada dice de ello, ni podría decirlo tampoco en las cinco ó seis líneas en que se refiere á esa expedición; pero en su libro VIII, cap. 56, prueba formalmente la existencia del tratado, cuando presenta á los persas pidiendo á los atenienses: 1.°, la evacuación de Jonia y de las islas adyacentes; 2.°, el derecho de construir una flota para navegar en el mar Egeo con tantas naves como las que había en tiempo de Darío. Desde el momento en que los persas pedían que estos derechos les fuesen restituídos por un tratado, es prueba de que Atenas les había desposeído de ellos por otro anterior. La paz de Cimón, que Plutarco supone erróneamente celebrada en 466, cuando la lucha aun no había concluído, y que data de 449, fecha en que cesaron las hostilidades, está

Atenas renunciaba á la guerra Médica porque las nubes se acumulaban ya sobre el cielo de Grecia. La actividad infatigable de la raza helénica no podía avenirse con una larga paz, y muy pronto se restablecieron las antiguas costumbres de las discordias civiles, que la invasión persa había por un momento suspendido. Ya hemos visto cómo Argos se aprovechaba de los apuros de Esparta para anonadar á Micenas, que la acusaba de su derrota en la guerra de la independencia; y cómo Corinto amenazaba á Megara. En fecha más remota, al estallar la segunda guerra de Mesenia, Esparta había excitado á los eleanos á expulsar á los habitantes de la Pisátida; tan bien supieron aquéllos llenar su cometido, que Pausanias no sabía ya dónde buscar las ruinas de Pisa. La guerra no era solamente de ciudad á ciudad: los siglos anteriores habían legado á cada una de ellas dos bandos, entre los cuales no había podido elevarse, para imponerles la paz, esa clase intermediaria que nace de la industria y del comercio. Excepto Atenas, Corinto y Corcira, los Estados griegos eran todos agrícolas, y la mayor parte de ellos despreciaban la industria, que abandonaban al cuidado de los esclavos. Pero como es consecuencia necesaria de la esclavitud impedir la formación de una clase media, no había en estas ciudades más que ricos y pobres, que se miraban con odio ó envidia cuando no podían apelar al insulto, á la guerra y á la muerte. De aquí esas luchas intestinas, esas constituciones tan á menudo derribadas; de aquí que una mitad del pueblo desterrase á la otra, ó la asesinara, sin comprender que las manchas de sangre no se borran nunca; que á unas violencias se responde con otras; que la moralidad y el patriotismo se pierden, y que la insurrección contra la ley y contra la ciudad acaba constantemente por parecer como un derecho legítimo. ¿Cómo podían ser ciudadanos honrados y fieles esos proscritos á quienes encontramos vagando de continuo alrededor de las murallas, en número tan considerable que llegarán á formar verdaderos ejércitos?




Moneda de Baalmelek, rey de Kitión (1)




Moneda de los eleanos (2)

---

atestiguada por Isócrates, que nacido en 436 fué casi contemporáneo de ese suceso (*Paneg.*, 118 y 120; *Areop.*, 80, edición Didot); por Demóstenes (*De la falsa embajada*, 275; *Para los Rodios*, 29), y por Licurgo (*Contra Leócrates*), que son de la segunda generación. El testimonio de estos cuatro hombres, de acuerdo por lo demás con los hechos, me parece preferible al vago aserto de Teopompo, contenido en tres líneas del Harpocración (*Fragmentos de las Historias griegas*, edición Didot, t. I, página 306, n.° 168); la única razón alegada es que para grabar el tratado en el mármol se emplearon los caracteres jónicos en vez de los antiguos de Atica; pero es muy posible qne esta fuese una copia posterior, hecha para sustituir el original, averiado ya, ó desaparecido.

(1) Hércules de pie vuelto hacia la derecha, con la piel de león en la espalda y llevando la maza en la mano derecha y el arco en la izquierda. En el reverso cuadrado hueco, y en él un león devorando un ciervo. En la inscripción fenicia לבעלמלך (*de Baalmelek*), Baalmelek fué rey de Kitión desde el año 450 al 420, poco más ó menos. Se acaba de encontrar en Dalí (la antigua Idalión) una inscripción referente á este personaje ó á su nieto (*Acad. de Inscr. y Bellas-Letras*, marzo 1887).

(2) Cabeza de Hera con diadema y vuelta hacia la derecha.—En el reverso una corona de hojas de olivo, un rayo y las letras FA, inicial de Fαλείων. Tetradracma.

Los delfianos, aliados de Lacedemonia, tenían á su cargo la intendencia del templo de Apolo; los focidios, aliados de Atenas, se la usurparon; un ejército espartano la devolvió á los primeros, y otro ateniense, conducido por Pericles, la recobró para los segundos. Estos paseos militares de dos pueblos dominadores á través de la Beocia avivaron los odios de los partidos. Los desterrados beocios del partido aristocrático, reunidos en cuerpo de ejército, sorprendieron varias ciudades. El ateniense Tolmides, depreciando su escasa fuerza, corrió á su encuentro con una pequeña partida, á pesar de las advertencias de Pericles; pero fué batido y muerto en Coronea (447). Esta derrota devolvió al partido aristocrático la influencia en todas las ciudades, y Atenas perdió la Beocia. El movimiento se comunicó á Eubea, donde los histieos, apoderándose de una galera ateniense, pasaron á cuchillo á sus tripulantes. Esta vez, Atenas hizo un vigoroso esfuerzo; Pericles marchó á Eubea con 50 galeras y 5.000 hoplitas; todo cedió ante él, y la represión fué severa; pero no hubo ninguna sangrienta ejecución. Algunos ricos de Calcis, los Hipobotes, fueron expulsados, y se desposeyó á los histieos de su ciudad y de sus tierras, para dárselas á los atenienses pobres. Pero Megara había inmolado á su guarnición ateniense, y un ejército espartano, aprovechándose de la revuelta, que le abría al fin los pasos del istmo, asoló el territorio de Eleusis (446).



Moneda de Histiæa (1)

Este ejército iba mandado por el joven rey Plistoanax, á quien los éforos pusieron bajo la dirección de Cleándridas; pero este último se vendió á Pericles, y retiró las tropas sin combatir. Acusado de traición, y condenado á muerte, consiguió escapar y ocultarse en Turión; Plistoanax, no pudiendo pagar la fuerte multa que se le impuso, perdió sus derechos de ciudadano y refugióse en la Arcadia. Cuando Pericles rindió cuentas al pueblo, consiguió la suma de 10 talentos con cargo al capítulo de «gastos necesarios;» el pueblo comprendió de qué se trataba y ratificó lo hecho, y desde entonces inscribióse en el presupuesto anual de Atenas esta suma, cuya inversión confió el receloso pueblo á ojos cerrados á Pericles, quien la enviaba á Esparta á fin de comprar los votos de los que se vendían. Estos eran sus gastos de policía secreta.

Sin embargo, aquella guerra concluyó mal. Por el tratado del año 445, en el cual se estipuló una tregua de treinta años entre Esparta y Atenas, esta última abandonó los dos puertos de Megara, que no podía conservar después de la insurrección de dicha ciudad, y también Trezena y los puntos que ocupaba en la Acaya, en el golfo de Corinto. ¿Fué este tratado una concesión arrancada por el partido aristocrático? Así lo induce á creer el hecho de que al año siguiente Tucídides, jefe del mismo, era condenado al ostracismo y buscaba un refugio en Esparta; á menos que no se prefiera ver en ello un acto de gran prudencia de Pericles, quien, después de perdida la influencia ateniense en Beocia, comprendiera que no era conveniente para Atenas buscar engrandecimientos en la Grecia continental, donde sus flotas no le servían y en donde se encontraba con Lacedemonia. Esta apreciación era acertada y prudente Por otra parte, Atenas conservaba el dominio sobre las islas del archipiélago, sobre Eubea, que debía alimentarla, y sobre Egina, que le servía de puesto avanzado contra el Peloponeso. De todos modos, las concesiones que hizo

(1) Cabeza de la ninfa Histiæa mirando á la derecha. Reverso: ΙΣΤΙΑΙΕΩΝ. La ninfa está sentada en la proa de una galera, llevando en la mano el mango de un trofeo. Por símbolo, un racimo de uvas. (Dracma.)

en el continente hirieron el orgullo de Atenas, que conservó largo tiempo un legítimo resentimiento contra Megara, causa primera de aquella guerra, y causa también, por la odiosa traición con que pagara sus servicios, del tratado que señalaba el punto de parada del imperio ateniense, y tal vez el principio de su decadencia.

CAPITULO XIX

EL IMPERIO ATENIENSE ANTES DE LA GUERRA DEL PELOPONESO

I. — PERICLES

Pericles nació en 494, cuatro años antes del primer choque de Grecia y Asia; su madre era sobrina de Clístenes, jefe del pueblo después del destierro de los Pisistrátidas, y su padre era Xantipo, el vencedor de Micala. Distinguíase Pericles por sus bellas formas físicas, y la naturaleza, como para dar á conocer su admirable inteligencia, habíale dotado de una cabeza desmesuradamente ancha, á lo cual se debe sin duda que los artistas le representaran siempre cubierto con un casco (1). De todos modos, cualesquiera que hayan sido sus cualidades naturales, podemos decir que en Pericles, más que en ninguno de los grandes hombres de la historia, todo fué obra de su educación.

Desde su juventud abordó los más elevados estudios que hasta entonces cultivara el espíritu humano, y adquirió sus conocimientos directamente de los más notables genios que entonces acudían á Atenas como á su patria común. Zenón de Elea le enseñó las severas doctrinas de su escuela y su poderosa dialéctica, y se decía que Damón le daba lecciones de música (2); pero sospechábase que le enseñaba el arte de gobernar á los hombres, y sobre todo de gobernarse á sí mismo, estableciendo en su alma la más perfecta armonía. Ese Damón fué quien, según Platón, decía que no se podía atentar á las reglas de la música sin perturbar las leyes fundamentales del Estado. Atacado por los poetas satíricos, fué desterrado por el ostracismo como partidario de la tiranía. Pericles tuvo un tercer consejero en Anaxágoras de Clazomenes, apellidado el *Espíritu*, bien á causa de su habilidad para penetrar las cosas abstractas, ó ya porque fué el primero que expresó claramente la noción de una inteligencia difundida en el universo (3). El filósofo, que había buscado más allá del mundo físico el principio de la armonía del Cosmos, amaba en Pericles esa elevación de ideas, esa dignidad de carácter que se observa en su elocuencia y en su conducta. Los contemporáneos quedaron tan admirados ante aquella asombrosa inteligencia, que dieron á Pericles el sobrenombre de Olímpico; y Tucídides, y hasta

(1) A menos que quisieran recordar así el cargo de estratega, ó general, de que estuvo revestido siempre (Plutarco, *Pericles*, 16). Esto sería lo más probable, si los poetas satíricos no hubieran tomado como tema de sus bromas la conformación de la cabeza de Pericles. «He ahí á nuestro Júpiter, dice Cratinos, que avanza con su cabeza de cebolla marina, y que parece llevar el Odeón »

(2) Esta palabra tenía para los griegos un sentido mucho más lato que para nosotros, extendiéndose á todo el dominio de las nueve hermanas. Las Musas eran las que debían educar el espíritu, como la gimnasia el cuerpo.

(3) Ya veremos más adelante que Anaxágoras, sin embargo, no había separado de la materia la personalidad del Espíritu ordenador del mundo; pero su doctrina no por eso dejaba de ser un poderoso esfuerzo para constituir un solo principio divino.

Platón, sus adversarios políticos, parecían dispuestos á hablar de él como hablaba el pueblo de Atenas (1).

Pericles no era repentino en sus resoluciones, sino que procedía con calma y serenidad, sujetando su conducta á las reglas de la más excesiva prudencia, pues todo era para él asunto digno de reflexión. «Jamás subió á la tribuna, dice Plutarco, sin rogar á los dioses que no permitieran se escapase de su boca una palabra inútil para la cuestión de que iba á tratar.» Había estudiado física y filosofía, medi-



Zeo Olímpico blandiendo el rayo (2)

tando también sobre el gobierno, y fijando su particular atención en los atenienses. Nadie como él conoció tan á fondo este pueblo, y nadie vió mejor sus debilidades, no para sacar partido de ellas, sino para combatirlas. Fué el primero en comprender que para el político no había influencia duradera en semejante ciudad sino á condición de ser en extremo reservado; é hizo más aún, que fué ajustar sus actos á este convencimiento. Supo que se reconocía en él alguna semejanza con Pisistrato, así en las facciones como en el lenguaje; y se guardó muy bien de desafiar las pueriles alarmas que ya se despertaban; lejos de esto, esperó, mantúvose largo tiempo retirado, y presentóse después poco á poco; pero en el ejército distinguíase siempre por su intrépido valor. De noble estirpe, sentíase muy poco inclinado hacia el pueblo; pero tanto la política como la razón le aconsejaron prescindir de sus preferencias. Cimón, que llegaba entonces al apogeo de sus triunfos, ocupaba el primer lugar entre las filas del partido aristocrático, y como nadie figuraba aún á la cabeza del partido del pueblo, Pericles se proclamó su jefe. Desde la batalla de Maratón, los nobles no habían sido más que una mezquina minoría, una oposición

---

(1) Οὕτω μεγαλοπρεπῶς σοφόν ἄνδρα (en el *Menón*).

(2) Fragmento de una pintura que decora un ánfora conservada en el Museo del Louvre y en la que está representada la Gigantomaquia (*Monum. gr. publ. por la Asoc. para el fom. de los Est. gr.*, 1875, lám. 1). – Zeo de pie, al lado de su carro dirigido por la diosa Victoria, blande el rayo contra un gigante que le amenaza: el dios lleva corona de laurel y empuña el cetro con la mano izquierda.

estéril; solamente con el pueblo se podían hacer grandes cosas; por esto Pericles se entregó á él.

Apenas comenzó á intervenir en los asuntos del Estado, consagróse á ellos sin reserva; mas, para no prodigarse, rara vez obró por sí mismo, sirviéndose por lo regular de los agentes que enviaba á la plaza pública; sentíase su mano, pero no se la veía. «Como la galera *salaminiana*, dice Plutarco, conservada en Atenas para las solemnidades,» no se presentaba en público sino en las grandes ocasiones; pero entonces su palabra ejercía una soberana autoridad. Aristófanes le pinta «lanzando, como Júpiter, rayos y relámpagos que van á trastornar la Grecia (1).» Esto es una sátira del poeta, pues Pericles no tenía esos arranques de elocuencia apasionada. «La persuasión estaba en sus labios,» dice Eupolis, porque se limitaba á dar sabios consejos en un lenguaje elevado, digno de los grandes intereses que se proponía servir. Lo que algunas veces se llamó su reinado fué el imperio del buen sentido. El amigo de Anaxágoras pensaba, como éste, que la razón debía ordenarlo todo, πάντα διεκόσμησε νόος. Desgraciadamente, el tiempo no ha respetado de sus discursos otra cosa que algunas palabras que quedaron grabadas en la memoria de todos. «Son inmortales, exclamó un día al hablar de los guerreros muertos por la patria, inmortales como los dioses; pues ¿por qué señal reconocemos á las divinidades, cuya esencia se nos escapa? No los vemos; los homenajes que se les tributan es lo único que los revela. Así conocemos á los que cayeron por la salvación común.» En las discusiones tenía la habilidad que evita los obstáculos y el vigor que no se deja dominar. «Cuando le derribo y le tengo á mis pies, decía uno de sus adversarios, grita que no está vencido y de ello persuade á todos.» También había cierta gracia en su viril elocuencia. «Nuestra juventud ha muerto en el combate, dijo un día; el año ha perdido su primavera (2).»

La reserva de Pericles en público no era un papel aprendido y bien desempeñado; en su conducta privada observaba la misma calma é igual dignidad; su vida era sencilla, modesta, frugal; y su alma, siempre tranquila, inaccesible así á la embriaguez del éxito como al resentimiento del ultraje. Uno de sus enemigos, hombre soez y bajo, le siguió todo un día en la plaza pública injuriándole, y persiguióle con sus insultos hasta cuando entró en su propia casa. Pericles no volvió siquiera la cabeza, y llegado á su domicilio, llamó á un esclavo, y ordenóle que tomara una antorcha y acompañase al insolente hasta la puerta de la calle. Para Pericles no había ruidosos placeres; rehusaba toda invitación á los festines ó á las fiestas, y jamás se le veía fuera de su casa sino cuando debía ir al consejo ó á la plaza pública. A fin de no tener que distraerse de los asuntos del Estado para cuidar de su fortuna particular y acaso también para que su frugalidad fuese conocida, mandaba vender todos los años, y de una vez, los productos de sus tierras, y diariamente enviaba á comprar al mercado lo necesario para su casa, donde se observaba la más severa economía. Y no era esto porque tuviese el carácter triste y adusto, pues en sus ratos de ocio recibía á algunos amigos y descansaba de sus trabajos, hablando de artes con Fidias, de literatura con Eurípides y Sófocles, y de filosofía con Protágoras, Anaxágoras ó Sócrates. La milesiana Aspasia, lazo de unión de esta sociedad de eminentes genios, amenizaba todas las cuestiones con las gracias de su admirable talento, que mucho más que su belleza encantaba á Sócrates y había seducido á Pericles.

(1) *Acarnanios*, 530-531.

(2) Plutarco (*Pericles*, 8) dice que el poderoso orador no había publicado ni dejado por escrito ninguno de sus discursos. Los tres que Tucídides le atribuye, y que el historiador pudo oir, no son, pues, sino un eco, tal vez lejano.

La conducta de éste, á la vez tan reservada y tan digna, era la crítica de las liberalidades interesadas de Cimón, del mismo modo que su severa integridad reavivaba, por un feliz contraste, el recuerdo de las recientes rapiñas de Temístocles.



Pericles (1)

Tucídides y Plutarco le hacen la justicia de reconocer que no aumentó en una dracma los bienes heredados de su padre.

El pueblo, pues, había encontrado un jefe á quien podía estimar sin temer, y por eso le concedió una confianza ilimitada. Jamás hombre alguno tuvo en Atenas semejante poder; y en honor del pueblo y de su jefe, añadamos que nunca se adquirió y conservó la autoridad por vías más puras. Sin título particular, sin ningún

(1) Busto de mármol, conservado en el Vaticano (véase *Museo Pio-Clementino*, VI, tab. 29). Existen otros de Pericles, entre ellos uno del Museo Británico.

mando especial (1), «y solamente por la fuerza de su genio y de sus virtudes,» Pericles fué durante quince años, aunque más noblemente, tan dueño de Atenas como Augusto de Roma. Muchas veces reprendió impunemente á aquella multitud tan voluble y caprichosa, según dicen; pero la condena de ostracismo, que recayó en su rival Tucídides, no le alcanzó nunca á él. Un autor antiguo dice muy bien «que el pueblo era tan difícil de sujetar como un caballo joven sin brida; que cobró tal audacia que no quiso obedecer, y que una vez mordió la Eubea y otro día se lanzó sobre las islas.» La comparación es chistosa, pero esto es escribir la historia con libelos: Plutarco la tomó de los poetas satíricos. Es necesario representarse bien á los atenienses de aquella época, no como la plebe innoble de Roma, que solamente se preocupaba del pan y de los juegos, sino como una aristocracia que por sus inclinaciones, su elegancia, su cultura intelectual y la costumbre del mando, elevábase sobre la condición ordinaria de los otros pueblos (2). En Atenas, el populacho comprendía á los esclavos, á los extranjeros y á los metecos, es decir, á esa multitud de más de 100.000 almas que llenaba la ciudad y el Pireo; la aristocracia se componía de los 15 á 20.000 ciudadanos únicos que juzgaban, legislaban, nombraban los empleados y decidían de la suerte de la mitad de Grecia; pero su asamblea soberana rara vez contaba 5.000 individuos presentes (3). Desde este punto de vista todo

(1) Cierto que Pericles fué elegido todos los años estratega; pero compartía siempre este título con nueve colegas, y no fué jamás arconte. Ahrens y Müller sostienen que uno de los diez estrategas ejercía una autoridad muy superior á la de los otros, como más tarde el estratega ἐπὶ τὰ ὅπλα de la época romana; y pretenden que en la expedición de Samos, los nueve compañeros de Pericles eran sus subordinados. También Curcio opina así. En Maratón se juzgó conveniente reconocer á cada estratega una autoridad superior el día en que desempeñaba el mando; y la experiencia había debido enseñar que la unidad de mando era mucho más necesaria aún durante una expedición lejana. Por eso me parece que lo hecho un día para Milcíades se hizo con frecuencia para Pericles, sin que se le hubiese conferido en Atenas una autoridad superior.

(2) «¡Qué hombres eran en general los atenienses! ¡Qué ciudad la de Atenas y qué leyes las suyas! ¡Qué orden, qué valor y qué disciplina! ¡Qué perfección en todas las ciencias y en todas las artes! Pero también ¡qué cortesía en el comercio ordinario y en el lenguaje! Teofrasto, aquel agradable narrador, aquel hombre que se expresaba divinamente, fué reconocido como extranjero, y con este nombre llamado por una mujer vulgar á quien compraba hierbas en el mercado, y que reconoció que no era ateniense en que carecía de no se qué de ático, de algo que los romanos llamaron más tarde urbanidad. Cicerón dice que aquel gran personaje quedó admirado de ver que á pesar de haber envejecido en Atenas, y de poseer perfectamente como poseía la lengua ática hasta el punto de haber adquirido el acento por una costumbre de tantos años, no había podido alcanzar lo que el simple pueblo tenía naturalmente sin el menor esfuerzo.» (La Bruyere: *Discurso sobre Teofrasto.*)

(3) Herodoto, VI, 97, y Aristófanes en *Lisistrata*, hablan de 30.000 ciudadanos; pero estas son cifras inseguras. Plutarco (Pericles, 37) cita el censo del año 444, por el cual se reconocieron 14.040 ciudadanos verdaderos; 5.000 individuos que habían usurpado este título fueron vendidos como esclavos. Estas usurpaciones eran frecuentes, y por eso la cifra de la población soberana no variaba solamente por las nacimientos y las defunciones. Según Demóstenes, *Contra Aristogitón*, ó el autor de este discurso, Atenas contaba 20.000 ciudadanos, la misma cifra que Aristófanes da en las *Avispas*, y la que resulta de las listas de Tucídides cuando enumera con Pericles las fuerzas de Atenas al principio de la guerra del Peloponeso. Para el ejército activo, algunos centenares de jinetes y 13.000 hoplitas; para guardar las fortalezas, otros 16.000 hoplitas, en los que están incluídos los ancianos, los jóvenes de 18 á 20 años y los metecos, estos últimos, seguramente los más numerosos. Si de esta cifra de 20.000 ciudadanos se exceptúan los ancianos que no querían ya ocuparse de los asuntos públicos, los que estaban ausentes por cuestión de comercio ó de viajes, los clerucos (véase más adelante), y los que, establecidos en Atica, no se tomaban la molestia de hacer el viaje á Atenas los días de asamblea ó de reunión del tribunal, se verá que no quedaban sino algunos miles de ciudadanos para formar parte del gobierno de la república. Tucídides, al observar que rara vez la asamblea ordinaria contaba 5.000 individuos, dice (II, 14 y 18) que la obligación de ir á encerrarse en la ciudad cuando se acercaban los lacedemonios era «para los hombres acostumbrados á vivir en los campos una dura necesidad... pues pocos de ellos tenían casa en Atenas.» No debe extrañarse que el

se explica y esclarece. A fin de consolidar una dominación necesaria, Pericles hizo lo que la fuerza de las cosas imponía: constituir á la cabeza de aquel imperio una clase privilegiada, encargando á los artistas y poetas que procurasen de continuo elevar los sentimientos de la misma. Tratándose de los atenienses de aquella época, traduzcamos, pues, la palabra pueblo por nobleza ó cuerpo aristocrático.

En este capítulo repetiremos sin cesar el nombre de Pericles; mas no se entienda con ello que se trata de una dictadura, á menos que por tal término se quiera significar el imperio de la razón y de la elocuencia. Las antiguas instituciones seguían funcionando; toda proposición era presentada al Consejo de los Quinientos para su examen, y si Pericles la juzgaba buena, enviábala como proyecto de decreto, προβούλευμα, á la asamblea del pueblo, adonde la llevaban los pritanos. La resolución, pues, correspondía solamente al pueblo; pero antes de votar, escuchaba ó miraba á Pericles.

II. – ORGANIZACIÓN DEL IMPERIO ATENIENSE

Toda la administración de Pericles se puede resumir en dos órdenes de hechos:

1.° Consolidar la dominación ateniense.

2.° Conseguir que Atenas y el pueblo ateniense fueran dignos de su imperio.

Estudiemos sus esfuerzos en estos dos puntos. Aristófanes pretende que Atenas mandaba en mil ciudades, cifra evidentemente exagerada. Nosotros no conocemos más que 280, si bien es cierto que no las conocemos todas. Estas ciudades eran de tres especies: súbditas, aliadas, ó colonias atenienses.

Las conquistas de Cimón y de Pericles habían dado á Atenas Egina y Eubea, los dos baluartes del Atica; Thasos, que domina la costa de Tracia; Naxos, situada á medio camino del Asia; Eión, la llave de Macedonia; y por último, una infinidad de puntos al Norte del mar Egeo y en el Quersoneso. Los mesenios ocupaban, en nombre de Atenas, Naupacta, que dominaba la entrada del golfo de Corinto. Tres condiciones se habían impuesto á los súbditos: desmantelar sus ciudades, ó por lo menos las fortificaciones de los puertos; entregar sus naves de guerra, y pagar un tributo.

La confederación cuyas bases planteó Arístides se había convertido poco á poco para Atenas en soberanía, y para los aliados en dependencia. Este cambio resultaba de la naturaleza de las cosas, y era inevitable que la confederación se disolviera ó fuese destituída por un imperio ateniense (1). Desde el día en que los aliados acep-

---

número de ciudadanos *pleno jure* fuese tan reducido; muchos menos había en Esparta, y menos aún en Epidauro, donde Plutarco (*Cuestiones griegas*, I) no contó más que 180, en Heraclea, en Cnido, en Istros, en Tera, etc. Era cosa grave para una ciudad griega conferir el derecho de ciudadanía, pues con esto concedíase á la vez á los recién venidos la participación en los derechos religiosos, μετεῖναι τῶν ἱερῶν, y era de temer que las divinidades poliadas no quedaran de ello muy satisfechas. Sin embargo, por este medio podía engrandecerse una ciudad. La cifra de los ciudadanos ilegítimos en Atenas, en 444, prueba que la usurpación del citado derecho era frecuente en aquella ciudad, y esta feliz circunstancia permitió á los atenienses llenar las bajas que la guerra, la emigración, la peste y los naufragios hacían en su población. Por esto después de la desastrosa guerra del Peloponeso, eran tan numerosos como antes. Por lo demás, teníase por una especie de axioma en Grecia que una ciudad no debía contar más que con un número reducido de ciudadanos. Sabido es con qué cifra se contentaban Platón y Aristóteles. Hipodamos, autor de un tratado de Política, no quería en su ciudad modelo más de 10.000; y si hemos de creer á Diodoro (XVIII, 18, 4), la reforma constitucional del año 322, que reducía el número de ciudadanos á 9.000, obligó á otros 12.000, que poseían menos de 2 000 dracmas, á ir á buscar fortuna á otra parte.

(1) Tucídides, I, 29. Heeren, *Ideas sobre el Comercio*, t. VII, p. 192, dice: «El que conozca la naturaleza de una confederación y la dificultad de mantenerla, comprenderá que era casi imposible

taron el ofrecimiento de Cimón de dar sus naves y dinero en vez de hombres, habían dejado que todas las fuerzas de la liga se concentraran en Atenas, permitiendo también que toda la habilidad, todo el orgullo militar llegara á ser patrimonio único de los atenienses. Mientras ellos cultivaban la tierra y se dedicaban al tráfico, Atenas hacía ondear en todas las costas su pabellón victorioso; y en vano hubieran querido romper una alianza que por el pronto parecía sin objeto. Atenas tenía derecho para recordarles la honrosa fundación de su imperio, el juramento de los confederados, los sacrificios, y las bolas de hierro enrojecidas al fuego, que se arrojaron solemnemente al mar en señal de que la alianza debía ser perpetua; podía desdeñar la impopularidad en que incurrió al cumplir con un deber imperioso (1), y lo que es más, señalar las flotas fenicias dispuestas á salir de sus puertos, si Atenas retiraba sus escuadras, y mostrar la piratería que renacería apenas cesase la vigilancia en los mares. Los aliados aceptaron, pues, aquella dominación necesaria, bajo la cual, cuando menos, prosperaba su comercio. En la época de que hablamos, sólo agradecimiento y no odio profesaban á la gloriosa ciudad. Lemnos le dedicaba una estatua de Minerva de bronce (2), la *Lemniana*, primera obra en que Fidias inscribió su nombre, y que, según el testimonio de Pausanias y de Luciano, es la más hermosa de todas sus estatuas de diosas. La ciudad que ocupaba el segundo lugar en la confederación, Samos, solicitó que el tesoro común depositado en Delos, cuyo valor asciende á 800 talentos, fuese transportado á Atenas, para ponerle fuera del alcance de los peloponesios (hacia 460). La contribución en dinero se aumentó de 460 á 600 talentos (3); pero este aumento se debió probablemente á la admisión de nuevos aliados. Aunque hubiera pesado solamente sobre los antiguos, apenas la habrían éstos sentido, pues desde el año 479 al 445, el dinero, mucho más abundante en Grecia, bajó sin duda de valor, y el gravamen de un tercio en el impuesto no hizo más que cubrir esa diferencia (4). Por eso no se produjo sobre este punto ninguna reclamación; y lo único de que podían los aliados quejarse á Atenas, por más que se diga siempre en contrario, era de la inevitable dependencia en que les tenía. Los mitilenios sublevados no dicen otra cosa, y el orador de Atenas en Esparta lo afirma.

Los aliados conservaban sus leyes y su constitución interior, aunque ésta fuese, como en Samos, en Chíos y Lemnos, contraria al principio democrático. Sólo durante la guerra del Peloponeso llegó á ser regla de conducta en Atenas combatir por doquiera á la aristocracia, que Lacedemonia rebajaba en todas partes. Conservaban asimismo el derecho de guerra privada, de lo cual fué una prueba la diferencia entre Samos y Mileto; y Atenas siguió considerándolos de tal manera como verdaderos Estados, que Pericles cuando envió embajadores al Peloponeso y á la Beocia con motivo del congreso panhelénico que pensó un instante reunir, los envió también á los aliados. Atenas cometió un error, y fué permitir que cayera en

---

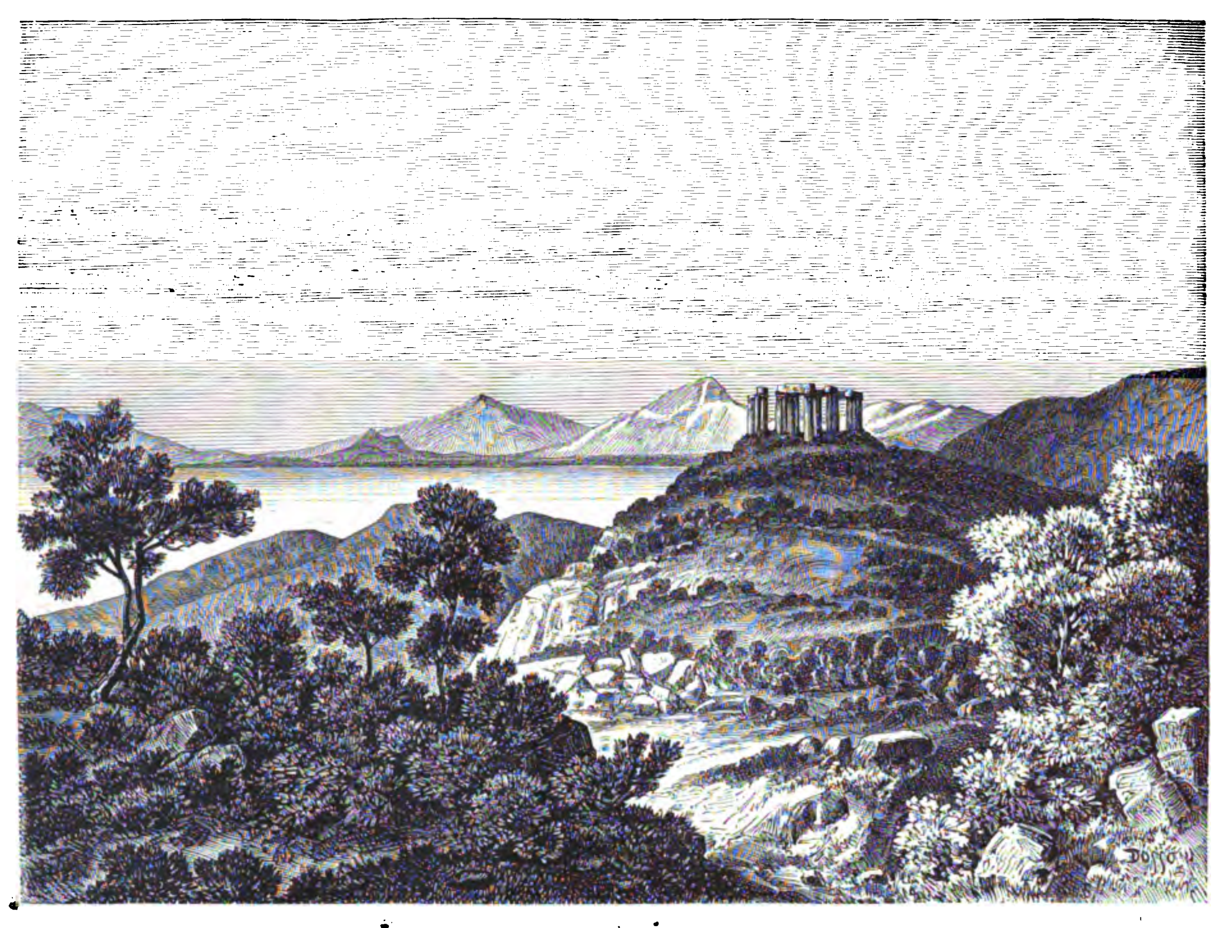
evitar la apariencia de un abuso de la supremacía, pues lo que á uno le parece tal, no es, en opinión de otro, sino un medio necesario para alcanzar el objeto.» Añadamos que hay otra causa muy activa de rompimiento, y es el odio de todas las aristocracias contra la democracia ateniense, cuyo solo esplendor era para ellas un peligro de muerte.

(1) Tucídides, I, 75-76; II, 63.

(2) El busto en mármol de Palas Atenea, que publicamos en la p. 137, según una fotografía, se conserva en la Gliptoteca de Munich (n.° 92).

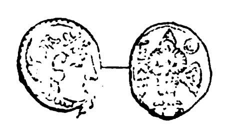
(3) Por causas que se consignan en Busolt, *Der Phoros*, etc., en el *Philologus*, t. XLI, p. 652 y siguientes, estas cifras variaban mucho.

(4) De dos pasajes de Plutarco y de Aristófanes se podría deducir que desde Solón á Pericles el valor del dinero bajó de 3 á 1, ó sea en 2/3. En Francia bajó desde 1814 á 1849 desde 10 á 8, ó sea 1/5 (León Faucher, *Revista de Ambos Mundos*, junio, 1849).



Vista del templo de Minerva en Egina

desuso la asamblea de Delos; mejor hubiera sido conservar para sus aliados esta participación, poco molesta en sí, en la discusión de los asuntos que afectaban á los intereses de la liga. La idea de que existían señores y súbditos, que impulsó á unos á la revuelta y á los otros á la violencia, no se habría de esta suerte arraigado en los ánimos; mas para que los atenienses rehusaran esta dominación independiente, que por sí sola se les venía á las manos, ¡cuánta abnegación no habrían necesitado! No fueron un pueblo de sabios; ¿dónde ha habido alguno? El mismo Pericles no pensó en ello, y según dijo, desde que Atenas mantenía los mares libres y á los persas lejos, nadie debía pedirle cuentas de sus actos (1).



Moneda de oro de Atenas (2)

La cesación de la dieta de Delos trajo consigo otra innovación. Al confederarse los aliados, habíase acordado seguramente que la dieta juzgara ó entendiera en todos los asuntos federales; este derecho pasó de Delos á Atenas con la custodia del tesoro común que fué confiada á los heliastas; pero esta jurisdicción limitada al principio á toda causa que se considerase como una infracción de la alianza, invadió poco á poco las atribuciones de la jurisdicción civil (3). A ello contribuyeron el asentimiento de las pequeñas ciudades, que se hallaban así protegidas contra la violencia de las grandes, y también la idea familiar á los griegos, á pesar de su egoísmo municipal, de una justicia algunas veces solicitada y dispensada fuera de sus muros.





Didracma de Argos (5)

Esta apelación á jueces extranjeros no era una costumbre desconocida de Grecia, pues ya los eginetas sometían sus diferencias á Epidauro para que las resolviese (4). Cuando Argos pensó (421) en formar una confederación, de la cual fueran excluídas Esparta y Atenas, acordó no admitir en ella sino á las ciudades que tuvieran su constitución propia y una jurisdicción independiente (6); lo cual indica que había ciudades que carecían de una ó de otra. Los peloponesios tenían también un tribunal federal, ante el que los espartanos citaron muy á menudo á Atenas.

Esta autoridad judicial de Atenas sobre sus aliados se extendió al par que su autoridad política, y desde entonces ya no pudo pronunciarse sentencia alguna de muerte sino en Atenas, sin duda por causa política (7). Allí se debía resolver toda diferencia entre individuos de dos ciudades, y acaso también todo litigio en que la

---

(1) Pericles decía que los atenienses... χρημάτων μὲν οὐκ ὀφείλουσι τοῖς συμμάχοις λόγον. (Plutarco, *Pericles*, 12). No solamente no rendían cuentas, sino que estipulaban solos en nombre de todos; y por eso excluyeron á los megarenses de los puertos de los aliados.

(2) Cabeza de Atenea con casco mirando á la derecha. En el reverso ΑΘΕ, mochuelo de frente con las alas desplegadas. (Beulé: *Monedas de Atenas*, p. 64.)

(3) Thonissen: *El Derecho penal en Atenas*, p. 231.

(4) Herodoto, V, 83. M. Bœckh dice (III, 16): «Atenas obró de este modo probablemente á ejemplo de Tebas, de Elis, de Argos y de otras muchas ciudades.» Los italianos de la Edad media pedirán también podestás á sus vecinos para estar más seguros de una justicia imparcial.

(5) Cabeza de Hera con diadema mirando á la derecha. En el reverso ΑΡΓΕΙΩΝ. Diomedes llevándose el paladión.

(6) Tucídides, V, 27: ἥτις αὐτόνομός τέ ἐστι καὶ δίκας ἴσας καὶ ὁμοίας δίδωσι.

(7) Esto es, cuando menos, lo que parece resultar del discurso de Antifón: *Sobre el homicidio de Herodes* (cap. VII).

cuantía de lo disputado excediese de cierta suma (1). De aquí resultaron dilaciones y gastos de viaje y de estancia, tan perjudiciales para los aliados; pero resultó también muy probablemente una justicia más al abrigo de las pasiones locales. Tucídides lo dice: los aliados preferían tener por juez al pueblo de Atenas, porque esta justicia popular era su refugio y su defensa contra los excesos de los grandes (2). Y en otra parte añade: «En su comercio con nosotros, los aliados se han acostumbrado á la más perfecta igualdad. Estamos sometidos á las mismas leyes por que ellos son juzgados, y perdemos á menudo nuestros procesos contra ellos (3).» Esta intervención en la administración interior de las ciudades no llegará á ser una verdadera molestia sino durante la guerra del Peloponeso, cuando Atenas se vea obligada, para atender á su propia defensa y á la de un imperio útil á Grecia, á exigir numerosos auxilios de sus aliados y, lo que era una doble falta, á cerrar los ojos ante los excesos de algunos de sus agentes (4). Acostumbrados á los beneficios que debían á la protección de las flotas atenienses, los aliados acabaron por olvidar este servicio, y no sintieron otra cosa que su doble sujeción financiera y judicial. La oligarquía, sofocada en todas partes, no esperaba más que una ocasión favorable para reponerse, y la guerra del Peloponeso debía proporcionársela.

Ciertas ciudades pudieron escapar de esta condición: Chíos, Samos, Lesbos, y acaso también Potidea, que á pesar de su origen dorio solicitó ser recibida en la alianza, no estaban sometidas á la obligación de reconocer en ciertos casos la jurisdicción de los heliastas.

Estas ciudades, que conservaban sus soldados, sus naves y fortificaciones sin pagar tributo, y que suministraban un contingente militar, eran realmente las únicas para quienes subsistía la primitiva alianza; pero Atenas no podía ni debía permitir que de ésta se separaran más que las pequeñas ciudades. Era justo que todas contribuyeran á los gastos necesarios para obtener una seguridad de que todas se utili-

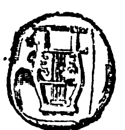
(1) El sicofonte de Aristófanes, en las *Aves*, se da el título de acusador de las islas, κλητήρ εἰμι νησιωτικός... «Yo soy, dice, un busca-procesos y rondo las ciudades para citarlas ante el tribunal» (versos 1422-1423). Xenofonte demuestra también en la *República de los Atenienses (ad fin)* que una infinidad de procesos de los aliados se instruían en Atenas; pero ¿será ese libro de Xenofonte? Esta cuestión ha dado origen á numerosas controversias, como asimismo la que se refiere á la fecha del nacimiento de Xenofonte. Letronne (*Vida de Xenofonte*) señala como tal fecha el año 445; Croiset (*Xenofonte*), el 435; Curcio, el 431; Grote y Belot, el 430. Este último (*la República de Atenas*) supone que la Memoria sobre la *República de Atenas* fué compuesta por Xenofonte en el año 378; Curcio, Kirchhoff, etc., opinan que un autor desconocido la redactó en 425, y esta fecha parece la más verosímil. En efecto, no puede ser de Xenofonte, pues nos presenta á Atenas en todo su poderío, siendo así que este autor no llegó á la edad de hombre hasta la época de los desastres. Una frase sobre las sátiras del teatro prueba que el libro se compuso antes de la representación de los *Caballeros* y de las *Avispas*. M. Adalbert Roquette (*De vita Xenophontis*, 1884) considera como apócrifas la *República de los Atenienses*, la *Apología*, el *Agesilao* y las *Cartas*.

(2) ...τὸν δὲ δῆμον σφῶν τε καταφυγὴν εἶναι καὶ ἐκείνων [καλων καγάθῶν] σωφρονιστήν. (Tucídides, VIII, 48, 6.) He demostrado en otra parte cuán dificil le era á un súbdito de Roma obtener justicia de un cónsul ó de un pretor. No se ha de comparar la condición de los súbditos en los dos imperios, ni tampoco la organización aristocrática de los tribunales romanos del último siglo de la República, donde todo se vendía, con los δικαστήρια atenienses, que á veces obedecían más á la cólera ó á la piedad que á la justicia y á la razón, pero que cuando menos no podían ser comprados, á causa del número de individuos que componían su cuerpo. ¿No sucede á menudo, hasta en Francia, que un delito se somete, por causa de presunción legítima, á un tribunal distinto del de la localidad donde se cometió el crimen?

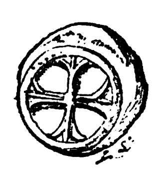
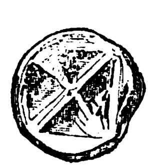
(3) I, 77.

(4) Enviaban *episcopos* ó vigilantes y φυλακες ó guardianes para observar la conducta de los aliados y mantenerlos en la alianza (Harpocración, *s. v.* ἐπίσκοποι; Sainte-Croix, Introd. á su *Hist. de Alej.*, p. 17). Estos vigilantes, que no conocemos bien, debieron ser objeto del odio de los aliados.

zaban (1). Samos, sin embargo, quiso emanciparse. Una contienda se había suscitado entre esta ciudad y Mileto, resultando de ella una guerra en la que los milesianos fueron derrotados. Pero habíase formado en Samos un partido democrático que sólo esperaba una ocasión propicia para derribar la facción oligárquica, entonces dueña del gobierno, y este partido se unió á los milesianos para invocar el apoyo de Atenas. Los samios recibieron orden de suspender las hostilidades y de someter la cuestión á un tribunal ateniense, y como se negasen á ello, Pericles marchó á Samos con 40 galeras, estableció una constitución democrática, impuso una contribución de 20 talentos por gastos de la expedición, y llevóse en rehenes 50 muchachos y 50 hombres adultos, los cuales depositó en Lemnos. Algunos samios del partido derrotado habían ido á pedir hospitalidad á Pisuthnés, sátrapa de Sardes, y apenas se hubieron marchado los atenienses, estos proscritos, ayudados por el oro del sátrapa, reunieron 700 hombres, pasaron á Samos durante la noche, derribaron el gobierno democrático, entregaron á los persas la pequeña guarnición ateniense que en la isla dejara Pericles, y antes de que se divulgase el rumor de su audaz golpe de mano, apoderáronse de los rehenes depositados en Lemnos. Bizancio se asoció á los rebeldes, que intentaron inducir al Peloponeso á una guerra general contra Atenas (440). Este asunto fué discutido con calor en una asamblea de los aliados de Esparta (3). Corinto, aunque enemiga de Atenas, como estaba entonces muy excitada contra una de sus colonias, calificó la conducta de los samios de rebelión é hizo rechazar su demanda: diez años después abogará por la causa contraria.

Moneda de Colofón (2)

Moneda de Calcis (4)

Sin embargo, sus primeras palabras se fundaban en el derecho: los aliados habían prometido con toda formalidad mantenerse íntimamente unidos á los atenienses; y varias inscripciones nos han conservado la fórmula de estos compromisos.

Juramento de los habitantes de Eritrea: «No me separaré del pueblo de Atenas ni de sus aliados, y rehusaré seguir á cualquiera que lo haga.»

Juramento de los senadores de Colofón: «No nos separaremos de los atenienses ni en actos ni en palabras; y maldito sea con todos los suyos aquel que faltare á esta promesa.»

Juramento de los ciudadanos de Calcis: «No me separaré de los atenienses ni en obra ni en palabra; y si alguno induce á la defección le denunciaré á aquéllos (5).»

---

(1) Véase Tucídides, I, 75, 76 y 99. Cuando se supo en Asia el desastre de los atenienses en Sicilia, los sátrapas exigieron el tributo á las ciudades griegas, que no pagaban hacía más de cincuenta años (Tucídides, VIII, 5). La flota ateniense protegía igualmente á los griegos sicilianos é italiotas, y desde 480 á 410, Cartago no osó dirigir contra ellos un solo ataque, temiendo atraer sobre sí las armas de la gran ciudad. Véase Tucídides, VI, 34: Hermócrates aconseja á los siracusanos que soliciten el auxilio de los cartagineses, que, dice, ἀεὶ διὰ φόβου εἰσὶ μή ποτε Ἀθηναῖοι αὐτοῖς ἐπὶ τὴν πόλιν ἔλθωσιν.

(2) Cabeza laureada de Apolo Clarios, mirando á la derecha, con cabello largo é inscripción griega; en el reverso una lira en un cuadrado hueco (plata).

(3) Tucídides, I, 40.

(4) Rueda de cuatro llantas. En el reverso cuadrado hueco en cuatro compartimentos (dracma).

(5) *Corpus inscri. Attic.*, t. IV, n.° 27 *a;* Foucart, *Revista arqueológica*, abril 1877, p. 242; P. Guiraud: *De la condición de los aliados*, p. 17.

Atenas, pues, procedía legalmente al obligar por fuerza á los confederados á cumplir las condiciones de la alianza.

Al tenerse conocimiento de la revolución estallada en Samos, los atenienses nombraron diez generales para reprimirla, figurando entre ellos Sófocles y Pericles, quienes tenían á sus órdenes 60 naves, parte de las cuales fué á vigilar la flota fenicia, que los grandes de Samos no vacilaron en llamar en su auxilio; las 44 restantes batieron á las 70 galeras de los samios. Algunos socorros llegados de Atenas, de Chíos y de Lesbos permitieron desembarcar en aquella isla y poner sitio á la capital, mientras que Pericles iba á cruzar con 60 velas por las costas de Caria en busca de los fenicios. Si los atenienses tenían por jefe á un poeta trágico, los samios iban mandados por un filósofo, discípulo del austero Parménides, llamado Melissos, que, descendiendo de sus especulaciones abstractas á la realidad, batióse con intrepidez, sorprendió y echó á pique una parte de la flota ateniense, derrotó la otra, é introdujo refuerzos en la ciudad. Pericles acudió al punto, rechazó á los samios hasta sus murallas, cercó éstas con una contravalación y estrechó el bloqueo con 200 galeras. Los sitiados se defendieron nueve meses, á pesar del hambre y de las nuevas máquinas con que Pericles batió las murallas; y tal encarnizamiento se desplegó en esta guerra, que por una parte y otra, según dice Plutarco (1), se marcaba á los prisioneros con un hierro candente. Sin embargo, fué preciso rendirse, porque no llegaba ningún auxilio ni de Asia ni del Peloponeso; los samios hubieron de derribar sus fortificaciones, entregar sus naves, cambiar su constitución, y satisfacer los gastos del sitio, que ascendían á más de 1.200 talentos, pagaderos en cierto número de anualidades (439). Poco tiempo después sometíase Bizancio.

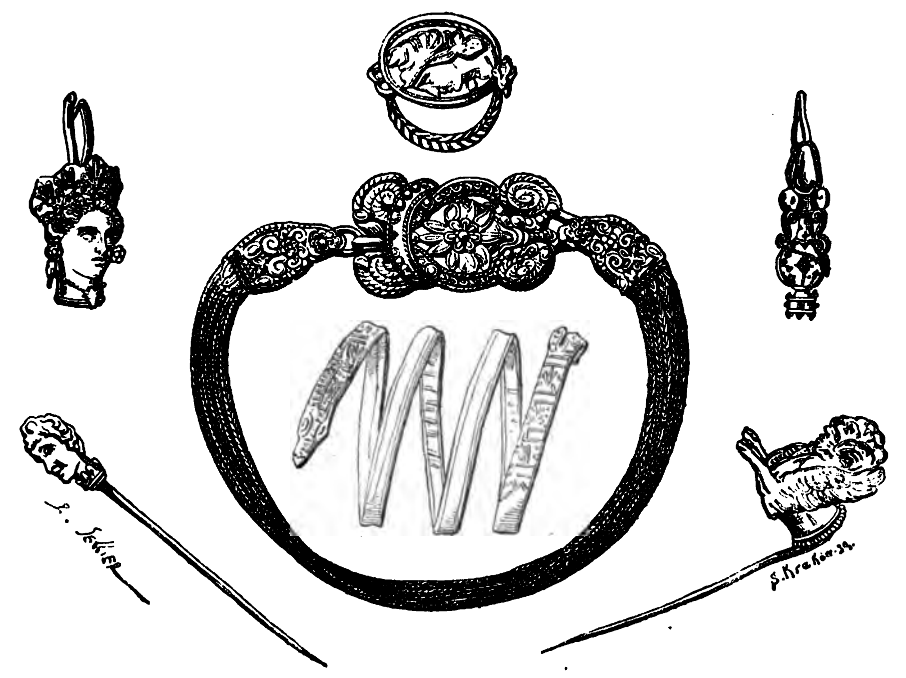
Esta guerra tuvo algún tiempo á Grecia en suspenso. No le habían faltado peligros, pues los persas y los peloponesios no esperaban sino una formal derrota de los atenienses para poner manos á la obra; y Tucídides dice (2) que Samos estuvo á punto de usurpar á la ciudad de Cecrops el imperio de los mares. Aquella isla, en efecto, había conservado siempre, como resto de su antigua prosperidad, una marina considerable que hubiera podido llegar á ser el núcleo de una liga marítima. Si esta guerra hubiese sido menos formal, Pericles no habría incurrido en la presuntuosa ligereza de compararla con el sitio de Troya, que según decía, había durado diez años, mientras que la de Samos se concluyó á los nueve meses.

Sobre esta guerra hay que tener todavía en cuenta muchas cosas: en primer lugar, la prisa de los disidentes por mezclar á los persas en su contienda, lo cual legitima el imperio de Atenas, demostrando que, sin su firmeza para mantener aquellas ciudades reunidas, sus divisiones las habrían entregado muy pronto sin defensa al gran rey; después, la fidelidad de los aliados, de los cuales ninguno flaqueó, prueba de que aquel imperio no era tan odioso; la moderación de Atenas, que no exige á Samos, vencida después de una tenaz resistencia, más condiciones que las impuestas á Tasos y á Egina, sin descender á venganzas particulares; y por último, su derecho de castigar una defección culpable, puesto que en aquella circunstancia no había hecho más que aplicar el principio proclamado por Corinto, su rival, y en otro tiempo su enemiga en el congreso de los peloponesios: «Cada Estado de la confedera-

(1) *Pericles*, 40. Tucídides, sin embargo, no dice nada de estas crueldades. – Plutarco, *id*, según Eforo, habla de máquinas de guerra que Pericles mandó construir por primera vez delante de Samos. No es cierto; pero Tucídides (II, 76) hace mención de aquellas de que los lacedemonios se sirvieron delante de Platea. Fué el principio de la artillería de sitio, que no habían conocido los griegos de Homero y de Solón.

(2) VIII, 76.

ción tiene el derecho de reprimir á los que sean rebeldes (1).» Isócrates pretende que los harmostes lacedemonios hicieron dar muerte, en el espacio de tres meses y sin someterlos á juicio, á más ciudadanos griegos que los que Atenas condenó durante todo su imperio (2). Muy pronto veremos que Grecia no pudo soportar diez años la pesada dominación de los espartanos, mientras que la confederación ate-



Joyas del Bósforo Cimeriano (3)

niense subsistió largo tiempo; por otra parte, los antiguos aliados de Atenas irán por su propia voluntad en el año 377 á estrecharse una vez más alrededor de ella, renovando el pacto federal.

Bueno es insistir sobre estos hechos, porque muy rara vez se ha hecho justicia al pueblo de Atenas, á esa gloriosa democracia, sin duda algunas veces ingrata, violenta y voluble, pero que ha redimido sus faltas por su entusiasmo por todo lo que era bello y grande, por las obras maestras que inspiró, y por los artistas, pensadores y poetas que dió al mundo. Esquilo, Sófocles y Eurípides, Fidias y Aristófanes, todos, y algunos á pesar suyo, abogan aún por ella ante la posteridad (4).

---

(1) Es el principio que los americanos del Norte invocaron contra los del Sur.

(2) *Panegírico*, § 113, edic. Didot.

(3) Sortija, collar, brazalete, pendientes, y alfileres de oro (según las *Antigüedades del Bósforo Cimeriano*, lám. XVI, 4; IX, 2; XIV, 5; VII, 11 y 19; XII, 12 y 14).

(4) Un sabio historiador de Grecia, el obispo Thirlwall, habla de *todas las tentativas que en los últimos cuarenta años se han hecho sistemáticamente en la literatura inglesa, así en la periódica como en la más permanente, con fines políticos y otros, para envilecer á los atenienses*. En Alemania, el profesor Drumann (*Geschichte des Verfalls der grieschischen Staaten*) ha traspasado en este sentido todos los límites por su violencia, si bien es cierto que no censura menos á Cicerón en Roma que á Pericles en Atenas. No se olvide, sin embargo, que *todos* nuestros datos proceden de los amigos de la oligarquía, de aquellos que son sistemáticamente contrarios á la democracia, ó que han sufrido

Además de las ciudades sometidas y aliadas, poseía Atenas numerosas colonias, pues Pericles comprendió muy pronto la triple ventaja de tener establecimientos coloniales para disminuir en la ciudad el número de pobres (1), para ocupar en lejanos países, en interés del comercio y del engrandecimiento de Atenas, posiciones importantes y para dar, en fin, á los ciudadanos, tierras que produjeran un beneficio más seguro que las de Atica, expuestas á las incursiones devastadoras de los peloponesios desde la defección de Megara. Eubea había recibido ya 4.000 colonos; 2.000 ciudadanos fueron á fundar sobre las ruinas de Histiea la ciudad de Orea, que dominó la navegación en los golfos Maliaco y Pagaseo; y otros se hallaban en Calcis, puerta de la Eubea. Así ocupaban por sus dos extremos la isla que debía ser el granero de Atica en el caso de que llegaran á faltar los trigos del Euxino, y poseían las dos terceras partes de su territorio. Quinientos hombres fueron enviados á Naxos y 250 á Andros, las dos ciudadelas de las Cícladas. Las tierras de Seyros, una de los etapas en la travesía del Pireo á la costa de Tracia, eran de propietarios atenienses. Conocida es la importancia que daban á Tracia las minas de oro del monte Pangeo, sus maderas de construcción, sus fértiles tierras, y sus ríos que penetraban en el interior de vastas regiones: 1.000 colonos se establecieron en la Bisalciana; y Hagnón, hijo de Nicias, persistiendo otra vez en el proyecto de fundar una colonia en las Nueve Vías (437), que tan mal éxito tuvo al principio, usurpó á los edonios este territorio y erigió en él, entre dos brazos del Estrimón, la ciudad de Anfípolis, cuya posesión le aseguraba una brillante prosperidad. Imbros y Lemnos, á la entrada del Helesponto, hallábanse ocupadas aún por los descendientes de los colonos de Milcíades, que conservaban sus derechos de ciudadanos de Atenas. Lo mismo entonces que hoy, elogiábanse las pesquerías del Euxino, y sobre todo la fertilidad de las inmensas llanuras que cerraban aquel mar por el Norte. La estéril Atica sacaba de allí casi todas sus provisiones, y por eso había tratado muy pronto de sentar su planta en aquel territorio. Aun antes de la guerra Médica, Milcíades el Viejo había ocupado el Quersoneso, desde donde se puede abrir ó cerrar á voluntad el paso del mar Egeo al Euxino. Después de Salamina, la primera preocupación de Atenas fué desalojar á los persas de este punto; Pericles envió allí 1.000 colonos más, y para cerrar esta península á los incursiones de los bárbaros, hizo levantar de nuevo el muro, protegido de trecho en trecho por fuertes que el anciano Milcíades había construído en el istmo. Ya hemos visto que había puesto también la mano sobre Bizancio después de la rendición de Samos.

Fundó establecimientos hasta en el interior del Euxino. Sínope, colonia milesia, era víctima de los partidos, que se hacían continua guerra; el democrático, en lucha con el tirano Timesilaos, no podía esperar nada de Mileto, entonces demasiado débil, y llamó en su auxilio á Pericles, que á la cabeza de una flota numerosa visitaba aquellos parajes para hacer ostentación del poderío ateniense. Pericles dejó en

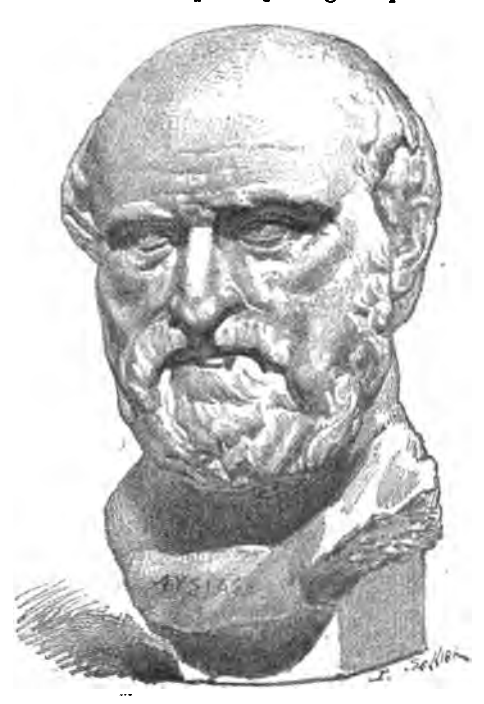
por ella: Tucídides, á quien Dionisio de Halicarnaso censura por su tristeza y por la severidad que manifiesta para con su patria (*Juicio sobre los principales historiadores*, edición Reiske, p. 774); Aristófanes, cuyas violentas sátiras no son más imparciales que nuestras comedias políticas; Platón, discípulo de Licurgo tanto como de Sócrates; y Xenofonte, que es mucho más espartano que ateniense. Entre los enemigos de este pueblo se debe contar también al mismo Voltaire, que atribuía todo lo de Atenas, su gloria y su poderío, á sus grandes hombres; mas al sostener esta tesis, abogaba por su propia causa. Montesquieu también se atreve á escribir (*Espíritu de las leyes*, lib. VIII, capítulo IV): «La victoria de Salamina corrompió la república de Atenas.» Pero ¿qué corrupción es esa, de la que nacen tan grandes cosas? ¿Qué mal es este que constituye la vida y la fuerza?

(1) Estos colonos se designaban con el nombre de *clerucos*, y el Estado les daba armas y dinero para su viaje. Tucídides, III, 50; Plutarco, *Pericles*, 36; *Corp. inscr. Attic.*, I, 31, línea 30; y el argumento del discurso *sobre el Quersoneso*. Sobre las *cleruquias*, véase pág. 139.



Busto en mármol de Palas Atenea existente en la Gliptoteca de Munich. (De una fotografía)

Sínope trece naves á las órdenes de Lamacos, que expulsó al tirano; el partido vencedor ofreció entonces en recompesa á 600 atenienses los bienes de Timesilaos y de los proscritos. Hacia la misma época, Amisos admitió en su territorio un número de atenienses bastante considerable para que en tiempo de Mitrídates se tuviese á la población de esta ciudad por originaria del Atica. Enfrente, al otro lado del Euxino, reinaban en la Taurida los príncipes del Bósforo Cimeriano, que se mantuvieron fieles á la alianza de Atenas, aun en el tiempo en que llegaron para ésta los días de desgracia, y que aseguraban para su comercio importantes privilegios, pues los trigos de la Taurida alimentaban el Atica y las islas. Atenas enviaba también colonos á Occidente. Cincuenta y ocho años después de la destrucción de Sibaris, los habitantes de ésta habían intentado reedificarla; pero dispersados por los crotoniatos, aquellos infelices pidieron auxilio primero á Esparta, que rehusó aventurarse en tan lejana empresa, y después á Atenas, siendo apoyada su demanda por Pericles. Hízose un llamamiento á todos los extranjeros que quisieran tomar parte en la expedición, y entre ellos halláronse el historiador Herodoto y el orador Lysias. La ciudad de Turión, que tuvo el honor de contar estos dos nombres ilustres entre los de sus fundadores, no fué por ello más afortunada en sus comienzos. Los habitantes de la antigua población sibarita que aún existían, manifestaron un orgullo y unas pretensiones que ofendieron á los recién venidos, los cuales, después de furiosa lucha, los exterminaron completamente. Desde entonces, Turión, que adoptó las instituciones de Carondas, vivió en paz en el interior y en el exterior. Algunos atenienses tomaron también parte, al parecer, en la fundación de Parténope, sobre el mar Tirreno, y una inscripción de fecha posterior ha conservado un decreto del pueblo que enviaba colonos al litorial italiano del Adriático, á fin de combatir á los piratas etruscos de Hadria y Espina (2).



Lysias (1)

Por el antiguo sistema colonial de los griegos, la colonia llegaba á ser muy pronto extranjera para la metrópoli, y lo mismo sucedió con algunos establecimientos coloniales del siglo v, tales como Turión, Anfípolis, etc. Las cleruquias de Pericles tuvieron un carácter muy diferente; representaban un acto del poder público, y los países donde Atenas las estableció eran una verdadera extensión del territorio del Atica. Los clerucos conservaban en ellos todos sus derechos de ciudadanía; estaban

(1) Busto del orador Lysias (ΛΥΣΙΑΣ) conservado en el museo de Nápoles. (Según una fotografía.)

(2) Bœckh, *Seewesen;* p. 462, ...περὶ τῆς εἰς τὸν Ἀδρίαν ἀποικίας.

inscritos, ellos y sus hijos, en su dema de origen, y podían sacrificar en los altares de las divinidades poliadas (1). Aristófanes y Platón serán hijos de clerucos que se establecieron en Egina. En las discusiones judiciales, y en el momento de repartir los cargos litúrgicos, aquellos colonos tenían una excusa legal, considerándoseles como ausentes «para el servicio de la república (2).» Por eso se decía: «El pueblo que está en Samos, el pueblo que está en Imbios: ὁ δῆμος ὁ ἐν Σάμῳ. Se les daban tierras conquistadas, excepción hecha del diezmo, que se reservaba para Atenea; de modo que la renta del dominio sagrado, y por consiguiente el tesoro que se conservaba en el Acrópolis, acrecentábase al mismo tiempo que el poder público (3). Por último, la cleruquia se organizaba como la metrópoli, adoptando una constitución calcada sobre la de Atenas; ésta enviaba á la colonia un epimeleto ó vigilante (4).

En esta política hay ciertamente algunas analogías con el sistema romano, pero mayor es aún la diferencia que entre una y otra existe. Roma, potencia continental, situada en el centro de su imperio, y teniendo cerca sus colonias, podrá defenderlas, conservándolas bajo su dominio; Atenas sólo podía guardar las suyas, diseminadas en las islas y en lejanas costas, mientras fuese dueña del mar, y de aquí resultaba para ella la necesidad de mandar siempre en él. Cuando su imperio marítimo caiga, sus clerucos serán expulsados ó conquistados; el sistema de Pericles, excelente para extender y sostener la fortuna marítima de Atenas, no podía impedir ni la pérdida de un combate naval, ni la toma del Pireo. Las colonias romanas, por el contrario, salvarán la dominación continental de Roma, protegiendo su metrópoli con un escudo impenetrable contra Pirro y los cartagineses.

La fundación de numerosas colonias no es, por otra parte, más que la mitad del sistema romano, que se completaba por la admisión en gran escala de los extranjeros al título de ciudadano. Ahora bien; Atenas practicó siempre con parsimonia suma esa política liberal que en nuestros días contribuyó al rápido engrandecimiento de los Estados Unidos de América. En 444, un príncipe libio, dueño de una gran parte del bajo Egipto, hizo un presente de trigo para que se distribuyera entre el pueblo. Pericles mandó hacer un censo de los verdaderos ciudadanos, disponiendo que se excluyera á todos aquellos cuyo padre ó madre no fueran atenienses; cerca de 5.000 habitantes fueron despojados de su título, y el número de los que le conservaron después de esta prueba se elevó solamente á poco más de 14.000. Temístocles, con este censo, no hubiera sido más que un extranjero en Atenas, porque su madre no era ateniense, y la ciudad que él había salvado le habría vendido como esclavo, si es cierto, como pretende un antiguo relato, que Pericles hizo aplicar á los 5.000 metecos la rigurosa ley impuesta contra aquellos que usurpaban el título de ciudadano. ¡Qué diferencia si Pericles hubiera abierto liberalmente la ciudad á los extranjeros, como el senado de Roma, y si los derechos políticos, en vez de reservarse para un reducido número de ciudadanos, se hubieran conferido sucesivamente á muchos! En vez de contar con algunos miles de ciudadanos, Atenas habría tenido una multitud de ellos, y el imperio, reposando sobre una ancha

(1) *Corp. inscr. Attic.*, II, 593.

(2) Mr. Foucart ha determinado claramente en una luminosa memoria sobre las colonias atenienses en el cuarto y quinto siglos la condición del cleruco. «Para él, dice, no hay más cambios en su condición de ciudadano ateniense que aquellos que la ausencia lleva necesariamente consigo; y lo particular de esta situación es que puede prolongarse durante toda la vida del cleruco, transmitiéndose á sus herederos sin alteración alguna.

(3) Herodoto, V, 77, VI, 100; Tucídides, III, 50; Demóstenes, *contra Timócrates*, § 120, dice también que una décima parte de las multas, del producto de las presas, etc., estaba asignada al tesoro de Atenea, y una cincuentava parte al de las otras divinidades.

(4) Véase *Bol. de la Corresp. helen.*, 1885, p. 51.

base, no se hubiera hundido al primer choque. Según algunos escritores, Atenas mandaba á una multitud de hombres: sus cifras son sin duda exageradas; pero aunque lo fueran en una mitad, no bastaba una imperceptible minoría de 14.000 ciudadanos para contener á tantos pueblos. Aquí está el secreto de su debilidad, y Pericles, que vió tantas cosas, no pudo reconocer que Atenas debía renunciar á su imperio ó á su egoísmo municipal (1).

Xenofonte, que vivió, es cierto, en la generación siguiente, comprendió que allí estaba el medio de salvación. «Favorezcamos á los metecos, escribió, y aseguraremos así una de las más pingües rentas, puesto que ellos vierten en nuestro seno la abundancia, y que lejos de ser un gravamen, el gobierno obtiene de ellos un impuesto por la casa que habitan. Suprimamos todas las servidumbres, tan odiosas como inútiles al Estado, que hasta ahora les hemos impuesto, dispensémosles también de servir en la infantería de línea; hagamos más; admitámosles en el cuerpo de caballería y con esto nos granjearemos su amistad, atrayendo á todos aquellos que no tengan en otra parte derecho de ciudadanía, y cuya afluencia aumentará la riqueza, la población y el poderío de nuestra república (2).»



Examen (δοκιμασία) de los caballeros atenienses (3)

He aquí, en teoría, la verdadera política; pero ¿era aplicable en Grecia como lo fué en Roma? ¿No se oponían á ella las instituciones religiosas, y más aún las ideas que predominaban sobre el carácter que una república helénica debía conservar? Pericles, como Platón y Aristóteles, no comprendía una ciudad sino con una clase media soberana poco numerosa, y

(1) Véase *Hist. de los Rom.*, primer vol. cap. XVII.

(2) *Sobre las rentas de Atica*, 2. Si este tratado no es de Xenofonte, seguramente ha sido escrito por uno de sus contemporáneos.

(3) Pintura en una copa de Orvieto, conservada en el museo de Berlín (A. Furtwangler, *Beschreibung...*, n.° 1899), según la *Archäol Zeitung*, XXXVIII (1880), tab. 15. – Tres jinetes se presentan ante la comisión del consejo (βουλή) conduciendo su caballo por la brida, para ser examinados. El pintor no representa más que dos comisarios, que se apoyan en su cetro y calzan zapatos. El primero, cuyo torso falta, está de pie delante de un secretario que tiene un díptico sobre las rodillas y parece ocupado en anotar las observaciones de aquél. El comisario examina el caballo de un jinete que se ha detenido ante él; el que está detrás de éste es sin duda un oficial, tal vez uno de los *hiparcas*. Siguen dos jinetes que conducen también sus monturas. El último personaje, uno de los comisarios, es hombre de edad, y el pintor le representa barbudo.—En el fondo de la copa se ve pintado uno de los 200 arqueros escitas que completaban la caballería ateniense; está de pie detrás de su caballo, con su traje bárbaro, y mira si es bien recta la flecha que tiene entre ambas manos. Sobre el examen ó *dokimasia* de la caballería por el Consejo, véase Martín: *La caballería ateniense*, 1886, p. 326 y siguientes. – Los *jinetes* atenienses, á los que no hay que dar el nombre de *caballeros*, porque no formaban una clase del pueblo, sino solamente una división del ejército, eran al principio de la guerra del Peloponeso 1.000 ciudadanos, á los cuales se agregaron 200 arqueros montados. Aristóteles (*Política*, IV, III, 2, IV, X, 10,) considera la preponderancia de los jinetes en la organización militar de una ciudad como carácter distintivo de los gobiernos aristocráticos. En efecto, se verá que los jinetes de Atenas, es decir, los ricos, son enemigos inveterados de la democracia, pero no fueron nunca bastante numerosos para establecer una dominación duradera. Fácil es determinar su importancia política, pero no sucede lo mismo respecto á la militar. Cabe poner en duda que Atenas haya tenido jamás sus 1.000 jinetes efectivamente montados.

ya hemos visto que los 5.000 votantes eran menos un pueblo que una corporación que gobernaba un imperio. Pero si eran poco numerosos, en cambio ¡qué emulacion! «El universo los contemplaba; reunían la doble ventaja de los pequeños Estados y de los grandes teatros (1).»

Aquel imperio tenía para su defensa recursos que al parecer le permitían arrostrarlo todo (2). Faltábale para su marina un río que desembocara en el mar, pues la mayor de las corrientes de agua de Atica reducíase á un torrente que se deslizaba en medio de las arenas hasta la bahía de Falera; pero el Pireo no estaba lejos, y ofrecía un magnífico puerto á 300 galeras, montadas por un numeroso ejército de remeros, bien esclavos y mercenarios procedentes de todas partes, ó ya metecos y hasta ciudadanos. A estos fuerzas hay que agregar 13.000 hoplitas, que á la primera señal podían entrar en campaña; 16.000 jóvenes ó ancianos para guardar las fortalezas; 1.200 jinetes, comprendiendo en este número á 200 arqueros de á caballo, y 1.600 arqueros escitas y cretenses de infantería. Varios arsenales, cuya construcción había comenzado por disposición de Temístocles, permitían reparar muy pronto las averías de las naves, frecuentes por la mala calidad de la madera empleada; y por último, el tesoro público poseía 9.700 talentos, sin contar 500 que representaban las ofrendas depositadas en los templos, el botín cogido á los medos, y los 40 talentos de oro que adornaban la estatua de Minerva. A esta reserva importante debían añadirse las rentas anuales de la república.

Si el mantenimiento de los ejércitos en aquella época costaba menos que en los tiempos modernos, porque no se contaba con artillería, ó por lo menos había muy poca (3), debiendo todo ciudadano equiparse á su costa, también es cierto que semejantes fuerzas exigían considerables gastos. La construcción de naves, la paga de los hoplitas, de los jinetes y de los remeros, el sueldo de los jueces, la indemnización á los ciudadanos que asistían á las asambleas, las distribuciones gratuitas de trigo, los gastos considerables para las fiestas, y sobre todo para los grandes trabajos que Pericles emprendió, debían exigir, por lo menos en tiempo de paz, la suma de 1.000 talentos al año. ¿Cómo hacer frente á semejantes gastos que aumentaban á la menor guerra?

En nuestras antiguas sociedades, la riqueza adquirida y transformada en bienes raíces se acumula y aumenta en las familias que saben guardarla; esta riqueza es la que la democracia moderna quisiera obtener por medio del fisco, á fin de disminuir en otro tanto los impuestos de consumos, cuya mayor parte pagan los pobres á causa de su mayor número. Los griegos, por el contrario, pueblo joven que llegaba á la fortuna por el comercio y la industria, mucho más que por la propiedad territorial, no quería las contribuciones directas. En Atenas repugnaba, á menos de necesidad urgente, crear impuestos sobre la propiedad y el trabajo, como sucedió en 428, cuando los ciudadanos facilitaron al Estado 200 talentos (4).

---

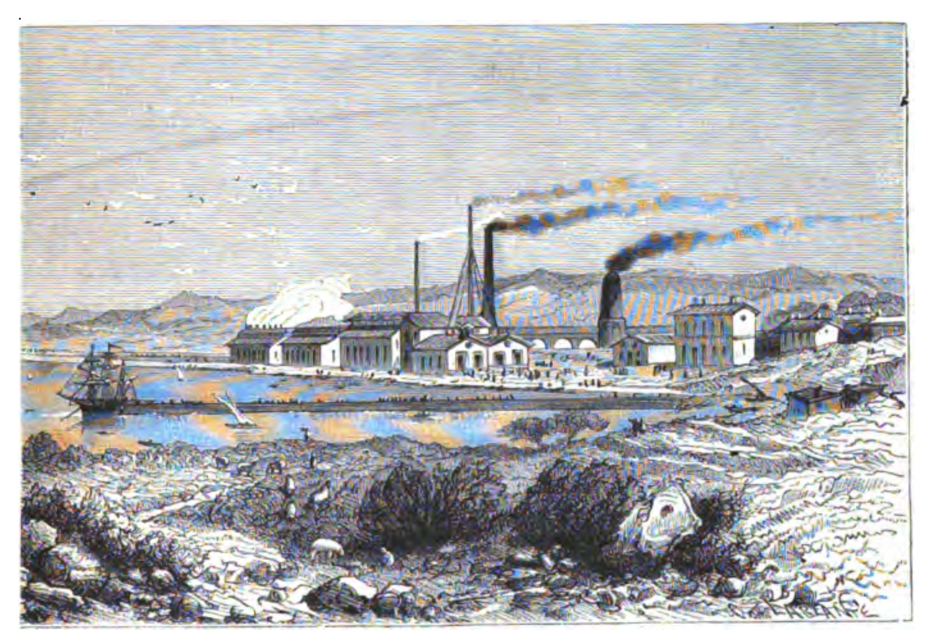
(1) Mme. de Stael, *Sobre la Literatura*, etc., parte I, cap. I.

(2) Exponemos con algunos detalles el presupuesto ateniense, porque los otros Estados griegos tenían, en menor proporción, y según las circunstancias, ingresos y gastos semejantes. «Excepto los tributos, dice Bœckh (*Econom. polit. de los Aten.*, t. II, p. 4), los demás Estados griegos contaban con los mismos ingresos.» El marco de la moneda ateniense era una pieza de plata, la dracma, que tenía un valor intrínseco de 0'93 pesetas, poco más ó menos. Véase tomo I, p. 206 nota 3. El talento, ó 6.000 dracmas, era una moneda imaginaria. Sobre las ventajas que reportaba á los traficantes extranjeros vender en el Pireo sus mercancías por plata contante, mientras que en otros puntos debían vender al cambio, véase *Rentas del Atica*, cap. III.

(3) Pericles se sirvió de las máquinas en el sitio de Samos.

(4) Tucídides, III, 19.—«Fué la primera vez, dice, que los atenienses se vieron obligados á so-

Las mejores rentas eran al parecer las que provenían de los bienes del Estado y de las contribuciones indirectas; en caso de peligro, contábase con los donativos voluntarios, que muy rara vez faltaban, y en tiempo normal con los préstamos de los ricos. En cuanto á los extranjeros, metecos que habitaban en la ciudad y ejercían el tráfico al abrigo de sus leyes, pagaban un tributo, el *metoikión*, como precio de las facilidades que Atenas proporcionaba á su comercio; y el esclavo satisfacía



El Laurión (1)

una capitación por el rescate de su cabeza, siendo el amo quien la pagaba (2). En virtud de estos principios contábanse en Atenas siete principales fuentes de ingresos:

1.° El producto de los *dominios* del Estado, bosques, pastos, tierras laborables, casas, salinas, aguas, minas, etc. (3). Estos dominios estaban arrendados á plazo fijo ó á perpetuidad, á fin de que el Estado no se viera en la precisión de crear un ejército de funcionarios públicos para administrarlos. El precio del arrendamiento se pagaba generalmente en dinero. Las minas de plata del Laurión se extendían en una longitud de 11.000 metros, desde una á otra ribera, entre Anafistos y Toricos, burgo en cuyas inmediaciones se encontraban esmeraldas falsas. Estas minas producían hasta 40 talentos en tiempo de Temístocles, que hizo aplicar esta renta á la construcción de naves. Durante la guerra del Peloponeso faltaron brazos que las

meterse al pago de la contribución.» Algunos sabios han comprendido que el εἰσφορά se estableció por primera vez *durante la guerra del Peloponeso*.

(1) Según una fotografía. – La vista se ha tomado por el NE., viéndose el puerto y las fábricas modernas del Laurión (Ergastiria).

(2) Sobre la condición de los metecos y de los esclavos, v. t. I, pág. 224.

(3) Los templos, propiedad del Estado ó de los municipios, tenían sus bienes, que se arrendaban para sufragar los gastos del culto. Véase más adelante.

explotaran y entonces fueron menos productivas; pero con la paz renació en ellas la actividad (1). El Estado vendía á los ciudadanos, y á los extranjeros á quienes se otorgaban derechos civiles, la facultad de explotar porciones de las minas, mediante el pago de un talento, poco más ó menos; pero además de esta cantidad, el Estado percibía anualmente una vigésimacuarta parte del producto de las mismas. Fuera de Atica, los atenienses tenían las minas de oro de Tasos y los de Scapté-Hylé, en Tracia, que producían juntas de 200 á 300 talentos. El historiador Tucídides poseía una parte de las minas de Scapté-Hylé, donde escribió su historia. Es posible que los clerucos pagaran también una cuota á la metrópoli por las tierras de ella recibidas (2).

2.° Las *multas*, las costas judiciales y las *confiscaciones*. Los ingresos por tales conceptos ascendían á una considerable cantidad, pues Xenofonte nos da á entender que eran suficientes para pagar los sueldos de los jueces.

3.° *Aduanas*. En el *emporión*, en donde se hacía el comercio marítimo al por mayor, y en el *mercado*, donde se vendía al por menor, percibíanse estos derechos. Toda mercancía importada ó exportada por mar, estaba sometida, además, á un derecho de una quincuagésima parte, ó sea un 2 por 100, el πεντηκοστή, que siempre se pagaba en metálico, y nunca en especie (3). Por los cereales se pagaban, como derechos de importación, 10 talentos del producto en bruto al año (4). Las demás mercancías, ganado, salazones, vino, aceite, miel, metales, etc., pagaban más. Es probable que todo barco tenía que pagar como derechos el 1 por 100 del valor de su cargamento para permanecer en el puerto, y que los extranjeros satisfacían otro tanto para vender en el mercado. Nada se sabe sobre el comercio terrestre.

Estaba prohibida la exportación de los productos del suelo y de las cosas necesarias para la construcción y el equipo de los barcos, exceptuándose solamente de esta regla el aceite, cuya producción excedía á lo necesario para el consumo local. Los *sicofantes*, ó acusadores de aquellos que exportaban higos, llegaron á ser tan tristemente famosos como los delatores romanos.

Se puede considerar como un producto de aduanas el impuesto de un 10 por 100 que Atenas exigía, en la travesía del Bósforo de Tracia, sobre el valor de los cargamentos procedentes del Ponto Euxino, á fin de indemnizarse de los gastos ocasionados para vigilar aquellos mares (5).

4.° *El impuesto de los extranjeros* domiciliados en Atenas (*metecos*). Era de 12 dracmas anuales para el jefe de familia, y 6 para los niños; la viuda del meteco pagaba 6 dracmas. Además de pagar este impuesto, los libertos debían satisfacer una contribución de 3 óbolos, que era probablemente la capitación impuesta sobre cada esclavo y pagada por su amo. En cuanto á las cortesanas, estaban sujetas también al pago de una contribución particular.

El meteco que no satisfacía su contribución era vendido; pero no se le ha de confundir con el *isótele*, ó extranjero asimilado á los ciudadanos, y que sin ejercer los derechos políticos, quedaba libre del impuesto de permanencia y de la obligación de elegirse un patrono.

(1) Las escorias que los antiguos dejaron son aún bastante ricas para ser explotadas con provecho.

(2) Eliano, *Hist. var.*, VI, 1.

(3) Este impuesto, en el año 400, después de los grandes desastres, produjo aún 36 talentos al Estado y 6 al arrendador, lo cual supone transacciones solamente por valor de unos 2.000 talentos, ó sea la cantidad de 11.200.000 pesetas como valor absoluto. (Andócides, *Sobre los misterios*, 23.)

(4) Véase Perrot, *El comercio de los cereales en Atica*, en la *Revista histórica*, t. IV, 1877.

(5) Demóstenes, *Contra Leptino*, 60. Este derecho fué restablecido después de la victoria de Egos-Potamos, por Trasíbulo. (Xenofonte, *Helen.*, IV, 8, 27.)

5.° Los *tributos* de los aliados. Ascendían en el año 438 á 600 talentos, de los cuales se destinaban una sexagésima parte, ó sea una mina por talento, á Minerva, guardiana del tesoro público. En 425 se dobló la cuantía de los impuestos, pero en vista de las quejas de los aliados, fueron en 413 sustituídos por un vigésimo, que los recaudadores atenienses cobraban sobre las mercancías á la entrada y salida de todos



Pintura en el fondo de una copa. (Museo Británico) (1)

los puertos de las ciudades aliadas. Esta combinación se prestaba á muchos abusos y duró poco. Desde el año 409 se habla ya otra vez de la recaudación de los tributos (2).

6.° *Contribuciones* de los ciudadanos. Eran de dos clases: *el impuesto sobre los bienes*, que no se cobraba sino en caso de urgencia, y las *liturgias* ó prestaciones debidas al Estado por aquellos cuya fortuna excedía de tres talentos. Los huérfanos estaban exentos de la liturgia, pero no del impuesto. Contábanse cuatro liturgias principales, á saber: la *coregia*, ó preparación y dirección de los coros para las fiestas y espectáculos (3); la *gimnasiarquía*, ó conservación de los gimnasios que daban

(1) Pintura en el fondo de una copa de la fábrica de Eufronios, actualmente conservada en el Museo Británico (*Catálogo de los vasos etruscos y griegos del Museo Británico*, n.° 822); según W. Klein, *Euphronios*, 2.ª edición, p. 98. – Una cortesana de pie al lado de un hombre sentado en una κλίνη poco elevada.

(2) Xenofonte, *Helen.*, I, 3, 9.

(3) La ley había fijado una edad legal, que era la de 40 años, para los *coregos* encargados de dirigir los coros de niños, escrúpulo meritorio que atestiguan otras leyes de Atenas. Véase Esquino, *Contra Timarcos* (*Oratores attici*, de Didot, t. II, p. 31).

gladiadores para los juegos públicos; el *hestiase*, ó dirección de los festines públicos que se celebraban en ciertas circunstancias; y la *arquiteoría*, para conducir á Delos ó á Delfos diputaciones solemnes.

La *trierarquía*, liturgia muy antigua, consistía en la obligación impuesta á los ciudadanos más ricos de subvenir á los gastos del ejército y al mantenimiento de las galeras construídas por el Estado, que daba las naves, los aparejos viejos ó nuevos y la paga de las tripulaciones. Esta especie de impuesto sobre la renta, y hasta sobre el capital, no duraba más que un año para cada individuo, pero repetíase dos años después. Había mil doscientos trierarcas, pues cada una de las diez tribus nombraba ciento veinte. Hacia fines de la guerra del Peloponeso, los menos ricos de ellos se reunían para pagar el gasto que uno solo no hubiera podido soportar. En el año 357 fueron distribuídos en veinte clases, subdivididas, según la fortuna, en secciones de cinco á diez y seis individuos, y cada sección se encargó del sostenimiento de una galera, que uno de sus miembros mandaba. Demóstenes introdujo, además, en el año 340, una organización que impidió que esa liturgia fuese una carga demasiado pesada; pero de todos modos, no era menos onerosa, y por eso los que estaban sometidos á esta obligación podían sustraerse indicando alguno que fuese más rico que ellos: á esto se daba el nombre de ἀντίδοσις. El ciudadano designado por una liturgia tenía el derecho de transmitir esta carga á otro, ofreciéndole el cambio de sus bienes (1). El trierarca cuya galera se presentaba corriente antes que ninguna otra, recibía una corona (2), y todos rivalizaban en celo para decorar sus naves con magníficas esculturas (3).

No se ha de creer que estos cargos fuesen el rescate de las grandes fortunas y que Atenas no respetase la riqueza sino á condición de que ésta diese al pueblo fiestas y trabajo, y que proporcionara al ejército su caballería, así como á los marinos los barcos en que defendían con su brazo y su pecho el poder de la república. Las liturgias tenían un carácter religioso y patriótico, pues sin ellas, el culto se habría reducido á frías ceremonias, insuficientes para imponer á las almas, y la juventud hubiera carecido en su educación de esos ejercicios que preparaban al ciudadano para ser soldado. No eran producto de un socialismo feroz, ni se habían instituído con el fin de establecer una igualdad que la naturaleza no conoce, y que ni aun Esparta pudo realizar (4). Considerándose á la ciudad como una familia aumentada, y á los

---

(1) Sobre el ἀντίδοσις, véase el discurso de Demóstenes *Contra Fenipos*, y el de Isócrates, *Del Antidose*, con la erudita introducción de E. Havet. A. Bœckh, que no es ni con mucho amigo de la democracia ateniense, no clama contra la tierarquía, la más dispendiosa de esas liturgias, y la que ha dado origen á tantas declamaciones contra los atenienses. También ha observado que la desigualdad de las fortunas no fué nunca considerable en Atenas. Añadamos que esta desigualdad, con su doble peligro de dar nacimiento á una clase demasiado rica, con frecuencia ambiciosa y servil, y á otra excesivamente pobre, servil también y siempre dispuesta á las revoluciones, no comenzó á ser sensible hasta el tiempo de Demóstenes, y aun dice este orador que los ciudadanos creen disfrutar de una fortuna honrada cuando tienen bienes raíces por valor de 15 á 20 talentos y pueden dar un dote de 100 minas á sus hijas Ni aun después de los Treinta Tiranos se contaron 5.000 individuos que no tuviesen alguna tierra de su propiedad (Dionisio de Halicarnaso, *Lysias*, 32 . En los buenos días de Atenas contábanse pocos ricos y pocos pobres; era el *aurea mediócritas* de Horacio, tan buena para el Estado como para el individuo. Montesquieu aprueba las liturgias. – Algunos σύνδικοι, instituídos más tarde, recibieron el encargo de atender á la defensa de los intereses del Tesoro. Los romanos tendrán también sus abogados del fisco.

(2) Véase en la colección de las defensas de Demóstenes el discurso titulado: *Para la corona trierárquica.*

(3) Tucídides, VI, 31.

(4) Estas cargas impuestas á la riqueza la salvaron tal vez, impidiendo que la democracia ate-

ricos como los primogénitos de la casa, éstos debían prestar al Estado un auxilio que los más jóvenes, es decir, los pobres, no podían darle. La idea de que las cargas onerosas se debían reservar para los ricos era el principio mismo de la organización financiera de las ciudades griegas, y una costumbre general de la antigüedad clásica (1). Demóstenes dirá en la *Filípica IV.ª*: «Es preciso que en los días de peligro los ricos ofrezcan sus bienes al Estado.» Por lo demás, éstos obtenían, gracias á ello, una compensación, pues señalábanse así ante el pueblo, que tenía en cuenta esto en los días de elecciones.

7.° Los *bienes religiosos*. Por último, el tesoro de Atenea, en el Acrópolis, y el de los otros dioses, eran un recurso considerable. En caso de necesidad, la república tomaba dinero prestado á la diosa bajo ciertas condiciones, determinadas por una ley del año 435, que fijó en 1 y medio por 100 el interés de las sumas adelantadas. Este dominio de los dioses acrecentábase con el imperio de Atenas, puesto que cada vez que se fundaba una colonia, la décima parte de las tierras se reservaba para los templos (2). Por eso la administración de aquellos bienes era un cargo muy importante. Los dioses tenían sus tesoros, que todos los años, al fin de cada ejercicio, rendían sus cuentas al Consejo de los Quinientos, entregando á sus sucesores un estado expresivo de todos los objetos cuyo depósito se les confiara. En tiempo de Pericles, los tesoreros de Atenea y de los demás dioses formaban dos colegios, compuesto cada uno de ellos de diez individuos que se elegían anualmente, uno por tribu; más tarde, hacia el año 400, reuniéronse en uno solo (3).

Casi todos los impuestos estaban arrendados á individuos ó á compañías que los cobraban por su cuenta y riesgo. La quincuagésima parte por sí sola reportaba 36 talentos al Estado, sin contar los beneficios de los arrendatarios, que se enriquecían tan pronto como los tratantes de nuestra antigua monarquía y no eran más apreciados.

El *Emporión* ó mercado tenía cinco pórticos, uno de los cuales, el δεῖγμα, ó muestrario, confiado á la vigilancia de los inspectores *(epimeletos)*, era el punto de reunión de los negociantes, haciendo las veces de Bolsa ó Palacio de comercio. Allí se guardaban las muestras de los géneros depositados en los *docks*, y por ellas se hacían los contratos.

En las diferencias sencillas que surgían entre negociantes, los inspectores del mercado eran los que las resolvían; pero cuando se trataba de contravenciones, debíase apelar á los heliastas. En este caso, el ciudadano acusador recibía, si ganaba su causa, la mitad de la suma que por su denuncia había de ingresar en el Tesoro; y si perdía sin haber obtenido la quinta parte de los sufragios, pagaba una multa de 1.000 dracmas (4).

---

niense decretara, como Solón, la abolición de las deudas, ó una diminución en el valor de la moneda. Véase, t. I, pág. 385.

(1) Véase *Bol. de la Corresp. helen.*, enero 1887, p. 37; é *Historia de los romanos*.

(2) Además de la sexagésima parte del tributo de los aliados, de la renta de sus tierras, del producto de ciertas multas, de la parte que le correspondía sobre las *presas*, etc., Atenea tenía por cada nacimiento y cada defunción ingresos en especie, que consistían en una medida de cebada, otra de avena y un óbolo (Aristóteles, *Econom.*, II, 2).

(3) *Bol. de la Corresp helen.*, t. II, p. 36 y siguientes. Lo que pertenecía á los dioses se denominaba: τὰ ἱερὰ χρήματα; los bienes del Tesoro del Estado se llamaban τὰ ὅσια. Lo mismo sucedía entre los romanos que tenían las *Res sacræ et res sanctæ* (Darestes, *Defensas políticas de Demóstenes*, I, 172). Sobre esta cuestión de los bienes sagrados, véase Homolle: *Los archivos y la intendencia sagrada en Delos*, 1887.

(4) Demóstenes, *Contra Teócrines*, 6.

No es posible hacer una evaluación precisa de las rentas públicas. Según el cálculo de algunos, elevábanse á 1.000 talentos, y Aristóteles supone que á 2 000; pero esta cifra es sin duda exagerada. Recordemos, no obstante, que antes de emprenderse las grandes construcciones de Pericles existían en el Tesoro 9.700 talentos de reserva. Ahora bien; el dinero valía de ocho á diez veces más que hoy, y aun quizás la proporción era mayor (1); de modo que era una renta casi igual á la de algunos reinos europeos.

Otra señal de la riqueza pública, otro recurso para el Estado, era la fortuna de los particulares, que había aumentado para todos, y aun para algunos era ya demasiado considerable. En el siglo de Solón, estimábase que siete talentos eran una gran fortuna; en tiempo de Cimón, el rico Calias pagaba una multa de 50 talentos sin empobrecerse; Temístocles poseía el doble ó el triple; Nicias tenía 100, como Alcibíades, y más de 1 000 esclavos que trabajaban para él en las minas. Si la guerra azotaba el Tesoro público, los particulares, pues, se hallaban en estado de rehacerle, y ya acabamos de ver que el gobierno no vacilaba en pedir á los que podían dar.

Esas fortunas no consistían en bienes raíces, pues Atica, como el resto de Grecia, era un país de poco cultivo y de escasa propiedad. Los dominios de Alcibíades, que no excedían de 28 hectáreas, pasaban, sin embargo, por muy considerables, y todo el suelo de Atica no producía apenas las dos terceras partes del trigo que se necesitaba para el consumo. La riqueza provenía del comercio, de la industria y de la banca, que la repartían entre un gran número de ciudadanos, y se hallaba tan dividida, que Isócrates podía decir: «No hay nadie bastante pobre para avergonzar al Estado con la mendicidad (2).»

Atenas no despreciaba como Lacedemonia el trabajo manual; tenía una industria floreciente, y sus armas y objetos de metal, como sus muebles y curtidos, merecían en todos los mercados la preferencia sobre los productos similares; sus artículos de alfarería se exportaban hasta Gadés; y sus objetos artísticos, sus libros y tejidos, llegaban á todas partes. Alimentaban la importación el pescado y el vino de las islas; la púrpura y cristalería de Tiro; el estaño que los armadores fenicios iban á buscar lejos; los papiros de Egipto; el oro, el hierro, la lana y los tejidos de la costa de Asia; los cereales, los cueros, el alquitrán, los cordajes, las maderas de construcción y los numerosos esclavos comprados en los países ribereños del Helesponto y del Euxino. El comercio, protegido en todos los mares helénicos por la flota de guerra, mostraba tal actividad, que Isócrates llama al Pireo «Mercado de la Grecia entera.» Y no lo era solamente por las costumbres de los comerciantes, sino en virtud también de tratados y de leyes. Los aliados se habían comprometido á no enviar más que á ese puerto ciertas mercancías, y un ateniense no podía interesar en un barco que saliese del Pireo, sino á condición de que volviese con un cargamento de retorno. Atenas tenía otra ventaja, y era una excelente moneda, uni-

(1) Algunos escritores suponen una diferencia mucho mayor y para obtener el valor del cambio del dinero en tiempo de Pericles multiplican por 12 las cifras que los antiguos nos dan; esta cifra es la que J. B. Say propone, fundándose en el precio del trigo en aquella época; mas por una inscripción que más adelante citaremos, se puede ver que el salario cotidiano era de una dracma, ó una peseta poco más ó menos, que multiplicada por 3 ó 4 daría el precio medio del jornal de nuestros trabajadores de hoy día. Estos multiplicadores serían aún demasiado subidos si se aplicasen á los tres óbolos que el esclavo público recibía para su alimento diario. El problema del valor relativo de la moneda es casi imposible de resolver. Aun en Francia, y en nuestro tiempo ¿vale una moneda de cinco francos tanto en París como en el interior de la Bretaña ó de las Landas?

(2) Isócrates, *Areop.*, 38; Bœckh, lib. IV, cap. III.

versalmente solicitada. «En la mayor parte de las ciudades, dice Xenofonte, la moneda sólo tiene un valor local, y los mercaderes se ven obligados, por lo tanto, á cambiar sus géneros por otros. Atenas es una excepción en este sentido, pues sus dracmas circulan por todas partes (1).» A fin de aumentar el crédito, esa ciudad imponía la pena de muerte al monedero falso (2). El comercio del dinero era muy activo en Atenas, en donde había sociedades en comandita y socios capitalistas que percibían dividendos. Los banqueros hacían adelantos sobre depósitos de títulos ú objetos preciosos; llevaban sus libros de cuentas, donde se apuntaban las entradas y salidas de fondos, la correspondencia, y si no la letra de cambio, por lo menos el talón. Sin tener carácter oficial, los banqueros eran depositarios de las escrituras y contratos que hoy se confían á los notarios; hacían adelantos á las ciudades, y suscribían en cierto modo empréstitos al Estado (3). Añádase, por último, que la República no imponía más que un derecho de 10 por 100 *ad valorem;* que sus tribunales de comercio despachaban en invierno todos los procesos; que la severidad de su legislación respecto á las deudas garantizaba la ejecución de los contratos (4); y en fin, que el alto precio del dinero, que se prestaba algunas veces al 18 por 100, ó más aún, permitía á los que guardaban capitales aumentar rápidamente su fortuna.

Pero ¿de qué iban á servir ese poderío y esos tesoros? Cuando Pericles regresó á Atenas, después de la rendición de la isla de Samos, hizo la oración fúnebre de los guerreros muertos en aquella lucha, y sus palabras conmovieron de tal modo á la multitud, que cuando bajó de la tribuna, los atenienses ornaron á porfía su cabeza de guirnaldas, como al volver de Olimpia se coronaba de flores á los atletas victoriosos. Pero Elpinice, acercándose á él, le dijo: «En verdad que son brillantes tus hazañas, Pericles; pero nos has hecho perder muchos buenos ciudadanos, no en guerra contra los medos, los fenicios y los bárbaros, como mi hermano Cimón, sino destruyendo una ciudad que es de nuestra propia sangre y aliada nuestra.»

Estas palabras de Elpinice demuestran el cambio que se había operado hacía algunos años en el gobierno de Atenas. Pericles no pensaba ya en los bárbaros, expulsados de los mares de Grecia, y que era inútil ir á buscar al Asia; y reprendía duramente á los que hablaban de conquistar el Egipto ó de atacar la Sicilia. Como aquel sabio romano que pedía á los dioses, no que aumentara la fortuna de Roma, sino que la conservase, pensaba que más valía emplear los recursos de Atenas en guardar sus posesiones que en extenderlas, y que era preciso aprovechar para la paz todas las fuerzas que la guerra ya no utilizaba. Atenas entregaba al genio del comercio y de las artes aquellos mares pacificados, y aquellas ciudades á las cuales dispensaba su poderosa protección. Por tal égida amparado, el pueblo griego se consagraba completamente á los trabajos fecundos de la civilización, guiado aún en aquella vía por la noble ciudad que se había puesto á su frente. Para Atenas no había llegado todavía el tiempo de las locas empresas; ocupada del todo en las artes, en la literatura y en el comercio, renunciaba á la política agresiva de Cimón, sin adoptar aún la política aventurera de Alcibíades. Esto es precisamente lo que constituye la belleza de aquel período de la vida del pueblo ateniense, y la grandeza verdadera de Pericles, que presidía aquella gloriosa y pacífica prosperidad.

(1) *Rentas de Atica*, 3.

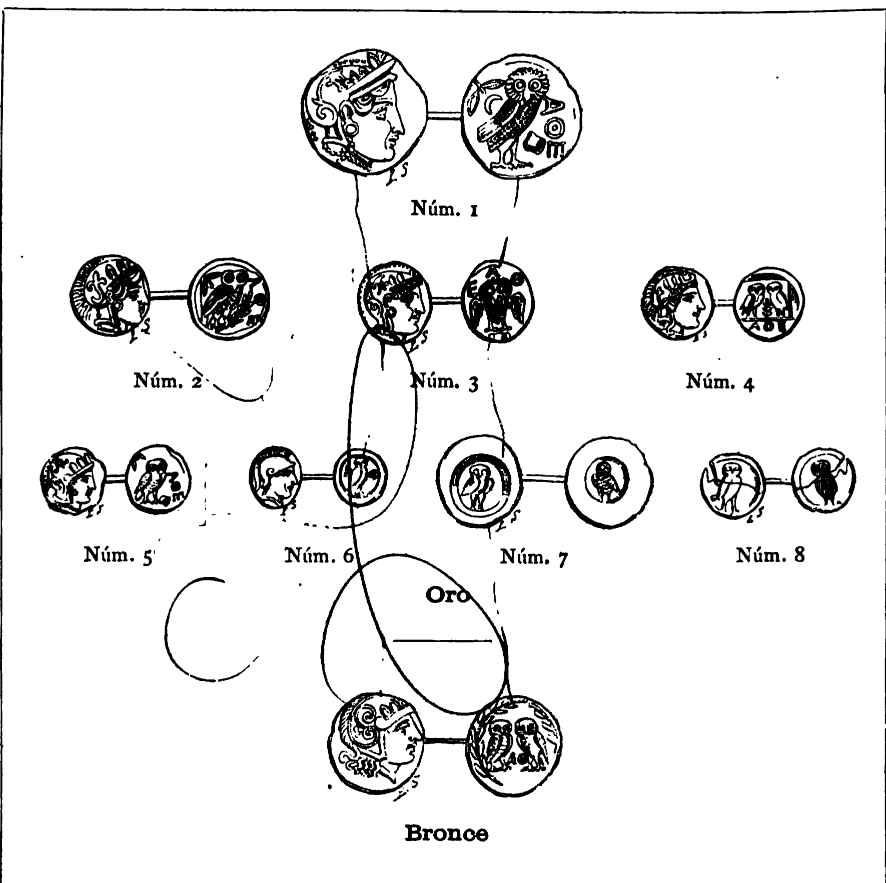
(2) Demóstenes, *Contra Timócrates*, 213.

(3) G. Perrot, *El comercio del dinero en Atenas.* El interés corriente era el 1 por 100 mensual, y en ciertos casos el 1 1/2. Tratándose de préstamo marítimo, no había límite.

(4) Notaré de paso que el contrato de arrendamiento era el mismo en Atenas que entre nosotros.

CUADRO DE LAS PRINCIPALES MONEDAS DE ATENAS

(ORO Y BRONCE) EN LOS SIGLOS V Y IV



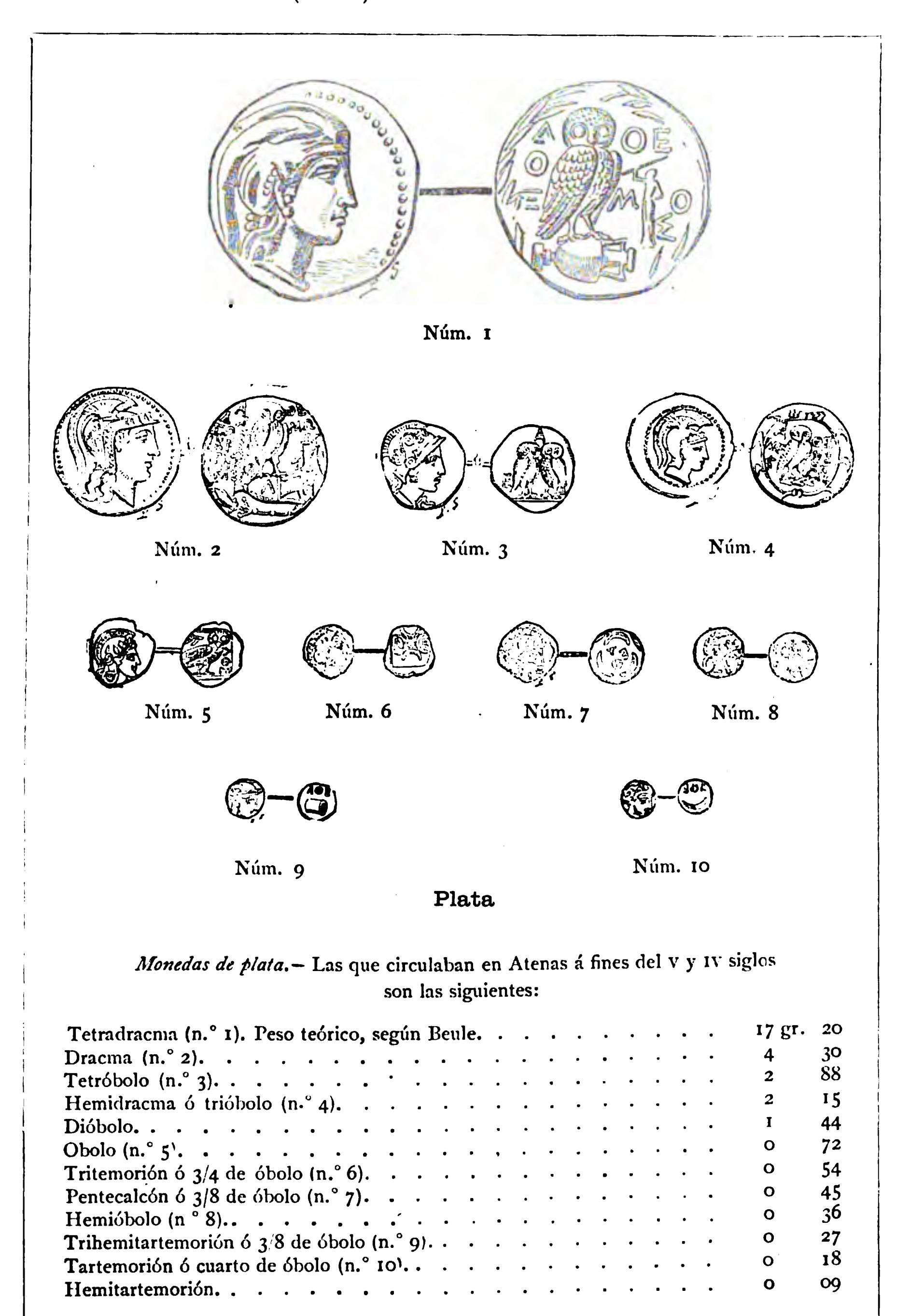
Monedas de oro.—Las que comenzaron á acuñarse en Atenas hacia el año 430 son las siguientes:

Criso ó estatera (n.° 1). Peso teórico, según Beule.	8 gr.	60
Hemicriso ó semiestatera (n.° 2).	4	30
Tercio de estatera (τρίτη).	2	88
Cuarto de estatera (τετάρτη) (n.° 3).	2	15
Hecté, sexta parte de estatera, (n.° 4). Véase *Boletín de la Correspondencia Helénica* t. VI, 210.	1	44
Semihecté (ἡμιέκτη) ú óbolo de oro (n.° 5).	0	72
3/8 de hecté.	0	54
Cuarto de hecté ó semióbolo de oro (n.° 6).	0	36
Octava parte de hecté (n.° 7).	0	18
Décimasexta parte de hecté (n.° 8).	0	09

Moneda de bronce. – Se comenzó á acuñar la moneda de bronce en Atenas bajo el arcontado de Calias, en el año 406. Esta moneda tenía por tipo en el anverso la cabeza de Minerva con casco, y en el reverso la inscripción **ΑΘΕ** con uno ó dos mochuelos en una corona de olivo.

CUADRO DE LAS PRINCIPALES MONEDAS DE ATENAS

(PLATA) EN LOS SIGLOS V Y IV



Plata

Monedas de plata.— Las que circulaban en Atenas á fines del V y IV siglos son las siguientes:

Tetradracma (n.° 1). Peso teórico, según Beule.	17 gr.	20
Dracma (n.° 2).	4	30
Tetróbolo (n.° 3).	2	88
Hemidracma ó trióbolo (n.° 4).	2	15
Dióbolo.	1	44
Obolo (n.° 5).	0	72
Tritemorión ó 3/4 de óbolo (n.° 6).	0	54
Pentecalcón ó 3/8 de óbolo (n.° 7).	0	45
Hemióbolo (n.° 8).	0	36
Trihemitartemorión ó 3/8 de óbolo (n.° 9).	0	27
Tartemorión ó cuarto de óbolo (n.° 10).	0	18
Hemitartemorión.	0	09

Sin embargo, esta fortuna no debía durar largo tiempo. El Estado no reposaba en una base bastante ancha, y los lazos que mantenían reunidas todas las partes del imperio eran demasiado tirantes para no causar daño. Los impuestos á que se había sometido á los aliados, la cesión forzosa de una parte de sus tierras á los clerucos atenienses, y la obligación de llevar algunos de sus procesos á Atenas, y varias de sus mercancías en el Pireo, constituían una triple servidumbre financiera, judicial y comercial que debía ocasionar la sorda irritación que veremos estallar durante la guerra del Peloponeso.

III. – LA CONSTITUCIÓN ATENIENSE

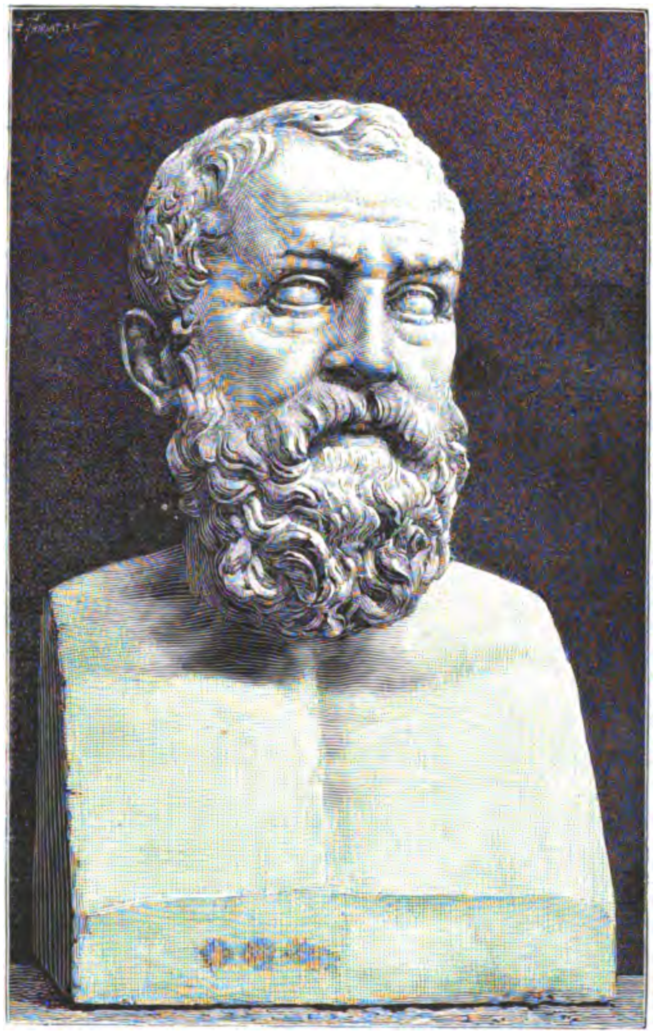
En tiempo de Pericles, la constitución tomó la forma que conservó hasta los últimos días de la independencia de Atenas. Dos principios rigen en ella; uno es el derecho soberano del pueblo que legisla, juzga y administra, ó por lo menos determina la dirección que el poder ejecutivo habrá de seguir; otro es la renovación anual de los magistrados, elegidos ó nombrados por suerte.

La democracia que hoy vuelve á servirse de la frase de Luis XIV: «El Estado soy yo,» había entre los antiguos puesto naturalmente en práctica esta doctrina, pues para pequeñas ciudades rodeadas de peligros, la seguridad no podía hallarse sino en una concentración enérgica de la vida social. La libertad, la fortuna y la vida de los ciudadanos, el derecho, la justicia y la moral, todo estaba sometido al interés del Estado, y la fórmula romana *salus populi suprema lex esto* parece haber sido escrita para las repúblicas griegas. Hemos dicho ya (1) que no debe causar extrañeza encontrar en Atenas costumbres que parecen singularmente vejatorias para los hombres liberales, como por ejemplo las *liturgias*, pesada carga impuesta á los ricos. Para el Estado, el pobre daba en caso necesario su vida; justo era que el rico diese su fortuna; y contra esta exigencia que data de Solón, ó quizás aún de más antiguo, no se formulará reclamación alguna, como no sea cuando se haga de ella, en vez de una obligación patriótica, un medio de venganza particular contra el eupátrida cuya ruina se intente. Herodoto admira el gobierno de Atenas (2); Platón no opinará lo mismo: «Devorado por una ardiente sed de libertad, dice, que algunos malos escanciadores le dan pura, haciéndosela beber hasta embriagarse, el Estado democrático llega por la licencia general á la esclavitud La libertad excesiva debía producir más pronto ó más tarde un extremado servilismo (3).» Pero si Platón estuvo en lo cierto por lo que hace á varios momentos de la vida democrática, para lo que atañe á la constitución de Atenas en tiempo de Pericles será preferible á la opinión del filósofo, amigo de Dionisio el Joven y de los grandes, la del historiador que había visto y comparado tantos regímenes diferentes. El sabio Arístides era quien había puesto los cargos públicos al alcance de todos los ciudadanos, principio que formará el fondo de la *Política* de Aristóteles; y Efialto fué el que despojó al Areópago, foco de oposición aristocrática, de sus más importantes prerrogativas, sin privarle por eso de la pública estimación, como lo prueban las siguientes palabras pronunciadas por Demóstenes un siglo más tarde: «Ese tribunal es el único que ha conservado el derecho de conocer de las causas de asesinato, y jamás acusador desahuciado, ó culpable condenado, tacharon al Areópago de injusto (4).» En su

---

(1) Véase p. 145.
(2) Véase p. 104.
(3) En el libro VIII de la *República*.
(4) *Contra Aristócrates*, 66.

discurso de la *Corona*, refería además los dos hechos siguientes: un desterrado vuelve á la ciudad á pesar de la ley; el pueblo, seducido por sus elocuentes palabras, le perdona que haya quebrantado su destierro; pero el Areópago vuelve á instruir el



Solón (1)

proceso y hace condenar al culpable. Otro día, el pueblo designa como diputado para el consejo anfictiónico al orador Esquino, cuya integridad era sospechosa; el Areópago declara que conviene dar la preferencia á Hypérides, y el pueblo, aceptando la lección y al nuevo elegido, le nombra para aquel cargo (2).

(1) Busto en mármol del museo de Nápoles (de una fotografía).—La opinión que atribuye este busto á Solón no parece suficientemente justificada.

(2) Esta autoridad moral del Areópago duró largo tiempo. Aulo-Gelio (XII, 7) nos refiere

Hay algo más democrático que la elección por el sufragio universal, y es la que se hace á la suerte, pues el pueblo no da á menudo más que á los grandes los destinos accesibles para todos; tal sucedió en Roma después de crearse el tribunado militar. No sabemos en qué época se instituyó el sistema de los nombramientos por suerte; Plutarco le supone muy antiguo, y en efecto, ya se habla de él en tiempo de Solón, de Clístenes y de Arístides. Los *tesmotetes* eran los que en el templo de Teseo sacaban los nombres (1). Causa asombro y da lugar á murmuraciones el hecho de ver que la elección de los gobernantes se confíe al acaso; pero este procedimiento, detestable en un gran Estado, y hasta en una gran ciudad, no ofrecía peligro en una población pequeña, cuyo pueblo constituía una verdadera aristocracia (2), donde cada ciudadano tenía una parte real de soberanía y se instruía diariamente en la política, con las discusiones de la Agora, ó con los debates de los tribunales de justicia. No obstante, túvose al menos cuidado de exceptuar de este procedimiento la provisión de los cargos más importantes. Los diez estrategas que cuidaban de todos los asuntos militares y de la política extranjera, y que podían hasta prohibir la reunión de una asamblea ó disolverla, en una palabra, los verdaderos magistrados de la ciudad, siempre fueron elegidos (3). Lo mismo sucederá en Florencia, en donde todos los cargos se conferirán por suerte, excepto los de la *Balie* ó Comisión de guerra, que serán electivos En cuanto á los arcontes y á los senadores, la suerte no los designaba sino entre aquellos que habían pretendido públicamente estos cargos, lo cual debía reducir mucho la cifra de los candidatos; y hasta varias veces se vió que algunos de éstos se retiraban ante un ciudadano cuyos servicios le hacían acreedor á la confianza general. Añádase que estos candidatos al dar sus nombres habían de someterse á un examen, δοκιμασία, cuyo resultado podía ser una sentencia de indignidad (4); que al cesar en el cargo, debían dar cuenta de sus actos, teniendo derecho todo ciudadano á llamarlos á juicio; que aun durante el desempeño de sus funciones se hallaban bajo la vigilancia de siete guardianes de la constitución, que

---

que un procónsul de Asia, llamado Dolabella, envió á los areopagitas de Atenas una mujer de Esmirna, sobre la cual pesaba una acusación de envenenamiento, *ut ad judices graviores exercitatioresque*.

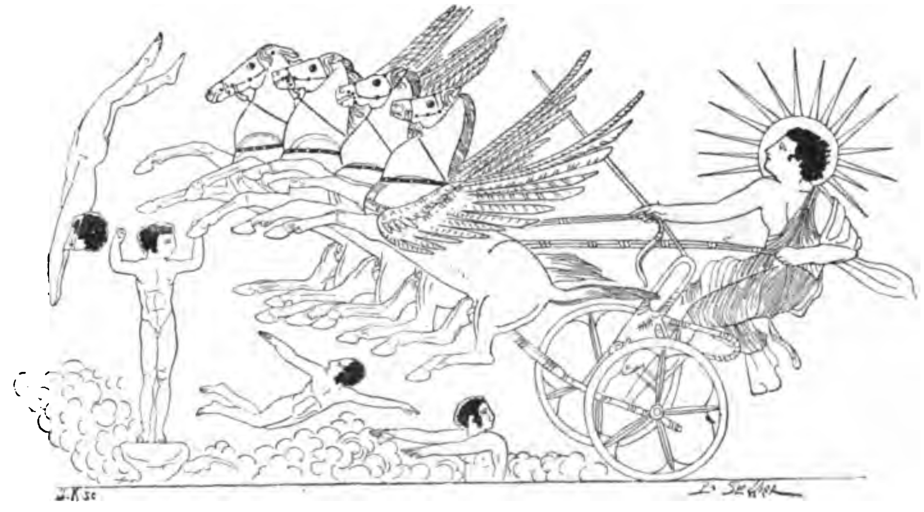
(1) Delante de ellos había dos urnas que contenían, una de ellas habas blancas y de color, y la otra los nombres de los candidatos, siendo el afortunado aquel cuyo nombre salía al mismo tiempo que una haba blanca.

(2) Véase p. 126.

(3) Respecto á estos magistrados véase Hauvette-Besnault: *Los estrategas atenienses*, 1884. A la elección por el sistema de levantar las manos, ἐπιχειροτονία, estaban también sometidos los comisarios nombrados para un asunto particular. En este caso, como en Roma, el presidente de la asamblea formaba la lista de los candidatos que proponía, y estos nombres eran los que se ponían á votación.

(4) En su memoria sobre la *Extracción á la suerte*, Mr. Fustel de Coulanges ha reunido todas las preguntas que se dirigían al candidato en el examen llamado δοκιμασία, y que eran: 1.°, si sus padres eran atenienses desde hacía tres generaciones, en línea paterna y materna; 2.°, si poseía altares de Apolo πατρῷος y de Zeo ἕρκειος, es decir, la religión doméstica de las familias antiguas y el culto de la propiedad territorial; 3.°, si honraba á sus antecesores, si tenía una tumba de familia, y si efectuaba con regularidad los sacrificios; 4.°, si había hecho todas las campañas exigidas por la ley; 5.°, si poseía el capital imponible, y si pagaba las contribuciones territoriales, cláusula que excluía de toda candidatura á los ciudadanos indigentes. De suerte que no se pedían al candidato pruebas de capacidad política ni de inteligencia, sino que bastaba la seguridad de que pertenecía á una familia antigua y acomodada. Ese interrogatorio demuestra el carácter religioso y aristocrático de la institución. Añadamos que las malas costumbres, la deformidad física, ó una deuda al tesoro, impedían aspirar al arcontado, y hasta tomar la palabra en la asamblea del pueblo: esto era el ἀτιμία. Véase Esquino, *Contra Timarcos*.

eran los nomofilacos (1), autorizados para obligarles á obrar con arreglo á las leyes; y por último, que la elección por suerte impedía los manejos ó intrigas y con ellos el más poderoso medio de acción de los ambiciosos; de modo que era difícil que el gobierno cayese en manos de un partido. Una idea religiosa iba además unida á este sistema de nombramientos y era que la suerte parecía un decreto de los dioses. Por otra parte, con los medios de que los antiguos disponían, no podía hacerse una elección por un cuerpo electoral numeroso, como lo era el de la Agora, sino



La salida del sol (Helios) (2)

por medio de una votación con las manos levantadas y sobre nombres propuestos por el presidente de la asamblea. Así se procedía en Atenas para las magistraturas electivas, pero en este caso, la influencia del presidente resultaba considerable, siendo él quien más á menudo determinaba la votación. La libertad ateniense tenía, pues, algo que ganar con aquel sistema de elección; y la parte que se dejaba á la casualidad era lo bastante limitada para que no se pudiese abusar mucho de ella. Por eso Herodoto y Platón aprueban el sistema (3), que Aristóteles y Montesquieu consideran como la esencia misma de la democracia (4). «En Herea, ciudad de

(1) Véase p. 116.

(2) Pintura de vaso (según T. Panofka, *Museo Blacas*, lám. 17). Helios, joven imberbe, coronado de rayos, se eleva sobre las olas en un carro tirado por cuatro caballos alados. Al presentarse el dios, las estrellas de la noche, bajo la forma de niños desnudos, sumérgense precipitadamente en el mar (Ilíada, V, 6); sólo la estrella de la mañana, de pie bajo las patas de los caballos, desaparece lentamente.

(3) Herodoto, III, 80, Platón; *Leyes*, lib. IV.

(4) Montesquieu, *Espíritu de las Leyes*, II, cap. II. Aristóteles, en su *Polít.*, VI, 5, dice: «Bueno es que las funciones públicas se confieran, unas por suerte y otras por sufragio. El primer procedimiento abre para el pueblo la carrera de los honores; y el segundo proporciona al Estado buenos administradores.» Curcio considera que la elección por suerte es el único medio de matar el espíritu de partido, y añade (I, 314): «*Für die bewegte Zeit des Kleisthenes gab es keine segensreichere Einrichtung als die Loosurne. Sie hatte eine beruhigende und versohnende Macht. Das Loos war etwas den grieschichen Gottern genehmes; durch das Loos liess man die Gotter entscheiden, welche über dem Wohle der Stadt wachten.*» (En los agitados tiempos de Clístenes no había institución más provechosa que la elección por suerte: en ella se encerraba un poder tranquilizador y con-

la Arcadia, suprimióse, según dice Aristóteles, la votación por escrutinio para la elección de los magistrados, y sustituyóse por extracción á la suerte, porque aquélla no confería el poder sino á los artesanos del desorden (1).» En Rodas, el sacerdote del Sol era designado por la suerte (2); y en Siracusa se hizo lo mismo para todos los magistrados después de la expedición ateniense. Igual procedimiento se observaba en cuanto á obras de beneficencia, que entre nosotros suponen una severa elección. Tres inscripciones halladas recientemente hacen mención de los legados hechos al senado de Afrodisias para ser distribuídos entre doscientos ciudadanos, cuyos nombres había de designar la suerte (3). Herodoto nos ha dicho (4) que uno de los sentimientos más arraigados en Grecia era el de la igualdad; y la importancia dada en ciertas constituciones á la designación de individuos por suerte nos lo demuestra más todavía; pero es preciso apresurarse á reconocer que este singular sistema electoral no es posible sino en Estados muy pequeños, donde no hay multitud famélica, y cuyos ciudadanos, teniendo todos, poco más ó menos, la misma cultura, podían ser todos ellos destinados sin graves inconvenientes al desempeño de ciertas funciones públicas. En Atenas no se reservaban para los elegidos por la suerte más que los cargos secundarios. Los arcontes y el Senado, despojados de su autoridad judicial, no imponían ya más que ligeras multas, y el Areópago no conservaba de su antigua jurisdicción más que el derecho de entender en ciertas causas de homicidio (5). Como la autoridad militar y política había pasado á los estrategas, casi toda la jurisdicción civil y criminal fué confiada á los cinco mil heliastas (6), que se repartían entre diez tribunales, sorteándose para cada asunto, lo cual imposibilitaba la venalidad; los heliastas se reunían á veces en número de varios miles de individuos, lo cual evitaba la intimidación, y el secreto de sus votaciones si bien permitía al condenado maldecir á sus jueces, le impedía en cambio vengarse de uno solo de ellos (7). El arconte que había estado encargado de la instrucción preliminar de la causa presidía el tribunal. De este modo se realizaba en Atenas el gran principio de la división de los poderes, que Roma y la Edad Media no han conocido (8).

ciliador. La suerte era algo grata á los dioses griegos; por ella se dejaba la decisión á las divinidades que velaban por el bien de la ciudad.) Varios escritores han pensado que la elección por suerte para los arcontes era muy antigua (Platón, *Pericles*, I, 9); pero que no se ponían en la urna más que nombres de individuos pertenecientes á grandes familias. Es muy probable que sea así, puesto que lo ha dicho Demetrio de Falera. Por lo demás, creo que cuando el pueblo necesitaba un hombre superior para manejar sus asuntos en circunstancias graves, le hacía subir al poder de una manera ú otra. No se han de atribuir á los hombres de aquel tiempo escrúpulos constitucionales que nosotros mismos no tenemos.

(1) Ἡιροῦντο τοὺς ἐριθευομένους. (*Polit.*, V, 2, 9.)

(2) *Bolet. de la Corresp. helen.*, 1885, p. 99.

(3) *Bolet. de la Corresp. helen.* 1885, p. 77.

(4) Véase p. 104.

(5) Como era imposible reunir 500 heliastas para juzgar sobre asuntos de poca importancia, instituyéronse en las tribus 40 *dictetes*, especie de jueces de paz, ó árbitros, que recorrían las *demas* y pronunciaban su fallo en cuestiones de poca importancia, hasta un valor de 10 dracmas. Los magistrados tuvieron también derecho de imponer multas de 50 dracmas, y el Senado de 500.

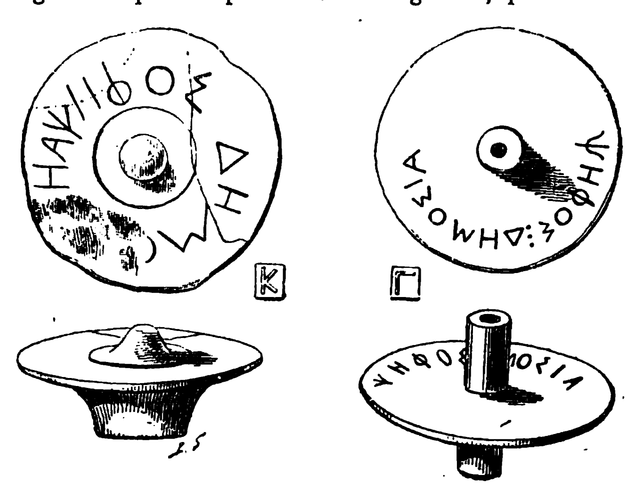
(6) Aristófanes (las *Avispas*, 662) habla de 6.000 heliastas, contando 1.000 jueces suplentes, designados para llenar las vacantes que pudieran producirse entre los jueces titulares. Antes de comenzar los discursos, los heliastas juraban escuchar á las dos partes.

(7) Véase más adelante. Se considera á Anytos, acusador de Sócrates, sometido á juicio en 409, como el primero que en Atenas sobornó á sus jueces (Aristóteles, *Frag. de las Hist. griegas*, edición Didot, t. II, p. 127, n.° 7). Aristóteles, no creía en la venalidad de los jueces antes del año 409.

(8) Roma no lo practicó formalmente hasta muy tarde, con la separación del poder militar y de la autoridad civil.

En el mundo industrial, los ingenieros aumentan la potencia de los frenos, á medida que es mayor la fuerza de las máquinas; y lo mismo debería suceder en la política; pero si la materia obedece á la ciencia, los políticos obedecen mucho más que á la prudencia á la pasión. Sin embargo, en Atenas, á pesar de los cambios efectuados por Clístenes, Efialto y Arístides, la constitución guardaba algunas de las fuerzas conservadoras que Solón le había dado.

El poder legislativo quedaba para la asamblea general, que se reunía dos ó tres



Boletines para las votaciones atenienses (1)

veces al mes, y en tiempo de Demóstenes, cuatro por pritania (2). Pero ¡con cuántos lazos se había encadenado (3) á sí misma esa democracia que algunos se han complacido en representar como tan loca y voluble! Por lo pronto no podía votar sino á propuesta del Senado (4) ó Consejo de los Quinientos, que señalaba lo que nosotros llamaríamos la orden del día (5); y si quería cambiar una ley, era preciso

---

(1) Según el Ἐφημερὶς ἀρχαιολογική, 1862, tab. 46; y W. Vischer, *Kleine Schriften*, II, p. 288, tab. 15. (Véase *Anales del Inst. arqueol.*, 1861, p. 388, *tab. de agg.* M. G.) – «Los boletines de votación eran de bronce, con una pequeña espiga en el centro; esta última era en unos sólida y en otros hueca.» Esta descripción de Aristóteles, citada por Harpocración, conviene perfectamente con los boletines de votación que reproducimos, y que, además, llevan la inscripción ψῆφος δημοσία: boletín de voto público. Aristóteles añade que después de oirse las defensas se entregaban dos boletines á cada uno de los jueces, uno sólido y el otro hueco; este último condenaba, y el otro absolvía, y cuando el jurado iba á depositarle, cogíale por las dos extremidades del cilindro, de modo que nadie pudiese ver si votaba en pro ó en contra. La K y la Γ grabadas en la otra superficie del disco circular son tal vez letras de serie, como las que hemos visto en teseras de plomo y tablillas de heliastas; pero dos de esos boletines tienen la letra M (40), que ciertamente no puede designar una sección del Helieo. Véase *Bol. de la Corresp. helen*, XI (1887), p. 210.

(2) La pritania, décima parte del año, constaba de treinta y cinco á treinta y seis días. El deudor del Estado que no hubiera satisfecho su débito al fin de la novena pritania era reducido á prisión (Demóstenes, *Contra Timócrates*, 40).

(3) Sobre estas lentitudes, véase Demóstenes, *Proceso de la Embajada*, 186.

(4) Esta restricción fué derogada, ó se observó mal, como lo prueban los ejemplos citados por Schœmann, *de Comitiis Atheniensium*, p. 98; pero ignórase en qué época. El ejemplo más antiguo es del año 405 (Xenofonte, *Helénicos*, I, 7).

(5) El Senado se componía anualmente de 500 ciudadanos de más de treinta años de edad, designados por la suerte, cincuenta para cada una de las diez tribus. Como este cuerpo tenía dere-

apelar al procedimiento de los nomotetes (1); de modo que el cuerpo judicial de los heliastas que aplicaban la ley, y entre los cuales eran aquéllos elegidos, ejercía su influencia sobre la ley misma y podía reprimir las irregularidades ó imprudencias de la asamblea general. He aquí por qué se consideraba como usurpación de un derecho soberano deslizarse ilegalmente entre los heliastas. Pirro, perteneciente á una de las más nobles familias de Atenas, pero deudor del Tesoro, y á causa de esto sometido á la pena impuesta en semejante caso, fué condenado á muerte y ejecutado (2), por habérsele sorprendido ocupando un asiento entre los jueces.



Personificación del Senado (3)

En cuanto á la iniciativa de las leyes, pertenecía á todo ciudadano, mediante la condición de una rigurosa responsabilidad. Antes de presentar algún nuevo proyecto, el orador debía cuidarse bien de que no estuviera en contradicción con una antigua ley, y en caso de haberla, debía darla á conocer, introduciendo la modificación necesaria á fin de que se mantuviera la unidad de la legislación. En el caso de no adoptar estas precauciones, podía ser sometido á juicio y severamente castigado. ¿No necesitaríamos nosotros mismos alguna institución semejante para evitar el caos de nuestro *Boletín de las leyes*?

Ya he hablado de los guardianes de las leyes, de los siete *nomofilacos*, que fueron instituídos después de la reforma del Areópago por Efialto, y á los cuales se conservó un derecho de *veto* contra las actas y las proposiciones que lesionaban las leyes existentes: estos funcionarios venían á ser el poder conservador de la sociedad ateniense.

Atenas tenía, además, otros funcionarios. Unos velaban por el mantenimiento de los edificios sagrados; otros cuidábanse de la policía de la ciudad y de los mercados, de la comprobación de pesas y medidas, de los asuntos concernientes á las demas, etc., *astynomos*, *agoranomos*, *metronomos*, *demarcas*, estos últimos asistidos por los ἀγρονόμοι, ó guardas de campo, y de los ὑλωροί, ó guardabosques. Cuarenta jueces de paz resolvían las contiendas que no habían de ser juzgadas en Atenas. Todos estos funcionarios, aunque designados por la suerte, debían sufrir la δοκιμασία antes de entrar en el desempeño de sus funciones. La organización judicial de Atenas completábase con tribunales de comercio, árbitros que las partes elegían y pagaban, διαιτηταί, y con el antiguo tribunal de efetas, cuyas atribuciones (4), renovadas en 409, estaban aún en vigor en tiempo de Demóstenes (5).

La gloria ha matado con frecuencia la libertad ¡Cuántas veces, como decía un

---

cho de vigilancia sobre toda la administración, ante él debían sufrir la δοκιμασία los candidatos á los cargos públicos, ó tal vez ante los heliastas cuando se trataba de determinados empleos, como sucedió en tiempo de Demóstenes (*Contra Bœtos* y *Contra Timarcos*). – A los veintiocho senadores de Esparta llamábaseles maestros, δεσπόται, palabra que no hubiera podido escuchar un ateniense.

(1) Véase t. I, p. 214. Demóstenes (*Contra Tim.*, 27) dice que para el examen de una proposición de ley se nombraron mil nomotetes. (Véase más adelante, en el año 403.) Para entender en otros casos, el número de ellos era mucho más reducido. (Véase Andócides, *Sobre los Misterios*, 84.)

(2) Demóstenes, *Contra Midias*, 182.

(3) ΒΟΥΛΗ. Cabeza de mujer laureada y con velo, mirando á la derecha En el reverso ΚΙΒΥΡΑΤΩΝ, en tres líneas, en una corona de laurel. Moneda de bronce de Cibira, en Frigia.

(4) Véase t. I, p. 200.

(5) C. I. A., t. I, n.° 61.

romano, no ahogó el estrépito de las armas el grito de la ley violada! Las victorias populares de Maratón, de Salamina y de Micala extendieron, por el contrario, las libertades públicas, y bajo su influencia y la dirección de Arístides, de Efialto, y sobre todo de Pericles, la constitución se transformó y llegó á ser á la vez tan libre y tan restringida; imagen del alma de aquel que le comunicó ese elevado carácter, del orador poderoso y reservado, del hombre de gobierno prudente é innovador, fuerza inmensa, y sin embargo dueña de sí misma.

Pericles sabía que en las almas de mal temple, la pobreza envilece y degrada (1); que impulsa al motín, produciendo en el corazón del que no tiene nada la envidia y el odio contra aquellos que poseen alguna cosa; que facilita, en fin, á los ricos el medio de comprar partidarios con ayuda de limosnas interesadas. Por eso quiso que todo ciudadano tuviera asegurada la subsistencia; á los más pobres los envió á las numerosas colonias por él fundadas, y en las cuales llegaban á ser propietarios (3); y en cuanto á los que permanecían en la metrópoli, encontraban suficientes recursos en los arsenales y canteras abiertas para las grandes construcciones con que Pericles embelleció la ciudad; en el inmenso comercio de que Atenas fué emporio; en la indemnización de un óbolo concedida á los jueces (4) y á todo hombre del pueblo que asistiese á las asambleas, y por último, en el servicio militar, muy bien retribuído (5). Gracias á la dulzura del clima, el ateniense no debía gastar para su ropa, su vivienda y su alimento tanto como el hombre del Norte. Todos los años armábase durante ocho meses una escuadra de 60 galeras, y se mantenían guarniciones en diversos puntos. Cada hoplita recibía dos óbolos como paga y otro tanto para su manutención, los oficiales el doble, y los soldados de caballería el triple.



La personificación del pueblo (2)

Las distribuciones gratuitas de trigo, aunque no periódicas como en Roma, y los sacrificios hechos á expensas del Estado, en los cuales se inmolaban hasta trescientos bueyes y quinientas cabras, aliviaban al pueblo sin fomentar su pereza. En toda la antigüedad sólo en Atenas se encuentran estas dos cosas; el Estado socorría á los ciudadanos que á causa de sus achaques no podían ganarse la subsistencia (6), y educaba á los hijos de aquellos que habían muerto en su servicio.

---

(1) Franklin lo ha dicho enérgicamente: «Es muy difícil que un saco vacío se sostenga derecho.»

(2) ΔΗΜΟC. Cabeza laureada, imberbe, mirando á la derecha. En el reverso, ΚΑΙC ΚΙΒΥΡΑΤΩΝ. Júpiter Serapes de cara á la izquierda, sentado en un trono, apoyado en una pica, y con una águila á los pies (Moneda de bronce de Cibira que lleva el título de Cæsárea, probablemente en honor de Augusto.)

(3) Plutarco lo afirma (*Pericles*, 11), y el decreto para la fundación de la colonia de Brea entre los años 444 y 440 lo prueba. Se dice que los colonos eran elegidos en las dos últimas clases, la de los tetes y la de los zeugites. (*Corp. inscr. Attic.*, t. I, 31, B.)

(4) Aristóteles, *Política*, II, 10. El servicio militar llamaba á los jóvenes para el servicio exterior; de modo que en tiempo de guerra los ancianos componían principalmente los tribunales.

(5) Al soldado de infantería se le daban dos óbolos de paga, μισθός, y otro tanto para los víveres σιτηρέσιον, y al de caballería el doble.

(6) Aristóteles, *Política*, II, 6; Lysias, περὶ τοῦ ἀδυνάτου. El senado examinaba las solicitudes; la asamblea concedía los auxilios; el pago se hacía por pritania, y para cada una de éstas el senado procedía á un nuevo examen (Véase Bœckh, lib. II, cap. XVII). Este socorro, al principio de un óbolo, fué después de dos, es decir, lo mismo que percibían los jueces. Cuando, al acercarse Jerjes,

En estas medidas se ha censurado altamente que se diera sueldo cada día de sesión á los jueces y á los individuos de la asamblea general, sueldo que no era sino la tercera parte de lo que costaba al Estado el alimento del esclavo empleado en las obras públicas. No ha de olvidarse que esa aristocracia que se llamaba pueblo ateniense, y que despachaba en los tribunales de justicia y en las asambleas, no sus propios asuntos, sino los de la mitad del mundo griego, tenía derecho á exigir una indemnización por el tiempo que perdía en servicio de los demás. El honor que suponía el desempeño de tales funciones hubiera debido bastar y había bastado largo tiempo: el ciudadano que debía á la ciudad, durante la guerra, sus bienes y su vida, era natural que en la paz le diese su tiempo y su inteligencia, sin exigir por ellos precio. «Cuando vivía el noble Mirónides, dice Aristófanes, á nadie se le pagaba por servir al Estado.» Pero esto pudo ser así mientras Atenas fué una ciudad; mas ya no fué posible cuando, convertida en imperio, impuso servicios onerosos á sus mismos pobres. Estos últimos, obligados á dejar su campo ó su almacén para ocuparse de los intereses comunes, tenían derecho á una indemnización, y legítimamente la recibieron. Aristóteles dice: «Hacer larguezas á la demagogia es lo mismo que echar agua en un tonel sin fondo (1).» Así fué en la Atenas degenerada y en la Roma imperial; pero en tiempo de Pericles, Atenas aplicaba, como nosotros, el principio de la indemnización á las funciones administrativas, del ejército, de la justicia, y á los cuerpos políticos, al senado, á los diez oradores del gobierno y á la asamblea general, que colocada á la cabeza del imperio, no era sino una *cámara de los representantes*, más numerosa que la nuestra. La indemnización á los senadores era de una dracma por cada día de sesión (2).

De aquí resultaron irregularidades que debían servir de sabroso pasto á los satíricos y á los filósofos hoscos; pero las censuras no fueron fundadas hasta la época en que la institución, por haber sobrevivido á las circunstancias que le dieran origen, dejó de ser legítima. Cuando Atenas perdió su imperio, y ya no hubo de cuidarse sino de sus propios negocios, lejos de abolir la indemnización establecida para la asamblea, la aumentó; en vez de un óbolo diéronse tres (3), y Aristófanes

---

los atenienses se refugiaron en Trezena, esta ciudad les concedió para su subsistencia dos óbolos diarios (Plut., *Temist.*, 10). Un óbolo apenas valía 15 céntimos; por eso uno de los más constantes cuidados del gobierno ateniense fué tener el pan barato. El buque que hubiera ido á cargar trigo en Crimea no podía ir á venderlo allí donde se ofrecieran por él subidos precios, sino que debía desembarcar su cargamento en el Pireo.

(1) *Polít.*, VI, 5.

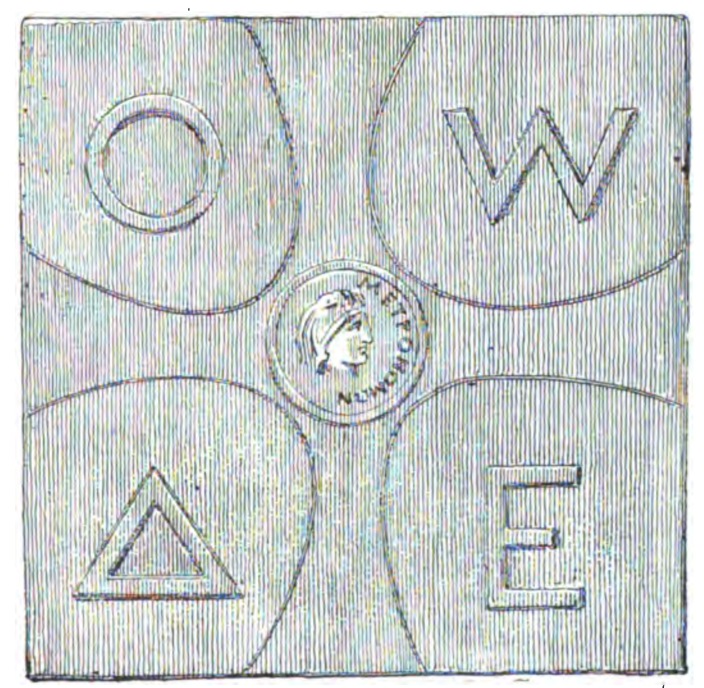
(2) La indemnización, ó derecho de presencia á la asamblea general, ha sido atribuído equivocadamente á Pericles. Parece que se acordó á propuesta de un tal Calistrato, que no conocemos. La misma costumbre existía en Rodas (Aristóteles, *Política*, V, 5), en Jasos, en la Caria (*Bol. de la Corresp. helen.*, t. VIII, p. 218), y probablemente en un gran número de ciudades griegas. Hasta los últimos días de Grecia encontramos siempre en la Asamblea aquea esa misma indemnización, que nosotros llamamos fichas de presencia, que nos parece buena para nuestras academias, y que hemos decretado para nuestros legisladores. ¿No seríamos injustos si la apreciásemos como mala para la asamblea política de Atenas, que también tenía, según la naturaleza del poder ateniense en aquel tiempo, un carácter representativo?

(3) Aristófanes no habla del trióbolo para el ἐκκλησία más que en la pieza *Asamblea de las mujeres*, puesta en escena en 393, y en el *Plutus*, representado en 390. Bœckh (lib. II, cap. XIV) hace subir este gasto, cuando la indemnización fué de tres óbolos, á 30 ó 35 talentos anuales. Creemos que al fijar en ocho mil el número de asistentes á las asambleas ordinarias, hace un cálculo excesivamente elevado, según lo reconoció más tarde, y que se debería reducir esta cifra en cerca de la mitad. Pero aun suponiendo 20 talentos, todavía resultará un gasto mínimo, que no existió en tiempo de Pericles, ni tal vez durante la guerra del Peloponeso. El sueldo de los jueces fué al principio de un óbolo, y más tarde aumentó hasta tres. Esto era lo que el Estado concedía á los esclavos públicos

pretende que Cleón quiso elevarla á cinco (1). Así es como las instituciones buenas al principio se vuelven malas después, como lo que era legítimo y justo deja de







Pesas públicas (2)

serlo; y como la ciudad se derrumba y cae bajo los pies de los antiguos derechos que han degenerado en abuso.

---

para su manutención. En los *Acarnianos*, Aristófanes habla de tres dracmas diarias, ó tres veces el salario de un jornalero, concedidos á los embajadores enviados á Tracia; pero exagera, pues los diputados que fueron á ver á Filipo de Macedonia sólo recibieron, después de tres meses de ausencia, una indemnización de 100 dracmas cada uno. (Bœckh, *Staatshaushaltung*, I, p. 37.) – Deducción: la democracia ateniense pagaba muy mal á aquellos cuyos servicios utilizaba y en nombre de la patria exigía mucho á los ricos.

(1) *Los Caballeros*, 797.

(2) Pesas atenienses de plomo, según los *Monum. dell Inst. arqueol.*, VIII, tab XIV, n.° 79, 45, 64. – La mayor (79) pesa 1.854 gr. 3/8; tiene las dos inscripciones ΔEMO[σιον], y en el centro,

Hay, por otra parte, una comparación que no se ha hecho y que tiene su importancia. En tiempo de Pericles, los jornales eran de una dracma, ó menos de una peseta; de modo que el óbolo, ó sea la sexta parte de aquélla, no valía más que 15 ó 16 céntimos. Ahora bien, con un óbolo no se podía vivir, puesto que el alimento de un esclavo, empleado por el gobierno en las obras públicas, costaba diariamente tres al Tesoro. Además, la industria era activa y sus productos muy solicitados, y por lo tanto había trabajo para todo el mundo (1). Contrariamente á la opinión constante que sostiene que en Atenas, lo mismo que en Roma, toda obra manual se reservaba á los esclavos, los ciudadanos no dejaban de aprovechar todos los beneficios de la industria y del comercio. Sócrates se dedicó á la escultura, al menos durante algunos años, y si fué pobre toda su vida, debióse á la circunstancia de haber renunciado voluntariamente al trabajo para filosofar. Cleón era guarnicionero; el padre de Sófocles, Demóstenes y Lysias, armeros; Anitos, curtidor; Psamenes, platero (2), etc.; y muchos maestros, como los que acabamos de citar, ocupaban esclavos, pero no pocos tenían también obreros libres. Sócrates, que trabajaba á su manera, quería que los demás lo hiciesen todo con sus propias manos (3). En las *Aves*, Aristófanes habla del gallo, cuyo canto matinal hace saltar del lecho á herreros, alfareros, guarnicioneros, zapateros, bañeros, traficantes en harina, fabricantes de liras y de escudos, etc.; todos ellos se calzan y corren al taller cuando aun es de noche (4). Muchos hombres, en efecto, tenían interés en ganar una dracma, cuando menos, por medio del trabajo, para no verse reducidos á vivir con uno ó dos óbolos que producía la asistencia á las largas sesiones de la asamblea pública ó del tribunal de los heliastas. Con el tiempo, el salario cotidiano aumentó. En 329, y sin duda mucho antes de esta fecha, era de dos dracmas (5); la indemnización á los jueces debió seguir la progresión de los jornales, y al fin se estableció el trióbolo.

Estas cifras confirman lo que acabamos de exponer respecto á la legitimidad de las fichas de asistencia y al reducido número de individuos que constituían la asamblea pública.

A pesar de todas las justificaciones que puedan presentarse en favor de las instituciones de Atenas, queda siempre contra ellas una grave acusación.

El problema que se ha de resolver para el orden social consiste en poner al in-

---

alrededor de una cabeza de Palas con casco, la palabra Μετρονόμων. Es un peso público, con el sello de los metronomos. Estos últimos formaban un colegio de quince individuos, de los cuales diez residían en el Pireo, y cinco en Atenas, y estaban encargados de la inspección de las pesas y medidas. – El segundo (45) pesa 117 gr. 895, y tiene alrededor de la parte anterior del cuerpo de una tortuga la inscripción ἡμιτέταρτον.—La tercera (64) pesa 55 gr. 37, y tiene en un cuadrado hueco, en letras retrógradas, la inscripción μετρο[νόμων]; al lado se ve la mitad de un cuarto de luna.

(1) Todos los testimonios prueban que al esclavo se le trataba benignamente en Atenas; pero su manutención, su alojamiento y la suma que había costado representaban al menos para el amo el gasto de una dracma diaria. De esto deduzco que la madre de Eurípides, aquella pobre vendedora de hierba, y la de Esquino, que no era más rica, no tenían esclavo alguno, y que muchos atenienses, hallándose en la misma situación que ellas, debían buscar en el trabajo los medios de subsistencia. Xenofonte (*Mem.*, I, 3) dice que en Atenas basta muy poco trabajo para ganar el alimento de cada día, si se tiene la sobriedad de Sócrates. Véase más adelante, p. 166 y el fin de este capítulo.

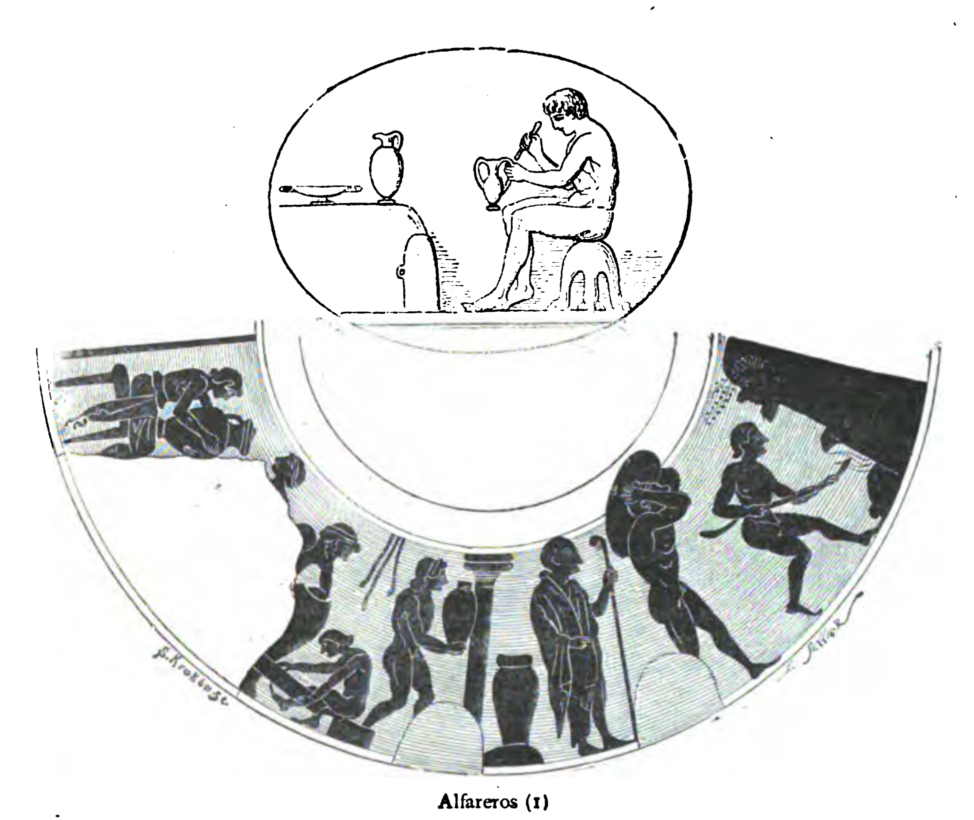
(2) Demóstenes, *Contra Midias*, 21. El orador Hiperbolos era lampista; Eucrates, vendedor de estopa; Lisicles, traficante en carneros, etc., etc.

(3) Xenofonte, *Mem.*, I, 2, 56.

(4) Versos 488-492.

(5) Sobre esta cuestión véase en el *Boletín de la Correspondencia helénica*, t. VIII, p. 194 y siguientes, la gran inscripción últimamente descubierta, relativa á las cuentas del templo de Eleusis, con los comentarios de Mr. Foucart.

dividuo en disposición de ejercitar todas sus facultades, y á la asociación en estado de utilizar las fuerzas particulares en bien de la comunidad. Al Estado sólo le pediríamos que garantizase la seguridad de las personas y de los bienes, organizando bien el ejército, la justicia y la administración; este es por lo menos el ideal que concebimos para nuestras grandes sociedades modernas; mas no era el de la anti-



Alfareros (1)

güedad. Atenas había asegurado á su pueblo la mayor libertad política, y á cada ciudadano el desarrollo más independiente de los recursos que le proporcionaran la

(1) Piedra grabada y piutura de vaso (según O. Jahn, *Berichte... der konigl. sächs. Gesells. der Wissenschaften zu Leipzig*, 1854, tab. I, 4 y 1). - Delante de un horno cerrado, sobre el cual se ven dos vasos, un joven sentado y desnudo, se ocupa en terminar el que tiene en la mano izquierda. — La pintura representa el interior de una alfarería; á la derecha está el horno, sobre el cual se ve una careta de sátiro; un obrero, completamente desnudo, atiza el fuego, y otro, pesadamente cargado, lleva un saco de combustible. Síguele el *epistato*, ó vigilante, hombre de cabeza calva, que lleva una especie de manto y se apoya en un largo bastón. Más lejos, algunos obreros se ocupan en modelar vasos, que luego llevarán al horno. Uno de aquéllos, á la izquierda de la columna, está sentado en un escabel y hace girar la rueda en que un operario de más edad modela un pedazo de arcilla: la vasija ha tomado ya forma, y el obrero la tiene entre las dos manos, aguantando con la izquierda la pared interior de la misma y con la derecha la exterior En seguida de modelado, el vaso era expuesto al aire, y he aquí por qué el obrero que sigue al vigilante lleva uno sin concluir, para ponerlo al sol. Por último: cuando la pieza estaba del todo terminada, con sus asas y su cuello, era introducida en el horno: el personaje sentado en la extremidad izquierda entrega una ánfora completamente acabada á un obrero que la llevará al horno. Véase Birch, *Historia de la antigua alfarería*, p. 177.

naturaleza y la educación; y por eso fué la ciudad donde el genio humano se elevó á más altura; pero al igual que otras muchas ciudades de Grecia, pensaba que la riqueza imponía deberes particulares á los que la poseyeran; y un tiempo llegará en que los ricos, amenazados en su fortuna por la exageración de los armamentos marítimos y de las fiestas públicas, odiarán las instituciones que les arruinan y maldecirán al gobierno democrático al que procurarán derribar. Atenas carecía aún de la más esencial de las condiciones que proporcionan la paz á los Estados, es decir, de la estabilidad. Los cargos públicos se obtenían por suerte, y todos los años se cambiaban los magistrados. ¡Qué diferencia entre el Senado de Roma y el de Atenas; el uno, continuamente renovado y constituído al azar; el otro inamovible y formado con individuos que habían dirigido todos los asuntos de la república! Sería un milagro que en medio de esa movilidad perpetua, el pueblo tuviera el buen sentido de persistir siempre en los mismos planes (1); y los milagros de esta especie no se producen sino cuando la multitud se somete sin oposición al ascendiente de uno ó de varios hombres en cuyo espíritu está la sabiduría que no se ha sabido poner en las instituciones. Estos hombres son raros; mas Pericles era uno de ellos.

IV. — EMBELLECIMIENTOS DE ATENAS

Augusto y Luis XIV estimularon entre los que les rodeaban la afición á las artes y á las letras, que elevan el espíritu, ennoblecen los sentimientos, y comunican dignidad personal, ó por lo menos apariencia de ella, y respeto á sí propio. Lo que aquéllos harán para su corte, Pericles lo hizo para toda Atenas; y más que ningún otro jefe del Estado, cuidóse de los intereses superiores del espíritu tanto como del bienestar y de la fuerza de su pueblo.

Por los acontecimientos de su historia, Atenas había tomado el carácter de sociedad democrática, y era preciso apelar á un gran sistema de educación pública para disminuir las diferencias de cultura intelectual que existían entre los ciudadanos, á fin de que la igualdad moral garantizase el buen uso de la igualdad política. Pericles instituyó certámenes musicales para las Panateneas, esas fiestas solemnes á que asistía toda la población de Atica, donde los andarines, los gladiadores y los poetas iban á disputar la corona de honor ofrecida por la república, y donde, en fin, una ley ordenaba que se leyesen al pueblo los poemas de Homero y la *Perseida* de Querilos, aquel esclavo de Samos, cantor de la victoria y de la libertad, que, según dicen, recibió de Atenas una moneda de oro por cada uno de sus versos (2). Pericles multiplicó las fiestas hasta el punto de que la ciudad tuvo ochenta al año (3), es decir, más que ninguna otra de Grecia, según afirma Xenofonte; pero no eran ochenta días de ocio ó de libertinaje, sino grandes solemnidades nacionales, en las que los recreos más nobles del espíritu se asociaban con los espectáculos más imponentes de las pompas religiosas, del arte más perfecto y del carácter más risueño. Entonces era cuando los pintores, oradores y poetas, se aunaban para reavivar los

(1) Una proposición funesta, desechada por los Quinientos, se podía presentar de nuevo al año siguiente á sus sucesores y ser adoptada por éstos. A pesar de la ley, varios oradores, sobre todo en el cuarto siglo, presentarán algunas directamente á la asamblea pública, sin que medie una προβούλευμα, ó instrucción previa, ni consentimiento del senado para que el proyecto se someta á la aprobación del pueblo.

(2) Pero Querilos acabó mal, llegando á ser uno de los familiares de Lisandro (Plutarco, *Lys.*, 18).

(3) Las fiestas de las Bacanales furiosas y lúbricas de la Beocia y de Tracia no fueron nunca populares en Atenas.

recuerdos gloriosos ó venerados; cuando el teatro, á pesar del drama satírico y de la comedia, era, con las obras de los grandes trágicos, una escuela de moral y de patriotismo; y cuando se cantaban, en fin, los versos que tanto enternecieron á los siracusanos y á Lisandro, y salvaron dos veces á la misma Atenas y á los atenienses.

Las representaciones dramáticas fueron al principio en Atenas, lo mismo que en Roma y entre nosotros en la Edad Media, fiestas religiosas; creíase que la prosperidad del pueblo estaba interesada en que las solemnidades se celebraran con una magnificencia que agradara á los dioses. Espectadores en el teatro y fieles ante los altares, los atenienses cumplían con un acto piadoso, y así es que el teatro de Baco se construyó de manera que todo el pueblo pudiera en él tomar asiento. A nuestros misterios eran convocados los habitantes de las parroquias, como en Atenas, y como en ésta también los ricos tenían la obligación de atender á los gastos que aquellas fiestas ocasionaban. En una y otra época, las representaciones teatrales eran una representación litúrgica (2), lo cual se ve hasta en las piezas más atrevidas de Aristófanes, donde entre dos obscenidades intercalábase alguna casta oración.


Citaredes victorioso (1)


Teatro lleno de espectadores (3)

Para que todo ciudadano pudiera asistir á estas representaciones, Pericles restableció la antigua costumbre de las entradas públicas en el teatro de Dionisos, por lo menos en favor de los pobres; y fundó una caja, el *teoricón*, para pagar las localidades que ocuparan y que costaban dos óbolos (0,31 pesetas) cada una: tales son nuestras representaciones gratuitas, y apenas eran las de entonces más frecuentes que las de ahora (4). Como otras muchas de sus instituciones, ésta se pervirtió más tarde, pues aumentáronse desmesuradamente, á expensas del Tesoro, los fon-

(1) Pintura de vaso (según A. Dumont y Chaplain, lám. 16; Colignón, *Catal. de los vasos pintados del Museo de la Sociedad arqueológica de Atenas*, n.° 539). – En el centro, de pie en un estrado de dos gradas, se ve un joven que mira á la derecha. Viste un ropaje largo y una rica túnica ceñida en el talle; lleva el cabello recogido con una cinta; en la mano derecha tiene una lira adornada de cintas, y en la izquierda el plectro. A la derecha, ocupando un sitial, y con la diestra apoyada en un largo bastón, está el juez del concurso. A la izquierda, la diosa alada de la Victoria lleva dos largas cintas con las cuales se dispone á coronar al mancebo.

(2) Según se lee en el acta de la representación del misterio de San Martín, en Seurre, en 1496, publicóse á son de trompa una orden de los alcaldes y escribanos para que ninguno tuviese el atrevimiento ó la osadía de hacer obra mecánica en dicha ciudad por espacio de tres días, durante los cuales se debía representar el misterio (Onésimo Leroy, *Estudio sobre los misterios;* véase también Magnin, *Los Orígenes del teatro moderno*).

(3) ΗΡΑΚΛΕΩΤΑΝ ΜΑΤΡΟϹ ΑΠΟΙΚΩΝ ΠΟΛΙΩΝ. Teatro lleno de espectadores; á la derecha, en un estrado, la estatua de Hércules; en el centro, un atleta vencedor; á la izquierda, un templo, del cual se ven tres cuartas partes; delante, la fachada del teatro, y en el fondo los espectadores en las gradas. (Reverso de un medallón de bronce de Heraclea de Bitinia, del tipo de Gordiano el Piadoso).

(4) Los extranjeros pagaban su localidad.

dos de aquella caja destinada á los placeres del pueblo, con lo cual debía atenderse á la magnificencia de todas las fiestas; y una ley impuso la pena de muerte contra el orador que propusiese emplear aquellos fondos para los gastos de guerra. Pericles no podía prever esta exageración funesta. Montesquieu ha dicho, al hablar de las mejores leyes, que llegan á ser detestables: «No es el licor el que se corrompe, sino el vaso.» El pueblo de Demóstenes no era el de Pericles (1).

Sin embargo, aun en este punto convendría hacer algunas reservas. Los que tanto han acusado á Atenas y á Pericles, tachando de locas sus prodigalidades, quieren exceptuar de sus censuras cuanto se refiere á los gastos para la erección de monumentos, y han hecho recaer todo el peso de su cólera en las fiestas y espectáculos. Sin duda, los que tal piensan, olvidan que los gastos de un Estado no se determinan únicamente por las necesidades imprescindibles, sino también por las que la opinión exige, y que son tan imperiosas como las otras. Lo que nosotros destinamos á nuestro bienestar y al lujo personal, los griegos lo daban al Estado y á la religión. Las casas eran pequeñas y el mobiliario pobre; pero los templos eran grandes, las estatuas de los olímpicos, de marfil y oro, y los tapices qne adornaban la habitación del dios, de los más preciosos que se podían obtener. ¿De qué dependía la fama de una ciudad griega? En el pasado, de sus hazañas; en el presente, de su poderío en primer lugar, y de sus monumentos y espectáculos después. Cuanto más brillantes y numerosos fuesen éstos, mayor era el esplendor de la patria, y más segura parecía la protección de los dioses. Y no se engañaban; el dinero que un pueblo gasta en fiestas patrióticas ó religiosas se recobra muy pronto. Los grandes espectáculos inspiran las grandes ideas, porque remueven hasta el fondo del alma los nobles sentimientos; por lo mismo deberían ser una parte de la educación del pueblo; pero nuestras sociedades modernas ya no los conocen (3).



Cabeza de Fidias (aumentada) (2)

Era preciso que Atenas fuese digna de su pueblo y de su imperio. Para embellecerla con monumentos inmortales, Pericles no tuvo escrúpulo en gastar el dinero del tesoro de los aliados, pues, según dijo, desde el momento en que Atenas cumpliese sus compromisos, dispensando una protección eficaz, nadie debía pedirle cuentas. El pueblo y la ciudad se aprovechaban de esta moral poco rigurosa, y una infinidad de obreros de todas las industrias encontraron donde emplear sus brazos para ganarse legítimamente la subsistencia con el trabajo que les ofrecía el inmenso taller abierto por Pericles (4). Entonces hubo una especie de gremios de oficios,

(1) Demóstenes (*Fil.*, I, 50) se queja de que la celebración de las Panateneas, ó de las Dionisiacas, costaran en su tiempo más que una expedición militar.

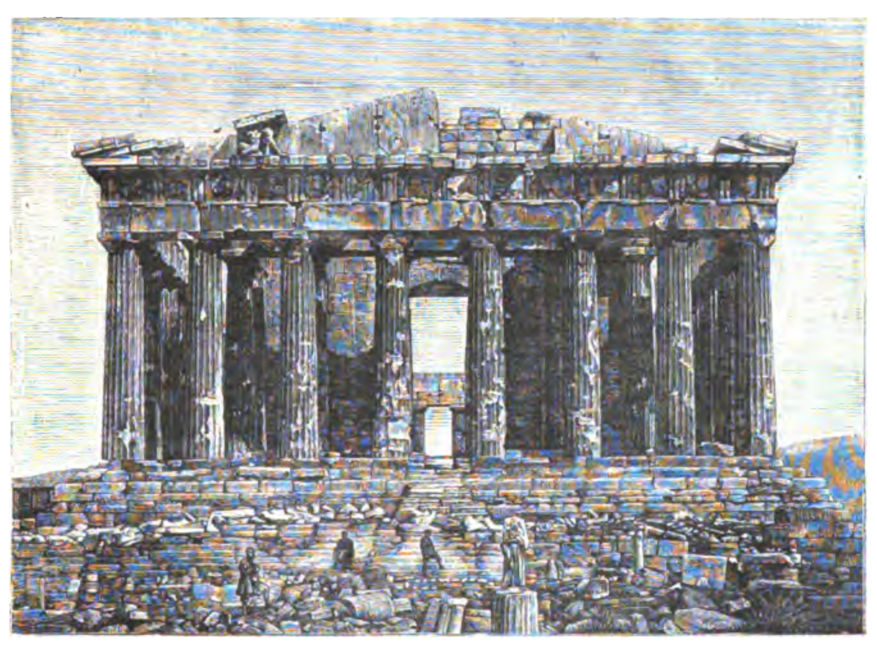
(2) Se ha tomado del escudo Strangford, copia en mármol de otro adornado con esculturas, que Fidias puso en su gran estatua criselefantina de Atenea, y en el cual se había representado él mismo.

(3) El teatro de Atenas podía contener treinta mil espectadores; por lo menos así lo afirma Platón en el *Banquete*. Mr. Grote dice con mucha razón: «El Fondo Teórico era esencialmente el Fondo de la Iglesia en Atenas, aquel á que se aplicaban todos los gastos en que el Estado incurría para celebrar las fiestas y rendir culto á los dioses. El Dióbolo, ó distribución de dos óbolos á cada ciudadano presente, era una parte de este gasto, que se hacía á fin de asegurar á todo individuo el medio de asistir á la fiesta y venerar al dios.» El autor del tratado de las *Rentas de Atica* (VI, 1) expresa bien este pensamiento al decir que si se adoptan sus planes, las fiestas se podrán celebrar con más magnificencia.

(4) Véase más adelante, hacia el fin de este capítulo.

que se organizaron á las órdenes de algunos jefes para extraer y cortar el mármol, fundir el bronce, trabajar el oro, el marfil, el ébano y el cedro, empleados en la construcción de los edificios públicos ó en las estatuas de los dioses, y para esculpir la rica ornamentación de los templos con pinturas espléndidas.

Pericles confió la suprema dirección de esos trabajos á Fidias, que á semejanza de Alejandro, tuvo oficiales dignos de ser generales en jefe. El Partenón, ó templo de la Virgen, todo él de mármol del Pentélico, y al que se le dió el sobrenombre de



Fachada occidental del Partenón (De una fotografía)

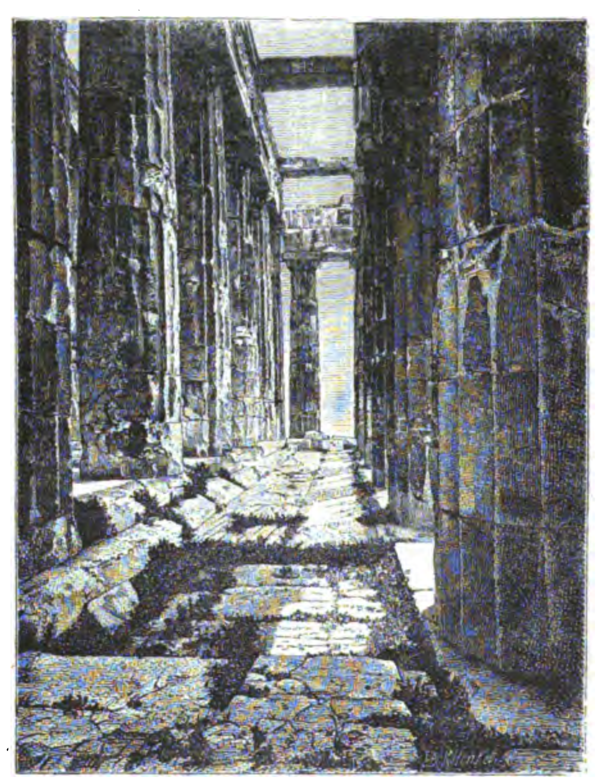
Hecatompedón á causa de la longitud de la *cella* (100 pies griegos) (1), fué obra de Ictinos. Corebos comenzó el templo de Eleusis, uno de los más vastos de Grecia; y Calícrates dirigió la construcción de un tercer muro que cortaba en dos zonas la larga y ancha avenida situada entre Atenas y el mar; de modo que si el enemigo se apoderaba de una, la otra pudiese quedar libre para las comunicaciones entre la ciudad y los puertos (2). El milesiano Hipodamos concluyó el Pireo, la primera ciudad de Grecia edificada según un plano regular, y la primera también cuya prosperidad comercial y cuya defensa se aseguraron por inmensas y costosas obras. Algunas inscripciones últimamente descubiertas en el Pireo, demuestran que el arsenal marítimo tenía cabida para 372 naves. El *Odeón*, destinado á los concursos musicales, se construyó según el modelo de la tienda de Jerjes, y reedificóse el *Erecteón*, acabada obra maestra de orden jónico, como el Partenón lo es del dórico. El arquitecto Mnesicles construyó el magnífico vestíbulo del Acrópolis, y los *Pro-*

(1) Lo cual da para medida del pie griego, $0^{m},296$. (Véase S. Reinach, *Manual de filología clásica*, t. II, p. 161 y 96). El Partenón mide $69^{m},51$ de longitud, por $30^{m},86$ de ancho, y 21 de altura; visto de frente, tiene el edificio 8 columnas y 17 visto de perfil, contando dos veces las que forman los ángulos. La obra se concluyó en 435.

(2) Los dos muros que descendían al Pireo medían 7.200 metros, y el que iba á Falera 6.400.

pileos, todos de mármol, que costaron 2.012 talentos, es decir, más que la renta anual de la república (1).

Sin embargo, algunos murmuraban á causa de las considerables sumas que se invertían en estos trabajos; los ricos, particularmente, censuraban una prodigalidad que debía arruinar el tesoro, é invocaban los derechos de los aliados, cuyos tributos se destinaban á «dorar y embellecer la ciudad como una mujer coqueta á quien se engalana con piedras preciosas; á erigir estatuas magníficas, y á edificar templos,



Pórtico del Partenón. (De una fotografía)

uno solo de los cuales había costado 1.000 talentos.» Asegúrase que Pericles los hizo callar á todos con una sola palabra. «Atenienses, díjoles un día en plena asamblea, ¿os parece que los gastos que hago son excesivos? – Sí, contestaron de todas partes. – ¡Pues bien! replicó, correrán de mi propia cuenta; pero como es justo, solamente mi nombre se grabará en todos esos monumentos.» La emulación de la verdadera gloria ahogó mezquinos rencores, y el pueblo unánime gritó que Pericles había hecho bien, y que debía seguir embelleciendo la ciudad sin economizar nada (2).

(1) Más de 11.000.000 de valor absoluto. El Partenón y el Odeón estaban edificados ya antes del año 435, y los Propileos antes de 431, pero no se terminaron en aquel entonces. La guerra del Peloponeso impidió también concluir el Erecteón y los templos de Ceres en Eleusis, de Minerva en Sunión, y de Nemesis en Rhamnonte.

(2) Cierta inscripción dice que en un solo año los tesoreros que guardaban las riquezas sagradas dieron para la compra de oro 34 talentos de plata. (C. I. A., t. I, 299).

Ruinas del templo de Apolo en Figalia

La frase de Pericles no debe ser tomada en serio, pues jamás pudo él decir que entregaría al tesoro 1.000 talentos; pero el sentimiento que se atribuye al pueblo es verdadero. Otra anécdota igualmente sospechosa recuerda los mismos sentimientos, que á decir verdad existían. «Cierto día, dice Valerio Máximo, los atenienses discutían con Fidias en la Asamblea sobre el dibujo y el material de la estatua de Minerva. El artista deseaba que fuese de mármol, porque el brillo de éste subsiste más largo tiempo; pero añadió que así costaría menos Al oir estas palabras, y como si la



Una metopa del friso del Partenón

economía para con los dioses fuese una impiedad, gritáronle que se callara, pues era preciso hacerla de oro y marfil, y del oro más puro, por lo cual se le dió para los ornamentos el peso de 40 talentos (1).» Mucho le será perdonado á este pueblo que consentía en gastar riquezas adquiridas por su trabajo ó por sus armas, no como la plebe de Roma para groseras funciones ó para las sangrientas luchas en el anfiteatro, sino para nobles obras que han sido la admiración de los siglos. Recordemos además, para rechazar la censura de loca prodigalidad lanzada contra Pericles y el pueblo, que junto á las obras artísticas figuraron otras muy útiles, como son los tres muros que ponían á Atenas en comunicación con sus puertos, las fortificaciones de la ciudadela, y el arsenal y las cuencas del Pireo, que por sí solas costaron 1.000 talentos; y acordémonos, en fin, de que todos esos gastos se hicieron con tan severa economía, que al tesoro público le quedaba aún un capital de reserva de 10.000 talentos próximamente.

(1) Consigno la suma más baja, pues otros aseguran que fué de 44 talentos.

V. — EL PUEBLO ATENIENSE

Los persas habían obligado á hacer grandes cosas á los atenienses que durante dos generaciones avanzaron por su propio impulso por aquella senda del heroísmo. Pericles no fué quien les hizo entrar en ella, pero sí quien en ella los mantuvo; noble misión que bastó para su gloria, mas preciso es decir también que nadie contó con mejores auxiliares. La naturaleza, pródiga para su pueblo favorito, había reunido en Atenas el más notable concurso de genios eminentes; todos iban allí como á la capital de la inteligencia, convertida en su verdadera patria, pudiéndose admirar en-



Fragmentos de un calendario litúrgico ateniense (1)

tonces uno de los más vivos destellos de la civilización que jamás hayan brillado en el mundo. En efecto, ¡qué tiempo aquel en que Sófocles y Eurípides, Herodoto y Tucídides, Metón é Hipócrates, Aristófanes y Fidias, Sócrates y Anaxágoras, Apolodoro y Zeuxis, Polignoto y Parrasios pudieron encontrarse al lado de Pericles y en una misma ciudad, en la ciudad que acababa de perder á Esquilo é iba á tener á Xenofonte, Platón y Aristóteles (2); en una ciudad, en fin, que para reconocer como

---

(1) Según Bœticher, *Philologus*, XXII (1865), p. 385-420.—Algunas representaciones figuradas indican las fiestas célebres en cada mes. El calendario comienza en el mes Pianepsión, en el equinoccio de otoño, y cada uno se caracteriza por su signo zodiacal. I. PIANEPSIÓN (octubre-noviembre). Paseo del *eiresioné* (rama de olivo rodeada de lana) en la fiesta de Apolo. Un eupátrida (1) sigue á su hijo, que lleva el ramo (2). II. Leneanos. Vendimias y elaboración del vino. Vendimiador pisando la uva (3). Canéfora de Dionisos (4). Signo del *Escorpión* (5). — MEMACTERIÓN (noviembre-diciembre). III. Fiesta de Zeo, representada por el trabajo de los bueyes aradores. Inspectores de la operación (6, 7). La yunta que labra la tierra y el sembrador (8, 9). El *Sagitario* (10). —POSIDEÓN (diciembre-enero). IV. Fiesta anual de las riñas de gallos en el teatro. Un hombre y una mujer (11, 12), representando al pueblo de Atenas, se recrean en el espectáculo de una riña de gallos. Tres *atlotetes* (13, 14, 15) están sentados detrás de una mesa en que se ven cinco pares de palmas ó coronas, y delante de ellos dos gallos pelean. El *Capricornio* (17) - El mes de GAMELIÓN falta.—ANTESTERIÓN (enero-febrero?) V. Las Antesterias. Se presenta un hombre coronado (18) El *Carnero* llevando á Frixos. Sobre el conjunto del monumento véase el artículo *Calendarium* de C. E. Ruelle en el *Diccionario de las Antigüedades griegas y romanas* de Daremberg y Saglio.

(2) Aristóteles no era de Atenas, pero allí estudió y enseñó durante trece años. Pericles atraía á la ciudad á los extranjeros distinguidos. Lysias dice: «Mi padre, Cefalón, vino á Atenas por consejo de Pericles.»

conciudadanos á los difuntos ilustres les erigía magníficas estatuas! Píndaro, á quien su patria, Tebas, no había honrado como se merecía, estaba representado en Atenas por una estatua de bronce, colocada bajo el pórtico real, con un libro sobre las rodillas, la lira en la mano y una diadema en la cabeza. ¿Qué habían de ser los discípulos de tales maestros? Lo que fueron; los maestros de Grecia. Tucídides lo dice: Atenas era entonces la institutriz de Grecia, del mismo modo que era la ciudad que la alimentaba (1). Ved á esa democracia escogida, yendo desde el teatro de Sófocles



El Erecteón

al Partenón de Fidias, ó á la tribuna donde Pericles habla á la multitud el lenguaje de los dioses; ved cómo escucha á Herodoto, que le narra los grandes choques entre Europa y Asia; á Hipócrates de Cos y al ateniense Metón, fundadores el uno de la medicina científica, y el otro de la astronomía matemática (2); á Anaxágoras, que separa á Dios del mundo; y á Sócrates, que establece la moral humana. ¡Qué lecciones! El arte, la poesía, la ciencia, la historia y la filosofía se desarrollan de una manera sublime. No quedaba lugar para otro talento, para ningún género secundario. El arte que Atenas honra por encima de todos es el arte por excelencia, la arquitectura; su poesía es el drama, la más alta expresión del talento poético, porque

---

(1) Atenas era el mercado de cereales más importante del mundo. Los insulares y muchas ciudades del continente se abastecían en el Pireo. Todos los años, aquéllas le enviaban las primicias de sus cosechas. Sobre el comercio de cereales en Atica, véase Perrot, *Revista histórica*, mayo-junio, 1877.

(2) Sobre Hipócrates, véase más adelante. Metón hizo sobre el Pnyx, en 433, un calendario solar que señalaba el día del solsticio de verano, y estableció el ciclo de 19 años, εννεακαιδεκαετηρίς, ó «el año mayor,» de 235 meses y 6.940 días, llamado también *Número de oro*. Este año de 365 días 1/4 y 1/76 era un poco demasiado largo.

reune en sí todos los géneros, así como la arquitectura llama á su servicio á todas las artes. En ese momento afortunado, todo es grande, lo mismo el poderío de Atenas que el genio de los hombres superiores que la gobiernan y la honran.

Por eso el orgullo patrio anima á ese pueblo, envanecido con su hermosa ciudad. Cualquiera de sus habitantes, aun el más obscuro, se cree un personaje de importancia, pues no ve diferencia de educación entre el rico y el pobre, y tiene su voto en esas asambleas soberanas, donde rara vez asisten más de cinco mil votantes. Hace la ley, y aplícala en los tribunales, donde la mitad del mundo griego comparece para ser juzgado por él; oye á los más hábiles oradores; discute con Fidias sobre una cuestión de arte, y decide en el concurso de las tragedias entre Sófocles y Eurípides. El ateniense ve todos los días sus naves salir del Pireo, unas para el Euxino, Tracia ó Egipto; otras para el Adriático ó las costas de Italia y de Sicilia; y si desde el mar, que es su dominio, pasea la mirada á su alrededor, ve que Atenas corresponde por los monumentos á la grandeza de su imperio. Después, al observar que la miseria es rara entre sus conciudadanos, y que hay tanta actividad de brazos y de inteligencia, no puede menos de creer, ante semejante espectáculo, que su pueblo es el primero del mundo. Y este grito de orgullo no es más que el eco del pensamiento general. «Todo era entonces común entre los griegos, dicé uno de los interlocutores de Ateneo; solamente los atenienses habían sabido encontrar el camino de la inmortalidad.» Atenas era realmente entonces la ciudad de Minerva, la inteligencia armada.

Debía esta fortuna á su posición geográfica, y á la mezcla feliz de los elementos diversos de que su pueblo se componía; pero mucho más aún á los grandes hombres que allí nacieron, y al sistema de educación que los había formado. No era una instrucción muy sabia, y con ella no se corría el riesgo de ahogar el espíritu del niño bajo un cúmulo de conocimientos inútiles á esta edad; todo estaba calculado para promover el libre desarrollo de las facultades; y se mantenía un equilibrio armónico entre la educación del cuerpo y la del alma. Para la seguridad del Estado, mejorar las cualidades físicas, es decir, la resistencia á la fatiga, el vigor en la lucha, la ligereza en la carrera, la habilidad en el manejo de las armas; y para su grandeza, desarrollar las cualidades morales, manteniendo el espíritu del discípulo en un medio que estuviera como impregnado de heroísmo. En la palestra, el efebo fortalecía su cuerpo con los ejercicios militares y otros; en el gimnasio vivía con los poetas, los cantores inspirados de los dioses y de los mortales que habían traspasado la medida común de la humanidad. Sus maestros eran Homero, Esquilo y Sófocles, que alimentaban su alma con nobles pensamientos; los poetas gnómicos, cuyas sentencias eran la expresión de la sabiduría antigua, y los líricos, que habitan en las altas regiones del ideal humano. Semejantes maestros le enseñaban á amar á su patria con la más absoluta abnegación; á huir del vicio, á evitar las faltas y los crímenes que Nemesis castiga hasta en los hijos de los reyes; y al mismo tiempo, otros estudios menos severos, como el canto y la música, comunicábanle el sentimiento del orden y de la mesura, que fué en el arte y en las letras uno de los rasgos del genio ateniense. Desde los 18 á los 20 años, los efebos aprendían: en las fortalezas, el ataque y defensa de las plazas; en la frontera, la vigilancia de los centinelas perdidos; en la asamblea pública, los deberes del ciudadano; en las fiestas religiosas, el respeto á los dioses, y en las solemnidades patrióticas, el de los hombres que murieron por la salvación común. También se les iniciaba así en la vida pública, sin distraerles del estudio, y á esos futuros ciudadanos del país más libre de la tierra imbuíaseles ante todo en el espíritu del sacrificio. El día en que el Estado les entregaba sus armas, prestaban el juramento grabado en el templo de Aglaura, que

terminaba con estas palabras: «Juro dejar á mi patria después de morir, no más débil, sino más fuerte (1).»

Por la enumeración de las liturgias (2) hemos visto que los más ricos ciudadanos no dejaban de interesarse en la instrucción de los niños. Una inscripción habla de los servicios prestados por Derkilos, contemporáneo de Demóstenes, que se había encargado de la vigilancia de las escuelas de la dema de Eleusis (3).

Si los atenienses tuvieron los vicios que se desarrollan por la esclavitud, la suavidad del clima, y la fácil moral deducida de la religión; si la reclusión de las mu-



Lección de gramática y de música en una clase ateniense (4)

jeres, menos estrecha sin embargo de lo que se ha dicho, tuvo por consecuencia una doble corrupción que no escandalizó á Sócrates cuando enseñaba á la hetera Teodota las reglas lucrativas de su industria, ni á Xenofonte y Platón, cuando hablaban sin cólera en su *Banquete* del amor griego que Homero no había conocido; y por último, si lejos del noble cortejo que rodeaba á Pericles había una *bohemia*, cuyo jefe será Alcíbiades, y en la Agora «hombres que andaban muy de prisa ó hablaban demasiado alto (5),» y en el Pireo bribones que engañaban al comprador

(1) Véase t. I, p. 221. No conocemos la *Efebia* sino por monumentos de la época macedoniana; pero algunas palabras de Pericles prueban su existencia en el quinto siglo, y sin duda mucho antes.

(2) Véase p. 145.

(3) ...ὅπως ἂν οἱ παῖδες παιδεύωνται οἱ ἐν τῷ δήμῳ. Más tarde hubo en Teos (C. I. G., 3.059 y *Bol. de la Corresp. helen.*, t. IV, p. 110), en Delfos (Haussoullier, *Bol. de la Corresp. helen.*, t. V, página 157), y en otros puntos sin duda, maestros pagados por el gobierno é instituídos por la autoridad pública. Roma no tuvo al principio, como Atenas, más que escuelas libres; pero bajo el imperio hubo cátedras subvencionadas.

(4) Copa con la firma del pintor Douris, que se conserva en el Museo de Berlín (A. Furtwangler, *Beschreib. der Vasensammlung*, etc., n.º 2.285); según la *Archæologische Zeitung*, 1875, tab. I. —A la derecha está el pedagogo, sentado y con la cabeza vuelta hacia su discípulo, que permanece en pie delante del maestro. Este último tiene un tríptico, y en la mano derecha un estilo, ocupándose tal vez en corregir. Más lejos, el discípulo toma una lección de música, de pie ante su maestro, que le enseña á tocar la flauta. En el campo se ven suspendidos un rollo, un díptico y una lira: difícil es determinar el objeto que se ve después, y que tiene la forma de una cruz.

(5) Teofrasto, 4 Este era el signo característico de las personas mal educadas.

ó producían artificialmente la alza y la baja (1); diremos á todo esto que es preciso tener en cuenta la sensualidad oriental, que existió en todos los tiempos en aquellos países, donde el sol comunica á la naturaleza entera una vida ardiente (2); que en los Estados ricos hay siempre clases desheredadas, demasiado amantes de sus vicios para que pueda agradarles la vida regular; y finalmente, que en todo tiempo se han visto personas que buscaron la fortuna por vías nada honradas (3). En sus dramas satíricos, y hasta en sus comedias más admiradas, la crudeza de las palabras y la inconveniencia de los ademanes nos repugnan (4); y la *Venus celeste* de Sócrates, que por el amor conduce á las nobles acciones, no nos hace olvidar la *Venus terrestre*, mucho más popular, que se complacía en el desorden (5). Sin embargo, muy pronto veremos que el teatro de Esquilo, de Sófocles y de Eurípides fué una gran escuela de moralidad, así como de patriotismo, y que los filósofos elevarán el alma humana á todo la altura posible.

Sabemos que en Atenas había pocos eunucos ó ninguno para la vida doméstica (6); que la poligamia no se consentía, y que una ley de Solón prohibía hablar mal de los muertos, bajo pena de una multa que se pagaba á los hijos de éstos (7). Tenemos derecho para deducir de aquí que la familia estaba constituída, si no tan severa-

(1) En sus *Estudios sobre las antigüedades jurídicas de Atenas*, Mr. Caillemer dice, al hablar del Pireo: «Cualquiera se creería transportado á una de nuestras grandes ciudades marítimas, porque siempre se observan allí los mismos contratos, los mismos fraudes, iguales peligros. Aquí se libran letras de cambio contra los negociantes extranjeros, y los fiadores intervienen para aumentar el crédito que se atribuye á la firma del librador; allá se extiende un contrato de préstamo entre un rico banquero y el armador de un barco, y si se exigen al segundo intereses enormes, éste se halla en cambio preservado de los peligros de la navegación por una especie de seguro imperfecto; más allá, algunos especuladores explotan hábilmente las noticias que se acaban de recibir, á fin de promover en el mercado la alza ó la baja de las mercancías (Lysias, *Adversus frumentarios*, § 14); en otro sitio, un *trapecita* acusa á un capitán de estafa, porque ha hecho naufragar fraudulentamente el barco que se le confió, á fin de sustraerse de la obligación de reembolsar el *nauticum fœnus*. Además, algunos negociantes propalan fraudulentamente rumores engañosos, que modifican bruscamente el precio de los cereales, permitiendo á los autores de la farsa realizar vergonzosos beneficios (id., § 14). Se forman sociedades para la percepción de los impuestos, ó para explotar cierta industria, y mientras los unos alcanzan la fortuna, inesperados reveses merman el crédito de los otros, produciendo liquidaciones ó quiebras.» (E. Caillemer, *De las instituciones comerciales de Atenas en el siglo de Demóstenes*, p. 15-16.)

(2) Demóstenes, ó el autor del *Discurso contra Nœra*, dice *ad fin:* «Tomamos una cortesana para nuestros placeres, una concubina para los cuidados diarios que nuestra salud exige, y una esposa para tener hijos legítimos y una guardiana segura de nuestra casa.» Esto no era muy moral; pero en Roma se ve poco más ó menos lo mismo, y bien puede decirse que sería un progreso hallar semejantes costumbres en muchos haremes del Islam.

(3) Conviene hasta tener en cuenta ciertas aberraciones filosóficas. Hiparquia se casó con el filósofo cínico Cratés, y entregóse á él en la plaza pública. Diógenes Laerte lo afirma, y Zeller se inclina á creerlo.

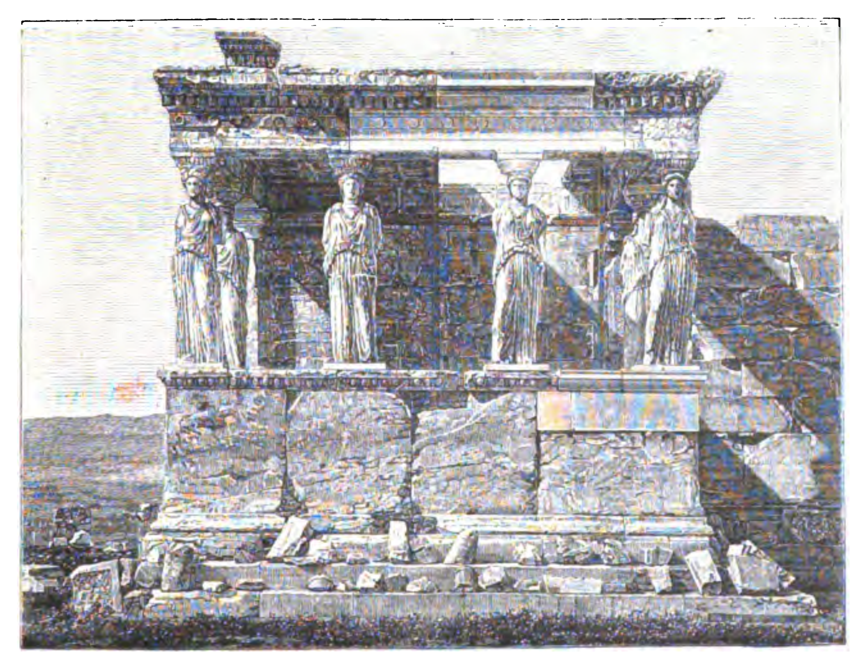
(4) Las comedias de Aristófanes y el Museo secreto de Nápoles han creado muy mala reputación á los artistas griegos. Letrone, en su *Carta sobre la escasez de pinturas licenciosas en la antigüedad*, ha tratado de disculparlos, invocando en su favor circunstancias atenuantes, y reduciendo en mucho el número de los casos.

(5) Véase en Xenofonte, *El Banquete*, 8, la diferencia entre la *Venus Urania* y la *Venus popular*. Pausanias (VII, 25, 1) vió en un templo de la Elida una *Venus celeste* de Fidias, Οὐρανίαν, uno de cuyos pies se apoyaba sobre una tortuga, que para la mujer era emblema de la vida doméstica y del silencio; y fuera del santuario, una *Venus popular* de Scopas, Πάνδημον, sentada en un macho cabrío, imagen de la lujuria (Plutarco, *Prec. conj.*, 32).

(6) En el *Protágoras* de Platón, el portero de la casa es un hombre de esa especie; pero puede asegurarse que había sido comprado en Asia.

(7) Plutarco, *Solón*, 21; Demóstenes, *Contra Leptino*, 104. — Además de la multa debida á la familia, satisfacíase otra doble al Estado.

mente como en Roma, por lo menos bajo mejores condiciones que en Oriente. Tal era la fuerza del vínculo de parentesco, que para las sucesiones admitíase la representación hasta lo infinito en las dos líneas, directa ó colateral; en caso necesario, una adopción póstuma podía continuar la familia; y en la vida civil, todo convenio contrario á las buenas costumbres ó al orden público se consideraba nulo por la ley (1). A pesar de los famosos ejemplos de dureza política, el fondo del carácter ateniense era «la mansedumbre, la dulzura y la piedad (2).» Las obras caritativas no



Cariátides del Erecteón

eran raras entre los atenienses (3); Demóstenes se jacta de haber rescatado á varios cautivos y ayudado á varios ciudadanos pobres á dotar á sus hijas (4). Otros muchos, sin duda, habían hecho otro tanto; los menos, movidos por un sentimiento religioso, y los más por cálculo político, á fin de acreditarse en la asamblea general. Pero cuando oímos al gran orador gritar: «Ya conocéis, atenienses, esa ley humanitaria que no quiere el ultraje ni aun para el esclavo..... y habéis castigado con la muerte á varios de aquellos que la infringieron (5),» tenemos derecho para preguntar cuánto tiempo se necesitaría para que esa palabra penetrase en la conciencia de todos los pueblos civilizados (6).

(1) Dareste, *Discursos civiles de Demóstenes*, II, p. 2.

(2) Demóstenes, *Contra Leptino*, 13-17; *Contra Androción*, 51, 57; Isócrates, *Antidrosis*, 20.

(3) Véase p. 38.

(4) *Proceso de la Corona*, 267.

(5) Demóstenes, *Contra Midias*, 45. Se podía intentar contra el esclavo la acción de daños y perjuicios si había obrado por su propia voluntad. Id., *Contra Calicles*. En la *Filípica III.*ª, dice también: «Vuestros esclavos hablan más libremente que en otra parte los ciudadanos.» En la fiesta de Kronos eran libres. Hermann, t. II, § 54, n.° 8. Y sin embargo, el esclavo no costaba más que 200 dracmas, según dice Demóstenes (*Contra Espondias*).

(6) Hasta en su discurso *Contra Pantenetes* protesta contra el tormento que se aplica al es-

En esa sociedad se encuentra á cada paso el sicofante, para el que nos faltan palabras bastante despreciativas; pero si esa raza pululó, culpa fué de las instituciones y no de los hombres. Era necesaria en Atenas, que no tenía ministerio público, y donde solamente el celo de los ciudadanos podía poner en juego la justicia civil y la criminal. Sin embargo, esta profesión no estaba exenta de responsabilidades ni de peligros; cuando el defensor no obtenía la quinta parte de los sufragios, juzgábase su acción temeraria, y entonces pagaba á su adversario, si el asunto era civil, la *epobelia*, es decir, la sexta parte de la demanda; y si era criminal, debía satisfacer una multa de 1 000 dracmas al Estado, y además se le declaraba incapacitado para intentar en lo sucesivo ninguna acusación del mismo género (1). La acusación, pues, fué al principio un acto de abnegación cívica y un asunto serio para los buenos ciudadanos como Efialto; cierto que más tarde llegó á ser un oficio, pero un oficio siempre peligroso; y Esquino tuvo la prueba de ello cuando quiso proceder contra Demóstenes.

Acusadores ó defensores debían someterse á una costumbre que por desgracia no se observa en ninguna otra parte. Aquel pueblo de hábiles oradores medía la elocuencia con la clepsidra, pues opinaba que el asunto más espinoso se podía debatir en una sola sesión, y que un orador no debía dejar para el día siguiente el fin de su discurso; era preciso que todo proceso verbal se despachase en un día (2). Dado aquel régimen político, que había llegado hasta los últimos límites de la democracia, podría creerse que Atenas fué una ciudad continuamente perturbada; pero en el espíritu de sus habitantes había un contrapeso á la pasión por la variedad que se observa en los pueblos donde la multitud es soberana. El derecho de modificar una disposición legislativa exigía tales precauciones, que á pesar de los demagogos, que hubieran querido cambiarlo todo, y á pesar de los poetas satíricos, que no respetaban cosa alguna, aquella multitud tan buscada por los políticos de toda especie, conservaba el sentimiento de la legalidad. En su *Asamblea de las mujeres*, el gran detractor del pueblo ateniense presenta á un ciudadano que acata un decreto absurdo, «porque el primer deber de un hombre honrado es cumplir la ley.»

Sería también un error no ver en Atenas más que una turba habladora y frívola, pues una ley de Solón castigaba la ociosidad (3). «En nuestra ciudad, dice Tucídides, no es vergonzoso para el individuo confesar que es pobre; la vergüenza está en no destruir la pobreza por medio del trabajo (4).» Y este último no faltaba, según puede verse por el cuadro que traza Pericles de la actividad industrial de los

---

clavo como medio para descubrir la verdad en los procesos entablados contra el amo; esa protesta, es cierto, es la única que se encuentra en los oradores áticos.

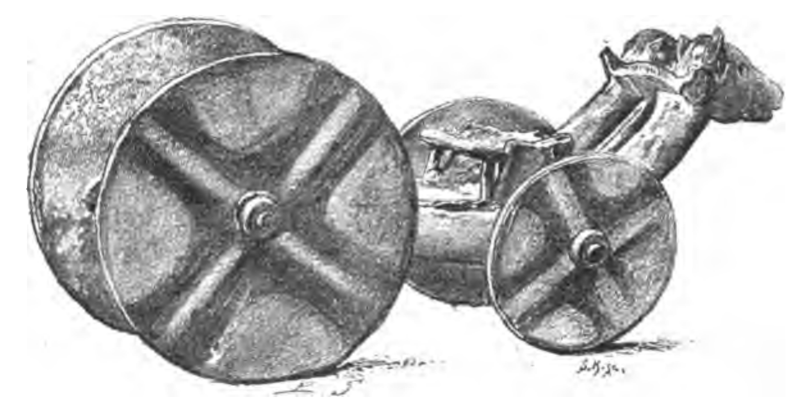
(1) Dareste, *Discursos civiles de Demóstenes*, II, p. 138. El sistema general de la multa se observará más tarde en las ciudades romanas. (Véase *Hist. de los rom.)* También se practica en gran escala en Inglaterra, y algo, aunque poco, por lo cual no es nada eficaz, en Francia.

(2) En los procesos civiles podía haber réplica; pero no en los criminales. Véase Demóstenes, *Proceso de la embajada*, 214, y R. Dareste, *Discursos políticos de Demóstenes*, II, p. 197.

(3) Demóstenes, *Contra Eubúlides*.

(4) II, 40.—Xenofonte, ó más bien Teofrasto, dice también en la *Económica*, 3. «El hombre es quien por su trabajo lleva el bienestar á la casa.» Y Plutarco señala el asombro de un espartano al saber que en Atenas un individuo acababa de ser condenado á pagar multa por ocioso. En los *Memorables*, III, 7, Sócrates hace ver á Carmidés que la asamblea se compone en gran parte de zapateros, albañiles, fundidores de metales, labradores, mercaderes al por menor y vendedores ambulantes. «He ahí, le dice, los que constituyen la asamblea del pueblo.» Y en otra parte, manifiesta á Aristarcos que vale más ejercer un oficio que vivir en la ociosidad y ser una carga para los suyos. Ateneo (XV, 34, p. 687, edic. de Schweighauser) dice que Solón no había prohibido á los ciudadanos más que un oficio: el de vendedor de perfumes.

atenienses. «Los que no están al servicio de las armas y deben vivir del trabajo de sus manos reciben una parte de la renta pública; pero lo que se les da no es el precio de su pereza. Se dedican á la construcción de grandes edificios, donde encuentran en las artes de toda especie ocupación para largo tiempo. De este modo, los que permanecen en la ciudad pueden obtener de la república el mismo socorro que los marineros, los soldados y los que están destinados á la vigilancia de las fronteras. Nosotros compramos la piedra, el bronce, el marfil, el oro, el ébano, el ciprés; y numerosos operarios, carpinteros, albañiles, herreros, tallistas, tintoreros, plateros, bordadores (1), torneros, ebanistas y pintores, se ocupan en trabajar esos materiales.



Carro griego (2)

Los armadores, marineros y pilotos transportan por mar inmensa cantidad de materiales; los cocheros y carreteros nos los traen por tierra; los constructores de vehículos, los cordeleros, los canteros, los albarderos y los empedradores los trabajan á su vez; y cada maestro, semejante á un general de ejército, tiene á su alrededor una tropa de artesanos, sin profesión determinada, que vienen á ser un cuerpo de reserva. De este modo los hombres de todas edades y condiciones participan de la abundancia que esos trabajos producen (3).» Ante una actividad tan laboriosa ¿quién no se creería en alguna de esas capitales modernas que la industria transforma? Nuestros utilitarios dicen: «Cuando el edificio progresa, todo marcha.» Pericles no se hubiera servido nunca de semejante fórmula: muy diferentes eran sus ideas. Había comprendido, como acabamos de ver, veinticuatro siglos antes que nosotros, que los trabajos públicos son la garantía del bienestar de la población obrera, más numerosa en Atenas de lo que se imagina; pero pensaba que el arte y la utilidad, no la utilidad sola, debían ser el principio y el fin de esos trabajos. Sus mamposterías eran de mármol; en vez de casas, edificaba templos, y si quería que su ciudad estuviese radiante de belleza, era con el fin de que el ciudadano le profesara mayor cariño y el extranjero la respetase más. «Si el verdadero objeto de la política, como dice Bossuet, y como debería decirlo la sabiduría de las naciones, consiste en obte-

(1) Mr. de Ronchaud (*La tapicería en la antigüedad*) hace ver la importancia que tenían en Grecia los tejidos bordados y la industria tapicera.

(2) Barro cocido del Museo Británico (según una fotografía).—Es un juguete de niño; los dos caballos, el timón y la caja donde iba el conductor, se indican toscamente. El barro cocido está pintado. Véase un carrito tirado por un niño, en Stackelberg, *Die Gräber der Hellenen*, tab. 17.

(3) Plutarco, *Pericles*, 19.

ner las comodidades de la vida y hacer á los pueblos felices,» la constitución ateniense del tiempo de Pericles había llenado cumplidamente su fin.

Ese pueblo ateniense, tal como le conocemos en sus buenos días, no se parece, pues, al retrato que de él suele hacerse con ayuda de Aristófanes ó de Platón. El filósofo, que tanto despreciaba la democracia, no ve en Atenas más que una multitud indolente, habladora y codiciosa; por más que su codicia, que se reducía á obtener uno ó dos óbolos diarios, no traspasase los límites de una moderación muy filosófica. En el teatro, ante los mismos á quienes disfraza y que le aplauden, es donde el poeta se burla del *pueblo juez*, del *Pniciano*, comedor de habas (1), y de los papanatas de la asamblea. «Cuando tan fácil te sería enriquecerte, dice un personaje de las *Avispas* á Filocleón, mira cómo te zarandean siempre esos supuestos amigos del pueblo. ¡Tú que eres dueño de tantas ciudades, desde el Ponto-Euxino hasta Cerdeña, apenas puedes disfrutar de un mísero salario! Y aun para que vivas, te lo exprimen gota á gota, como se exprime el aceite de la lana. Eso lo hacen porque quieren que seas pobre; pero ¿por qué lo quieren? Voy á decírtelo: para que conozcas la mano que te alimenta, y para que, cuando te exciten y te lancen sobre algunos de sus enemigos, les obedezcas y desgarres á los que te designen, pues si quisieran dar al pueblo los medios de vivir, nada sería más fácil. ¿No tenemos mil ciudades que nos pagan el tributo? Si á cada una de ellas se le encargase de la manutención de veinte hombres, nuestros veinte mil ciudadanos vivirían en medio de delicias, adornados de coronas, alimentándose de liebres y de leche fresca, y disfrutando de placeres dignos de los habitantes de esta tierra y de los vencedores de Maratón; mas ahora seguís al que tiene el dinero en la mano, como hacen los que se ocupan en recoger aceitunas.» En otro lugar muestra á Atenas cambiando sus buenas y antiguas costumbres rústicas por un lujo ruinoso. Aquí, los dos pueblos, el de Solón y el de Alcibíades, están representados por el buen viejo Strepsiades y por su hijo Filípido, que le arruina con sus caballos, de modo que el padre no es ya más que una máquina para pagar las deudas de su hijo. Despertado durante la noche por las cavilaciones que esto le ocasiona, revuélvese agitado en su lecho, y oye á Filípido, que hasta en sus sueños habla de caballos y de gastos. «¡Ah!, exclama el desventurado padre, es un demarca (2) que me muerde! Strepsiades era un buen campesino que vivía dichoso lejos de la ciudad; pero el lujo y la civilización fascinan; todo lo atraen y consumen, como la luz atrae y consume á la mariposa. «¡Ah!, exclama Strepsiades, dirigiéndose á su hijo dormido, ¡maldita sea aquella que me indujo á casarme en otro tiempo con tu madre! En el campo mi existencia era feliz, aunque fuese grosera é inculta y sin elegancia y se deslizase entre las abejas, los carneros y las aceitunas. Me ocurrió casarme con la sobrina de Megacles, hijo de Megacles, yo, que era un campesino, mientras que ella, mujer de la ciudad, gustaba de la pompa y del lujo y habíase educado en la escuela de Cesyra. Cuando me acercaba á ella, exhalábase de mi persona el olor de las heces del vino, de los cestos cargados de frutos, y de los montones de lana; y ella, muy perfumada con ungüentos de azafrán, no hablaba más que de gastos, de regalos y festines. No diré que ella permaneciese ociosa; ocupábase en tejer; y yo, mostrándole este manto, le decía: «Amiga mía, el tejido que de tus manos sale es demasiado apretado...» Después tuvimos este hijo que aquí véis... Su madre le estrechaba tiernamente sobre su seno, diciéndole: «¿Cuándo habrás crecido lo bastante para conducir un carro hacia la ciudad, luciendo como Megacles un manto color de azafrán?» Y por mi parte yo decía:

(1) Con habas blancas ó negras se daban los sufragios.

(2) Como si dijéramos escribano; pero la exclamación tiene dos sentidos.

¿Cuándo serás bastante grande para conducir las cabras de Feleo, como tu padre, sin más ropa que la piel de un animal? Pero no siguió mis consejos, y ha dado á mi fortuna la enfermedad de los caballos.»

En los *Caballeros*, el pueblo es también objeto de befa, tanto como pudiera serlo el más bonachón de los soberanos. Para contestar al poeta, basta escuchar las palabras de un violento enemigo de los atenienses, conservadas por un desterrado de Atenas: «Hay un pueblo, dice, que no piensa sino en las novedades; pronto para concebir, más lo es aún para ejecutar; es poderoso, pero tiene más audacia que fuerza, y más confianza que audacia, hasta en el peligro. Si triunfa, avanza y sigue la victoria; si es vencido, la derrota no le abate nunca. Para los atenienses, la vida no es una propiedad que les pertenece; tan fácilmente la sacrifican á su país. No se consideran dueños más que de su pensamiento, que concibe sin descanso para el bien de la patria. Cumplir la misión que se han impuesto es su más hermosa fiesta (1).»



Escena íntima; mujer trabajando en una tapicería (3)

¿Qué era, pues, ese pueblo, del que hacía semejante retrato una mano enemiga? Ese pueblo que trataba con benignidad al esclavo y acogía al extranjero; que aseguraba á los ancianos y á los achacosos la subsistencia; que daba la patria por madre á los hijos á quienes la guerra había dejado huérfanos (2), y que por último, en medio de la plaza pública había erigido el altar de la Piedad para que los suplicantes fueran á suspender en él sus cintas. Porque entre los griegos solamente los atenienses honraban la piedad, diosa que socorría á los hombres en las vicisitudes de su vida (4). La historia, pues, puede decir con Pericles: «Para ser admirada, Atenas no necesitará un Homero; la verdad sola basta para su gloria.»

Aristófanes, que no comenzó á escribir hasta tres años después de la muerte de Pericles, no tuvo ocasión de atacar á éste en vida; pero había en Atenas sobrado ingenio para que muchos hombres no se hallaran dispuestos á vengarse con chistes

(1) Tucídides I, 81. Discurso de un corintio para determinar á Esparta á emprender la guerra. Después de estas palabras de un enemigo, no es necesario referirse al elogio de Atenas hecho por Pericles (Tucídides, II, 35, 46); pero ¡qué elevación y magnificencia en todo ello!

(2) Esta costumbre no sobrevivió á los buenos tiempos de Atenas. Isócrates, *Sobre la paz*, 82, y Esquino, *Contra Ctesifón*, 154, hablan de ella como de una práctica olvidada.

(3) Pintura de vaso (según Stackelberg, *Die Gräber der Hellenen*, tab. 33). – En el centro, una mujer sentada trabaja en el bastidor; y delante de ella se ve otra que mira su trabajo; detrás se halla una criada con una canastilla vacía.

(4) Pausanias, I, 17, 1. Uno de los espíritus más graves de aquella época, el autor de la *Filosofía de los griegos*, Ed. Zeller, dice en el t. II, p. 450 de la traducción francesa: «Atenas, que por sus brillantes actos se había puesto á la cabeza de las ciudades griegas, y que desde Pericles reunió en su seno todos los hombres célebres por su talento y por su celo científico, entró triunfalmente en la vía democrática. De aquí resultaron progresos singularmente rápidos en todos los dominios de la inteligencia, una viva emulación, un desarrollo libre y feliz de todas las facultades, desarrollo que la superior inteligencia de Pericles dirigió hacia los más elevados fines. Así fué como esta ciudad consiguió obtener en el espacio de una generación, un grado de bienestar, de poderío, de gloria y desarrollo intelectual de que no hay ejemplo en la historia.»

de aquel que, eclipsándolos á todos, los mantenía en la sombra. A este papel queda reducida la oposición en los tiempos felices, y Aristófanes tuvo precursores que no perdonaron al *Olímpico:* «Hombres hábiles para reirse de lo que todos respetan, y escarnecer lo más honrado (1).» Cratinos, que fué un poeta de nombradía, llamaba á Pericles «padre de los dioses, el mayor de los tiranos, el primogénito de los tiempos y de la intriga.» Otro le intimaba á jurar que no se haría rey; y Telíclides decía que ya lo era. A todos sus amigos se les designaba con el nombre odioso de *Pisistrátidas.* Aspasia, con quien se había casado después de repudiar á su mujer, era «la nueva Onfala,» ó «Dejanira, que habían domeñado al nuevo Hércules.» Algunos le representaban como el «príncipe de los sátiros,» y hablaban de las hermosas atenienses que encontraba en el taller de Fidias, y de la mujer de Menipos, «que había ayudado á su esposo á ser estratega.» Pericles prosiguió su camino á pesar de estas murmuraciones, que no eran sino el precio obligado de su gloria y de su poder. Es seguro que ni siquiera se le puede atribuir una ley, votada en 440, para limitar la insolencia de los autores satíricos, y que, como todas las leyes de este género, pronto cayó en desuso: dos años después el arconte Epigenes la derogaba.



Estela adornada de cintas (2)

A la larga, sin embargo, comenzó á manifestarse en la multitud el sentimiento que hacía decir al campesino refiriéndose á Arístides: «Me molesta oir siempre llamarle el Justo.» Las censuras de los que acusaban á Pericles de malversador del tesoro, comenzaban á encontrar eco entre el pueblo; los restos del partido aristocrático no le perdonaban el haber consumado su ruina, elevando á tanta altura la democracia ateniense; los sacerdotes y los devotos afectaban temer para sus dioses las audacias filosóficas de sus amigos; y según la costumbre de los tiempos en que la conciencia pública se perturba, las facciones contrarias diéronse la mano para derribar al que era un obstáculo á sus miras particulares. Los acerados dardos de los poetas satíricos fueron el preludio de luchas más serias. Los adversarios de Pericles la emprendieron por lo pronto contra todos cuantos eran objeto de su predilección; y Fidias fué acusado de haber distraído una parte del oro que se le entregara para la estatua de Atenea. Pericles, previendo la acusación, ó más bien deseando que aquel oro pudiera ser para Atenas un recurso en días de escasez, había aconsejado al artista que lo aplicara á la estatua de modo que se pudiera retirar sin detrimento de la obra, y gracias á esto, no le fué difícil á Fidias destruir la acusación; pero habíase representado á sí propio en el escudo de la diosa con las facciones de un anciano, y en otra figura reconocíase fácilmente la imagen de Pericles, y dadas las ideas religiosas de la época, esto era un sacrilegio. Así es que Fidias, que

(1) Luciano, *La doble acusación*, 33: .....δεινοὺς ἄνδρας ἐπικερτομῆσαι τὰ σεμνὰ καὶ χλευάσαι τὰ ὀρθῶς ἔχοντα.

(2) Según un vaso pintado, en Stackelberg, *Die Gräber der Hellenen*, tab. 45. – Es una estela funeraria.

quizás se vió amenazado de una condena capital, fué á buscar refugio entre los eleos (1).

Esta condena, uno de los errores del pueblo ateniense, era un fracaso para Pericles y un estímulo para sus adversarios, quienes obtuvieron la aprobación de un decreto, según el cual considerábase como crimen de Estado filosofar sobre las cosas divinas (2). Después acusaron á Anaxágoras, uno de los amigos más queridos de Pericles, de negar la existencia de los dioses y de profesar respecto á los cuerpos celestes doctrinas contrarias á la religión nacional. Más verdaderamente religioso que sus acusadores, puesto que enseñaba una noción más pura de la divinidad (3), Anaxágoras fué víctima de la intolerancia, como más tarde Galileo, y para escapar de una sentencia, sin duda capital, hubo de refugiarse en Lampsaco, donde murió. Aspasia se vió complicada en la misma acusación. Esta milesiana ejercía en Atenas, por su rara inteligencia y su hermosura, una influencia á que se sometían los más grandes talentos. Pericles no pudo resistir al encanto de la extranjera, y tanto es así, que la admitió en su casa como esposa legítima. A causa de su origen, Aspasia no podía ser su mujer según la ley civil, pero lo fué por el vínculo de un afecto que nada pudo alte-



Aspasia (4)

(1) Así se desprende del relato de Filocoro, que había escrito una historia de Atenas. Plutarco, posterior en cuatrocientos años á Filocoro, representa á Fidias muriendo en una prisión de Atenas. Véase sobre este punto la discusión de Emeric David y de Ronchaud, *Fidias, su vida y sus obras;* Max. Collignón, *Fidias*, etc. Müller-Strubing, en los *Jahrbücher für class. Philol.* de 1882, p. 289 y sig., no ve en esos relatos más que leyendas, y tiene razón, sobre todo en cuanto á la acusación citada. La ceremonia anual del *lavado* (véase cap. XXI) prueba que la precaución adoptada por Fidias era necesaria y habitual.

(2) Es el decreto presentado por Diopithes: εἰσαγγέλλεσθαι τοὺς τὰ θεῖα μὴ νομίζοντας, ἢ λόγους περὶ τῶν μεταρσίων διδάσκοντας. (Plutarco, *Pericles*, 32).

(3) Véase la historia de Sócrates en el cap. XXIV.

(4) Busto en mármol, conservado en el Museo del Louvre. – El Hermes que se conserva en el

rar (1). Tratábase de herir á Pericles en lo más sensible de su corazón, y si bien es cierto que logró salvarla, sus adversarios tuvieron el placer de ver al más grande orador de su tiempo reducido á mezclar con lágrimas su elocuencia. Al fin se atrevieron á atacarle á él directamente pidiéndole que rindiera cuentas; pero delante de esta agresión el pueblo retrocedió, y hasta el último día de aquel gran ciudadano respetó en él la sabiduría y la integridad que á tan alto grado habían elevado el poderío de Atenas (2).

CAPITULO XX

LAS LETRAS EN ATENAS EN EL SIGLO V

I. — EL TEATRO DE BACO

Antes de las guerras Médicas, los espartanos eran considerados como buenos jueces en materia de arte, por más que desdeñaran ser ellos mismos artistas y poetas: Aristóteles lo reconoce así (3). Esta reputación era algo usurpada; mas no sucedía lo mismo con Atenas. Las jornadas de Maratón, de Salamina y de Platea, donde alcanzó tanta gloria, comunicaron el mayor impulso á su genio, y el quinto siglo antes de nuestra era, época del más feliz desarrollo del espíritu humano, debió su principal esplendor á las obras maestras inspiradas por Palas Atenea (4). Aquella época se denomina con frecuencia siglo de Pericles; el gran moderador de la política ateniense no figura para nada en la obra de Esquilo y de Sófocles, de Aristófanes y de Tucídides; pero Atenas entra por mucho en ella, pues si no vió nacer

---

Vaticano y que lleva la inscripción ΑΣΠΑΣΙΑ no puede considerarse como un retrato auténtico ni como la copia de uno de Aspasia. Parece que la inscripción grabada en la parte inferior de la repisa ha sido añadida sin motivo. Mr. Bernoulli propone el nombre de Aspasia para el busto que ahora publicamos, y del cual existe otro ejemplar en el Museo de Berlín (*Archæologische Zeitung*, 1888, p. 56 y siguientes, lám. 8).

(1) Sobre la condición de la mujer griega en los antiguos tiempos, véase t. I, p. 84. Cuando las nuevas costumbres la encerraron en el fondo del gineceo, sucedióle lo que sucede en todo país donde se establece la clausura de las mujeres: su inteligencia se estrechó como su horizonte; ya no hubo entre ella y su esposo cambio de ideas, y este último, rechazado de su interior, donde vivía tan poco, buscó otras compañías. De aquí resultó una depravación de índole particular, para nosotros difícil de comprender, y de aquí nació también la influencia que supieron conquistarse ciertas mujeres de talento, hermosas y libres. Las cortesanas ocuparon el lugar de la esposa; mas por una cuya influencia fuera beneficiosa ¡cuántas no hicieron otra cosa que desarrollar la corrupción en que vivían! Con ello la familia griega pereció, y una vez muerta, el Estado no le sobrevivió mucho tiempo. Roma, en donde la familia era tan poderosa en los primeros siglos, vaciló con ella cuando la cortesana eclipsó allí también á la matrona, ó cuando ésta se hizo cortesana, y cuando Roma en vez de Lucrecias no tuvo más que Lais. Algunos poetas satíricos presentan á Aspasia como una hetera; pero Sócrates la honra, Xenofonte la respeta, y Pericles la acepta como esposa. Nada puede prevalecer contra semejantes testimonios.

(2) El pueblo le había sacrificado, en 444, al jefe del partido aristocrático Tucídides, pariente de Cimón, que fué desterrado por el ostracismo y se retiró á Lacedemonia; pero Efialto, que le había ayudado en sus reformas, fué asesinado. Plut., *Per.*, 14. Según Aristóteles.

(3) *Polit.*, VIII, 4. Οἱ Λάκωνες..... οὐ μανθάνοντες ὅμως δύνανται κρίνειν ὀρθῶς, ὡς φασὶ τὰ χρηστὰ καὶ τὰ μὴ χρηστά τῶν μελῶν.

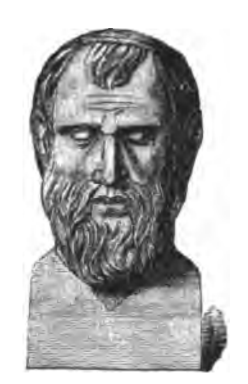
(4) Desde la guerra de los medos, dice Aristóteles (*Polít.*, VIII, 10), los atenienses, excitados por sus grandes acciones, entregáronse al estudio de las ciencias y de las artes.

en su suelo á todos los hombres superiores de aquella edad, en cambio fué su patria común, y el espíritu de aquéllos se enardeció al contacto del suyo.

De entre las gloriosas manifestaciones del pensamiento y del arte que entonces se produjeron separaremos, para ponerla como es justo en lugar preferente, la poesía dramática, que fué la más hermosa florescencia del genio ateniense. Pero como esta obra lo es de historia y no de arqueología, nuestro estudio será una revista rápida en la que sólo desfilarán ante nuestros ojos las grandes figuras de tres ó cuatro poetas que relegaron á sus rivales á una obscuridad, de la que no es bastante á sacarlos la más paciente erudición. No trataremos, pues, ni de las condiciones del teatro griego (1), ni de las cualidades literarias de los maestros de la escena trágica, ni del idioma que hablaron:

«Ese lenguaje sonoro de soberanas dulzuras,
El más dulce que hayan pronunciado humanos labios.»

Estos detalles se hallan en todas partes, y por esto bastará recordar que la comedia y la tragedia tuvieron un dios cerca de su cuna. Ambas habían nacido del ditirambo de Dionisos, sucesivamente canto alegre para celebrar los dones de las vides y las licencias de la embriaguez, ó lamentación fúnebre, en memoria de la *pasión* de Baco, muerto por los Titanes, descendido á los infiernos y resucitado (2). Este canto fúnebre, aplicado á las antiguas leyendas que constituían el patrimonio poético de Grecia, llegó á ser el canto trágico, el drama. Sin hablar de los precursores, de los cuales sólo subsisten informes fragmentos, procuraremos averiguar qué opiniones, qué creencias compartían los maestros de la escena con sus contemporáneos, ó pretendían llevar á su ánimo. Este estudio se halla tanto más en su lugar en una historia política, cuanto que ningún teatro ha sido más nacional que el de Atenas. La vida moral de la ciudad, sus dioses y sus héroes, sus creencias y sus ideas, sus temores y sus esperanzas, todo está en él (3). Las obras de sus poetas son un documento histórico tanto como un capítulo de la historia, y aún más, puesto que nos muestran el alma de ese pueblo. ¿No ha pronunciado por ventura Aristóteles, á propósito de la tragedia, aquella frase á la vez peligrosa y profunda: «Hay más verdad en la poesía que en la historia?»



Aristófanes

II. — ESQUILO

El primero, por orden de antigüedad, de aquellos hombres que en el quinto siglo impulsaron los espíritus hacia un ideal superior, fué Esquilo, cuyos dramas tienen el doble carácter de las obras potentes, la sencillez y la grandiosidad. Sabido

(1) El cap. XXII de Otfriedo Müller tiene por título: *Sobre la organización material del teatro griego.*

(2) El teatro de Atenas, del cual todavía subsiste una parte, se llamaba teatro de Dionisos, y á los actores se les titulaba artistas del dios. En el Louvre existe (n.° 584 del catálogo de Clarac) una inscripción relativa á una corporación de músicos y *artistas de Baco*, en honor de su corega y agonotete.

(3) Sobre el carácter religioso de estas representaciones teatrales, que se verificaban en épocas fijas, en las Leneanas ó en las Dionisias de invierno, y en las grandes Dionisias, ó Dionisias de verano, véase t. I, cap. XV, § III.

es que el poeta fué también intrépido soldado, buen ciudadano y creyente (1). Por eso en su teatro se agita el entusiasmo patriótico y religioso.

El genio, es decir, el espíritu, ó ciertas facultades de éste llevadas á su más alto grado, es un don de la naturaleza; no se adquiere solamente con el trabajo, pero se puede preparar primero, y desarrollar después, por las circunstancias de origen y de localidad. Esquilo, nacido en el año 525 en Eleusis, de una raza de eupátridas, resultó ser contemporáneo de dos poetas que cierran brillantemente el ciclo de la poesía elegíaca y lírica: el beocio Píndaro, «cantor de las victorias olímpicas (2),» y Simónides de Ceos, su émulo, que por sus sentencias morales mereció figurar en la sociedad de los filósofos, y que por sus complacencias con los ricos y los grandes no debía ser en ella admitido (3). Esquilo, pues, no tuvo que hacer otra cosa sino escuchar á su alrededor para oir la voz de las musas gloriosas que despertaron en su alma poderosos ecos. Las primeras impresiones de su juventud dieron también un giro particular á su pensamiento y una gravedad austera á su carácter. Hijo de un sacerdote de Eleusis, iniciado él mismo en los misterios (4), y educado, según parece, en las piadosas doctrinas del instituto Pitagórico (5), tuvo esa constante preocupación de las cosas divinas que, en un tiempo en que las dudas comenzaban á manifestarse, hizo de él no el más ortodoxo, pero sí el más religioso de los poetas de Grecia. Los extraordinarios acontecimientos ocurridos durante su existencia, produjeron en su espíritu una conmoción profunda, y su segunda religión, si no la primera, fué el amor á Grecia y Atenas. Sus hazañas en Maratón, en el Artemisión y en Salamina (6) lo atestiguan así, y más aún sus dramas los *Persas* y las *Euménides*, el uno, canto de gloria de los griegos victoriosos del gran imperio oriental (7), el otro, glorificación de Atenas, de su espíritu de justicia y de sus instituciones.

A los veinticinco años, Esquilo se presentó por primera vez en el concurso para las fiestas de Baco, donde fué vencido por Querilos y Pratinas, y hasta 484 no alcanzó una victoria, á la que siguieron otras muchas (8). Dícese que la derrota que sufrió en 468, siendo su competidor Sófocles, y una acusación de impiedad por supuestas revelaciones de los misterios de Eleusis (9), le indujeron á retirarse á Sicilia, adonde fué varias veces llamado por Hierón de Siracusa, «que empuñaba el cetro de la justicia en la isla de los grandes rebaños.» Al decir esto Píndaro, olvidaba las crueldades del tirano; pero aquel gran poeta no tenía el corazón á la altura de su talento. Había glorificado la traición de Tebas, manteniéndose alejado de la guerra Médica, y celebraba los beneficios de aquella paz vergonzosa; mientras que Leóni-

(1) He hablado ya con frecuencia de Esquilo, y hasta citado algunos de sus elocuentes pasajes, que no puedo reproducir aquí: Véase t. I, cap. VI, págs. 109, 111, 116, 118 nota 4, 119 nota 2, 126, 134 y en este tomo págs. 58, 91 á 94, etc.

(2) Horacio, *Odas*, IV, 11.

(3) Platón le censura en el *Protágoras*, XXXI, por haber vendido sus elogios á tiranos y hombres poderosos que no los merecían. La palabra *vendido* no está en el texto, pero sí en el espíritu del interlocutor. Aristófanes, en la *Paz*, 698-699, le acusa más claramente aún de venalidad.

(4) Aristófanes le hace decir en las *Ranas*, 886: «¡Oh, Deméter!, tú que has alimentado mi alma, haz que sea digno de tus misterios.»

(5) Cicerón, *Tuscul.*, II, 10.

(6) Pausanias, I, 14, 5.

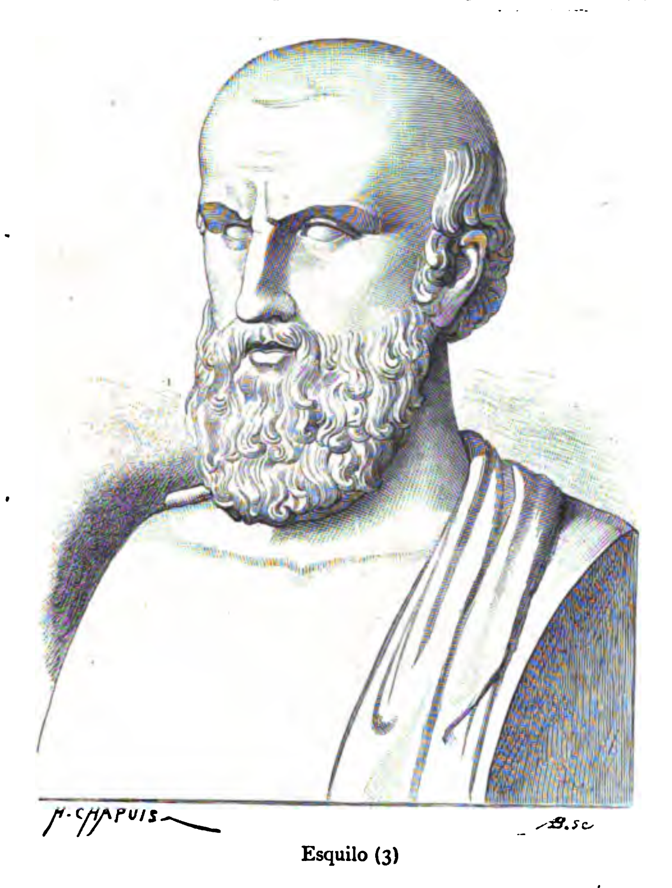
(7) Véase p. 80 y siguientes.

(8) En el concurso de las Dionisias era necesario presentar una trilogía, ó tres piezas, seguidas de un drama satírico.

(9) Aristóteles, *Etica á Nicomaco*, III, 1, 17. En cuanto á sus viajes á Sicilia, parece que fué llamado por Hierón hacia el año 478 y que regresó después de representarse la *Orestia*, en 458. Pero los datos relativos á estos viajes son inciertos.

das sucumbía en las Termópilas y los atenienses combatían en el mar de Salamina (1). No debe extrañarse, pues, que «en la mesa hospitalaria de Hierón, donde resonaban tan dulces melodías,» no hubiese oído los gritos de las víctimas.

Nada nos dice que Esquilo fuera un adulador del rey; pero hubiera sido preferible que, como Sófocles, hubiese permanecido siempre en Atenas (2).



Esquilo (3)

Esquilo decía de sus dramas que no eran sino restos del gran festín de Homero, y tenía razón (4). Sus tragedias, verdaderos fragmentos de epopeya, caracterízanse por un brillo sombrío y una majestad misteriosa; una divinidad temible, el Destino, se refleja en todas ellas invisible, silenciosa y seguida de Nemesis, la En-

(1) Polibio, IV, 31, 5.

(2) Esquilo vió tal vez á Epicarme en Siracusa; y si se encontraron allí, el poeta de Sicilia seduciría tal vez al ateniense con su elevado talento, pero debió desagradarle por sus sátiras contra los dioses. Epicarme tenía ya la audacia de Aristófanes, y sin duda escandalizó mucho al piadoso Píndaro.

(3) Busto en mármol del Museo Capitolino, según los *Monum. del Instit.*, 5, tab. 4.

(4) Esquilo había compuesto 70 piezas, de las cuales 63 cayeron en el abismo donde se han perdido tantas obras maestras. Las siete que nos restan son: Los *Persas*, representados en 476; las *Suplicantes*, hacia 461; la *Orestia* (*Agamenón*, los *Coeforos*, las *Euménines*) en 458; los *Siete contra Tebas*, y el *Prometeo encadenado*.

vidia divina, que no permite á ninguna grandeza humana traspasar el nivel por ella fijado; y una y otra llenan el alma de los espectadores de emociones angustiosas y de supersticiosos terrores. La lucha contra esa potencia, que rodea al hombre con mil lazos, que los más esforzados no consiguen siempre romper (1), excita arranques de intrépido valor y soberbios desdenes, que comunican á los personajes del poeta proporciones sobrehumanas. ¡Qué escena tan grandiosa la que se produce entre los enviados de Zeo y de Prometeo, el héroe que por su energía contra la suerte adversa y su odio contra la injusticia representaba una humanidad en que la Atenas de Maratón y de Salamina se reconocía fielmente retratada! La concepción es tan grandiosa, que las generaciones siguientes han podido ver en el Titán la figura del sabio de Horacio exclamando: «Aunque el mundo se hunda á pedazos, mi alma no temblará;» la del Redentor de los Padres de la Iglesia, que redime á la humanidad por sus padecimientos (2); la de Hércules, destructor de los monstruos, libertador de las víctimas, que en el Cáucaso rompe las cadenas del hijo de Uranos, y que más tarde romperá las del espíritu (3), y por último, con él se relacionará esa posterioridad lejana á la cual se oirá repetir: «Zeo morirá también.» La frase es audaz, y este rasgo parece completar el carácter del Titán, que ha querido defender los derechos de la voluntad humana contra la envidia de los dioses; pero el piadoso Esquilo no se detuvo aquí. Creía en una fuerza fatal, y á la vez en el poder de Zeo. Las Oceánidas, á las cuales conduce ante el cautivo, tratan de calmar su cólera y de contener sus amenazas proféticas. «Los sabios, le dicen, veneran y temen á Adrasteia, la Necesidad;» y en unos versos anteriores escribe: «Jamás los consejos del hombre perturbarán el orden armonioso establecido por la divinidad (5).» Por lo mismo, se puede conjeturar que el tirano envidioso y violento del *Prometeo encadenado* llegaba á ser en el *Prometeo libertado* el dios pacífico que perdona. El mundo volvía á estar sometido á un gobierno benévolo, el del dios salvador, Ζεὺς σωτήρ, y el poeta había hecho un esfuerzo para conciliar las dos ideas contradictorias que habían imperado en la vida de Grecia: la libertad moral y el imperio inevitable de la Moira.



Tesera de teatro (billete de entrada) (4)

La *Orestia*, la más grandiosa obra poética de Grecia después de la *Ilíada*, tiene

(1) El Destino de los griegos, el *Fatum* de los latinos, que han llegado á ser, con ideas de justicia más claramente marcadas, la Providencia de los cristianos, no son ya hoy otra cosa que el conjunto de las influencias de tiempo, de lugar, de educación y de herencia, de las cuales el espíritu, armado de la ciencia y de una voluntad enérgica, puede librarse, ó por lo menos disminuir considerablemente los efectos. El progreso, por lo tanto, está en el sentido de la libertad moral, que con los siglos y el aumento del número de los que piensan, ensancha su esfera de acción.

(2) Para Tertuliano, entre otros, Prometeo es una figura de Cristo.

(3) Los estoicos han hecho de Hércules el dios moral con cuya ayuda el hombre sófoca en sí las malas pasiones. Véase *Hist. de los romanos*.

(4) Tesera de hueso, descubierta en Herculano, según los *Monumenti*, IV, tab. 52, n.° 1. — Tiene en el anverso el número XII, IB, y la inscripción Αἰσχύλου, que designa sin duda la parte del teatro donde estaba la estatua de Esquilo; en el reverso se representa un edificio, tal vez el escenario de un teatro.

(5) Versos 936 y 552. Del *Prometeo libertado* no quedan más que fragmentos.

otro carácter, y es la más trágica de las trilogías del teatro griego: baste decir que en una de las escenas todo el auditorio tembló, y algunas mujeres se desmayaron; pero también es la más moral, porque consiste en una magnífica exposición de la doctrina expiatoria, es decir, del rescate de la falta ó del crimen involuntario, y de consiguiente, el advenimiento de la verdadera justicia. Se refieren en ella las catástrofes que se habían sucedido en la espantosa familia de los Atridas, sobre la cual se cierne incesantemente, desde que cometió su primer delito, el demonio de las venganzas divinas, Alastor: Agamenón, hijo de Atrea y sobrino de Tieste, inmola á



Asesinato de Egisto por Orestes (1)

su hija para asegurarse una victoria; Clitemnestra mata á su esposo á fin de poderse entregar libremente á su amante; Orestes asesina á su madre y al cómplice cuyo brazo dirigiera la adúltera. «Tres veces, dice el coro, la tempestad ha rugido sobre este palacio..... ¿Cuándo cesará Até en sus venganzas (2)?» Por intervención del dios de Delfos, amante de la equidad, y de la Virgen del Partenón, que sabe descubrir los verdaderos motivos de las acciones de los hombres, la diosa fatal quedará desarmada por un momento. El cielo, hasta entonces tan sombrío, se aclara; los sentimientos se dulcifican; ante el tribunal del Areópago, que Minerva acaba de fundar y donde las Furias persiguen al que por los oráculos de Zeo ha llegado á ser impío ejecutor de una justa sentencia, Apolo aboga por el asesino involuntario, y Orestes queda absuelto por el sufragio de Minerva, sin que el parricidio quede por ello justificado. «He ahí la justicia desvirtuada,» exclaman las Erinias; pero no; era

(1) Pintura de vaso (según Gerhard, *Etruskische und Volcentische Vasenbilder*, tab. 24). El vaso se halla en el Museo de Berlín: A. Furtwaengler. *Beschreibung der Vasensammlung*, n.° 2.184. —Orestes (ΟREΣΣΤΕΣ) acaba de coger á Egisto (ΑΙΛΙΣΘΟΣ) por la cabeza y le traspasa con su acero; detrás del asesino, Clitemnestra (KVΥΤΑΙΜΕΣΤRΑ) le amenaza con una doble hacha. Electra (EV[ε]KTRA), en pie detrás de Egisto, parece excitar á su hermano, ó advertirle del peligro que le amenaza.

(2) *Coéforos*, 1.052. En Eurípides, Hipólito moribundo exclama: «¡Oh crímenes de mi raza! Su fatalidad me persigue; más ¿por qué cae sobre mí que no soy culpable?» (*Hipol.*, 1.379.)

una ley humanitaria que sustituía á la antigua y dura pena del talión, y la doctrina moral de la expiación por el sufrimiento y por la oración que triunfa de la Fatalidad. La cadena que enlazaba al asesino con su delito está rota ya; la herencia del crimen queda abolida, y el juicio de los dioses sustituído por el de los hombres, ó sea la justicia inexorable por la equidad. La moral se desprende de la religión, la conciencia aparece, y la razón hallará muy pronto reglas de conducta que no dependerán ya de un punto de vista dogmático del espíritu ó de un interés sacerdotal. Las Furias se irritan con ello: «¡Ah, nuevas divinidades, dicen, que no respetáis antiguas diosas y leyes venerandas!;» y amenazan al pueblo ateniense con su cólera; pero Palas consigue apaciguarlas, prometiéndoles que tendrán un templo en Atica, fiestas y un culto brillante cual ninguno de los consagrados á los otros dioses. Las Furias, seducidas por los honores que se tributarán á su divinidad, se transfiguran; conviértense en diosas benéficas, y consienten en tomar ellas también bajo su protección (1) la ciudad de Minerva. A los anatemas de las divinidades infernales síguese un cántico de paz y de amor, y los dioses reconciliados hacen votos de victoria en favor de los atenienses. «Que con ellos conspiren la tierra y las olas, el cielo y los vientos; que el sol envíe rayos propicios á sus fértiles campos, llenos de frutos y de rebaños; que jamás sople allí el aire apestado, ni se produzcan los estremecimientos de la Discordia; y que siempre los ciudadanos estén animados entre sí de mutuo afecto y de un odio unánime para el enemigo.» Después se forma la procesión de las Panateneas para conducir «las augustas y castas diosas» al templo semisubterráneo que Palas ha preparado para ellas. Se encienden las antorchas, los sacerdotes conducen las víctimas que se han de inmolar, y Atenea se pone á la cabeza del piadoso cortejo. Detrás de ellas avanzan las sacerdotisas, guardianas de su santa imagen; los ancianos del Areópago llevan ramas verdes, las matronas visten largo ropaje de púrpura, y las jóvenes ostentan «flores del país de Teseo.» Algunos cantos acompañan su marcha, y los últimos personajes que salen de la escena repiten aún: «Cantemos, cantemos himnos.» Los ciudadanos se retiraban con el corazón lleno de los nobles sentimientos expresados por el poeta. De igual modo los espectadores del *Cid* y del *Horacio* se llevaban, al terminar la representación, alguna cosa del alma de Corneille.

El teatro de Esquilo es siempre una enseñanza moral, y algunas veces política. Las *Suplicantes* son un canto en honor de la antigua virtud, que hacía de la hospitalidad un deber religioso, un anticipo á los argivos de su tiempo para que se mantuvieran fieles á la alianza de Atenas, y una amenaza contra los persas de Egipto, que Cimón iba á atacar (2). En los *Siete delante de Tebas*, donde Arístides se aparece con las facciones del sabio Anfiaraos, el poeta presenta al jefe intrépido, cuyo valor no cede ante los más grandes peligros; en los *Persas*, la abnegación por la patria; en el *Agamenón*, el castigo de la adúltera; en las *Euménides*, la equidad representada por el Areópago, que los demócratas atacaban. Cree en el Destino, pero también en la justicia, sin explicar el inexplicable problema; su espíritu libre se resiste, aunque admitiéndola, á la enervante doctrina de la Fatalidad. «Los hombres, dice con legítimo orgullo, repiten que una suerte feliz atrae necesariamente una espantosa miseria. Sólo yo pienso de otra manera: un acto impío da origen á otro; y la felicidad

(1) Esta transformación es un efecto de teatro, pero no un cambio radical en el carácter de las Furias. En los versos 313 y 532 de las Euménides, ellas mismas dan una magnífica explicación muy moral de su poder como guardianas de la justicia y vengadoras de los muertos.

(2) En esta pieza, y en el verso 458, Orestes jura aún alianza eterna entre Argos y Atenas.

en la casa del justo produce siempre la dicha (1).» Y explica cómo se puede adquirir esta felicidad por la moderación en los deseos, en la fortuna y en el orgullo. «El hombre prudente, dice, sabe renunciar á una parte de sus bienes para conservar lo demás; salva su casa, que se habría hundido bajo el peso de las desgracias (2).» Es el «Nada de más» de la inscripción délfica, tan necesario para desarmar la envidia de los dioses; y éste es el pensamiento moral que se encuentra en toda la obra de Esquilo; pero el poeta quiere también una virtud más activa. En boca de los Furias pone estas palabras: «Honra á tus padres; no derribes con pie impío el altar de la justicia, y acoge con benevolencia al huésped que llega á tu casa» En otro lugar escribe: «Un ojo ve todo el mal que haces.» Estos preceptos tienen toda la bondad de los bíblicos.



Furia con traje de teatro (4)

Pero escuchad á Aristófanes, refiriendo la disputa en los Infiernos entre Esquilo y Eurípides en presencia de Baco, el dios del drama y juez del campo. El poeta de vigorosos pensamientos y de elevado estilo irrítase porque debe combatir «contra el hablista galano, de lengua flexible y acerada, al que se propone derrotar con sus palabras inmensas, altas como montañas, y con sus versos, ajustados como el armazón de un navío (3).»

ESQUILO. Contéstame: ¿Qué se admira en un poeta?

EURÍPIDES. Los hábiles consejos que da.

ESQUILO. Pues mira entonces á los hombres grandes y hermosos que yo te había dejado. No rehuían los cargos públicos, ni eran, como hoy, ganapanes callejeros, charlatanes y bribones; aquéllos no pensaban más que en los combates.

BACO. ¿Y cómo les habías enseñado la bravura?

ESQUILO. Componiendo un drama lleno del espíritu de Ares (Marte).

BACO. ¿Cuál?

ESQUILO. Los *Siete jefes delante de Tebas* primero, y después los *Persas*, que os han enseñado á vencer. He ahí los asuntos que los poetas deben tratar. ¡Cuán útiles han sido los más ilustres de ellos! Orfeo nos enseñó los santos misterios y el horror al asesinato; Museo, la cura de las enfermedades y los oráculos; Hesiodo, los trabajos agrícolas, la época de la siembra y la de la recolección. ¿Y no debe el divino Homero su gloria inmortal á las lecciones que dió? ¿No aprendimos de él el arte de armarnos y de combatir valerosamente? De él he tomado los Patrócleos y los Teucer de corazón de león, para inspirar á cada ciudadano el deseo de igualarlos apenas sue-

(1) *Agamenón*, 750 y siguientes.

(2) *Ibid.*, 1.008.

(3) Aristófanes alude al énfasis, al estilo sonoro y á las imágenes gigantescas que Esquilo usa á menudo. Horacio (Arte poetica, 97) habla también de esas palabras tan largas, *sesquipedalia verba*.

(4) Según una pintura de vaso, publicada por Millin, *Monumentos inéditos*, I, lám. 26.

ne la trompa guerrera; mas no les he mostrado una Fedra impúdica, y no creo haber puesto jamás en escena una mujer enamorada (1).

Aristófanes hubiera podido dar otro ejemplo de los sentimientos viriles y del ardiente patriotismo del poeta, recordando la tragedia de los *Persas*, representada menos de ocho años después de Salamina. Los atenienses vieron entonces en su teatro á la reina Atosa llorando, á Jerjes andrajoso, á los jefes de Persia sumidos en el dolor, y al gran imperio oriental humillado (2).

Los *Persas* eran el centro de una trilogía cuyas dos otras piezas se han perdido. Conjetúrase que la primera refería la conquista del vellocino de oro por los argonautas en el fondo del Euxino; y la tercera la derrota de los cartagineses por los griegos sicilianos en el Mediterráneo occidental. La trilogía era, pues, la glorificación de la Hélade, victoriosa de la barbarie asiática y africana, y ya se podrá imaginar cuáles serían los transportes de entusiasmo en Atenas y Siracusa cuando el poeta mostraba «al Asia cayendo pesadamente de rodillas bajo la lanza doria.»

Cuando tales acentos resonaban en la escena, el teatro se convertía en la escuela donde se formaban los soldados de Cimón y de Pericles, aquellos de quienes Tucídides dirá: «Esos hombres, y no las murallas, son los que constituyen la fuerza de las ciudades (3).» Mas el poeta religioso, á la vez que ensalzando el orgullo de su pueblo, cuidábase de mostrarle, por encima de los trofeos de la guerra de la independencia, la justicia divina, que había aniquilado la fortuna del gran rey: lección de moral y de moderación después de un canto de victoria.

Esquilo murió en Sicilia (455). En el epitafio que compuso para su tumba, aquel genio vigoroso y activo, seguro de la inmortalidad de sus versos, no habló más que de sus hazañas. «Este monumento encierra á Esquilo. Nacido ateniense, murió en las fértiles llanuras de Gela. El renombrado bosque de Maratón y el medo de larga cabellera dirán si fué valeroso; bien lo vieron.» Atenas no ratificó el destierro voluntario de su gran poeta: en el siglo siguiente, el orador Licurgo hizo que se le erigiera una estatua de bronce, como á Sófocles y á Eurípides, y un decreto ordenó que se sacara por cuenta del Estado una copia de sus obras y se entregase al escribano de la república, obligándose á los actores á seguirla, sin introducir en ella la más pequeña variación.

III. – SÓFOCLES

Sófocles contaba casi la misma edad de Pericles, puesto que se fija como fecha de su nacimiento el año 498, y más probablemente el 495; era también contemporáneo de Esquilo, que tenía treinta años más, y de Eurípides, que contaba quince menos, y fué amigo de Herodoto, á quien celebró en un poema (4). En Salamina

(1) Aristófanes, *Las Ranas*. He suprimido los chistes que comunicaban á la producción de Aristófanes su carácter cómico, pero que no hubieran estado aquí en su lugar

(2) Véase esta escena en la p. 80 y siguientes.

(3) Tucídides, VII, 77. Séame permitido decir que me acordaba de esta frase de Tucídides cuando hace veinticuatro años daba por santo y seña en la Universidad: «Hagamos hombres.» Pero esto sólo se conseguirá permaneciendo en relación íntima con esos grandes talentos que los utilitarios quisieran proscribir, como si la más preciosa de todas las utilidades no fuera tener hombres, es decir, inteligencias superiores y grandes corazones

(4) El padre de Sófocles ejercía un oficio manual, acaso de importancia; no por eso dejaba de ser eupátrida, puesto que Sófocles parece haber desempeñado el sacerdocio del héroe Alcón, aquel hijo de Erecteo del cual circulaba una historia que era la más alta glorificación de un arquero hábil: decíase que había matado de un flechazo, sin herir á su hijo, una serpiente que, enroscada en el cuerpo de éste, oprimíale entre sus repliegues (Valerio Flaco, I, 399-401. Véase Hirschfeld, *Hermes*, VIII, p. 356).

había sido por su belleza elegido para dirigir el coro de adolescentes que cantaron, bailando alrededor del trofeo, el himno de la victoria, y vivió hasta el año 406; de modo que alcanzó cerca de noventa años de existencia, siendo poco menor la cifra de las tragedias que compuso. Asistió, pues, á toda la grandeza de Atenas y al principio de su decadencia; mas no tuvo el sentimiento de oir el nombre fatal de Egos-Potamos.

En el concurso para las grandes Dionisias del año 468, Esquilo y Sófocles se disputaron el premio. En el momento en que el arconte epónimo encargado de nombrar los jueces iba á sacar los nombres á la suerte, uno por cada tribu, Cimón y los nueve jefes compañeros suyos, de regreso de una expedición feliz, entraron en el teatro de Baco para hacer las acostumbradas libaciones en honor del dios. El arconte los detuvo cerca del altar, hízoles prestar el juramento de los jueces, y otorgaron entonces el segundo premio al anciano campeón, y el primero á su joven rival. Esta era para Sófocles, que entonces contaba veintisiete años, una victoria doblemente memorable, puesto que triunfaba de un poeta, tal vez superior á él, por el sufragio de un glorioso general (1).


Ares (Marte) (3)

Al fin de su vida, Esquilo y Eurípides se retiraron á países extranjeros, á la corte de dos reyes (2); Sófocles, en cambio, no salió nunca de Atenas, á la que glorificó en su *Triptolemo*, como foco de la civilización helénica, y en el *Edipo en Colona*, como asilo donde iban á buscar un reposo inviolable los que eran víctimas de grandes infortunios. Desempeñó también importantes cargos: en 440 figuró con Pericles entre los estrategas enviados contra los samios insurrectos. A primera vista causa extrañeza que Atenas asociara un poeta á su gran político para una operación militar; pero la poesía y la guerra van juntas, y las palabras que entusiasman pueden valer lo que las más hábiles combinaciones tácticas. Lacedemonia había elegido en otro tiempo á Tirteo por general, y Sófocles acababa de excitar la admiración de los atenienses con su tragedia *Antígona*, en la cual había pintado lo más hermoso que hay en el alma humana: el espíritu de sacrificio llevado hasta la inmolación voluntaria para obedecer á la ley moral (4). Al nombrar á Sófocles estratega, los atenienses pensaron sin duda que daban á sus soldados un jefe capaz de estimular el valor; en cuanto á la estrategia, allí estaba Pericles, y Sófocles no era hombre para disputarle el mando. Ión, el poeta de Chíos, que le vió durante aquella expedición, pretende que él mismo bromeaba sobre su cargo militar; Plutarco dice poco más ó menos lo mismo, con motivo de una segunda estrategia con Nicias, en 415, sin que estas

(1) Plutarco, *Cimón*, 8.
(2) Simónides, Píndaro, Platón, etc., hicieron lo mismo.
(3) Relieve del friso oriental del Partenón, según un vaciado. Michælis, *der Parthenón*, Atlas, tab. XIV, n.º 27. – El nombre dado á este dios es incierto; largo tiempo se tomó por una lanza el palo en que apoya la pierna izquierda, y por eso convendría mejor sin duda á la estatua el nombre de Triptolemo. La divinidad que inmediamente la precede en el friso es, en efecto, Deméter.
(4) Véase t. I, págs. 52, 54 y 146, y en este cap., pág. 202.

anécdotas, provocadas por el contraste entre la lira triunfante del poeta y la modesta espada del general, sean más auténticas que otras muchas en que parece haberse complacido el espíritu de los griegos. Su elección en 413 como uno de los diez πρόβουλοι, que por su cargo estaban por encima de la asamblea general (1), probaría cuando menos, si fuese cierta, la confianza persistente del pueblo. Entonces tendríamos derecho para decir que Esquilo acabó, como hombre de partido, por un destierro voluntario; mientras que Sófocles fué siempre el ciudadano que sirve á la patria sin mirar á los que la gobiernan. Murió en 406, el mismo año que Eurípides, y dícese que en sus últimos días, su hijo Iofón quiso que se le declarara incapacitado, por no disfrutar ya de la libertad de su espíritu. Para su defensa recitó á los jueces una descripción del Atica que acababa de escribir á los 89 años. Los viajeros la juzgan exacta aún hoy en día; pero ninguna traducción puede expresar su armoniosa gracia; he aquí algunos de sus versos: «Extranjero: Has llegado á la más hermosa región de la tierra, al país de los caballos rápidos, donde el ruiseñor canta melodiosamente entre el follaje sagrado, al abrigo de los ardores del sol y de los fríos del invierno. Allí se pasea Baco con las ninfas, sus divinas nodrizas; allí florecen siempre bajo el celestial rocío el narciso, corona de las Grandes Diosas, y el azafrán dorado. Las aguas del Cefiso deslízanse límpidas y frescas por la llanura, residencia de las Musas y de Afrodita, la de las riendas de oro (2). El Asia y la isla de Pelops no tienen el olivo sagrado que se halla bajo la custodia de Júpiter y Minerva, la de los ojos azules, ni las naves que impelidas por nuestros brazos saltan sobre las olas, como rivales de las Nereidas (4).»



Muerte de Esquilo (3)

Simmias de Tebas compuso para el poeta este epitafio: «Trepa tranquilamente ¡oh hiedra! sobre la tumba de Sófocles; cúbrela silenciosa con tus verdes ramos; humedézcate el rocío, y que la vid enlace contigo sus pámpanos para honrar al poeta de sabios y melodiosos pensamientos, que las Musas y las Gracias habían formado (5).»

A juzgar por las obras que nos quedan, parece que Esquilo y Sófocles se repartieron las más lúgubres leyendas de Grecia: el uno canta los dramas de Argos y de la familia de los Atridas; el otro, las tragedias de Tebas y de la casa de los Labda-

(1) Acerca de estos magistrados véase Tucídides, VIII, 1. No se puede afirmar con seguridad que el πρόβουλος, llamado Sófocles, de que Aristóteles hace mención (*Rhet.*, III, 18), sea el poeta trágico, y la estrategia de 415 es igualmente sospechosa; en aquella época Sófocles tenía 80 años.

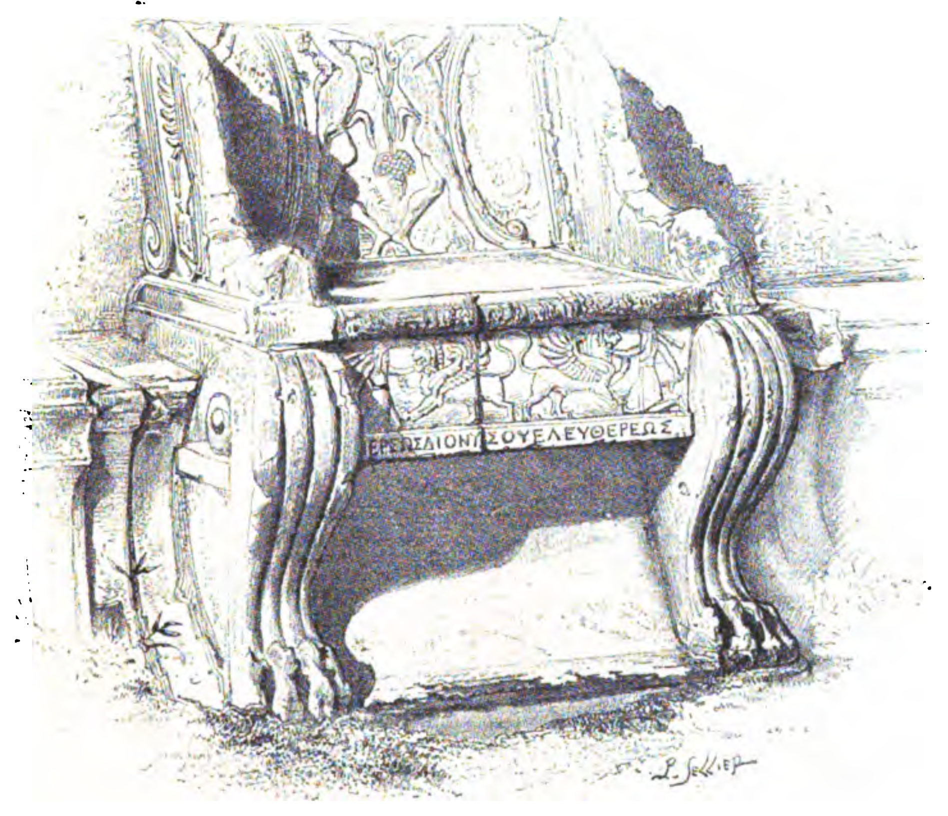
(2) Χρυσάνιος Ἀφροδίτα (*Edipo en Colona*, 693).

(3) Piedra grabada del antiguo gabinete Stosch (según Visconti, *Iconografía greca*, III, 8). Valerio Máximo (IX, 12, 2) y otros autores refieren la leyenda que inspiró al artista: un águila tenía una tortuga entre sus garras, y queriendo romperla contra una piedra, dejóla caer sobre el cráneo del poeta, cuyo reluciente calva la engañó. Se representa al anciano Esquilo con una copa en la mano, sin que tal vez el artista se acordara, al representarlo así, de que un biógrafo del poeta, Cameleón, pretendía que Esquilo estaba embriagado cuando componía sus tragedias (Plutarco, *Banquete*, VII, 10) La autenticidad de esta piedra no parece muy cierta.

(4) ...τῶν ἑκατομπόδων Νηρῄδων ἀκόλουθος. *Edipo en Colona.*, 717-718.) Creo que el epíteto de «los cien pies» no tiene aquí el sentido de *innumerables*, á menos que se deba traducir: *Las cien Nereidas.*

(5) Jacobs, *Anthol. Greca*, t. I, p. 100.

cidas; pero entre ellos hay varias diferencias. Sófocles era aún religioso, puesto que su biógrafo, un antiguo que no nos ha dejado su nombre, le llama θεοφιλής, «amigo de los dioses,» de quienes cree que recibía revelaciones, á pesar de lo cual se atreve ya á pronunciar amenazadoras palabras: «Las cosas divinas se van (1),» dice el coro del *Edipo rey*, y en el conjunto de su teatro hay menos lugar para los dioses y más



Sitial del sacerdote de Dionisos en el teatro de Atenas (2)

para la humanidad; de modo que ha disminuído la distancia que separaba á los espectadores de los personajes del drama. Introduce en la escena un tercer actor (3) que da más libertad al poeta, más vida á la acción, y aunque aumenta el número de

---

(1) ἔρρει δὲ τὰ θεῖα (910).

(2) Según una fotografía y un vaciado existente en la Sorbona.—El sillón del sacerdote de Dionisos de Eleuteres (Ἱερέως Διονύσου Ἐλευθερέως. *Corp. inscr. Att.* III, 240) está frente á la escena; ocupa el puesto de honor, y también está más ricamente adornado que los otros: en el respaldo se ven dos sátiros, tratados en estilo arcaico, que llevan un pesado racimo de uvas; en el reborde, sobre la inscripción, hay dos Arimuspes luchando contra dragones; y por último, en cada uno de los dos lados represéntase la figura de Agón, el genio de las riñas de gallos, que se verificaban en el recinto del teatro. La inscripción y el sitial datan de la época del imperio, muy probablemente del tiempo de Adriano, que restauró y embelleció el teatro de Dionisos. Una leyenda supone que el lugar del nacimiento de Baco fué el burgo de Eleuteres, en el Atica.

(3) Las primeras piezas de Esquilo no tenían más que dos personajes; Sófocles introdujo un tercero.

coristas desde doce á quince, reduce la importancia del coro y el carácter lírico que tenía en tiempo de sus predecesores, á fin de concentrar el interés en el desarrollo de sus caracteres Esquilo hace un solo poema de las tres piezas de la trilogía lo cual, si bien es un entorpecimiento, en cambio constituye una fuerza: mientras que Sófocles las separa. En la obra de éste nada recuerda la *Orestia*, en la cual se desarrolla la trágica historia de una raza entera, produciendo una impresión de terror religioso por la continuidad de los golpes que hieren á esa familia. Sin embargo, los dos poetas agitan la misma cuestión, la de la justicia soberana: Esquilo, con más sombría grandeza; Sófocles, con un pensamiento igualmente elevado, pero expresa con estilo más flexible; y ambos terminan su drama realzando á la víctima del Destino. ¿Fué Edipo justamente condenado por crímenes que cometió, pero de los que es inocente, desde el momento en que al defender su vida contra un desconocido mataba á su propio padre; que al tomar á Iocasta por esposa se casaba con su madre, y en fin, que era á la vez padre y hermano de sus hijos? Este problema de alta filosofía ha subsistido al través de las edades; los espectadores del teatro de Baco lo discutían, como lo harán los grandes talentos del siglo de Luis XIV, y los poetas de Atenas han buscado la solución en el sentido de la humanidad, anteponiendo la conciencia y sus derechos al acto brutal y á los castigos á que da lugar. ¿Qué pueblo era, pues, aquel pueblo ateniense á quien se podía invitar á tales fiestas de la inteligencia?

En la concepción dramática de los dos poetas hay otra diferencia que anuncia próximos y considerables cambios. En el *Edipo rey*, Sófocles presenta al amor, sin atreverse aún á hacerle hablar, y da á las mujeres una preferencia que Esquilo no les concedía. Bastantes héroes habían sido celebrados ya por la musa épica y la lira de Píndaro; y frente á ellos Sófocles pone á Antígona, que les iguala por su valor y les aventaja por su abnegación.

Atribuíanse á Sófocles ciento treinta piezas, ó por lo menos ciento trece, de las cuales veinte fueron premiadas, sin que ninguna de ellas fuese inferior á la tercera categoría (1). De esta obra considerable quedan 956 fragmentos, todos muy cortos, y siete tragedias enteras, dos de las cuales, el *Ayax* y las *Traquinianas*, no interesan sino á los letrados. Los furóres del hijo de Telamón y los celos de Dejanira son asuntos de todos los tiempos; la poesía que en ellos palpita es encantadora ó terrible, pero no se encuentra en ellos nada particular á Grecia, y por lo tanto, nada aprovechable para la historia. Solamente señalaremos la parte que Sófocles concede á las pasiones humanas en aquella escena que Esquilo había poblado de dioses y de héroes. Cuando Ayax reconoce los tristes efectos de su cólera, humíllase ante un vergonzoso extravío, y él, que arrostraba el rayo (2), comprende que es preciso rendirse á los dioses y á los reyes. «El Invierno cargado de nieve, retrocede ante el Estío que trae los frutos. El astro de la Noche tenebrosa se desvanece cuando la Aurora con sus blancos corceles trae el día, y un soplo ligero calma el mar mugiente. ¿Por qué rehusaríamos nosotros también humillarnos?» He aquí el más audaz de los revoltosos que enseña al pueblo la sumisión á las leyes establecidas; pero su carácter indomable se vuelve á manifestar muy pronto. Ha derramado una sangre impura; su honor exige una expiación, y para redimir su culpa, arrójase sobre la espada de Héctor, sin que puedan retraerle de su funesto designio las dulces quejas de su

(1) De las ciento treinta piezas, Aristófanes de Bizancio, uno de los más famosos gramáticos de Alejandría, separa diez y siete, como no debidas al poeta, y creése que habría podido ser aún más severo en su selección.

(2) Véase t. I. p. 66

mujer Tecmessa. «¡Oh rey, le dice, compadécete de tu hijo! ¡Cuántas miserias nos dejarás si mueres! Piensa en mí; el hombre no debe olvidar lo que le ha complacido (1).»

El asunto de las *Traquinianas* es la muerte y apoteosis de Hércules. Este poema tendría poco interés sin el papel de Dejanira, esposa del héroe y por entero á él consagrada, que compadece la desgracia de los cautivos, hasta cuando ve entre ellos una rival. No trata á la jóven Iola con la dureza de una mujer dominada por celos, y sólo al amor acusa: «Eros reina sobre los mismos dioses, dice, y si me ha dominado á mí, ¿por qué no puede dominar á otra mujer? Sería insensata acusando á mi esposo, si está atacado de ese mal, ó á esa mujer, que no me ha inferido ningún agravio; por ella no siento más que una profunda compasión al ver que su be-



La muerte de Ayax (2)

lleza la ha perdido (3).» Los magníficos versos en que está escrita no son suficientes para elevar á mucha altura esta tragedia, cuyos defectos son tales que con razón se ha podido dudar de su autenticidad.

La *Electra* de Sófocles, inferior á la de Esquilo por la concepción de los personajes, es superior á ella por el estilo; pero esta segunda Electra es demasiado viril y sobrepuja á Orestes por la violencia de su odio y de sus imprecaciones (4). La de Esquilo no se atreve á maldecir á su madre, aunque tampoco la perdona; la de Sófocles la aborrece, la desprecia y quisiera matarla. Por este concepto es más trágica, pero agradaría que lo fuese menos. «Tú me acusas, le dice á Clitemnestra, de haber educado á Orestes para que te arranque la vida; si hubiese tenido fuerza para ello, no le habría esperado.» Y cuando Orestes mata á su madre: «¡Hiere, le grita ella, hiere una vez más!» Después, cuando aquél tiene á Egisto bajo su espada: «¡Remá-

(1) ...'Ανδρί τοι χρεών μνήμην προσεῖναι, τερπνόν εἴ τί που πάθοι. (*Ayax*, 520-521.)

(2) Pintura de vaso, según los *Monumenti dell' Instituto*, II, tab. 8. Solo, en el interior de su tienda, donde se ven colgadas sus ropas y la vaina de su espada, Ayax (ΑΙFΑΣ) se da muerte, arrojándose sobre su acero, fijo en tierra; delante está su escudo.

(3) *Traquin.*, 443-465.

(4) En la concepción del niño, los griegos lo atribuyen todo al padre; para ellos, la madre no era más que el abrigo que había recibido el germen del ser futuro, y que protegía su primera existencia. Esquilo pone esta tesis en boca del mismo Apolo: Τίκτει δ' ὁ θρώσκων, ἡ δ' ἅπερ ξένῳ ξένη ἔσωσεν ἔρνος. (*Eumén.*, 661). Esta creencia atenúa el carácter odioso que tiene el odio de Electra á Clitemnestra, que ha dado muerte á su padre.

tale pronto y arrójale á los perros, que serán su tumba!» El poeta de las dulzuras se excede demasiado.

Pasemos ahora á las verdaderas obras maestras.

El *Filoctetes* y el *Edipo en Colona*, escritos por Sófocles cuando había llegado á la extremada vejez, demuestran que la edad no hizo mella alguna en aquel noble espíritu, y que hasta el fin conservó la serenidad de su genio, la riqueza de ideas y la dulzura de estilo, que le valió el sobrenombre de la Abeja ática. De un asunto, al parecer pobre y de una acción que no admite sino un reducido número de personajes, saca un poema que conmueve hasta lo más profundo del alma. Tal es el *Filoctetes*, obra sencilla, y sin embargo palpitante, que tiene la desnudez de un hermoso mármol antiguo. Tres personajes bastan para la acción; pero en ésta predominan dos ideas que para los espectadores están presentes siempre: una, patriótica, es la necesidad de concluir pronto con aquella guerra de diez años contra los bárbaros de Asia, cediendo Troya á Grecia; otra, religiosa, es la obligación de obedecer á los dioses. Los oráculos habían dicho que Troya no sería tomada sino con las flechas de Hércules; y los griegos encargan á Ulises que vaya á robárselas á Filoctetes, en cuyo poder se hallan. Aquejado de una llaga incurable que le fué impuesta como castigo por haber quebrantado un juramento, el héroe había sido abandonado en una isla desierta á causa del hedor infecto que exhalaba su herida. El astuto rey de Itaca justifica su reputación, mintiendo y engañando con tan poco escrúpulo como su pueblo, que hacía de Hermes el dios del embuste, y estimaba un fraude hábil tanto como una brillante hazaña. Enfrente de este abuelo de Temístocles y de Lisandro, el poeta pone al hijo de Aquiles, Neoptolemo, que siendo de la raza de los héroes, rehusa prestarse á semejante doblez. «Sé, le dice Ulises, que no gustas de palabras ni de actos artificiosos; pero el triunfo es agradable; después ya volveremos á ser justos.» A lo cual contesta Neoptolemo: «Hijo de Laertes, me infundiría horror seguir los consejos que escucho con repugnancia..... Prefiero ser derrotado con honra que vencer con baldón.» No obstante, al fin cede, seducido por la gloria prometida, si lleva al campamento de los griegos las flechas de Hércules, y apodérase de ellas por sorpresa. Sin embargo, poseído muy pronto de vergüenza, devuélvelas á Filoctetes, el cual, obstinado en su odio contra los Atridas, rehusa abandonar su isla. Hércules baja entonces del cielo, é induce al antiguo compañero de sus trabajos á cumplir lo que los oráculos pronostican. Al entregar sus armas al hijo de Aquiles, Filoctetes le da este consejo. «Cuidado con Nemesis,» es decir, no te enorgullezcas demasiado de los golpes que vas á descargar, pues á los dioses no les agrada la excesiva fortuna (2).



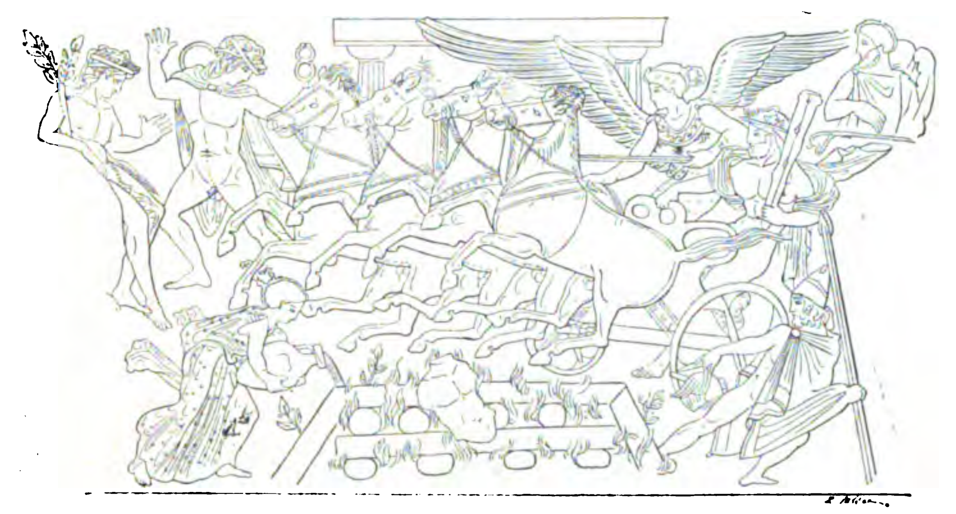
La Aurora (1)

(1) La aurora, de pie, vistiendo un largo *peplos*, dirige los caballos de su carro, lanzados al galope; un velo flota sobre la cabeza de la diosa (Camafeo de la colección que posee el barón Roger, comprado en la venta de la colección Luis Fould. Sardónica de tres capas; 36 milímetros de altura por 54 de ancho. Chabouillet, *Catálogo de la colección Luis Fould*, n.° 904).

(2) La creencia en la envidia de los dioses, de que Hesiodo nos habla (véase t. I, p. 120 y siguientes, p. 187 de éste), estaba muy arraigada todavía en el quinto siglo. Eurípides la consigna en su *Ifigenia en la Taurida*, 390, y en otras varias de sus producciones; pero en Tucídides, ya no la encontramos.

Dos cosas constituían el más vivo interés de esa tragedia: los caracteres opuestos de Ulises y de Neoptolemo, doble retrato del pueblo griego, y las quejas del infeliz desposeído de las armas que aseguraban su subsistencia. Sus ruegos recuerdan los de Priamo á los pies de Aquiles, y sus padecimientos físicos y morales, que Sófocles pinta con cruel complacencia, tienen un carácter patético más humano y para nosotros más conmovedor que los tormentos grandiosos y divinos de Prometeo.

Creeríase que el *Edipo rey*, el *Edipo en Colona* y la *Antígona* han formado una trilogía, como la Orestia de Esquilo: en estas tragedias los acontecimientos se siguen y encadenan, pero las fechas de la representación de estas piezas son diferentes.



La apoteosis de Herakles (1)

Edipo reinaba en Tebas, feliz y respetado, cuando una terrible peste que se extiende por la ciudad, anuncia la cólera de los dioses; esta vez también, los inocentes pagan por los culpables. Es la antigua ley: el pueblo castigado por las faltas de su príncipe. Pero la desgracia está próxima para éste, pues la noticia de la muerte de su pretendido padre, el rey de Corinto, produce complicaciones que van á descubrir los crímenes involuntarios de Edipo. Entonces se arranca los ojos, vístese de harapos, y después de andar errante como mendigo, guiado por su hija Antígona, va á morir cerca de Atenas, en el bosque de las Euménides. Sus dos hijos, que se disputan el trono, mátanse uno á otro en singular combate; y su tío Creón, nombrado rey, decreta que á Polinice, traidor á su patria, no se le hagan funerales. Antígona

(1) Pintura de vaso (según Milam, *Il mito di Filottete*, tab. I, 3). – En la parte inferior, sobre la pira aun inflamada, arde el torso desnudo de Herakles; á la izquierda, vierte agua sobre las llamas una ninfa, que sin duda personifica al río Dyras, que se desbordó para prestar auxilio á Herakles (Herodoto, VII, 198, 3). A la derecha, Filoctetes huye, llevándose el carcaj que el dios le ha dado. En la parte superior el artista ha pintado la apoteosis del hijo de Zeo y de Alcmenes; está de pie en un carro tirado por cuatro caballos y conducido por la diosa de la Victoria; con la diestra empuña su maza, y en la cabeza ciñe corona de laurel. El carro, conducido por Hermes, á quien se reconoce por el caduceo, pasa por delante del pórtico del Olimpo y adelántase hacia Apolo, que está sentado á la izquierda y tiene en la mano una rama de laurel. El personaje que se ve detrás de Herakles será quizás la personificación del monte Eda.

se opone á esta prohibición impía, y en castigo la entierran viva. La trama es ligera; pero ¡qué magníficos adornos y qué escenas tan terribles ha trazado en ella el poeta!

Sófocles cree en la necesidad de la expiación por el sufrimiento, lo cual es el fondo mismo de la moral, y en la purificación por el dolor, del modo mismo que el fuego purifica el metal, eliminando de él las escorias, é ilumina con una luz pura la sombría majestad de las antiguas leyendas, haciendo resonar la nota triste que es uno de los elementos de la poesía, como oposición á las notas sonoras y alegres. «El mayor de los bienes, dice el coro de *Edipo en Colona*, es no nacer, y el mejor después de éste, es volver muy pronto al lugar de donde se vino (1).» Pero junto al anciano á quien la fatalidad ha perseguido desde su nacimiento, coloca á su hija, que guía piadosamente sus pasos y le conduce á la bienaventuranza. Frente á Creón, que infringe la sagrada ley de los funerales, muestra á Antígona protestando en nombre de la conciencia contra todas las tiranías, bien vengan de la tierra ó del cielo; y del asesino de su padre, del esposo de su madre, del rey caído, del anciano ciego, á quien todo el mundo rechaza, del gran culpable según los hombres, pero víctima inocente según la eterna justicia, hace un muerto glorioso y el genio protector de la ciudad de Minerva.

El *Edipo rey* es la obra maestra de Sófocles. Para señalar el progreso de las ideas, sólo haré notar en ella el carácter moral que el poeta imprime al Destino y que las antiguas creencias no le reconocían; el cuadro de la actividad humana, no ya en las obras de la guerra, sino en las de la paz, con los que los héroes de los combates homéricos ceden su puesto á los héroes del pensamiento, y por último, esa feliz proclamación de los derechos de la conciencia que en todos los siglos ha sido invocada por todas las víctimas de las leyes inicuas.

Para Sófocles, cuando el Destino hiere á un inocente, es porque este hombre ha tenido entre sus antecesores un culpable. El castigo supone la falta, pero la justicia del dios es lenta para el individuo, como la de la historia es tardía para los pueblos; la ley de la expiación hereditaria explica esta injusticia por la solidaridad de las generaciones. «¡Oh tú, el más impudente de los hombres!, contesta Edipo á Creón; ¿sobre quién piensas que han de recaer tus ultrajes? ¿Será sobre mí, débil anciano, ó sobre ti mismo, que me acusas de asesinatos, de incestos y de desgracias involuntarias enviadas por los dioses, irritados sin duda desde hace largo tiempo contra nuestra familia por alguna antigua falta (2)? Contra mí no podrías encontrar ningún motivo justo de censura, ni por el himeneo con mi madre, ni por el asesinato de mi padre.» He aquí, pues, los aparentes caprichos de la deidad feroz de los antiguos tiempos justificada por una antigua creencia que es todavía para la ciencia y para la historia una semiverdad: el heredero de la sangre hereda también la falta. Pero lo que es nuevo en este mundo, siempre tan mísero, es que los derechos de la inocencia son al fin reconocidos. Una vez expiadas por Edipo las faltas de su raza, el trueno muge, y óyese una poderosa voz que grita: «Edipo, ¿qué esperas? ¡Cuánto tardas en venir; ven!» Y desaparece en medio de los relámpagos que iluminan el

---

(1) Versos 1.215 y siguientes.

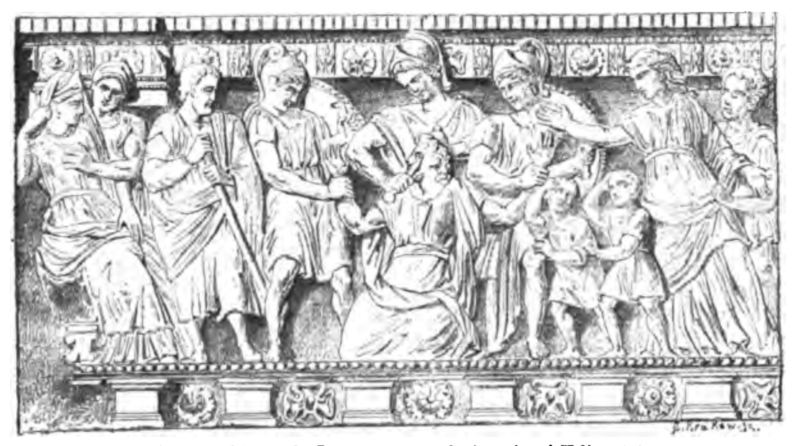
(2) Θεοῖς γὰρ ἦν οὕτω φίλον,
τάχ' ἄν τι μηνίουσιν ἐς γένος πάλαι.

(*Edipo en Colona*, 964, 5).

Clitemnestra, en el *Agamenón* de Esquilo, dice lo mismo para excusar su crimen. Véase la página 189.

bosque de las Euménides, es decir, en una apoteosis, siendo recibido entre los bienaventurados.

Esta transformación del antiguo dogma de la Fatalidad se completa por una glorificación del genio humano. Mientras Creón se aleja, el coro permanece solo frente á los espectadores, y les refiere las conquistas hechas por el hombre sobre la Naturaleza, y de consiguiente sobre los dioses, á pesar de su celosa envidia. «El mundo está lleno de maravillas, y la mayor de ellas es el hombre, que franqueando el alborotado mar, é impelido por los vientos tempestuosos, ábrese camino á través de las mugientes olas. Todos los años pasea sobre la tierra la reja del arado, obligando al caballo á trazar los surcos; sabe construir ingeniosamente redes, cuyas mallas aprisionan á la ligera raza de las aves, á las fieras y á los húmedos habitantes del mar.



Los servidores de Layo arrancando los ojos á Edipo (1)

Por su habilidad domeña al huésped salvaje de los bosques, y obliga al corcel de hermosa crin y al toro indómito de las montañas, á humillar la cabeza bajo el yugo. Se ha formado con la palabra, con el pensamiento, rápido como el rayo, y con las leyes propias para regir las naciones, y sabe preservar su vivienda de los ataques importunos de la lluvia y del frío. Fecundo en recursos, sabe parar todos los golpes que le amenazan, y hasta ha encontrado el arte de escapar de las enfermedades. Sólo una cosa no podrá evitar: la muerte (2).»

Acostumbrados como estamos á semejantes discursos, á nosotros no nos sorprenden en modo alguno; pero júzguese del efecto que tales palabras producirían en espectadores en cuya imaginación vivía aún el recuerdo de la leyenda de Prometeo, que Esquilo les había narrado en atrevidos versos. Por fin, el Titán ha vencido; el fuego y las artes que dió á los hombres han hecho á éstos dueños del mundo, y los dos grandes poetas de Atenas celebran á una la humanidad libre, no de la Neme-

(1) Relieve de una urna etrusca, según Gori, *Museo etrusco, Volt.*, I, tab. 142. – En el centro está Edipo arrodillado; dos servidores le sujetan, mientras que un tercero, armado de un puñal, le saca los ojos. Creón, á la izquierda, presencia impasible el suplicio que ha ordenado, y detrás de él, su esposa Eurídice está sostenida por una sirvienta. A la derecha, Iocasta y sus dos hijos manifiestan su espanto y su dolor. Iocasta va seguida de una doncella. Sabido es que en la tragedia de Sófocles el mismo Edipo es quien se arranca los ojos. La leyenda en que el escultor se inspiró es la que adoptó Eurípides en su *Edipo* (Schol. de Eurípides, *Fenicias*, 61).

(2) Πολλὰ τὰ δεινά... (*Antígona*, 332-363.)

sis que castiga el orgullo, sino la que satisfacía la envidia celosa de los Olímpicos.

Estos pensamientos son grandes, y sin embargo hay palabras de Antígona más elevadas y de mayor alcance, porque los perseguidos de todos los tiempos las repetirán, acabando por matar con ellas la persecución. Entre los antiguos, ningún poeta ha creado un tipo tan puro como esa hija de Edipo, que siendo un héroe se conserva mujer, que se obstina hasta la muerte en su abnegación filial y fraternal, y que marcha altiva á un suplicio terrible, aunque llorando su juventud perdida y los goces desconocidos de la existencia. Al tirano que le exige un acto impío, recuérdale la costumbre de los antepasados y la ley natural, que la obliga á negarse á practicarlo. No es resistencia á la ley de la ciudad; es el cumplimiento de una obligación imperiosa, impuesta por la religión doméstica. Su hermano ha muerto; que al menos no pierda también la otra vida, la de la tumba.

«Creón. ¿Conocías mi prohibición?

Antígona. Sí; pero semejante ley no ha sido promulgada por Zeo ni por la justicia, y los decretos de un hombre no pueden prevalecer contra las leyes no escritas, obra inmutable de los dioses, que no son de hoy ni de ayer, sino que existen desde todos los tiempos..... Dejar sin sepultura el cuerpo de mi hermano, me habría causado gran pena; lo demás me es indiferente (1).» Quiere llevar en la muerte el mérito de su sacrificio, que será su recompensa «Tengo que complacer más tiempo á los dioses de allá arriba, dice, que á los hombres que viven en esta tierra, pues cuando repose entre ellos, será para siempre.» Y dirige á Creón esta última hermosa frase: «Mi corazón se ha hecho para amar y no para aborrecer (2).»

Sófocles pertenece á la familia de Fidias y de Virgilio, de Rafael y de Racine, los genios de la belleza pura, y este siglo es ciertamente la primera primavera de la joven humanidad, *primavera della gioventú.*

IV. – Eurípides

Sófocles, vástago de una gran raza, honrado por sus conciudadanos, y que murió después de muchos días de gloria, fué un hombre feliz, contándose entre aquellos que por su talento y la moderación en la vida dominan la fortuna. Eurípides, que al decir de Aristófanes era hijo de un figonero y de una vendedora de hierbas (480) (3), tuvo la existencia difícil y el carácter sombrío del advenedizo que no consigue en nada el logro de sus deseos: en su casa, disputas, continuos disgustos, repudiaciones, y nunca una sonrisa en su melancólico semblante (4). En el teatro, pocos aplausos,

---

(1) *Antígona*, 446-468. La misma afirmación «de estas leyes emanadas de los cielos, cuyo padre es Olimpo, y que jamás se abolirán.» hállase en el *Edipo rey*, verso 863 y siguientes.

(2) Οὔτοι συνέχθειν, ἀλλά συμφιλεῖν ἔφυν. (*Antígona*, 523.)

(3) El testimonio de Aristófanes es sospechoso, pero otros antiguos lo repitieron, aunque algunos lo hayan contradicho. Entre los espectadores de Aristófanes, tantos había que debieron conocer á la familia del poeta, que es difícil admitir que á pesar de su audacia el satírico mintiera hasta semejante punto, no una sino varias veces, en los *Acarnianos*, 454; en las *Tesmoforias*, 386, 456, 910; en los *Caballeros*, 19, y en las *Ranas*, 389, piezas todas, excepto la última, representadas en vida de Eurípides.

(4) Padecía un enojoso achaque, que debió contribuir á hacerle μισογύνης. Aristóteles (*Política*, V, 10 refiere que el rey Arquelaos le entregó un macedonio que se había burlado del poeta á causa de la fetidez de su aliento, y que Eurípides le hizo azotar cruelmente. Un poeta citado por Aulo Gelio (*Noches Aticas*, XV, 20) le llamó στρυφνός, el moroso, y μισογέλως, enemigo de la alegría.

algunas veces alborotos (1), y solamente cuatro victorias después de presentar más de noventa producciones (2); por adversario, Aristófanes; para colmo de desgracias, morir horriblemente destrozado por los perros (3), y como última iniquidad de la suerte, ó de la maledicencia, cerca de su tumba, en Macedonia, había un manantial de aguas ponzoñosas (4). Sin embargo, Eurípides era un gran poeta, el más popular de los trágicos griegos.

Sólo algunos años le separan de sus dos antecesores, y parece que haya transcurri-



Antígona y Creón (5)

do más de un siglo entre éstos y él. «He pintado los hombres tales como deberían ser, decía Sófocles; Eurípides los pinta tales como son.» Si se compara á Eurípides con Esquilo, la diferencia es más notable aún: todo el teatro, dioses y hombres, ha descendido; en vez de dominar en la escena los seres divinos, éstos sirven de máquinas, sea para el prólogo ó para el desenlace. Siendo la representación una fiesta religiosa, el poeta debe mostrar aún al pueblo los antiguos ídolos; pero él mismo no cree ya en ellos; y muchos así lo comprenden cuando dice: «que reina tanta confusión en las cosas divinas como en los asuntos humanos.» En la tragedia de Sófocles y de Esquilo, la gran lucha es contra el Destino, y los oráculos son la voz de los dioses: Eurípides hace batallar á sus héroes contra las pasiones, y no se cuida de los decretos

---

(1) Pone en boca de Hécuba palabras como estas: «Si creemos en los dioses es para conformarnos con la tradición;» y en otro lugar: «Oremos á Júpiter, sea lo que fuere, necesidad de la naturaleza, ó espíritu de los hombres.» (*Hécuba*, 794, y las *Troyanas*, 893).

(2) Cinco fueron coronadas; pero las *Bacantes* no se premiaron hasta después de haber muerto el poeta.

(3) Los pastores válacos de las fronteras de Macedonia tienen aún, para guardar sus rebaños, enormes perros que harían pedazos en un momento al caminante solitario.

(4) Plinio, *Historia natural*, XXXI, 19.

(5) Pintura de vaso, según los *Monumentos del Instituto*, X, tab. 27 (*Annali*, 1876, p. 176 y siguientes). – A la izquierda de un edificio ricamente adornado, en el cual está Hércules (ΗΡΑΚΛΗΣ), hállase Antígona (ΑΝΤΙΓΟΝΗ), que tiene las manos sujetas detrás de la espalda y va seguida de un guardián armado de dos lanzas. Detrás se ve á Hemón (ΑΙΜΩΝ), su novio, que presa del dolor, apoya la cabeza en la mano derecha Hércules dirige la palabra á Creón (ΚΡΑΩΝ) que, de pie junto al dios, se apoya en su cetro; detrás del rey se hallan un joven, con una *fiala* en la mano, y una anciana. En la parte superior está sentada Ismenes (ΙΣΜΗΝΗ). Todos estos personajes parecen escuchar á Hércules, que pide, en efecto, la gracia de Hemón y de Antígona. Según

divinos. Todo el pasado religioso ó épico de Grecia viene á morir en sus dramas; y los dioses, que estaban detrás de las victorias de Afrodita ó de Apolo, desaparecen: Elena no es más que una mujer prostituída, Menelao un necio y Orestes un asesino vulgar (1). El drama, pues, no se produce ya entre el cielo y la tierra; agítase en el corazón del hombre, que es como todavía lo entendemos nosotros. De esa lucha, representada en el teatro, Eurípides sabe obtener poderosos efectos; pero como á nosotros mismos, agrádale también hablar á los ojos, y sírvese para ello de procedimientos vulgares. Muestra ancianos decrépitos que se arrastran penosamente en la escena, haciendo resonar sus gritos plañideros; hombres andrajosos, abatidos por las enfermedades, la desgracia y todas las miserias de la vida; si son reyes, despójales de su dignidad, y por todos estos medios excita la compasión ó el terror. Por esto Aristóteles le declara el más trágico de los poetas (2); pero también es el más enervante, porque no fué, á menudo, sino el pintor de las debilidades humanas, mientras que sus predecesores lo habían sido del heroísmo. Aristófanes le llama: «Corruptor de las ciudades y enemigo de los dioses,» doble acusación que mejor merecería el autor de *Lisistrata* y de las *Aves* (3).



Eurípides (4).

¿De dónde proviene esta diferencia? Desde Maratón á Egos-Potamos habíase efectuado una evolución moral; Atenas no tenía ya en la última parte del siglo los sentimientos y las creencias á que debió su grandiosa sencillez durante las guerras Médicas; dos palabras le bastaban entonces: los dioses y la patria; pero los dioses mueren como los hombres, y la idea de la patria, á fuerza de extenderse se puede perder. En la Agora, en el Cerámico, ó en los jardines del héroe Academos, tratábase de cosas que no eran ya las que oyeron Milcíades y Cinegiro. Discutíase de arte, ciencia y filosofía; del arte, que transfigura las antiguas deidades; de la ciencia, que las mataba al explicarlas; de la filosofía, que trastornaba las doctrinas aprendidas y enseñaba á ser ciudadano del mundo; y por último, de la sofística, que con todas las audacias del espíritu y todas las habilidades de la palabra, enseñaba el modo de agrupar las ideas con sabio orden á fin de persuadir

---

una leyenda, que solamente Eurípides parece haber seguido en su tragedia de *Antígona*, Hemón, en vez de ejecutar las órdenes de su padre, y de dar muerte á la joven, habíala salvado, y de su unión resultó un hijo, Meón, que llegado á la adolescencia, fué reconocido por Creón. El anciano rey, sin escuchar las súplicas de Hércules, condenó á Hemón, que se dió la muerte con Antígona. El pintor de nuestro vaso se inspiró en esta leyenda, referida por Hygin (*Fab.* 72): tal vez sea Meón el joven que está detrás de Creón. La misma escena aparece pintada en un vaso del Museo de Berlín (Furtwangler, *Beschreibung*, n.° 3.240). Véase J. Vogel, *Scenen Euripidischer Tragœdien in Griechischen Vasengemälden*, Leipzig, 1886, p. 47 y siguientes.

(1) Véase en Séneca, *Carta* CXV, qué triste papel desempeña el héroe Belerofonte. Los espectadores se indignaron de tal modo, que estuvieron á punto de expulsar del teatro á los actores y al poeta.

(2) *Poética*, 13. Pero el filósofo rechaza los efectos de patética vulgar en que Eurípides se complace, por considerarlos más bien propios del arte del atrecista que de la habilidad del poeta. (*Id.* 18).

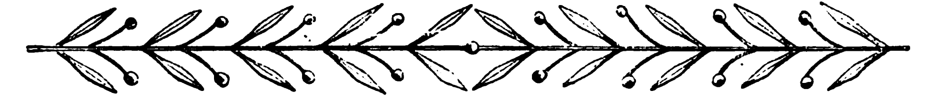
(3) Aristófanes es también quien le censura por haber cambiado el carácter de la tragedia, «enflaqueciéndola por un lado y engordándola por otro con los coros y los bailes.» (*Ranas*, 944, 1.200 á 1.247 y 1.330.)

(4) Busto de Eurípides (ΕΥΡΙΠΙΔΗΣ) conservado en el Museo de Nápoles (de una fotografía.)



Sófocles. Estatua de mármol descubierta en Terracina, existente en el Museo de Letrán (de una fotografía)

de todo cuanto se quiera hacer creer. En el alma de Esquilo y de Sófocles resonaban los ecos de Salamina y las mil voces de las leyendas: Eurípides oye «oraciones de un género nuevo;» presiente la llegada de dioses desconocidos, ó más bien del dios que destronará á los antiguos; ridiculiza los amores impúdicos de éstos, y búrlase de sus milagros, del cisne de Leda, y del Sol que se desvía de su carrera para no ver el festín de Atrea; cuentos inventados, dice, para intimidar á la gente y enriquecer los templos, «que no podrían contener en el interior de sus muros la sustancia divina.» Ya no es Apolo quien ordena á Orestes dar muerte á Clitemnestra: es un demonio maléfico que ha tomado su figura; ya no son las Furias las





La apoteosis de Hércules (caricatura) (1)

que le persiguen, sino sus remordimientos. Hércules no está muy seguro de su descendencia paterna (2), y cuando Teseo le entera de la vida poco edificante de Júpiter, el héroe, de cortos alcances, pero honrado, le contesta: «Si los dioses son adúlteros, no son dioses.» Por último, el personaje de una pieza perdida exclama: «¡Zeo! ¿Quién es Zeo? Yo no lo sé sino de oídas (3).» ¡Cómo se marchitan y caen las graciosas flores sembradas por la leyenda en la alegre vía que los griegos recorrieran durante tanto tiempo.

Antes de Eurípides, todo era divino y heroico; con él, todo se humaniza, y el horizonte se estrecha. Sin embargo, si su vista alcanza menos, en cambio es más penetrante. La sofística le ha prestado malos servicios, y deja sentir su influencia hasta en las obras maestras del poeta cuando declama en vez de conmover, comprome-

(1) Pintura que adorna un vaso de la Cirenaica, conservado en el Museo del Louvre. (Véase G. Perrot, *Monumentos publicados por la Asociación para el fomento de los estudios griegos*, 1876, lám. 3.) – En un carro tirado por cuatro centauros, y conducido por un sátiro que lleva dos largas antorchas en las manos, hállase Hércules con la maza al hombro y el arco en el brazo. La diosa de la victoria, Nicé, guía por sí misma este extraño tiro. No puede dudarse de las intenciones del pintor, que seguramente quiso hacer una caricatura, inspirándose en representaciones cómicas. La obra es perfecta en su conjunto. Véase la apoteosis de Herakles que hemos publicado en la p. 199.

(2) El autor del Πειρίθους, Eurípides ó Critias, pone en boca de Hércules al hablar de su nacimiento estas palabras: ὡς λέλεκται τῆς ἀληθείας ὕπο. (Euríp., edic. Didot, t. II, p. 764, fr. 595.)

(3) Ζεὺς οὐ γὰρ οἶδα πλὴν λόγῳ. (*Ibid.*, fr. 483.)

tiendo con frías sentencias el efecto de los más patéticos discursos; cuando sus personajes defienden una tesis, allí donde debería oirse el grito de la pasión, ó cuando sosteniendo el pro y el contra con sutiles argumentaciones, acaban por atreverse á decir: «La lengua ha jurado, pero no el espíritu (1)» Quintiliano aconseja la lectura de Eurípides á los futuros abogados. Esta recomendación no sería la más propia para conciliarle el favor de los poetas, si sus dramas no tuvieran más méritos que ese; pero el refinamiento de la idea sirve de aguijón al espíritu, y el análisis paciente de los sentimientos es útil para la verdad de la observación. Por eso los dramas de Eurípides han sido una mina preciosa para sus sucesores; de ellos se puede sacar una rica colección de esas magníficas sentencias morales que tanto abundan en la literatura griega, y que son como la buena simiente arrojada en el surco de la humanidad (2).

Por otra parte, si la antigua mitología no era á sus ojos más que una materia poética; si habla de los Olímpicos con el escepticismo de Protágoras; si la adivinación, los sacrificios y las entrañas quemadas en los altares le parecen prácticas ridículas, en cambio tenía de la divinidad la alta idea que comenzaba á manifestarse en los grandes talentos de su época. Cree en el Logos, ó en la Razón de Heráclito, que es el principio de todas las cosas; en el espíritu de Anaxágoras, que lo sabe y lo puede todo, y eleva al dios supremo esta hermosa oración: «A ti, que existes por ti mismo, y que has formado el conjunto de todo cuanto rodea el torbellino etéreo; á ti, que sucesivamente apareces en plena luz ó envuelto en las tinieblas de la noche, mientras la legión innumerable de astros conduce á tu alrededor sus coros eternos (3).» O bien esta otra: «A ti, Maestro soberano, sea cual fuere el nombre con que te se haya de llamar, Zeo ó Hades, yo te ofrezco estas libaciones y estas tortas de harina pura. Tú tienes, entre los dioses del cielo, el cetro de Zeo, y gobiernas con Hades el reino sombrío (4). Envía la luz del espíritu á los mortales que quieren saber de dónde viene el mal y cuál es aquel de los bienaventurados á quien deben ablandar para que ponga fin á sus padecimientos (5).» He aquí el anuncio de una revolución moral; semejantes palabras, negación por una parte y afirmación por la otra, ya no se recogen unas vez proferidas.

Pero Eurípides no hubiera bebido la cicuta de Sócrates. Con la facilidad de los sofistas para sostener las tesis más diferentes, al cambiar de lugar cambiaba de doctrinas. La corte del macedonio Arquelaos, donde pasó los últimos años de su vida, no había llegado aún á la duda filosófica. En la tragedia las *Bacantes*, que el poeta compuso, y que no se representó en Atenas hasta después de su muerte, hizo el elogio de la piedad popular, condenando las temeridades de la razón. «Con los dioses, dice Tiresias, no nos la echemos de hábiles. Ninguna palabra puede prevalecer sobre las tradiciones que nos han transmitido nuestros padres, ni aun las de los espíritus sutiles que creen haber hallado la sabiduría (6).»

Para la historia general del teatro se podrían establecer dos períodos: en el pri-

---

(1) *Hipol.*, 607. En las *Fenicias*, 504, 545; 10, 1.051 y sigs., dice, como los sofistas, que para alcanzar el poder, todo es permitido, incluso el crimen.

(2) Havet, *El Cristianismo y sus orígenes*, t. I, p. 109 y siguientes.

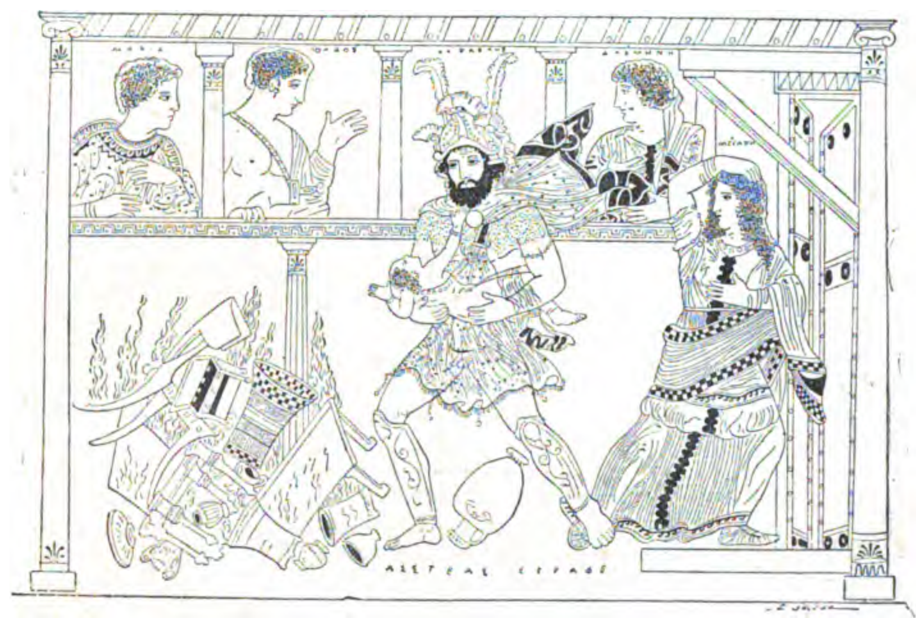
(3) Eurípides, fr. 593. Pero ese fragmento ¿será de Eurípides ó de Critias? Sobre esta cuestión, véase el Eurípides de Didot, t. II, p. 763.

(4) Platón dice en el *Crátilo*, que á fin de no pronunciar el temido nombre de Hades, se reservó este término para designar el reino del mundo inferior, cuyo sombrío soberano se llamó entonces Plutón, dios de la riqueza, á causa de los metales preciosos que la tierra contiene.

(5) Eurípides, fr. 967.

(6) *Bacantes*, 200 y siguientes.

mero, los misterios ó el drama religioso; en el segundo, el drama humano. Eurípides pertenecía al último; él comenzó el teatro moderno, presentando en escena á sus contemporáneos con nombres antiguos y pasiones de todos los tiempos. Un rasgo característico de su tragedia es el lugar que deja para las mujeres y para el amor, es decir, la intriga de todos nuestros dramas. Su *Fedra*, víctima de Afrodita, es abuela de todas aquellas que Eros agita, seduce ó atormenta (1). Sus dos mujeres



Hércules furioso (2)

habían sido la causa de muchas tristezas de su vida, y se vengó en el teatro, tratando con tal dureza al sexo femenino, que le llamaron el *misogino* (3); y sin embargo, varias de sus heroínas se han conservado como tipos inmortales de abnegación y de sacrificio. Polixenes acepta la muerte para escapar de la servidumbre, de los ultrajes de un amo, y del oprobio «de un lecho en otro tiempo codiciado por los reyes (4).»

(1) Los versos 198 y sigs. son la descripción de un verdadero caso patológico.

(2) Pintura de vaso, según los *Monum. dell'Instit.*, VIII, tab. 10. La pintura lleva la firma de Assteas (ΑΣΣΤΕΑΣ ΕΓΡΑΦΕ).—Hércules (ΗΕΡΑΚΛΗΣ), furioso, corre hacia la hoguera encendida por él mismo, donde acaba de arrojar en confusión muebles, sitiales, vasos y canastilla, y se dispone á lanzar á su hijo, que lleva entre los brazos. El niño le suplica en vano, como en la tragedia de Eurípides (versos, 988 y sig.). La madre espantada, Megara (ΜΕΓΑΡΗ), emprende la fuga, no sin volver la cabeza hacia su hijo, y llega á la puerta, que está entornada. En el plano superior, que se eleva sobre un pórtico, una de cuyas columnas es visible, Alcmenes (ΑΛΚΜΗΝΗ) y Iolaos (ΙΟΛΑΟΣ), atemorizados también, presencian esta terrible escena; mientras la diosa de la locura (ΜΑΝΙΑ) contempla su obra, aunque parece igualmente aterrada á la vista del acto que ha inspirado. Véase J. Vogel, *disert. citada*, p. 143.

(3) «El enemigo de las mujeres.» Para él, el mayor mérito de una mujer consiste en ser callada y permanecer tranquila en su casa (*Heracl.*, 476). Hermione aconseja al marido que no permita que en su casa entren mujeres, porque le trastornarían la suya con sus malos propósitos (*Andrómaca*, 944).

(4) Λέχη ...τυράννων πρόσθεν ἠξιωμένα. (*Hécuba*, 365-366).

Muchas han hecho como ella; pero Macaria «abandona la vida por la vía más gloriosa,» ofreciéndose á la muerte para libertar á Atenas. Evadné se niega á sobrevivir á su esposo; Alceste sucumbe para salvar al suyo, é Ifigenia quiere morir por Grecia (1).

La muerte le espanta al principio, y suplica á Agamenón que no ceda á las instancias mortíferas de Calcas. «¡Oh, padre mío, exclama!, no tengo más ciencia que mis lágrimas; pongo á tus pies la rama de los suplicantes, y oprimo contra tus rodillas el cuerpo que mi madre puso en el mundo para ti: no me hagas morir antes de tiempo. ¡Es tan dulce la luz del día! No me envíes á los abismos subterráneos. Soy la primera que te llamó padre, y la primera á quien tú llamaste hija. Sentada



Actores, coristas y músicos antes de la representación de un drama satírico (2)

sobre tus rodillas, te he prodigado caricias, y también las he recibido de ti. Entonces me decías: ¡Oh, hija mía! ¿te veré alguna vez feliz en el hogar de algún marido poderoso? Y yo, suspendida de tu cuello, y tocando tu barba, como lo hago ahora, te contestaba: ¿Podré yo, padre mío, proporcionar á tu vejez la dulce hospitalidad de mi casa, para corresponder á los cuidados que durante mi niñez me dispensaste?»

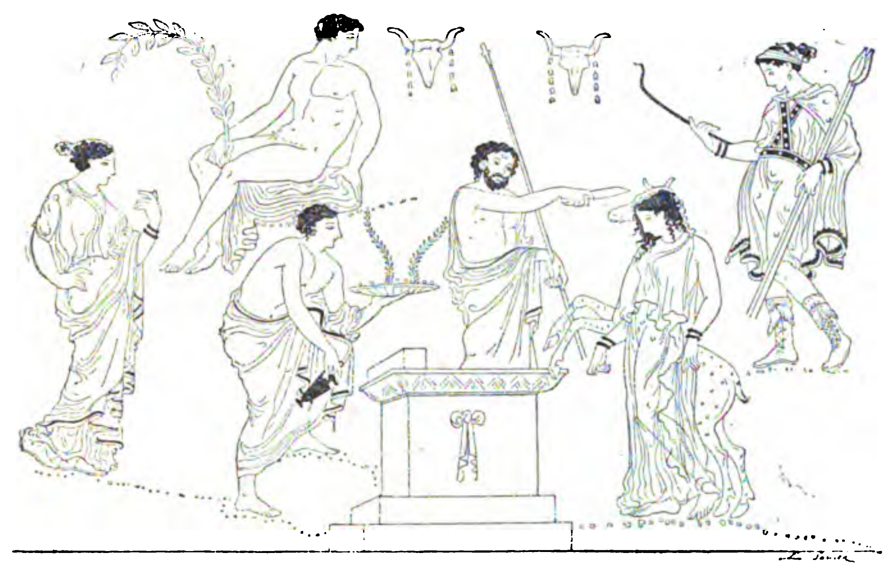
Racine ha imitado esta oración en versos de solemne armonía; pero ¡cuánta más

(1) Un fragmento de una pieza perdida, la *Erectea*, presenta también una madre, Praxitea, dando por Atenas la vida de su hija; pero este largo monólogo hubiera ganado mucho si hubiese sido más corto.

(2) Fragmento de una pintura que adorna una ánfora grande conservada en el Museo de Nápoles (según los *Monumenti dell' Instit.*, III, tab. 30. Véase Heydemann, *Die Vasensammlungen des Museo Nazionale zu Neapel*, n.° 3.240).—En el centro está la divinidad que preside la fiesta, y á la cual se consagra el lugar donde ha de efectuarse la última repetición del coro satírico: es Dionisos (ΔΙΟΝΥΣΟΣ). Hállase recostado en un ancho sitial junto á su esposa Ariana; más abajo está sentada la Musa, que levanta una careta con la mano izquierda, y á quien el joven Himeros (ΙΜΕΡΟΣ), alado, ofrece una corona. A derecha é izquierda del grupo principal se ven tres actores con su traje; á la izquierda, un héroe desconocido; á la derecha, Herakles, armado con su maza, y Sileno. Los tres llevan su careta en la mano. Más abajo se ven dos músicos y el director del coro; en primer término, un tocador de cítara (ΧΑΡΙΝΟΣ), y después un flautista, cerca del cual se lee el nombre del célebre Pronomos. Finalmente, separado de éste por un sátiro, hállase el director del coro, (χοροδιδάσκαλος) llamado ΔΗΜΗΤΡΙΟΣ: está sentado, y tiene un rollo en la mano; detrás de él hay una lira. Todos los demás personajes son coreutes disfrazados de sátiros; uno de ellos se ejercita delante del director de coros, bailando la *sikinnis*, y los otros hablan. Excepto Eunicos (ΕΥΝΙΚΟΣ), todos llevan calzón de piel de macho cabrío; el de Eunicos es de tela bordada.

naturalidad y gracia conmovedora tienen los de Eurípides (1)! Andrés Chenier, ese otro griego, los ha recordado al escribir su *Joven cautiva*, en cuya boca pone estas palabras: «No quiero morir aún.»

Pero cuando Ifigenia sabe que el oráculo exige su muerte para que Grecia triunfe, su alma se eleva; el entusiasmo se apodera de ella y la exalta, y por su propia voluntad corre al encuentro del cuchillo del sacerdote. «¡Cómo!, exclama, ¡hay millares de hombres armados para vengar á la patria y la vida de una mujer podría servirles de



Sacrificio de Ifigenia (2)

obstáculo! Doy mi vida por Grecia; inmoladme, y caiga la ciudad de Priamo. Sus ruinas recordarán siempre mi nombre. ¡He ahí mi himen, mis hijos y mi triunfo!» Después de leer estos versos se podrá perdonar á Eurípides de haber escrito que la mujer «es el más impudente de los animales (3).»

Eurípides respeta á Sófocles, ó por lo menos no hace contra él malignas alusiones; pero no aprecia á Esquilo, lo cual se comprende; Aristófanes le hará pagar cara esta injusticia. En cuanto á la política, poco hay en Eurípides, como no sean algunas alusiones á varios incidentes de la lucha entre Esparta y Atenas.

Sin embargo, se ve que no quiere á los eupátridas ni á los oradores pupulares, y que el gobierno por la multitud le parece «una terrible calamidad.» Lo mismo que Aristóteles, concede la sabiduría á la clase media, que no siempre la tiene, y glorifi-

(1) Tal es también el modo de ver de Mr. Patin (*Los trágicos griegos*, t. III, p. 35). Véase t. I, p. 62, un fragmento de *Ifigenia en la Taurida*.

(2) Pintura de vaso (según Raoul-Rochette, *Monumentos inéditos de antigüedad figurada*, lámina 26). – En el centro elévase el altar detrás del cual está Calcas, que levanta el puñal sobre la víctima, Ifigenia; ésta, llena de resignación, permanece de pie junto al sacerdote, con los ojos fijos en el altar; pero detrás de la joven está la corza, sobre cuya cabeza caerá el cuchillo de Calcas. Artemis, que salva á Ifigenia, está de pie más arriba, en traje de cazadora. Al otro lado de Calcas hállase Apolo, hermano de Artemis, y más abajo el servidor de Calcas, seguido de una mujer. Véase Vogel, *Scenen Euripideischer Tragodien in grieschischen Vasengemälden*, p. 116.

(3) Aristófanes, *Lisistrata*, 569; las *Fiestas de Ceres*, 386-432, etc.

cando muchas veces el patriotismo, pinta en *Ión* el primero de esos solitarios, olvidadizos de los deberes de la ciudad, que, sacerdotes del dios, se contentan con la tranquila ociosidad del templo Su hombre justo es aquel que tiene por patria la tierra entera, «como el águila tiene para su vuelo toda la región del aire (1).» ¿Dónde estás, soldado de Maraton (2)?

V. – ARISTÓFANES

Como Moliere entre Corneille y Racine, Aristófanes ha sido colocado junto á los grandes trágicos de Atenas; pero es inferior á ellos, porque el talento solo no basta para figurar en primera línea (3). Sus obras son instructivas para el historiador porque le dan á conocer una infinidad de costumbres, y también para el letrado; pero uno y otro han de cerrar á veces los ojos, porque con demasiada frecuencia hallarán la indecencia que mancha el alma, y nunca la pasión que la eleva. Cuando se habla de sus producciones como de comedias satíricas, debe entenderse que son algo más que la sátira ordinaria. Los seres deformes que componen el cortejo lascivo de Dionisos, en el cual representan al dios y al hombre después de volver al estado animal, son los que le inspiran en mil partes. Rabelais, comparado con el gran cómico de Atenas, es un escritor casto, y el Karagheuz de Stambul y del Cairo se quedan casi cortos.


Moneda ateniense

La comedia, que había nacido en las fiestas de Dionisos junto á su gran hermana la tragedia, fué en manos del poeta un arma de combate, con la cual hirió en particular á la filosofía y á la ciencia, á los generales más intrépidos, á los oradores más elocuentes y á los hombres más sabios. A ese gran satírico no le ha faltado más que reirse de sí propio.

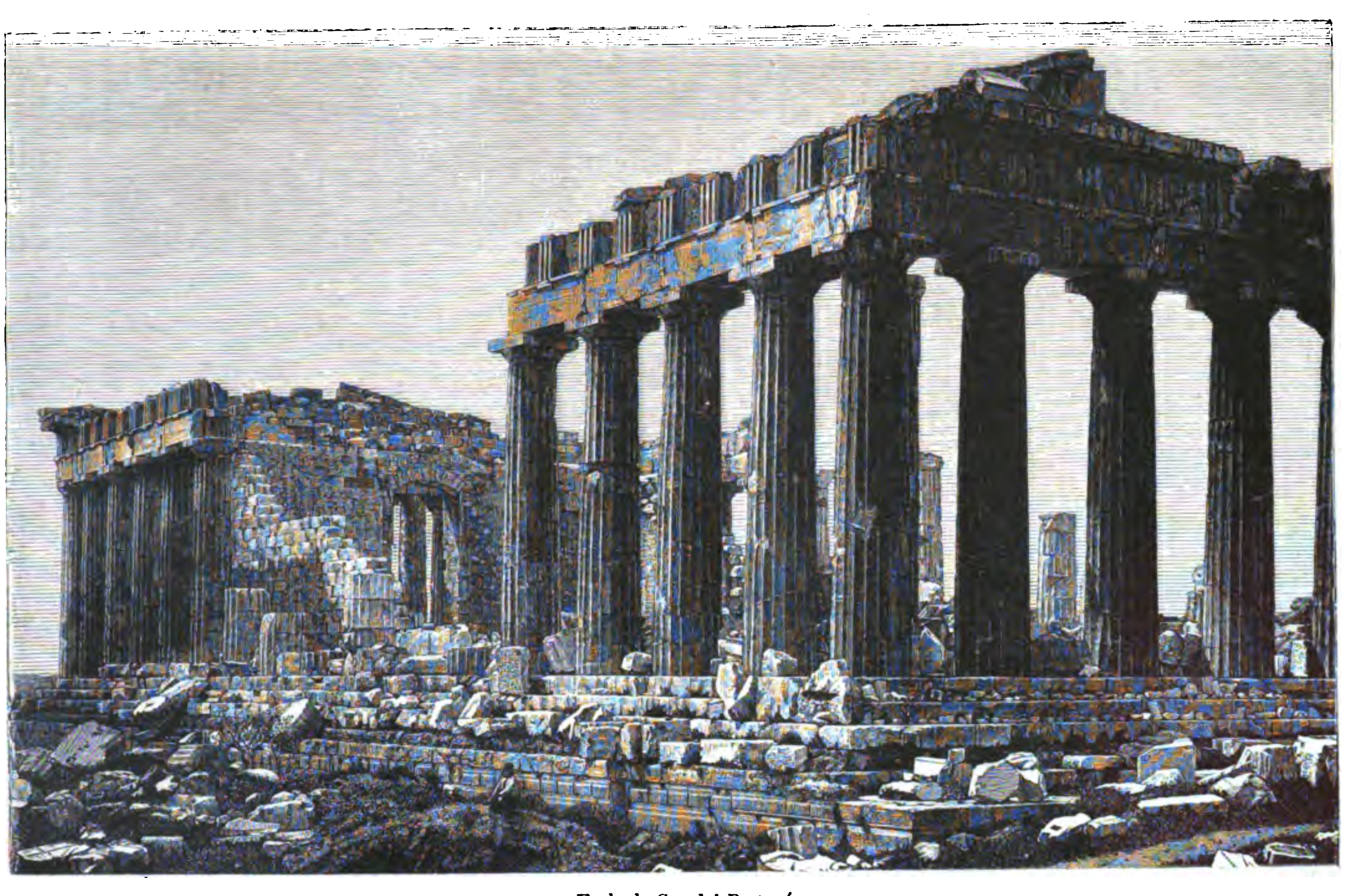
Se ha supuesto que representó un papel de moralista y de reformador social, cuando no hizo otra cosa que divertir al público, y aun conserva su fama por tal concepto. Nadie pone en duda que en sus sátiras haya desplegado mucho ingenio y una verbosidad endiablada, diciendo verdades útiles y pintando cuadros de la más graciosa poesía, y también se conviene en que muchos abusos habían aumentado en Atenas y en su imperio. Ante el espectáculo de su poderío, el pueblo se había henchido de orgullo, hasta el punto de olvidar en el interior toda sabiduría, y en el exterior toda prudencia. «Nuestros aliados, decía el poeta, no son ya más que esclavos que hacen dar vueltas á la rueda del molino » Sin embargo, no debe tomarse esto al pie de la letra, porque aun había justicia en la ciudad, puesto que Cleón fué

---

(1) Ya hemos visto, p. 191, cómo Aristófanes hacía que Esquilo atacara á los que, rehuyendo los cargos públicos, rehusaban cumplir los deberes cívicos. Anaxágoras no quiso aceptar ninguno, y Sócrates se jacta, en la *Apología*, de haberse librado de todos aquellos que no le habían sido impuestos por la suerte. Esta abstención era el comienzo de la ruina de la antigua ciudad y del antiguo patriotismo.

(2) De Eurípides se conservan diez y ocho tragedias, 1.086 fragmentos y un drama satírico, el *Cíclope*. En el canon alejandrino de los autores clásicos habíanse incluído otros dos trágicos, Ión y Aqueo; pero de ellos no quedan más que restos informes. Sobre los demás de aquella época véase la *Historia de la literatura griega*, de Otf. Müller, cap. XXVI.

(3) Aristófanes vivió entre los años 452 (?) y 380. Su primera producción se representó con nombre supuesto, porque entonces no contaba aún treinta años, edad necesaria para obtener un coro. Véase la parabase de las *Nubes*. Sobre los precursores de Aristófanes véase la p. 182.



Fachada Sur del Partenón

condenado cierto día á restituir cinco talentos (1); y también había buen sentido en los ciudadanos, toda vez que la pieza los *Caballeros*, sangrienta sátira de las costumbres demagógicas, obtuvo el primer premio y fué representada en el teatro de Baco durante las fiestas Léneas. Dos veces acusado por el todopoderoso demagogo, el poeta fué absuelto otras tantas. En su ardor bélico contra la nueva Atenas, Aristófanes calumnia á su pueblo (2), como calumnió á Sócrates y á Pericles, á Fidias y á Eurípides, y aún á Cleón, que no siempre mereció ser tratado como un pícaro. En los *Caballeros*, Demos, un hombre bonachón, representa al mismo pueblo cuyo nombre lleva: es un viejo irascible, gruñón y algo sordo, que se deja conducir por los charlatanes; tiene dos fieles servidores, Nicias y Demóstenes; pero un esclavo



Dionisos rodeado de su cortejo (3)

perverso, Cleón, introduce el desorden en la casa. «Este individuo, conociendo el carácter del amo, hace las veces de perro humilde, lisonjea, acaricia, y envuelve al anciano en sus redes de cuero, diciéndole: «¡Oh, pueblo!, basta con haber juzgado un asunto (4); vete al baño, toma un bocado, bebe, come, y recibe los tres óbolos. ¿Quieres que te sirva la cena?» Después se apodera de lo que habíamos traído y lo ofrece generosamente á su amo. Ultimamente tenía preparada yo en Pylos una torta lacedemonia; pero con sus astucias y rodeos consiguió escamoteármela para ofrecerla en mi lugar. Solícito en permanecer junto al amo, no tolera que nadie más le sirva, y de pie, empuñando un látigo de cuero, aparta á los oradores de su mesa; después

(1) *Acarn.*, 6. Se han producido largas discusiones sobre este hecho. Véase A. Martín, *Los jinetes atenienses*, p. 460-8.

(2) En su *Vida de Pericles*, 23, Plutarco habla de lós historiadores cuyo testimonio no tiene más valor que el de los poetas cómicos: bueno es que recuerden esta palabra aquellos que en todo tiempo van á pedir á la comedia lo que ésta no puede ni quiere dar.

(3) Pintura que adorna un arébalo descubierto en Atica y conservado hoy en el Museo de Berlín (Furtwangler, *Beschreibung.....* n.° 2.471); según A. Dumont y Chaplain, *Las Cerámicas de la Grecia propiamente dicha*, lám. 12-13.—La escena ocurre en un terreno accidentado cubierto de césped y de flores. Dionisos (ΔΙΟΝΥΣΟΣ) está en medio de los suyos: imberbe, con la cabeza coronada de hiedra, y apoyando la mano derecha en su tirso, el dios está sentado á la derecha, y vuelve la cabeza hacia la ninfa Fanopé (ΦΑΝΟΓΕ) que ocupa el centro de la escena, y que baila al compas del *timpanón*, tocado por Periclimene (ΓΕΡΙΚΛΥΜΕΝΗ) sentada á la izquierda. Nimfé (ΝΥΜΦΗ) sostiene en sus brazos á su compañera Nea (ΝΑΙΑ), desfallecida á fuerza de bailar y por el furor báquico. A derecha é izquierda están agrupados los espectadores; á la derecha, el sátiro Komos (ΚΟΜΟΣ) y las ninfas Coro (ΧΟΡΩ) y Kalé (ΚΑΛΕ); á la izquierda, las ninfas Macaria (ΜΑΚΑΡΙΑ) y Anteía (ΑΝΘΕΙΑ), y un Sileno (ΣΑΙΕΝΟΣ). El último grupo se compone de dos ninfas que conversan á la izquierda, Kisso (ΚΙΣΣΟ) y Chrysis (ΧΡΥΣΙΣ); esta última está de pie y tiene en la mano una doble flauta. Todos esos personajes están coronados de hiedra como el dios.

(4) En las *Avispas* es donde Aristófanes muestra en particular al *pueblo juez*, del que Racine ha sacado su Perrin Dandin, y aun hay personas convencidas de que ese ridículo personaje es el más fiel retrato de los atenienses, aunque Tucídides (I, 77) haya dicho hace largo tiempo l que era preciso pensar en la φιλοδικία ateniense.

pronuncia oráculos, y el viejo enloquece al oir las profecías. Cuando le ve en tal estado de imbecilidad, aprovéchase de ello para poner en práctica sus manejos, nos acusa, nos calumnia, y sobre nosotros llueven los latigazos.»

Jamás poeta alguno tuvo tanta libertad ni usó de ella en tan alto grado. En vez de guardar consideraciones al pueblo, búrlase de él en sus barbas, tratándole de canalla, y el pueblo bonachón lo toma á broma, y lo que era caricatura se convierte en retrato. El Demos de Atenas no se parece más al de los *Caballeros* que el Sócrates de Aristófanes al de Platón. El buen hombre, que oye bien, y aún á medias palabras, no murmura, pues protege al poeta que le divierte contra la cólera de Cleón, y al hombre que le sirve contra las violencias del poeta. Deja al uno continuar sus obras maestras, y envía al otro á dejarse matar intrépidamente en su defensa delante de Anfípolis (1).

Escuchad ahora un diálogo entre Demóstenes y el salchichero destinado por los oráculos á gobernar en Atenas y que los conservadores quieren oponer á Cleón.

DEMÓSTENES. ¿Eres de honrada cuna?

EL SALCHICHERO. ¡No, por los dioses! Pertenezco á la canalla.

DEMÓSTENES. ¡Hombre feliz! Qué bien se te prepara todo.

EL SALCHICHERO. Pero no tengo la menor instrucción; solamente sé leer y escribir, y esto bastante mal.

DEMÓSTENES. ¡Ah! pues precisamente eso que sabes te podría perjudicar. La república (2) no pide para el gobierno ni un sabio ni un hombre honrado; necesita un ignorante y un tuno (3).

El diálogo continúa largo tiempo en este mismo tono, y después preséntase Cleón, que exclama, según la costumbre de los demagogos en el poder: ¡Desgraciados de vosotros, que conspiráis siempre contra el pueblo (4)! A lo que el coro contesta llamándole pillo y ladrón público.

CLEÓN. ¡Oh, ancianos heliastas, cofradía del tríobolo, á quienes alimento, vociferando cosas buenas y cosas malas; auxiliadme; los conjurados me hieren!

EL CORO. Y es justo, porque devoras las rentas públicas.

CLEÓN. ¡Lo confieso; soy un ladrón (5)!

EL CORO. ¡Oh, tunante, desvergonzado bribón! Tú has trastornado nuestra ciudad cual furioso torrente, y apostado en una alta roca, acechas la llegada de los tributos, como el pescador la de los atunes (6).

Cratinos y Eupolis habían igualado estas licencias, que son en la democracia el precio del poder, y que no hacen mella en el sabio. Cleón no tenía derecho á este título; pero me parece verle en el teatro de Baco, sentado en el estrado de mármol de los magistrados, oyendo impasible todas estas injurias. Por lo demás, en cuestión

---

(1) Un decreto de 440 prohibió hacer salir en escena á un ciudadano, pero muy pronto cayó en desuso. El de Siracosios, en 414, no fué más eficaz, puesto que en el propio año Frinicos la emprendió violentamente contra el autor del mismo. Al público le complacían evidentemente estas personalidades. Maquiavelo decía muy bien, hace trescientos años: «Del pueblo se puede murmurar siempre sin peligro, aun allí donde reine; pero, añadía; *dei principi si parla sempre con mille timori e mille rispeti.*» (*Discorsi supra Tito Livio,* lib. IV, cap. LVIII.) El pueblo, en efecto, es todo el mundo, y de consiguiente, no es nadie.

(2) El texto dice ἡ δημαγωγία, que erróneamente se suele traducir por demagogia.

(3) Los *Caballeros*, versos 185-193.

(4) Aristóteles explica estas conspiraciones de los ricos en el capítulo de su *Política* (lib. V, capítulo V), que tiene por título: *De las causas de revolución peculiares de los gobiernos democráticos.*

(5) Dícese que ningún obrero había querido hacer la careta que debía representar á Cleón, y que ningún actor osó encargarse del papel, que el mismo Aristófanes se vió obligado á representar.

(6) El griego es de una concisión intraducible: τοὺς φόρους θυννοσκοπῶν.

de perversidades, nada tenían que echarse en cara el uno al otro. Varias veces intentó Cleón privar al poeta, por decreto de justicia, de sus derechos de ciudadano (1), y Aristófanes se complacía en recordar á veinte mil espectadores que su enemigo había sido condenado á devolver el dinero que robó (2).

Los *Caballeros* no se pusieron en escena hasta cuatro años después de la muerte de Pericles, cuando el mal no era todavía muy grande; en las *Avispas*, representadas en 423, revélase más marcadamente una de las enfermedades democráticas: el temor á las traiciones. «Para nosotros, dice un personaje, todo es conspiración. En cincuenta años no he oído hablar una sola vez de tiranía; pero hoy esta palabra es más común en el mercado que el pescado en salazón.»

Si alguien quiere salmonetes en vez de sardinas, el vendedor grita: «¡La mesa de ese hombre huele espantosamente á tiranía!» Si otro pide cebolletas para sazonar una locha, el mercader le mira de reojo, diciéndole: «¿Piensas ya acaso en la tiranía?»

Dejando atrás algunos años, llegamos al *Plutus*, representado en 408 la primera vez, y la segunda en 388, después de varias modificaciones, y tocamos una de las llagas vivas de Atenas. Bajo un gobierno vigilante y enérgico, los acusadores se contenían por temor á la ley, que les castigaba con una multa de 1.000 dracmas si no obtenían por lo menos la quinta parte de los sufragios. Con gobiernos más amantes de popularidad que de justicia, los sicofantes pululaban.

CREMILO ¿Eres labrador?

SICOFANTE. ¡Tan loco me crees!

CREMILO. ¿Mercader?

SICOFANTE. Tomo el nombre de tal cuando me conviene.

CREMILO. ¡Pero no tienes ningún oficio!

SICOFANTE. No, por Júpiter.

CREMILO. ¿Pues de qué vives si no haces nada?

SICOFANTE. Me ocupo en vigilar los asuntos públicos y privados.

Ya no hay respeto á la ley, como lo prueba ese buen hombre á quien, en la *Asamblea de las mujeres*, se trata de necio y de imbécil porque cree que todo buen ciudadano debe obedecer los decretos del pueblo (3). Más adelante veremos que los sofistas hablan poco más ó menos de la misma manera.

Aun teniendo en cuenta la parte de exageración propia del poeta, reconócese en esos cuadros satíricos un fondo de verdad; y es que Aristófanes, muerto más de medio siglo después de comenzar la guerra del Peloponeso, había visto desarrollarse en el seno de la gloriosa democracia de Pericles los defectos peculiares del gobierno popular, cuando se halla sometida á él una multitud turbulenta á la que no sabe dominar ni dirigir. Entonces había dos pueblos en la ciudad: los antiguos atenienses, entre los que subsistía un resto de aristocracia demasiado débil para gobernar, pero que habría sido bastante fuerte para ayudar á contener; y el populacho, que el comercio y la guerra habían acumulado en el Pireo. Esta multitud inquieta, envidiosa y famélica, quería vivir del botín cogido al enemigo, de las exacciones exigidas á los

(1) Le acusó también de hacer al pueblo blanco de la risa de los extranjeros, porque su comedia los *Babilonianos* se había representado en la primavera, cuando los aliados llegaban en gran número á la ciudad de Atenas para entregar el tributo de las islas.

(2) *Acarnianos*, 6. – Platón, en el *Banquete*, dice que el teatro de Baco podía contener más de tres miriadas de espectadores; mas no se considera que estas palabras expresen una cifra positiva.

(3) Sófocles había presentado ya en su *Ayax* al más audaz de los héroes de Homero reconociendo que es necesario someterse á las leyes, bien procedan de los dioses, es decir, de la naturaleza, ó de los hombres.

aliados, de las multas y de las confiscaciones impuestas á los ricos. Reunidos en la Agora, estos dos pueblos no formaban más que uno, y el segundo, aumentado con los pobres de la ciudad, predominaba siempre. El era quien hacía las leyes, administraba y juzgaba, y no se mostraba exigente en cuanto á los méritos de aquellos á quienes elegía por jefes. De Pericles había caído en Cleón, de Cleón en Hiperbolos, y de éste en Siracosios, y todo orador galano que le lisonjeaba llegaba á ser pronto un personaje de importancia. Estos demagogos dirigían á la multitud menos de lo que se dejaban conducir por ella, justificando á sus ojos con apariencias de razón todas las pasiones de momento (1). De aquí, los acuerdos irreflexivos, la ligereza en los asuntos más graves, y una relajación en los lazos del Estado, que autorizaba á veces lo arbitrario en las funciones públicas y la injusticia en los tribunales (2). La fortuna pública se consideraba cada vez más como propiedad común, que debía repartirse entre los ciudadanos bajo la forma de trióbolo, de distribuciones gratuitas más frecuentes, y de gastos sin cesar aumentados para sus fiestas y sus placeres. Era natural, pues, que estos abusos excitaran la verbosidad del poeta; el pueblo se reía, y nosotros hacemos como él, aunque creyendo que Atenas no era tan culpable como nos la pintan.

Pero no seremos tan indulgentes con el poeta en lo que toca á la guerra que declaró á las instituciones religiosas de su país, porque si en el primer caso atacaba errores ó faltas que bajo otros gobiernos también existirían, en el segundo minaba las bases mismas de la ciudad. Era demasiado hijo de su siglo para no sentir la influencia del mismo; el medio ambiente se infiltraba en él: y ese conservador á todo trance, ese enamorado de las épocas pasadas, es el más atrevido de los libre pensadores en el tiempo presente. Pide que se repongan las antiguas costumbres y trabaja para abolir lo que de ellas queda, y aunque cosas parecidas se han visto muchas veces, de todos modos tenemos derecho de censurar en el poeta esta contradicción.

Una creencia había arraigado fuertemente en el corazón de los griegos, aun en la frívola Atenas: la fe en los oráculos. Pues bien; Aristófanes se burla de éstos y maltrata á los profetas y adivinos. Uno de ellos, el beocio Bacés, cuya memoria se perdía en la noche de los tiempos y en las nebulosidades de la leyenda, gozaba por lo mismo de más favor: sus supuestos hexámetros habían sido coleccionados y en ellos buscábanse los decretos del Destino, como los romanos creerán, á su vez, encontrarlos en los libros de la Sibila. Cleón, según el poeta, guardaba una buena colección de ellos, y durante un sueño, Nicias le roba sus oráculos; pero el Paflagonio posee de ellos un cajón lleno y el salchichero apenas tiene bastante para guardar los suyos con dos habitaciones.

DEMOS. ¿Y de qué hablan?

CLEÓN. De Atenas, de Pilos, de ti, de mí y de todo.

DEMOS. *(Al Salchichero.)* ¿Y los tuyos?

EL SALCHICHERO. De Atenas, de las lentejas, de los lacedemonios, de los arenques frescos, de ti y de mí.

DEMOS. ¡Pues bien!; léeme ante todo aquel que me agrada tanto, aquel que dice que seré un águila que se cernirá en las nubes.

---

(1) Tucídides, IV, 21, dice de Eleón ἀνὴρ δημαγωγὸς... ὢν καὶ τῷ πλήθει πιθανώτατος.

(2) Ya hemos visto, p. 156, nota 7, que Aristóteles no creía en la venalidad de los jueces antes del año 409; pero en su *Política* (V, 5) pinta á la democracia como preocupada en todas partes por la idea de arruinar á los ricos, aplicándoles sentencias que conduzcan á la confiscación de los bienes; y Aristófanes *(Las Avispas,* 659) cuenta las confiscaciones en el número de las fuentes de la riqueza pública.

Sigue una parodia grotesca de las contestaciones «que los trípodes augustos han hecho resonar en el santuario de Apolo.» No es favorable á los nuevos dioses que se introducían en Atenas; al frigio Sabazios, al fenicio Adonis, al Artemis tracio, á Bendis, cuya fiesta era muy popular para los marineros del Pireo, y á Cotytto, otra extranjera procedente también de la Tracia; y su enemiga hacia tales divinidades era justa, porque estos cultos orgiásticos convenían mejor á Corinto la voluptuosa que á la ciudad puesta bajo la abvocación de la casta Minerva. Pero no por esto respeta Aristófanes más á las antiguas deidades de la Grecia y su culto.

El sacrificio, que es el fondo de toda religión y que en los ritos griegos era, además, la comunión del fiel con el dios, y de consiguiente, un acto dos veces santo, es para Aristófanes un festín como otro cualquiera, de que los dioses están muy necesitados. «Cuando el calendario está desordenado, dice, el Olimpo debe ayunar (1), porque entonces no se celebran fiestas y se inmolan menos víctimas.» Respeta á Minerva y á Ceres, á las cuales no le hubiera sido permitido tocar en Atenas; pero Mercurio se convierte en un caballero de industria, protector de los bribones; Hércules no es más que un tragón siempre hambriento; Baco, «el hijo de la cántara de vino,» un cobarde que siempre tiene sed; Plutón y Neptuno no salen mejor librados, y el sacerdote de Júpiter tiene grandes deseos «de enviar á paseo á su dios,» que, según dice Plutos, «tiene envidia de toda la gente de bien.»

Gracias á los misterios, habíanse propagado doctrinas que impelían á las almas virtuosas hacia las regiones de la luz, cerca de los dioses, para convertirse en seres incorruptibles é imperecederos. El poeta se burla de esto (2). Las estrellas errantes son ricos que salen de un banquete, linterna en mano, pues allá arriba también se celebran festines, y aun hay, como en la tierra, casas consagradas á los placeres fáciles.

Por último, como si quisiera que ninguna creencia escapara á las irreverencias de su fantasía, hace una cosmogonía, las *Aves* (414), parodia de la de Hesiodo, cuyos héroes son los nuevos dioses, que pone en el lugar de los Olímpicos. Una ley del demagogo Siracosios acababa de prohibir á los poetas dramáticos las alusiones á los hombres y á las cosas del día. Aristófanes se había sometido, y guardóse de nombrar á nadie; pero los dioses pagaban por los demócratas.

Si algunas piadosas parabases, precauciones análogas á las que Voltaire tomará contra la Bastilla, bastaron para garantizar al poeta contra el acto de impiedad, no es posible que esta manera de tratar las cosas del cielo ante un auditorio muy inteligente no haya sido amenazadora para los Olímpicos. Estos, tan bonachones como el Demos, no se vengaban por mano de sus sacerdotes ni de los magistrados á quienes se confiaba la conservación del culto. Religiones mucho más severas han tolerado también groseras bufonadas que divertían á sus fieles sin escandalizar á nadie, y lo mismo sucedió durante largo tiempo entre los griegos, á quienes Homero había acostumbrado desde muy antiguo á ser irreverentes con los dioses (3). Aunque adorándolos, el devoto se tomaba con ellos las libertades del hijo con el padre, sin que por eso disminuyeran el respeto y el temor; pero esos juegos inofensivos en las épocas de fe, llegan á ser singularmente peligrosos cuando la religión no está ya segura de sí misma, y cuando graves personajes la conmueven, despertando entre la multitud ideas que producen el vacío en los templos.

Entonces hay derecho para preguntar al poeta con qué se propone sustituir lo

(1) *Las Nubes*, 621, τῶν θεῶν ἀπαστίαν.

(2) *La Paz*, 827 y siguientes.

(3) Véase t. I, p. 97.

que intenta derribar. Vive en medio de un pueblo renombrado por su sobriedad, y su moral es la del vientre; su sabiduría consiste en gozar, beber mucho y seguido, comer tranquilamente un solomillo de liebre ó una anguila del lago Copais, en tanto que los otros van á batirse; el valor es una necedad; y el intrépido Lamacos, que vuelve herido del combate, es simplemente un estúpido. Y después, ¡qué desvergonzada sensualidad, qué triviales realidades y repugnantes groserías, aunque estén con frecuencia engarzadas en oro puro! *Lisistrata*, ó la huelga de las mujeres, la más vergonzosamente impúdica de sus comedias, tiene coros dignos de Esquilo.

Sobre este punto se le dispensa su licencia al recordar los ritos impuros que Grecia había recibido del Oriente, y el culto de Dionisos, ese representante de la Naturaleza embriagada por una savia exuberante, que se complacía en las libres manifestaciones de la vida y del placer (1). Sin duda el pudor antiguo no se asemejaba al nuestro; el antiguo naturalismo había dejado en las fiestas más solemnes extraños emblemas que no sorprendían á las mujeres ni á las doncellas (2); y Aristófanes se las había con un auditorio á la vez muy delicado y muy grosero, tan enamorado de la poesía más pura como de las bromas más desvergonzadas, y acostumbrado hacía largo tiempo á que se le sirviera según sus gustos. Pero á cierta edad de la civilización, el poeta no está obligado ya á seguir á la multitud, pidiendo á ella inspiraciones, sino que debe precederla. Con su genio, Aristófanes podía haber atraído á sus oyentes á otros espectáculos, y en vez de esto, demasiado á menudo los conduce á las inmundicias de los bajos instintos (3).

La historia literaria, reducida sin duda por su talento y gracias incomparables, sólo tiene para él admiración (4); pero puesto que el poeta ha tomado un carácter político, su obra cae bajo la jurisdicción crítica de otra historia. De este modo la cuestión no se resuelve en el teatro; para resolverla es preciso ir á la Agora, con lo cual quiero decir que para juzgar al poeta se ha de conocer la constitución de Atenas y la verdadera naturaleza de su gobierno; los intereses y las pasiones de los partidos que están en juego; y las necesidades de una ciudad dueña de un imperio marítimo, llena de negociantes, de industriales y de marinos, y á quienes sus antecedentes, así como su situación presente, imponían un régimen muy democrático. Sobre todo esto han prevalecido largo tiempo muchos errores que la crítica moderna comienza á disipar; pero estas discusiones no estarían aquí en su sitio; ya en otro

(1) Debemos decir, en descargo de Atenas, que hasta la severa raza doria se tomaba en las faloforias iguales licencias en Sicione, en Megara y en Tarento, donde había más fiestas que días laborables, y hablando de las cuales, uno de los interlocutores de las *Leyes* de Platón dice: «He visto en las fiestas de Baco la ciudad entera entregada á la embriaguez.» En las tumbas de Myrina se ha encontrado un φαλλος con anillo que había sido llevado como amuleto. (*Bol. de la Corresp. helenica*, marzo, 1885, p. 170.)

(2) Aristóteles (*Polit.*, VIII, 4) quisiera que se prohibiese á los niños asistir á los dramas satíricos; pero dirige su demanda al legislador futuro, y no invoca una antigua ley.

(3) La sociedad antigua ha sufrido en su reputación á causa de los malos lugares en que Aristófanes la hace vivir. Un hombre muy sabio, Letronne, le censura en su *Carta á Fr. Jacobs sobre la escasez de las pinturas licenciosas en la antigüedad*, por haber prolongado con exceso la lista de las representaciones obscenas, y demuestra que, prescindiendo de algunas excepciones, no se encontraron pinturas licenciosas en Pompeya ni en Herculano, sino en los sitios donde las cosas de arte no son objeto de la menor atención.

(4) Debo exceptuar un luminoso libro que acaba de publicarse, *La Comedia griega*, por Mr. Denis, decano de la Facultad de letras de Caén. Siento que esta obra llegase á mis manos demasiado tarde para utilizarme de ella, pero me complace estar de acuerdo con el autor sobre el carácter de la comedia aristofanesca.

lugar las expuse. Baste decir que Aristófanes, adelantándose á muchos de sus conciudadanos respecto á ciertas cuestiones, se retardó en un siglo en punto á algunas otras.

¿Qué influencia útil ha ejercido, pues, esa política que no veía sino lo malo, ó lo que por tal tenía, y que no supo indicar más remedio que volver al pasado, como si los pueblos pudieran, mejor que los ríos, remontar la corriente por donde bajaron? A los ojos de aquellos á quienes el presente les desagrada, el pasado se colora indudablemente de un tinte poético, como la colina cuya cumbre dora el sol de la tarde, cuando ya la base está sumida en la obscuridad de la noche; mas el pasado



Hércules robado (1)

de Atenas había sufrido la ley común; estaba muerto, y habíanse producido nuevas condiciones de existencia. Aristófanes las reprueba porque no las comprende, ó no quiere comprenderlas; lo importante para él no era saber, sino reir. Ahora bien; el elogio aburre, la caricatura divierte; decidióse en favor de ésta, y se hizo aplaudir disfrazando todas las cosas, incluso las buenas, y dando por causa de los más graves acontecimientos las más fútiles circunstancias. «La Grecia se ha incendiado, dice, por tres mujeres de vida alegre.» A esta explicación de las causas de la más terrible de las guerras responde la austera y verídica introducción de Tucídides, que fué, sin embargo, una de las víctimas de esa lucha formidable. Al leerla, no puede uno menos de decirse que entre los privilegios de la comedia no está el derecho de falsear hasta tal punto la historia de un pueblo que durante siglo y medio siguió la gloriosa carrera comenzada en Maratón y terminada en Queronea, con este grito de Demóstenes: «¡No; no atenienses, no os habéis equivocado al correr al encuentro de la muerte por la salvación de Grecia!» ¡Ah, el ingenio! ¡qué cosa tan encantadora, pero también á veces cuán terrible!

Inútil es añadir que el poeta irascible no ha perdonado á sus émulos: Eupolis, el poeta que escribe pobremente, merodeando en el caudal literario de sus cofrades;

(1) Pintura de vaso (según Panofka, *Museo Blacas*, lám. 26 B).—Herakles, con la clava en alto, persigue á una mujer que, al parecer, le ha robado su *enokoé*. El dios lleva en la mano izquierda un enorme pan. En la comedia las *Ranas* una tabernera acusa al héroe de haber robado y devorado diez y seis panes (Véase Heydemann, *Jahrbuch des Kaiserl. d. archäol. Instit.*, I (1886), p. 294 y siguientes).

Teognis, el hombre de nieve, cuya poesía helada se asemeja á las escarchas de Tracia; Morsimos, que hace muy mal en dar sus producciones en la primavera, estación que en modo alguno les conviene; Meletos, á quien Aristófanes envía á Plutón para consultar á los antiguos maestros, y «esa multitud de jóvenes que hacen miles de tragedias, ramas sin savia, habladores que chirrían como las golondrinas (1).» Si enaltece á Esquilo, en cambio ya hemos visto cómo trata á Eurípides; y si por un lado respeta á Sófocles, por otro censura en él un feo defecto, el afán de lucro (2). Pericles, por lo menos, no tenía para el dulce poeta otro reproche que el de que hacía demasiados sacrificios á Venus.

El poeta tiene privilegios; no se le ha de preguntar de qué podrán servir sus versos, pues las cosas más bellas son con frecuencia las más inútiles; pero cuando quiere dar una lección á su época, está obligado á dar en el blanco. Moliere corrige riéndose; los copistas del hotel de Rambouillet perecieron con las *Preciosas ridículas*, y Tartufe ha matado la devoción hipócrita; pero Aristófanes no corrigió nada ni á nadie. El trióbolo y el pueblo juez han sobrevivido á sus sarcasmos, porque si el poeta puede desterrar un sistema, un error momentáneo del espíritu, solamente el tiempo deshace las instituciones por él creadas.

Las religiones, sobre todo, son muy resistentes, y por lo tanto no cabe decir que Aristófanes conmoviera mucho la de Atenas, si bien ayudó en la obra destructora que se iniciaba. Para nosotros, los dioses helénicos, admirable asunto poético y artístico, viven siempre, y nos consolamos fácilmente de los ataques que han sufrido, pensando que la muerte del politeísmo ha ensanchado la conciencia moral de la humanidad. Pero la ruina de aquél perdió á Grecia, porque esos pequeños Estados se hallaban constituídos de tal modo, que de ellos podemos decir: «Muerta la religión, muerta la ciudad.» Y hubiéramos querido que la ciudad de Pericles hubiese sido de mayor duración.

Tal vez exageramos la importancia del poeta. A los atenienses les gusta reir; pero solamente se daban dos representaciones teatrales al año, una en la primavera y la otra al comenzar el invierno, y cada producción no se representaba más de una vez. Cierto que se copiaba, y en esta forma se propagaba, aunque sin extenderse mucho, á menos que «los artistas de Dionisos» la llevasen á las ciudades que hacían en Atenas su provision de poesía dramática. Las producciones de Aristófanes, pues, son un efecto más bien que una causa, señalan cierto estado de los ánimos que no han sido las únicas en crear.

Se han conservado de Aristófanes once piezas de las cincuenta y cuatro que Suidas le atribuye: los *Acarnianos*, *Lisistrata* y la *Paz*, tres alegatos contra la guerra; los *Caballeros*, contra Cleón; las *Nubes*, contra los sofistas y Sócrates (3); las *Fiestas de Ceres* y las *Ranas*, contra Eurípides; las *Avispas*, contra el pueblo y sus tribunales; la *Asamblea de las mujeres*, para combatir la utopia que Platón desarrollaba ya ó que sostendría muy pronto en su *República*, la comunidad de las mujeres y la de los bienes; el *Plutus*, protesta contra la ciega repartición de la riqueza y apología del trabajo, sin el cual toda prosperidad desaparece; y por último, las *Aves*, fantasía en-

---

(1) *Las Ranas*, 13-14, 89 y sigs. Tan sólo Cratinos fué benévolamente tratado por Aristófanes, quien llegó á proponer en los *Caballeros* que se le alimentara en el Pritaneo.

(2) *La Paz*, 695-699.

(3) Debe notarse que Cratinos, entonces de edad muy avanzada, fué vencedor de Aristófanes en el concurso de las comedias. Su producción la *Botella*, ganó el premio en competencia contra las *Nubes*. Los antiguos igualaban también á Eupolis con Aristófanes, del cual fué contemporáneo.

cantadora, pero sátira del cielo y de la tierra, de los hombres que no hacen más que necedades, y de los dioses que tan mal gobiernan el mundo.

Como algunas de esas producciones se relacionan con acontecimientos históricos,



Sócrates (1)

ó representan cierto estado de los ánimos, las citas que podríamos hacer ocuparán un lugar más propio en nuestros relatos sucesivos.

Platón, enemigo de la democracia, hace naturalmente mucho aprecio del escritor que la combatió tan valerosamente. En su *Banquete* le concede un lugar junto á Sócrates, aunque el poeta no se haya reconciliado nunca con el filósofo; y cuando Dionisio de Siracusa quiso conocer el gobierno de Atenas, envióle aquél los *Acarnianos* y los *Caballeros*, lo cual fué de su parte una nueva sátira, y tal vez una mala

(1) Busto de mármol hallado en Roma Vecchia y existente en el Vaticano, Museo Pío-Clementino (según una fotografía). Tiene grabada en la repisa del hermes la inscripción CΩKPATHC.

acción contra su patria. Por último, Platón hace del poeta este elogio, que nos sorprende: «Las Gracias, buscando un santuario indestructible, encontraron el alma de Aristófanes.» Para salvar la reputación del filósofo como moralista, preciso es creer que al hablar así no pensaba sino en los numerosos pasajes que, sobre un fondo con harta frecuencia cenagoso, se destacan cual chispeantes salidas de buen sentido, como la famosa disputa de lo Justo y de lo Injusto, ó en suaves destellos de pura poesía, como por ejemplo la estrofa en que Sócrates invoca las Nubes, imágenes de las sutilidades metafísicas.

SÓCRATES. Venid á mí, nubes que adoro, ora reposéis sobre las cimas sagradas del Olimpo, coronadas de escarcha, ora estéis formando coros sagrados con las ninfas en los jardines del Océano, vuestro padre, ó ya recogiendo las ondas del Nilo en urnas de oro, ó cerniéndoos sobre las lagunas Meótidas ó las nevadas rocas del Mimas. Oíd mi ruego y aceptad mi ofrenda.

Y ellas contestan:

EL CORO. Nubes eternas, aparezcamos; elevémonos desde los mugientes abismos del Océano, nuestro padre, hasta las altas montañas; extendamos nuestros velos húmedos sobre las cimas cubiertas de bosques, donde dominaremos las colinas lejanas y las mieses que la tierra sagrada alimenta, el murmullo de los divinos ríos y las ruidosas olas del mar, que el astro infatigable ilumina con sus brillantes rayos; pero sacudamos esas nieblas húmedas que ocultan nuestra inmortal belleza.

O también, aunque de rasgos más humildes, esta pastoral de la *Paz*. Se acaba de celebrar el tratado; los armeros, los fabricantes de cascos y de escudos se desconsuelan, porque esto es la ruina para ellos; pero los labradores se entregan al contento.

EL CORO. ¡Oh!, ¡alegría, alegría! Se acabaron los cascos, el queso y las cebollas (1). No, á mí no me anima la pasión de los combates; lo que me agrada es beber con buenos compañeros junto al hogar, donde chisporrotea la leña bien seca, cortada en el corazón del verano. Lo que me gusta es tostar los guisantes sobre el fuego y las bellotas bajo la ceniza .... No; nada es tan grato, cuando la lluvia fertiliza nuestras simientes, como hablar con un amigo. Oye tú, Comarquides; de buena gana bebería mientras el cielo riega nuestras tierras. Vamos, mujer; cuécenos tres medidas de habichuelas, mezcla con ellas algún poco de trigo y danos algunos higos..... Que me traigan el tordo y los dos pinzones; también había cuajada y cuatro tajadas de liebre..... Cuando la cigarra entona su dulce melodía, pláceme ver si mis cepas comienzan á madurar. También observo cómo crecen los higos, y cuando están en sazón los como, exclamando: ¡Oh, estación hermosa!

Por último, no carece de interés conocer la opinión que Aristófanes tenía de sí propio, y la que deseaba que de él se tuviera. En la parabase de la *Paz* enumera los servicios que pretende haber prestado á la escena cómica, y con la perseverancia del odio, vanagloríase, tres años después de haber sucumbido Cleón delante de Anfípolis, de haber desgarrado con los dientes al que aun llama el monstruo (2).

EL CORO. Nuestro poeta cree haber merecido un renombre glorioso. Por lo pronto, él es el único que ha obligado á sus rivales á no reirse más de los harapos; y á esos Hércules que mascan siempre y siempre tienen hambre, cobardes y bribones que se dejan apalear, él fué el primero en ridiculizarlos y expulsarlos de la escena (3). También ha suprimido ese esclavo á quien siempre se hacía lloriquear

---

(1) Alimento del soldado.

(2) La *Paz* fué representada en 419, y Cleón había muerto como soldado delante de Anfípolis en 422.

(3) Su Hércules de las *Aves*, sin embargo, es bastante ridículo.



Vista del Partenón en su estado actual

delante de nosotros, para que su compañero tuviera ocasión de burlarse de él, por los golpes que recibía... Después de librarnos de esas innobles bufonadas, ha creado un gran arte, semejante á un palacio con altas torres, construído con hermosas frases, grandes pensamientos y chistes que no corren por las calles. Y no pone en escena hombres obscuros ni mujeres, sino que, intrépido como Hércules, ataca á los



Dionisos (1)

grandes. Derecho tiene para decir: yo soy el primero que ha osado avanzar de frente contra esa fiera de agudos colmillos... (2). A la vista de semejante monstruo no he retrocedido horrorizado, sino que para vuestra salvación y la de los insulares he luchado contra él sin tregua. Tales son los servicios que deben merecer vuestro agradecimiento (3).

Los espectadores del teatro de Dionisos, y después de ellos muchos atenienses

(1) Busto de bronce, conservado en el Museo de Nápoles (según una fotografía). – Este busto ha llevado largo tiempo el nombre de Platón el filósofo, y también se le da el de Poseidón.

(2) Cleón.

(3) Véase también la parabase de los *Acarnianos*, y las de las *Nubes* y de las *Avispas*. Para estas últimas citas me he servido de la elegante traducción de Mr. Poyard.

que no eran de Atenas, le dispensaron el agradecimiento que exige. El historiador se mostraría en este punto más difícil; pero, á fin de que no se le acuse de ser demasiado severo, citaré otro pasaje de las *Avispas*, donde se hallan al menos algunos acentos viriles.

El Coro. – Si os extraña, espectadores, ver en mí un talle tan fino con este aguijón de las avispas, os explicaré por qué es esto. Nosotros somos la verdadera raza ática; nosotros los que prestamos en los combates tan grandes servicios á la república cuando llegó el Bárbaro llenando el país de llamas y de humo para robarnos nuestras colmenas. Corrimos con la lanza y el escudo, animados de ardiente cólera, hombre contra hombre, y con los labios oprimidos de rabia. El cielo se obscurecía con los dardos y flechas; pero ayudados de los dioses, derrotamos al enemigo, y perseguímosle clavando el aguijón en sus costados, como quien clava el arpón en los atunes. Por eso piensan, aún hoy, que no hay nada más temible que la avispa ática.

Concedamos á Aristófanes el beneficio de las circunstancias atenuantes, que los griegos han reclamado para las desenvolturas del teatro cómico. «Dionisos, dijeron, inventó las lecciones de una Musa aficionada á los juegos, y conduce al alegre cortejo que oculta la censura bajo la gracia y el aguijón bajo la sonrisa. Es la embriaguez que da lecciones de sabiduría en la ciudad (1).» Pero ¿enseñaba siempre Aristófanes la sabiduría? Por lo menos, si no se ha seguido ninguno de sus consejos, y si no ha devuelto la paz ni expulsado á los demagogos, ha disipado la tristeza de algunos días aciagos de Atenas, y todavía nos seduce. Tal vez merecería que se le aplicara la frase de La Bruyere respecto á Rabelais; pero no tomando más que la mitad de ella, diremos: sus comedias «son el manjar de los paladares más delicados.»

VI. – TUCÍDIDES

La Atenas del quinto siglo tuvo todas las glorias literarias: con Esquilo, Sófocles y Eurípides, la poesía lírica y dramática; con Aristófanes, la comedia; con Pericles, la elocuencia; con Tucídides, la historia y su severa prosa; y con Sócrates, la filosofía.

Pericles y Sócrates no han escrito nada; pero el uno dejó el recuerdo de su elocuencia incomparable; el otro formó, con sus conferencias, discípulos que recogieron su doctrina, y que determinaron el gran movimiento filosófico que condujo al mundo á la investigación de las leyes del pensamiento, de las verdades morales y de los problemas insolubles de la metafísica. Del primero hemos hablado ya, mostrando lo que hizo de Atenas; del segundo y de sus discípulos trataremos después de la guerra del Peloponeso, cuando se pueda reconocer distintamente la nueva dirección tomada por el espíritu humano. En cuanto á Tucídides, su obra será largo tiempo nuestro guía para los hechos que muy pronto debemos referir, y lo será siempre por el espíritu que le dirigió en su trabajo.

Hallábase emparentado con Cimón, porque su madre descendía tal vez de un rey tracio, una de cuyas hijas había casado con Milcíades, y en tiempo de Plutarco veíase su tumba entre las de la gloriosa familia de los Filaidas.

Contando treinta y cinco ó cuarenta años cuando comenzó la guerra del Peloponeso, sobrevivió á ella algunos más; de modo que al comenzar las hostilidades hallábase en la plena madurez de su espíritu, y se propuso seguir atentamente las

(1) *Antología palatina*, XI, 32.

peripecias de aquella lucha, «la más grandiosa que se produjera en Grecia, en la cual intervinieron los bárbaros, ó más bien una parte de ellos, y que agitó, por decirlo así, todo el universo» – «El ateniense Tucídides, dice en el encabezamiento de su libro, ha redactado la historia de la guerra que se hicieron los hombres de Atenas y del Peloponeso, y comenzó su trabajo desde el principio de las hostilidades, persuadido de que esta guerra tendría más importancia que todas las anteriores, á causa de los inmensos recursos de los dos pueblos que iban á chocar entre sí.» Estamos seguros de que se ha valido de todos los medios que su fortuna (1), su nacimiento, sus numerosas relaciones, y hasta su destierro de veinte años, algunos de ellos en el Peloponeso, pusieron á su alcance para recoger los datos que le permitieron componer una obra verídica, escrita, como él mismo dice, para la eternidad (2).


Tucídides (3)

Estudia de cerca los acontecimientos y los hombres, pero después los considera en conjunto, sin detenerse en esos detalles que tanto complacen á los que escriben anécdotas. Sigue á sus personajes á la Agora, al consejo, á la batalla; y no penetra en la antecámara ó la alcoba, porque opina que los hombres públicos deben ser juzgados según los consejos que dan y los actos que ejecutan, y que la historia no tiene interés en penetrar en la vida privada sino cuando ésta tenga alguna influencia en la vida pública. Tucídides no ha escrito historia entretenida, y no se puede leer, como la de Herodoto, para procurarse agradable distracción; ha hecho historia formal, la que se escribe después de rigurosos estudios, *sine ira*, *sine studio*, y la suya ha merecido ser, á causa de la experiencia que enseña, escuela de los talentos políticos (4).

Tucídides fué el primero en introducir la costumbre de intercalar discursos en la historia, como Homero lo había hecho en la epopeya y los poetas trágicos en el drama, como los oradores los prodigan diariamente en la plaza pública; de modo que con esto no hace más que continuar una tradición: su libro contiene treinta y nueve, sin contar los que están escritos en forma indirecta. Allí donde los modernos introducen explicaciones para facilitar la inteligencia de los hechos, los antiguos ponían en boca de sus personajes las razones que debían inducir á tomar tal ó cual resolución. El procedimiento es el mismo en el fondo, y la diferencia está sólo en la forma. Los modernos historiadores hemos renunciado á esas arengas que producían la ilusión de documentos auténticos; pero en manos de un observador tan atento como Tucídides, que estudiaba cuidadosamente los hechos y los caracteres, el procedimiento oratorio tenía ventajas y pocos inconvenientes, porque en sus discursos, además de su elocuencia, se tiene la seguridad de encontrar una gran suma de verdades. En cuanto á los actos oficiales, como los tratados, tenemos la prueba, al menos para el convenio entre Atenas y Argos, de que los transcribe casi textualmente.

Se ha erigido en juez del campo entre Esparta y Atenas y su misión consiste en dictar sentencias justas. Aunque sus preferencias sean para la aristocracia, sabe que

(1) Era propietario ó arrendatario de las minas de oro de Skaptè-Hylé, la *Selva quemada*, y durante largo tiempo se enseñó el plátano bajo el cual, según se decía, había escrito su historia.

(2) Κτῆμα ἐς ἀεί. (Tucídides, I, 22.) En otra parte (VI, 55) demuestra, por un hecho que no entraba en su gran trabajo, cuánta era su solicitud para informarse bien.

(3) Busto de mármol conservado en el Museo de Nápoles (según una fotografía). El hermes es doble y á la cabeza de Tucídides va unida la de Herodoto.

(4) Por eso Marcelino, su biógrafo, dice de él: δεινὸς ἠθογραφῆσαι.

todos los gobiernos, exceptuando los violentos, son buenos según la época y las circunstancias; que el interés dirige la política de los pueblos, pero también que las ideas y los sentimientos ejercen su influencia; y afánase en demostrar como de esa triple acción resultan los hechos. Se le ha llamado ateo (1): no ataca á los dioses, como lo hicieron tantos contemporáneos suyos; pero tampoco cree necesitarlos para su obra. En vez de actos arbitrarios, halla en el universo leyes generales. Laplace no negaba tampoco la divinidad cuando sólo veía geometría en la mecánica celeste.

Renuncia á la antigua doctrina del Destino, para no creer sino en la razón; y con esto señala el principio de una nueva edad del mundo, que por desgracia no fué duradera. En vez de atribuirlo todo á la fuerza misteriosa de la Fatalidad, de la Fortuna, ó de la providencia de los dioses, buscó en la más completa libertad de su pensamiento las causas humanas de los sucesos, y dispuesto estaba á decir con Anaxágoras: «La Casualidad es una causa ininteligible; el Destino, una palabra falta de sentido;» ó como Polibio: «Atribuir la prosperidad de la liga aquea á la Fortuna sería una cosa tan rídicula como loca. Es preciso buscar la causa de ella, puesto que sin causa no sucede nada bueno ni malo.» No reconoce la acción divina en los fenómenos naturales que atemorizaban á los pueblos, ni en los acontecimientos políticos. Para él, Nemesis ha muerto (2), y ya no es Neptuno quien levanta el mar y le arroja sobre Eubea, una parte de la cual desaparece para siempre bajo las olas. Los lacedemonios, dispuestos á invadir el Atica, se espantan y retroceden al tener noticia de aquel movimiento de marea. Tucídides lo explica, como lo hacemos hoy, por un terremoto submarino (3); y á propósito de un fenómeno semejante, escribe con mal disimulada ironía: «Decíase y se creía que era una señal del porvenir (4).» Caribdis, el monstruo devorador, pierde su condición para no ser más que el punto de encuentro, por esta misma razón muy peligroso, de dos corrientes contrarias (5); y mientras el piadoso é imbécil Nicias se espanta de un eclipse de luna que le induce á tomar una resolución desastrosa, Tucídides observa, con motivo de un eclipse de sol, que este fenómeno se había producido en el novilunio, «único tiempo en que al parecer puede esto ocurrir (6)» Tanto valía despojar á los dioses del gobierno del mundo; y no habla ni de la bondad ni de la justicia, que se representan como atributos necesarios de la divinidad. La teología ha hecho bien en enseñar esta creencia saludable; pero la historia consigna que en la tierra hubo siempre una infinidad de miserias y de iniquidades cuya suma no disminuye sino por el progreso de la inteligencia y de la moralidad entre los hombres, la historia, decimos, ha debido considerar como una impiedad sacrílega atribuir estos males á la voluntad del *demiurgo*. Este nos ha hecho inteligentes y libres, y á nosotros nos toca desterrar esas



Herodoto

(1) Ἄθεος ἠρέμα ἐνομίσθη. (Marcelino, *Vida de Tucídides*, § 22). Sobre esta cuestión véase el *Tucídides* de Croiset, t. I, p. 32.

(2) Por condescendencia con la superstición popular, Pericles dice al pueblo que la peste es un mal divino que es forzoso sobrellevar con resignación; pero añade seguidamente que se ha de resistir con valor á los males que provienen de los hombres (Tucídides, II, 64).

(3) III, 89.

(4) II, 8, 3, y 17, 2.

(5) IV, 24.

(6) II, 28. Un temporal atemoriza á los soldados, y Tucídides no ve en él más que un efecto de la estación (VI, 70).

miserias y establecer la justicia: este pensamiento viril palpita en el fondo del libro de Tucídides.

Si mira poco al cielo, en cambio ve bien lo que en la tierra sucede, y no se le escapa que se han producido enojosos cambios en la sociedad griega, y que las democracias, cuando se dejan conducir por cortesanos de la multitud, no pueden tener un imperio exterior (1). Tucídides ve que las nociones morales han sufrido grandes trastornos á causa de la peste, de la guerra, y de las muchas vicisitudes que sucesivamente elevaron á los pueblos y á los individuos al poder y los agobiaron después en la desgracia; observa que solamente reina una divinidad, la Fuerza, y que el fuerte se atribuye ahora todos los derechos, incluso el de violar la justicia y la humanidad. Es un moralista, como debe serlo todo historiador.

Tucídides tuvo una gloriosa posteridad, pues los historiadores de Roma le imitaron. Fué el precursor de Polibio, de Maquiavelo y de Montesquieu, y será el maestro de los escritores de nuestros días, que explican las cosas de este mundo por la necedad ó la sabiduría de aquellos que las dirigen.

Deberíamos dejar á la Filosofía un lugar junto á la Historia, porque son dos hermanas que, sobre todo en Grecia, no deben separarse; pero el conflicto entre las creencias populares y las ideas que se propagan bajo la influencia de las escuelas filosóficas, no se manifestará seriamente sino á la mitad de la guerra del Peloponeso ó al fin de ella; y la muerte de Sócrates será la señal más marcada de ese conflicto. Entonces convendrá demostrar cómo ese pueblo ateniense, tan benigno y tan liberal, llega á tratar al justo como delincuente, no por actos, sino por palabras, y á defender, apelando al suplicio, á los mismos dioses que tantas veces había consentido que fueran objeto de befa en el teatro.

CAPITULO XXI

LAS ARTES EN ATENAS EN EL SIGLO V (2)

I. — LA ARQUITECTURA

He visto el Coliseo y las Pirámides, las Termas de Caracalla y las tumbas de los Califas; pero Atenas es lo que me ha producido más viva impresión, porque así en sus monumentos como en su literatura, todo es justa medida, proporción exquisita y armoniosa del conjunto; porque las maravillas del arte se mezclan también en aquel lugar bendito con las de la naturaleza y de la historia. Desde lo alto de la roca que domina lo que largo tiempo se tomó por la tribuna de Atenas, y que lo fué sin duda, veía ante mí el templo de Teseo; á la derecha, el de la diosa virgen y las gigantescas columnas del Olimpiéon (3), á las que el sol ha comunicado el tinte amarillento de las espigas maduras; á la izquierda, el mar, cuyas olas de color azul intenso parecían reverberar, alejándose hacia Salamina, la isla de sonrosados matices; y más lejos, el Acrocorinto con su temible fortaleza. Por los intercolumnios del Partenón veía pasar los grandes hombres que han sido la más brillante figura del genio

(1) Tucídides, III, 37.

(2) Sobre la bibliografía de este asunto véase el *Manual de Filología clásica* de S. Reinach, libro IV, p. 53-97.

(3) Las columnas del Olimpieón son de la época romana y de orden corintio.

humano; y reconstituía mentalmente bajo la bóveda derrumbada del templo la Minerva de Fidias, la diosa de la inteligencia, que había llenado la *cella* con su divinidad y Atenas con su espíritu. Esas piedras son tan hermosas porque han vivido; la vida que encerraron se ha fijado en ellas, y los recuerdos que evocan la hacen renacer en el pensamiento.

Los griegos no llegaron desde luego á la perfección arquitectónica que en el Acrópolis se admira. Habían dado á sus dioses por primera residencia las cimas de los montes ó los bosques profundos; pero quisieron tenerlos más cerca de sí, y desde los tiempos más remotos construyéronles moradas, al principio rústicas y toscas, que embelleciéndose poco á poco, atrajeron las otras artes, con las pompas religiosas, á los poetas que celebraban los dioses y la patria, y á los filósofos que agitaban los grandes problemas de la naturaleza y del alma. El templo ha sido el foco de la vida helénica.


Columna dórica del templo de Assos (Asia Menor) (2)

Pero los dioses, lo mismo que los hombres, deben contar con el tiempo. Antes de hacer radiar su majestad divina en medio de las maravillas del arte, los que debían llegar á ser gloriosos Olímpicos fueron al principio obscuros é informes personajes que habitaban el tronco de una encina; después tuvieron míseras construcciones de madera, y más tarde casas de piedra, y algunas veces de bronce, como la de Atenea Khalkiœcos de Esparta (1). Fueron necesarios los progresos de la civilización para que sus moradas adquiriesen más grandiosidad y mayor altura. Los verdaderos templos, que son á la vez los más antiguos, los de Corinto, de Samos y de Metaponte, no datan más que del siglo VII.

Los griegos no conocieron la ojiva ni la cúpula. Se ha creído encontrarlas en Corinto; pero si algunos vanos y galerías terminan en punta, fué porque las hiladas se aproximan sucesivamente, acabando por tocarse en la cima. El procedimiento es, pues, tosco y bárbaro, y á causa de esto se renunció á él, adoptándose la platabanda y el frontón.

Todos los templos griegos se asemejan por el plano general de la construcción (3); y sin embargo, las combinaciones arquitectónicas pudieron ser numerosas, dado que todas difieren por la naturaleza de los materiales en ellas empleados y el adorno que las decora, por el número de columnas y la anchura de los intercolumnios que determinan las proporciones del edificio, y sobre todo por el carácter especial de cada uno de los tres órdenes, dórico, jónico y corintio. Un solo miembro de la construcción,

(1) Pausanias hace mención de varios de esos edificios, cuyas paredes se hallaban revestidas, en el interior, de planchas de bronce, como por ejemplo la cámara donde Acrisis encerró á Dánae (II, 25 y X, 5); el Tesoro de Myrón en Sicione (IV, 19), etc. Sobre el uso de los metales en la arquitectura antigua, véase la *Arquitectura metálica antigua*, por Mr. Normand, en la *Enciclopedia de Arquitectura*, y la *Revista arqueológica* de mayo y septiembre de 1885. Sobre los templos de madera, los templos cavernas, etc., véase Chipiez, *Orígenes y formación de los órdenes griegos*, páginas 174 á 186.

(2) Según el *Dic.* de Saglio, fig. 1.752, art.° *Columna*, por C. Chipiez.

(3) En Epidauro, no obstante, se acaba de descubrir una construcción circular, que era tal vez el *Tholos* de Policletes (Pausanias, II, 27), adornada de columnas dóricas en el exterior y corintias

El teatro de Dionisos en Atenas

la columna con la parte del entablamento que sostiene, determina este carácter.

Los primeros templos dignos de este nombre fueron de orden dórico; sus muros eran anchos y pesados, sus columnas cortas y gruesas, sin basa, como el poste que había sido el sustentáculo primitivo (1); pero con estrías, capitel y doble frontón, que se extendía sobre una ancha fachada, como un águila con las alas desplegadas (2), según la frase de Píndaro. Toda la construcción, hecha con piedras comunes, se ocultaba, como muchos templos egipcios, bajo un revestimiento de estuco pintado con brillantes colores. Aun se pueden ver restos de ello en Assos, en la costa de Asia; en Corinto, Delfos y Egina, en Grecia; en Siracusa, Agrigento y Selinonte, en Sicilia; y en Metaponte, y sobre todo Pestum, en Italia (3), donde se encuentran las más grandes ruinas del antiguo orden dórico. El carácter común á estos edificios, casi todos de los siglos VII ó VI, era de aspecto sólido, pero pesado y encogido (4). Las columnas no tenían sino cuatro diámetros de altura, ó cuatro y dos tercios cuando más, y al caer el estuco se ha podido ver la pobreza de los materiales empleados. Hasta el templo de Olimpia se había construído con toba dura y porosa, que el estuco cubrió con una brillante capa. El de Egina era también de piedra, y no de mármol; pero á lo menos se conservan de él hermosas ruinas.


Poseidón (Roma, Museo Chiaramonti)

En Atenas es donde se encuentra el orden dórico en toda su severa elegancia. En el templo de Egina, la columna es ya más esbelta, pues mide cinco diámetros un tercio; en el Teseón llega á cinco y medio; y en el Partenón alcanza seis, siendo esta la proporción que más satisface á la vista del espectador. De esos tres templos, el primero, en el que aun se ven señales de arcaísmo, pertenece al siglo VI; el segundo, cuyas proporciones son más puras, data de la segunda mitad del V; y el tercero es el triunfo arquitectónico de la época de Pericles.

El Partenón, construído todo con mármol pentélico, no es el más vasto de los templos griegos; pero su ejecución es la más perfecta, y por eso se consideró como la obra maestra del arte helénico. Un detalle muy insignificante basta para imaginar lo acabado del trabajo: sólo con mucha dificultad, y ayudándome de la vista y de la

en el interior. En Olimpia se ha encontrado también un pequeño templo circular rodeado de diez y ocho columnas jónicas, y sostenido en el interior por otras que eran de orden dórico. Era el *Filipeón*, donde Alejandro colocó las estatuas de Eurídice, Amintas, Filipo, Olimpias, y la suya propia, hechas por Leochares (Botticher, *Olimpia*, 1886). Los templos circulares eran desconocidos de los antiguos griegos, y tal vez el *Filipeón* fuera una imitación de los templos italianos de Vesta. ¿Tenía cúpula? El único edificio griego en que hoy se ve una es el diminuto monumento de Lisícrates.

(1) Pausanias (V, 20, 6) vió uno en Pisa, de color rojo y con cercos de hierro: decíase que había sido una de las columnas del palacio del rey Enomaos.

(2) La estría es genuinamente griega, pues el Oriente no la conocía; y en cuanto al doble frontón (Píndaro, *Olimp.*, XIII, 29), su invención se atribuye á los corintios, «que dieron al caballo el freno, y al templo de los dioses la doble águila que le corona.»

(3) Véase en el t. I, p. 265, las ruinas del templo de Corinto, p. 292 las de Metaponte, y página 293 el templo de Pestum.

(4) Se ha supuesto que el templo de Corinto era contemporáneo del de Egina; pero la diferencia que entre ambas construcciones existe debe corresponder necesariamente á distancia de tiempos:

mano, conseguí encontrar las junturas de los tambores que forman la columnata que rodeaba el edificio; tan hábilmente fueron ajustadas esas moles enormes. Hasta en sus albañiles encontraba Atenas artistas (1).

El interior del Partenón comprendía dos salas; en la parte posterior, la más pequeña, ú *opistodomo*, contenía el tesoro público; en la más grande, ó *cella*, hallábase la estatua de la diosa nacida sin madre, del pensamiento del soberano de los dioses, que fué como el alma cuya cubierta material era el Partenón. Varias figuras de medio relieve, dos veces mayores, poco más ó menos, que las de tamaño natural, adornaban los dos frontones del templo (2); y el friso, que rodeaba á 13 metros de



Los Propíleos y la Pinacoteca

elevación la *cella* y el *opistodomo*, desarrollándose en una extensión de más de 160 metros, representaba la procesión de las grandes Panateneas.

La construcción del monumento terminó en el año 435; y no son los siglos ni los bárbaros los que le mutilaron, pues el Partenón estaba aún casi intacto en 1687 (3), cuando el 27 de septiembre Morosini bombardeó la ciudadela, y uno de los proyectiles, prendiendo fuego á varios barriles de pólvora encerrados en el templo, voló una parte del mismo. El veneciano quiso después completar su hazaña bajando las estatuas del frontón y las rompió. A principios de este siglo, Lord Elgin arrancó los bajos relieves del friso y de las metopas, y esta fué otra calamidad. El Iliso ó el Cefiso, el Herakles ó el Teseo, las Karitas, «diosas primaverales,» llamadas por unos las tres Parcas, y por otros Deméter, Kora é Iris (4), son aún, por mu-

(1) El Partenón era un templo períptero, es decir, rodeado de columnas.

(2) Se ha calculado que solamente el frontón oriental debía contener diez y nueve figuras.

(3) Los bizantinos habían practicado una ventana en uno de los frontones, formando en el interior una capilla.

(4) Se les da además otros nombres, Hestia, Afrodita y Peitho. Poco nos importa; la única cosa que puede interesar es la admirable y severa elegancia de estas obras.

tiladas que estén, los más preciosos restos que de la antigüedad poseemos. En 1812, otros ingleses se llevaron el friso del templo de Figalia (Bassæ), construído por Iktinos (1). Todos esos restos de obras maestras se vendieron al contado, y el que quiera admirar los fragmentos de lo que había sido el manto imperial con que Pericles revistió á Palas-Atenea (2), tiene que ir á verlo bajo el cielo húmedo y sombrío de Inglaterra. He aquí por qué, para comprender la incomparable magnificencia del Partenón, es preciso devolverle con el pensamiento lo que los hombres le han quitado, ponerlo después sobre su roca de 156 metros de altura, desde donde se contempla un mágico panorama, y rodearle de los edificios del Acrópolis: el Erecteón,



Los Propíleos por la parte Sur

que reunía todas las elegancias del arte á la severa grandeza del templo principal (3); la estatua de bronce de Atenea-Promacos, «la que combate en primera fila,» cuyas proporciones eran tan colosales, que los marinos que llegaban de alta mar guiábanse por la cimera de su casco y la punta de oro de su lanza, *maris stella;* y más abajo, en el único sitio por donde la roca era accesible, el admirable vestíbulo de los Propíleos y el templo de la Victoria, que formaba una de las alas de éste. Mas

(1) Este templo estaba terminado antes de 431.

(2) «..... El ropaje de Atenea, con su manto imperial, y adornos arquitectónicos y esculturales.» (Grote, t. VI, p. 238.)

(3) En una *Memoria explicativa y justificativa de la restauración del Erecteón*, M. Tetaz no admite para este encantador edificio, de proporciones muy reducidas, más que dos divisiones, aunque hay tres pórticos: el templo de Minerva *Poliade*, que contenía un altar de Erectea, con el Paladión ó estatua de madera de Palas, y el *Pandroseón*, donde se encerraba el olivo sagrado y el pozo de agua salada que Neptuno hizo brotar de un golpe de su tridente. El tejado de la famosa tribuna de las cariátides, al Sud, está sostenido por seis doncellas, las Eréforas. Este pórtico fué restaurado por Francia en 1846.

es preciso ver todo esto iluminado por la deslumbradora luz del cielo oriental, junto á la que parecería un crepúsculo la de nuestros días más claros.

Respecto al Partenón, se ha observado una cosa que prueba hasta qué punto los griegos poseían el sentimiento profundo del arte, y cómo sabían corregir la geometría por el buen gusto. En todo el Partenón no hay una sola superficie que sea absolutamente plana; así como las columnas no adquieren toda su gracia sino cuando tienen hacia su centro una ligera prominencia que apenas se nota, así también todo el edificio, columnatas y paredes, se inclina ligeramente en el interior hacia una



Templo de la Victoria (1)

cima invisible que se perdería en la región de las nubes, y todas las líneas horizontales son convexas. Pero ¡con qué moderación! Lo suficiente para que la mirada y la luz se deslicen con suavidad sobre las superficies, y para que el monumento tenga á la vez la gracia del arte y la solidez de la fuerza; mas no lo bastante para que adquiera, como los templos egipcios, el aspecto pesado de una pirámide truncada. En la fachada meridional, la flecha de la curva no es más que de 123 milímetros (2).

(1) Según una fotografía.—El pequeño templo de la Victoria es *anfipróstilo tetrástilo*, es decir, que tiene cuatro columnas en cada fachada, y pertenece al orden jónico. Demolido en 1687 por los turcos, que emplearon los materiales para construir una batería, fué restaurado en 1835-1836 por L. Ross, Schaubert y Hausen.

(2) Sobre estos puntos véanse Penrose, *Investigación sobre los principios de la arquitectura ateniense*, donde todas estas curvas están cifradas á una milésima aproximadamente; Ch. Blanc, *Gramática de las artes del dibujo*, p. 176; Beulé, *El Acrópolis y la arquitectura en el siglo de Pisistrato.* Mr. John Pennethorne ha proseguido todas estas observaciones y cálculos en una gran obra titulada: *La geometría y óptica de la antigua arquitectura*, in-folio, 1878, donde los arquitectos hallarán una infinidad de datos útiles. El autor ha visitado el Egipto para comparar la arquitectura de este país con la de Grecia, y establece entre los dos artes una filiación que tal vez no llega hasta donde él supone.

Los Propíleos, obra maestra de arquitectura civil y militar, eran de orden dórico, como el Partenón, y elevábanse en el único punto accesible del Acrópolis. El



Cariátide del Erecteón (1)

arquitecto Mnesiclés calculó todas las partes de este monumento de modo que se comunicara un aspecto grandioso á la entrada del Santo de los Santos de la Ate-

(1) Según una fotografía y un vaciado. – Dice Vitruvio que el nombre de *Cariátide* deriva del de la ciudad de Caria, en el Peloponeso, cuyos habitantes, hombres y mujeres, fueron reducidos á la esclavitud por haber apoyado á los persas; pero la misma ciudad era igualmente célebre por sus danzas, graves y lentas, y por las graciosas actitudes de las jóvenes de Caria, ó Cariátides, que

nas pagana (1), al propio tiempo que asegurara su defensa. Epaminondas hubiera querido transportarlos á Tebas para adornar con ellos la Cadmea. Seis siglos después, Pausanias los admiraba más aún que al Partenón, y Plutarco decía: «Esas obras han conservado una frescura y una virginidad que el tiempo no puede marchitar, y aun parecen brillantes de juventud, cual si un soplo las animara y tuviesen un alma inmortal (2).

Atenas tuvo además otros monumentos, de los cuales no hablaré, y que fueron construídos en épocas muy diversas: tales eran el Anaceón, templo de Cástor y Pólux, donde se efectuaba la venta de esclavos; el Panteón, ó templo de todos los dioses, obra del emperador Adriano, y la torre octógona de los Vientos, construcción mediana, que data del primer siglo antes de J.C. En cada una de las ocho caras de esta torre, que corresponden á la dirección en que soplan los vientos principales, habíase esculpido la imagen de uno de ellos. El edificio subsiste aún, como también el monumento corágico erigido por el corego Lisícrates en el año 334 antes de J.C., con motivo de un triunfo obtenido por la tribu acamántida en un coro. También se ven aún en la pendiente Sudeste de la ciudadela los restos del teatro de Baco, en el que algunos sitiales de mármol conservan todavía magníficas esculturas. Pero el Estadio, más allá del Ilisos, una de las maravillas de Atenas, según Pausanias, ha desaparecido, y las excavaciones que he visto practicar no han descubierto aún nada notable. Databa del tiempo del orador Licurgo, y habíalo embellecido Herodes Aticos (3).

Atica tuvo, como su capital, monumentos triunfales, debidos al orgullo patrio y al piadoso agradecimiento á los dioses, todos ellos construídos según el orden severo cuyos principales modelos acabamos de estudiar. En la ciudad santa de Eleusis,

---

más de una vez habían inspirado á los escultores. Véase O. Raget, *Monumentos del arte antiguo*, Cariátides del Erecteón.

(1) Beulé creyó haber encontrado en una escalera de construcción romana la antigua entrada de los Propíleos; pero hoy esta opinión ha sido abandonada. Véase Bohn, *Die Propilæn auf der Akropolis*, con 21 láminas. El autor, que en 1882 practicó excavaciones en el Acrópolis, no cree que se pueda trazar aún exactamente el camino que conducía á la ciudadela. La escalera de Pan, descubierta en 1873 por E. Burnouf, y cuyos 51 peldaños se pueden franquear hoy libremente, era para los peatones aislados una de las entradas del Acrópolis. Esta escalera, que data de los más antiguos tiempos, está representada en una moneda de Atenas.

(2) *Vida de Pericles*, 11. El Museo, colina inmediata á la ciudadela, llegó á ser un fuerte con frecuencia ocupado por una guarnición macedonia. En el Pompeyón, á la entrada de la ciudad, por la parte de Falera, preparábase la pompa de las Panegirias, y se conservaban los objetos sagrados. El Cerámico estaba en parte extramuros, sirviendo de cementerio público; y en parte enclavado en la ciudad; esta parte contenía varios templos y una ἀγορά, la más frecuentada de Atenas. El Liceo, la Academia, y el Cinosargo, tres gimnasios y paseos cubiertos de sombra, se encontraban extramuros. Aristóteles enseñó en uno, Platón en otro, y Antístenes en el tercero. De aquí los nombres de las dos primeras escuelas, y hasta de la tercera, la escuela cínica. El Liceo, situado en las orillas del Ilisos, habíase llamado así por referencia á Apolo, matador de lobos, Λύκιος, á quien estaba dedicado. Una estatua del dios servía de adorno á la entrada principal de este edificio, á lo largo de cuyas paredes había cuadros y cuyos jardines ostentaban magníficas avenidas, paseando por las cuales dará Aristóteles más tarde sus lecciones, περιπατῶν. De esta palabra deriva uno de los nombres con que fueron designados sus discípulos, los peripatéticos. La Academia, jardines consagrados al héroe Academos, estaba en la parte del Cerámico situada fuera de la ciudad, á unos seis estadios de las murallas. Había allí avenidas cubiertas, límpidos manantiales y hermosos plátanos. En la entrada alzábase un altar y una estatua del Amor. El Cinosargo no estaba lejos del Liceo.

(3) Los más importantes de estos monumentos, de edades diversas y de mérito muy desigual, se han reproducido en el curso de esta obra, como por ejemplo el teatro de Dionisos, p. 233 de este tomo y el sitial del sacerdote de Dionisos en este mismo teatro, p. 195, ó se reproducirán más adelante.

frente á Salamina, se levantó un vasto edificio religioso capaz de contener á la multitud de los iniciados en los misterios de Ceres. Rhammonte, que domina la llanura de Maratón, erigió un santuario á Nemesis, la diosa de las justas venganzas (1); y en la cima del cabo Sunión, dos templos consagrados á los dioses tutelares de Atica, Poseidón y Atenea, indicaban desde lejos á los navegantes que llegaban de las islas ó de la costa de Asia, la proximidad de la tierra donde los persas habían hallado su tumba y los griegos la libertad. Cuando, en los días de fiestas sagradas, el pueblo llegaba en largas *teorías* al promontorio llamado hoy cabo Columnas (2), veía extenderse á sus pies aquel mar que había llegado á ser su dominio, y daba



Vista interior de los Propíleos

gracias con fervor á las dos divinidades por haber concedido á sus jefes la sabiduría política y á sus marinos los vientos favorables. Más tarde, la filosofía irá á establecerse junto al templo de los dioses, y es de creer que Sunión oyó algunas de las conferencias de Platón (3).

La escuela de Atenas extendió hasta muy lejos su influencia, y si no fué ella la que construyó el templo de Olimpia, Fidias hizo la estatua de Zeo. Atribúyense, sin prueba segura, á Peonios de Mendé y á Alkamenes de Lemnos, las esculturas de dos frontones que representaban, uno de ellos el combate de Pelops y de Eno-

---

(1) Véase p. 61 un ensayo de restauración del templo de Rhamnonte.

(2) Aun subsisten quince de las columnas del templo (véase p. 59). El trayecto de Atenas á Sunión por la vía terrestre es de doce horas.

(3) Aristóteles (*Polit.*, VII, 12) quería que los templos fuesen construídos en una eminencia, según antigua costumbre. La mayor parte de las ciudades griegas se habían establecido al pie de una colina, cuya cumbre coronaban con una fortaleza, el Acrópolis, donde los ciudadanos ponían á salvo sus dioses, sus tesoros, y sus propias personas en caso de peligro. En cuanto al cabo Sunión, lo que le valió tan magnífico decorado fué el gusto estético de los atenienses, quienes comprendieron sin duda cuán imponente aspecto tendrían aquellos monumentos en semejante sitio, sin contar que los servidores de los dos templos serían en caso de necesidad útiles vigías para vigilar el mar.

maos, y el otro la lucha de los lapitas y de los centauros en las bodas de Pirithoos (1).

El tiempo, los bárbaros, y tal vez el fuego, destruyeron el templo; y los desbordamientos del Alfeo cubrieron de aluviones, á la altura de ocho ó diez metros, la llanura de Altis, que Pausanias había visto tan hermosa. Hasta que se efectuó la *Expedición de Morea*, que pudo llevar algunos fragmentos al Louvre, no se sabía ni siquiera el punto en que se había elevado tanta magnificencia (2). Las felices excavaciones de la comisión alemana sacaron á luz una Victoria de Peonios, un Hermes de Praxíteles, y otras obras maestras.

El orden jónico, también originario de la costa de Asia, donde le había precedido el dórico, manifestóse con toda su gracia en el siglo VI, cuando se erigió el templo de Efeso (3), cuya construcción, comenzada por el cretense Chersifrón y su hijo Metagenes, prosiguió como la de nuestras catedrales góticas, con una lentitud dos ó tres veces secular. Sus columnas, muchas de ellas regaladas por Creso, tenían ocho diámetros de altura, con basas de que carecían las columnas dóricas, y capiteles de volutas, que los antiguos comparaban con los bucles colgantes del cabello de las mujeres. Del templo jónico de Samos, quemado por los persas, solamente queda en pie una columna, que á juzgar por el diámetro de la base debía medir diez y seis metros de altura; de modo que este templo era una construcción colosal. Del mismo orden, pero de muy reducidas dimensiones, son el Erecteón y el templo de la Victoria Aptera de Atenas: el primero contenía la más antigua imagen de Atenea, estatua de madera de olivo, de la que se decía que había caído del cielo (4); en el segundo había una Minerva Guerrera, en la que el escultor, sin duda con el deseo de encadenarla para siempre á la suerte de Atenas, suprimió las alas que son el atributo de la divinidad veleidosa de los combates afortunados.

En tiempo de Pericles, el orden corintio no existía aún; pero no tardará en nacer (5). Cuéntase que, habiendo visto Calímacos en Corinto, sobre la tumba de un niño, una canastilla llena de sus juguetes, cubierta por las graciosas curvas de las hojas de un acanto, concibió la idea del capitel corintio. Ignórase la fecha en que se hizo el invento; pero puesto que Iktinos, después de la peste de Atenas, y Scopas en 396, construyeron, el uno en Figalia y el otro en Tegea, dos templos en que se hallaron vestigios del nuevo orden arquitectónico, preciso es que el invento haya seguido muy de cerca á la construcción de los Propíleos.

Respecto á la arquitectura griega, existe una cuestión que no se ha resuelto hasta nuestros días, y es la de la policromía: á pesar de la marcada preferencia que damos á la piedra desnuda, hemos debido reconocer que los griegos tenían un gusto diferente. La luz y el color alegran los ojos; pero su importancia no es la misma en los países donde el cielo parece á veces un sudario suspendido sobre la tierra, que en aquellos donde ésta, vivificada por el sol, parece cantar con sus mil

---

(1) Este templo, cuya construcción comenzó Libón de Elis, después de haber destruído los eleos la ciudad de Pisa, tenía 21 metros de elevación por 30 de anchura y 70 de longitud. Fidias no fué probablemente hasta el año 436 á Elida, adonde le siguieron su hermano, el pintor Panenos y el hábil cincelador Colotés. Sobre su residencia en Elida, véase la *Revista Histórica*, diciembre 1884, página 388.

(2) Véase pág. 44, nota 1.

(3) Véase t. I, p. 312, nota 2.

(4) No se sabe en qué fecha se comenzó el Erecteón; pero según parece, no se concluyó hasta después de la guerra del Peloponeso, y tal vez sucedió lo mismo con el templo de la Victoria Aptera.

(5) Según Vitruvio, el invento de Calímacos data del año 440.

voces el poema de la Naturaleza. En el Norte, una luz sombría obscurece los monumentos, y por eso no nos desagrada construirlos con materiales que les comuniquen desde luego deslumbrante blancura; mientras que en el Mediodía están con demasiada viveza iluminados, y el brillo deslumbrador del mármol ofendería la vista si el mismo sol no revistiese la piedra de un tinte dorado, en que la mirada puede reposar. El color, indiferente y más bien enojoso para el estatuario, que se preocupa sobre todo de la forma y de la verdad de los contornos, facilita, en cambio, al arquitecto un recurso precioso para animar esas grandes superficies planas, que de otro modo serían frías y desanimadas en su desnudez. No trata de crear, como el



El Erecteón

estatuario policromista, una ilusión engañosa; el color y la ornamentación no disimulan nada, y son un encanto más cuando el edificio, elevándose en medio de un bosque sagrado, produce una armonía necesaria entre la obra del arte y la de la naturaleza.

Egipto y Asia prodigaban el color, ya por medio de la pintura, ó ya por el uso de porcelanas esmaltadas, de que aun están cubiertos los monumentos de Persia (1). Los más antiguos habitantes de la Hélade sufrieron esta influencia. Se ha encontrado el color en las paredes de habitaciones que existieron diez siglos antes de la época de Homero; también se halló en Tirinto, una de las capitales de los tiempos heroicos; y en la proa de las primeras naves que se aventuraron en el mar. Este uso

(1) Véase en *La Persia, La Caldea y la Susiana*, de Mme. Dieulafoy, la descripción de los materiales de color usados para construir el palacio de Darío (p. 399), y en el Louvre, los ladrillos esmaltados traídos por Mr. Dieulafoy. El uso de este género de decoración había llegado hasta el Asia Menor, habiéndose encontrado barnices de color en Frigia y en Lidia. Los indios del nuevo continente, y sobre todo los del Yucatán, gustaban también de los colores en sus monumentos. (Véase D. Charnay, en las *Memorias de la Acad., de las Inscr , y bellas letras*, 1886.)

se perpetuó á través de las edades siguientes; pero los griegos, siguiendo en esto lo que hicieron en todos los dominios del arte, modificaron, según las necesidades del buen gusto, aquellos legados de sus antepasados y de los pueblos que les precedieran en la vida civilizada. A la piedra del templo, y también á las esculturas del friso y á las metopas del frontón aplicáronse tintes más ó menos fuertes; los barros cocidos, cuyos colores mezclados con la pasta eran indestructibles, decoraron las partes altas del monumento, y con esto se comunicó un aspecto más alegre á esas severas construcciones. Sin embargo, es preciso distinguir entre la policromía de Atenas en los tiempos de Pericles y la de los otros países helénicos. Tal vez en Sicilia, en la Gran Grecia, y hasta en Egina (1), donde los materiales de que los arquitectos disponían eran muy toscos, se emplearía para los templos un colorido brillante; pero en Atenas, el hermoso mármol pentélico usado para la construcción de los templos, no quedaría oculto seguramente por colores charros y crudos. Las palabras de Plutarco antes citadas (2), respecto á la frescura y lozanía que los monumentos del Acrópolis conservaban al cabo de seis siglos, no permiten suponer que la coloración de las columnas y de las paredes no fuese discreta; solamente en una parte del edificio hubo sin duda más variedad. En todos los países, las mujeres, que son ingeniosos artistas, esméranse en adornar su cabeza, y tienen razón para hacerlo así, porque es la plaza de armas de donde parten los tiros más temibles. Iktinos engalanó también las partes altas del Partenón con todas las elegancias que pudo realizar: adornos de bronce dorado fijos en el ropaje de las figuras, esmaltes incrustados y esculturas magníficas que corrían á lo largo del friso. En los días de fiesta añadíanse á estos adornos cintas y guirnaldas; de modo que el edificio llevaba en la frente como una corona de flores y de follaje, colocada sobre una diadema de pedrería (3).


Moneda de Elida con la imagen de Zeo Olímpico

Ya he citado los grandes arquitectos de aquel tiempo: Iktinos construía el Partenón, el templo de Apolo Epicurios en la ciudad arcadia de Figalia, y el vasto edificio donde se celebraban los misterios de Eleusis. Caricates fué su colaborador en

(1) Véase en el t. I, p. 260, la restauración del frontón de Egina, por Carlos Garnier. La mayor parte de las esculturas exhumadas en Olimpia presentan vestigios de policromía; y lo mismo se observa en las estatuas descubiertas últimamente en el Partenón, pero que son anteriores á Fidias.

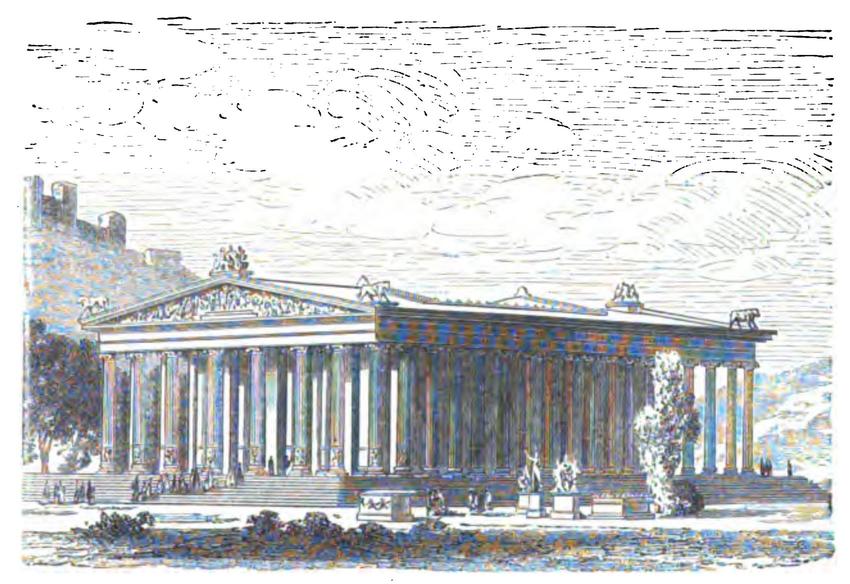
(2) Página 240.

(3) Se ha encontrado en el ala derecha de los Propíleos, en 1836, una inscripción relativa á los gastos hechos para el edificio. En ella se trata mucho de pinturas á la encáustica, εγκαυστικαί, y en el Museo del Acropólis se pueden ver fragmentos revestidos aún de restos del color antiguo, verde, azul y rojo. Mr. Beulé distingue tres épocas. «Los contornos se interrumpen primero por un surco profundo, único pintado de rojo; la ranura retenía el color, que sin duda no se sabía fijar en el mármol liso, con ayuda del fuego y de la cera: este fué el procedimiento de la primera época. Más tarde, en tiempo de Cimón y de Pericles, así en los templos de Teseo y de la Victoria, como en el Partenón y en los Propíleos, se bosquejó á punta un ligero dibujo, y el color aplicado á la encáustica llenó con sus capas todo el interior del trazado: esta fué la segunda época. Por último, los adornos se esculpieron antes de pintarse, y destacáronse en relieve sobre un fondo uniforme: este fué el principio del Erecteón y de los monumentos posteriores. De esto á la arquitectura de la época romana, que esculpió los adornos sin pintarlos, no había más que un paso.» (El *Acrópolis*, t. II, p. 12.) Más adelante (II, p. 59) dice: «En el Partenón, los triglifos eran azules; el fondo de las metopas, rojo; los modillones, del primero de dichos colores, y la faja que los separaba, del segundo: las gotas tenían un tinte dorado.» Las excavaciones de Mr. Fr. Lenormant en Eleusis, en 1860, le permitieron descubrir también muchos fragmentos que no dejan la menor duda sobre el uso de la policromía en el decorado de los templos, incluso en Atica.

el Partenón; y de Mnesiclés, el autor de los Propíleos, se decía que había merecido de Minerva una curación milagrosa como recompensa de su obra maestra.

Corebos comenzó la construcción del templo de Deméter Eleusiniana, que Metagenes y Xenocles terminaron; Hipodamos fué menos un arquitecto de templos que de ciudades, como el Pireo, Turión y Rodas, cuyas calles se cortaban en ángulos rectos; pero quiso ser también un ordenador de república, lo cual le valió las censuras de Aristóteles (1).

La antigüedad no nos ha conservado detalles acerca de estos artistas, y de los más no conocemos ni siquiera la patria. Durante siglos sus obras han hablado por



Templo de Artemis en Efeso

ellos; pero hasta las ruinas de los monumentos que erigieron han dejado de existir. Solamente el Partenón eleva aún orgullosamente su cabeza mutilada (2) sobre los escombros que le rodean.

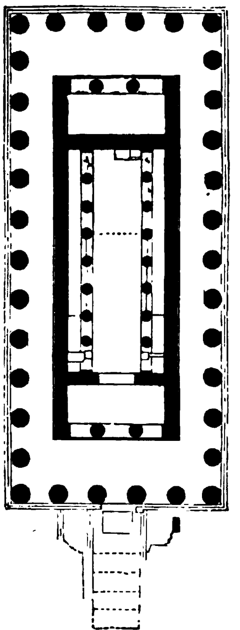
Un gran poeta tuvo un sueño lúgubre, en el que vió á Europa sucumbir y á París desaparecer con ella. Veinticinco siglos antes, Tucídices soñó para Atenas y Lacedemonia algo menos poético, pero más verdadero: comparando la esterilidad de la una con la fertilidad de la otra, decía: «Aunque las dos ciudades queden destruídas, solamente los restos de los monumentos y de los templos de Atenas revelarán que allí existió una ciudad gloriosa; mientras que los de Lacedemonia no pasarán de ser los de una villa grande (3).

---

(1) *Polit.*, II, 6.
(2) Véase p. 225.
(3) Tucídides, I, 10.

II. – LA ESCULTURA (1)

El arte es un instinto natural que se observa hasta en los pueblos más salvajes; que existió entre los habitantes prehistóricos de la Galia, y que no poseen los animales más inteligentes. Ese instinto se desarrolla ó cesa, no según la raza, como se ha dicho, sino en virtud de las influencias sociales á que está sometido un pueblo, en medio de una naturaleza triste y severa, ó dulce y risueña, y que extingue ó hace florecer en el hombre el espíritu creador. Esas influencias, que se dejaron sentir durante siglos, predispusieron á la Hélade á cambiar las vías que el arte había seguido en el Oriente; y costumbres que se aclimataron sin dificultad en Grecia, pero que no habrían podido nacer en las orillas del Nilo y del Eufrates, favorecieron esta lenta evolución.



Plano del templo de Zeo en Olimpia

Gracias á un buen régimen de enseñanza, á los ejercicios gimnásticos largo tiempo continuados (2), y á la vida del aire libre, con frecuencia sin ropas, y siempre sin traje que entorpeciese el desarrollo armonioso de las formas del cuerpo, los griegos llegaron á ser la raza más hermosa del mundo. Y como tenían sin cesar á la vista aquellos efebos tan ligeros en la carrera, aquellos gladiadores ó atletas, que desplegaban tanta gracia viril, el sentido estético se desarrolló en ellos con una fuerza que produjo obras maestras cuando la naturaleza hubo dado el genio á los artistas. La religión aumentó esta disposición: como sus dioses fueron concebidos á la imagen del hombre, como una humanidad superior, á medida que se elevó el conocimiento religioso, depurándose el buen gusto, los escultores tuvieron por ideal, en la representación de los Olímpicos, la belleza humana llevada á su perfección. Los pueblos la consideraron como un don del cielo, y á varios hombres se les tributaron honores heroicos después de su muerte á causa de su belleza.

Herodoto nos ha conservado un hecho que es de carácter esencialmente griego: después de su muerte, Felipe de Crotona fué venerado como héroe en el edículo que se le erigió, porque era el hombre más hermoso de su época, y el anciano historiador piensa, como los egestinos, que habían hecho este dios de una especie particular. No se pregunta si Jerjes tenía cualidades verdaderamente de soberano: «En su inmenso ejército, dice, ninguno era por su be-

(1) Sobre las esculturas del Partenón, véase Michaelis, *Der Parthenon*, 1871; de Laborde, *Atenas en los siglos* XV, XVI *y* XVII, 1854, que ha reproducido los dibujos de Carrey, anteriores al desastre ocasionado por Morosini, y las recientes obras de MM. Ronchaud y Collignón sobre *Fidias*.

(2) En el libro VII de las *Leyes*, Platón dice que la gimnasia desarrolla el vigor, las formas y la belleza físicas; y en el *Timeo* insiste en la necesidad de que haya armonía entre el alma y el cuerpo. «Lo que es bueno, dice, es hermoso, y nada es bello sin armonía..... Solamente hay un medio para conservar la salud, y consiste en no ejercitar el alma sin el cuerpo, ni éste sin aquélla...; así se imitará la armonía del universo. (Traducción de Cousin, t. XII, p. 34.)

lleza tan digno como él de ocupar el trono (1).» En una de esas coregias en que fué á menudo vencedor por su magnificencia, Nicias había confiado el papel de representante de Dionisos á un joven esclavo tan hermoso, y vestido con tal elegancia, que al presentarse el pueblo le saludó con una salva de aplausos. Nicias le concedió la libertad en el acto, considerando como una impiedad, según dijo, mantener en la servidumbre al hombre que había sido saludado por los atenienses bajo la figura de un dios (2). En el fondo, Nicias practicaba un acto muy popular, pues era el hermoso efebo, y no el dios, quien había excitado la admiración de los espectadores.

Desde el primero al último día Grecia pensó de este modo. Muchas veces, en la *Odisea*, Ulises y Telémaco creen ver un dios cuando encuentran de improviso un hombre alto y hermoso; y el frío, el severo Aristóteles, dice: «Si nacieran mortales semejantes á las imágenes de los dioses, los demás hombres se concertarían para jurarles eterna obediencia (3).» Simónides, sin ir más lejos, consideraba la belleza como la segunda de las cuatro condiciones necesarias para la felicidad (4), é Isócrates dirá más tarde: «La virtud es tan elogiada porque constituye la belleza moral.» Por ser el más hermoso de los efebos, Sófocles mereció que se le confiara, después de Salamina, la dirección del coro que entonó el himno de la victoria (5); y dícese que Fidias grabó en el dedo de Zeo en Olimpia: «Pantarcís es hermoso,» sacrilegio que le expuso á grandes peligros. Esta inscripción, si es que ha existido alguna vez, no ha llegado hasta nosotros; pero hallamos una semejante en un vaso pintado en que la Victoria ofrece una corona á un hermoso efebo. A los mismos dioses se les consideraba muy sensibles á esta ventaja, que había valido á muchos mortales el privilegio de su amor. En Egión, Júpiter quería que se eligiera á sus sacerdotes entre los jóvenes que habían ganado el premio de la belleza; y por este mérito, Ganímedes fué secuestrado para el cielo, á fin de que sirviese de muestra á los dioses (6); y Apolo admitió en su santuario la estatua de Friné, la más admirada de las cortesanas de Grecia. Sabido es cómo Hypérides libró á la hermosa hetera de una acusación capital, rasgando ante los jueces, en un impulso de elocuencia, los velos que ocultaban sus encantos. Estos recuerdos explican los honores divinos tributados á Antinoos por el más griego de los emperadores romanos (7); pero también demuestran cómo este culto de la belleza, que para los griegos constituyó una religión cuya teoría (8) formulará más adelante Platón, formó los artistas de aquel pueblo, y hasta cierto punto sus filósofos. ¿No dijo Platón palabras de las cuales se

(1) V. 47; VII, 187. Entre las muchas cosas que más le admiran en Platea, figura el hecho de que el primer espartano que cayó fuera el griego más hermoso (IX, 72). En Esparta, en Lesbos, y entre los parrasianos, las mujeres se disputaban en un concurso público el premio de la belleza; y en Elida existía un concurso análogo para los hombres. (*Ateneo*, XIII, 20.)

(2) Plutarco, *Nicias*, 3.

(3) *Polit.*, I, 3, *ad fin.*

(4) En el *Gorgias* de Platón.

(5) El mismo poeta quedó seducido por este encanto, lo cual le valió, cierto día, una frase sangrienta de Pericles (Plutarco, *Pericles*, 11.)

(6) Véase el curioso capítulo de Ateneo, XIII, 20.

(7) Véase *Historia de los romanos*.

(8) En el *Banquete* y la *Fedra*. Véase en nuestro capítulo XXX la teoría de Platón, según la que todas las bellezas terrestres no son más que el reflejo del pensamiento divino. En su *Poética* y en su *Política*, Aristóteles, oponiendo Polignotes á Pausón, la pintura ideal á las realidades, prohibe que se deje ver á los jóvenes las fealdades del uno, y recomienda que se les muestren las bellezas del otro. Para Sócrates y Platón, y hasta podría decirse para todos aquellos que en Grecia tenían el alma elevada, el amor noble entre jóvenes era el móvil de los pensamientos puros y de las grandes acciones.

ha podido tomar legítimamente la famosa fórmula de que lo bello es el reflejo de lo bueno? Los jurisconsultos del imperio romano se titulaban sacerdotes del derecho; los Fidias y los Policletes se hubieran podido llamar sacerdotes de lo bello; y este rasgo basta para señalar la diferencia entre las dos civilizaciones, la griega y la romana. Esa religión existe todavía: la belleza es la perpetua aspiración de nuestro espíritu, que la busca en todo, lo mismo en los grandes espectáculos de la naturaleza que en las obras de los escritores y de los artistas á quienes la gloria ha coronado.

No necesito enumerar las obras de los escultores de Grecia, pues pueden admirarse todos los días en nuestros museos las que el tiempo respetó, recordando que lo que se conserva no es casi nada, comparado con lo que hemos perdido. Bastará haber mostrado en el curso de esta obra algunos de esos gloriosos fragmentos, pues ninguna descripción vale lo que la vista de un objeto artístico (1); pero séame permitida una digresión sobre dos puntos relacionados con la historia, porque pertenecen más bien al estudio de las ideas que al de los procedimientos técnicos.

Entre las estatuas que más han elogiado los antiguos, hay algunas que nos admiran por su tamaño colosal, y otras que no se avienen con nuestro gusto, á causa de la diversidad de los colores y de los materiales en ellas empleados. En tesis general, un coloso no exige un modelado acabado ni detalles minuciosos, y como á la distancia á que es preciso colocarse para verle no se percibe más que el conjunto, tampoco se obtiene más que una mitad de la impresión que toda obra artística debe producir. Pero sería muy temerario acusar á incomparables artistas de haber desconocido ciertas condiciones del arte que á tan alto grado elevaron; y cuando los autores de esos colosos se llaman Fidias, Policletes ó Lisipo, es preciso admitir que para haberse complacido en tales obras, sus razones tendrían aquellos maestros; y estas razones se han de buscar en el sentimiento religioso de los pueblos y de los mismos artistas.

Los griegos creían con Homero que los dioses estaban dotados de una estatura proporcionada á su poder, y hasta los últimos tiempos de la Hélade, así en las estelas funerarias como en los bajos relieves en que se figuran divinidades, se les representa siempre de tamaño superior al de los mortales que en pos de ellas aparecen (2). Es este un detalle que ayuda á reconocerlos. Los egipcios procedían lo mismo con sus Faraones y sus dioses; los persas, con sus reyes (3); los atenienses, con el pueblo y el Senado personificados (4); y nosotros hacemos lo mismo para traducir ciertas ideas: el San Carlos Borromeo del lago Mayor y la Libertad de Nueva York son colosos. Obras ejecutadas para ser vistas desde lejos, admiran por su mole y son la expresión plástica de sentimientos elevados: la Santidad, la Patria, la Independencia. En el promontorio en que están colocadas entre cielo y tierra, parecen como el genio mismo de los pueblos que las erigieron; diríase que son brillante testimonio de su gratitud y representación figurada de su pensamiento más íntimo.

Comprendemos que la Minerva marcial de Platea, tan alta como la Atenea *Promacos* del Acrópolis, produjera gran efecto, por más que fuese de madera dorada,

---

(1) En los grabados reunidos de la *Historia de los griegos* y de la *Historia de los romanos* se hallará, por lo menos, la representación de los más hermosos restos del arte antiguo.

(2) Véase t. I, p. 110, la estatura que á los dioses atribuía Homero.

(3) Sobre los bajos relieves persas en que los reyes tiene una estatura superior á la de los demás hombres, véase nuestro grabado de la p. 49.

(4) Véanse los grabados de las págs. 158 y 159.

con la cabeza, las manos y los pies de mármol. El recuerdo de la jornada en que se alcanzó el triunfo definitivo de Grecia sobre el gran imperio oriental, hacíala tres veces santa para los hijos de los vencedores; pero ¿lo sería para nosotros? No existiendo ya la idea que la transfiguraba, sólo quedaría el arte, y este arte compuesto no nos diría nada. A esos monstruos de madera, de bronce ó de piedra, les falta un corazón y un alma que respondan al corazón y al alma del artista y de su pueblo, sin lo cual no son, como los colosos de Rodas, de Nerón y de Munich, más que formas vacías, ó á lo sumo un triunfo de la industria.

Los colosos de Fidias, satisfacción dada á la fe religiosa, se habrían por el con-



Cabeza de Atenea, gema de Aspasios (aumentada) (1)

trario conservado en todos los tiempos como obras de arte superior, porque en ellos no se omitió el menor detalle. Tratándose de los colosos ordinarios, se ha de buscar en la distancia el punto exacto de la perspectiva; mas para los de Fidias, emplazados en el estrecho recinto del santuario, esta necesidad no se dejaba sentir. Minerva en su cella, y Júpiter en el fondo de su templo, permitían á sus adoradores que se les acercaran, y por eso el arte, convertido en acto de fe, habíase ingeniado para que la piedad más severa hallara por todas partes la perfección del trabajo, que se revelaba hasta en los accesorios menos importantes. En la suela de las sandalias de Atenea estaba grabado el combate de los lapitas con los centauros, y los fieles podían reconocer que el artista no había faltado á ninguna de las exigencias del dibujo.

Otras ciudades, más ricas en piedad que en dinero, no pudieron realizar esta

---

(1) Cincelado en jaspe rojo del gabinete de Viena, según Stosch, *Piedras æntiguas grabadas*, tab. 13. Este cincelado lleva la firma del grabador Aspasios (ΑCΠΑCΙΟΥ). La gema de Aspasios nos da informes preciosos sobre el tipo del semblante y el adorno del casco de la Atenea *Parthenos* de Fidias. Véase Mr. Collignon, *op. cit.*, p. 28 y siguientes.

perfección. Megara, ansiosa por igualarse con Atenas, quiso tener también un coloso, y quiso, además, que éste fuese obra de aquel á quien se consideraba como el maestro por excelencia; pero los recursos faltaron, y el dios debió contentarse con una cabeza de marfil y de oro sobre un cuerpo de arcilla y de yeso.

La estatuaria colosal estaba al servicio de los dioses, y tenía su verdadero puesto en los templos ó cerca de ellos: lo mismo sucedió, y por las mismas razones, con la escultura criselefantina.

Las más célebres de esas estatuas, las que por las descripciones de los antiguos conocemos mejor, fueron la Atenea del Partenón y el Zeo de Olimpia.

De gran altura, con su pedestal de 15 metros (1), Minerva estaba de pie, cubierta con su túnica talar, el traje de las vírgenes, teniendo en una mano una Victoria (2) y en la otra la lanza en que se arrollaba la serpiente Erictonios. Una esfinge y varios grifos, emblemas de la inteligencia que penetra y sorprende la verdad, coronaban el casco, cuya visera representaba ocho caballos de frente, lanzados al galope, imagen de la rapidez del pensamiento divino (3). El ropaje era de oro; las partes desnudas, de marfil; la cabeza de Medusa de encima de la égida, de plata, y los ojos, de piedras preciosas. Sobre el escudo, colocado á los pies de la diosa, estaban representados, en la parte externa el combate de los atenienses y las amazonas (4) y en la interna, el de los gigantes y los dioses; y en el pedestal, el nacimiento de Pandora. Esta Minerva era realmente la diosa pura, cuyo cuerpo y alma no tenían mancha alguna. Lleva la lanza y la temible égida; pero son las armas del espíritu, y no las de los combates, y su mirada sondea lo infinito para encontrar la razón de las cosas eternas, la ciencia del cielo y de la tierra (5).

¿Cómo ha perecido esa Minerva que Juliano vió aún en el cuarto siglo de nuestra era? Se acusa á los cristianos de su desaparición, pero la causa debió ser la riqueza misma de la estatua. Tanto oro no podía pasar inadvertido á los ojos de los bárbaros, fueran quienes fuesen, invasores del Norte, príncipes necesitados, y hasta simples ladrones. El saqueo del Partenón había comenzado ya en tiempo de Isócrates, y la Atenea de Juliano no debía ser más que un fragmento (6).

Fidias fué llamado también á Olimpia (7). Los tesoros acumulados en el templo por las ofrendas de toda la Grecia permitiéronle hacer una obra que sobrepujó á la del Partenón. En un trono de madera de cedro, incrustado de oro, marfil, ébano y

---

(1) La estatua sola medía 11m,96.

(2) Esta Victoria era de 1m,80 de altura.

(3) Se ha puesto en duda la existencia de este grupo, que debía comunicar al casco mucha pesadez; pero las proporciones de la estatua hacían necesario el adorno de la parte superior de la cabeza.

(4) Se cree que en el Louvre existe una copia de la Amazona herida, de Cresilao, contemporáneo de Fidias.

(5) Debemos á la graciosa benevolencia de la señora duquesa de Luynes la copia que hicimos tomar en el castillo de Dampierre, de la Palas-Atenea que el muy sabio y malogrado duque de Luynes hizo ejecutar, según la descripción de Pausanias, por el estatuario Simart.

(6) Más adelante se verá que en 296 Lachares se llevó el adorno de oro de Atenea y los escudos del mismo metal precioso que decoraban el arquitrave (Pausanias, I, 25, 7). Anteriormente, otro se había apoderado del *Gorgoneión* de plata dorada.

(7) ¿En qué época? Lo ignoramos. Hemos dicho (p. 183, nota 1) que, acusado en Atenas, fué á refugiarse entre los eleos. Filocoro, que da cuenta de esta fuga, añade que Fidias fué condenado á muerte por aquel pueblo; pero varios críticos han corregido su texto de manera que dijese lo contrario. La historia no sabe cómo terminó la vida del gran artista; el encargo que dió á sus descendientes, recomendándoles que cuidasen la estatua del dios, induce á creer que moriría tranquilamente en Elida. Había nacido entre 490 y 485, y parece que dejó de existir en los primeros años de la guerra del Peloponeso.

piedras preciosas, y cubierto de bajos relieves y de pinturas, Zeo estaba sentado majestuosamente; su vigorosa cabellera y su barba eran de oro (1); de este mismo metal y de marfil, la Victoria que llevaba en la mano derecha, en señal de que su voluntad triunfaba siempre; y de oro, mezclado con otros metales, era también el cetro real coronado por un águila, que empuñaba con la mano izquierda. En la cabeza ceñía la corona de hojas de olivo que se daba á los vencedores en los juegos, pero que en esta estatua era de oro, cual correspondía á un dios, lo propio que el calzado y el manto, que dejaba en descubierto su pecho de marfil. Su rostro tenía la varonil belleza propia del Padre de los hombres y de los dioses; su tranquila mirada era realmente la del Todopoderoso, á quien ninguna pasión agita, y su gran cabeza revelaba la poderosa inteligencia del ordenador de los mundos. Colocada en el fondo del *naos*, en el punto donde la prolongación de las líneas arquitectónicas hacía converger las miradas, la estatua, de 15 ó 16 metros de altura, parecía más colosal aún de lo que realmente era. «Cuanto más se contempla, dice Cicerón, mayor parece;» y á decir verdad, si el dios se hubiese puesto de pie, habría roto con la cabeza el techo del templo. Había en aquella maravilla del arte tanta soberana majestad y tanta benevolencia paternal al propio tiempo, que parecía, según dice el frío Quintiliano, haber añadido algo á la religión pública (2). Epicteto consideraba como una desgracia morir sin haber practicado las acostumbradas devociones en Olimpia.



Alcibíades

El Júpiter Olímpico sufrió la misma suerte que la Minerva del Partenón: era demasiado rico para unos tiempos que llegaron á ser demasiado bárbaros y para creencias demasiado enemigas. Dícese que Teodosio mandó trasladarlo en 393 á Constantinopla, donde fué destruído algunos años más tarde por un incendio; pero es muy probable que no se le respetara durante tanto tiempo. Ya en el segundo siglo Luciano le escarnecía, diciendo que «el bravo, el exterminador de los gigantes, había permanecido sentado tranquilamente mientras los bárbaros le cortaban su cabellera de oro (3).»

Otras ciudades, además de Atenas y Olimpia, tuvieron estatuas criselefantinas. Para la Juno de Argos, el Esculapio de Epidauro, y otras muchas, empleáronse materias preciosas. ¿Era solamente por vanidad y por ostentar opulencia? Un sentimiento más noble había impuesto semejantes adornos; aquel lujo era una tradición de las más antiguas edades, y una costumbre que procedía de lejanas tierras, del fondo del Asia.

Los primeros griegos que no pudieron hacer bellas las estatuas sagradas, hiciéronlas ricas por el ropaje, el color y los adornos. En el escudo de Aquiles, descrito por Homero, Marte y Minerva eran de oro; y para obtener la protección de Atenea, Héctor recomienda á su madre que deposite en las rodillas de la diosa el más pre-

(1) Los antiguos no nos han dicho, como al tratar de la Atenea del Partenón, cuánto oro tenía la estatua de Zeo; pero la cantidad de metal debía ser considerable, puesto que cada bucle de su abundante cabellera pesaba 6 minas, ó 436'3 gr. (Luciano, *Júpiter trágico*, 25.)

(2) XII, 10. Véase también el entusiasmo de Cicerón en su *Orator*, 2, y Epicteto, *Disert.*, I, 6, 23.

(3) Véase *Historia de los romanos*.

cioso tejido. En el quinto siglo prevalecía la misma idea (1). El mármol desnudo, con su deslumbrante blancura, se hubiera avenido mal con los brillantes adornos de las antiguas deidades, con los velos bordados de mil dibujos, con los preciosos tapices que revestían las paredes y la bóveda de la *cella;* de modo que la escultura criselefantina era una necesidad que la costumbre, la religión y el arte imponían. Al decorar las estatuas de sus divinidades con tanta magnificencia, los griegos demostraban la grandeza de su piedad; no querían escatimar nada al dios; cuanto más crecido era el gasto, y de consiguiente el sacrificio, más contento quedaría aquél y más segura sería su protección. Así, por ejemplo, una hecatombe de cien bueyes aseguraba al que la ofreciese más favor divino que la inmolación de una oveja (2). Los atenienses, pues, no habían vacilado en cubrir la Minerva del Partenón con un peso de oro de 40 talentos, que hoy equivaldrían á 20 ó 25 millones de pesetas (3), y al cual superaba quizás el que llevaba el Zeo de Olimpia: el sacrificio era fácil, pues en el quinto siglo los ciudadanos reservaban todo su lujo para los monumentos públicos, es decir, para los dioses y la ciudad. Las casas eran pequeñas, de pobre construcción y estaban mal decoradas, porque pasando como pasaban su vida al aire libre, los ciudadanos no entraban en sus viviendas sino á las horas de comer durante el día, y á la hora del descanso por la noche.

Otra idea imponía la misma conducta. Ya hemos visto (4) que los griegos y los latinos distinguían el δαιμόνιον y el *numen,* ó poder divino, del dios que era la encarnación del mismo, y como esta fuerza inmaterial podía dividirse sin aminorarse, los pueblos pensaban que el dios estaba presente por su *numen* en cada una de sus imágenes poliadas, como el dios de los católicos lo está á la misma hora, en mil puntos de la tierra, en la hostia consagrada. En un vaso pintado que representa el rapto de Europa, Zeo, armado de su cetro, se contempla á sí mismo convertido en toro, saltando sobre las olas, y llevándose lejos de Asia á la hija del tirano Agenor (5). Durante largo tiempo los cristianos han creído que los antiguos dioses, convertidos por ellos en demonios, habitaban en sus estatuas (6), y por lo tanto no debe extrañar que los atenienses hayan considerado el Partenón como la verdadera morada de su Palas Atenea, y su estatua, como su envoltura material. Al acercarse Jerjes, Minerva no fué la única en huir; las Grandes Diosas abandonaron Eleusis en la víspera de la batalla de Salamina; y en invierno, Apolo salía de Delos para trasladarse á la dulce región de los Hiperbóreos (7). Teseo había ido á Maratón á fin de contribuir á la gran victoria de Atenas, como el Hercúles de Tebas irá á Leuctres con el fin de conocer á los enemigos de su pueblo y, como delante de Platea, los espartanos habían

---

(1) ...πέπλον δ', ὅστις τοι χαριέστατος ἠδὲ μέγιστος... (*Iliada,* VI, 271.)

(2) La respuesta de la Pitia, citada en la pág 6, era una sentencia moral buena para los sabios, pero no la expresión del sentimiento popular.

(3) Tucídides, II, 13. 40 talentos de oro=400 talentos de plata ó 5.560+400, ó sea, para el valor del metal, 2.224.000 pesetas, que se han de multiplicar tal vez por 10 ó 12 para obtener el valor relativo. Véase p. 148, nota 1.

(4) Véase t. I, p. 132. Su costumbre de considerar la doble vida de sus muertos, de que ya he citado tantos ejemplos (t. I, p. 133 y sigs.), una en la tumba donde habían sido depositados, y otra en los infiernos, en el Olimpo ó alrededor de los lugares que antes habitaran, hacía que su espíritu se familiarizase con la idea de la división del ser divino. Los egipcios creían también en la del alma, una parte de la cual habitaba la tumba, tomando por apoyo la estatua del muerto. G. Masperó, *Historia de las almas en el antiguo Egipto,* en el *Bol. de la Asoc. científica de Francia,* n.° 594, p. 373-384. *Compendio,* t. I, p. 152, 599.

(5) Véase el grabado, t. I, p. 115.

(6) Véase Fabricio, *Codex apocryphus Novi Testamenti,* p. 669 y siguientes.

(7) Véase t. I, p. 22, nota 3, y en el presente tomo, grabado y nota 2 de la p. 21.

Tribuna de Demóstenes

evocado, antes de comenzar el ataque de la plaza, á las divinidades y á los héroes indigetas que debían defenderla. En la fiesta de las Antesterias, la βασίλισσα, otorgada como esposa á Dionisos, era conducida, á título de tal, á su santuario, donde todo se hacía religiosamente. No sucedió lo mismo en Roma, durante la decadencia del politeísmo, cuando los sacerdotes de Serapis persuadieron á una joven y hermosa matrona de que el dios la quería por mujer.

Todos los años Minerva salía de su santuario cuando, llegado el 24 del mes de *thargelión* (mayo-junio), se quitaban los adornos de su estatua para limpiarla minuciosamente. Entonces quedaban en descubierto el tosco armazón y las enormes vigas que la sostenían; pero este esqueleto de la diosa quedaba oculto muy pronto bajo un velo y el *numen* desaparecía. He aquí por qué el día de la *plynteria*, ó del lavado, era para la ciudad un día de luto, y por eso se apresuraban á terminar la obra entre la salida y la puesta del sol, á fin de que la diosa pudiera volver á su morada preferida y continuase dispensando su protección á la ciudad. Cuando Alcibíades volvió á Atenas, después de sus grandes victorias en el Helesponto que le permitieron tomar ó destruir 200 galeras, la multitud experimentó por el pronto la mayor alegría; pero el vencedor entró en la ciudad en el momento de efectuarse la lúgubre ceremonia del mes de *thargelión*, y la ausencia de la diosa pareció un presagio fatal: si Atenea no había querido que Alcibíades se aproximase á ella (1), era señal de que rechazaba sus ofrendas, y para Atenas sus servicios. Los dioses, pues, habitaban á la vez en el Olimpo y en sus templos.

Estas ideas religiosas eran las de todos los helenos, y no han predominado solamente en Grecia, sino que se observan en todas partes y en todas las épocas. El poeta que presenta á Napoleón pasando su revista fúnebre, no sabía probablemente que copiaba á los antiguos. Después de la muerte de Alejandro, los argyráspides ofreciéronle sacrificios, y erigieron en medio de las suyas su tienda real, creyendo que el héroe, convertido en dios, habitaba aún allí, que por la noche recorría su campamento para ver de nuevo á sus fieles, y que durante el día iba delante de las columnas como un genio invisible (2). Estas ideas, que se observan en toda la antigüedad clásica, explican cómo la tradición que exigía ricos materiales para las

(1) Plutarco, *Alcibíades*, 42. El abate de Guasco decía ya en un libro titulado *Del uso de las estatuas entre los antiguos* (p. 172), que se publicó en 1768: «Figuraos un pueblo que creía en una virtud divina que obraba en los objetos de su culto.» Véase en su cap. XV la reseña de las numerosas maravillas efectuadas en los templos por las estatuas divinas, movimientos de ojos, de cabeza, etc., que atestiguaban que el dios residía en ellas. Los autores antiguos hablan también mucho de estatuas encadenadas. Pausanias, por ejemplo, cita en Esparta la de Afrodita Morfo y de Enyalios. Los lacedemonios, dice (III, 15), piensan de esta estatua lo que los atenienses de la Victoria Aptera, creyendo que Enyalios no les abandonará nunca, puesto que se halla encadenado, lo mismo que la Victoria, porque no tiene alas. En Orcomena vió la estatua encadenada de Acteón, el cual asolaba el país, según dice, antes de que le sujetaran (IX, 38). Durante el sitio de Tiro por Alejandro, los habitantes encadenaron la estatua de Baal-Melkart para impedir que el dios se pasara al campo macedonio. También las estatuas egipcias estaban animadas, pues hablaban y se movían. Los faraones les consultaban los asuntos del Estado. Véase Masperó, *Notas sobre algunos puntos de gramática y de historia* en la *Recopilación*. t. I, p. 154-166.

(2) Diodoro, XVIII, 61. Eurípides habla en alguna parte de estos antiguos cuentos, según los cuales «encerrábase en los muros de un templo la sustancia divina.» Sabido es que los romanos *evocaban* los dioses de las ciudades que sitiaban, prometiéndoles los más grandes honores si iban á Roma. Así lo hicieron: Camilo en Veies, Fabio en Tarento, etc. Sobre esta creencia, véase Cicerón, *De Legibus*, II, 2, y el discurso de Lysias, *Contra Andócides*. Roma tenía hasta un nombre secreto para su genio tutelar, á fin de que el enemigo no pudiera, haciéndole brillantes ofrecimientos, inducirle á abandonar á su pueblo (*Historia de los romanos*). Aun en el tercer siglo de nuestra era, Dión Casio (LIX, 28) dice al hablar de Calígula: «Quiso transformar la estatua de Júpiter Olímpico

imágenes de los dioses, y la piedad, que hacía de ellas la residencia habitual de la divinidad, indujeron á los artistas á crear la estatuaria criselefantina. A Lactancio no le agradaba: esas estatuas tan ricamente vestidas parecíanle muñecas muy grandes, como las que sueñan las niñas, ***grandes pupas*** (1).

No proferiremos semejante blasfemia; pero también será preciso poner de manifiesto que sobre este particular el gusto de los griegos no era el nuestro; y los ensayos de restauración que se han ejecutado no son propios para convertirnos. La razón de ello es sencilla; es que no profesamos las mismas creencias. En la Grecia del tiempo de Pericles el sentimiento religioso dominaba aún sobre el sentido estético (2).

De este estudio podemos deducir otra consecuencia. La dirección que en el siglo V siguió la estatuaria demuestra que la religión nacional, á pesar de los ataques que comenzaban á producirse, era aún muy ferviente, y de ello nos darán varias pruebas los relatos que siguen.

Fidias no se limitó á representar dioses (3), es decir, á fabricar colosos; por sí mismo, ó más bien por mano de aquellos que trabajaban bajo su dirección, cubrió de esculturas menos divinas el friso, las metopas y el doble frontón del templo, cuyas estatuas, vistas desde abajo, no parecen tener mayor tamaño que el natural. Las que el artista había cincelado en el escudo de Minerva y en sus sandalias eran más pequeñas. Los magníficos restos que nos quedan de los dos frontones, Deméter y Kora, Iris y el Cefiso, las Karitas ó las Parcas, el Herakles ó el Teseo, son obra de su escuela, y hasta podemos decir de su espíritu (4). A pesar de sus mutilaciones, esos mármoles, como el de la Victoria desatando su sandalia, igualan, si no son superiores, á las más gloriosas creaciones esculturales del Renacimiento por la pureza del estilo y la tranquila serenidad de los personajes, que no tienen, ni miembros atormentados por una acción violenta, ni frentes sobrecargadas de pensamientos, como las que la estatuaria hará cuando quiera rivalizar con la pintura. ¡Cómo rebosa la vida en esas divinidades tranquilamente sentadas en los frontones, y qué se-

en su propia imagen; mas no pudo conseguirlo. La nave construída para transportar al dios pereció abrasada por el rayo; y cada vez que los obreros se acercaron á la estatua para sustituir por la cabeza del príncipe la de Zeo, oyéronse carcajadas que les obligaron á emprender la fuga.»

(1) *De origine erroris*, II, 5. El término muñeca es mucho más antiguo que Lactancio, y sin duda se le ocurrió á algún envidioso de Fidias, pues Isócrates, que fué casi su contemporáneo, al quejarse de que se le acusara de tener depósito de discursos, añade: «Es poco más ó menos como si se dijera de Fidias que era *fabricante de muñecas*, κοροπλαθος (*Antidosis*, 2, ed. Havet), es decir, de figuras *hechas con molde* por un industrial, á diferencia de ser la obra *esculpida* por un artista.

(2) Las estatuas criselefantinas exigían cuidados especiales para impedir que el marfil se agrietara por exceso de sequedad, y que el oro se empañase, cubriéndose la imagen de polvo. (Véase Pausanias, II, 27.) Por eso se buscaban para los templos servidores encargados especialmente del tocador del dios. En Olimpia se les llamaba φαιδρυνταί, es decir, los que limpian y comunican brillantez. Los descendientes de Fidias obtuvieron por herencia este empleo. En el Partenón dábasele el nombre de Πραξιεργίδαι, *trabajadores*.

(3) El grabado de la página 259 representa fragmentos del friso oriental del Partenón, según vaciados y originales. Las ocho primeras figuras del registro inferior están en el Louvre y todas las demás en Londres (Véase Michælis, *obra citada*, p. 257 y sigs. y tabla 14). Los dioses, «espectadores invisibles, como en los poemas épicos, de las acciones de los mortales,» asisten á la procesión (Beulé, II, p. 144 y sigs.). Siguen luego varios hombres apoyados en sus palos, que hablan con gravedad; y detrás va un hombre que parece dar instrucciones á las jóvenes que en primer término se presentan. El mismo grupo de tres personajes se reproduce por segunda vez, y las jóvenes vírgenes avanzan en procesión, llevando copas y enocos; dos de ellas conducen entre ambas un pesado incensario.

(4) Las metopas, sobre todo el combate de los lapitas y de los centauros, así como ciertas partes del frontón occidental y del friso, dejan ver aún la rigidez arcaica.

renidad revelan, en sus fogosos caballos, los jinetes de la procesión panatenea. Más tarde se formará la escuela de la gracia y de la voluptuosidad, cuyo jefe será el ateniense Praxíteles; y después, la pasión agitará el mármol, comenzando entonces la decadencia del arte, que no es propio para componer un drama en piedra del género del Toro de Farnesio.

Para Fidias será un honor eterno haber roto definitivamente con el arte hierático, cuya influencia se reconoce todavía en las hermosas estatuas de Egina, de cuerpos admirablemente estudiados, pero sin vida, y en cuyos semblantes se observa la misma sonrisa imbécil, hasta en el dolor y la muerte. El gran artista buscó la belleza, que es la esencia espiritual de las cosas, sea el alma vista á través del cuerpo, ó bien la naturaleza contemplada en su más armonioso desarrollo; y esta belleza ideal él la realizó sin que se reconociera esfuerzo alguno, lo cual constituye el arte supremo, pues sólo es grande lo que es sencillo (1). Uno de esos hombres que creen que el arte es copia de la naturaleza preguntó cierto día á Fidias de donde había tomado la majestuosa figura de su Júpiter Olímpico, á lo cual contestó aquél: «De Homero;» y recitó estos tres versos: «Habiendo hecho el hijo de Saturno la señal de mando con sus negras cejas, los cabellos del monarca, perfumados de ambrosía, agítanse sobre su cabeza inmortal, y el vasto Olimpo retiembla.» A pesar de esta famosa contestación, que tal vez pertenece á la leyenda, no fué en Homero donde Júpiter se manifestó á Fidias. El artista tiene su obra en el pensamiento; nadie la ve sino él; con la ejecución, los velos caen y la imagen aparece (2); pero ¿quién ha formado esa primera imagen?: la cultura interior y el espíritu del tiempo. Si el Zeo de Olimpia carecía de expresión y no revelaba la cólera, es porque el artista no había tomado del poeta más que el nombre de sus Olimpios y el sentimiento de su grandeza. En cambio, hallábase sometido poderosamente á la filosofía del siglo de Pericles, que despojaba á los dioses de sus pasiones para dar de la divinidad la idea que de ella empezaban á tener Anaxágoras y Sócrates: la calma en la fuerza, la serenidad en



La Nice de Peonios

(1) En el magnífico retrato que Pericles hizo del carácter de su pueblo, expresa bien ese gusto sobrio y severo de la belleza grande y sencilla, que es el talento de los artistas atenienses: φιλοκαλοῦμεν μετ' εὐτελείας. (Tucídides, II, 40.)

(2) Cicerón ha dicho en el *Orator*, 2: «Cuando Fidias creaba su Júpiter ó su Minerva, no tomaba modelo; pero tenía en el alma un tipo superior de belleza que su mirada veía interiormente, y que su mano reproducía.» – Rara vez trabajó Fidias el mármol; de treinta estatuas que de él se citan, veintitrés son de bronce, siete de oro y marfil, y tres de mármol. Polícletes prefería también para sus estatuas el bronce. Los fundidores de Egina eran muy afamados. Se puede considerar á Fidias como el maestro indiscutible del bajo relieve, género de escultura del todo ideal y convencional, que él sustituyó al medio relieve, y que los modernos, salvo J. Goujon, no volvieron á adoptar hasta nuestros días.

el poder y la inteligencia en el gobierno del *Cosmos*. Aristóteles escribirá: «La divinidad mueve la naturaleza entera sin moverse.» El gran escultor había tenido el mismo pensamiento que el célebre filósofo expresaba un siglo después. Es preciso, por lo tanto, conceder á Fidias, además de todos sus dones, el sentimiento de lo divino, tal como lo comprendían los espíritus más elevados de su época. Sus antepasados habían hecho á los Olimpios á la imagen del hombre; ahora la regla moral era la semejanza con el dios idealizado, ὁμοίωσις τῷ θεῷ, y Fidias aplicaba esta fórmula. La unión del arte más perfecto con el pensamiento más elevado explica la grandeza armoniosa de esa época que contó tantos creadores, ποιηταί.

Los romanos amaron lo útil, que produce; los griegos buscaron lo bello, que encanta: éstos se llevaron, pues, la mejor parte.

A propósito de la estatuaria humana, también se ha agitado, como para los monumentos, la cuestión de la policromía.

La estatua de mármol blanco es del arte espiritualista; la estatua pintada, como los santos de nuestras iglesias de pueblo, pertenece al arte carnal y tosco. Un maestro de niños dejará sin temor en manos de sus discípulos la imagen de la Venus de Milo, pero no una de la Venus de Médicis encarnada con los tintes de la vida (1). Entre los antiguos griegos hubo seguramente estatuas pintadas con colores charros y monocromos, puesto que esta costumbre subsistió largo tiempo, siendo formales sobre este particular los testimonios de Plinio y de Quintiniano; pero los artistas del siglo de Pericles tenían el gusto delicado, y no hubieran querido hacer de sus obras objetos de una curiosidad sensual, ó figuras que, comunicando la ilusión de la vida, no presentan en realidad más que cadáveres con la rigidez de la muerte (2). Para las estatuas de los dioses, que habían de ser ricas, emplearon los materiales más preciosos; para los héroes y los vencedores de Olimpia sirviéronse del bronce y del mármol, cubriendo éste con un ligero tinte que comunicaba á la piedra más suavidad á la vista y la preservaba de los efectos de la intemperie con una especie de gasa transparente (3).

Platón atestigua esta costumbre, que sin duda fomentó la vista de las estatuas criselefantinas; pero al mismo tiempo añade un consejo para corregir lo que hubiera tenido de extraña esta afición, llevada demasiado lejos. «Si estuviéramos pintando una estatua, dice, y un crítico nos censurara porque no empleábamos los más hermosos colores..., contestaríamos al impertinente: No te imagines que se han de pintar los ojos tan bellos que dejen de ser ojos; y lo que digo de esta parte del cuerpo debe aplicarse á las otras (4).» Platón pensaba, pues, que el color debía contribuir á realzar la naturaleza, pero no á cambiarla. Lo mismo en esto que en todo lo demás, tratábase de no traspasar la medida, esa cualidad superior del genio griego; y podemos creer que los artistas no obedecieron sino con mucha discreción

(1) Sabido es lo que la antigüedad (Plinio, *Hist. nat.*, XXXVI, 5, 21) refiere de *stuprata Venere Cnidia*.

(2) En Munich vi en una capilla de la iglesia de San Pedro algunos campesinos que oraban alrededor de una tumba; conmovido al ver este espectáculo, acerquéme á ellos y entonces reconocí que aquellas figuras eran piedras pintadas, y al punto me alejé: en vez de contemplar un acto de piedad y de cariñoso recuerdo realizado por una familia, estaba viendo un cuadro de un museo vulgar. Toda la estatuaria de la Edad Media hasta el Renacimiento fué policroma. Miguel Angel es quien promovió más enérgicamente una reacción contra este uso. Véase L. Courajod, *La Policromía en la estatuaria de la Edad Media y del Renacimiento* (*Mem. de la Acad. de las inscr.*, 6 agosto 1886.)

(3) Plinio (XXXV, 11, 28) dice que el pintor Nicias ayudaba á Praxíteles *in statuis circumlinendis*.

(4) *Republ.*, IV, *initio*.

al gusto por el color, que aun reina soberanamente en todos los países iluminados por el sol (1).

III. — LA PINTURA, LA MÚSICA, ETC.

Si la descripción del escudo de Aquiles en la *Iliada* es producto de la imaginación, las que hace Pausanias de los de la Atenea del Partenón y del Zeo de Olimpia, después del atento estudio de las obras mismas, demuestran que la escuela de Atenas había conseguido elevar al más alto grado de perfección el arte de cincelar el metal y el marfil, así como el de trabajar las piedras duras en hueco ó en relieve. Pero, ¿no



Procesión de las Panateneas

habría adquirido quizás esta habilidad en la escuela de Argos, donde el trabajo del bronce gozaba de gran predicamento?

No sucedió lo mismo con la pintura, que no alcanzó nunca en Grecia la perfección de la estatuaria, dígase lo que se quiera tomando por base anécdotas más famosas que verídicas. La pintura moderna trata de conmover; la de los antiguos fué más bien escultural, en el sentido de que sacrificó los colores al dibujo y los efectos de luz á la forma. No conoció ni lo que podría llamarse, pensando en Rembrandt, el drama de la luz y de la sombra, ó recordando á los venecianos, el canto armonioso de los colores. Panenos, hermano de Fidias, y Micón, pintor del templo de Teseo, decoraron con Polignoto el *Pecilo*, ó Pórtico pintado, con cuadros que daban á los atenienses cuenta de las hazañas de sus padres (2): en la batalla de Maratón, por Panenos, estaban representados Milcíades, Calímaco, Cinegiro, y hasta Datis y Artafernes. Fidias estudió la pintura como lo hizo otro escultor de genio, Miguel Angel, pero no quiso pintar más que el retrato de Pericles Sicione fué la primera ciudad griega que tuvo escuela de dibujo; Atenas y Mileto, y más tarde Corinto, siguieron su ejemplo. Ya se verá en el capítulo siguiente que Grecia tuvo grandes pintores, y que no son de origen ateniense los que ocuparon en ese arte el primer lugar. Por otra parte, sería temerario hablar de la pintura griega sin guiarnos por el juicio de los antiguos, puesto que de ella nada queda, excepto vasos pintados, que son de la industria más que del arte, y los ornamentos murales de Pompeya y Herculano, donde se ven demasiado á menudo trabajos de rutina, hechos de prisa, y

(1) Sobre la afición de los pueblos del Mediodía al color, véase, entre otros mil testimonios, lo que el doctor Gustavo Le Bon decía recientemente sobre los templos del Nepal, «pintados de rojo intenso, y cuyos tejados de ladrillo y de cobre están sostenidos por miles de dioses y diosas que ostentan los más brillantes colores.»

(2) Hemos dicho antes (p. 111) que la escena pintada en la copa de Eufronios, que representaba á Anfitrite, fué inspirada tal vez por una de las pinturas del Teseión debidas á Micón.

probablemente á ínfimo precio, por obreros más bien que por artistas (1). Los mosaicos romanos se hicieron también por manos griegas; pero ninguno revela un arte superior, excepto el que representa la batalla de Issus (2).

Los griegos tuvieron el mérito de comprender que la más alta cultura intelectual es una de las condiciones de la grandeza del individuo y del Estado, y entendían que era preciso no descuidar ningún medio para llegar á ella. Al estudio de los poetas y de los filósofos que forman el espíritu (3), á los ejercicios gimnásticos que desarrollan la agilidad y el vigor, habían agregado, en su plan de educación, la música, que acostumbra al alma á la armonía, y el baile, que comunica la gracia. Estas dos artes secundarias fueron el arte principal en Lacedemonia, y también tenían gran importancia en Atenas, sin que ésta imprimiese en ellas un sello magistral, como lo había hecho con la arquitectura y la estatuaria. Auxiliares indispensables de las fiestas, de los sacrificios y de los funerales, formaban también parte de los ritos religiosos.

Todos recordaban los maravillosos efectos de la lira de Orfeo; y al héroe que fué tipo ideal del valor guerrero, Aquiles, representábanle celebrando sus victorias en la cítara; en la *Iliada* y la *Odisea* no hay festín á que no sea invitado un cantor melodioso. Hasta en los últimos días de Grecia se creyó en esta acción benéfica de la música: Polibio atribuía las desgracias de los argivos á la circunstancia de haberse relegado al olvido entre ellos el arte que calma las pasiones y que, enseñando las reglas de la armonía, acostumbra á no violar la concordia pública (4). El músico Damón, amigo de Pericles y de Sócrates, pretendía que no era posible cambiar las formas musicales sin que se resintieran fuertemente las bases de la moral y las leyes de la ciudad. Conocida es la importancia que le daba la escuela pitagórica, que hubiera querido oir la música de las esferas celestes resonando armoniosamente en el infinito.

Los poetas creían también que el néctar y la ambrosía no bastaban á los Olímpicos, y que les eran necesarios acordes divinos para distraerse de los enojos de la inmortalidad. «¡Oh tú, lira de oro, que haces las delicias de Apolo y de las musas de negra cabellera! Apenas resuenan tus melodiosas notas, el rayo se extingue; la reina de los aires, el águila de Zeo, detiene su vuelo; Marte olvida sus armas, y los dioses se embriagan con tu armonía (5).» Aristófanes dice más: «Desde las orillas del Hebre, los cisnes de Tracia elevan su poderosa voz, que asciende á través de las nubes; las fieras se detienen asombradas, los vientos se acallan, la calma y la paz reinan sobre las olas, las Gracias y las Musas olímpicas contestan á esas voces de la tierra con melodiosos cantos, y las divinidades quedan arrobadas en dulce éxtasis (6).» El número, el compás y la armonía son una necesidad del alma, y lo eran

(1) En la *Historia de los romanos* he publicado bastantes pinturas de Pompeya, de Herculano, del Palatino, de la tumba de Statilii etc.; de ellas algunas son graciosas, pero ni una sola es debida á un verdadero maestro.

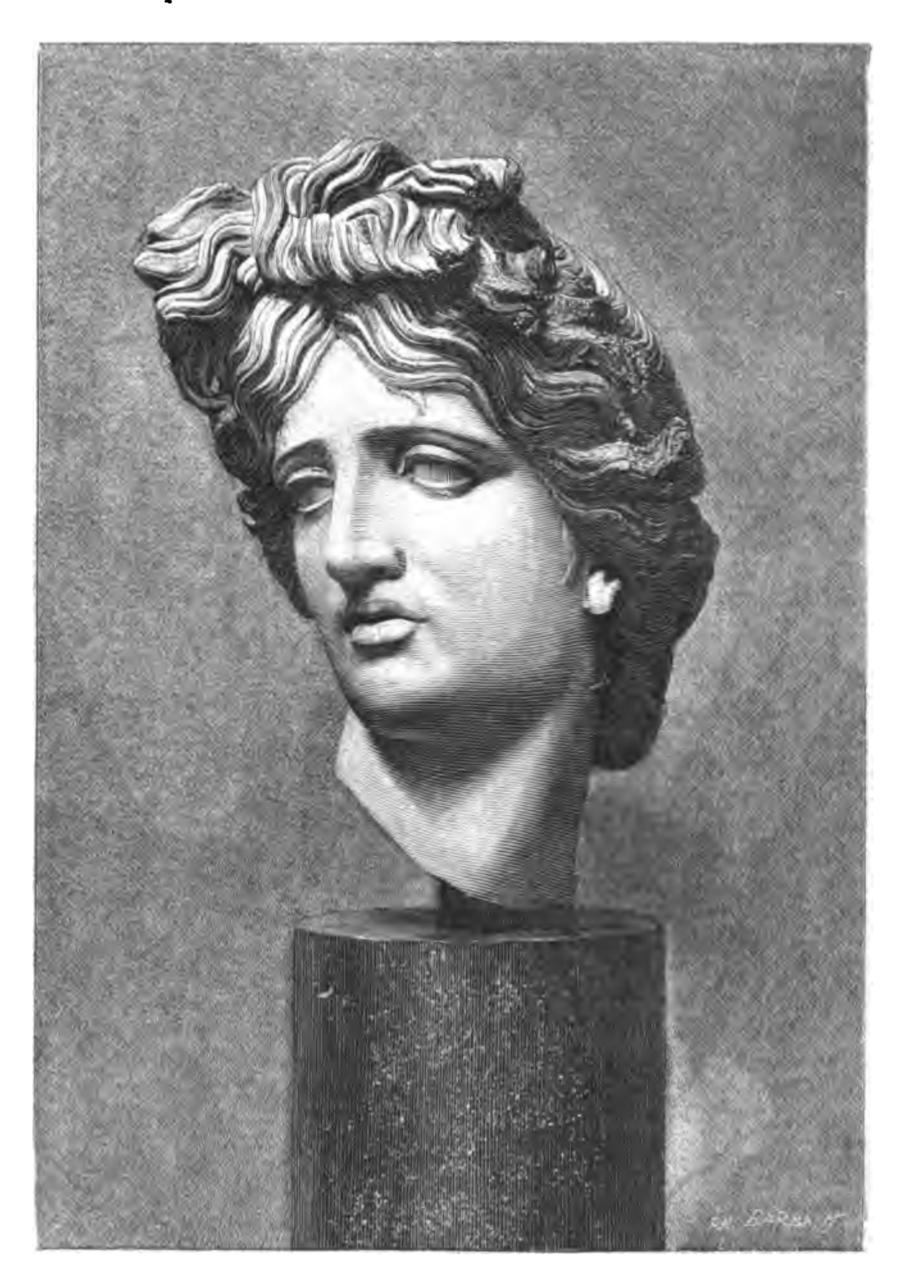
(2) Al terminar la historia de la pintura romana, Plinio dice (XXXV, 2, 5 y 5, 29): «La pereza ha perdido á las artes; como ya no se sabe pintar almas, descúidase también pintar cuerpos..... No hablemos más de un arte moribundo.»

(3) Véase en la p. 122, nota 2, el sentido general de la palabra música. Aristóteles (*Política* VIII, 7), tomándola en el sentido limitado, se queja de que en su tiempo no se la considerase ya más que como arte recreativo.

(4) Sobre la música antigua, véase el luminoso libro de Gevaert, titulado *Historia y teoría de la música en la antigüedad;* y en la *Historia de la literatura griega*, de Otón Müller, el capítulo XII sobre el desarrollo de la música griega.

(5) Píndaro, *Píticas*, I, *initio*.

(6) *Las Aves*, V, 774 y siguientes.



Apolo. Mármol de la antigua colección Pourtales, existente ahora en el Museo Británico
(copia de una fotografía)

sobre todo para la de los griegos; pero ¿qué pensarían los antiguos poetas de la Hélade si oyeran nuestros conciertos, en los cuales hay quien pretende revelarnos «la esencia absoluta de las cosas y los secretos movimientos de la vida universal (1)?» Tal vez se extrañarían de que nuestra música, expresiva y apasionada, no tenga ya esa tranquila armonía que, según ellos, calmaba las agitaciones de los dioses, de los hombres y de la naturaleza entera (2).

Los griegos comprendían también la danza de distinto modo que nosotros, porque habían puesto en ella el número y el compás que son en el arte una manifestación de la belleza, pero que dejan de serlo cuando la gracia es sustituída por la rapidez vertiginosa. Entre ellos la danza formaba parte de las solemnidades impuestas por la religión y la educación militar. «Los antiguos, dice Platón en el libro VII de las *Leyes*, nos han dejado muchas hermosas danzas.» En las ciudades dóricas, eran uno de los ritos necesarios del culto de Apolo, y en ellas tomaban parte los más graves personajes. Al volver de Creta, Teseo bailó en la isla santa de Delos el γερανος para celebrar su victoria sobre el Minotauro (3); mientras que los espartanos, para recordar cada año su triunfo en la lucha contra los tereanos, bailaban la γυμνοπαιδία ante las imágenes de Apolo, de Diana y de Latona, cantando versos de Alcmán y del cretense Thaletas (4). Las danzas báquicas con tirsos y antorchas encendidas eran una representación mímica de la vida de Dionisos.



Cabeza de Nicé ó la Victoria (5)

Cerca de Eleusis hallábase la fuente de las Bellas Danzas, *Calicoros*, donde los iniciados cantaban bailando la invocación á Iacos: «¡Oh dios venerado, Iacos, Iacos, acude á nuestra voz! Ven á esta pradera, tu mansión amada, ven á bailar con nosotros; golpea el suelo con tu atrevida planta, y toma parte en nuestras alegres y libres danzas, inspiradas por las Gracias que organizan los coros sagrados (6).»

En su tratado de las *Leyes* (7), que es una especie de comentario de la legislación y de las costumbres atenienses, Platón da suma importancia, hasta para la educación moral de la juventud, al hecho de que los efebos posean «el arte de los

---

(1) Un alemán, Nohl, *Mosaik*, p. 17-18, es quien formula esa estética musical, de la que por fortuna se mantienen lejos nuestros compositores.

(2) «Los griegos, dice Vitruvio (III, 1, y VI, 2), supieron combinar tan felizmente una imaginación viva con un juicio reflexivo, que impusieron las leyes de la proporción tanto á sus arquitectos como á sus estatuarios, lo mismo á sus poetas que á sus músicos.»

(3) Plutarco, *Teseo*, 19, En el γερανος se imitaban las revueltas del laberinto. Véase en Xenofonte, *Anabase*, VI, 1, la descripción de varias danzas guerreras.

(4) Pausanias, III, 2, 7.

(5) Mármol del frontón occidental del Partenón que foma parte de la colección de Laborde (según una fotografía).

(6) Aristófanes, *Las Ranas*, V, 324.

(7) Lib. II, cap. 1.

coros,» que comprende el canto y la danza. «Los dioses, dice, movidos á compasión hacia el hombre á quien su naturaleza condena al trabajo, nos han proporcionado intervalos de reposo por la sucesión de las fiestas instituídas en su honor. Han querido que las Musas, Apolo su jefe y Dionisos las celebrasen de concierto con nosotros. Estas divinidades, que presiden nuestras fiestas solemnes, nos comunican la idea del orden, del compás y de la armonía, y esta idea, que bajo su dirección regula nuestros movimientos, nos enseña á formar por nuestros cantos y danzas una cadena que nos enlaza y nos une» Lejos de temer los ejercicios que en otros tiempos no sirven sino para recrearse, el poeta filósofo los considera como necesarios para el buen orden de las ciudades y de las almas.

Es muy posible que en la Jonia y otras partes hubiera danzas afeminadas; pero en Roma y en Constantinopla fué donde se vieron algunas lascivas. En Esparta y Atenas, la *pirrica* era un ejercicio militar y una enseñanza patriótica: los efebos la bailaban en las grandes y las pequeñas Panateneas (1), imitando los movimientos de un combate para atacar, defenderse ó evitar los golpes. ¿Y no fué la ronda heroica de las mujeres suliotas un recuerdo de esas danzas guerreras? Refugiadas en la cima de una montaña para escapar del yatagán de los turcos ó del harem, entonaron su himno fúnebre, cogiéronse de las manos, y bailaron en aquella estrecha cumbre rodeada de precipicios. Cada vez que la ronda se acercaba al abismo, reducíase el círculo, pues una de aquellas mujeres se desprendía de sus compañeras para precipitarse en la sima; y así se arrojaron todas una tras otra.

CAPITULO XXII

LAS LETRAS Y LAS ARTES FUERA DE ATENAS EN EL SIGLO V

I. – EL PROGRESO DE LA CULTURA INTELECTUAL EN TODA LA GRECIA

No todos los pueblos griegos de aquel tiempo tuvieron á su cabeza un hombre como Pericles, cuyo nombre se pudiera dar, sin adularle en demasía, al siglo que estudiamos; pero los que no cultivan las artes ni las letras las comprenden por lo menos, y con su entusiasmo inspiran á los artistas y poetas. En las fiestas de Delfos y de Olimpia, ante la más hermosa naturaleza, en un suelo que está como impregnado de divinidad y de poesía, bajo un cielo transparente que jamás ejerce presión sobre las almas, desarróllanse á lo largo de las rampas del Parnaso, ó en las orillas del Alfeo, las *teorías* que rodean á las víctimas sagradas, ó el numeroso cortejo que sigue al poeta, al músico y á los atletas vencedores. La multitud se detiene: ya porque Herodoto recita algunos pasajes de sus historias, ó ya porque los rápsodas, llamados por decreto público, cantan los versos de Homero, de Hesiodo y de Empédocles; ó bien, en fin, porque se acaba de exponer por algún artista un cuadro ó una nueva estatua, pues esas fiestas son la exhibición pública de todo cuanto se relaciona con la destreza, el valor y el talento. Si la fuerza y la agilidad, cualidades esenciales de un pueblo guerrero, se premian con coronas, también ob-

(1) Llamábanlas πυρριχισταί. (Schol. de Aristófanes, *Nubes*, V, 988.)

tiene soberano imperio la belleza en todas sus manifestaciones, bien proceda del cuerpo ó del alma, del trabajo de las manos ó de los esfuerzos de la inteligencia; pero como el mal se mezcla siempre con el bien en nuestra frágil naturaleza, el griego va tan lejos en este nuevo culto, que pervierte los instintos más verdaderos del corazón. Un adolescente de formas agraciadas le inspira tanto amor como la más hermosa de las vírgenes (1).

Al regreso de esas fiestas cada cual lleva á su ciudad natal el gusto de las bellas cosas que acaba de admirar; y entonces las ciudades rivalizan en magnificencia, y la arquitectura y la estatuaria multiplican sus obras, que los griegos, guiados por su instinto artístico, colocan casi siempre en lugares admirablemente elegidos (2). Platea pide á Fidias una Atenea colosal y una estatua de Zeo; Lemnos, otra Minerva, que la antigüedad llamó «la hermosa Lemniana;» Delfos, una Diana y un Apolo, y Olimpia, aquella estatua de Júpiter, que hizo visible la majestad del soberano de los dioses (3). Delfos y Corinto instituyen certámenes de pintura, en los que Panenos es vencido por Timágoras de Calcis, que en un poema canta él mismo su victoria; mientras que Polignoto de Tasos alcanza tan ruidoso triunfo, que los anfictiones le conceden los derechos de hospitalidad en todas las ciudades griegas. Sicione, cuya escuela de pintura debía suceder á la de Atenas, tiene ya á Policletes, el émulo feliz de Fidias, á quien aventajó tal vez por la corrección del dibujo; y los argivos van á pedirle una estatua colosal de Juno, de marfil y oro, para envanecerse con ella, como Atenas con su Minerva. El artista obtuvo el mejor éxito, y díjose que había representado tan bien el tipo de la belleza noble y pura de Juno como Fidias el de la imponente grandeza del soberano de los dioses. Olimpia elogia su templo; Delfos, su santuario, cuyo frontis fué esculpido por dos atenienses, Praxias y Andróstenes; y Egina, roca estéril, tenía cinco templos, cuyas ruinas han conservado para nosotros preciosos restos. En Epidauro hallábase el más magnífico teatro de la antigüedad, y en Tejea el templo más grandioso del Peloponeso.



Anacreonte (Quinta Borghese)

Argos, cuyo aislamiento queda castigado con la esterilidad de su genio, no ha

(1) Véase el *Fedro* de Platón.

(2) «La mayor parte de los promontorios del Peloponeso, del Atica, de Jonia y de las islas del Archipiélago, se distinguían por sus templos, trofeos ó tumbas. Estos monumentos, rodeados de bosque ó de rocas, y vistos á todos los cambiantes de luz, tan pronto en medio de las nubes y del fulgor del relámpago, como iluminados por la luna, por los últimos rayos del sol poniente ó por la aurora, debían comunicar á las costas de Grecia una belleza incomparable. La tierra, así adornada, aparecía á los ojos del marino bajo el aspecto de la vieja Cibeles, que coronada de torres y sentada á la orilla del mar, mandaba á Neptuno, su hijo, que desparramase las olas á sus pies.» (Chateaubriand, *Itinerario*, p. 182.)

(3) El busto de Júpiter Olímpico que nos ha quedado (véase p. 266, el Zeo de Otricoli) da lugar á dudas. ¿Será una reducción del original, ó la copia de un Zeo de Lisipo?

dado sucesor á la poética y guerrera Telesilla; cuando más, sólo cuenta algunos músicos y un estatuario, Ageladas, que tuvo el honor de formar los tres escultores más célebres de aquel tiempo, Fidias, Mirón y Polícletes de Sicione, jefes de una nueva escuela, que dando vida al mármol y al bronce, comenzó la secularización del arte, si podemos decirlo así.

Corinto erigió santuarios á todos los dioses del Olimpo, decorándolos con magnificencia; pero necesitó para llevar á cabo estas construcciones acudir á artistas que no eran del país, como si el arte, importación extranjera, no fuese en el suyo más que un lujo con que sus ricos mercaderes querían engalanarse porque les parecía de buen gusto.


Zeo de Otricoli (2)

No entremos en Esparta, porque buscamos al genio, y allí no se encuentra más que la fuerza, y demasiado á menudo una virtud teatral. A no ser por Píndaro, Tebas, la de Beocia, no tendría más atractivo para nosotros, sobre todo por haber dejado al sabio huir á la corte de Hierón.

Las islas y las colonias producen también su contingente de grandes hombres; de Heraclea sale Zeuxis y de Efeso Parrhasio, dignos rivales que pagaron la admiración de los atenienses: el uno, haciendo un retrato alegórico de aquel pueblo violento y apacible á la vez, humilde y glorioso, lleno de grandeza y de no pocas debilidades (1); el otro, pintando para él aquella Elena, que el pintor Timomacos de Bizancio contemplaba dos horas cada día; Cos producía uno de los más vigorosos talentos de que Grecia se honra, Hipócrates, que no solamente fué el padre de la medicina, sino también un gran filósofo. Polignotes era de Tasos; pero Cnido le adoptó, haciéndole pintar en los muros de la *Lesché*, en Delfos la toma de Troya y la bajada de Ulises á los infiernos. En una de esas islas fué donde se encontró la más hermosa estatua que el Museo del Louvre posee, la Venus de Milo, de estilo grandioso y sencillo á la par, tan casta en su desnudez y tan imponente y noble sin esfuerzo: *vera patuit dea* (3).

La Grecia Magna, de carácter más severo, era menos rica en artistas que en legisladores y filósofos. Había tenido á Zaleucos de Locres, del que sabemos poca cosa; Pitágoras y su famoso instituto, y la escuela de Elea, de la que había salido

(1) «Parrhasio, dice Plinio, XXXV, 60, había querido representar al pueblo á la vez voluble, colérico, inconstante, clemente, misericordioso, humilde y altivo.»

(2) Busto en mármol descubierto en Otricoli y conservado en el Vaticano (copia de una fotografía.)

(3) No vacilo en preferirla al Apolo de Belvedere, igualándola á lo más hermoso de cuanto nos ha dejado la antigüedad.

Zenón, discípulo favorito de Parménides y uno de los maestros de Pericles. En Sicilia, Agrigento y Siracusa rivalizaban por sus esfuerzos: la una repetía con orgullo los versos de Empédocles, en que Aristóteles creía reconocer el genio de Homero; llamaba á Zeuxis y le presentaba las más hermosas de sus hijas, para que de su belleza reunida el artista pudiese componer los encantos divinos de Juno. Al mismo tiempo, pensaba ya en erigir su templo á Júpiter, la construcción más colosal que los griegos han conocido (1). Siracusa no contaba aún con los más ilustres de sus ciudadanos, Arquímedes, Teócrito y Moscos; pero Hierón atraía á su brillante corte á los poetas á quienes habían alejado de su patria el orgullo resentido ó el ambicioso deseo de obtener los favores reales. Simónides de Cos, Píndaro y Esquilo habían ido ya á aquella corte; Epicarmo, filósofo y poeta, había representado en ella la primera comedia (2).

Al otro lado de Grecia, en el fondo del Euxino, en Sínope, nacerá muy pronto Diógenes el cínico; y en Abdera, en la costa de Tracia, vivía aún Demócrito, de

---

(1) Si se acepta la corrección de Winckelmann (*Cartas*, t. I, p. 282), que convierte los 60 pies que Diodoro (XIII, 82) nos da para la anchura del templo en 160. La primera cifra es evidentemente demasiado baja, puesto que la anchura no hubiera sido más que 1/6 de la longitud; mientras que en el Partenón, en Olimpia, era de 1/3, poco más ó menos; pero la segunda cifra es tal vez exagerada, porque la anchura hubiera sido entonces 1/2 del largo. El templo del Júpiter Olímpico en Atenas tenía cuatro estadios de circuito. (Pausanias, I, 18, 6.)

(2) Hemos reunido en el grabado de la página 269 algunos de los tipos principales de las monedas de Siracusa, desde el origen de la acuñación de moneda en aquella ciudad, en el siglo VI antes de nuestra era, hasta principios del siglo III, poco más ó menos. Nuestro objeto es presentar á primera vista el desarrollo gradual del arte monetario en la ciudad donde este arte parece haber alcanzado y conservado largo tiempo la mayor perfección. He aquí la descripción compendiada de esas hermosas medallas, con la fecha aproximada de su fabricación.

1.ª SVRAKOSION. Héroe desnudo, conduciendo una biga al paso, mirando á la derecha. En el reverso, cuadrado hueco dividido en cuatro compartimientos; en el centro, en un espacio circular, una pequeña cabeza de mujer, de estilo arcaico, vuelta hacia la izquierda. (Tetradracma acuñada en tiempo de la oligarquía de los Geomari, en el siglo VI.)

2.ª ΣVRΑΚΟΣΙΟΝ, en inscripción retrógrada. Cabeza de mujer (tal vez la Victoria), coronada de hojas de laurel, y alrededor cuatro delfines. En el reverso, héroe, vestido con túnica talar, conduciendo un carro tirado por tres caballos que van al paso. Sobre éstos la Victoria, volando con una cinta en las manos, y en el exergo un león. [Pentekontalitrón acuñado en tiempo de Gelón I (485 á 478.]

3.ª ΣΥΡΑΚΟΣΙΟΝ. Cabeza de la ninfa Aretusa, mirando á la derecha con el cabello envuelto en un *cecrífalos* de forma particularmente notable, y alrededor cuatro delfines. En el reverso, héroe barbudo, vestido con túnica talar, guiando un carro tirado por tres caballos que van al paso, mirando á la derecha. Sobre estos últimos la Victoria vuela con una cinta en las manos [Tetradracma acuñada en la época del gobierno democrático que precedió al sitio de Siracusa por los atenienses (466 á 415)]

4.ª ΣΥΡΑΚΟΣΙΩΝ. Cabeza de Perséfone, mirando á la izquierda, con una corona de hojas de trigo y grandes pendientes, y alrededor cuatro delfines. En el exergo, ΕΥΑΙΝΕ, firma de Evenetes, grabador del cuño monetario. En el reverso, mujer en una cuádriga al galope, mirando á la izquierda; lleva en la mano una larga varilla, y con ella dirige los caballos. Encima se ve la Victoria volando, con una cinta en las manos. En el exergo, casco, coraza y *cnémides*, con un escudo [Pentekontalitrón acuñado en tiempo de Dionisio el Viejo ó sus sucesores inmediatos (406-345).]

Los nombres de artistas grabadores de los cuños monetarios de Siracusa son los siguientes: Cimón, Evenetes, Euth..., Eucleidas, Eumenes, Parménides, Sosión y Frigilio. Junto al magnífico medallón firmado por Evenetes representamos al de Cimón, que fué su contemporáneo y digno émulo.

5.ª ΣΥΡΑΚΟΣΙΩΝ. Cabeza de Perséfone con pequeños pendientes, mirando á la izquierda. Los caballos de la diosa están retenidos por una ancha faja en la cual se ve la letra K, inicial de ΚΙΜΩΝ, nombre del artista grabador del cuño monetario. Alrededor de la cabeza, cuatro delfines, y en el que está en el exergo, la palabra ΚΙΜΩΝ. El reverso del pentekontalitrón de Cimón es semejante al de Evenetes.

quien Cicerón decía: «De la fuente de este grande hombre tomó Epicuro el agua para regar sus huertecillos (1).» Cuéntase que, arruinado por largos viajes, estaba á punto de ser tachado de infamia como disipador; para defenderse leyó al pueblo su *Diacosmos*, una teoría del universo, y sus conciudadanos, poseídos de admiración, diéronle más de lo que había perdido buscando la sabiduría. La vida intelectual comenzaba á debilitarse en las colonias, más preocupadas entonces de los ricos cargamentos que se recibían en sus puertos que del arte y la filosofía que tanto habían amado. Herodoto se había alejado de Halicarnaso, como Anaxágoras de Clazomene y Parrhasio de Efeso.

II. — LOS POETAS Y LOS HISTORIADORES; LOS FILÓSOFOS Y LOS MÉDICOS

Después de esta rápida excursión á través del mundo helénico, volvamos á tratar de algunos hombres superiores, para señalar mejor sus caracteres y ver qué parte les correspondió en la obra civilizadora de la Hélade.

Fuera de Atenas, Grecia tuvo á fines del siglo VI, y en el transcurso del siguiente, cinco poetas célebres y un historiador que aun leemos: Simónides de Ceos, Epicarmo de Cos, Empédocles de Agrigento, Anacreonte de Theos, el beocio Píndaro y Herodoto de Halicarnaso.

Ya he hablado del primero, que por el encanto de sus versos había merecido ser comparado con Píndaro, cuyas creencias religiosas profesaba también. «Zeo, dice, tiene en su mano el fin de todo lo que es, y dispone de todas las cosas según su voluntad.» Pero la historia no tiene nada que pedir á ese gran lírico, como no sea su heroico epitafio de Leónidas (2).

Epicarmo era de raza doria por la lengua y por el carácter sentencioso de sus

---

6.ª Cabeza de la ninfa Aretusa, con el cabello en desorden, sujeto por una ancha cinta en la cual se lee el nombre del grabador ΚΙΜΩΝ. Sobre la cabeza, en caracteres muy pequeños, ΑΡΕΘΟΣΑ. En el campo, tres delfines. En el reverso, ΣΥΡΑΚΟΣΙΩΝ. La ninfa Aretusa, en una cuadriga al galope, vuelve la cabeza de modo que se ve su cara de frente. Sobre los caballos, la Victoria con cintas parece avanzar hacia ella sobre la cabeza de dos de los caballos. En el exergo una espiga. [Tetradracma con la firma de Cimón, acuñada en tiempo de Dionisio el Viejo ó sus sucesores (406 á 345).]

7.ª ΣΥΡΑΚΟΣΙΩΝ. Cabeza de la ninfa Aretusa, con grandes pendientes. ΕΥΑΙΝΕ, firma del grabador. En el reverso Hércules joven, arrodillado, ahogando en sus brazos al león de Nemea. Moneda de oro firmada por Evenetes y acuñada en tiempo de Dionisio el Viejo ó sus sucesores (406 á 345.)

8.ª ΣΥΡΑΚΟΣΙΩΝ. Cabeza de Palas con casco de cimera y cuádruple cresta; en la parte anterior del casco, y en caracteres muy pequeños, ΕΥΚΛΕΙΔΑ, firma de Eucleidas, el artista grabador del cuño monetario. En el reverso ΣΥΡΑΚΟΣΙΩΝ. Leucaspis con casco, escudo, espada y lanza, combatiendo vuelto á la derecha; detrás del héroe un altar, y á sus pies una cabeza de carnero. En el exergo ΛΕΥΚΑΣΠΙΣ [Dracma firmada por Eucleidas y acuñada en tiempo de Dionisio el Viejo ó sus sucesores (406 a 345)]

9.ª ΣΥΡΑΚΟΣΙΩΝ. Cabeza laureada de Apolo, y detrás su arco. En el reverso, ΣΩΤΕΙΡΑ. Cabeza de Artemis, con el cabello ceñido de una diadema, y detrás el arco y el carcaj. (Moneda de electro acuñada en tiempo de Timoleón y de la democracia, entre los años 344 y 317.)

10. ΣΥΡΑΚΟΣΙΩΝ. Cabeza de Perséfone, mirando á la derecha, ceñida de una corona compuesta de un tallo de trigo. En el reverso ΑΓΑΘΟΚΛΕΙΟΣ. La Victoria de pie, mirando á la derecha, erigiendo un trofeo, sobre el cual introduce un clavo con un martillo. El trofeo se compone de un casco, escudo, coraza y *cnemides;* en el campo un monograma y la triquetra, emblema de Sicilia. (Tetradracma acuñada bajo el gobierno de Agátocles, entre 310 y 307.)

(1) *Vir magnus in primis, cujus fontibus Epicurus hortulos suos irrigavit. (De Nat. deor.*, I, 43.)

(2) Véanse t. I, p. 45, sus magníficos versos sobre las quejas de Dánae.



Monedas de Siracusa. (Véase la explicación en las págs. 267 y 268).

versos; mas no por la naturaleza de su espíritu, puesto que fué poeta cómico muy notable, aplaudido por los siracusanos y admirado de Horacio, que le antepuso á Plauto. Como escribía en la corte de Hierón, donde alcanzó gran favor, y como este príncipe no se avenía con la libertad aristofanesca, Epicarmo, no pudiendo atacar á los reyes, la emprendió contra los hombres y los dioses En sus comedias presentaba tipos ó caracteres, ó eran parodias irreverentes de las leyendas mitológicas (1). Sabido es que inventó, como personaje cómico, el parásito, que tanto éxito tuvo en Roma, y más adelante veremos cómo trataba á los Olímpicos. No hemos conservado casi nada de él, y es preciso ir á buscar en vasos pintados de la Grecia Magna algunos de sus personajes (2).

Los que quieren considerar á Epicarmo como filósofo le dan un lugar en la escuela pitagórica; pero sin duda no tiene derecho á este título sino por algunas graves sentencias, tales como las que se encuentran acá y allá en toda obra poética. En la estatua de bronce que le fué erigida por Siracusa, Teócrito escribió: «Ha dicho muchas cosas útiles para la vida, dejando un tesoro de sabios preceptos.» Platón, sin recordar su juicio sobre el autor de las *Nubes* (3), considera á Epicarmo «maestro de los poetas cómicos (4).»

Empédocles de Agrigento, que por varios conceptos pertenece á la escuela pitagórica y á la de los eleatas, fué gran poeta y hombre de acción (5). Daba constituciones á las ciudades, ocupábase en secar los pantanos pestilentes (6), obstruía la parte alta de los valles para cerrar el paso á los vientos peligrosos y conocía los remedios que libran de la muerte. Platón y Aristóteles le admiraban, y Lucrecio le cantó. Era hombre de genio, pero el genio raya á veces en locura; Empédocles se creyó dios é hizo creerlo así, lo cual no era difícil entre los antiguos cuando se poseían riquezas, genio ó poder. «¡Amigos, decía al principio de su poema titulado *Las Purificaciones;* á vosotros que habitáis las alturas de la gran ciudad bañada por el blondo Acragas, y que sois celosos observadores de la justicia, salud! Yo, que no soy hombre, sino un dios, me presento á vosotros ceñido de cintas y coronado de flores.

(1) Epicarmo había nacido hacia 539, y fué hijo de un tal Asclepiades de Cos; vivió largo tiempo en Siracusa, donde se encontró con Esquilo, y murió al parecer en 454, ó acaso más tarde. Nos quedan los títulos de 35 de sus producciones y 168 fragmentos que solamente nos dan 319 versos. Se han exagerado mucho las diferencias de *raza* entre dorios y jonios. La gravedad espartana no existe sino en Lacedemonia, donde las circunstancias históricas la habían impuesto. Sabido es que la doria Megara disputaba á Atenas el invento de la comedia llena de atrevidos chistes.

(2) En su comedia titulada *La Esperanza* ó *Plutus*, Epicarmo hace decir á uno de sus personajes: «Yo como con todo aquel que lo quiere; basta convidarme; y también con quien no quiere, pues no necesito que me inviten. En la mesa reboso de ingenio, hago reir mucho y alabo al amo de la casa; pero si alguno me contradice, le agobio con mis injurias; y después de haber comido y bebido bien, me marcho. No me acompaña un esclavo con su linterna; mas sé andar solo, aunque tropezando en las tinieblas. Si encuentro la guardia, confío en la bondad divina para salir libre á costa de algunos latigazos; y cuando llego á mi casa todo molido, duermo en el suelo sin cuidarme de nada mientras que el vino embota mis sentidos» (Julio Girard, *Estudio sobre Epicarmo.)* Antes de ir á Roma, el parásito visitó Atenas, y de él se habla en el *Banquete* de Xenofonte. Sobre el parásito latino véase mi *Hist. de los romanos*.

(3) Véase p. 223.

(4) En el *Theetete*, ὁ ἄκρος [τῆς κωμῳδίας], dice más que «el creador,» tanto más cuanto que Platón da el mismo título á Homero respecto a la tragedia.

(5) Florecía hacia 444. Véase en el t. I, p. 323 lo que se ha dicho acerca de sus doctrinas sobre la naturaleza de las cosas.

(6) Algunas medallas conservan este recuerdo. La una le presenta sentado en el carro de Apolo y deteniendo al dios cuando se dispone á disparar sus flechas fatales. Véase *Anales del Instituto de la Correspondencia Arqueológica*, 1845, p. 265. Otra moneda recuerda sus trabajos en el lecho del río Selinús.

Cuando entro en las ciudades florecientes, hombres y mujeres se prosternan, y todos me siguen, suplicando que les dé lo que es provechoso. Los unos me piden oráculos y quieren saber cuál es el camino que conduce á la felicidad; los otros solicitan remedios eficaces para curarse (1).» Empédocles pretendía conocer secretos para impedir el progreso de la vejez, provocar ó contener los huracanes y hacer salir á los muertos de los infiernos: era un iluminado. Durante algún tiempo enseñó en Atenas, y cierto día leyó ante los jueces Olímpicos, alcanzando entusiastas aplausos, su poema titulado *Las Purificaciones*.

A pesar de sus triunfos, en su alma había un reflejo de la tristeza de Hesiodo: creía en el pecado original y en la caída del hombre, que expía en la vida presente las faltas pasadas (2). «¡Triste raza de mortales, dice en las primeras líneas de su libro, raza desgraciada! ¿Qué desórdenes te produjeron? En cuanto á mí, cuando me hallaba en el colmo de la felicidad, caí entre los hombres y me he condolido al ver esta tierra teatro del crimen, donde residen la envidia y los otros males.» Empédocles creía en la expiación por la metempsícosis; en su concepto, el alma vagaba durante treinta mil años de un cuerpo á otro, pasando después á los vegetales, donde se convertía en fuerza vital de la planta: idea singular, pero que, reducida á no ser sino la expresión de una semejanza entre las principales funciones de la vida en la naturaleza organizada, ha tenido en nuestros días brillante éxito (3). De esa doctrina Empédocles dedujo que se debía respetar á todos los seres vivientes, puesto que en cualquiera de ellos, hasta en el más humilde, se podía ocultar el alma de un pariente. Esas almas inmortales, sin embargo, una vez practicada la virtud, acababan por gozar de la eterna bienaventuranza.

Empédocles desapareció obscuramente; pero los agrigentinos no se conformaron con este fin modesto, que no correspondía ni á su brillante carrera ni á las maravillas que se le atribuyeron, y por lo tanto creyóse que, para penetrar el gran misterio de los fuegos volcánicos, ó para hacer creer, por una súbita desaparición, que había subido al cielo, se había precipitado en el cráter ardiente del Etna. El volcán retuvo al temerario, pero arrojó fuera una de sus sandalias. Las doctrinas filosóficas de Empédocles, mezcla de física y de teología, son confusas. ¿De dónde provienen las vicisitudes de las cosas, la separación de los elementos, la formación del mundo y todos los fenómenos que en él se producen? Del predominio de dos principios contrarios, el Amor y la Discordia, que ejercen su influencia por medio de miles de genios benignos y maléficos. ¿Y de dónde procede ese predominio alternante, que impele por un lado á la unidad completa y por el otro á la multiplicidad absoluta? ¿Quién hace inevitables el nacimiento y la muerte, la mezcla de las partes y su di solución? Solamente una causa produce estas transformaciones, y es la Necesidad. En el fondo, el dios supremo de Empédocles no es la *Inteligencia*, de la cual habló una vez después de Anaxágoras; es el antiguo dios de los poetas, el Destino; pero á esta antigua teología, Empédocles agregaba la concepción dualista del Bien y del Mal, del Placer y del Dolor, de lo Justo y de lo Injusto, que bajo una forma inconsciente ó refleja se halla en el fondo de todas las religiones, porque este dualismo está en la naturaleza humana y con la vida universal que nos rodea (4).

---

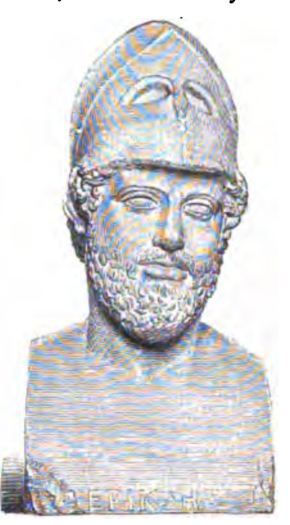
(1) Diógenes Laerte, VIII, 62.

(2) Según la leyenda, Júpiter envió el diluvio de Deucalión para castigar los crímenes de los hombres. Véase t. I, p. 40.

(3) Es el fondo de la nueva escuela fisiológica. Véase t. I, p. 641, n.° 2.

(4) G. Bretón, *Ensayos sobre la poesía filosófica en Grecia*, p. 224. El autor cita con este motivo, p. 227, el pasaje siguiente de la *Metafísica* de Aristóteles: «El hombre vió que junto al bien se

Anacreonte y Píndaro no interesan más que por la historia literaria. Al hablar del poeta, Platón le llamaba «cosa ligera, alada y sagrada.» De estos tres adjetivos, los dos primeros convienen al anciano de Teos, á quien agradaba tener á su lado al joven Batilo y «ver el vino sonreir en una copa de oro (1);» pero los tres parecen más adecuados á Pindaro, que alcanzó de sus compatriotas honores divinos, y á quien Alejandro admiró casi tanto como á Homero. Hoy día no seduce ya más que á los literatos del más refinado gusto (2), porque sus odas no son, como los trabajos de Fidias, bellas para todos los tiempos; encantan sin conmover, y para comprenderlas, es necesario conocer bien á fondo la vida griega. Ya hemos indicado, por lo que hace á la historia, que Píndaro sigue siendo muy religioso; mientras que Epicarmo ha dejado de serlo, y que en cuanto á la vida futura, conservó las ideas de Homero creyendo que la mansión de los bienaventurados está reservada para los que triunfan y son poderosos (3).



Pericles (Museo Británico)

La historia ha nacido en Jonia. La Grecia continental, demasiado preocupada de sus leyendas, contentábase con los cantos de sus vates y los grandiosos dramas de Esquilo y de Sófocles; pero en las ciudades comerciales de la costa de Asia resonaban los rudos golpes que los conquistadores descargaban en aquel punto ó en Egipto, y esto despertó una curiosidad interesada. Cadmos de Mileto no había hablado en el siglo VI más que de la fundación de su ciudad; pero su compatriota Hecateo, que florecía en el tiempo en que los jonios pensaban en desafiar el poder de los persas, fué un gran viajero, y redactó su *Vuelta al mundo*, περίοδος γῆς, compuesta de dos libros, de los cuales el primero se titulaba *Europa*, y el otro *Asia*. También escribió las genealogías de algunas familias ilustres, sin aceptar lo maravilloso de que la leyenda había rodeado ciertos nombres: el Cerbero no era para él más que una serpiente que andaba por el cabo Tenaro. Este escepticismo naciente no le impidió creer que él era descendiente de los dioses (4). Como historiador y geógrafo, Hecateo fué precursor de Herodoto, quien le aventajó por mucho.

---

manifestaba también lo contrario en la naturaleza; que junto al orden y la hermosura encontrábanse el desorden y la fealdad; que el mal parecía sobreponerse al bien, y lo feo á lo bello. Un filósofo introdujo la Amistad y la Discordia, causas opuestas de estos efectos contrarios, pues si se deducen las consecuencias según las opiniones de Empédocles, y si nos fijamos en el fondo de su pensamiento y no en la manera vaga de enunciarle, se verá que de la Amistad hace el principio del bien y de la Discordia el del mal. En su consecuencia, si se dijese que Empédocles ha sido el primero en proclamar el bien y el mal como principios, tal vez no nos engañaríamos, puesto que en su sistema el bien en sí es la causa de todos los bienes y el mal la de todos los males.»

(1) Sin embargo, hay un testimonio acerca de él que induciría á suponerle otro carácter. En el *Misopagón*, Juliano habla de poesías graves de Anacreonte; pero no ha quedado nada de ellas.

(2) Véase Villemain, *Ensayos sobre el genio de Píndaro y la poesía lírica;* A. Croiset, *La poesía de Píndaro y las leyes del lirismo griego;* y J. Girard, *Estudios sobre Píndaro.*

(3) Véase t. I, p. 144.—Sin embargo, se pueden hallar en sus versos vestigios de la influencia de las ideas pitagóricas y de las enseñanzas órficas.

(4) Me contento con apuntar los nombres de algunos otros biógrafos, como Tucídides los llama: Ferícides de Leros, Carón de Lampsaco y Xantos de Sardes, que precedieron á Herodoto, como los cantores de la época heroica á Homero. Helanicos de Mitilene vivió bastante tiempo después,

Herodoto era hijo de la ciudad doria de Halicarnaso en Caria; pero después de sus largos viajes visitó Atenas, encariñóse con los atenienses y celebró sus hazañas. Dícese que después de la lectura pública de ciertos pasajes de su historia, que dió en la fiesta de las grandes Panateneas, se le concedieron diez talentos por decreto del pueblo. Ha conservado hasta cerca de nuestra época su popularidad, pues sin él, solamente los ecos sonoros de Maratón y de las Termópilas nos recordarían la gigantesca lucha entre Grecia y Asia. Sus relatos se asemejan de tal modo á un poema épico, que los griegos les dieron los nombres de las nueve musas. Herodoto miraba por todas partes, escudriñando hasta los más obscuros rincones donde se ocultan las leyendas domésticas; de modo que á menudo mezcló la novela con la historia, y esto es lo que constituye el encanto de su libro. Como Píndaro, representa con especial interés los antiguos tiempos en que los dioses y sus oráculos eran respetados, y en que aun dominaba la divinidad fatal, la Nemesis envidiosa, que sin razón aparente, ó por razones que no lo son en realidad, arruina las fortunas más considerables, aniquila los reyes y sus razas, y somete á los pueblos á la servidumbre ó les libra de ella (1). Por el carácter de su obra, Herodoto recuerda á Bossuet: comparar estos dos nombres parecerá extraño, pues el poderoso tribuno nada tiene sin duda de común con el ameno narrador; pero ambos creían en un gobierno del mundo por la acción divina, que es la que eleva y derriba los imperios. Reyes y grandes de la tierra están, á su modo de ver, en manos de lo que para los griegos es el Destino, para Bossuet la Providencia y para los filósofos la expiación de las faltas, ó el triunfo alcanzado por la sabiduría ó el heroísmo. Sin embargo, se trasluce un destello del nuevo espíritu en las palabras de Herodoto cuando, al dar cuenta de la peste que diezmó al ejército persa, atribúyela al hambre y no á la cólera de Apolo (2); ó cuando explica la formación del valle de Tempé por un terremoto, y no por un golpe del tridente de Neptuno (3). También anuncia la era nueva que se aproxima, la de la política razonada, en el debate que supone, entre los asesinos de los magos, sobre las ventajas y los inconvenientes de la monarquía, de la oligarquía y del gobierno popular (4). Hasta parecería escritor de nuestros tiempos si al decir que el buen éxito corona las resoluciones adoptadas conforme á la razón, mientras que las contrarias á ella dan mal resultado, no añadiera: «porque al dios no le place prestar su auxilio á las resoluciones humanas (5).» Estas últimas palabras le relegan á la época en que la Nemesis divina reinaba aún.

Tucídides y Herodoto son contemporáneos, porque el uno precedió al otro en la tumba solamente algunos años (6); mas por su espíritu pertenecen á dos edades diferentes de Grecia. Las cómodas explicaciones del escritor de Halicarnaso no satisfacen ya la curiosidad viril del historiador de la guerra del Peloponeso, y Tucídides desdeña ese espíritu que se mantiene en la superficie de las cosas. La posteridad, más justa, comparte entre ellos su agradecimiento.

---

puesto que hablaba en su libro de la batalla de los Arginusos, en 408. Aunque haya podido conocer á Tucídides, no fué aún más que un cronista, á quien agradaban más las leyendas que la historia.

(1) Dice (I, 32): «La divinidad no es más que envidia, que se complace en los trastornos;» y desde el principio al fin de su libro, ocúpase en demostrar el φθονος τῶν θεῶν.

(2) VIII, 115.

(3) VII, 129.

(4) III, 80.

(5) VIII, 60.

(6) Herodoto murió en 406 y Tucídides poco tiempo después de haber terminado su destierro; se le llamó, así como á los demás expatriados, en el año 404.

Anaxágoras, Demócrito, el cretense Diógenes, y sobre todo Sócrates, inauguran en el siglo v la gran época de la filosofía. Ya he dicho por qué no voy á ocuparme ahora del maestro de Platón (1); pero debo hablar de dos hombres superiores, Anaxágoras y Demócrito, que condujeron el espíritu helénico por nuevas vías.



Herodoto (2)

Anaxágoras, nacido hacia 500 en Clazomenes, vivió treinta años en Atenas, donde fué íntimo amigo de Pericles, quien le libró en 431 de una acusación de impiedad, pero no del destierro. Enseñaba que el sol no era sino una piedra inflamada y atribuía el mismo carácter á los astros, lo cual era una irreverencia para Apolo, Helios y las otras divinidades que la religiosidad popular confundía con las estrellas. Lo sobrenatural recibía con esto una herida en el corazón, y hasta entonces Grecia había vivido creyendo en ello. Anaxágoras evitó el proceso y sus consecuencias refugiándose en Lampsaco, donde murió hacia el año 428. Como todos los filósofos de la escuela jónica, buscó una explicación del mundo sensible y los antiguos le llamaron el gran físico, ὁ φυσικωτατος, á lo cual debió los desdenes de Platón. Según él, la materia es eterna pero variable en sus elementos. «Nada nace, decía, y nada muere; lo que existe se mezcla ó separa, confúndese ó se disocia; el nacimiento es una composición, la muerte una descomposición.» No diría más un moderno. La fuerza que impone estas modificaciones á la materia no es el destino, que tanto tiempo predominó en las creencias, ni tampoco la casualidad, palabra cómoda para ocultar nuestra ignorancia: es el Espíritu. Empédocles, que era poeta, explica el movimiento por la acción contraria de dos fuerzas míticas, el Amor y el Odio Los atomistas no veían en el universo más que efectos mecánicos producidos por la gravedad de los átomos; Anaxágoras enseñó la existencia de una fuerza incorpórea, ἀσώματος, inmutable, pensadora y activa, que no crea la materia sino que se limita á coordinarla. «Todas las cosas estaban confundidas, dice; la Inteligencia, causa eficiente y principio del movimiento, Νοῦς απχὴ τῆς κινησοεως, puso orden en el caos; y como la materia se agitaba por sí misma circularmente, las partes pesadas se reunieron en el centro y las ligeras en la circunferencia, debiéndose á esto que la tierra se halle en medio del universo. Sobre ellas están las

(1) Véase p. 228.
(2) Busto del Museo de Nápoles (copia de una fotografía).

aguas y después el aire, cuyo torbellino la sostiene en el lugar que ocupa; y más arriba, en fin, encuéntrase el fuego, que ha inflamado ciertas partes sólidas, desprendidas de la tierra por la violencia de la rotación, tales como el sol y las estrellas. Respecto á la lluvia, el viento, los eclipses, etc., las ideas de Anaxágoras se aproximan á las nuestras, encontrando cierta analogía doctrinal entre él y los pensadores modernos, que admiten la uniformidad del plan en la creación de los seres del reino orgánico. La Inteligencia de Anaxágoras, que es el alma del mundo, ψυχὴ τοῦ κόσμου, se extiende á todo y forma las almas particulares del hombre, del animal y de la planta; en todos es idéntica á sí misma, pero obra en ellos según se lo permite la organización del cuerpo que la encierra. Así, por ejemplo, el hombre es superior al animal porque tiene manos y voz; y el animal lo es á la planta porque está provisto de mayor número de órganos, y de consiguiente desempeña más funciones. Privada de sus instrumentos necesarios, la Inteligencia se mantiene inactiva, y las almas particulares, átomos de la universal, mueren con el cuerpo que se disuelve, ó por lo menos pierden su individualidad espiritual.»

La impresión producida por esta doctrina fué profunda, y un siglo después, Aristóteles hablaba aún con admiración del filósofo de Clazomene. «Cuando un hombre, decía, vino á proclamar que una Inteligencia, así en la naturaleza como en los seres animados, es la causa del orden y de la regularidad que se manifiestan por doquiera en el mundo, ese hombre pareció ser el único que había conservado la razón, guardando en cierto modo el ayuno después de las embriagueces extravagantes de sus antecesores (1).»

Pero la Inteligencia de Anaxágoras, que para proveer á la organización del mundo tenía la omnisciencia y el pensamiento, no conocía ni el bien ni lo justo: era una fuerza inteligente de la naturaleza, y no el dios personal de la conciencia, faltándole el gobierno moral del mundo. Por lo menos habíase encontrado el arquitecto del *cosmos*, y acababa de abrirse un nuevo camino que conduciría á la humanidad á la concepción de la unidad divina. Las escuelas socráticas debían dar al principio inmaterial de Anaxágoras los atributos que la razón imaginara para constituir una Providencia, sin que los esfuerzos de Sócrates y de Platón bastaran para inutilizar la revelación que San Pablo haría más tarde á los atenienses acerca «del Dios desconocido.»

La fecha del nacimiento de Demócrito fluctúa entre 494 y 460, pareciendo aproximarse más á este último año que al primero; y la de su muerte es igualmente incierta, si bien se supone que vivió ciento nueve años, edad sumamente avanzada. Viajó mucho, desde Egipto á la Gran Grecia, y estudió las doctrinas de las escuelas de Elea y de Pitágoras, cuyos principios combatió. Supónese que visitó también la Persia y la Caldea para interrogar á los magos. A los griegos les agradaba que sus grandes hombres hicieran estos viajes, como si en Oriente se hallase la fuente de toda sabiduría. Parece que su maestro fué Leucipo; mas no podemos distinguir en la doctrina atomística la parte de aquél y la del discípulo. Hasta se pretende que, confundido entre la multitud de oyentes, escuchó en Atenas las enseñanzas de Sócrates y de Anaxágoras. No hablaremos de las anécdotas en que se refieren los rigores de que fué objeto por parte de los abderitanos cuando le creyeron disipador y loco, ni la admiración que les inspiro después de haber dado lectura pública de su Μεγας διάκοσμος; pero la sonrisa que á menudo se veía en sus labios nos parecería que indicaba la desdeñosa indiferencia del filósofo ante los vanos placeres y las inútiles tristezas de los hombres. Siendo para él la tranquilidad del alma el bien soberano,

(1) *Metafísica*, I, cap. III, § 28; trad. de Mr. B. Saint-Hilaire, t. I, p. 35.

no cifraba la felicidad en las cosas perecederas, como la riqueza, los honores y el poder. Conclusión: el sabio no debe asombrarse ni conmoverse por nada; y esta indiferencia filosófica es, á la verdad, una parte de la sabiduría. Demócrito añade: «Respeta tu razón y no le pidas nunca nada injusto.» Gran frase, pues toda la moral se puede encerrar en dos palabras: el respeto á sí mismo, que evita todo acto degradante, y el sentimiento del deber, que impone en caso necesario todos los sacrificios.


Demócrito (2)

Los antiguos atribuyen á Demócrito setenta y dos obras, que se han perdido, salvo algunos raros fragmentos, y le comparaban con Platón por la brillantez del estilo, así como con el Estagirita por la curiosidad científica. El mismo Aristóteles decía de él: «Parece haber consagrado á todas las cosas sus profundas meditaciones (1).»

A la teoría de los átomos debió principalmente su fama. No nos corresponde hablar aquí de esa doctrina de los «indivisibles,» que arrastrados por la gravedad ó el movimiento flotan eternamente en el espacio infinito, donde chocan y se combinan para formar el mundo y los seres particulares que contiene, separándose después para volver á formar otras combinaciones; de modo que todo se transforma y nada perece. La vida misma resulta del encuentro de átomos más sutiles, que comunican al hombre su superioridad. La historia, menos acostumbrada que la filosofía á penetrar en esas tinieblas, limítase á consignar que el sistema atomístico, que no admite sino un solo ser, el cuerpo, y una sola fuerza, la gravedad, es una doctrina naturalista, como lo habían sido las de los jonios, de Heráclito y de Empédocles, quienes no reconocían seres incor

(1) *De la Generación*, I, 2.

(2) Mármol del Museo de Nápoles (según fotografía). El nombre dado á este busto dista de justificarse suficientemente.

póreos; que Demócrito, al poner en duda la verdad de la percepción sensible, preparaba el escepticismo de Protágoras y de Pyrrhón; que al recomendar que se huya de todo cuidado y en particular del matrimonio, para llegar á la felicidad, su moral abría la puerta á la de Epicuro; y por último, que privaba á las almas de un apoyo necesario para muchas de ellas, cuando enseñaba que los dioses eran una creación de la imaginación de los hombres atemorizados por las convulsiones de la naturaleza. Sin embargo, Demócrito no fué el único culpable, pues semejante censura se podría dirigir también á toda la antigua filosofía. Desde el momento en que Grecia comenzó á interrogar la razón, los dioses se hallaron en peligro. Es la marcha acostumbrada: la imaginación y el sentimiento habían fundado el politeísmo y la ciencia le mató.

La teoría de los átomos está en favor aún entre nuestros sabios (1). Cuando buscan en qué elemento se resuelve la materia, no pueden apelar ni á la unidad numérica de los pitagóricos, ni á la unidad panteísta de los eleatos; pero el átomo les proporciona la unidad corporal necesaria para sus combinaciones. Los filósofos, por su parte, preguntan á ese sistema cómo del mundo material sometido á las leyes mecánicas del movimiento se pasará al mundo del espíritu, donde reina la voluntad libre; pero ¿quién ha descubierto este secreto?

Al ver por todas partes leyes físicas, Demócrito consideraba inútil lo sobrenatural; pero admitía la existencia de genios aéreos, buenos y malos, aunque mortales, que podían revelar el porvenir, suponiendo con esto que los dioses gobernaban el mundo. ¿Provenía esta contradicción de la circunstancia de conservarse en él un resto de la creencia popular en los demonios, que no había podido arrancar de su espíritu, ó fué un acto de prudencia respecto á la religión establecida, para salvar la divinación, tan cara á todos aquellos supersticiosos? Más bien se debe admitir que aquel gran lógico, que trataba de encontrar un objeto real detrás de cada idea, aceptó la doctrina de los demonios para explicar los sueños, las alucinaciones y las advertencias hechas por aquellos seres superiores al hombre en inteligencia.

Reconozcamos en nuestro filósofo un mérito de naturaleza particular; y es que fué el inspirador del gran poema de Lucrecio.

Diógenes de Apolonia en Creta, contemporáneo de Demócrito, siguió una senda muy distinta, que le acercó á la que Anaxágoras había recorrido: consideró el universo como producto de un principio inteligente que le había vivificado y ordenado; mas no osó constituir este principio racional y sensible en un ser distinto del mundo. Esto fué, sin embargo, lo bastante para que los devotos pusieran su vida en peligro.

Considérase á Diágoras de Melos como un liberto de Demócrito; fué poeta, y siempre ligero de cabeza. Ferviente adorador de los dioses en un principio, abandonólos después, cuando rehusaron castigar los perjurios de un depositario que le había engañado; burlóse de los misterios de Samotracia, escarneció en Atenas los de Eleusis, y solamente la fuga le libró de la cicuta ó del *Báratro.*

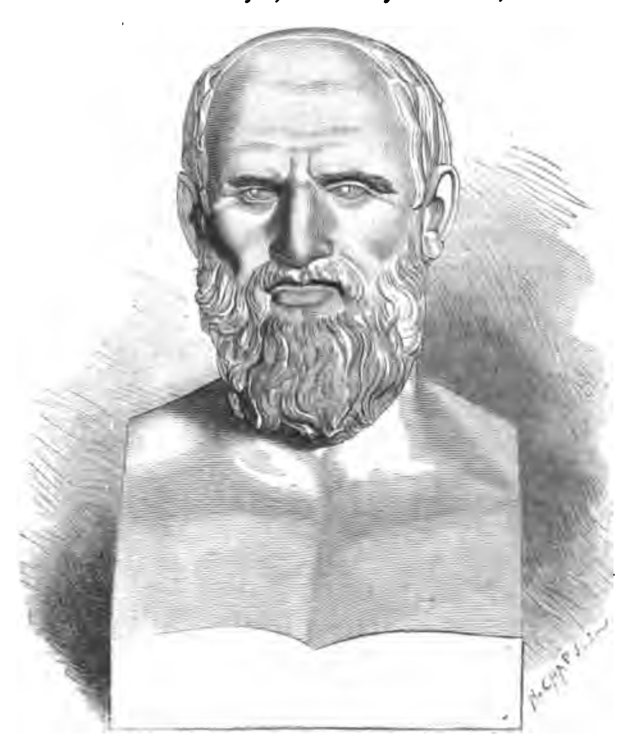
Así como en Francia, hace siglo y medio, en la Grecia de los últimos días de Pericles se ve avanzar por todas las vías del pensamiento á los audaces mineros que socavan los templos. La religión popular se defenderá largos años, porque, lo mismo para los pueblos que para los individuos, las costumbres se pierden con mucha lentitud; pero el hacha toca ya á las raíces del árbol.

Se pretende que Demócrito fué uno de los maestros de Hipócrates. Si tuvieron alguna relación, el filósofo de Abdera debió hablarle de sus estudios sobre los animales y las plantas; pero el gran Asclepiades era uno de esos hombres que se for-

(1) Véase t. I, p. 323, nota 2.

man de por sí; además, tenemos otra razón para hacerle figurar entre los filósofos, puesto que escribió en su tratado *Del Decoro:* «El médico filósofo ¿es igual á los dioses?»

Aunque los helenos hubiesen elevado á Esculapio á la dignidad de dios, y por más que Homero celebrase la ciencia de sus hijos, Podaliro y Machaón, del adivino Melampos, y de su descendiente Anfiaraos que leía el porvenir, la medicina griega se asemejó durante largo tiempo á la de los hechiceros africanos. Practicábase en los asclepiones con ayuda de algunos simples, muchos sortilegios, largos ayunos, apariciones nocturnas, sueños provocados, que influían en la imaginación de los enfermos, y que á veces curaban á alguno (1). ¿No podría la fe, «que tan lejos transporta las montañas,» determinar acciones nerviosas, cuyos efectos pareciesen operar milagros sin confundir la incredulidad (2)? Con la curiosidad creciente de los espíritus en todos los ramos de la ciencia, los asclepíadeos ó sacerdotes de Esculapio llegaron á encontrar los medios más racionales, aunque sin renunciar á las prácticas supersticiosas que servían para infundir confianza al enfermo, asegurando su docilidad.



Hipócrates (3)

(1) Mi sabio cofrade, Mr. Perrot, me ha dicho que aun hoy día los que enferman en Lesbos van á dormir á las iglesias para que un sueño les revele el remedio necesario.—Una inscripción muy larga, descubierta en Epidauro en 1883, contiene el relato de veinte curas milagrosas por visiones, sueños, etc. Véase *Revista arqueológica de agosto* 1884.

(2) Véase en el *Plutus* de Arist fanes, versos 641-801, el singular colirio que Esculapio prepara por sí mismo para Neoclides, y la curación de Plutus, el dios ciego, cuyos párpados van á lamer dos serpientes llamadas por Esculapio. Sabido es por inscripciones últimamente descubiertas, que en ciertos *asclepiones* los perros se encargaban de tal operación (t. I, p. 114, nota 1), y esto se comprende mejor. Hace muy poco se descubrió en Bath, en Inglaterra, un monumento votivo en honor de Esculapio, monumento en que se había esculpido un perro. Sobre los diversos medios de curación, algunos de los cuales eran singulares, véase P. Girard, el *Asclepeión de Atenas.* (Véase *Revista arqueológica* de 1884, t. II, p. 129.)

(3) Busto en mármol de la quinta Albani (según fotografía).—El busto no tiene ninguna inscripción, pero la cabeza de Hipócrates figura en monedas de Cos y la semejanza es verdaderamente notable.

Estas curaciones eran lucrativas y los dioses se hicieron competencia; Apolo abrió tienda contra su hijo Esculapio, y con tal éxito, que para reconocer sus servicios se consagró un templo en Figalia (Arcadia) al Apolo Epicurios, ó el *Benéfico*. En el transcurso de los tiempos, los dioses curanderos se multiplicaron: Diana, Ceres, Baco, Mercurio, Hércules, Vulcano y hasta Venus, que nadie esperaba ver entregada á semejante ocupación, así como el egipcio Serapis, tuvieron consultas (1). Minerva no esperó tanto tiempo, y reveló en sueños á Pericles las propiedades de una hierba que salvó á Mnesiclés, el cual se había caído desde lo alto de los Propíleos: en recompensa se le erigió otra estatua y otro nuevo altar, el de Atenea-Hygia. Después de los dioses tocó el turno á los héroes: uno de ellos, Anfiaraos, obtuvo tal éxito, que arruinó á los asclepiones de Beocia (2).

Estas cosas son muy humanas y propias de todos los tiempos, por lo cual no hay motivo para extrañarlas; mas en medio de esas prescripciones de charlatanes, hallábanse prudentes consejos, cuyo número aumentó á cada generación. «El templo de Esculapio, dice Estrabón, está siempre lleno de enfermos, y allí se ven cuadros colgados que expresan el tratamiento seguido.» Estos informes datan de larga fecha, puesto que las *Sentencias cnidianas* son anteriores á Hipócrates y debían constituir un fondo de experiencia que poco á poco iba en aumento. La medicina llegó á secularizarse; formáronse médicos que estudiaron el cuerpo humano, como los filósofos estudiaban el universo; y si los trabajos anatómicos no podían practicarse entonces sino en animales (3), no por eso aprovecharon menos á la ciencia, como sucede en nuestra época, en la que esas experiencias renuevan la medicina. En cada ciudad importante organizóse un servicio médico y hasta gratuito para los pobres (4); y los médicos hallaron discípulos que pagaban su enseñanza (5); algunas administraciones municipales los subvencionaron, y con frecuencia, varios ricos clientes labraron su fortuna.

Así, por ejemplo, aquel Apolónides, compatriota y predecesor de Hipócrates, que curó á un señor persa, alcanzó mucha nombradía en la corte de Susa; pero mezclóse en una intriga de harem y esto fué causa de su terrible fin; también podríamos citar á Demócedes de Crotona y á Ctesias de Cnido, el uno médico de Darío y el otro de Artajerjes Mnemón (6).

En el siglo v, dos escuelas rivales eran célebres en Grecia, la de Cnido y la de Cos, y de ésta última salió Hipócrates. Nacido hacia 460, é hijo de un asclepiadeo que pretendía descender de Esculapio en línea recta y de Hércules por la femenina, murió en Larisa, en Tesalia, á una edad muy avanzada. Su legítima nombradía fué causa de que en la antigüedad circularan sobre él famosas anécdotas: dícese que rehusó los presentes de Artajerjes; que curó á los atenienses de la peste, y al hijo de un rey de Macedonia del mal de amor de que padeció también el hijo de Seleuco

(1) En el templo de Serapis, en Canope, encontrábanse hasta individuos á quienes los enfermos pagaban á fin de que soñasen para ellos (Estrabón, XVII, 17; Pausanias, II, 27.)

(2) Véase *Revista arqueol.* de 1886, p. 108 y siguientes.

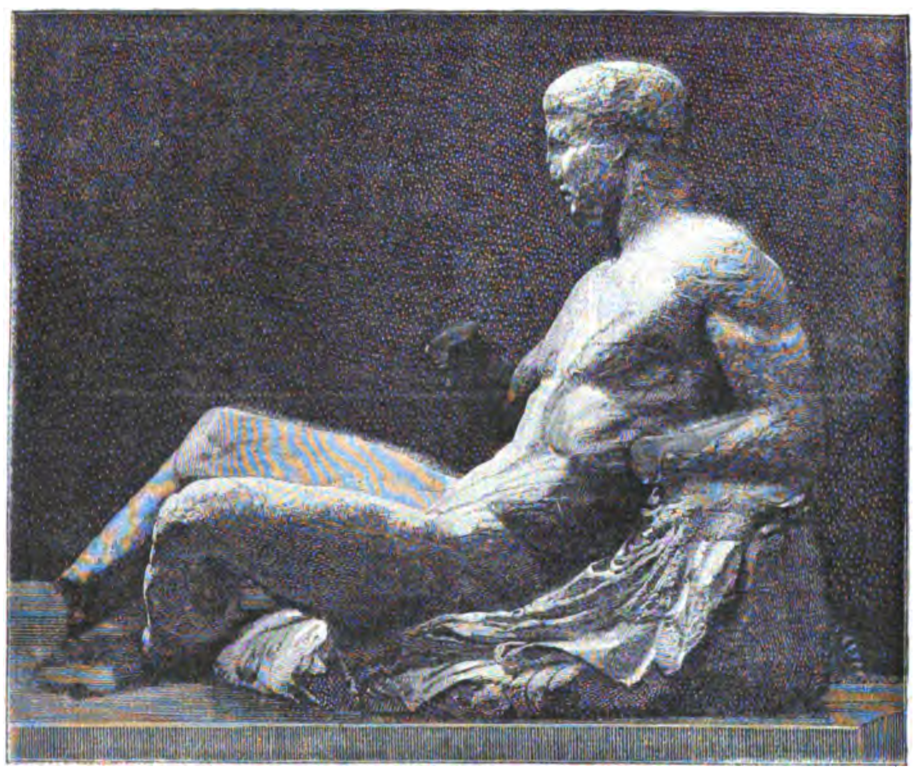
(3) Dícese que al llegar Hipócrates á Abdera encontró á Demócrito disecando animales.

(4) Véase *Historia de los romanos*.

(5) Así lo atestigua este pasaje del *Protágoras* de Platón: «Dime, Hipócrates, si fueras á buscar tu homónimo de Cos, llevándole cierta cantidad de dinero, y te preguntasen por qué, ¿qué contestarías? — Que le entrego la suma porque es médico. — ¿Y con qué objeto? — Para llegar á serlo yo también.» En el libro IV de las *Leyes*, Platón habla de los médicos, y dice que ejercen una profesión establecida con regularidad en todas las ciudades.

(6) Demócedes, que curó á Darío de una violenta torcedura, empleó indudablemente medios ortopédicos, ó por lo menos Aristóteles (*Polit.*, VIII, 4) dice que se usaban ciertos instrumentos mecánicos para mantener el cuerpo derecho.

Nicanor. La crítica moderna siente verse obligada á rechazar semejantes historias; pero la gloria de Hipócrates es demasiado grande para que pueda necesitarlas; su principal honor consiste en no haber querido creer sino en los hechos bien observados, pues nunca le agradaron las hipótesis. En sus *Aforismos* fundó el arte de curar por la experiencia, y su vida fué un continuo esfuerzo para sacar reglas médicas del caos del empirismo. Viajó mucho, estudiando el hombre, el medio en que habitaba,



Hércules (Herakles) (1)

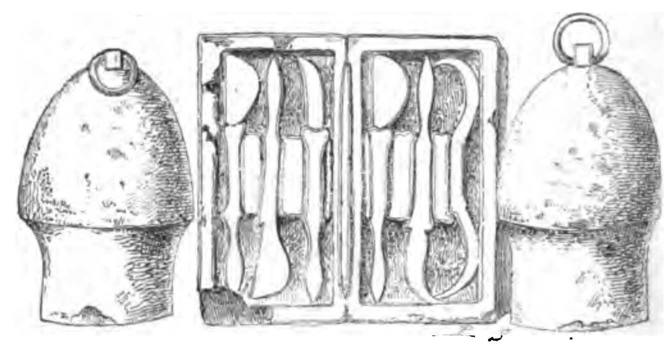
las estelas votivas que los enfermos dejaban en los *asclepiones*, las notas conservadas en los templos y los tratamientos practicados.

Al suponer tantas enfermedades distintas como síntomas diferentes reconocía, la escuela de Cnido creaba una infinidad de especies patológicas, para cada una de las cuales variaba el tratamiento; de modo que se corría el peligro de extraviarse buscando el mal donde no existía.

En Cos observábanse las diversas fases de la enfermedad reconocida, á fin de atacar siempre al verdadero enemigo; limitábanse los remedios en vez de multiplicarlos y se simplificaban las enfermedades, reduciéndolas á un corto número de afecciones morbosas; pero al fijar toda su atención en el desarrollo del mal, la escuela de Cos no estudiaba suficientemente ni el punto de partida ni la condición anatómica de la enfermedad: esta era su falta.

(1) Mármol del frontis oriental del Partenón, existente hoy en el Museo Británico (según fotografía). – La figura es más conocida con el nombre de Teseo.

No nos incumbe entrar en los detalles de la medicina hipocrática; pero debemos citar al menos el tratado *De los aires, de las aguas y de los lugares* que es conciso y excelente, sin contar que la idea que le inspiró está aceptada hoy no sólo por el médico, sino también por el historiador filósofo: es la influencia local en el hombre, por el aire que respira, el frío ó el calor que le rodea ó penetra, el suelo que habita y los alimentos de que se nutre. Cuando una cultura superior del espíritu no ha igualado aún las condiciones de la vida moral, el hombre de las montañas no puede tener los mismos hábitos de vida ni las mismas ideas que el habitante de las playas marinas, de los ardientes arenales ó de las llanuras cubiertas de una vegetación



Estuche de cirugía (1)

exuberante. En lugares tan diferentes, las constituciones médicas difieren como el desarrollo social.

«Es preciso, decía Hipócrates, estudiar el cuerpo humano en sus relaciones con todas las cosas;» y andaba muy acertado en fijar su atención en la parte de la ciencia en que la higiene debe reinar como soberana.

La medicina tiene el doble deber de estudiar esas influencias exteriores y penetrar por la ciencia en el interior de los tejidos para reconocer lo que Hipócrates llamaba humores, de los cuales hizo la teoría; y lo que interesa más aún á la medicina moderna, el estado de los órganos. Hipócrates cumplió bien con el primero de estos deberes y una parte del segundo, mas no podía cumplir del todo con este último, puesto que la anatomía del cuerpo humano estaba prohibida. «Hacer que prevalezca la observación de todo el organismo sobre la de un órgano, el estudio de los síntomas generales sobre el de los locales y la idea de la identidad de afecciones sobre la de sus particularidades; tal es la medicina de la escuela de Cos y de Hipócrates (2).»

Esto es lo que él llamaba *prognosis* ó estudio de la condición pasada, presente y futura del enfermo; pero ese estudio paciente no daba por resultado una me-

(1) Bajo relieve ateniense, según el *Boletín de la Correspondencia helénica*, I (1877), lám. 9 (Dr. Anagnostakis). – El bajo relieve representa un estuche de *ventosero*, con dos divisiones, y que contiene, en efecto, cuantos instrumentos podrían necesitarse para la aplicación de ventosas escarificadas. Son tres cuchillos obtusos, dos escalpelos corvos, y en último término una sonda encorvada á guisa de gancho. A cada lado del estuche hay una ventosa.

(2) Litré (*Obras de Hipócrates*, t. I, p. 4 56). Platón iba más lejos que Hipócrates, pues dice en el *Laches*: «Si los médicos no obtienen buen resultado en la mayor parte de las enfermedades, es porque tratan el cuerpo sin el alma; no hallándose todo en buen estado, es imposible que la parte se mantenga bien.» Yo estoy seguro de que el médico de Cos habría aprobado este pensamiento.



La Venus de Milo (París, Museo del Louvre)

dicina muy activa. Un adversario lo llamó, con tanta malignidad como ingenio, «meditación sobre la muerte.»

Cuando se busca en estas antiguas doctrinas hipocráticas lo que ha podido cruzar de ellas á través de los siglos encuéntrase el *animismo* de Van Helmont y de Stahl, el vitalismo que enseñaron durante largo tiempo diversas escuelas, la teoría, en fin, que no separa lo que hace vivir de lo que hace pensar. Más extraño parece aún encontrar una tesis que se relaciona con una notable doctrina recientemente impuesta á la ciencia: la enfermedad proviene de un principio morbífico que penetró en el organismo, y este principio es el que se debe expulsar (1).

Estas apreciaciones del genio justifican lo que ha dicho sobre Hipócrates un sabio que tenía derecho para no aceptar sin dificultad cuanto se refiere á grandeza humana: «Cuando se dice el gran Hipócrates, no es del hombre de quien se trata, sino del médico (2).»

También se podría reclamar este título para el hombre que ha escrito: «El médico se acomodará siempre á la fortuna de sus clientes. Cuando haya extranjeros ó pobres que socorrer, debe ir á visitarlos ante todo, y no solamente los asistirá con sus remedios, sino también con su dinero.» El *Juramento hipocrático* es aún hoy, por lo que hace á la dignidad de la profesión, la ley del cuerpo médico.

III. — LOS ARTISTAS

El quinto siglo es la edad de oro para el arte griego. Ya hemos dicho qué artistas había producido Atenas y ahora veremos los que dió el resto de la Hélade, por lo menos aquellos cuyos nombres han llegado á nosotros con la indicación de sus obras.

Quersifrón y su hijo Metagenes, de Knosos en Creta, no corresponden al período que nos ocupa, puesto que comenzaron en el siglo VI la construcción del gran templo de Efeso. Para que se les confiase una obra que se ejecutaba á expensas de toda la Jonia era preciso que fuesen los arquitectos más notables de su época, y como la construcción del templo duró 220 años, Efeso debió ser una escuela fecunda para el arte arquitectónico. Ya hemos hablado de Hipodamos de Mileto, el constructor del Pireo; pero no sabemos quién construyó el templo de Egina, de donde el arte parece haber partido para llegar, por el Teseión, al Partenón.

La estatuaria tuvo un gran maestro, que los antiguos han hecho figurar junto á Fidias, y era Policletes de Sicione ó de Argos (3). Los artistas del siglo de Pericles no se relegaban á un rincón del dominio del arte, sino que le cultivaban por entero, y así se ve que Policletes fué tan hábil arquitecto como gran escultor. Construyó en Epidauro un monumento circular, el *Tholos*, y un teatro que fué muy admirado de los antiguos; en Argos, su *Juno* rivalizaba con la Minerva del Partenón, aunque era

---

(1) Esta tesis es justa por lo que se refiere á las enfermedades infecciosas, y hasta á algunas de aquellas que provienen de la alteración de un órgano.

(2) Aristóteles, *Polit.*, VII, 4.

(3) Se ha creído que nació en Sicione y que se le conoció como ciudadano de Argos. Quintiliano (XII, 10) se expresa así al hablar de Policletes: «Nadie le igualó en la finura y riqueza de los detalles y en la dignidad del conjunto; pero no acertó á dar majestad á sus figuras. Si al representar la forma humana se elevó sobre la realidad, en cambio no ha reproducido tan bien el carácter imponente de los dioses. En este punto, Fidias y Alcamenes le aventajaron: *Phidias diis quam hominibus efficiendis melior artifex creditur.*» (*Instituto orat.*, XII, 10.) Algunos se inclinan á creer que una Juno de mármol de la quinta Ludovici (véase p. 89) es una copia de la Juno de Policletes, de la cual hizo Pausanias una descripción (II, 17, 4). También se encuentra una imitación en la moneda de Argos, según Müller (*Denkmaler*, I, lám. 30, fig. 132).

de menores dimensiones y menos rica. Fidias vivía en espíritu entre los dioses; Policletes habitó más entre los hombres. Este artista llegó hasta escribir sobre las proporciones del cuerpo humano y aplicó sus preceptos á su *Doryforo*, que se llamó el canon ó la regla. Los antiguos conferían el premio de la estatuaria á los dos grandes artistas, al uno por sus dioses, al otro por sus *Canéforas*, que Verrés sustrajo á los sicilianos, su *Amazona*, que fué preferida á la de Fidias en el famoso concurso de Efeso (1), y sus estatuas de atletas vencedores, como el *Diadumeno* y los dos αστραγαλιζοντες ó jugadores de taba. Mirón, á quien se hubiera podido comprender entre los artistas atenienses (2) fué más lejos en la imitación de la naturaleza; su vaca de bronce era famosa, y más aún su *Discóbolo*, cuya actitud debió ser muy difícil de representar (3). Poco sabemos de Alcamenes, de Agorácrites y de Colotes, colaboradores de Fidias, y de Onatas de Egina, del cual son famosas dos estatuas de bronce, la una que representa un Hermes crióforo y la otra un Herakles, y menos datos tenemos aún de otros diez artistas; pero sabemos que, según la creencia de los griegos, la estatua de Artemis en Efeso había caído del cielo.

Polignoto de Tasos, á quien Cimón trajo de esta ciudad en 463, vivió largo tiempo á orillas del Ilisus y obtuvo en Atenas el derecho de ciudadanía, en recompensa de sus trabajos por el decorado del templo de Teseo, del *Anaceión*, del Pecilo y de una parte de los Propíleos. En el *Anaceión*, santuario de los Dioscuros, representó las bodas de las Leucípides con Cástor y Pólux (4). Varios bajos relieves de sarcófagos que reproducen esta leyenda son tal vez una imitación del cuadro de Polignoto. El Pecilo, pórtico donde la gente iba á guarecerse del sol, componíase por un lado de una larga columnata que servía de apoyo al tejado y por el otro de un muro en el que los pintores representaron escenas que recordaban las hazañas del pueblo ateniense: de aquí tomó su nombre de «pórtico pintado.» En Platea, Polignoto pintó en el templo de Atenea la figura de Ulises vencedor de los pretendientes, y en el Leschi de los cnidios, en Delfos, la toma de Ilión, la bajada de Ulises á los infiernos y la escuadra griega saliendo de la Troada. Aun se notaba rigidez en el dibujo de Polignoto: era pintura escultural, que con medios muy sencillos producía, sin embargo, grandes efectos. Los antiguos elogiaban la expresión y la belleza de sus figuras; pero no se observaba en ellas ni la gracia ni el carácter dramático que los pintores de la edad siguiente comunicaron á sus obras. La pintura y la estatuaria son dos hermanas que se parecen y que siguen una y otra las variaciones del gusto: la primera, con una vivacidad á veces imprudente, y la segunda con más reserva.

Zeuxis de Heraclea del Ponto y Parrhasios de Efeso, su rival, eran más jóvenes que Polignoto. Su pintura, mejor entendida y menos ideal, se acerca más á la verdad. Aristóteles censura á Zeuxis por ceder demasiado á la morbidez jónica. Si hemos de dar crédito á las anécdotas que con frecuencia se refirieron, y que no son por esto más autenticas, llegaron hasta á engañar en todos sus cuadros á los más

---

(1) Plinio, XXXIV, 8.

(2) Habia nacido en Eleuterai, aldea beocia, pero aliada de Atenas, sin haber sido nunca un demo de Atica. La vaca de Mirón fué asunto de una treintena de epigramas griegos, uno de los cuales fué traducido por Marcial:

Pasce greges procul hinc, ne, quaeso, bubulce, Myronis
Aes veluti spirans cum bubus exagites.

(3) Véase el Discóbolo, p. 17.

(4) Leucípides, ó hijas del jefe mesenio Leucipo, á las que los Dioscuros robaron para casarse con ellas después de haber dado muerte á sus prometidos. (Pausanias. I, 18, 1.)

expertos: el uno pintó un racimo de uvas, que los pajarillos acudieron á picar, y el otro una cortina, que Zeuxis quiso descorrer, creyendo que ocultaba el verdadero cuadro; pero estos serían alardes de habilidad más bien que arte. Adviértase que ambos pintores sacaban á manos llenas sus asuntos del rico fondo de la antigua poesía. Zeuxis pintó, combinando armoniosamente la luz y las sombras, una Hipocentaura, que Syla se apropió después, pero que se perdió en una tempestad cerca del cabo Malea; un Hércules niño, un Júpiter rodeado de los otros dioses, un Marsias, una Penélope, imagen de la castidad según Plinio, y una Elena que parecía resucitar la de Homero, etc. De Parrhasio se elogiaba el combate de los lapitas y de los centauros, la disputa de Ayax y de Ulises, un Agamenón, un Prometeo encadenado, un Ulises fingiéndose loco, y también escenas licenciosas. Ambos artistas alcanzaron gran nombradía y hasta la opulencia. A pesar de ser tiempos desgraciados, Grecia tuvo oro para sus pintores favoritos. El rey de Macedonia, Arquelaos, pagó por los cuadros de Zeuxis que tenía en su palacio 400 minas, y Parrhasio no se presentaba en público sino vestido de un ropaje de púrpura con franja de oro. Creíase un modelo de elegancia, así como se juzgaba maestro en su arte, y por lo tanto no es de extrañar que se inclinase á la gracia afeminada. «Su Teseo, decía Eufranor, se alimentó de rosas, y el mío se ha nutrido de carne.»

En la Grecia continental, Sicione y Tebas tuvieron algunos pintores célebres: Timante, que venció á Parrhasio en un concurso por su *Ayax disputando las armas de Aquiles;* Pausias, artista en quien se revelaba más la gracia que el vigor, y el beocio Arístides, que comunicaba á sus figuras la espresión moral que Zeuxis no supo reproducir en las suyas, mereciendo por esto la censura de Aristóteles. Más tarde, la escuela de Sicione brillará en todo su esplendor con Lisipo y Pánfilo.

Al ver á los estatuarios y á los pintores pedir á Homero sus inspiraciones, nos inclinamos á decir que la *Iliada* fué la Biblia de Grecia tanto para el arte cuanto para la religión. Así como nuestras iglesias de la Edad Media eran por sus vidrios un gran libro de enseñanza religiosa, así las paredes y el frontis de los templos griegos debían serlo también por el hecho de reproducir las leyendas que hablaban á los ojos de las divinidades y de los héroes de la raza helénica. En Roma el arte no será más que una importación extranjera; mientras que en Grecia salió del corazón mismo del país, y esto fué el secreto de su grandeza (1).

IV. — CONCLUSIÓN

En el largo viaje que acabamos de hacer á través de Grecia hemos visto que, excepto una sombra que se extiende sobre la costa de Asia, en otro tiempo tan brillante, el movimiento reina en todas partes: las cabezas piensan, los brazos trabajan y las obras maestras se multiplican. El medo y el cartaginés han sido derrotados y en vez de terror hay suma confianza, siendo el ardimiento infatigable. La victoria

(1) Hemos hablado en el t. I, p. 307, de la influencia del Oriente en el genio griego, y también podríamos demostrar la reacción del arte de Grecia en el asiático. Telefanes de Focea no fué sin duda el único estatuario del país que Darío y Jerjes llamaron para decorar Persépolis. Plinio dice que por su talento merecía figurar junto á Mirón y Policletes. Véase el *Arte antiguo de Persia* de Mr. Dieulafoy, y *La Persia, la Caldea y la Susiana* de Mme. Jane Dieulafoy. Según esos intrépidos viajeros, en el valle de Poulvar-Roud, que desemboca en Persépolis, hállanse las ruinas de monumentos erigidos por Ciro después de la conquista del Asia Menor. En ellos se reconoce la influencia de los artistas griegos, observada hasta en Persépolis, en las construcciones de la segunda dinastía aqueménide (Darío, Jerjes y Artajerjes Ocus); pero estos monumentos revelan un arte compuesto, griego, asirio y egipcio.

ha elevado á ese pequeño pueblo sobre sí mismo; su actividad se desarrolla en todos sentidos, y su espíritu se cierne en las más altas regiones; mientras que sus templos, sus estatuas y sus pinturas revisten el país de un decorado nuevo, haciendo al hombre como una segunda naturaleza, en medio de la cual se pasea un espíritu libre y atrevido.

El centro y como el foco de donde radia esa vida es Atenas, la ciudad adonde tantas otras enviaban para el templo de Eleusis las primicias de sus cosechas (1) y de la que Platón debió decir, tributándole un justo homenaje, que, «con relación á Grecia, era el Pritaneo de la sabiduría (2).» De ella salió también el más fecundo pensamiento político de aquel tiempo, un pensamiento de Pericles, que hizo el último esfuerzo para unir fraternalmente las diferentes ramas de la raza helénica. Por su solicitud eligiéronse veinte ancianos, de los cuales cinco fueron á ver á los griegos del Asia y de las islas, cinco á visitar los del Helesponto y de Tracia, otros tantos á la Grecia central y al Peloponeso y los cinco últimos á la Eubea y á la Tesalia. Estos ancianos, ministros de paz, habían llevado un decreto por el cual se convocaba en Atenas á los diputados de toda la Grecia, para deliberar sobre la reedificación de los templos incendiados por los bárbaros, los sacrificios prometidos á los dioses durante la guerra, y por último, los medios de garantizar la seguridad de los mares, estableciendo la concordia entre todos los helenos (3). Hubiera sido imponente espectáculo el que ofreciera la Grecia reunida á la sombra del Partenón, discutiendo con Pericles los más grandes intereses, unida en un mismo pensamiento, santo, religioso y patriótico. Jamás el sol habría iluminado tan magnífica solemnidad, porque hubiera sido la de la paz y de la civilización. Es indudable que si Maratón y Salamina habían engendrado á Esquilo, Sófocles, Herodoto y Fidias, otros nuevos genios y nuevas obras maestras habían nacido de esa feliz unión de todo el mundo helénico.

Esparta contribuyó vergonzosamente á que se rechazara el proyecto, temerosa de que Atenas se presentase como la metrópoli de Grecia, y que á fuerza de engrandecerse por sus servicios y su esplendor hiciera olvidar á la envidiosa y estéril ciudad oculta en los cañaverales del Eurotas. He aquí por qué en vez de recibir en su seno á los Estados generales de Grecia, Atenas debía ver la guerra avanzar hasta sus puertas, y esta guerra no cesaría hasta después de haber consumado contra todos y por todas partes su obra destructora; hasta después de haber envilecido el carácter griego y quebrantado esa civilización, tan fecunda á pesar de todo, que sus restos, diseminados á lo lejos, tendrán la virtud de reanimar un momento al antiguo Oriente desfallecido, llamando á la vida al Occidente, más joven y bárbaro aún.

(1) Isócrates, *Paneg.*, 31, y *Bol. de la Corresp. helén.*, IV, p. 225.

(2) En el *Protágoras*. Pericles dice en la oración fúnebre (*Tucídides*, II, 37) que muchos griegos imitaban las leyes de Atenas, y Demóstenes (*Contra Timócrates*): «Muchas ciudades han adoptado sus leyes.»

(3) Plutarco, *Pericles*, 17.



QUINTO PERÍODO

LUCHA DE ESPARTA Y DE ATENAS (431-404)

CAPITULO XXIII

LA GUERRA DEL PELOPONESO HASTA LA MUERTE DE PERICLES

I. – GUERRA DE CORCIRA (434) Y CUESTIÓN DE POTIDEA (432)

Abolida la monarquía en todos los Estados de Grecia, excepto en Lacedemonia, fué reemplazada por la oligarquía, y ésta, á su vez, debió hacer concesiones cada vez mayores al espíritu democrático; pero el movimiento no se efectuó por igual, pues unas ciudades se adelantaron á otras en este cambio de sistema de gobierno. En las dos extremidades hallábanse Atenas y Esparta, las dos representantes de esa sociedad múltiple de Grecia; la una en plena democracia, y la otra retenida invenciblemente en la aristocracia. Entre estos dos puntos opuestos había lugar para muchos grados; pero cuanto más se acercaba una ciudad al uno ó al otro, más tendía á unirse con aquella cuyo espíritu conviniese mejor á su constitución, y de aquí resultó entre las dos rivales una lucha de influencia que acabó por armar una mitad del pueblo griego contra la otra.

Mientras que Atenas reunía á su alrededor los insulares y la mayor parte de las ciudades marítimas, Esparta mantenía en su alianza á los pueblos del continente: frente al imperio ateniense estaba la liga del Peloponeso; más de la tercera parte de la península pertenecía en propiedad á Lacedemonia, y como en el resto no había más que pequeñas ciudades, aquélla no encontraba rival á su alrededor; de modo que todas, menos Argos, aceptaban su supremacía. Para los ilotas y los mesenios la dominación de Esparta era inexorable, y la vida de este país se reducía á una ocio-

sidad bárbara, tan inútil para sí misma como para todo el mundo, en vez de ofrecer la fecunda actividad de Atenas. Sin embargo, preciso es reconocerlo, fuera de su influencia en aquella época estaba el legítimo imperio de un pueblo fuerte y moderado. Sin tributos ni vejamen alguno, Esparta era la cabeza de una liga formada voluntariamente, no la capital de un imperio. Si una empresa de interés general exigía el esfuerzo de todos, los diputados de cada ciudad se reunían, discutíase y se votaba, y cada cual contribuía á la obra común con el contingente de hombres y el dinero necesario. No se atacaba la libertad de ninguno, y el concurso de todos se aseguraba mucho mejor que en aquel imperio ateniense, donde el amo debía temer la sublevación de los súbditos.

Por lo demás, las circunstancias y la situación de las dos ciudades, más bien que el designio premeditado de sus habitantes, habían hecho nacer esas dos políticas contrarias; la ambición de Atenas era, como el desinterés de Lacedemonia, resultado de una necesidad. La mayor parte de los peloponesios, pueblo agricultor que se contentaba con poco, manteniéndose voluntariamente en su rusticidad nativa, sin la menor industria, sin comercio, sin artes y hasta diremos sin necesidades casi, aveníanse con una autoridad que apenas sentían, y que hubieran rechazado si hubiese ejercido la menor presión sobre ellos. ¿Qué hubiera ganado Lacedemonia con tratarlos como súbditos, ensanchando esa extensa llaga del ilotismo que tenía en el costado siempre sangrienta? ¿No poseía acaso más tierras de las que necesitaba? ¿Y no habían probado las guerras de Tegea y de Argos que los espartanos, confinados por la naturaleza y por sus costumbres al Sur del Peloponeso, no podían salir de allí? La deferencia de los aliados satisfacía su orgullo militar; y como sus leyes les condenaban á la pobreza y á despreciar el comercio y las artes, no necesitaban usurpar riquezas.

Sin embargo, no se debería tomar al pie de la letra esta independencia de los aliados de Esparta. Cierto que Tucídides habla de una dieta general reunida en Lacedemonia; pero en toda cuestión los espartanos deliberan separadamente y la asamblea decide por lo que ellos resuelven. Aun hay más; exigen rehenes, y los guardan en lugares fortificados, de modo que Pericles tenía razón al decir: «Devolved vosotros también la libertad á las ciudades que tenéis avasalladas.» Pero esas ciudades no pagaban tributo durante la paz, ni se las obligaba á que se dirimieran sus litigios en Lacedemonia, y la apariencia de libre discusión que se permitía á la dieta no era más que una ilusión que disimulaba su verdadera dependencia.

Los espartanos se habían portado juiciosamente en el asunto de la traición de Pausanias y habían cedido con bastante acierto cuando los insulares quisieron ponerse bajo el mando de Atenas; pero al formarse aquel imperio que no habían previsto, estalló la antigua envidia. Cada victoria de Cimón ó de Pericles resonaba dolorosamente en su corazón, y muy pronto no pudieron resistir el rumor importuno que se producía á su alrededor sobre los triunfos de una rival. Los pueblos interesados en la humillación de los atenienses no dejaron que se desvaneciera aquella cólera, y Atenas tuvo dos enemigos: aquellos cuyo comercio arruinaba con su competencia, como los dorios de Egina, de Megara y de Corinto, que fueron los verdaderos promovedores de la guerra, y los persas á quienes había humillado (1).

(1) Desde el año 429 Esparta envió embajadores á Persia, y aun antes de que la guerra estallase, Arquidamos enumeraba entre los recursos de Lacedemonia los auxilios que podría obtener de aquel país (Tucídides, I, 82). Inmediatamente después de su derrota, Persia había atacado á Grecia con su oro, enviando un tal Arthmios con ricos tesoros para que emprendiese la conquista. Cuando se presentó en Atenas, Temístocles le expulsó por un decreto, que Demóstenes vió grabado en una

Vencidos por mar y tierra, y amenazados hasta en sus provincias marítimas, los persas habían renunciado á una lucha abierta; pero la traición de Pausanias les demostró que lo que no osaban intentar con el hierro podrían conseguirlo con el oro, y desde aquel día no faltó nunca en Grecia el precioso metal pérsico. Ya hemos visto como un enviado persa trató ya, en 457, de inducir á Esparta á la lucha contra Atenas. A semejanza de ciertos potentados de otra época, Artajerjes tuvo agentes de distinta especie. Plutarco habla de una hermosa jonia llamada Targelia, que se había relacionado con los ciudadanos más influyentes de cada Estado griego: con su fatal belleza y su talento seducía á cuantos se acercaban á ella, y una vez sometidos, los entregaba al gran rey. Así se diseminaron por las ciudades, dice aquel autor, las simientes de la facción médica: esto era la contraposición del reinado de Aspasia en Atenas y de su patriótica influencia. Compréndese que no podamos seguir los progresos de esa doble corrupción tan bien calculada; pero se juzgará de su alcance por los efectos que ha de producir. En el fondo de las vivas reclamaciones y de la cólera de los peloponesios contra Atenas, sin duda había envidia á causa de su engrandecimiento; pero ¿cuantos dáricos reales no contribuirían también á la obra? Los 10 talentos inscritos en el fondo secreto del presupuesto ateniense, εις τὸ δέον, no bastaban para neutralizar la funesta influencia del gran rey.

La rivalidad comercial de Megara, de Egina y Corinto, y el odio secular de Esparta avivado por las intrigas de Persia, más bien que la ambición de Atenas, tan vigorosamente contenida por Pericles, y más bien que su despotismo, que como se ha visto no tuvo nada de insolente ni de cruel, fueron las verdaderas causas de la guerra del Peloponeso. Solamente podríamos censurar á los atenienses por dos causas: por su soberanía judicial, que obligaba á los aliados á llevar muchos de sus procesos á los tribunales de Atenas, lo cual era una medida vejatoria é irritante; y por sus exigencias en cuanto al tributo de los aliados, que hubieran debido disminuir desde el momento en que los persas no amenazaban ya. Sin embargo, ¡con cuántos servicios no se compensaban estas faltas!

No busquemos otro origen á esa lucha fratricida. Esparta, que tenía la preponderancia en Grecia antes de las guerras Médicas, habíala perdido, pero no renunció á ella; esta supremacía entre las dos ciudades, representantes de dos razas y de dos sociedades distintas, era un litigio siempre pendiente que tarde ó temprano se debía juzgar por medio de las armas. «El verdadero motivo de la guerra, dice Tucídides, aquel sobre el cual se guardó el más profundo silencio, fué el desarrollo creciente del poderío de Atenas, que inspiró temores á los lacedemonios (1).» Causas secundarias, las únicas confesadas públicamente, y la protección debida por Lacedemonia á las ciudades marítimas de origen dorio, uniéronse á la que hemos indicado y sirvieron de pretexto para la guerra (2).

La lucha comenzó por discordias particulares, que á nuestro modo de ver no debieron producir un conflicto general; mas en el estado en que se hallaban los ánimos, la menor chispa bastaba para inflamarlo todo. El fuego estalló en Grecia

---

columna de bronce en el Acrópolis (*Fil.*, III, 42; *Embajada*, § 271), y que autorizaba á todo ciudadano á matarle dondequiera que le encontrara, por haber llevado á Grecia el oro corruptor del gran rey.

(1) I, 23. La división de la obra de Tucídides en libros se hizo, no por él, sino por los gramáticos antiguos.

(2) Ni siquiera indicaré la opinión de que Pericles, siguiendo el consejo de Alcibíades, lanzó á los atenienses en aquella guerra para no verse obligado á rendir cuentas. Toda su administración y el juicio que de Tucídides merece son una protesta contra esas anécdotas que dispensan del estudio y de la reflexión. Es preciso dejar esas miserias para Aristófanes. Véase p. 222.

casi súbitamente por tres puntos á la vez, por el Oeste, el Este y el Centro: en Corcira, Potidea y Platea.

La isla de Corcira, situada cerca de las costas occidentales de Grecia, á la entrada del golfo de Jonia, había sido ocupada por una colonia corintia. Hija, con frecuencia rebelde, de Corinto, Corcira llegó á ser metrópoli á su vez y fundó en la costa vecina, á quince millas al Norte del promontorio acroceraunio, la ciudad de Epidamno *(Dyrrachium)*. Las colonias se gobernaban comúnmente por las mismas instituciones de la ciudad de que procedían, de modo que Epidamno tuvo una aristocracia como Corcira; pero llegó un día en que los males de este régimen hicieron desear á los de Epidamno un gobierno popular y de aquí resultó una revolución. Los ricos, expulsados de la ciudad, contrajeron alianza con los taulantianos, tribu bárbara de los alrededores, é hicieron tanto daño á los habitantes de Epidamno, que estos pidieron auxilio á su metrópoli, y como Corcira se lo negase, acudieron á Corinto, su abuela. Recordaron á ésta que un corintio había presidido, según costumbre, la fundación de su ciudad, y añadieron que el oráculo de Delfos les había ordenado que se dirigiesen á ella. Los corintios «tomaron bajo su protección á aquellos infelices, movidos por la justicia de su causa y también por odio á los naturales de Corcira, que no les tributaban los honores acostumbrados en las solemnidades públicas, y no elegían, como las otras colonias, un ciudadano de Corinto para presidir sus sacrificios. Iguales por sus riquezas á los Estados más opulentos de Grecia, y más poderosos aún por sus fuerzas militares, los corciros miraban con desdén á su metrópoli (1).» Contaban por lo menos con 120 trirremes.

Corinto envió á los de Epidamno una guarnición, que Corcira les prohibió admitir (434), y como desobedecieran, dió orden de que les atacasen cuarenta naves, en las cuales se hallaban los ricos á quienes habían desterrado. Al mismo tiempo propuso á Corinto someter el arreglo de la cuestión al arbitraje de jueces neutrales, ó á la decisión del oráculo de Delfos. Los corintios rechazaron esta proposición, y haciendo un llamamiento á todos aquellos que quisieran establecerse en Epidamno, armaron 2.000 hoplitas y 75 naves, muchas de ellas pertenecientes á sus aliados; pero estas fuerzas no pudieron pasar de la altura de Accio, donde 80 galeras de Corcira les cerraron el paso, alcanzando sobre ellas una victoria. El mismo día Epidamno les abrió sus puertas; los extranjeros á quienes se encontró en la plaza fueron vendidos; los corintios fueron encarcelados y la escuadra de Corcira se hizo dueña del mar occidental (433).

Durante dos años, Corinto hizo grandes preparativos para vengar aquel descalabro; construyó naves, acumulando cuanto se necesitaba para armarlas, y á precio de oro contrató remeros entre todos sus aliados. Aquella amenaza de una guerra temible acabó por atemorizar á Corcira, que habiéndose mantenido hasta entonces ajena á los asuntos y á los tratados de los pueblos griegos, comprendió la necesidad de tener un aliado útil, y como no podía apelar á la liga del Peloponeso, donde su adversaria ocupaba el primer lugar después de Esparta, fuéle forzoso dirigirse á Atenas. Sus enviados encontraron en esta ciudad á los de Corinto; y permitióseles hablar ante la asamblea del pueblo. Los de Corcira recordaron los sentimientos hostiles de Esparta contra Atenas, y las injusticias de los corintios para con ellos, é hicieron valer la utilidad de su alianza para una potencia marítima, así como su importante posición geográfica en el camino de Italia y de Sicilia. «Hay en Grecia, dijeron al terminar, tres potencias marítimas dignas de consideración: la vuestra, la nuestra y la de Corinto; si toleráis que dos de ellas no formen sino una, después

(1) Tucídides, I, 25.

que Corinto se haya apoderado de nuestra isla, deberéis combatir á la vez por mar á las fuerzas de Corcira y á las del Peloponeso; en cambio, si aceptáis la alianza que os proponemos, tendréis nuestras escuadras para luchar contra el Peloponeso.» Los corintios contestaron que los de Corcira eran bandidos, extraños al derecho común de los griegos, y que se les había tratado como á las demás colonias de Corinto, las cuales no podían menos de felicitarse de la conducta de su metrópoli. «Atenas, añadieron, no puede socorrerlos sin romper con los corintios, á los que está ligada por un tratado y grandes obligaciones. ¿No somos nosotros los que en la asamblea del Peloponeso hemos hecho reconocer que Atenas tenía derecho para castigar á Samos insurrecta? La conducta observada entonces debe asegurarnos hoy vuestro agradecimiento y el derecho de castigar á nuestra vez á los aliados rebeldes.»



Navío sobre una placa de arcilla descubierta en Corinto (1)

El pueblo ateniense deliberó dos días sobre esta grave cuestión: el primero fué favorable á los corintios; pero en el segundo vencieron los de Corcira. Como la guerra con Esparta parecía inevitable, según lo habían dicho éstos, importaba asegurarse el apoyo de la segunda potencia naval de Grecia. Por otra parte, muchos veían elevarse ante ellos, más allá de Corcira y el estrecho del mar Jonio, la seductora imagen de Sicilia y de Italia; el interés y la prudencia se sobrepusieron á lo que los hombres rígidos llamaban la justicia, y otros sostuvieron que al unirse con un pueblo que se había abstenido hasta entonces de toda alianza (2), Atenas no violaba derecho alguno. Sin embargo, cuidó de no comprometerse más que á formar una liga defensiva, ofreciéndose solamente para evitar la destrucción de Corcira. Esto era hacer en su favor menos de lo que antes había hecho por Potidea, otra colonia de Corinto, siempre ligada con su metrópoli por vínculos que Corcira había roto hacía largo tiempo. Potidea ocupaba un lugar entre los aliados de Atenas (3), y Corinto no había pensado en tomar esta unión por pretexto para la guerra (433). Diez naves salieron del Pireo en dirección al mar de Jonia, y sus comandantes recibieron orden de no combatir mientras no se atacase á Corcira.

(1) Fragmento de una placa de arcilla pintada, descubierta en Corinto y existente en el Museo de Berlín; según los *Antike Denkmaler herausgegeben vom kaiserl. d. Instit.* I, tab. VIII, 3.— Para llenar los huecos en la parte superior, el artista ha pintado una serie de vasijas. Acerca de estas placas de Corinto, véase t. I, p. 264, n. 4.

(2) Los corintios comparaban la situación de Corcira, por lo que á ellos tocaba, con la de los aliados respecto á los atenienses; pero la comparación no era justa. Hacía largo tiempo que Corcira había roto con su metrópoli y hasta hubo guerra entre ellas; de modo que Corinto no tenía derecho de invocar, como lo hizo, el principio de neutralidad en las diferencias de un Estado confederado, τοὺς προσήκοντας ξυμμάχους αὐτόν τινα κολάζειν, porque los de Corcira no eran para aquélla προσήκοντες ξύμμαχοι. (Tucídides, I, 11, 5.)

(3) Véase p. 132.

Corinto había armado 150 naves y Corcira 110. Las dos escuadras se encontraron cerca de la isla de Sybota, y allí se empeñó, según Tucídides, el combate más encarnizado que hasta entonces se librara entre los griegos. Los corciros, muy maltratados, perdieron muchas galeras, y la escuadra ateniense, que se había mantenido en observación desde el principio del combate, protegió su retirada. Al cabo de algunas horas, que se emplearon en recoger los muertos, los vencedores emprendieron la persecución, y ya alcanzaban al enemigo y por ambas partes se entonaba el *peán*, cuando de repente los corintios retrocedieron: acababan de divisar en el horizonte 20 naves atenienses, enviadas en auxilio de las 10 primeras. Por ambas partes se elevaron trofeos (432); mas al retirarse los corintios se apoderaron de Anactorión, que habían poseído hasta entonces en común con los corciros, y vendieron como esclavos los prisioneros que habían hecho, excepto doscientos cincuenta de los más ricos, por los cuales se proponían exigir considerables rescates.

Antes de alejarse preguntaron si los atenienses tratarían de interceptar su vuelta. «No hemos roto el tratado, dijeron éstos; estamos aquí para proteger á nuestros aliados, y tenéis abiertos todos los caminos, excepto el que os conduzca á Corcira.» De este modo, la paz no parecía rota; pero después de la cuestión de Corinto prodújose la de Potidea en la otra extremidad de Grecia.

Esta ciudad, erigida en el estrecho istmo de Palena, la más meridional de las tres puntas de la Calcídica, estaba sometida á una doble influencia hostil á los atenienses, la de Corinto, que á título de metrópoli enviaba todos los años magistrados á quienes se daba el nombre de *epidemiurgos*, y la de Pérdicas II, rey de Macedonia. que al principio aliado de los atenienses, había roto con ellos desde que los vió tratar con dos de sus enemigos, su hermano Felipe y Derdas, príncipe de Elymea. Corinto quería recobrar de los atenienses una de sus colonias y una posición muy importante; Pérdicas deseaba verse libre de vecinos incómodos, y por esto se alió con Corinto,

Al recibir noticia del hecho, los atenienses ordenaron á los de Potidea el derribo de sus murallas por la parte del mar, intimándoles á entregar rehenes y expulsar á los epidemiurgos corintios. Potidea negoció en Atenas para que se anulase este decreto, y al mismo tiempo en Corinto y en Esparta para obtener el apoyo del Peloponeso si Atenas insistía en las órdenes dadas. Atenas persistió, y entonces Potidea, y á su ejemplo todas las ciudades de la Calcídica, se sublevaron (432). Pérdicas indujo á los habitantes de las ciudades marítimas á destruir sus murallas y á refugiarse en Olinto, ó en tierras que les ofreció en Migdonia.

Esparta había prometido á los emisarios de Potidea invadir el Atica, y de este modo era la primera en romper la tregua de treinta años; mas después que hubieron marchado los embajadores con esta confianza, que les indujo á promover la rebelión, Esparta permaneció tranquila; mientras que Corinto les envió socorros. Atenas se libró de la guerra con Macedonia por medio de un tratado con Pérdicas, quien deseaba mantenerse como espectador de una lucha en que ambos pueblos gastarían sus fuerzas en provecho de él. Toda la lucha se concentró alrededor de Potidea; los corintios quisieron librar á esta plaza, pero fueron vencidos en un combate en que Sócrates salvó á Alcibíades herido y á punto de caer en manos del enemigo. De esta victoria resultó el bloqueo de Potidea, guarnecida por corintios y peloponesios.

Batidos por todas partes, los corintios quisieron llevar las cosas al extremo, y con este fin provocaron una reunión de los aliados en Lacedemonia, y allí se acusó á los atenienses de haber roto la paz, ultrajando al Peloponeso (1). Los eginetas, temerosos de Atenas, no enviaron abiertamente diputados; pero uniéronse en secreto

---

(1) Tucídides, I, 70. Véase, p. 181, el retrato del pueblo ateniense, hecho por el orador de Co-

con los que deseaban la guerra, quejándose de que se les privara de las libertades que los tratados les garantizaran. Los megarenses hablaron más alto, porque desde hacía algún tiempo habían mediado graves diferencias entre ellos y Atenas. Si hemos de creer á Aristófanes y á los que parecen complacerse en atribuir á causas fútiles los grandes acontecimientos, el primer motivo de queja de los dos pueblos reducíase al rapto, por algunos jóvenes aturdidos, en Megara y Atenas, de varias mujeres de fácil virtud. Lo más grave era que los megarenses, cuyo país consistía en rocas áridas ó landas pedregosas, se habían posesionado de tierras del Atica y recibían á todos los esclavos fugitivos de los atenienses. No se había olvidado tampoco su odiosa conducta en 446 (1). Pericles promulgó contra ellos un decreto que les cerraba las puertas de Atenas y de sus aliados, y cuando los lacedemonios reclamaron contra esta ley, que proscribía á un pueblo dorio de una mitad de Grecia, Pericles objetó que habían labrado campos consagrados á Ceres en el territorio de Eleusis. Grecia había apelado más de una vez á las armas por semejantes motivos, y debía hacerlo nuevamente.

Pericles se limitó á enviar un heraldo á Esparta para exponer las quejas de los atenienses «en términos moderados,» según dice Plutarco; pero el heraldo, á quien el derecho griego reconocía la inviolabilidad, fué muerto en el camino, y todo el mundo acusó á los megarenses de aquel asesinato, que las más antiguas leyes de Grecia condenaban. El pueblo hizo solemnes funerales á la víctima, y colocó su estatua en una de las puertas de la ciudad, á fin de que no se borrase nunca el recuerdo de aquel crimen (2). El odio entre las dos ciudades vecinas llegó á ser atroz, y muy pronto veremos á los atenienses pronunciar la pena de muerte contra todo megarense que pusiera los pies en Atica (3).



Guerrero griego
con el casco corintio (4)

Este desgraciado asunto, en que el derecho más estricto estaba de parte de Atenas, decidió de la guerra, que los corintios no habrían tal vez alcanzado para Corcira y Potidea. Aprovechándose de las quejas de Megara, presentaron á los atenienses como un pueblo ambicioso, ávido de innova-

---

rinto, ó más bien por Tucídides, y que termina con estas palabras: «Si se dijera que han nacido para no tolerar nunca la tranquilidad, ni en su casa ni en la de los demás, se daría una idea exacta de su carácter.»

(1) Véase p. 121.

(2) *Carta de Felipe á los atenienses*, en la colección demosténica de Didot, p. 84.

(3) Se ha visto, p. 117, que los eginetas habían condenado á muerte á todo ateniense sorprendido en su isla. En esos pueblos el odio entre vecinos era implacable.

(4) Bronce descubierto en la Gran Grecia, y que de la colección Greau (n.° 961 del Catálogo) pasó al Museo del Louvre. Véase *Hist. de los romanos*.

ciones, emprendedor é infatigable, censurando después en los espartanos una política que adolecía mucho de la antigua sencillez, y sobre todo su calma é indiferencia ante ciudades griegas amenazadas ó envilecidas. No temieron añadir: «Esas desgracias son obra vuestra, primero por haberles permitido, después de la guerra de los medos, fortificar su ciudad, y construir luego las largas murallas. Vosotros sois los que, no solamente habéis tolerado que se aniquile la libertad de las ciudades sometidas, sino que permitís que despojen á los aliados á vuestra vista. No es el opresor el verdadero culpable, sino aquel que, pudiendo poner termino á la opresión, no quiere ni siquiera verla, y sin embargo se enorgullece de su virtud, considerándose libertador de Grecia.» Varios diputados atenienses que se hallaban en Esparta para evacuar otros asuntos presentáronse en la asamblea, y recordando los servicios prestados por Atenas á la causa común, justificaron su conducta para con los aliados. Dijeron que éstos habían ofrecido su dependencia más bien que Atenas impuesto su imperio; que antes habían sufrido más por la guerra con los persas, y que padecerían más aún bajo el dominio de Esparta, cuya moderación nadie podía elogiar. Después demostraron los males que acarrearía una guerra general y concluyeron proponiendo que se sometiera la cuestión al juicio de árbitros. Esto era hablar juiciosamente después de haber pronunciado altivas palabras (1).

Después de oir á los atenienses, los espartanos ordenaron que se retirara todo el mundo, para deliberar entre sí. El anciano rey Arquidamos habló en nombre de su larga experiencia, demostrando los peligros de una lucha para la cual Esparta no contaba con marina ni dinero; mientras que Atenas tenía en abundancia una cosa y otra. Aconsejó una intervención firme, aunque pacífica, en favor de los aliados, intervención que, si no conducía á una reconciliación general, daría por lo menos tiempo para reunir dinero y naves; y en cuanto á la circunspección de que se censuraba á los espartanos, aconsejóles que no se desviaran de ella, porque á esto debían todo su poder. Sin embargo, el éforo Stenelaidas arrebató á la asamblea con sus impetuosas frases. «No entiendo nada, dijo, de los largos discursos de los atenienses. Se han ensalzado mucho á sí propios, pero sin probar que no perjudican á sus aliados y al Peloponeso. Si después de haberse conducido bien en otro tiempo contra los medos obran mal hoy respecto á nosotros, son doblemente culpables, puesto que siendo antes buenos, se han convertido en malos. Lo que nosotros éramos entonces, también lo somos ahora, y de consiguiente, si hemos conservado buen juicio, no permitiremos que se oprima á nuestros aliados, ni se ha de hablar tampoco de ir en su auxilio más adelante, pues ahora es cuando sufren, y no se trata del futuro. Otros poseen mucho dinero, naves y caballería; pero nosotros tenemos buenos aliados, y es preciso no dejarlos á merced de los atenienses, ni defenderlos solamente con discusiones y palabras, puesto que no con palabras se les maltrata: debemos auxiliarlos cuanto antes con todas nuestras fuerzas. Y no pretenda nadie probarnos que conviene deliberar á raíz de injustas agresiones; los que las preparan son aquellos á quienes pueden convenir los largos discursos. Votad, pues, lacedemonios, de una manera digna de Esparta; votad la guerra, y no permitáis á los atenienses engrandecerse más. No hagamos traición á nuestros aliados, y con ayuda de los dioses marchemos contra los agresores (2).» Pronunciadas estas enérgicas palabras, se pasó á la votación y acordóse la guerra si Atenas no daba satisfacción completa (octubre ó noviembre del año 432).

---

(1) Sobre los discursos que se hallan en Tucídides, véase lo que se ha dicho anteriormente en la p. 229.

(2) Tucídides, I, 86.

Después se consultó al oráculo de Delfos, cuya contestación pareció favorable; mas en nada le comprometía. «Combatiendo con energía, dijo el dios, se *alcanzará* la victoria (1).» A las hostilidades precedieron algunas inútiles negociaciones; tanta era la repugnancia con que se emprendía aquella lucha en que la Grecia abrió su tumba. Los lacedemonios exigían el destierro de la familia de los Alcmeonidas, que se había hecho culpable más de un siglo antes del sacrilegio cometido con los compañeros de Cilón: Pericles pertenecía á esta familia, y por causa de él se hacía tan extraña reclamación. También querían que se devolviese su libertad á los eginetas y á otros aliados, y que se anulara el decreto contra Megara. De este modo, los opresores de los ilotas y de Mesenia, convirtiéndose de improviso en hipócritas defensores del derecho y de la libertad, exigían insolentemente que Atenas abdicase un imperio honrado por muchos beneficios, que jamás se envileció con ninguna crueldad, y que desde que se pactó la tregua de los treinta años, es decir, desde hacía catorce, no se había enriquecido con ninguna conquista. Los atenienses contestaron á las censuras de los espartanos con otras: «Expiad, respondieron, expiad la matanza de los ilotas suplicantes, sacrificados ante el templo de Neptuno, y el asesinato de Pausanias, á quien hicisteis morir de hambre en el templo de Minerva *Chalciœcos.*» En cuanto á los eginetas, añadían, los dejarían en libertad cuando Esparta la devolviese también á su vez á todas las ciudades que había avasallado. Megara, en fin, merecía, en vez de apoyo, que se organizase contra ella una guerra santa.

Sin embargo, los corintios, siempre inquietos, querían acelerar la marcha de las cosas. «Las probabilidades de vencer están por nosotros, dijeron en un segundo congreso de los aliados de Esparta, porque tenemos la ventaja en el número y la costumbre de combatir. La marina de los atenienses constituye su fuerza; pero nosotros formaremos otra con los recursos de cada ciudad y los tesoros obtenidos en Delfos y en Olimpia. Ofreciendo mejor paga, atraeremos á nuestro servicio los marineros de otros países que ellos tienen, pues su poderío es más mercenario que nacional, y una sola victoria bastará para que el enemigo quede á merced nuestra..... Aun contamos con otros medios para perjudicarles, pues promoviendo la defección de sus aliados, secaremos el manantial de donde obtienen su poder..... ¡Cómo permitiríamos á una ciudad erigirse en tirana, nosotros que tenemos á gloria derribar al punto al ciudadano que hace alardes de ser déspota!..... No sois vosotros los que violáis el tratado, puesto que el dios, al ordenaros la lucha, declara él mismo que la tregua quede rota..... No tardéis, pues, en socorrer á Potidea; reflexionad que son dorios y que están sitiados por los jonios: es lo contrario de lo que se veía otras veces.»

El pueblo de Atenas, intimado por los embajadores espartanos á contestar definitivamente si estaba resuelto ó no á dar las satisfacciones exigidas, se reunió en la asamblea general, en la que Pericles tomó la palabra, declarándose con tal autoridad por la guerra, que nadie osó emitir una opinión contraria. Demostró primeramente que los lacedemonios estaban resueltos á combatir, que sus exigencias no eran más que un recurso para ganar tiempo, y que aceptar una sola de ellas era ceder cobardemente, sin que esta concesión aprovechase á la paz. «Conceded lo poco que os piden, dijo, y al punto veréis como se producen otras exigencias..... O se toma de antemano el partido de someternos á todo antes de perder nada de nuestras fuerzas, ó será preciso hacer resueltamente la guerra sin ceder nada de nuestros derechos.» Después, pasando á la comparación de la fuerza de ambos Estados, esforzóse por inspirar á los atenienses confianza en sus recursos. «Los espar-

(1) Κατὰ κράτος πολεμοῦσι νίκην ἔσεσθαι. (Tucídides, I, 118.)

tanos, dijo, no tienen más dinero que los tesoros de Olimpia y de Delfos, recurso que muy pronto se agotará; carecen de naves, y no se improvisa una marina tan fácilmente, ni convertirán de improviso á sus labradores en excelentes marineros, sobre todo cuando las flotas atenienses les impidan ejercitarse en el mar. Si ocupan en nuestro país alguna fortaleza, podrán utilizarse de ella para recorrer los campos, asolar algunas partes de nuestras tierras y dar asilo á los esclavos ó mercenarios fugitivos; pero ¿qué muralla elevarán que nos impida ir por mar á su país para asolarle por completo? Por otra parte, su liga carece de conjunto, y como no tienen consejo único, nada pueden hacer con celeridad. Son diferentes repúblicas, que tienen todas igual derecho para discutir y votar; y como no forman un solo pueblo, cada cual piensa en sus intereses, y de ordinario nada se termina.

»¡Qué ventajas, por el contrario, no ofrece la situación de Atenas! El imperio del mar es una gran cosa, y si fuéramos insulares ¿quién estaría mejor que nosotros al abrigo de los ataques? Acerquémonos, pues, cuanto sea posible á esa condición; abandonemos nuestras tierras y casas de campo, y guardémonos de empeñar locamente la lucha contra los peloponesios, cuyas tropas son tan superiores por el número. Vencedores, deberíamos combatir contra las mismas fuerzas que antes; vencidos, perderíamos el socorro de los aliados, que constituyen la nuestra, porque no se darán punto de reposo si no nos hallamos en estado de obligarles á ello. No deploréis las incursiones asoladoras por vuestros campos y la destrucción de los edificios; pensad como hombres; no son esas cosas las que nos poseen, y sí nosotros los que las poseemos. Si yo esperara ser creído, os diría que fuerais vosotros mismos á devastar vuestros campos, para demostrar á los lacedemonios que por tales cosas no consentiríais en obedecerlos..... Nuestros padres, dijo al concluir, distaban mucho de tener tanta fuerza como nosotros cuando se lanzaron para detener á los medos. Abandonando cuanto poseían, con una sabiduría superior á su fortuna y con más audacia que fuerza, rechazaron á los bárbaros y consiguieron elevar hasta este punto de gloria los destinos del Estado. No degeneremos de su virtud; hagamos lo posible por no dejar á nuestros sucesores un imperio menos poderoso que el recibido por nosotros.»

Pericles tenía razón al hablar así. Más tarde se ha dicho: «Quién tiene el mar tiene la tierra,» y este pensamiento era particularmente verdad para Grecia, país compuesto de costas, islas y penínsulas, donde la vida y la riqueza, hallándose en el litoral y rara vez en el interior, estaba á merced del pueblo que se asegurara del dominio marítimo.

Atenas contestó á los lacedemonios que no haría nada por obediencia y que trataría bajo el pie de la igualdad, con lo cual daba á entender claramente que estaba resuelta á no aceptar más decisión que las armas. Mientras mediaban estas contestaciones ocurrió la cuestión de Platea, que después de las de Corcira y de Potidea, determinó el principio de la lucha, contribuyendo, por lo atroz, á comunicarle un carácter de inusitada violencia.

II. — SORPRESA DE PLATEA POR LOS TEBANOS (431). — FUNERALES DE LOS GUERREROS MUERTOS. — PESTE DE ATENAS. — MUERTE DE PERICLES (429).

En una obscura noche de la primavera del año 431, trescientos tebanos, mandados por dos beotarcas, penetraron de improviso en Platea. Los habitantes, que dormían con toda confianza, fueron despertados por la voz de un heraldo que les intimó á reunirse con la liga beocia. Poseídos de estupor al principio, entraron en contestaciones con los tebanos reunidos en la plaza; mas al reconocer su reducido

número cobraron ánimo, concertáronse en secreto, abriendo comunicación en las paredes interiores de sus casas, y poco á poco cercaron al enemigo con barricadas. Agobiados por las armas arrojadizas disparadas por manos invisibles, los tebanos trataron inútilmente de huir, y casi todos fueron muertos ó cogidos. Un cuerpo de tropas enviado para auxiliarlos, no pudo llegar á causa de un desbordamiento del Asopos, que le detuvo en el camino. La noticia se recibió muy pronto en Atenas, donde al punto se dió orden de arrestar á todos los beocios que se hallaran en Atica; envióse á los plateos una guarnición y víveres, y se dió asilo á sus mujeres é hijos y á sus ancianos (fin de marzo de 431). También se mandó no resolver nada sobre los prisioneros antes de haberse deliberado en Atenas; pero cuando el mensàje llegó, éstos habían sido ejecutados ya. Los plateos, indignados por aquella violación impía del derecho de gentes y aquel ataque en plena paz, inmolaron á todos, en número de ciento ochenta.

A pesar de la generosa conducta de Atenas, consideróse que ella había comenzado por esto las hostilidades, cuando no había hecho otra cosa sino proteger á una aliada fiel, cumpliendo con el juramento prestado por los griegos al día siguiente de la batalla de Platea, según el cual se prometía defender á los plateos contra toda agresión, como pueblo sagrado. La misma Esparta lo reconoció así más tarde. Sus vacilaciones en renovar la guerra durante la expedición de Sicilia provenían, según Tucídides, del temor de que los dioses no la castigaran por haber roto la segunda tregua, como sucedió por el desastre de Esfacteria por haber quebrantado la primera (1). Desde el primer día, Atenas, que tenía todas sus fuerzas preparadas, hubiera podido atacar; pero prefirió dejar á sus enemigos lo odioso de la agresión.

He aquí, dice Tucídides, los aliados que tuvieron las dos partes: los de los lacedemonios eran todos los pueblos del Peloponeso, excepto los aqueos, al principio, y durante toda la guerra, los argivos; fuera del Peloponeso, los megarenses, los locrios, Tebas, que llevaba consigo toda la Beocia y oprimía al partido popular; los habitantes de la Dórida, que habrían ido en favor de Atenas á no estar rodeados de enemigos; los focidios, los ambraciotas, los hombres de Anactorión y los etolios, enemigos de los mesenios de Naupacta.

Los que suministraron naves fueron Corinto, Megara, Sicione, Pelena, Elea, Ambracia y Leucadia; los beocios, los focidios y los locrios dieron la caballería y las otras ciudades la infantería. La liga no tenía tesoro común; pero Corinto propuso tomar á préstamo las riquezas de Delfos y de Olimpia. Varias ciudades poderosas de Italia y de Sicilia prometieron secretamente dinero y naves para que la flota de la liga llegase á reunir hasta quinientas galeras. Además se contaba con el oro del gran rey.

Los aliados de Atenas eran: en las fronteras de Atica, los habitantes de Platea y de Oropos; más lejos, los mesenios de Naupacta, la mayor parte de los acarnanos (2), Argos de los Anfiloquios; las islas de Chíos, Lesbos, Corcira, Zacinto; todas las ciudades que le pagaban tributo, y la Caria, la Dórida asiática, los griegos de las orillas del Helesponto, el Quersoneso de Tracia, las islas situadas al levante del Peloponeso hasta Creta, y por último las Cícladas, excepto Melos y Thera.

---

(1) Tucídides, á quien Atenas desterró, no la acusa en ninguna parte de haber violado la tregua de los treinta años. Aristófanes estaba en su derecho de hacer reir á los atenienses, aun á sus expensas; y nosotros estamos en el nuestro al preferir á la sátira y á la caricatura, tantas veces copiadas, la verdad que resalta del escrupuloso examen de los hechos.

(2) Los acarnanos fueron largo tiempo fieles aliados de Atenas. Véase Diod., VI, 36. En un fragmento del decreto recientemente hallado, se les llama πατρόθεν φίλοι τῶν Ἀθηναίων. (Beulé, el *Acropolis*, Apend. n.° 15, y Rangabé, *Ant. Hell.*, t. II, n.° 2.279.)

Chíos, Lesbos y Corcira suministraban naves; las otras ciudades, infantería y dinero, y los tesalianos caballería. Una renta anual de más de 1.000 talentos, otros 6.000 de reserva en el Tesoro público, y el oro de los templos, evaluado en 500, sin contar el que adornaba las estatuas de héroes y dioses, que en caso necesario se podría utilizar, constituían los recursos de los atenienses. Su fuerza militar era de 13.000 hoplitas para el ejército activo, 1.200 caballos, 1.600 arqueros y 300 trirremes en estado de hacerse á la mar. Por último, 16.000 efebos, ancianos y metecos guardaban las murallas, que convertían Atenas y el Pireo en un inmenso campamento atrincherado.

Pero las dos ligas diferían en un punto capital: los aliados de Atenas estaban sometidos á un tributo, y Esparta no le exigía á los suyos, por lo cual se produjeron defecciones entre los primeros, caso que no debía darse para los peloponesios.

Cuando Esparta llamó al fin á sus aliados, prometiendo el saqueo de Atica, los campesinos del Peloponeso, pobres y ávidos, acudieron de todas partes, y Arquidamos se vió á la cabeza de un ejército de 60.000 hombres. Antes de traspasar la frontera, el anciano jefe trató aún de negociar; pero los atenienses dieron una contestación romana: «Que Lacedemonia retire su ejército, y entonces veremos de negociar.» – «¡He aquí el día en que comienzan las grandes desgracias para Grecia!,» exclamó el enviado de Arquidamos al despedirse. Un terremoto que hizo oscilar la isla santa de Delos pareció anunciar que los dioses confirmaban aqüellas fatídicas palabras.

Apenas Pericles comprendió que el enemigo se acercaba, puso en ejecución su plan. Todos los habitantes de la campiña fueron á encerrarse en la ciudad con sus mujeres é hijos y sus efectos mobiliarios, llevando algunos hasta la armazón de sus casas. Los rebaños y bestias de carga se enviaron á Eubea. La mayor parte de los refugiados no tenían en la ciudad ni alojamiento ni amigos que los recibieran, y por lo tanto acomodáronse en las plazas, alrededor de los templos y monumentos de héroes, incluso el Pelasgicón, aunque estaba prohibido bajo pena de imprecación ocuparlo nunca, y por último, entre las Murallas Largas y en el Pireo. No abandonaban sin sentimiento sus campos y sus viviendas; pero la salvación de la patria exigía aquel sacrificio. ¿No habían abandonado sus padres al enemigo, también para salvarla, no solamente sus campos, sino la misma Atenas y hasta el Acrópolis? Pericles dió el ejemplo: hallándose unido con Arquidamos por los lazos de la hospitalidad, declaró en plena asamblea que si el rey de Esparta respetaba sus tierras en consideración á este recuerdo, las cedería desde luego al Estado.

Arquidamos sitió el fuerte de Œnoé, perdiendo mucho tiempo en esta operación, que tuvo mal éxito; rechazado, dirigióse á los campos de Thría y de Eleusis para asolarlos, y avanzó después hasta el burgo de Acarnes, situado á 11 kilómetros de Atenas, esperando que los acarnianos, que daban hasta 3.000 hoplitas al ejército ateniense, no podrían ver con calma el destrozo de sus propiedades y se lanzarían al combate. Hubo, á la verdad, un momento en que, ante el desolador espectáculo que se presenciaba desde lo alto de las murallas, se estuvo á punto de olvidar la prudencia. La juventud quería batirse; formábanse grupos en la plaza; se disputaba sobre el partido que se debería tomar, y los más proponían enérgicamente salir de las murallas; pero Pericles, á pesar de los gritos y sarcasmos, se abstuvo de convocar la asamblea y puso término á las reuniones tumultuosas. «Dejadles cortar vuestros árboles, decía á los campesinos; el árbol vuelve á crecer, y los hombres no (1).»

(1) Tucídides pondrá una frase análoga en boca de Nicias: «Los hombres son los que constituyen la patria, y no las murallas ni los barcos vacíos.»



Victoria desatando su sandalia (Véase p. 30'3 nota 1.ª)

Bastaron estas palabras para que aquel pueblo, al que se representa como indócil, obedeciese á una prudencia que él mismo condenaba. Solamente salieron de la plaza algunos destacamentos de caballería para hostigar al enemigo, táctica que produjo buen resultado. Los lacedemonios, después de saquear varias demas, retiráronse por Oropos y la Beocia. Habían estado poco más de treinta días en Atica, y no pudieron permanecer más tiempo en ella por falta de víveres.

Señalemos desde el principio de esta guerra dos particularidades que se observarán hasta el fin de la lucha: por una parte, la repugnancia de los atenienses á medirse en tierra con los espartanos, lo cual supone la alta reputación militar de los soldados de Lacedemonia; y por otra, la impotencia de los peloponesios para forzar las murallas de una ciudad. En el arte de sitiar plazas, los griegos estaban aún tan atrasados como en la edad heroica: creíase que Agamenón había empleado diez años para apoderarse de Troya; se necesitarán treinta de continua guerra para que Lisandro consiga hacer abrir las puertas de Atenas.

Mientras que el enemigo asolaba sus tierras, los atenienses habían votado el decreto siguiente: «De las sumas depositadas en el Acrópolis se reservarán 1.000 talentos, imponiéndose la pena de muerte á quien proponga tocarlos, como no sea para rechazar una invasión por mar; y en el Pireo se guardarán cien de los mejores trirremes, con sus comandantes nombrados de antemano, á fin de hacer frente á todo ataque marítimo.» Después, sin esperar siquiera á que los peloponesios hubieran salido de Atica, dieron principio á la lucha en su campo de batalla. Cien naves que salieron del Pireo asolaron las costas de la Laconia y estuvieron á punto de apoderarse de Mothoné, en la extremidad de Mesenia. Un espartano llamado Brasidas, que estaba en la inmediación, acudió con cien hoplitas, y atravesando á la carrera el campamento de los atenienses, penetró en la ciudad á tiempo para auxiliarla. Reforzada la flota con cincuenta galeras de Corcira, remontó hacia la Elida, cuyas riberas fueron saqueadas, y para encerrar á la escuadra corintia en su golfo, apoderóse de todas las posiciones que dominaban la entrada, es decir, Solión, en la península de Leucadia; Astacos, en las desembocaduras del Aquelaos, y la isla de Cefalenia, que ingresó en la liga ateniense. La flota volvió después para apoyar una expedición por tierra que Pericles en persona dirigía contra la Megárida á la cabeza de 10.000 atenienses, 3.000 metecos y un numeroso cuerpo de tropas ligeras: todo fué devastado hasta las puertas de la ciudad. Megara, de origen dórico y dueña de tres caminos que conducían desde el Peloponeso á la Grecia central (2), había eclipsado en el siglo VII á Atenas, que hasta entonces permanecía obscura (3); en el siglo VI le había disputado Salamina, y últimamente habíale inferido un agravio mortal por la matanza de las guarniciones atenienses que había recibido en sus fortalezas y el asesinato de un heraldo, que como tal era inviolable. No obstante, los megarenses vivían de Atenas; á ella llevaban algunos géneros é iban á buscar al Pireo el trigo y los jornales que les negaban un suelo árido y una industria languideciente. La invasión de Arquidamos puso el colmo á la irritación de los atenienses, quienes decretaron al punto que todo megarense sorprendido en Atica sería condenado á muer-

(1) Fragmento de la balaustrada del templo de Atenea Nicé (copia de una fotografía). (Véase página 238 lo que resta de este templo.)

(2) El monte Germeión, que ocupaba una parte del istmo desde un mar á otro, estaba cruzado por tres caminos, todos ellos difíciles: el del Oeste, el más largo, y que era no obstante el que los ejércitos seguían; el del Este, el más corto y más frecuentado, donde estaban las rocas escironianas, muy mal afamadas, y por último, el del centro, que se corría entre los picos, donde rara vez se aventuraba nadie.

(3) Véase t. I, p. 268.

te, y cada año los estrategas asolarían dos veces la Megárida. Esta era la ley que Pericles acababa de poner en ejecución.

Al mismo tiempo una escuadra de treinta galeras había ahuyentado á los corsarios locrios del estrecho de Calcis, haciendo varias incursiones en Lócrida. Desde un fuerte construído en la isla de Atalante, frente á Oponte, se vigiló aquella costa y todo el mar de Eubea. Por el otro lado de Atica, Egina fué ocupada definitivamente. Pericles perseguía con implacable odio á esos insulares, que habían osado disputar á los atenienses el imperio de los mares, rivalizando con ellos en gloria, riqueza y arte. Sorteó sus tierras entre atenienses, y de este modo Aristófanes obtuvo un pequeño dominio (1), del cual fueron expulsados todos los habitantes, incluso mujeres y niños, que Lacedemonia admitió en Tirea y los campos vecinos (2). Las inmediaciones de Atica por mar quedaban así bien custodiadas. A estas precauciones, las que hemos indicado respeto á las reservas del Tesoro y de la flota, agregáronse otras por una prudente diplomacia. Atenas se reconcilió con Pérdicas de Macedonia, é hizo alianza con el rey de Tracia, Sitalces.

En el invierno de aquel año celebróse una ceremonia imponente, que fué el elogio fúnebre de los guerreros muertos combatiendo por la patria. Las osamentas, encerradas en ataúdes de madera de ciprés, fueron expuestas en una gran tienda de campaña, donde cada ciudadano pudo ir á llorar un pariente ó un amigo y á practicar las libaciones religiosas. Al cabo de tres días, consagrados al duelo doméstico, dió principio el duelo público: los ataúdes, colocados en carros, cuyo número era igual al de las tribus, atravesaron lentamente la ciudad hasta el Cerámico, donde se celebraban los juegos fúnebres. A los carros seguían las mujeres y los hijos de las víctimas, y detrás iba la compacta multitud de ciudadanos y extranjeros. Cuando los muertos, sepultados en una tumba pública, quedaron cubiertos de tierra, un orador designado por el pueblo hizo el elogio fúnebre.

Pericles fué quien se encargó de ello, habiendo ya prestado antes igual homenaje á los guerreros caídos ante Samos. Esta vez hizo menos el elogio de los muertos que el de Atenas, y exhortó á los vivos, con todo cuanto la palabra puede tener de elocuente y autorizada, á que amasen la patria y las instituciones, que sin distinción de fortuna ó de nacimiento distribuían la recompensa según el mérito, y que muy diferentes de la tiránica constitución de Lacedemonia, dejaban á cada cual la más entera libertad en cuanto á sus inclinaciones, sin exigir á todos más que el respeto á la ley y á los magistrados sus intérpretes. Después pintó, suplicando á los oyentes que fueran fieles á sus principios, ese carácter nacional que les distinguía, mezcla de audacia y de reflexión, de gravedad y de alegría, siempre franco y hospitalario para los extranjeros; aquella existencia ocupada en obras útiles y fiestas brillantes, y aquella ciudad, en fin, que se había convertido en modelo de institutriz de Grecia (3). «Por esta patria tan gloriosa, añadió, nuestros guerreros se han sacrificado generosamente, indignados al ver que podían arrebatársela; y por ella estamos dispuestos á sufrir todos los que sobrevivimos..... Esos héroes fueron lo que debían ser; que los otros, sin tener menos valor, hagan votos para que su vida se preserve más felizmente; y que obren con energía, sin limitarse á discurrir lo que es

(1) *Acarnianos*, 672.

(2) Tirea cayó más tarde en poder de los atenienses, y todos cuantos se encontraron de aquel pueblo fueron exterminados (Tucídides, IV, 37). Después de Egos-Potamos, Lisandro envió á buscar en todos los rincones de Grecia á los eginetas refugiados, y devolvióles la isla, de la cual expulsó á los atenienses.

(3) Τήντε πάσαν πόλιν τῆς Ἑλλάδος παίδευσιν (Tucídides, II, 12). Sería preciso reproducir por entero este admirable discurso

útil para el Estado. Trabajando en favor de la patria es como acrece su poderío, y así se le demuestra nuestro amor. Contemplad su grandeza, pero pensando que por el valor, por el ardimiento en cumplir sus deberes y por la vergüenza de cometer una cobardía es por lo que esos héroes le han sacrificado su existencia. Cuando la fortuna les era contraria, no se creían con derecho de privar al Estado de su virtud, y el sacrificio de ellos mismos parecíales un tributo que debían á la patria. Por eso se les han tributado alabanzas inmortales y la más honrosa de todas las sepul-



Fragmento de una estela funeraria de Megara (1)

turas, no aquella donde ahora reposan sino el recuerdo de los hombres. La tumba de los héroes es el universo entero, y no está bajo columnas sobrecargadas de fastuosas inscripciones; hasta en los países extranjeros, el recuerdo de sus hazañas se grabará en la mente, mucho mejor que en monumentos fúnebres. He ahí á quienes debéis envidiar; creed que la dicha está en la libertad, y ésta en el valor. Corred, pues, al encuentro de los peligros de la guerra.....

»A los padres aquí presentes, y que esperan ser consolados por otros hijos, les diré: felices son aquellos que han encontrado para su vida tan brillante fin; á los ancianos que han sufrido una pérdida irreparable, que en las achaques de la vejez,

(1) Mármol de la colección Sabouroff, hoy conservado en el Museo de Berlín. Según la *Colección Sabouroff* (A. Furtwangler), lám. V. – La figura, de buen carácter, pero desgraciadamente mutilada, formaba parte de una estela funeraria.

el primero de los bienes se cifra en obtener el respeto concedido por la ciudad entera á aquellos cuyos hijos la sirvieron bien; á los hijos y hermanos de los que ya no existen, que veo para ellos una gran lucha y una rivalidad de honor; y á las esposas, en fin, y viudas poseídas de profundo pesar, que la mayor gloria pertenece á la que hace menos ruido entre los hombres.

»He cumplido con el deseo de la ley; he dicho lo que creía útil; se ha tributado á nuestros ilustres muertos el homenaje que se les debía, y desde hoy sus hijos serán educados á expensas de la República hasta que lleguen á la edad de servir (1). Es una corona que la patria concede, y que se querrá merecer, porque honra á quien la recibe y á la causa por que se da. Allí donde se ofrecen las más hermosas recompensas á la virtud, allí están los mejores ciudadanos. Pagad el último tributo de lágrimas á los que os son queridos y retiraos (431) (2).»

De este modo, la grandeza del Estado debía ser objeto de la pasión común; y el valor, la inteligencia de cada cual, el mutuo aprecio del pobre y del rico, y la abnegación de todos, eran los únicos medios de alcanzar fuerza y gloria para la patria. Con tan nobles palabras, Pericles, ó Tucídides, que las reproduce sin duda después de haberlas oído él mismo, contestaba á los que, partidarios de la paz á todo trance, queríanla á cualquier precio, aunque fuese á costa del honor y de la seguridad más tarde. Entre ellos figuraba Aristófanes; pero su talento y su verbosidad no servían, después de todo, más que para defender una moral innoble. ¿Qué es en los *Acarnianos* su amigo de la paz, Dicépolis, su *hombre justo*, aquel ciudadano que hace por sí solo su concordato con los enemigos de la patria, y al que se nos presenta como el más feliz de los hombres porque establece en la plaza pública un mercado, comercia con la gente de Megara y de Beocia y se alimenta de anguilas del lago Copais; mientras que Lamacos combate y vuelve acribillado de heridas? Después de reiros de las ocurrencias del poeta, preguntaos si no es eso el más grosero egoísmo, satisfecho á expensas de los nobles sentimientos y del amor á la patria. Desgraciadamente, en todos los tiempos se encuentran *hombres justos* de esa especie

En la primavera del año siguiente Arquidamos reapareció en Atica; esta vez marchó directamente sobre Atenas, pero no osando atacar de frente, dió la vuelta, asolando el país á lo largo de la costa del Sudoeste hasta Laurión. Desde aquí remontó hacia Maratón, donde no hizo daño alguno, así como tampoco en Decelia, por respeto á ciertas antiguas leyendas A los cuarenta días salía de Atica huyendo, no de los atenienses, sino ante un enemigo más terrible, la peste, que se había declarado en Atenas, y que Tucídides y Lucrecio han descrito con incomparable vigor (430).

Esta epidemia había recorrido la Etiopía, Egipto y Persia, y sin duda la llevó algún barco mercante (3); manifestóse primeramente en el Pireo, y se creyó que los peloponesios habrían envenenado los pozos. En aquella multitud aglomerada y sin abrigo, el mal hizo muy pronto terribles estragos; la ciencia de los médicos era in-

(1) Llegado este día, reuníase el pueblo en el teatro, y el heraldo le presentaba los hijos de los muertos, revestidos de una armadura completa, diciendo: «Hasta este instante el pueblo los ha mantenido, y ahora les da estas armas.» Esquino, *Discursos sobre la Corona*.

(2) En su *Menexenes*, Platón ha rehecho el discurso de Pericles; pero es mejor el que Tucídides cita.

(3) Era una fiebre eruptiva, diferente de la viruela, que también hizo estragos una vez en el mundo romano en tiempo de Marco Aurelio, y que se ha extinguido ya (Littré, *Obras de Hipócrates*, t. I, p. 122). Otros médicos piensan que fué el tifus de los ejércitos, ó tifus exantemático. La leyenda sobre la presencia de Hipócrates en Atenas en aquel tiempo es de todo punto falsa. Véase Littré, id., p. 39.

útil, y los dioses invocados mostráronse inexorables. Jóvenes y viejos, ricos y pobres, fuertes y débiles, todos eran atacados; un fuego interior abrasaba el cuerpo, ocasionando padecimientos espantosos; y una sed inextinguible impelía á los infelices hacia los pozos, donde se precipitaban para no sufrir más. Rara vez se sobrevivía al séptimo ó noveno día. Cuando el mal llegó á su período álgido, dice Tucídides, perdióse todo respeto á las cosas divinas y humanas, y la moralidad sucumbió ante la espantosa imagen de la muerte. Puesto que la virtud no salvaba, ¿para qué imponerse sacrificios? Se renunció á toda moderación, y hasta los hombres de bien corrieron en busca de placeres fáciles, á fin de aturdirse y gastar pronto los bienes de esta vida que sólo se debían poseer algunas horas. El malo se entregaba al crimen con la esperanza de que el juez no tendría tiempo de juzgarle.

En medio de tantas calamidades, Pericles, conservando la firmeza de su espíritu, condujo por mar una expedición contra Epidauro, que estuvo á punto de caer en sus manos, asoló completamente los territorios de Trezena, Halia y Hermione; y en Laconia tomó Prasias, que convirtió en plaza fuerte para Atenas; pero como se declarase la epidemia en su ejército, fuéle forzoso volver. La peste había alcanzado también al campamento ateniense delante de Potidea, que resistía siempre: de 4 000 hoplitas, 1.050 habían muerto en cuatro días El pueblo, irritado por tantos males, acusó á Pericles, y condenóle á pagar una multa de 15 ó hasta de 50 talentos, y como no le fué posible satisfacerla, vióse privado de sus derechos de ciudadano según la ley. Entre sus más violentos adversarios figuraba Cleón. Pericles sobrellevó la desgracia como la fortuna, á pesar de los golpes que diariamente se le dirigían, así en la Agora como en su casa. Su hermana y algunos de sus más fieles amigos sucumbieron. Tenía un hijo llamado Xantipos, que uniéndose con sus enemigos, propalaba contra él los rumores más injuriosos; mas á pesar de esto le amaba: la peste se lo arrebató, así como también á su segundo hijo Paralos. Su raza iba á extinguirse; en los altares hereditarios no se harían ya sacrificios, y por la primera vez el dolor quebrantó á Pericles; en el momento de colocar la corona fúnebre sobre la frente de su último hijo, profirió un grito y rompió á llorar (1). Ya no le quedaba más heredero legítimo; y el pueblo, arrepintiéndose muy pronto de su ingratitud, concedióle todos los derechos de los ciudadanos para un hijo que había tenido de Aspasia, y volvióle á poner á la cabeza del Estado, dándole como antes una de las diez plazas de los generales elegidos anualmente.

Una diputación enviada á Lacedemonia, durante su desgracia, para pedir la paz, fué despedida sin contestación, y la guerra continuó con nuevo vigor. Los defensores de Potidea, estrechados cada día más, llegaron á comer la carne de los cadáveres de sus muertos, y después fué preciso capitular. Los jefes permitieron salir á los hombres, mujeres y niños, con un manto y algún dinero; y el pueblo ateniense, que había gastado 2.000 talentos en aquel sitio, consideró como un crimen aquella dulzura, faltando poco para que se sometiera á juicio á los generales. Potidea se volvió á poblar con 1.000 familias atenienses (429). Antes de la caída de esta ciudad, varios embajadores enviados por los espartanos al gran rey para solicitar su apoyo, y entre los cuales se hallaba el instigador de la rebelión de los de Potidea,

(1) Para recordar esta escena se podría reproducir un lécito blanco de Atenas según O. Benndorf, *Griechische und Sicilische Vasenbilder*, tab. 33; pero ya he dado bastantes exposiciones fúnebres de esta especie. – Respecto á esas representaciones, véanse en el primer tomo las páginas 89 y 91. Y en cuanto á las figuritas aladas que representaban primitivamente el alma del muerto, y que fueron después simples genios fúnebres asociados á los actos y al dolor de los que sobrevivían, véase E. Pottier. *Estudios sobre los lécitos blancos antiguos de representaciones funerarias*, p. 75 y siguientes.

fueron detenidos en Tracia, entregados á los atenienses y arrojados al báratron. Aquel llamamiento á los bárbaros era un crimen contra la Hélade; pero el derecho público protegía á esos enviados, y Atenas repetía la falta de Megara.

En 429 Arquidamos no entró en Atica, asolada por la peste, pero fué á poner sitio á Platea, á fin de tomar á los atenienses este punto de apoyo fuera de su país. Cuando los plateos invocaron los juramentos de los griegos después de la derrota de Mardonio, Arquidamos les contestó: «Sí, hemos jurado defenderos, pero en tanto que no os unáis con los opresores de Grecia. Romped con Atenas, entregadnos hasta el fin de la guerra vuestras casas y campos, á fin de que podamos establecernos aquí para el bien público; seréis libres de ir donde os plazca, y hasta os daremos algún dinero para ayudaros á vivir.» Estas proposiciones irrisorias no fueron aceptadas y al punto comenzó el memorable sitio, que es uno de los episodios más dramáticos de aquella guerra. Por ambas partes se manifestó igual encarnizamiento, é hízose uso de todo cuanto enseñaba el arte de sitiar. Según antigua costumbre, Arquidamos dirigió una invocación á los dioses y á los héroes indígetas de Platea para que no defendiesen la ciudad y permitiesen á los lacedemonios apoderarse de ella; y habiendo cumplido su deber, por esta devoción, con los poderes sobrenaturales, mandó levantar un terraplén hasta la altura de la muralla para asaltarla á pie firme. Para esta obra se necesitaron setenta días con sus noches; pero los plateos minaron la base del terraplén, que amenazó hundirse, y al mismo tiempo levantaron más la muralla, construyendo otra detrás de la primera. Contra las máquinas que batían sus muros, arrojaban cables provistos de lazos para coger la cabeza de los arietes, atraerlos á sí y romperlos, ó bien enormes vigas suspendidas transversalmente de cadenas de hierro, que soltadas de improviso, aplastaban cuanto había al paso. Ataques á viva fuerza, tentativas de incendiar la ciudad con faginas impregnadas de pez y azufre, que se arrojaban por encima del parapeto, todo fué inútil, y se hizo forzoso convertir el sitio en bloqueo. Los aliados circunvalaron la plaza con un doble muro, precedido de un foso, y dejaron allí la mitad de sus tropas. En la pequeña ciudad, sin embargo, no había más que 400 plateos, 90 atenienses y 110 mujeres para hacer el pan.

Durante estas operaciones, los espartanos trataron de expulsar á los atenienses del mar de Jonia. Una expedición dirigida contra Zacinto y Cefalonia, en 430, no había producido resultado; y al año siguiente hízose un gran esfuerzo contra la Acarnania. Corinto, Leucada, Anactorión y Ambracia suministraron naves ó soldados, y se llamó á los bárbaros de las inmediaciones, caonios, molosos y orestinos, ofreciéndoseles participación en el botín. Pérdicas, aliado de Atenas, facilitó secretamente 1.000 macedonios, y estas fuerzas, reunidas con 1.000 espartanos, marcharon sobre Stratos, capital de los acarnanos. El ejército, tan diverso como mal conducido, llegaba en desorden, y una salida feliz bastó para dispersarle, contribuyendo á desbaratar la empresa una victoria naval que Formión alcanzó. Este jefe no tenía más que veinte galeras para hacer frente á las cuarenta y siete que llegaban del Peloponeso, y por lo tanto manteníase al abrigo de Naupacta, aparentando una prudente reserva; mas en el momento que la flota enemiga atravesaba el estrecho, precipitóse sobre ella. Sorprendidos los peloponesios, formáronse en círculo; pero Formión ordenó á sus oficiales que corrieran en derredor de aquél, á fin de estrecharle cada vez más, rasando las naves enemigas sin llegar á las manos antes que él diese la señal. Formión esperaba un viento que suele soplar en aquel sitio al rayar el alba, y que no debía permitir á los peloponesios conservar su orden. Apenas se produjo este viento, las naves enemigas, estrechadas entre sí, chocaron y se entorpecieron mutuamente los movimientos, y la impericia de los marineros aumen-

tó la confusión. La victoria estaba ya asegurada para Formión cuando éste dió orden de comenzar el ataque. Varias galeras fueron echadas á pique y se apresaron doce (429) (1).

Los lacedemonios, asombrados de semejante derrota, atribuyéronla á la impericia de su almirante, y en su consecuencia enviaron tres espartanos, entre los cuales iba Brasidas como consejero, y reforzaron su flota, que llegó á contar setenta y siete naves. Formión había pedido socorros á Atenas, que envió una escuadra, pero habiéndose desviado esta última con motivo de una expedición á Creta, llegó demasiado tarde; de modo que Formión hubo de hacer frente á la flota enemiga con las únicas galeras que habían combatido ya. Los peloponesios consiguieron cortar nueve, obligándolas á encallar en la costa; pero los mesenios de Naupacta, corriendo á la ribera, las salvaron, penetrando en el agua completamente armados para rechazar al enemigo. Durante aquel combate de nuevo género, las otras once galeras atenienses, que habían atraído á su persecución á otras veinte de los peloponesios, viraron de bordo de improviso, y haciendo frente á los perseguidores, obligáronlos á emprender la fuga, abandonando seis galeras. Uno de los comandantes espartanos se suicidó para no ser cogido, y las aguas llevaron su cadáver á los atenienses. De este modo, á pesar de la extremada desigualdad de las fuerzas, la victoria no fué para los más numerosos, sino para los más hábiles, y Atenas no perdió uno solo de sus aliados del Oeste.

Estas brillantes victorias no libraron á Formión de la suerte que los demagogos preparaban á los mejores jefes. No sabemos bajo qué pretexto se le impuso una multa de 100 minas, pero demasiado pobre para pagar, retiróse á la Peania, donde los acarnanos le llamaron, previo consentimiento de Atenas, para mandar sus tropas. «Es contrario á la ley,» contestó el honrado ciudadano; pero era muy útil al Estado, y por lo tanto se hizo una composición para conseguir el objeto sin violar aquélla. Como no se le podía dispensar legalmente del pago de la multa, Atenas le encargó hacer en su nombre ciertos sacrificios, y al efecto otorgóle 10.000 dracmas, la misma suma que debía entregar al Tesoro. Cuando murió, en 428, Atenas le hizo honrosos funerales y colocó su tumba junto á la de Pericles (2). Así se mezclan á menudo en la historia de esa ciudad las cóleras injustas y los generosos arrepentimientos, por los cuales se hace amar á pesar de sus faltas.

Para reparar los repetidos descalabros que Esparta acababa de sufrir, Brasidas concibió un proyecto atrevido: hizo pasar por tierra el itsmo de Corinto á los marineros de la flota, provisto cada cual de su remo y con orden de botar al agua cuarenta barcos que estaban en los astilleros de Nisea, dirigiéndose después sobre el Pireo que estaba sin defensa. En vez de avanzar rápidamente detuviéronse ante un fuerte de Salamina, y éste, haciendo las señales de fuego, sembró la alarma en Atenas, cuya población bajó armada al Pireo. Se aprovechó esta advertencia para lo sucesivo y desde entonces tendiéronse cadenas á la entrada de los puertos.

Pericles no pudo ver estos últimos triunfos, pues la peste, aunque disminuyendo de día en día, sin hacer ya más que algunas raras víctimas, le alcanzó á él (3). Sin embargo, no le mató de una vez, sino que minó poco á poco su existencia. Cuando iba á expirar, sus amigos y los principales ciudadanos, sentados alrededor de su lecho, recordaban sus virtudes, su talento y los nueve trofeos que había levantado

(1) El *Ión* de Eurípides, que es una glorificación de Atenas, se representó tal vez poco tiempo después de esta victoria, que fué muy ruidosa en Grecia y dió mucho que hablar.

(2) Los acarnanos pidieron á Atenas su hijo Asopios para nombrarle general. (Tucídides, III, 7; Pausanias, I, 23, 29.)

(3) Los detalles de la enfermedad acusan más bien una fiebre lenta.

por otras tantas victorias. Hablaban así creyendo que Pericles no les oía ya; mas el moribundo, haciendo el último esfuerzo, incorporóse y les dijo: «Me ensalzáis por lo que tantos otros han hecho como yo, olvidando lo que hay de mejor en mí, y es que jamás vistió luto por culpa mía ningún ciudadano.»

Esta moderación durante el largo tiempo que estuvo en el poder es su mejor elogio; y como fué su último pensamiento, debía ser también la última palabra que sobre él se pronunció. Escuchemos, sin embargo, á Tucídides, uno de sus adversarios políticos: «Poderoso por su carácter digno, por su sabiduría y su incorruptible probidad, gobernó al pueblo con mano libre sin dejarse dominar por él nunca. No habiendo adquirido el poder por medios indignos, nada sacrificó para complacer al pueblo, y en caso necesario arrostraba su enojo. Si veía á los atenienses poseídos de una peligrosa confianza, moderaba su fogosidad; y si estaban atemorizados, inquietos, ó entregados á la desesperación, reanimábalos. Este gobierno era de nombre una democracia y de hecho un imperio; pero el del primer ciudadano de la república (429).»

Su tumba fué colocada en el Cerámico, entre las de los hoplitas que sucumbieron en los combates (1). ¿No había caído él, en efecto, en medio de la lucha y en un campo de batalla? Algunos meses después, Atenas lloraba aún á su gran ciudadano, cuando Eurípides hacía decir á Teseo en el teatro de Baco: «¡Oh tierra ilustre de Palas, qué hombre has perdido!»

La peste, que cesó después de aniquilar á Pericles, había arrebatado muchos hoplitas, ocasionando grandes bajas en la caballería (2) y en la mejor parte del pueblo, en aquella que constituía la fuerza de Atenas en el ejército y daba buen consejo en los acuerdos adoptados en la Agora. También había pervertido otras muchas cosas: la fe religiosa, en otro tiempo origen del patriotismo; las costumbres severas y la disciplina social, de las cuales no hacían aprecio ya ni la multitud ociosa y descontenta de los campesinos, refugiados en Atenas, ni los marinos del Pireo, acostumbrados, por la continuación de una guerra de invasiones, á las violencias y á los atrevidos golpes de mano de la vida militar. El desorden moral producido por la epidemia continuó aun después que ésta hubo desaparecido. A los hombres que conocieron á Sófocles, Fidias y Pericles, y admiraron la tranquila grandeza comunicada por éstos á la ciudad de Minerva, sucedía una juventud á la vez turbulenta y supersticiosa, que debía abandonar los altares de Atenea, de Deméter y de Poseidón, para correr á los de las divinidades extranjeras (3). Pericles había sido el gran moderador de la república, el representante, en la política, de ese μηδεν ἄγαν que Apolo aconsejaba á los sabios; muerto él, oscilaciones cada vez más violentas harían vacilar el Estado. La democracia, á la cual supo reprimir tan bien su glorioso jefe, iba á degenerar poco á poco en una demagogia intrigante, suspicaz y feroz, que lo invadiría todo, usurpando las atribuciones del Senado para deliberar y las de los magistrados para ejecutar, y que, olvidadiza de sus abuelos, derribaría el altar por ellos erigido á la Piedad. Sus guías políticos serán, Cleón el curtidor, que ordenará la matanza de todo un pueblo; Alcibíades, el ambicioso sin escrúpulos, el hombre de noble estirpe reducido á la condición de aventurero, y sus consejeros habi-

---

(1) Tucídides, II, 34; Pausanias, I, 29.

(2) Esta pérdida era tanto más sensible cuanto que entre la caballería y los hoplitas figuraban los ricos y personas acomodadas. Los *teles*, ó individuos de la última clase (véase t. I, p. 210), no fueron alistados con los hoplitas hasta el año 412, poco más ó menos. Véase Harpocración *s. v.* Θῆτες.

(3) Sobre la introducción en Atenas de los dioses extranjeros, véase Foucart, *De las asociaciones religiosas de los griegos*, p. 56 y sigs., y más adelante, nuestro cap. XXIV.

tuales, chusma de la peor especie, la de aquellos que lisonjean al pueblo, malos escanciadores, que servirán hasta la embriaguez el vino de la libertad (1).» La democracia gobierna hoy al mundo. ¡Ojalá pueda escapar ella de semejante suerte!

CAPITULO XXIV

GÜERRA DEL PELOPONESO DESDE LA MUERTE DE PERICLES HASTA LA PAZ DE NICIAS (429-421)

I. — DEGÜELLO EN MITILENA Y EN PLATEA. — CLEÓN. — MATANZAS EN CORCIRA. CUESTIÓN DE ESFACTERIA (225)

Corría el cuarto año de la guerra (428) y las previsiones de Pericles se habían realizado ya. A pesar de los destrozos anuales de Arquidamos, que había vuelto á presentarse aquel verano en Atica, los atenienses conservaban la ventaja, pues no habían perdido nada y eran dueños de Potidea. Pero el gran político no había podido prever la terrible epidemia que afligió á la ciudad, y al morir llevóse consigo la buena estrella de los atenienses. Al poco tiempo estalló una revolución que podía comprometer el dominio de Atenas. En Mitilena, así como en todas las ciudades griegas, contábanse dos partidos. Los grandes, que tenían al pueblo en estrecha dependencia (2), habían aceptado, pero solamente por temor á los persas, la supremacía de los atenienses, y aunque éstos se hubiesen mantenido para Mitilena, así como para Chíos, en las condiciones de la primitiva alianza, recordaban los brillantes días de Pitacos y el tiempo en que toda la isla de Lesbos estaba sometida á su dominio. Ya se ha visto como solicitaron secretamente, aun antes de la guerra de Corcira el apoyo de Lacedemonia. Estimulados por los beocios, que eran de su raza, reforzaron sus murallas, aumentando el número de sus naves; obligaron también á los habitantes de las pequeñas ciudades vecinas á establecerse en la suya, y tomaron auxiliares asalariados. Metimno y Ténedos denunciaron aquellos preparativos á los atenienses, y al punto se envió á Mitilena una embajada pacífica; pero ésta no obtuvo por contestación sino palabras de guerra, y al mismo tiempo se supo que los peloponesios recibían á los rebeldes en su alianza. «Atenas, decían, debilitada y empobrecida por la peste y la guerra, no resistirá á un vigoroso ataque.» Los espartanos se apresuraron á llamar á las armas á los aliados apenas volvieron de su tercera invasión en Atica, y dispusiéronse á transportar una flota sobre el istmo de Corinto á fin de cercar la ciudad de Atenas por todas partes.

Se habla mucho de la constancia de los romanos; pero también se debería elogiar á ese pueblo ateniense, que hacía cuatro años no poseía en su territorio sino el espacio ocupado por las murallas de su ciudad. Había enviado ya una escuadra contra Mitilena, y otra bogaba hacia la Acarnania; el Pireo parecía desierto, mas al saberse el nuevo plan de los lacedemonios, salieron de allí cien galeras, que á la vista del enemigo asombrado fueron á recorrer las costas del Peloponeso para de-

(1) Platón, *Pol.*, VIII y II, p. 156 (Didot) ...δημοκρατουμένη πόλις ἐλευθερίας διψήσασα κακῶν οἰνοχόων προστατούντων τύχῃ ...μεθυσθῇ. Véase también el sombrío cuadro trazado por Tucídides en el libro III, cap 82-83.

(2) La oligarquía de Mitilena prohibía á sus súbditos enseñar á sus hijos las letras y la música. Por lo menos, así lo dice Eliano en sus *Historias variadas*, IX, 17.

vastarlas. En aquel momento, Atenas tenia en el mar 250 naves, un ejército delante de Potidea, otro en Mitilena y un tercero en Acarnania, debiendo admirarse los sacrificios que se imponía al pensar que, «en el sitio de Potidea, el hoplita recibía dos dracmas diarias, una para sí y otra para su escudero, y que en la flota se pagaba lo mismo (1).» A fin de atender á estos gastos, los ciudadanos se impusieron á sí propios una contribución de 200 talentos. En el verano siguiente (427), cuando el ejército de la liga invadió por cuarta vez el Atica, el valor de los atenienses no se debilitó; no enviaron á buscar á Mitilena ni siquiera un soldado ni una nave; y sin embargo, Pericles no estaba allí ya. El espartano Saletos se había encargado de la defensa de aquella ciudad; mas apenas hubo distribuído armas al pueblo, á consecuencia de un ataque general de los atenienses, la multitud, largo tiempo oprimida, sublevóse contra los grandes. Entonces fué necesario capitular, y la plaza se entregó á Pachés, el general ateniense.

Aquí debemos referir una tragedia. Desde un principio los espartanos habían comunicado á esta lucha ese carácter de crueldad feroz que los pueblos del Mediodía de Europa, griegos, romanos, italianos de la Edad Media, ó españoles, imprimieron demasiado á menudo á sus guerras. Todos los aliados de Atenas, todos los mercaderes, pescadores, y hasta los neutrales que habían caído entre sus manos, fueron muertos bárbaramente, dejándose sus cadáveres insepultos (2). Una flota peloponesia acababa de dar recientemente, al recorrer las costas de Jonia, otra prueba de esa inclinación á matar, hasta sin la excusa del peligro. Los atenienses no habían permanecido ociosos; ya se recordará su decreto contra los megarenses, y se ha visto que varios embajadores enviados por Lacedemonia al gran rey fueron cogidos y arrojados al báratron. Los plateos no se habían mostrado más compasivos para los tebanos que intentaron sorprender su ciudad. La traición de los mitilenos, sin pretexto alguno, puesto que eran los más favorecidos de los aliados, puso á la ciudad de Atenas en el más grave peligro, atrayendo una flota del Peloponeso hasta las costas de Jonia; y atendido el espíritu de la época y el carácter de aquella guerra, no debían esperar más merced que la que Capua obtuvo de Roma después de haberse entregado á Aníbal. Entre los prisioneros enviados por Pachés hallábase Saletos: su proceso fué corto, y á pesar de lo mucho que se esforzó para salvar la vida, fué ejecutado casi á su llegada. Tan irritado estaba el pueblo, que bastaron las instancias de Cleón para que se adoptase el atroz acuerdo de dar muerte á toda la población de Mitilena que se hallara en estado de llevar las armas.

Este Cleón, indigno heredero de Pericles, era, con gran contento de Aristófanes, á quien esta circunstancia ofrece asunto para inagotables chistes, un curtidor muy amigo de la plebe (3), gran hablador, violento é impetuoso; en la tribuna agitábase sin dignidad, y lejos de expresarse con la severa elocuencia de Pericles, hacía uso del lenguaje y de los ademanes de la gente del Pireo. Pero Cleón, convicto una vez de venalidad, Cleón, mediano orador, mal general, y amigo de lisonjear al populacho, era, no obstante, hombre enérgico; esta cualidad debía servirle algún día, pero esta vez le hizo dar un paso en falso y cometer una mala acción. Cuando se deli-

(1) Tucídides, III, 17: ...νῆές τε αἱ πᾶσαι τόν αὐτόν μισθόν ἔφερον. En su primera *Filípica*, Demóstenes habla de una dracma diaria para la manutención de cada jinete, y diez dracmas mensuales para la de cada infante.

(2) Tucídides, II, 67.

(3) Según el escoliasta de Aristófanes, parece que Cleón fué quien aumentó los honorarios de los jueces hasta tres óbolos. También debió contribuir á la votación de la ley del año 425, que duplicó el tributo de los aliados, que ascendía entonces á 1.200 ó 1.300 talentos. Andócides, *Sobre la Paz*, 69: πλέον ἢ διακόσια καὶ χίλια τάλαντα. Plutarco (*Arístides*, 40) dice también 1.300 talentos.

beró sobre la suerte de los mitilenios, sostuvo que se necesitaba un castigo ejemplar y terrible, y su opinión prevaleció; pero el pueblo, mejor que él, manifestó al día siguiente otros sentimientos más dignos de Atenas. La nave que llevaba el decreto de muerte había salido hacía veinticuatro horas, mas portadora de aquel mensaje, avanzaba lentamente; mientras que la galera á cuyo jefe se había confiado la contraorden hizo la mayor diligencia. Pachés acababa de leer en la plaza de Mitilena el decreto fatal é iba á proceder á la ejecución, cuando el segundo trirreme entró en el puerto. Los mil partidarios de Lacedemonia enviados á Atenas, sufrieron después, no obstante, la pena de muerte (1). Esto degeneraba ya en una sangrienta carnicería. En cuanto á Mitilena, arrasáronse sus murallas, se confiscaron las naves, y toda la isla, excepto el territorio de Metimno, se dividió en tres mil porciones, Una décima parte se consagró á los dioses, sorteándose lo demás entre atenienses. que arrendaron los campos á labradores de Lesbos mediante el impuesto de dos minas por cada lote. Mitilena, sin embargo, no tardó en reponerse, recobrando su estado floreciente. Al mismo tiempo, Atenas dió á sus aliados otro ejemplo, por fortuna de distinta índole. El conquistador de Lesbos, Pachés, cometió contra dos mujeres de Mitilena algunas de esas violencias que no se perdonan jamás; cuando volvió á Atenas, sometiósele á juicio, y el acusado, previendo una condena, atravesóse con su espada en el mismo tribunal. Atenas proclamaba en voz bien alta que no quería injusticias ni rebeliones (427).

La sangre de los mitilenios cayó sobre la cabeza de los plateos. Los espartanos se encarnizaron contra aquel puñado de hombres que hacía dos años se resistían heroicamente, levantando y reparando sus murallas, al paso que destruían las fortificaciones del enemigo, destrozaban sus máquinas y arrostraban la lluvia de fuego, de azufre y de pez, arrojada sobre ellos por los sitiadores, así como las llamas que devoraban una parte de la ciudad. Por último, amenazados del hambre iban á capitular, cuando les ocurrió la idea de intentar un atrevido golpe de mano. Tratábase de franquear el doble recinto que rodeaba el campamento lacedemonio y el doble foso que le protegía. Contando los ladrillos, llegaron á conocer la altura de los muros, y construyeron escalas bastante largas para llegar al reborde superior. En el momento de la ejecución, no hubo más que doscientos veinte hombres, ó sea la mitad de la guarnición, que se arriesgaran á intentar empresa tan peligrosa. Durante una fría y obscura noche de diciembre, mientras que el viento soplaba y la lluvia caía mezclada con nieve, salieron de la ciudad, silenciosos, separados unos de otros para que no se entrechocasen sus armas, y todos con un pie descalzo, á fin de no resbalar. Aplicadas las escalas, subieron: los primeros no llevaban más que su coraza y un puñal; los que seguían iban armados de jabalinas, y otros de escudos. Un ladrillo que se desprendió fué suficiente para dar la alarma á los centinelas, que corrieron de un lado á otro en la sombra, sin saber donde estaba el peligro, é hicieron señales de fuego por la parte de Tebas para advertir que un peligro amenazaba al campamento. Los plateos de la ciudad encendieron también las hogueras en su muralla; de modo que la confusión de las señales privó de su significación á las de los sitiadores. Estos últimos buscaban por todas partes al enemigo, causa de la alarma; pero las teas que llevaban no servían sino para que los otros dirigieran mejor sus tiros, de modo que los plateos, invisibles en la sombra, herían con segura mano. Los doscientos habían conseguido franquear las trincheras y los fosos (2), y

(1) Tucídides (III, 50) dice un poco más de mil.

(2) Tucídides (III, 23) habla del hielo que, cubriendo de una capa los fosos llenos de agua, rompíase bajo los pies.

dirigiéronse por el lado de Tebas para burlar á sus perseguidores, pues veían por la luz de las teas que se les buscaba hacia Citerón. Después de recorrer seis ó siete estadios en aquella vía, encamináronse por el lado de las montañas, y doscientos doce hombres llegaron sanos y salvos al Atica.

La guarnición de Platea quedó así muy mermada, pero en cambio habría víveres para más tiempo, por lo cual la resistencia se prolongó hasta mediados del verano siguiente. Cuando se hubo comido el último pedazo de pan fué forzoso capitular, y los espartanos se vengaron del tiempo que habían perdido en aquel sitio por un refinamiento de fría crueldad, tanto más odiosa cuanto que se sirvieron de un irrisorio tribunal de justicia. De Lacedemonia salieron cinco jueces y se hizo comparecer á los prisioneros uno á uno: no se formuló ninguna acusación; limitábanse á preguntarles «si en aquella guerra habían prestado algún servicio á los lacedemonios ó á sus aliados;» y como al oir esta pregunta irrisoria los infelices guardaran silencio, dábaseles muerte. Doscientos plateos y veinticinco atenienses perecieron así; sus mujeres fueron reducidas á la servidumbre, se arrasó la ciudad y cedióse el territorio á los tebanos (427).

Extráñase que Atenas no hiciera nada para salvarlos. Toda la antigua rudeza había reaparecido en aquella guerra fratricida; por ambas partes se asesinaba, y cada cual resignábase de antemano á sufrir la suerte que preparaba para el vencido. A semejanza de esos bravos á quienes su jefe confía la defensa de un punto peligroso diciéndoles: «Dejaos matar aquí,» los plateos, víctimas voluntarias, habían servido á la causa común por su sacrificio. Se les admiraba; pero no se les socorría, porque hubiera sido necesario arriesgar una gran batalla en tierra, y Atenas reservaba todos sus recursos para la flota. Sin embargo, hubiéramos preferido dar cuenta aquí de alguna temeridad heroica, pues algunas veces consiguen el triunfo los que han perdido toda esperanza.

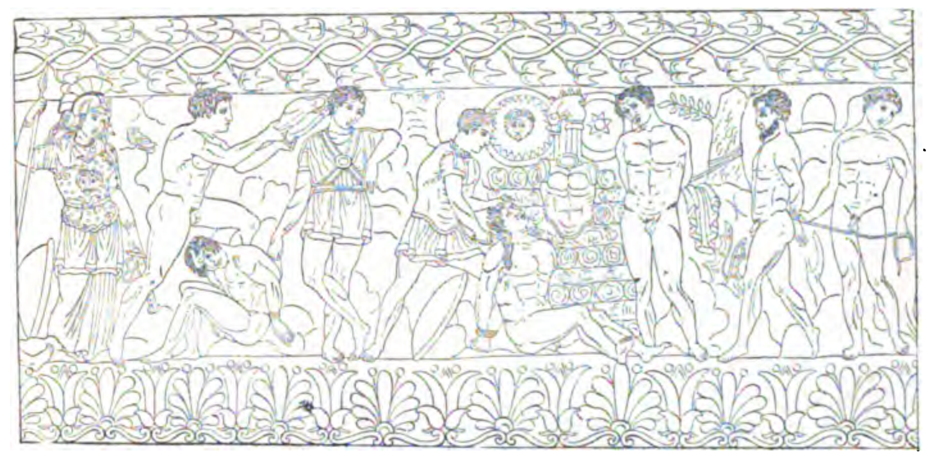
Esparta había desempeñado en esta cuestión un papel odioso; aquel ridículo aparato de legalidad, aquel tribunal y sus jueces, aquel interrogatorio y aquella burla, en fin, de la justicia misma, era más abominable que el asesinato después de la lucha; mas no por eso pretendía menos haber obrado según estricto derecho. La alianza con Atenas, decía Esparta, es una traición á la Hélade, y no debe haber merced para los traidores. Resistir á Lacedemonia era un crimen imperdonable.

Así en Corcira como en todas partes, la aristocracia y el pueblo, los ricos y los pobres, los primeros sostenidos por Lacedemonia, y los segundos por Atenas, disputábanse el poder con furor. Durante largo tiempo, estas discordias interiores no produjeron ninguna catástrofe, como no fuese el destierro del partido más débil; pero desde que los vencidos pudieron llamar al extranjero para ayudarlos, estas luchas intestinas debían tomar un carácter de feroz crueldad.

Los corciros ricos que cayeron prisioneros en la batalla de Sibota y en poder de Corinto, fueron conducidos á esta ciudad, y después dejóseles libres como instrumentos preciosos para efectuar una revolución en Corcira. Desde su regreso, esforzábanse por cumplir con la secreta condición á que debían su libertad y procuraban atraer á la isla al partido de los peloponesios. Peitias, jefe de la facción popular, acusado por ellos de traidor á la patria, acusa á su vez á cinco de ellos; pero le asesinan en medio del Senado, dan muerte á sesenta de sus partidarios, prometen la libertad á los esclavos y llaman á la flota peloponesia. El pueblo, sorprendido al principio, recobra alientos; doce naves atenienses, llegando de Naupacta, refuerzan al partido popular; mas también acuden cincuenta y tres galeras del Peloponeso: á pesar de su reducido número, los atenienses disputan la victoria, y de ella no sabe aprovecharse el jefe espartano. Advertido por las señales de los fuegos que sesenta

galeras atenienses se aproximan, emprende la fuga y entonces da principio una matanza horrible. Los nobles y sus partidarios se habían refugiado en un templo, y para sacarlos de allí, se les promete un juicio imparcial; cincuenta de ellos lo aceptan y al punto son condenados á muerte y ejecutados, mientras que los otros se arrancan la vida en el mismo santuario.

Durante siete días hubo matanza en Corcira, y las pasiones desencadenadas aprovecháronse de aquel espantoso desorden para satisfacerse; los deudores asesinaron á sus acreedores, y las enemistades personales se valieron del pretexto de la venganza pública para aplacar su odio. Quinientos de aquellos infelices que habían



Escena de matanza (1)

conseguido escapar fortificáronse en el monte Istón, donde se defendieron dos años; pero obligados por los atenienses á rendirse, fueron conducidos á un islote para esperar allí el juicio de Atenas. Hasta entonces tenían asegurada la vida, mas á condición de que ninguno tratara de evadirse. Los jefes del partido democrático les tendieron un lazo odioso; varios falsos amigos invitáronles á huir, ofreciéndoles los medios de hacerlo, y algunos aceptaron. Contra ellos se dictó al punto la sentencia de muerte; sacáronlos de su prisión por veintenas, y con las manos atadas á la espalda se les obligó á pasar entre dos filas de hoplitas que descargaban golpes sobre los infelices ó los atravesaban; mientras que otros hombres provistos de látigos aceleraban la marcha de las víctimas. De este modo fueron ejecutados sesenta individuos, sin que ni siquiera lo sospecharan los que habían quedado detrás; pero instruídos al fin éstos de lo que había pasado, rehusaron salir. Los corciros, arrancando el tejado del edificio donde se habían refugiado, arrojaron sobre ellos una lluvia de proyectiles, y los infelices se mataban por su propia mano con las flechas que caían, ahorcábanse ó se estrangulaban en su prisión (425). – En el mismo año, los corin-

(1) Fragmento de un cisto de Preneste (según Raoul-Rochette, *Monum. inéditos de antigüedad figurada*, lám. XX). – En el centro se levanta la hoguera de Patroclo, cubierta con las armas del héroe; un griego, á la izquierda, ofrece sus canilleras El sangriento sacrificio ha comenzado ya: Aquiles degüella por su mano un cautivo troyano. Otros cautivos, con las manos atadas á la espalda, sujetados por los griegos ó en los árboles, aguardan la misma suerte. Atenea, en pie á la izquierda, asiste á la escena. Véase *Ilíada*, XXIII, 175 y sigs. (Overbeck, *Bildwerke*.. .. p. 484 y siguientes.)

tios, expulsados de Anactorión, á la entrada del golfo de Corinto, fueron reemplazados en aquel punto importante por acarnanos, sus enemigos; y Atenas pudo en adelante pasear libremente sus galeras por el mar de Jonia, sin que una sola nave corintia osara presentarse.

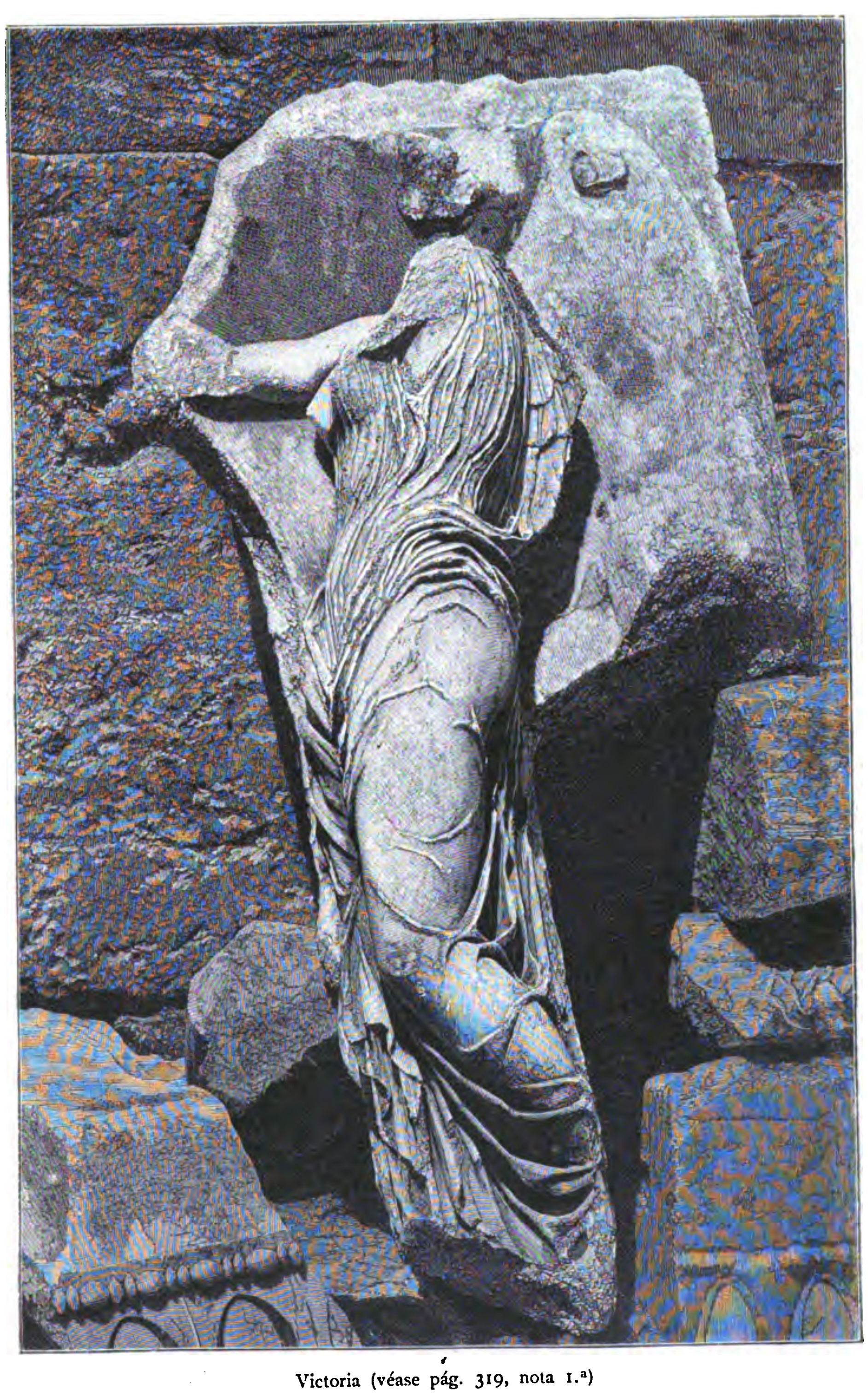
Doloroso es decirlo, pero hasta después de estas matanzas no se restableció la tranquilidad en Corcira; y tan feroz era el odio por ambas partes, que se había necesitado nada menos que el exterminio de todo un partido por el otro para que renaciera la calma en aquella ciudad exhausta por la pérdida de sangre. Pero ¿quién había dado el ejemplo para cometer semejantes perfidias y violencias? Los que sin causa quisieron separar á Corcira de Atenas, cosiendo á puñaladas á Peitias en pleno Senado: la facción de los grandes. «En aquella guerra de Corcira, dice Tucídides, cometiéronse todos los horrores que se producen de ordinario en semejantes circunstancias, pues un padre mató á su propio hijo, algunos suplicantes fueron arrancados de los asilos inviolables, y á varios se les asesinó al pie mismo de los altares. ¡Tan cruel fué aquella sedición! Y lo pareció mucho más aún por ser la primera. En efecto, Grecia estuvo después casi enteramente desquiciada; y como en todas partes reinaba la discordia, los jefes del partido popular llamaban á los atenienses, y la facción de los grandes á los espartanos. En las ciudades reinaba la sedición, y las últimas en que ésta se produjo, conocedoras de lo que se hacía en otras partes, entregábanse á los mayores excesos, ansiosas de distinguirse por la gloria del invento, ya en la manera de perjudicar á los enemigos, ó bien por la crueldad hasta entonces inusitada de sus venganzas. En la paz, los hombres son más benignos; la guerra da lecciones de violencia y hace que las costumbres de los ciudadanos correspondan á la rudeza de los tiempos.» Esas matanzas en Corcira, en Mitilena, en Platea, y que muy pronto se reproducirían en Melos (Milo), eran doblemente funestas, porque la iniquidad se volvía contra aquellos que la practicaban; de modo que hacía dos víctimas Volviendo de este modo á la antigua barbarie, el sentimiento del derecho y de la justicia debía debilitarse por todas partes hasta desaparecer.

Y como si la naturaleza hubiera querido contribuir á este desquiciamiento general, varios terremotos agitaron el Atica, Eubea, toda la Beocia, y sobre todo Orcomenes. La peste, que no había penetrado nunca en el Peloponeso, volvió á diezmar durante todo un año á los atenienses; desde su primera aparición habíales arrebatado cuatro mil trescientos hoplitas y trescientos jinetes, ocasionando numerosas víctimas en el resto de la población; pero aquellos eran los últimos golpes de la epidemia. Para apaciguar al dios, á quien toda mancha ofendía, los atenienses purificaron la isla de Apolo, como lo habían hecho la primera vez los Pisistrátidas (1). Los restos mortales sepultados en Delos se exhumaron; prohibióse nacer ó morir allí, y transportábase á los enfermos á la inmediata isla de Renea (2). Por último, instituyéronse en honor de Apolo juegos y carreras de caballos, que debían celebrarse cada cuatro años (3), pues los griegos, lo mismo que los romanos, creían alcanzar

(1) Véase t. I, p. 233.

(2) Los dioses no debían ver un muerto. Apolo, huésped de Admeto, se aleja cuando Alcestes se halla á punto de morir; y Artemis abandona á Hipólito antes de expirar. «Adiós, le dice, recibe mi último saludo, pues no me está permitido ver un muerto.» La Juno de la *Eneida* abandonará lo mismo á Turnus al acercarse su última hora. Entre los romanos, el encuentro casual de un muerto era una mancha que exigía purificación.

(3) Delos está hoy desierta y completamente devastada. Desde hace mil años ó más, los habitantes de las islas inmediatas, Mikonos, Tenos y Siros, sirviéronse de sus monumentos como de una cantera, y quemaban los mármoles más preciosos para hacer cal (Lebegue, *Investigaciones sobre Delos)*. Sin embargo, MM. Homolle, Hauvette, S. Reinachs, etc., acaban de practicar felices excavaciones que permitieron descubrir las inscripciones de numerosas esculturas y reconocer los ci-



Victoria (véase pág. 319, nota 1.ª)

así la protección del dios, presente en aquellas fiestas por su imagen. Los jonios, excluídos de las solemnidades del Peloponeso, acudieron á las de Delos, donde Nicias quiso señalarse por la magnificencia de sus donativos la primera vez que se celebraron. En una noche mandó echar sobre el estrecho que separa á Delos de Renea un puente de 700 metros de longitud, adornado con guirnaldas y tapices, por el cual pasó la procesión de los muertos, religiosamente desterrados de la isla santa (425).

Una prueba de que se debe reconocer en el pueblo de Atenas la participación que tuvo en las grandes empresas llevadas á cabo por Pericles es que, durante los cuatro años transcurridos desde la muerte de aquel ilustre guía, había mostrado contra la doble calamidad de la peste y de la guerra la constancia que le recomendara el gran orador; no había habido perturbaciones en la ciudad, ni estrechez de miras para la elección de los jefes. Por más que Cleón subiera á la tribuna, los generales reconocidos ya por sus servicios, bien fuesen nobles, ricos y amantes de la paz, como Demóstenes y Nicias, eran los que mandaban los ejércitos. En Mitilena y en Corcira, los que depositaran su confianza en Lacedemonia no existían; y la pérdida de Platea era el único descalabro que los atenienses habían sufrido. Ya fijaban éstos sus miradas en Sicilia, y al fin enviaron veinte galeras para socorrer á los leontinos contra Siracusa. El pretexto era la comunidad de origen con aquéllos; pero en realidad tratábase de impedir la importación de los trigos sicilianos en el Peloponeso.

Demóstenes era un verdadero general, emprendedor y hábil, y consideraba la guerra como una ciencia que exigía combinaciones, pero sin necesitarse ningún valor. Dejando á su colega Nicias operar en los mares vecinos de Atenas, reapareció en las aguas occidentales para aniquilar la influencia de Corinto hasta en el golfo que lleva su nombre. El año anterior (426), ayudado por los acarnanos, había vencido en tierra, gracias á una táctica superior, al ejército del Peloponeso, el cual sufrió tales pérdidas en la batalla de Olpea, que el general consagró en los templos de Atenas trescientas panoplias, su parte de botín. Sin embargo, esta guerra de Acarnania, que Tucídides refiere extensamente, no podía tener serios resultados; y por un momento, cierta atrevida empresa de Demóstenes pareció que iba á poner término á la lucha. Navegando alrededor del Peloponeso, había llamado su atención la posición notable de Pilos, promontorio de la costa de Mesenia, que domina la rada actual de Navarino, el mejor punto de la península, y que los espartanos habían dejado desierto desde las guerras de Mesenia. Parecióle que si conseguía ocuparlo y establecer allí mesenios, esto sería como «colocar una mecha inflamada en el flanco del Peloponeso.» Demóstenes obtuvo permiso para intentar algo; pero cuando la flota que iba á Corcira y á Italia hubo dado vista á Pilos, los jefes que la mandaban, atemorizados de tal empresa, rehusaron poner manos á la obra. Los vientos favorecieron á Demóstenes, pues impeliendo á los atenienses hacia la costa, obligáronles á desembarcar. Una vez en tierra, los soldados, con esa actividad industriosa que caracterizaba á los atenienses, improvisaron por sí mismos fortificaciones, levantando muros, sin útiles para cortar la piedra ni artesas para llevar el cemento. Al cabo de seis días la muralla estaba casi concluída, y Demóstenes permaneció allí con cinco galeras (425) (2).

---

mientos de varios templos, así como de los almacenes que se construyeron cuando, bajo la dominación romana, Delos llegó á ser el gran emporio del mar de Egea.

(1) Bajo relieve de la balaustrada del templo de Atenea Nicé (Victoria Aptera). (Copia de una fotografía.)

(2) En la *Andrómaca* de Eurípides, representada en 425, una explosión de cólera del poeta contra Esparta correspondía á la que manifestaban sus oyentes.

Esparta experimentó un justo temor al tener noticia de lo ocurrido, porque aquella estación al occidente del Peloponeso era de las mejores para las flotas enemigas; desde Pilos, los atenienses podían ir á revolver toda la Mesenia, y tal vez á provocar alguna nueva sublevación de los ilotas. En su consecuencia llamó apresuradamente á su ejército de Atica, donde se hallaba hacía dos semanas solamente, y su flota de las aguas de Corcira, á fin de bloquear á Pilos por mar y tierra. La rada de esta ciudad estaba obstruída en su entrada por una isla de 15 estadios de longitud (2 kilóm. 7), llamada Esfacteria; los lacedemonios situaron allí 420 hoplitas y cerraron después por cada lado de la isla los pasos que daban acceso á la rada, sirviéndose para esto de naves con la proa vuelta hacia fuera. Por la parte del mar, Pilos no tenía apenas más defensa que las dificultades de un desembarco, y no obstante, por este lado comenzó el ataque, que duró dos días sin resultado alguno de importancia. Brasidas, que se había batido con la mayor intrepidez, quedó acribillado de heridas y perdió su escudo, que las olas llevaron al enemigo. Sin embargo, no se había perdido la esperanza para Lacedemonia; pero muy pronto llegaron de Zacinto cuarenta galeras atenienses, asaltaron á la flota enemiga, y después de un furioso combate, obligaron á los barcos á encallar. Desde aquel momento Esfacteria quedá custodiada por fuerzas atenienses que vigilaron constantemente noche y día.

Al recibirse en Esparta noticia de este descalabro prodújose la mayor consternación. El número de espartanos, en efecto, había disminuído continuamente desde Licurgo; en tiempo del legislador contábanse 9.000; al librarse la batalla de Platea, 5.000, y antes de un cuarto de siglo no quedarían ya más que 700: la pérdida de los que Atenas tenía sitiados hubiera sido irreparable. Los éforos marcharon á Pilos para examinar por sí mismos el estado de cosas, y no vieron más medio de evitar semejante desgracia que proponer un armisticio á los jefes atenienses. Se convino que varios embajadores salieran de Lacedemonia para Atenas; que hasta su regreso, Esparta entregaría todas las naves que tenía en la rada, sesenta galeras; que los atenienses mantendrían el bloqueo de Esfacteria, pero permitiendo que se pasara diariamente á los cuatrocientos veinte espartanos dos *quenices* áticos (2 lit,6) de harina por cada hombre, dos cotilos (0 lit,54) de vino, y un pedazo de carne, siendo la mitad para los criados.

Los diputados lacedemonios se presentaron en la asamblea de Atenas, donde pronunciaron un largo discurso, contra su costumbre, ofreciendo la paz á cambio de sus prisioneros, y añadiendo que, apenas se hubiera tratado, toda ciudad depondría también las armas. ¿A qué se reducían, pues, los agravios tan censurados en los atenienses al principio de la guerra? ¡Para salvar algunos de los suyos, los espartanos abandonaban á sus aliados y lo que en otro tiempo creían una causa tan justa! Pero ¿no habían hecho ellos traición á los ambraciotas el año anterior después de la derrota de Olpea? Desgraciadamente, Pericles no estaba allí ya para imponer al pueblo un desinterés útil; y Cleón impulsó á la asamblea á exigir la restitución de las plazas cedidas al acordar la tregua de los treinta años (1). Los diputados no podían aceptar tales condiciones, y volvieron sin hacer nada.

El armisticio cesó á su regreso; pero los atenienses, pretextando que se había violado alguna condición, rehusaron devolver las naves. Esto era incurrir gratuitamente en una falta de lealtad, porque aquellos barcos no hubieran podido ser útiles para los espartanos. El hambre era el mayor peligro que los sitiados debían temer, pues la isla, en efecto, cubierta de bosque, era difícil y peligrosa de tomar á viva

(1) Véase p. 121.

fuerza. Se prometió la libertad á todo ilota que consiguiese llevar víveres á los espartanos bloqueados, y muchos de ellos intentaron la empresa con buen éxito; de modo que los cuatrocientos veinte pudieron vivir casi hasta la llegada del invierno.

Era de temer que en aquella estación hasta los atenienses de Pilos no pudiesen adquirir víveres sin la mayor dificultad; el ejército comenzaba á padecer, y muy pronto se supo esto en Atenas. Cleón, que había inducido al pueblo á rechazar las proposiciones de los lacedemonios, censuró á los jefes militares, alegando que si las hostilidades languidecían era porque faltaba energía. No le faltaba razón en esto, pues en Pilos había 10.000 atenienses contra 420 hombres Nicias, siempre alarmado, creía que aun con tales fuerzas el triunfo sería imposible; y para que el demagogo se batiera también, aconsejóle ir á Esfacteria. Cleón vaciló al principio; mas el pueblo, deseoso de acabar cuanto antes, le tomó la palabra y fué preciso acceder. Cleón prometió que dentro de veinte días todo habría concluído, y no era necesario más desde el instante en que era cosa resuelta intentar el desembarco. Con la mayor prudencia, Cleón solicitó que se le diera por compañero á Demóstenes, y tuvo el buen criterio de no hacer nada sin consultar á este hábil jefe. Pocos días antes de su llegada á Pilos, una hoguera encendida para preparar alimentos, mal apagada, había prendido fuego á los árboles, y el incendio, avivado por un fuerte viento, consumió el bosque. Con este accidente desaparecía el principal peligro para el desembarco, y después de prepararle, Demóstenes lo efectuó con Cleón Cierta noche asaltaron la isla con todas sus fuerzas; las tropas ligeras, en considerable número, ganaron rápidamente los puntos más elevados, y desde allí hostigaron á los lacedemonios, que no estaban acostumbrados á los gritos ni á los ataques de adversarios que huyen después de herir. Las cenizas del bosque recién consumido elevábanse por los aires y los cegaban; completamente aturdidos, no distinguían ya los objetos, é inmóviles en el mismo sitio, recibían por todas partes proyectiles, de los que no les preservaban bien sus corazas de cuero. Para que el combate fuera menos desigual, los espartanos se retiraron en masa hacia un fuerte construído en la ex-



Estela funeraria de Delos (1)

(1) Estela descubierta en la isla de Renea y conservada en el Museo Central de Atenas (L. von Sybel, *Katalogue*..... n.° 487; según la *Expedición de Morea*, III, lám. 20, 1, y la *Archäologische Zeitung*, 1871, tab. 53, 1). – El muerto, cuyo nombre cita la inscripción, está sentado en una roca, con la cabeza apoyada tristemente en la mano y á su lado se ve la parte anterior de un barco. Es la representación que los escultores habían adoptado para los monumentos erigidos en honor de los que sucumbían en el mar.

tremidad de la isla, y ya estaban muy satisfechos en aquella posición y comenzaban á rechazar á los sitiadores, cuando vieron aparecer en las rocas, sobre sus cabezas, un cuerpo de mesenios que les sorprendían por la espalda. Entonces fué preciso rendirse; pero al menos permitióseles consultar antes á los lacedemonios que estaban en la costa vecina, los cuales contestaron: «Os dejamos libres de obrar como lo entendáis á condición de no hacer nada vergonzoso.» Oída la respuesta, los sitiados se rindieron con sus armas. Lo que en otro tiempo era vergonzoso para Esparta, había dejado de serlo ya al parecer. Ciento veintiocho hombres habían sucumbido en el ataque, y entre los doscientos noventa y dos que sobrevivían contábanse ciento veinte espartanos, pertenecientes los más á las primeras familias. Alguien ensalzaba delante de uno de los prisioneros el valor de los que habían muerto. «Nunca se podrían apreciar lo bastante las flechas, contestó el espartano, si supieran distinguir entre el valeroso y el cobarde.» La respuesta era bien ateniense para un lacedemonio; pero Leónidas daba otras que no valían menos (425). El bloqueo había durado cincuenta y dos días.

La victoria de Esfacteria acrecentó mucho el favor que Cleón mereció del pueblo, y otorgósele por decreto el derecho de ser mantenido en el Pritaneo á expensas de la República; mientras que para eternizar el recuerdo de su triunfo erigióse en el Acrópolis una estatua de la Victoria. Aristófanes se vengó haciendo representar seis meses después su comedia los *Caballeros* (1), en la que Cleón el *Paflagonio* es el esclavo que se insinúa en el favor del anciano Demos para robarle, hace dar de golpes á los buenos servidores, Nicias y Demóstenes, y sirve al amo aquella torta de Pilos, que solamente Demóstenes ha preparado. Limitémonos á observar que si á este último corresponde realmente todo el honor del triunfo, Cleón se condujo con una energía que no fué inútil; y que hasta en el relato de Tucídides no se portó al parecer mal como soldado ó capitán, sin contar, por último, que cumplió lo prometido.

II. — NICIAS, DEMÓSTENES Y BRASIDAS. — PAZ DE 421

El equilibrio se había perdido; la fortuna se inclinaba en favor de los atenienses; pero mientras Lacedemonia paseaba económicamente su ejército desde Laconia al Atica, Atenas se arruinaba para mantener flotas en todos los mares de Grecia y reclutar á fuerza de oro los remeros que las montaban. Sus gastos anuales ascendían por término medio á 2.500 talentos, cerca de 15 millones de pesetas. En 425, los recursos acumulados por Pericles se habían agotado ya, y fué preciso aumentar el tributo de los aliados y el impuesto sobre la renta de los ciudadanos: una de estas medidas debía producir más tarde varias defecciones, suscitando la otra, que pesaba sobre los ricos, conspiraciones contra el gobierno popular, gérmenes temibles que darían su fruto en el porvenir (2).

Los atenienses no sufrían aún las consecuencias de ello y prosiguieron con raro vigor sus felices empresas. A la cabeza de un ejército, Nicias desembarcó en el itsmo, batió á los corintios y apoderóse de Methana, en la península que entre Trecena y

(1) Los *Caballeros* se representaron al principio del año 424; los *Acarnianos* se habían puesto en escena el año anterior.

(2) Desde el año 428, los tesoros de los dioses y las reservas del Estado, excepto los 1.000 talentos guardados para un caso de apuro, habíanse invertido ya, y era preciso que los administradores de los bienes religiosos hiciesen á la República adelantos sobre la renta anual de los templos. El εἰσφορά, ó impuesto sobre los ricos durante el sitio de Mitilena, produjo 200 talentos. El tributo de los aliados, que se dobló casi en 425, dió entonces de 1.200 á 1.300 talentos (véase p. 312, n. 3).

Epidauro se prolonga hacia Egina. Un muro cerró el istmo, donde se dejó una guarnición, y desde este punto, que por señales de fuego se comunicaba con el Pireo, los atenienses hicieron continuas incursiones en la Argólida (425). Al año siguiente, Nicias se apoderó de la isla de Citera, inmediata á la costa meridional del Peloponeso, y de consiguiente cómoda, ya para detener las naves que se acercaran, ó bien para efectuar desembarcos. Por otra parte, mira al mar de Creta y al de Sicilia, donde Atenas tenía en aquel instante mismo una flota para sostener á las ciudades que estaban en guerra con Siracusa. La importancia de la posición de Citera bastó para que se otorgaran á sus habitantes suaves condiciones; Nicias dejó una guarnición de atenienses, pero no les impuso más que un tributo de cuatro talentos.

Después de asolar impunemente la Laconia, Nicias volvió á Tirea, en la Cinuria, donde los espartanos habían establecido á los eginetos; apoderóse de la ciudad á pesar de hallarse muy cerca un ejército lacedemonio, que no osó defenderla, y sus prisioneros fueron enviados á Atenas, donde se les condenó á muerte. El nuevo derecho, si tal nombre merece aquella renovación de la vida salvaje, se afianzaba así: el enemigo convertíase en culpable y la derrota equivalía para el vencido á una sentencia á la última pena. Parece que hacia la misma época ocurrió una tragedia á que no se daría crédito si Tucídides no confirmase el hecho: consistió en la matanza de dos mil ilotas de los más bravos, para debilitar todo el cuerpo con aquella sangría espantosa y atemorizar á aquellos de sus compañeros á quienes los triunfos de Atenas pudieran inducir á la rebelión. Aturdidos por tantos reveses é inquietos al ver la guerra estacionada alrededor de Laconia, en Pilos, en Citera y en la Cinuria, los espartanos vacilaban. «Temían algún nuevo desastre, como el de Esfacteria, y no tenían ya la misma seguridad; á cada paso creían cometer una falta; faltábales resolución y estaban intimidados, porque no habían conocido aún la desgracia.» Por la razón contraria, los atenienses tenían la mayor confianza en su fortuna. Habiendo puesto fin á sus guerras los griegos de Sicilia, mediante una reconciliación, los generales que Atenas había enviado allí aceptaron que se les comprendiese en el tratado. «A su regreso, el pueblo condenó á dos al destierro, y á otro á pagar una multa, alegando que hubieran podido someter la Sicilia y que se habían dejado sobornar por presentes. Aquel pueblo suponía que nada era capaz de resistírsele, y en la exaltación de sus esperanzas, daba por hecho que toda empresa, practicable ó no, debía dar buen resultado (1).» Esto presagiaba el espíritu vertiginoso que se apoderaría de él cuando Alcibíades contribuyera á que se resolviese la fatal expedición de Sicilia. Por el pronto, Demóstenes, más sabio, solamente proponía una conquista que debía haberse hecho ó intentado hacía largo tiempo. La discordia reinaba en Megara y un partido expulsó al fin al otro; pero los proscritos, retirados en Pageés, infestaban toda la Megárida, que los atenienses, por su parte, saqueaban con regularidad todos los años (2). Una parte del pueblo, cansada de esta situación, conspiró para abrir las puertas á los atenienses; mas la trama fracasó, si bien Demóstenes pudo aprovecharse de ella para franquear las Murallas Largas, tomar la ciudad de Nisea y ocupar la isla de Minoa á la entrada de este puerto. Brasidas, corriendo á Megara, abrió las puertas á los desterrados; hizóseles jurar el olvido del pasado, dieron muerte á ciento de sus enemigos, y Megara quedó desde entonces dominada por la más recelosa oligarquía.

---

(1) Tucídides, IV, 55 y 65.

(2) Aristófanes señala en los *Acarnianos* (véase p. 760 y sigs.) la profunda miseria de los megarenses: uno de ellos se presenta en Diceópolis para vender á sus dos hijos por por una ristra de ajos y un poco de sal.

De este modo Atenas tomaba la ofensiva en todas partes, mientras que Esparta, del todo paralizada, había dejado de obrar; pero aun apeló al gran rey con más vivas instancias que en otro tiempo á fin de obtener de él socorros, vendiendo así la causa de la Grecia entera y su antigua gloria de las Termópilas. Los atenienses detuvieron en Tracia al persa Artafernes, portador de una carta, en la cual el rey se quejaba de no poder comprender las intenciones de los espartanos; ninguno de sus agentes le decía la misma cosa, y á fin de entenderse, enviábales un emisario. Atenas trató de neutralizar estos esfuerzos de Lacedemonia y tal vez de suplantarla en el favor del rey; con este fin, despidió honrosamente á Artafernes y nombró una embajada para que le acompañase. Grecia iba, pues, á presenciar desde entonces el vergonzoso espectáculo de que no se libró después: los hijos de los vencedores de Salamina y de Platea á los pies del sucesor de Jerjes; pero los diputados supieron en Efeso la muerte del gran rey, y no pasaron de allí. Atenas, sin embargo, no había manchado menos su historia con aquel desgraciado pensamiento, y lo expió casi al punto con varios reveses.

El hábil plan de Demóstenes había tenido buen éxito; el Peloponeso estaba rodeado de un círculo de puestos militares enemigos, y solamente faltaba cerrar el istmo para aprisionar á los espartanos en su península. Esto se podía hacer ocupando Megara, y mucho mejor atrayendo á Beocia á la alianza con Atenas. Demóstenes se dirigió hacia este país; estaba en inteligencia con habitantes de Queronea, que prometieron entregar la ciudad á un cuerpo de atenienses, los cuales saldrían silenciosamente de Naupacta, secundados por los focidios; y el mismo Demóstenes se encargó de sorprender la ciudad de Sifea sobre el golfo de Crissa. Por la parte de Eubea, el general ateniense Hipócrates tenía orden de apoderarse de Delión. Estos tres golpes de mano debían realizarse el mismo día, y si daban buen resultado, la Beocia, así como el Peloponeso, quedarían cercados por el enemigo, separándose á Tebas de Lacedemonia. Por desgracia, eran demasiados los que estaban en el secreto para que se pudiera guardar; el enemigo tuvo tiempo de ponerse en guardia, y las tres divisiones atenienses, combinando mal sus movimientos, perdieron la ventaja de un ataque simultáneo. La empresa contra Sifea y Queronea fracasó, é Hipócrates, retardándose algunos días, vió correr hacia él todas las fuerzas beocias que el plan convenido tenía por objeto dividir; mas pudo ocupar y fortificar el templo de Apolo en Delión. Para los beocios, convertir un templo en fortaleza era un sacrilegio, y también lo creyeron así muchos atenienses, por lo cual no se batieron con la resolución de otras veces. Mil hoplitas con su jefe perecieron en la batalla, y contrariamente á los usos consagrados, Tebas dejó por espacio de diez y siete días, hasta la toma de Delión, todos sus cadáveres insepultos, pues considerábalos como de sacrílegos, cuya alma errante debía recibir su castigo en el mundo infernal.

Sócrates había tomado parte en aquella batalla: con su amigo Lachés y algunos otros bravos retiróse tranquilamente ante la caballería tebana; y mientras daba esa prueba de fría intrepidez, Aristófanes escribía su comedia las *Nubes.*

Esparta no tenía más que un hombre, aquel que había salvado á Megara y amenazado el Pireo, y que estuvo á punto de hacer sufrir á Demóstenes un descalabro en Pilos: este hombre era Brasidas. Inteligente é intrépido hasta la temeridad, poseía además un arma capaz de inferir crueles heridas, sobre todo en Grecia, y que los espartanos manejaban mal; esta arma era la elocuencia. Como el mar estaba cerrado para él, Brasidas pensó que en tierra se podría también combatir á los atenienses y cortar el vuelo de su fortuna y de su fama. En su opinión, lo que ellos habían hecho contra Esparta y Pilos, en Citera y Methana, se debía intentar contra

Atenas en la Calcídica y la Tracia, y así lo aconsejó. Sin embargo, no era la misma cosa: los atenienses habían puesto en realidad en estado de sitio al Peloponeso; mas no se podía, por medio de una serie de victorias, en un punto cualquiera del continente griego, tener á la ciudad de Atenas sitiada á su vez. El mar era su fuerza; aquí había ganado su imperio, y aquí era preciso arrebatárselo. No obstante, por la parte de Tracia se podían descargar golpes muy sensibles. Al principio de la guerra, Atenas había obligado al rey de Macedonia, Pérdicas, á entrar en su alianza, y también obtuvo la amistad de Sitalces, el poderoso rey de los odrises, cuyo territorio se extendía desde el mar de Egea hasta el Danubio y desde Bizancio á las fuentes del Estrimón, en una longitud de treinta jornadas de camino. A instigación de Atenas, Sitalces había llegado á invadir la Macedonia en 429 con una inmensa legión; pero desde entonces su celo se había enfriado. En cuanto á Pérdicas, jamás había perdido una ocasión de perjudicar secretamente á los atenienses; en aquel mismo instante pedía á Esparta que enviara una expedición á las costas de Tracia y á la Calcídica, pues arrebatar á los atenienses estos países, de donde tomaban las maderas de construcción, era atacarlos en su marina, y llevando la guerra hacia el Norte se les arrojaría del Peloponeso, aquejado hacía tiempo de muchos males. Brasidas se encargó de la empresa, en la cual no quiso Esparta aventurarse; pusiéronse á sus órdenes 700 ilotas, á quienes se armó como hoplitas, y 1.000 peloponesios, atraídos por las promesas de Pérdicas. Era poco, pero Brasidas tenía de reserva para la política la palabra mágica «libertad,» tan á menudo engañosa, que debía abrirle muchas puertas (424).



Tucídides (1)

El pequeño ejército debía atravesar la Tesalia, país unido con Atenas por un frágil lazo, pues á los ricos, que eran allí muy poderosos, repugnábales aquella alianza. Brasidas, con una sagacidad rara en los lacedemonios, supo vencer todas las dificultades, desvaneció todas las desconfianzas, y avanzando mientras se deliberaba para saber si se permitiría el paso, llegó á las tierras de Pérdicas. Este príncipe quería que le ayudase á destronar á Arrhabeo, rey de los lyncestes; pero Brasidas temió que el macedonio llegase á ser demasiado fuerte, y como el único medio de encontrar aliados consistía en mantener divisiones en aquel país, rehusó su concur-

(1) Busto de mármol conservado en el Museo del Louvre (Véase Clarac, *Museo de escultura*, láminas 1.025 y 1.103, n.° 592). – El nombre dado á este mármol no es verdadero. Véanse los dos bustos publicados en otro lugar, p. 329.

so, aunque contribuyendo á que se negociara un tratado entre los dos enemigos, hecho lo cual apresuróse á penetrar en la Calcídica. En Acanto, la primera ciudad que encontró, las opiniones se hallaban divididas: el jefe espartano solicita ser introducido solo en la ciudad; recuerda el desinterés de Lacedemonia, cuyos magistrados, dice, le han prometido por juramentos solemnes respetar las leyes de los pueblos que acepten su alianza; y á estas promesas de libertad añade amenazas. «No aspiramos á la dominación, exclama; pero cuando trabajamos para reprimir á los que tratan de usurparla, seríamos injustos para los más si al proporcionar á todos la libertad os permitiéramos, indiferentes, oponer obstáculo á nuestros designios.» Los acánteos vacilaban en separarse de Atenas, de la cual no tenían queja alguna; pero como sus uvas estaban maduras ya y había peligro de que Brasidas las vendimiase, abriéronle sus puertas. Del mismo modo se apoderó de Estagira y también Anfípolis cayó en su poder. Habíase introducido por sorpresa en los arrabales de la ciudad, y como ésta se aprestase á resistir, se ganó la voluntad de los habitantes por las ventajosas condiciones que les ofrecía; permitía á todos, anfipolitanos ó atenienses, permanecer donde estaban, conservando sus derechos y sus bienes, y otorgaba á los que quisieran marchar cinco días para llevarse cuanto les perteneciera. Hacía largo tiempo que no se había hecho la guerra con tanta humanidad, y un espartano era quien daba el ejemplo. Observemos también la poca prisa que se daban los aliados de Atenas para sacudir un yugo que, según los hechos, aparece menos odioso y menos duro de lo que le representan las reclamaciones de los retóricos.

La aproximación de un enemigo tan activo como Brasidas, y los golpes que había descargado ya, habrían debido inducir á los generales atenienses que se hallaban en aquella región á concentrar todas sus fuerzas en el continente y no lejos de Anfípolis, principal colonia de Atenas por aquel lado. Uno de ellos estaba entonces con siete galeras en Thasos, donde nada había que guardar, puesto que nadie amenazaba ni podía amenazar la isla; y como acudiera demasiado tarde, solamente pudo salvar Eión, puerto de Anfípolis. A propuesta de Cleón, el pueblo castigó semejante descuido con un destierro que duró veinte años. La posteridad debe á esta sentencia una obra maestra en que se expresan vigorosos pensamientos en un estilo de ruda concisión: este desterrado era Tucídides, que empleó sus ocios en escribir la guerra del Peloponeso. El verdadero culpable, Eucles, el comandante de Anfípolis, se había dejado sorprender.

Brasidas pasó el invierno recorriendo dos ó tres penínsulas pedregosas de la Calcídica; encontró pequeñas ciudades mal fortificadas, donde pudo entrar fácilmente; y como una de ellas intentara defenderse, á pesar de hallarse muy deterioradas sus murallas, dió muerte á cuantos atenienses cayeron en su poder. La península occidental, la de Palena, se libró de sus manos, y era la más importante para Atenas.

Al paso que dejaba á estas ciudades su libertad llevábase los súbditos atenienses, y no daba á Lacedemonia nada de lo que adquiría, comprendiendo que eran inútiles las conquistas en tan lejanas regiones. Por eso los triunfos de aquel general aventurero admiraron á Grecia sin ser muy satisfactorios para Esparta, cuya situación no cambiaba en el Peloponeso, ni muy enojosos para Atenas, una vez pasado el momento de cólera de que Tucídides fué víctima. Despojada de algunas ciudades que carecían de importancia, Atenas conservaba su imperio insular, y solamente la defección de Anfípolis era un golpe sensible. Sin embargo, este punto, útil para operar en el interior del continente, no lo era para hacerlo en el mar, mientras no tuviese el puerto de Eión; y los atenienses podían continuar explotando por

su cuenta las maderas y las minas del monte Pangeo, ó por lo menos entorpecer la explotación de los anfipolitanos (1).

El rey Pleistonax, desterrado de Esparta desde 445 por haber escuchado las proposiciones de Pericles, habíase refugiado en el monte Liceo, en Arcadia, cerca del templo venerado de Zeo, á fin de hallar allí un asilo en caso necesario, y en aquel lugar había vivido diez y nueve años. La Pitia de Delfos, cuya buena voluntad se había ganado ese rey, añadía á todas sus contestaciones á los diputados espar-



Mineros trabajando (2)

tanos que iban á consultarla: «Acordaos del vástago de Hércules, hijo de Júpiter, si no queréis veros obligados á labrar vuestras tierras con arados de plata.» En estilo de oráculo, esto quería decir: «Llamad á Pleistonax si no queréis veros reducidos á emprender lo que os será imposible ejecutar.» Los partidarios de la paz contribuyeron á que se llamara al desterrado, quien volvió con el propósito de dar fin á aquella interminable guerra.

Atenas no era por lo pronto más belicosa; tenía prisioneros á los espartanos de Pilos, pero acababa de perder en Delión 1.000 de sus ciudadanos, y con Anfípolis, las llaves de Macedonia y de Tracia, país de donde recibía las primeras materias para sus arsenales, arqueros para sus tropas y remeros para sus barcos. Los ricos, que ocupaban los principales cargos en la guerra, decían que la fortaleza de Estrimón

(1) Estas minas de oro y plata eran muy ricas, pero no rendían todo lo que una explotación pacífica hubiera podido dar á causa de hallarse inmediatas las tribus belicosas de los besses y de los satros. (Véase Herodoto, VII, 112; Appien, B.C., VI, 106; Heuzey, *Misión arch. de Macedonia.)* Las minas que se explotaban con regularidad pertenecían á ciudades ó á particulares; Tucídides tenía algunas en Scapté-Hylé, y la isla de Thasos, que solamente dista siete kilómetros de tierra firme, era dueña de otras en el continente; de modo que el tributo que pagaba á Atenas ascendía á 30 talentos, como el que Paros pagaba por sus canteras de mármol. Plinio (XXI, 10; observa que en las pendientes del monte Pangeo la rosa de cien hojas crecía naturalmente.

(2) Placa pintada descubierta en Corinto y existente en el Museo de Berlín, según los *Antike Denkmaler, herausgegeb. vom kais. d. archaol. Institut*, I (1885), tab VIII, n.° 7. - Un minero, á la derecha, desprende con un martillo piedras que un muchacho recoge en un cesto; á la izquierda, otro trabajador pasa una cesta llena á su compañero; y en medio se ve suspendida una ánfora que contiene sin duda agua para beber.

tentaba peligrosamente al pueblo á intervenir en aquellas regiones bárbaras; y á la verdad, el imperio de Atenas era cada vez más vulnerable á medida que iba extendiéndose por puntos donde su flota no podía ir á defenderle. Aristófanes, el amigo de los grandes, hacía representar entonces sus sangrientas sátiras de la política guerrera de los demagogos que gobernaban á la democracia ateniense. No es una hipótesis temeraria suponer que la risa burlona de los espectadores se continuó en la plaza pública después de producirse en el teatro. La comedia corrige en raros casos, pero á veces ilustra, y al ver como se despertaban hacia aquel tiempo inclinaciones pacíficas, creeríase que en aquella ocasión produjo tal efecto.

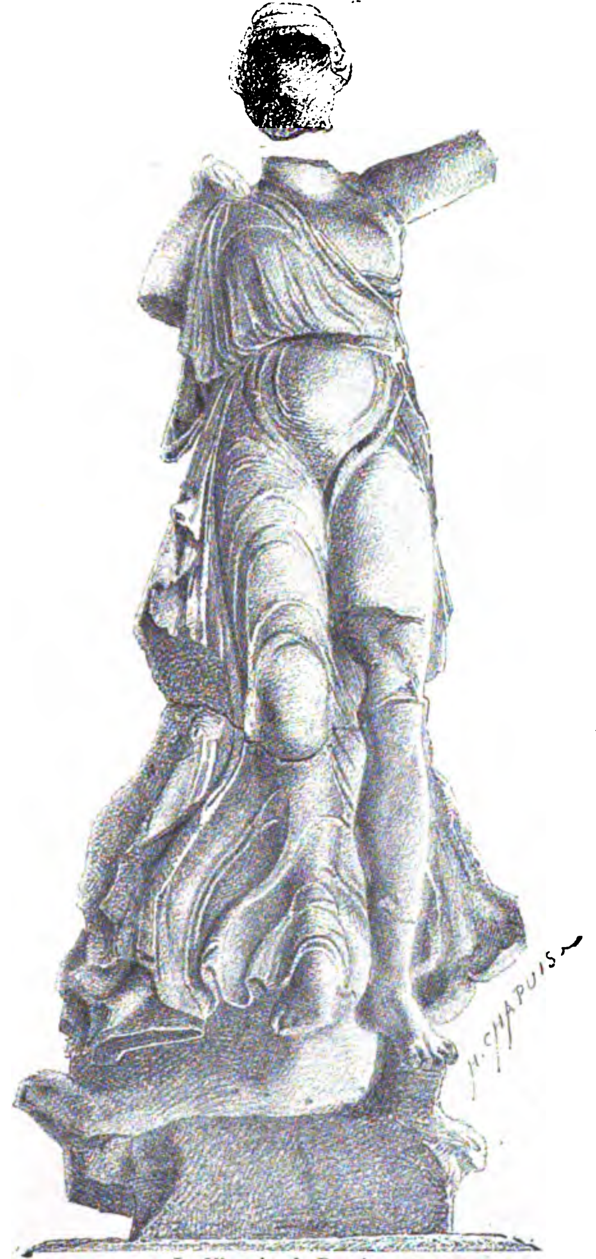
Efectivamente, Atenas y Esparta parecían estar de acuerdo en aquel momento, la una para disminuir sus gastos y la otra para recobrar sus cautivos, que pertenecían á las familias más influyentes de la ciudad. Una tregua de un año (marzo 423) suspendió las hostilidades, á condición de que cada cual conservara lo que poseía. Los pueblos de la liga peloponesia quedaron autorizados para navegar en los mares que bañaban sus costas y las de sus aliados; pero prohibíaseles hacer uso de naves largas, es decir, galeras de combate. Los firmantes del tratado debían garantizar á todos la libre entrada del templo para consultar el oráculo de Apolo Pitio; no recibir á los tránsfugas libres ó esclavos; proteger á los heraldos y diputados que viajaran por tierra ó por mar; y en fin, para zanjar todas las diferencias, facilitar por cuantos medios fuese posible la conclusión de una paz definitiva.

Mientras que se concluía este tratado en Atenas, Brasidas entraba en Escioné, en la península de Palena, recibido con los brazos abiertos por los habitantes, que le otorgaron una corona de oro, coronándole de cintas como un gladiador triunfante. Pero esta conquista se había hecho dos días después de concluirse la tregua, y por lo tanto se debía restituir; mas como Esparta renusase, la guerra volvió á comenzar. Nicias, llegando con fuerzas considerables, recobró Escioné y después Mendé, que el pueblo le entregó; y Pérdicas hubo de aceptar la alianza con Atenas; mientras que Brasidas sufría un descalabro en una tentativa contra Potidea. Al año siguiente, Cleón, nombrado general, quiso que Atenas hiciera un vigoroso esfuerzo por aquella parte, como en otro tiempo en Pilos; y tenía razón, pues era necesario contener los progresos de Brasidas. En su consecuencia, apoderóse por lo pronto, con cierta habilidad, de Toroné y de Galepsos, y después fué á establecerse en Eión á fin de esperar los auxiliares que debían llegar de Tracia y de Macedonia; pero estos soldados le condujeron hasta enfrente de Anfípolis. Brasidas, que estaba en la ciudad, sorprendió á los atenienses en un falso movimiento y obtuvo una victoria completa, que le costó la vida. También Cleón pereció en la batalla. Según Tucídides (1), fué uno de los primeros en huir; según Diodoro, murió como hombre de corazón. Brasidas, cuya pérdida lloraban todos los aliados, que acompañaron el fúnebre convoy completamente armados, obtuvo los funerales de los antiguos héroes. Su tumba se rodeó de un recinto consagrado, é instituyéronse en su honor juegos y sacrificios anuales (422).

La muerte de aquellos dos hombres facilitaba la paz, pues Brasidas mantenía la

(1) No olvidemos que, según uno de los biógrafos de Tucídides, Cleón fué quien desterró á ese general. En cuanto á Aristófanes, había tenido numerosas cuestiones con él. En la comedia las *Ranas*, representada mucho tiempo después, en 405, deja escapar una palabra que explicaría las animosidades del partido oligárquico contra Cleón. Hércules había robado las provisiones de dos taberneras, y la una dice á la otra: «Ve y llama á Cleón, nuestro protector, y á Hipérbolos, para perder á ese miserable.» De aquí se deduce que Cleón tomaba la defensa de los pequeños en Atenas, sistema habitual de los demagogos. «Un rico, dice Mr. Grote, solicitaba la elocuencia venal de Antifón; y el pobre imploraba el socorro gratuito de Cleón »

guerra por su actividad y sus triunfos, y Cleón por sus discursos. Si Atenas, que acababa de sufrir un gran descalabro, perdía algo de su confianza, Esparta, por su parte, no ganaba nada, porque la victoria de Anfípolis no se debía á tropas nacionales, sino á mercenarios, con los cuales no se podía contar. Veía que ya duraba diez años la guerra emprendida con la esperanza de humillar el poderío ateniense sin gran esfuerzo; una nueva lucha iba á comenzar tal vez á sus puertas, porque iba á expirar la tregua de treinta años celebrada con los argivos; y por último, sus plazas marítimas seguían ocupadas siempre por el enemigo y sus mejores ciudadanos gemían en la cautividad. En las dos ciudades los amantes de la paz recobraban influencia: en Atenas, el prudente Nicias; en Lacedemonia, el rey bonachón Pleistonax. Los dos aconsejaron la paz, y al fin se concluyó en abril del año 421, celebrándose dos tratados.



La Victoria, de Peonios (1)

El primero comenzaba, según costumbre, por garantizar á todos los griegos la facultad de ofrecer sacrificios en Delfos, consultar al oráculo y enviar teorías. Convínose en que cada cual devolviese lo que había tomado en la guerra, pero los tebanos conservarían Platea, y en cambio los atenienses se quedarían con Nisea en la Megárida y Anactorión y Solión en la Acarnania. Se estipuló que «cuanto se hubiera decretado por la mayoría de los aliados obli-

(1) Estatua de mármol descubierta en Olimpia, según vaciado.—El escultor Peonios de Men-

gara á todos, á menos de haber impedimento por parte de los dioses y de los héroes» Todos los aliados, excepto Corinto, Megara y Elea, aceptaron estas condiciones; y por último, se estipuló que la paz se confirmara prestando un juramento que se renovaría todos los años, inscribiéndose en columnas, en Olimpia y Delfos; en el templo de Poseidón, en el istmo; en la ciudadela de Atenas, y en el Amicleón de Lacedemonia.

Uno de los artículos del tratado prevenía que por una parte y otra se devolverían los prisioneros. Cuando los de Esfacteria llegaron, se les degradó de sus derechos de ciudadanos, á fin de realzar la fama del valor de los hijos de Esparta, demostrando que Lacedemonia no había comprendido que pudieran transigir con el deber, ni aún ante la muerte. Verdad es que al poco tiempo se les restableció en su primera condición.



Eris ó la Discordia (1)

Los argivos, observando el descontento de los aliados de Esparta, creyeron favorable la ocasión para reclamarla Cinuria; pero Lacedemonia, que los temía poco mientras estuvieran solos, impidióles unirse con Atenas, firmando con esta ciudad un segundo tratado, particular esta vez de los dos pueblos, por el cual se estipulaba entre ellos, durante un período de cincuenta años, una alianza ofensiva y defensiva y mutuo auxilio en caso de ataque ó rebelión de los esclavos. Este último punto no concernía más que á Lacedemonia, y revela su constante ansiedad.

El primero de estos tratados, que vino á poner un término pasajero á los males que afligían á los pueblos hacía más de diez años, recibió el nombre honorífico de aquel que había contribuído á su conclusión: llamóse la paz de Nicias Pero ¿á quién había aprovechado tanta sangre vertida? Esparta no había acrecentado ni su gloria ni sus fuerzas; Atenas conservaba su imperio, y los pueblos no habían dado al olvido por un instante las rencorosas pasiones que los armaron unos contra otros. Nadie ganó, y en cambio la civilización había perdido lo que diez años de paz hubieran agregado al esplendor del siglo de Pericles (2).

---

dé, ciudad de Tracia, había ejecutado ya las estatuas del frontis oriental del templo de Zeo en Olimpia, y las acroteras del mismo santuario, cuando los mesenios y los habitantes de Naupacta le encargaron, después de la cuestión de Esfacteria, una estatua colosal de Nicé, que se encontró en Olimpia en 1875, con la inscripción de la base, que decía: «Los mesenios y los naupactianos han consagrado esta estatua á Zeo de Olimpia, como diezmo del botín tomado al enemigo. Peonios de Mendé la hizo, y obtuvo el premio por las acroteras colocadas en el templo.» Se representa á la diosa bajando hacia la tierra; y el ave que vuela á sus pies sirve para demostrar que se halla aún en medio de los aires. La estatua se elevaba sobre una base triangular de más de seis metros de altura, y se colocó delante del templo de Zeo, en el ángulo Sudeste.

(1) Pintura de vaso, según Gerhard, *Gesamm, akadem. Abhandlungen*, Atlas, tab. X, fig. 5. —Eris (ΕΡΙΣ), ó la diosa de la Discordia, tiene alas en los hombros y alones en los pies. El artista la representó volando: por el movimiento del cuerpo, y en particular de las piernas, véase la Artemis alada que figura en el t. I, p. 107, n. 2.

(2) Sobre algunos de los abusos que se habían desarrollado en el seno de la democracia ateniense durante la guerra del Peloponeso, véase p. 217 y más adelante el cap. XXVII.

CAPITULO XXV

ALCIBÍADES Y LA EXPEDICIÓN DE SICILIA (421-413)

I. — ALCIBÍADES. — CUESTIÓN DE ARGOS. — RUPTURA DE LA PAZ (417). CUESTIÓN DE MELOS

Entre las predicciones que circulaban al comenzar la guerra del Peloponeso, solamente una, observa Tucídides, se consideró como confirmada después de la paz de Nicias (1), y fué la que anunciaba que la guerra duraría tres veces nueve años. En efecto, esta guerra tuvo tres actos; ya hemos visto el primero; el segundo fué la tregua *mal sentada*, que abarca desde 421 á 413, sin que hubiese lucha general, aunque la guerra estaba en todas partes; y el tercero, desde 413 á 404, comprende la catástrofe y las peripecias que la producen.

Todo el primer período está lleno aún del espíritu de Pericles, que gobierna en la grande Atenas á pesar de Cleón, y cuya política le ha sobrevivido; el segundo y tercero ocúpanlos por entero las pasiones, los servicios y los crímenes de Alcibíades.

Alcibíades, á quien se consideraba como descendiente de Ayax, pertenecía por parte de madre á la familia de los Alcmeónidas. La muerte de su padre, Clinias, ocurrida en Coronea, púsole bajo la tutela de sus parientes, Pericles y Arifrón, quienes le entregaron, cuando llegó á su mayor edad, una de las más grandes fortunas de Atenas.

A su riqueza y noble estirpe agregó muy pronto la belleza física, que en concepto de aquel pueblo artista contribuía á realzar los talentos y la virtud, como sucedía con Sófocles y Pericles, y que le parecía siempre un don de los dioses hasta en las facciones de un atleta. Los parásitos, los aduladores, todos aquellos á quienes atraen la fortuna, la gracia y la osadía iban siempre en pos del rico y chispeante joven, que llegó á ser en Atenas el rey de la moda, es decir, una potencia. Acostumbrado á verse aplaudido en medio de aquel cortejo por sus locuras, Alcibíades se atrevió impunemente á todo y fué el niño mimado de Atenas. La fuerza de su temperamento y la flexibilidad de su espíritu hacíanle, según la hora, el día y el lugar, capaz lo mismo del vicio que de la virtud, así de la abstinencia como de la orgía En la ciudad de Licurgo no habrá espartano que le gane en robustez, y en Asia eclipsará á los sátrapas con su lujo y su molicie; pero su audacia y su indomable vanidad comprometían por una broma ó una calaverada los planes de su ambición largo tiempo meditados. Enérgicas y diversas pasiones le inclinaban tan pronto á un lado como á otro, siempre con exceso, sin que encontrase en aquella borrascosa volubilidad de su carácter el freno que le hubiera contenido, es decir, el sentimiento de lo justo y del deber. Un día se le veía en casa de Sócrates, escuchando con avidez las nobles lecciones del filósofo y llorando de admiración y de entusiasmo; pero al día siguiente cruzaba por la Agora con el manto caído, el paso indolente y

(1) Tucídides (V, 25) dice: «Transcurrieron siete años y dos meses sin que los dos pueblos se hiciesen guerra, y la paz no se rompió formalmente hasta después de un período de diez años; mas á pesar de esta tregua mal asegurada, hacíanse mutuamente mucho daño.»

afeminado, y seguido de sus amigos, demasiado condescendientes para encenagarse en vergonzosos placeres. Sin embargo, Sócrates le disputó algún tiempo con ventaja á la multitud de sus corruptores: en las primeras guerras compartieron la misma tienda y Sócrates salvó á Alcibíades en Potidea y éste protegió en Delión la retirada de aquél.

Desde la infancia se manifestó en el carácter de Alcibíades ese espíritu que unas veces tendía al heroísmo y otras á la locura. Una vez jugaba á los dados en la vía pública, y al ver que se acercaba un carretero con su vehículo, gritóle que se detuviera. El hombre, sin hacer aprecio, siguió avanzando, y entonces Alcibíades precipítase en medio del camino, exclamando: «¡Pasa ahora si te atreves!» Otro día luchaba con uno de sus compañeros, y como no era el más fuerte, mordió en un brazo á su adversario. «Muerdes como una mujer, díjole éste. – No, como un león,» contestó Alcibíades. En su escudo había mandado grabar un Amor fulminando el rayo.

Tenía un magnífico perro que le había costado más de siete mil dracmas, y cuando toda la ciudad le hubo admirado cortóle la cola, su mejor adorno, para que se siguiera hablando del animal. «Mientras los atenienses se ocupen de mi perro, repetía, no murmurarán de mí.» Cierto día pasa por la plaza pública; la asamblea era tumultuosa, y al preguntar Alcibíades la causa de ello, contéstanle que se trata de una distribución de dinero. Al oir esto se adelanta y arroja todo el que lleva encima con gran aplauso de la multitud; pero siguiendo la moda de los elegantes de entonces, llevaba una codorniz domesticada debajo de su manto; el ave atemorizada se escapa y todo el pueblo corre, dando gritos, para cogerla y devolvérsela á su dueño. Alcibíades y el pueblo de Atenas habían nacido para entenderse. «Le odian, decía Aristófanes, le desean, y no pueden estar sin él.» En una ocasión apostó á que en medio de la calle daría un bofetón á Hipónicos, uno de los hombres más considerados de la ciudad; ganó su apuesta, pero al día siguiente fué á la casa del hombre á quien había injuriado tan groseramente, se desnudó en su presencia y se ofreció á recibir el castigo que merecía. Habíase casado con Hiparetes, mujer muy virtuosa, y correspondía á su extremado cariño ultrajándola de continuo, tanto que, apurada la paciencia, resolvió la esposa presentarse al arconte para pedir el divorcio. Alcibíades recibe noticia del hecho, corre á la casa del magistrado, y á la vista de la multitud que aplaude, apodérase de su mujer, que no se atreve á resistir, atraviesa la plaza pública llevándola en brazos, y vuelve á su casa, donde Hiparetes permaneció considerándose dichosa por aquella violencia.

Alcibíades trató á Atenas como á Hipónicos y á Hiparetes, y lo mismo que éstos, la ciudad perdonó con frecuencia aquella amalgama de buenas cualidades y defectos, donde siempre había lo que los atenienses anteponían á todo, el ingenio y la audacia, aunque esta última le sirviese para burlarse de la justicia y de la religión. Se le dispensa el haber pegado á un maestro en cuya escuela no encontró la *Iliada;* pero en las Dionisiacas golpeó en medio del espectáculo á uno de sus adversarios, sin consideraciones á la solemnidad del acto; y otra vez, para celebrar mejor una fiesta, apoderóse de la galera sagrada que en aquel momento era necesaria para un servicio público y religioso. A un pintor que no quería trabajar para él, retúvole prisionero hasta que acabó de adornar su casa; pero después colmóle de regalos. La justicia perseguía á cierto poeta; Alcibíades arrancó de los archivos públicos el acta de acusación (1).

(1) No se puede garantizar la autenticidad de todas estas anécdotas; pero como armonizan con el carácter de Alcibíades y circulan en la literatura, bueno es conocerlas.

Para una república estos actos eran bien poco republicanos; pero ¡la Grecia entera sentía tanta debilidad por Alcibíades! En Olimpia hizo correr siete carros á la vez, eclipsando así la magnificencia de los reyes de Siracusa y de Cirene, y obtuvo dos premios. Eurípides cantó su victoria, y varias ciudades se pusieron á escote para celebrarla: los habitantes de Efeso levantaron para él una tienda magnífica; los de Chíos alimentaron sus caballos y le proporcionaron un considerable número de víctimas para los sacrificios; los de Lesbos le dieron el vino, y toda la asamblea de Olimpia fué á sentarse á las mesas del festín, aceptando la invitación que un simple particular le hacía.

La posteridad, menos indulgente que los contemporáneos, aunque reconociendo las eminentes cualidades del hombre, condenará al mal político que emprendió la expedición á Sicilia, al mal ciudadano que tantas veces dió el escandaloso ejemplo de violar las leyes, y que osó armarse contra la patria y levantar su mano contra su madre. Alcibíades se considerará como el tipo del más brillante, pero también del más inmoral, y por lo tanto del más peligroso ciudadano de una república.

A pesar de su nacimiento, por el cual le correspondía un lugar entre los eupátridas, Alcibíades, lo mismo que Pericles, se declaró en favor del pueblo, é hízose adversario de un hombre muy diferente, del tímido y supersticioso Nicias, que era noble también, rico, y distinguido por sus largos servicios; pero Alcibíades le aventajaba por la osadía y por su seductora elocuencia. Demóstenes le considera como el primer orador de su tiempo, no por su palabra fácil, pues muy al contrario las frases no acudían con bastante facilidad á sus labios y con frecuencia repetía las últimas palabras de aquéllas; pero su elocuencia enérgica y de elegante estilo, y un cierto tartajeo no desagradable, hacíanle irresistible. Su primer acto político fué una medida funesta: propuso, en efecto, un aumento del tributo de los aliados, que de 600 talentos ascendió á 1.200, imprudencia que Pericles no había cometido; pero Alcibíades tenía otros proyectos y profesaba otras doctrinas que éste. Creyendo en el derecho de la fuerza, utilizábase de él; entreveía gigantescas empresas y preparaba de antemano los recursos necesarios. Su inacción comenzaba á pesarle; contaba treinta y un años y aun no había hecho nada, y por esto mostró mucha actividad cuando se celebró el tratado de 421, en cual ocasión habría querido suplantar á Nicias y atribuirse el honor de aquella paz; pero sus adulaciones á los prisioneros de Esfacteria no produjeron resultado alguno y los espartanos se fiaban más del anciano general, razón por la que Alcibíades les guardó rencor.

No faltaban personas que reprobaran aquel tratado, firmado con aplauso de los ancianos, de los ricos y de los labradores, pero en el que Atenas se dejó burlar indignamente (1) por culpa de Nicias. Los mercaderes, que durante la guerra veían el mar cerrado para sus rivales y abierto para sus barcos, los marinos y los soldados, y todo el pueblo del Pireo que vivía del salario ó del botín, constituían un partido numeroso, y Alcibíades se proclamó su jefe. El espíritu guerrero, que no debía desaparecer sino con la misma Grecia, le facilitó muy pronto aliados en el exterior.

Lo que Esparta y Atenas hacían en grande, otras ciudades lo practicaban en menor escala; fuertes ó débiles, obscuras ó ilustres, todas ambicionaban lo mismo, todas querían súbditos. Los eleanos habían sometido á los lepreatos; Mantinea á los burgos de las inmediaciones; Tebas había derribado las murallas de Tespies para tener esta ciudad á su discreción; y Argos transportó á la suya á los habitantes de varios pueblos de Argia, si bien concediéndoles el derecho de ciudadanía. Esparta observaba con enojo este movimiento de concentración de las ciudades inferiores

(1) Véase la página siguiente.

alrededor de las más poderosas, y al fin proclamó la independencia de los lepreatos y estimuló secretamente la defección de los súbditos de Mantinea y el odio de Epidauro contra Argos. No obstante, desde Esfacteria había perdido su prestigio; en Corinto, en Megara y en la Beocia proclamábase en alta voz que había sacrificado cobardemente los intereses de sus aliados, é indignaba sobre todo su alianza con Atenas. La liga peloponesia estaba disuelta de hecho; un pueblo pensó en reconstituirla en provecho suyo. El reposo y la prosperidad de Argos, en medio del conflicto general, habían acrecentado sus recursos, y gracias á su política liberal con los pueblos del país, pudo aumentar sus fuerzas; pero los recién venidos fueron poderoso auxilio para el partido democrático, cuya influencia hizo tomar á Argos una dirección política opuesta á la de los espartanos. Esta ciudad, pues, podía y quería constituirse en centro de una liga antilacedemonia: Mantinea, donde la democracia dominaba; los eleanos, ofendidos por Lacedemonia; y Corinto, que por el tratado de Nicias perdía en la Acarnania dos ciudades importantes, hallábanse dispuestas á unir sus fuerzas con sus odios. Los argivos aprovecharon hábilmente la oportunidad y enviaron doce diputados á todas las ciudades griegas que quisieran formar una confederación, de la cual se excluiría á las dos que eran igualmente amenazadoras para la libertad común, Esparta y Atenas. Sin embargo, no fué posible entenderse; los oligarcas de Megara y de la Beocia se abstuvieron, y poco después acercáronse al pueblo que siempre había sido adversario de la democracia. Tegea, sometida á un gobierno aristocrático, y una parte de los argivos, mantuviéronse fieles á los espartanos; y reanimados éstos por aquel cambio de fortuna, enviaron á Lepreón á los ilotas de Brasidas que habían sido liberados, y expulsó á los mantineos de una fortaleza que habían ocupado en las fronteras de Laconia. Una liga de los Estados del Norte era prematura, y nada podía hacerse aún fuera de Esparta ó de Atenas.

Muchas causas de descontento existían entre estas dos ciudades. La suerte había decidido que Esparta fuese la primera en hacer las restituciones convenidas por el tratado de 421, de las cuales la más importante para Atenas era la de Anfípolis y la de las ciudades de la Calcídica. Esparta retiró sus guarniciones pero sin devolver las ciudades; y sin embargo, Nicias, burlado por los éforos, hizo incurrir al pueblo en la falta de no guardar los rehenes que tenía entre manos para evitar que Lacedemonia continuase obrando con deslealtad. Esparta había tratado en nombre de todos sus aliados, y los más poderosos rehusaban hacer honor á su palabra. Los beocios devolvían Panacteón, pero desmantelado; retenían los prisioneros atenienses, y no estipulaban más que una tregua de diez días (1). Atenas, que creía haber obtenido la paz, tenía otra vez la guerra, al cabo de diez días, con los beocios que estaban en la Calcídica, y hasta acababa de dar por este lado un ejemplo terrible de su cólera. Todos los hombres de Escioné habían sido muertos, en castigo de su reciente defección, en virtud de un decreto del pueblo que los generales llevaron consigo.

En todo esto encontró Alcibíades motivo suficiente para promover una guerra. En primer lugar impidió á los atenienses evacuar á Pilos, de donde solamente se retiraron, á instancias de Lacedemonia, los ilotas y los mesenios, á los cuales se trasladó á Cefalonia. Después, advertido por sus amigos de Argos de que Esparta trataba de atraer á esta ciudad á su alianza, contestó que la misma Atenas estaba muy dispuesta á unirse con los argivos. La poesía vino en auxilio de la política: Eurípides hizo representar por entonces (420) su tragedia las *Suplicantes*, en que se

(1) De diez días después la denuncia de las hostilidades.

presentaba á Teseo dirigiéndose á conquistar, con las armas en la mano, á ruego de las madres argivas, los cuerpos de los siete jefes caídos ante las murallas de Tebas, á fin de tributarles los honores fúnebres: piadosa intervención que debía imponer á los argivos una deuda de agradecimiento. No sé si los magníficos versos del poeta les conmovieron mucho; pero el odio de Esparta les impelía hacia la única ciudad que podía hacer frente á Lacedemonia. Atendiendo á la promesa de Alcibíades, sus diputados llegaron á Atenas, seguidos de cerca por los de Esparta, á la que semejante liga había atemorizado. Los lacedemonios tenían plenos poderes para poner término á todas las diferencias, y ya habían conseguido que el Senado admitiese sus proposiciones, cuando Alcibíades, temeroso de que obtuvieran el mismo buen resultado con el pueblo, lo paralizó todo valiéndose de un impudente engaño: fué á buscar en secreto á los embajadores y prometióles bajo juramento apoyarlos, pero aconsejándoles que no hablasen nada sobre sus plenos poderes, único medio, dijo, de no despertar la susceptibilidad del pueblo y de conseguir el objeto. Cuando se presentan á la asamblea, Alcibíades les pregunta cuál es el objeto de su embajada, á lo cual contestan que han ido á proponer la paz, aunque no están autorizados para concluirla. «¡Cómo!, exclama al punto Alcibíades, ¿no digisteis ayer en el Senado que traíais plenos poderes? ¿Qué confianza podemos tener en vuestras palabras? ¡Atenienses, ya veis que los espartanos quieren burlarse de nosotros!» Los embajadores quedan confusos; el pueblo se encoleriza y pide la guerra; pero al día siguiente, Nicias consigue, á fuerza de discursos y diligencias, calmar las pasiones y hacer que le envíen á Esparta. Sin embargo, todos estos incidentes habían envenenado las cosas; y Nicias, aunque recibido con respeto, nada obtuvo; de modo que Atenas pactó inmediatamente con los argivos, los mantineos y los eleanos una alianza ofensiva y defensiva (1). En el acceso de cólera contra Esparta estipulóse que la alianza duraría cien años, término bien largo para hombres de semejante carácter (420).

Observo en este tratado, sin embargo, una condición nueva é importante, y es que la alianza se concertaba bajo un pie de perfecta igualdad. El mando de las tropas de los aliados debía corresponder al pueblo que pidiese el auxilio y en cuyo territorio se hiciese la guerra (2).

La neutralidad de la Argólida y del centro del Peloponeso había preservado hasta entonces á Lacedemonia de una invasión continental: la guerra, después de girar largo tiempo alrededor de la península, no había invadido en los ultimos años más que ciertos puntos de las costas del Oeste, del Sur y del Este, como Pilos, Citera y Methana, todos muy lejos de Esparta. Pero he aquí que los argivos, los mantineos y los eleanos iban á promoverla en el corazón del Peloponeso, llevándola hasta enfrente de los ilotas; y ante esta perspectiva, Esparta volvió á ser la ciudad paciente y reflexiva de otro tiempo, hasta el punto de resignarse á devorar sangrientas injurias. Con motivo de haberse enviado ilotas á Lepreón durante la tregua sagrada, los eleanos habían condenado á los lacedemonios al pago de una multa de 2.000 minas, y como rehusasen satisfacerla, fueron excluídos, por decreto, de los juegos olímpicos. Un espartano de distinción, Lichas, hizo correr, no obstante, su carro, y alcanzó un premio en la misma carrera en que Alcibíades había desplegado tanta magnificencia y obtenido coronas. Cuando los jueces supieron su nombre,

(1) El texto de este tratado se halla en Tucídides (V, 23) y se ha encontrado parte de él en un mármol que reproduce el texto oficial. Entre las dos versiones no hay más que ligeras diferencias.

(2) Tucídides, V, 47, 7. La ciudad que obtenía el socorro debía encargarse de la manutención del cuerpo auxiliar, abonando tres óbolos diarios á los hoplitas y á los arqueros, y una dracma á los jinetes.

dieron orden de echarle á palos; y Esparta no vengó aquel ultraje, porque había dejado de creer en sí misma. Poco tiempo después recibió otro insulto de sus aliados, y también lo sufrió en silencio. En el tercer año de la guerra había colonizado Heraclea, á la entrada de las Termópilas; y los tesalios atacaron esta plaza, de la cual se habrían apoderado si no hubiesen acudido los beocios, quienes bajo pretexto de salvarla de sus manos, posesionáronse de la ciudad ellos mismos después de expulsar al gobernador lacedemonio.

Por último, Alcibíades pasó con algunas tropas al Peloponeso; y como Atenas había tenido siempre amigos en la Acaya, quiso despertar esta antigua afección, y á fin de conseguirlo mejor, trató de construir un fuerte en el Rhión de Acaya, el punto más estrecho del golfo de Corinto, y frente á Naupacta, que era ya de los atenienses, lo cual hubiera puesto bajo su dominio toda la navegación del golfo. Sicione y Corinto se opusieron, mas no pudieron impedir que Alcibíades construyese en Patras murallas largas semejantes á las del Pireo, para unir esta ciudad con el mar, y de consiguiente con Atenas. «Los atenienses, decíase á los habitantes de Patras, os absorberán el mejor día. – Quizás sí, contestó Alcibíades, pero será poco á poco y comenzando por los pies; mientras que los lacedemonios lo harán de un solo golpe, dando principio por la cabeza.» En Argos persuadió al pueblo á tomar á los epidauros un puerto en el golfo de Salónica, porque desde allí los argivos podrían recibir más fácilmente socorros de Atenas, dueña de Egina, frente á Epidauro; pero los lacedemonios enviaron por mar á esta ciudad trescientos hoplitas que pudieron rechazar todos los ataques. Al recibir noticia del hecho, los atenienses escribieron en la columna en que se grabara el tratado que Esparta había violado la paz, con lo cual comenzó de nuevo la guerra (419).

En vano Aristófanes hizo representar en aquella época su producción titulada la *Paz*, volviendo á la tesis que había sostenido siete años antes en los *Acarnianos;* en vano personificó la guerra en un gigante que machaca las ciudades en un almirez, cuyos pilones son los generales, demostrando que con la vuelta de la Paz, sacada al fin de la caverna donde estaba cautiva hacía trece años, comenzarían de nuevo los banquetes y las fiestas, la ciudad entera estaría alborozada y solamente los armeros se mostrarían desesperados. No consiguió persuadir á nadie, ni aun á los jueces del concurso, quienes le rehusaron el primer premio.

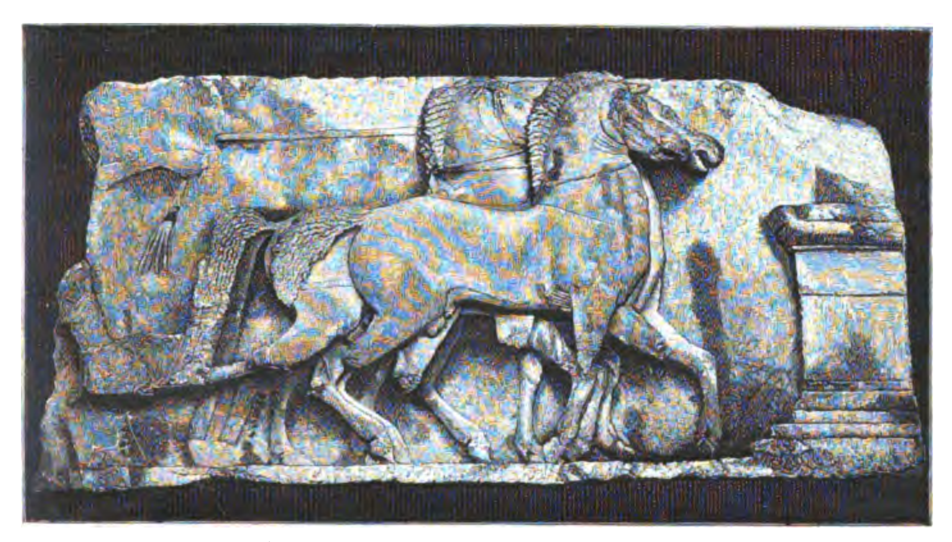
Los lacedemonios, mandados por Agis, entraron en la Argólida con los contingentes de Beocia, Megara, Corinto, Flionte, Pelena y Tegea; el general argivo, aislado de la ciudad por una hábil maniobra, propuso una tregua y Agis la aceptó. No convenía esto á los atenienses, y en su consecuencia presentáronse luego después en número de mil hoplitas y trescientos caballos; Alcibíades habló ante el pueblo de Argos y atrájole á su favor; rompióse la tregua, se avanzó sobre Orcomenes y la ciudad fué tomada. La culpa de este contratiempo recayó sobre Agis; los espartanos, irritados de que hubiese dado tiempo al enemigo para hacer aquella conquista, quisieron al pronto arrasar su casa y condenarle al pago de una multa de cien mil dracmas: gracias á sus súplicas obtuvo el perdón; pero se acordó que en adelante ayudara á los reyes en la guerra un consejo de diez espartanos.

Para reparar su falta, Agis fué á buscar á los aliados y encontrólos cerca de Mantinea. «Los dos ejércitos, dice Tucídides (1), avanzaron uno contra otro; los argivos impetuosamente; los lacedemonios con lentitud, y según su costumbre, al son de un gran número de flautas que marcaban el compás y hacían guardar la línea.» El ala izquierda de los lacedemonios fué desbaratada; pero la derecha, al mando del

(1) Libro V, § 70.

rey, restableció la igualdad y pudo obtener la victoria (418). Esa batalla, que costó mil cien hombres á los aliados y unos trescientos á los espartanos, consideróse por Tucídides como la más importante que los griegos habían librado hacía largo tiempo. Con ella recobró Esparta su reputación en el Peloponeso, y Argos la preponderancia de los ricos, que suprimieron la junta popular, mataron á sus jefes é hicieron alianza con Lacedemonia.

Este tratado disolvía la confederación recientemente pactada con Atenas, Elis y Mantinea; y esta última ciudad, juzgando que se hallaba en grave peligro por la defección de Argos, consintió en descender de nuevo á la categoría de aliada de



Carro de carreras en un bajo relieve de Delfos (1)

Esparta. Por un tratado que esta última dictó, decretóse que todos los Estados, grandes ó pequeños, serían libres y podrían conservar con la independencia sus leyes nacionales. Esparta no quería más que la división y la debilidad á su alrededor, y á la política de concentración promovida por Atenas oponía la de aislamiento que debía poner á toda la Grecia á sus pies; pero que más tarde debía poner á ésta, con la misma Esparta, á los pies de Macedonia y de los romanos (417).

La victoria de Agis era la de la oligarquía, que en Sicione, en la Acaya, se reanimó ó se consolidó. Acabamos de ver que en Argos obtuvo de nuevo el poder; pero en esta ciudad, si se ha de dar crédito á Pausanias, un crimen análogo á los que en Roma sirvieron de fundamento á las libertades del pueblo produjo al cabo de ocho meses la caída de los déspotas. Ahuyentados por una insurrección, los grandes se retiraron á Esparta, mientras que el pueblo llamaba á los atenienses y ocupábase, hombres, mujeres y niños, en unir á Argos con el mar por medio de largas murallas; pero los lacedemonios, guiados por los proscritos, dispersaron á los trabajadores. Argos, debilitada por estas crueles discordias, no pudo reanimarse, y con su caída perdióse la idea de formar una línea con los Estados secundarios, lo cual habría evitado á Grecia muchas desgracias, imponiendo la paz y cierta reserva á dos grandes pueblos (417).

(1) Bajo relieve de mármol conservado en Delfos (según una fotografía). - Este bajo relieve estaba realzado con colores y es una obra notable del siglo v.

Si Atenas no podía absolutamente vivir en paz, hubiera podido emprender una expedición que hacía cinco años debió haber intentado, y que aun no había acometido. Esta expedición tenía por objeto apoderarse de Anfípolis, aquella colonia de Pericles que tanto le importaba conservar para la prosperidad de su comercio y de su marina; pero sus consejeros habituales, Nicias y Alcibíades, ocupábanse mucho más de su rivalidad que de los grandes intereses de la patria. El primero temía siempre y rechazaba toda guerra, aunque fuese necesaria; el segundo meditaba sin cesar proyectos, pero queríalos nuevos, á fin de no encontrar en su camino ninguna huella gloriosa de cualquier predecesor. Alcibíades fué quien aconsejó con más insistencia una expedición que iba á terminar por una sangrienta tragedia.

Los atenienses, que obraban con mucha negligencia en la Calcídica, habían perdido allí recientemente dos ciudades y visto al rey de Macedonia separarse de su alianza, por lo cual resolvieron vengarse de todos sus contratiempos en la isla doria de Melos, cuya independencia era un insulto para su imperio marítimo. En Naxos y en Samos habíanse mostrado clementes porque estaban en territorio de los jonios, donde podían contar con un partido democrático; mas en Melos, puesto avanzado de los dorios en el mar de Creta, fueron implacables, porque el golpe descargado sobre aquellos insulares, fieles á su metrópoli, debía repercutir dolorosamente en Lacedemonia. Una escuadra de 308 galeras intimó á la ciudad la rendición, y como ésta se negase, fué sitiada por un ejército, que después de tomarla exterminó á todos los habitantes adultos: las mujeres y los niños fueron vendidos como esclavos (416) (1). Antes del ataque habíase celebrado una conferencia con los melianos. «Para dar el mejor giro posible á nuestra negociación, partamos de un principio del que estemos verdaderamente convencidos unos y otros, de un principio que conozcamos bien, para emplearle con personas que estén enteradas de él tan bien como nosotros, y es el de que los asuntos se arreglan entre los hombres por las leyes de la justicia cuando una necesidad igual les obliga á someterse á ella; mientras que aquellos que tienen ventaja por la fuerza hacen todo cuanto ésta les permite, debiendo ceder los débiles.» Y en otro lugar: «No tememos tampoco que la protección divina nos abandone. En nuestros principios y acciones no nos desviamos, ni de la idea que los hombres han concebido de la Divinidad ni de la conducta que observan entre sí. Creemos que así los dioses como los hombres, aquéllos porque la opinión admitida lo dice, éstos porque la necesidad de su naturaleza lo impone, dominan dondequiera que posean la fuerza. No es una ley que hayamos hecho, ni somos nosotros los primeros que la aplicamos: nos aprovechamos de ella y la transmitimos á los tiempos futuros; vosotros mismos observaríais la misma conducta si fuerais tan poderosos como nosotros.»

Rara vez se ha expresado la teoría de la fuerza de una manera tan clara y concisa (2). La reputación de los atenienses ha sufrido mengua con ello, sin que se utilizaran en lo más mínimo de esa mala acción. Observemos, sin embargo, aunque

---

(1) En la antigüedad era cosa admitida que la guerra ponía á disposición del vencedor los bienes y las personas de los vencidos. Este derecho terrible se había aplicado en Calcis en 507; en Histiea, en 446; en Potidea, en 432; en Egina, en 431; en Tracia, en Sicione y en Toronea. La venta del vencido como esclavo y el hecho de no despojarle más que de una parte de sus tierras fueron realmente dos progresos. Los romanos practicaron el mismo sistema cuando vendieron 150.000 epirotas, y no dejaron á los provinciales más que la *posesión* de su suelo, del que guardaron para sí la propiedad.

(2) Nada prueba que mediase realmente este diálogo. Tucídides (V, 85-111) quiso probablemente reducir á fórmulas precisas la política observada instintivamente por los dos partidos, y que era la de todo el mundo. Los dorios cantaban: «Mi lanza y mi espada constituyen mi riqueza; mi escudo es mi fiel defensor; y con esto labro y siego.»

reprobando con horror el acto sangriento consumado en Melos, que la práctica, si no la teoría de ese derecho del más fuerte, es muy antigua, y constituye el principio en que se basa toda la antigüedad. No es otra cosa sino la célebre ley ***salus populi suprema lex***, tantas veces invocada para juzgar odiosas empresas ó inicuas crueldades; y es preciso reconocer con tristeza que, poco á poco, en todas partes y en todos tiempos, se ha pensado, con Eurípides, «que la sabiduría y la gloria consistían en tener la mano victoriosa sobre la cabeza del enemigo (1).» Lo que es antiguo como el mundo es la fuerza; lo que se desprende lentamente es el derecho. ¿Debemos creer que no llegará al fin su reinado?

Los colonos dorios de Melos habían contado con el apoyo de Esparta; pero los atenienses les dijeron:

«Os abandonará;» y la prudente ciudad, que por su parte no veía en todas las cosas más que lo útil, no les envió ni una sola nave, ni un soldado. Esta inercia acrecentó las esperanzas de Atenas, que creyó llegado el instante de agregar á su imperio la gran isla de Occidente, donde las divisiones interiores hacían desear á varias ciudades la protección extranjera (2).

II. — SICILIA DESDE GELÓN. — LOS ATENIENSES LLAMADOS POR SEGESTO. MUTILACIÓN DE LOS HERMES. — MARCHA DE LA FLOTA (416)

Gelón, el glorioso vencedor de los cartagineses en Himera (3), había muerto poco después de su triunfo (476), y Siracusa, á la que había salvado, aumentando su territorio, tributóle los honores divinos otorgados á los héroes, y permitió que su hermano Hierón le sucediera en el poder. Esta fué la época del mayor engrandecimiento de Siracusa. En virtud de un mensaje de Hierón, Anaxilaos, tirano de Zande y de Rhegión, dejó á los locrios en paz; Cumas, la Campaniana, que los cartagineses y los etruscos atacaban, fué salvada por su flota; y Píndaro cantó esta victoria: un casco de bronce, ofrenda de Hierón, hallado en Olimpia, en el lecho del Alfeo, ha conservado hasta nosotros el testimonio de la misma. La colonia siracusana, establecida en la isla de Isquia, prohibió á la marina etrusca traspasar el cabo Miseno, y en Sicilia, una gran victoria alcanzada sobre los agrigentinos obligó á los griegos de la isla á reconocer la supremacía de Siracusa. Durante la batalla, Hierón, que estaba enfermo, quiso que le condujeran en litera para estar en medio de sus soldados.


Moneda de los cartagineses en Sicilia (4)

Sicilia había producido un poeta de gran renombre, Estesícoro de Himera, de quien conservamos algunos raros fragmentos (5), que dicen muy poco sobre su genio; se podría tomar también por siciliano á Ibicos de Reghión, que había dulcificado

(1) *Las Bacantes.*
(2) Sobre la colonización griega de Sicilia, véase t. I, p. 287 y siguientes.
(3) Véase p. 91.
(4) Cabeza de mujer (Astarté?) mirando á la derecha, con tiara oriental bastante parecida al gorro frigio. En el reverso, león pasando por delante de una palmera: שעם מחנת, inscripción fenicia que se interpreta comúnmente por *Scham machanat* «del pueblo del campo.» Hemos publicado en la *Historia de los romanos* otras monedas acuñadas en Sicilia por cuenta de Cartago.
(5) Véase t. I, p 317.

en la corte de Polícrates de Samos con cantos de amor el rudo carácter de la raza dórica. Como los Pisistrátidas, Hierón, cruel, pero magnífico, amaba la poesía y creía en su poder, por lo cual atrajo á Siracusa, entonces la más brillante de las ciudades griegas de Occidente, á Píndaro, á Simónides de Ceos, á su sobrino Baquilido, al gran Esquilo y á Epicarmo, el audaz adversario de los dioses de la multitud (1). Aquella corte esplendorosa era como un preludio de la Atenas de Pericles: Trasíbulo, hermano de Hierón, sucedióle en el poder (467); pero su tiranía produjo una revolución, y los griegos de la isla ayudaron á los siracusanos á expulsar al déspota para librarse de los suyos (466).

La monarquía fué abolida en todas partes y reemplazada por el gobierno democrático. La reacción contra la dinastía de Gelón no se detuvo en la conquista de las libertades populares, y los antiguos habitantes declararon que aquellos que hubiesen recibido de los tiranos el derecho de ciudadanía no podrían aspirar á ningún cargo público. Este fué el principio de nuevas perturbaciones y combates, que se repitieron en todas las ciudades, llegando á ser tal el desorden en toda la isla, que hubo de reunirse una dieta general. Esta última acordó que cuantos hubiesen sido desterrados por las dinastías caídas podrían recobrar sus bienes, y que se cedería á los antiguos mercenarios y á los amigos de los tiranos la ciudad desierta de Camarina con su territorio.

Siracusa no obtuvo por este acuerdo la paz interior, pues surgieron pretendientes á quienes se hizo necesario aniquilar; y el ostracismo, adoptado bajo el nombre de petalismo, tal vez sin las sabias garantías que Clístenes le diera en Atenas, no devolvió el reposo á la ciudad. Poco á poco, no obstante, las agitaciones se calmaron, el gobierno republicano se consolidó y acrecentóse el poderío de Siracusa. Sus flotas purgaron de piratas etruscos el mar Tirreno, conquistóse la isla de Elba y se dirigió un ataque contra Córcega (443).

En el centro de la isla, cuyo litoral se había helenizado del todo, subsistía, diseminado en pueblecillos, el pueblo que era verdadero propietario de aquel país, puesto que le había dado sus más antiguos habitantes y su nombre. Los sículos defendían aún sus costumbres y su idioma contra la influencia extranjera; dentro de tres siglos habrán perdido unas y otros y Cicerón no encontrará ya más que griegos en la isla de los tres promontorios. En 452, uno de sus jefes, Ducetios, acometió la empresa de salvar aquel pueblo y aquella independencia próximos á extinguirse, é indujo á los sículos á formar una confederación y construir una ciudad bien defendida, como las de los griegos, por sólidas murallas. El plan se llevó á cabo y Ducetios se halló á la cabeza de fuerzas bastante considerables para intentar un ataque contra Agrigento, que obtuvo el auxilio de Siracusa. Vencedor de dos poderosas ciudades en un principio, fué derrotado en un segundo combate, y desesperando de escapar de la viva persecución de los griegos, dirigióse de noche á Siracusa, entró solo en la plaza sin ser reconocido, y fué á sentarse en el altar de la Agora (451). El pueblo, «temeroso de Nemesis» si violaba las leyes de la hospitalidad, declaró por unanimidad que era preciso perdonar al suplicante, á quien se envió á Corinto, de donde se escapó algún tiempo después presentándose de nuevo en la isla, aunque sin intentar en ella nada de importancia. Siracusa aprovechó su victoria para hacer mayores progresos en el interior de Sicilia, y una guerra feliz con Agrigento acrecentó la secreta esperanza que alimentaba de someter toda la isla á su dominio. En su consecuencia aumentó en un doble las fuerzas de caballería, mandó construir cien trirremes y comunicó nuevo impulso al comercio. Sus mercaderes pagaban sus

(1) Véase p. 268.

adquisiciones en monedas de oro ó plata, que eran obras artísticas: las monedas de Siracusa son las más bellas que el arte griego nos ha dejado (1).

Agrigento, su rival, que abastecía á Cartago y á la costa de Africa de vinos y aceites, ganaba tanto en este comercio, que sus monumentos eclipsaban en magnificencia á los de Siracusa: su templo de Zeo tenía dobles dimensiones que el Partenón de Atenas, aunque no por ello era más grandioso que éste. Los demás griegos sicilianos participaban de esta prosperidad en proporción á su poderío; mas para todos iban á llegar pronto días nefastos.

Cuando comenzó la guerra del Peloponeso, Esparta había pedido con instancias socorros á las ciudades dóricas de Sicilia y de Italia; éstas los prometieron; pero después pareciéles más útil aprovechar la impotencia que suponían en Atenas para atacar las ciudades jónicas de la isla: Naxos, Catana y Leontini. Esta última, vivamente estrechada en 427, envió á Gorgias para solicitar el apoyo de Atenas. Pericles se habría opuesto á una expedición tan lejana, pero en aquella época había muerto ya: veinte galeras marcharon á Sicilia, y otras las siguieron, sin dar nunca grandes proporciones á esta guerra, que terminó en 424, cuando un sabio ciudadano de Siracusa, Hermócrates, hubo demostrado á todos los griegos de Sicilia, reunidos en congreso, que Atenas enconaba intencionalmente sus diferencias para aprovecharse de ellas el día en que un tratado con Esparta le permitiera disponer de todas sus fuerzas.



Casco de bronce, consagrado por Hierón (2)

Desgraciadamente, estos sabios consejos se olvidaron muy pronto. Algunos disturbios en Leontini dieron por resultado la ruina de esta ciudad; una parte de su población emigró á Siracusa, y desde el año 422, Atenas reorganizó una liga contra la gran ciudad dórica. Sin embargo, hasta 415 no halló oportunidad para emprender una expedición formal; pero en una cuestión suscitada entre Segesto y Selinonte, ésta obtuvo el auxilio de Siracusa y la otra, después de pedir inútilmente socorro á Cartago, imploró el de Atenas, adonde afluían los desterrados sicilianos.

Alcibíades había sido uno de los más entusiastas para animar al pueblo contra Melos, y en aquella ocasión no dejó de excitarle á intentar otra empresa de mucha más consideración, con la esperanza de que en ella se le conferiría un mando. No obstante, costó algún trabajo decidir á la asamblea, y por lo pronto no se hizo más que enviar comisionados para estudiar los recursos de Segesto. Estos agentes, sin embargo, se dejaron engañar por torpes astucias; vieron oro allí donde no había más que miseria; y los sesenta talentos que se llevaron como paga del primer mes para los tripulantes de otras tantas galeras, bastaron para que en su patria se tomara como artículo de fe el cuadro que trazaron de las riquezas de la ciudad. En Ate-

(1) Véase p. 269 y en el curso de la obra.

(2) Casco de bronce descubierto en Olimpia y conservado en el Museo Británico, según la edición inglesa de la *Hist. de los rom.*, vol. I, parte I, p. LXXVIII.

nas, todos los ánimos se sobrexcitaron por ambiciosas esperanzas; en todas partes se encontraban, dice Plutarco, jóvenes en los gimnasios y ancianos en los talleres ó en los puntos de reunión, trazando el plano de Sicilia, al paso que disertaban sobre las condiciones del mar que la rodea, sobre la belleza de sus puertos y sobre su posición frente al Africa, y se la imaginaban ya convertida en plaza suya, desde donde irían á someter á Cartago y extender su dominio hasta las columnas de Hércules. Los ricos no aprobaban tales temeridades, pero temían que oponiéndose á ellas despertarían sospechas de que trataban de evitar el servicio y los gastos de armamento de las galeras. Nicias fué más atrevido; aun después de haberle los atenienses nombrado general con Alcibíades y Lamacos, tomó la palabra, demostró la imprudencia de ir á buscar nuevos súbditos cuando los antiguos estaban en plena rebelión, como sucedía en la Calcídica, ó esperaban sólo un desastre para romper la cadena que les unía con Atenas, y acabó por censurar á Alcibíades, diciéndole que precipitaba á la república, solamente para satisfacer su ambición, en una guerra de ultramar que expondría á su patria á los más graves peligros. Después enumeró las fuerzas que serían necesarias, haciendo ver que se requerían por lo menos cien galeras, cinco mil hoplitas, barcos de transporte, inmensas provisiones, etc. Con esto creía atemorizar al pueblo, pero uno de los demagogos se levantó y dijo que iba á poner término á todas las vacilaciones de Nicias, y al mismo tiempo propuso y obtuvo la aprobación de un decreto que confería á los generales plenos poderes para utilizarse de los recursos de la ciudad en los preparativos de la expedición (24 de marzo 415).

Nicias tenía mucha razón: la expedición de Sicilia era impolítica y hasta insensata. En el mar Egeo se hallaba el imperio de Atenas, y allí debía permanecer, siempre á su alcance y bajo su mano. Toda adquisición más allá del Peloponeso era debilitarse, y aunque se hubiese conquistado Siracusa, no había estado largo tiempo sometida. Cualquiera que fuese el giro de la expedición, el resultado definitivo de la misma había de ser siempre desastroso. Por otra parte, ¿no había por ventura en el mar Egeo una Anfípolis que reconquistar, una Calcídica sublevada que someter y una Macedonia hostil á quien mantener en la impotencia? Pero en aquella ocasión el pueblo, lo mismo que Alcibíades, hallábase ebrio con su poder y su fortuna, y todo lo creía fácil. En vano Eupolis, en su comedia las *Demas*, hacía bajar al bravo Mirónides á los infiernos para traer consigo á los sabios de los antiguos tiempos, Solón, Milcíades, Arístides y Pericles; el pueblo no reconocía ya á sus antiguos héroes, y dícese que permitió á Alcibíades condenar á muerte al poeta que le había hecho blanco de las risas de la multitud.

Como sucedía siempre, cuando se preparaban acontecimientos de importancia, los presagios y las predicaciones de los adivinos multiplicáronse en pro ó en contra de la empresa, al antojo de los partidos. Los oráculos no tenían ya autoridad para los hombres superiores, y el de Delfos ya no resolvía sobre la paz y la guerra como tantas veces lo había hecho; Pericles y Tucídides no invocaban para los asuntos de Estado más que la razón; pero muchos, conservando las antiguas supersticiones, daban oídos á los rumores que llegaban de los grandes santuarios. Dodona era favorable; Delos, contrario. Alcibíades envió á buscar un oráculo del templo de Ammón, cuyo prestigio, acrecentado por la distancia, admiraba mucho al pueblo; pero el astrónomo Metón no aseguraba nada de bueno de la empresa, y el demonio familiar de Sócrates habíale anunciado que tendría un desastroso fin. Un acontecimiento ocurrido poco tiempo antes de marchar la flota, en la noche del 8 al 9 de junio, sembró el terror en la ciudad: cierta mañana, los bustos de Mercurio, colocados á lo largo de las calles, en los vestíbulos de las casas particulares, ó delante de

los templos, halláronse completamente mutilados. Esto era un insulto á los dioses; el Consejo de los Quinientos reunióse al punto (1), se buscó á los sacrílegos y se prometió una recompensa de 10.000 dracmas á quien los denunciara, pues á los devotos les parecía que la ciudad estaba amenazada de grandes desgracias, á menos que no se consiguiera aplacar la cólera del cielo por una expiación suficiente. Si Alcibíades tenía numerosos partidarios, en cambio no les faltaban implacables enemigos. En otro tiempo, un hombre despreciable, Hipérbolos, estuvo á punto de conseguir que se le desterrase, y solamente escapó de esta suerte reuniendo su partido con el de Nicias para que el ostracismo recayese en la cabeza del demagogo. El asunto de los hermes pareció á sus adversarios una ocasión favorable para renovar la tentativa de Hipérbolos, y hay motivos para creer en una maquinación política al ver á ese mismo pueblo aplaudir, algunos meses después, la audacia impía de Aristófanes en su comedia las *Aves*. Instruyóse una información, y varios metecos y esclavos, sin declarar nada sobre los hermes, recordaron que anteriormente varios jóvenes rompieron algunas estatuas después de una noche de orgía: estas revelaciones indirectas recaían contra Alcibíades. Otros le acusaron formalmente de haber parodiado en un festín los misterios de Eleusis, y aprovecháronse los temores supersticiosos del pueblo para despertar sus temores políticos. Repetíase que los que rompieron las santas imágenes, los profanadores de los misterios, respetarían menos aún el gobierno que los dioses, y se murmuraba que ninguno de aquellos desmanes se había cometido sin la participación de Alcibíades: en prueba de ello citábase la licencia aristocrática de sus costumbres.




Decadracma de Siracusa (2)

¿Era él verdaderamente autor de aquel escándalo sacrílego? Creerle capaz de ello no era calumniarle. ¿Sería una trama urdida contra él? Aunque faltan las pruebas materiales, es evidente que entre los ricos, sobre los cuales recaía la pesada carga de los gastos marítimos, se tramaba una conspiración con objeto de desprestigiar á Alcibíades é impedir tal vez la salida de la flota (3). Los demagogos, que

(1) El historiador Timeo, que escribió un siglo después, atribuyó el desastre de los atenienses á la venganza de los dioses, que para poner más de manifiesto su cólera habían elegido un descendiente de Hermes, Hermócrates, para instrumento de la expiación. (Timeo, *Fragmentos* CIII, CIV, *Fragm. de las Hist. de los griegos*, Didot, t. I, p. 219.)

(2) Gran moneda de plata acuñada en tiempo de Gelón I (véase p. 269, n. 2). Cabeza laureada de mujer mirando á la derecha (tal vez la Victoria), y alrededor cuatro delfines, con la inscripción ΣΥΡΑΚΟΣΙΟΝ. En el reverso un personaje conduciendo un carro tirado por tres caballos, de cara á la derecha, y encima la Victoria volando con una corona; en el exergo un león, vuelto también hacia la derecha.

(3) Ultimamente, había bastado que algunos sacrificios dieran un resultado poco favorable para que un ejército espartano, llamado por los epidaurios, se retrajese de pasar la frontera; y análogos escrúpulos religiosos contuvieron muchas veces á los ejércitos de Lacedemonia. La opinión expresada en el texto sobre las intenciones del partido oligárquico es la de Isócrates (*Discursos*, XVI, § 347). En cuanto al asunto de los hermes, Tucídides (VI, 60) declara que nunca se pudo descubrir á los autores: τὸ σαφὲς οὐδεὶς οὔτε τότε οὔτε ὕστερον ἔχει εἰπεῖν περὶ τῶν δρασάντων τὸ ἔργον; pero un poco más arriba, § 27, dice que se veía en este asunto una trama contra el gobierno popular. Esta parece ser la verdad.

habían embriagado al pueblo con la esperanza, estaban por la expedición, pero la popularidad de Alcibíades les molestaba; entre los dos partidos contrarios medió un arreglo, como los que se hacen en los tiempos en que la moralidad pública vacila, y Alcibíades se halló amenazado por todas partes. A pesar de su ligereza y su desdén respecto al pueblo y las leyes, comprendió que no debía dejar tras sí tales acusaciones, y solicitó ser juzgado antes de su marcha. Sus enemigos temieron que el pueblo reconociese demasiado fácilmente su inocencia, en interés mismo de la em-



Escena de embriaguez (1)

presa, pues por mediación suya acompañaba al ejército un cuerpo de argivos y de mantineos, y procuraron que se resolviera el embarque inmediato de Alcibíades para no suspender la expedición, y que en todo caso el asunto se podría examinar á su vuelta.

Era á mediados del verano; y el día señalado para la marcha, toda la ciudad, naturales y extranjeros, bajó al Pireo al rayar la aurora, acompañando cada cual á sus amigos ó parientes. Todos iban llenos de esperanza, aunque con el ánimo contristado, pues al reflexionar sobre lo que podrían adquirir, también pensaban en aquellos á quienes tal vez no volverían á ver. En aquel momento comprendíase mejor cuán aventurada era la empresa y cuántos peligros ofrecía; pero al mismo tiempo admiraban la fuerza de los aprestos militares, y el orgullo y la confianza secaban las lágrimas.

La flota se componía de cien galeras, sesenta de marcha rápida, treinta naves para el transporte de víveres y obreros, otras ciento fletadas por la república, y gran número de barcos que iban voluntariamente. Los aliados debían agregársele en Cor-

(1) Pintura de vaso, según el *Museo Gregoriano*, II, tab. 85, 1, *b*.

cira con treinta y cuatro *trieres* y dos pentecontoros rodios; y entonces el ejército se compondría de 5.100 hoplitas, 1.500 de ellos atenienses; 480 arqueros; 700 honderos rodios, y 120 proscritos de Megara, armados á la ligera, sin contar 15 ó 20.000 ó más remeros (1).

Jamás en Atenas, ni en ciudad alguna de Grecia, se había preparado semejante armamento.

Cuando las tropas estuvieron á bordo de las galeras, y después de haber cargado los barcos de todo cuanto debían llevar, el toque de la trompeta dió la señal de si-



Escena de despedida (2)

lencio. Las acostumbradas oraciones antes de la marcha no se hicieron particularmente en cada nave, sino en la flota entera, á la voz de un heraldo, tomando parte la multitud diseminada en la ribera. En seguida sirvióse el vino; jefes y soldados hicieron libaciones en copas de oro ó de plata, y después, concluída esta ceremonia, todo el ejército entonó el *peán*. Entonces agitáronse los remos, hincháronse las velas, y muy pronto la flota se perdió entre la bruma, siguiendo el rumbo de Egina. Los atenienses acababan de ver por última vez sus naves y sus soldados (julio 415). La expedición á Sicilia se había resuelto precisamente el día en que se celebraba la fiesta fúnebre de Adonis.

Mientras en la Agora los oradores demostraban las ventajas de la expedición, las mujeres golpeábanse el pecho profiriendo lamentos, y exclamaban: «¡Ay de mí,

(1) Cada marinero recibía del Estado una dracma diaria (90 céntimos,) ó sea una tercera parte más que la paga ordinaria: el trierarca agregaba un *plus* para los pilotos y los *tranitas*, ó remeros del banco superior (Tucídides, VI, 31).

(2) Pintura en un vaso de Sicilia, según O. Benndorf, *Griechische und Sicilische Vasenbilder*, tab. 49, 3.

ay de mí! ¡Adonis ha muerto! ¡Llorad al Señor (1)!» Este contraste había parecido á los supersticiosos un funesto presagio; mas el pueblo, poseído de orgullo, no había hecho caso de nada.

III. — LOS ATENIENSES DELANTE DE SIRACUSA (414). — GILIPOS. DESTRUCCIÓN DEL EJÉRCITO

Toda empresa audaz se ha de llevar á cabo audazmente; pero los jefes no llevaban instrucciones precisas; enviábaseles para hacer alguna cosa grande en Sicilia, y no se había dicho con precisión qué hazaña debía realizarse. Por otra parte, Nicias lo paralizaba todo: había tenido razón para oponerse á la empresa antes de que se acordase; «pero después de haber tratado inútilmente de inducir á los atenienses á desistir de ella y de solicitar que se le retirara el mando, ya no era tiempo de manifestar temor ni de proceder con lentitud y mirar continuamente como un niño la ribera desde su nave, repitiendo que, sin consideración alguna á sus observaciones, se le había encargado á su pesar de una guerra imprudente, con lo cual mataba el primer impulso de confianza que asegura el buen éxito de las empresas.» A lo largo de las costas de Italia la flota fué recibida con mucha frialdad: las ciudades cerraban sus puertas, rehusando vender víveres; y hasta Regio, aliada de Atenas en la última guerra, no quiso salir de la neutralidad. Contábase con las riquezas de Segesto, y tres naves enviadas á dicho punto trajeron la promesa de un subsidio de 30 talentos, que era todo cuanto aquélla podía dar. También se confiaba en las ciudades jonias, pero ninguna llamó á los atenienses. ¿Qué hacer, no encontrándose más que desconfianza y miseria allí donde se esperaba sincera amistad y socorros? Lamacos opinó que se debía ir al encuentro de los siracusanos y librar la batalla ante su ciudad; pero Alcibíades quería que se comenzara por separar á las otras ciudades y á los sículos del partido de Siracusa, á fin de atacar luego esta ciudad y Selinonte. Nicias no se adhirió á ninguno de estos dos pareceres, y propuso que se intimara á los segestanos el cumplimiento de sus promesas; que si rehusaban, se procurara obtener algunas buenas condiciones de los de Selinonte, y que el ejército regresara, costeando tranquilamente la Sicilia, para que se viesen las fuerzas de Atenas y su grandioso armamento. El plan más acertado era el de Lamacos, y el peor, el de Nicias, adoptándose por fin el de Alcibíades, que era un término medio entre los otros dos (julio 415).

Mesina cerró sus puertas y Naxos las abrió; en Catana, Alcibíades obtuvo permiso para entrar en la ciudad solo; y mientras el pueblo escuchaba sus razones, varios soldados sorprendieron una puerta mal guardada. Catana aceptó la alianza de Atenas y fué elegida para estación de la flota. El ejército regresaba de una expedición sin resultado contra Camarina, cuando se vió aparecer la galera salaminiana, que llegaba de Atenas con orden de conducir á la ciudad á Alcibíades. Para no irritar al ejército, invitábasele simplemente á ir á justificarse.

Cuando se hubo calmado en Atenas la excitación producida por el armamento y la marcha de la flota, la multitud volvió á experimentar temores. No se había reparado al principio más que en la parte brillante de la expedición, y ahora no se veían sino sus peligros: implorábase á los dioses para que los alejaran, y temíase que fuesen sordos á los ruegos de una ciudad que no sabía vengarlos. Poco á poco, difundióse una especie de terror religioso en toda la ciudad; como sucede con mucha frecuencia, el miedo avivaba la superstición, y uno y otra excitaban cóleras im-

(1) Aristófanes, *Lisístrata*, 389.

placables. Todo llegó á ser motivo de sospecha; los ultrajes inferidos á los dioses infundían espanto; y ya hemos dicho que algunas personas tenían interés en aprovecharse de aquel terror para hacer creer en una trama que amenazaba la república y la constitución. Un movimiento de los ejércitos beocio y espartano hacia las fronteras de Atica pareció una prueba de la connivencia de los traidores del interior



Ares ó Marte Ludovisi (1)

con los enemigos de fuera. El pánico se apoderó también de Argos, íntimamente unida entonces con Atenas; los partidarios de la oligarquía fueron condenados á muerte, y en esta última ciudad, se ordenó la ejecución de diez y ocho ciudadanos como sacrílegos, siendo á los pocos días desterrados otros cuarenta y dos. Alcibíades fué también acusado: cuando Thesalos, hijo de Cimón y jefe del partido oligárquico, volvió á resucitar la cuestión relativa á la parodia de los misterios de Eleusis, los devotos de Cora y Deméter, los iniciados, y sobre todo las mujeres, que eran, como en otro lugar hemos visto, las guardianas del culto de las «diosas venerables,» promovieron en la ciudad una sorda irritación contra el audaz sacrílego. Alcibíades fué llamado al punto, mas comprendiendo que le esperaba en Atenas una

(1) Estatua de mármol conservada en la quinta Ludovisi (según fotografía). - Véase Th Schreiber, *Die antiken Bildwerke der Villa Ludovisi in Roma*, p. 82.

sentencia de muerte, refugióse en Turión, desde donde pasó al Peloponeso en busca de sus amigos de Argos. Poco hacía, algunos griegos de Mesina habíanse comprometido á entregarle la plaza, y antes de salir de Sicilia, denunció la conspiración á los magistrados de la ciudad. Los mesineses sobornados sufrieron la pena de muerte, y los atenienses perdieron con esto una plaza que habría sido para ellos muy importante. Este era el principio de la venganza que Alcibíades quería tomar de su patria, y de un solo golpe cometió dos malas acciones.

Apenas se supo en Atenas la fuga de Alcibíades, condenósele á muerte; se confiscaron sus bienes; y los sacerdotes profirieron contra él las maldiciones en la forma antigua, es decir, al acercarse las tinieblas, vuelta la cara hacia el Occidente, y sacudiendo su ropaje de púrpura, como para rechazar al sacrílego del seno de la ciudad y lejos de la protección de los dioses. Solamente la jerofántida Theano rehusó obedecer al decreto. «Soy sacerdotisa, dijo, para bendecir, y no para maldecir.»

Para completar estos actos de hipocresía religiosa, de superstición feroz y de envidia política, se hizo aprobar una ley que prohibía á los autores dramáticos toda alusión contra las cosas del día (414): esto era la censura para las obras teatrales (1). Aristófanes contestó con una obra maestra, su comedia las *Aves*, sátira universal que no perdonaba á los legisladores ni á los adivinos, ni siquiera á los dioses. En la bienaventurada ciudad que las *Aves* del poeta construyen entre cielo y tierra se vive tranquilo, sin temor á los delatores, á la galera salaminiana ni á los procesos. Era una protesta del talento y del buen sentido: Atenas lo comprendió y se rió con el poeta, pero sin corregirse. Cuando Alcibíades se hubo refugiado en el Peloponeso, Atenas reclamó su extradición por medio de embajadores.

En Sicilia, su marcha había desalentado á las tropas, y Nicias no era ya el hombre que se necesitaba para realzar el espíritu del soldado; perdía el tiempo paseando sus galeras á la vista de las costas, como si no tuviera más encargo que enseñar á los insulares la flota ateniense; y el otoño llegó sin que se hubiese hecho nada. Siracusa había desoído durante largo tiempo las advertencias del sabio Hermócrates, rehusando creer en un ataque de los atenienses; mas la aparición de una flota en aguas de Sicilia hízole abrir al fin los ojos. En aquel momento, Nicias hubiera podido aún tomar la ciudad por un atrevido golpe de mano; pero dejó á los siracusanos tiempo para reponerse de su espanto y hacer preparativos; así es que se hallaban ya dispuestos á todo cuando el jefe ateniense adoptó el proyecto de Lamacos.

Lento y vacilante en el consejo, Nicias no carecía de vigor en la acción: habiendo conseguido por una hábil estratagema atraer fuera de sus murallas á todas las fuerzas enemigas, presentóse de súbito ante la plaza desprovista de tropas y desembarcó su ejército, haciéndole acampar, á fin de que nada se debiese temer de la caballería siracusana, entre un pantano en que iba á perderse el río Anapos y las pendientes del Olimpieyón. En un combate que se siguió, los atenienses obtuvieron la victoria. En aquella colina había un templo de Zeo con ricos tesoros, que los soldados de Nicias quisieron saquear; pero el escrupuloso jefe no quiso tocar nada de aquellos bienes sagrados y dejó este recurso á sus enemigos. Al invierno siguiente, retiróse á Naxos, y desde allí envió á pedir á Atenas caballería y dinero. Al mismo tiempo separaba á los sículos de la alianza de Siracusa, procurando atraer á la de Atenas á Cartago y la Etruria, dos enemigas de los griegos italiotas y sicilianos. Siracusa apeló por su parte á Corinto, Esparta y Agrigento, que rehusó declararse por uno ú otro partido. A propuesta de Hermócrates, el pueblo redujo á tres el número

(1) Era poner de nuevo en vigor la ley del año 440, que había caído muy pronto en desuso. Véase p. 182.

de sus generales, que ascendía á quince, amplió sus poderes, y comprendiendo la necesidad de una dictadura durante el peligro público, se comprometió á no entorpecer su acción con la indiscreta curiosidad propia de las democracias.

En Grecia, Alcibíades no se avergonzó de reunirse con los diputados de aquellos contra quienes había promovido esa guerra, constituyéndose en su guía y en su intercesor, y aconsejó con insistencia á los lacedemonios que enviaran un ejército á Siracusa, mientras ellos fortificarían en Atica el puesto militar de Decelia para



Muerte de Adonis (véase p. 345) (1)

poner á Atenas entre dos peligros. Al recibir noticia de su condena á muerte había dicho: «Ya les demostraré que aun estoy vivo;» y cumplía su palabra.

Esparta resolvió enviar á uno de los suyos, Gilipos, hijo de Cleándridas, el proscrito de 443, con naves de Corinto; pero procedió con tanta lentitud que dejó tiempo á los atenienses para presentarse otra vez, al año siguiente, delante de Siracusa (414). Por fortuna, los habitantes de ésta se habían aprovechado de la retirada de Nicias para protegerse, durante el invierno, con una muralla que impedía acercarse á la Acradina y á Ortigia; y preparábanse á ocupar también la cima del Epípolo, cuando los atenienses llegaron á tiempo para impedirlo (2). Nicias construyó

(1) Pintura de vaso según el *Bulletino archeologico napolitano*, anno VII, tab. 9.

(2) Siracusa se componía, en el año 415, de dos ciudades, la antigua, en la isla de Ortigia, y

también un vasto recinto atrincherado, el *Círculo*, y desde allí prolongó dos muros de circunvalación, para rodear la ciudad, que debían terminar, por un lado en el puerto de Trogila, y por el otro en el Gran Puerto. Apresuróse activamente esta construcción, á pesar de las dificultades que ofrecía el terreno, tanto por las colinas como por los pantanos; pero á fin de inutilizarla, los siracusanos comenzaron á construir un muro transversal que debía cortar los trabajos del sitiador: tomado este muro por el enemigo, levantóse otra muralla hasta el Anapos, pero de ella se apo-



Canal en forma de cabeza de león, procedente del templo dórico de Himera (1)

deraron también los atenienses. En uno de los combates que entonces se libraron, Lamacos sucumbió: era un jefe hábil é intrépido; y Aristófanes, que se burlaba de su ardimiento belicoso, consideróle, no obstante, como héroe: era pobre y honrado. «Cuando después de una expedición, dice Plutarco, rendía cuentas al pueblo, siempre consignaba en los gastos el valor de un traje y de un par de sandalias.» Nicias quedó solo á la cabeza del ejército: sus últimos triunfos permitiéronle adquirir numerosos refuerzos de Sicilia, de Italia, y hasta de los etruscos, que le enviaron tres galeras. Comenzaba á tener esperanzas; mientras los siracusanos, perdiendo valor, hablaban ya de rendirse. Ya estaba preparada la capitulación, cuando una galera de Corinto, que pudo burlar la vigilancia de los atenienses, llegó con la noticia de que una flota se reunía en Leucade y que Gilipos estaba en Sicilia, y en efecto, había

la nueva, ó Acradina, en tierra firme, á corta distancia de la primera. La Acradina estaba fortificada y tenía dos arrabales abiertos, *Tiqué*, y el dominio de Apolo Tenemites, que se llamó después *Neapolis*. La Acradina ocupaba la base de un triángulo, cuya cima era el Epípolo. En este punto, desde donde se dominaba toda Siracusa, hallábase el fuerte Eurialos.

(1) Copia de una fotografía. – La canal, de caliza compacta, es un fragmento notable de escultura decorativa griega, que data del quinto siglo antes de nuestra era: sabido es, en efecto, que la ciudad de Himera fué destruída en el año 409 antes de J.C.

desembarcado en Himera. Con los socorros que le facilitaron esta ciudad, Selinonte, Gela y algunos sículos, reunió un ejército de tres mil hombres; y Nicias, en vez de marchar á su encuentro, dejóle entrar tranquilamente en Siracusa. En el mismo instante cambió el estado de cosas. «Gilipos, dice Plutarco, envió primeramente un heraldo á los atenienses para ofrecerles toda seguridad en la retirada si querían



El fuerte Eurialos (1)

evacuar la Sicilia. Nicias no se dignó siquiera contestar; y algunos de sus soldados preguntaron al heraldo en tono de burla si la llegada de un bastón ó de un manto lacedemonio había comunicado tal superioridad á los siracusanos que ya no experimentaran más que desdén hacia aquellos atenienses que últimamente hicieron á los espartanos trescientos prisioneros, cautivos aún, todos mucho más fuertes y más barbudos que Gilipos»

Pero el espartano había devuelto á todos la confianza; restableció la disciplina, adiestró á las tropas, y por vía de ensayo sorprendió el fuerte Labdalón, cuya guarnición fué pasada á cuchillo (2). Después levantó un tercer muro que cortó la línea de los atenienses, y prolongóle por las alturas de Epípolo para ganar la punta del triángulo, llave de aquella posición. En vez de conducir sus fuerzas por este lado, Nicias, confesando públicamente sus temores y su debilidad, se ocupó en fortificar

(1) Vista tomada desde el exterior del fuerte; copia de una fotografía.
(2) Este fuerte fué construído por los atenienses en una colina del Epípolo.

el promontorio de Plemmirión, á la entrada del gran puerto, donde construyó tres fuertes, lo cual era casi renunciar al sitio. En efecto, si los socorros llegaban allí fácilmente por mar, en cambio era necesario ir á buscar lejos el agua y la madera, y los soldados no podían salir sin que les hostigara la caballería enemiga, dueña de la campiña (1). Una victoria obtenida por Gilipos y la llegada de una escuadra corintia hicieron más crítica aún la situación del ejército ateniense, que en vez de sitiador llegó á estar más bien sitiado.

Nicias envió entonces un parte á Atenas, dando á conocer el apuro en que se hallaba el ejército y la inquietud que él sentía: anunciaba la llegada de Gilipos, los trabajos practicados para cortar el muro de circunvalación, el estado precario de la escuadra y de las tropas, así como de los barcos, á causa de su larga permanencia en el mar; la deserción de los remeros y de los auxiliares mercenarios; la extenuación de las ciudades aliadas, Naxos y Catana, y el desaliento de los soldados y marineros. «Lo que más me apura, añadía, es que, por general que yo sea, no tengo autoridad para impedir estos desórdenes, pues sois gente difícil de gobernar... Quisiera enviaros noticias más agradables, decía al concluir, pero no podría escribiros otras de más importancia, puesto que debéis estar lo suficientemente informados sobre la situación de este país para reconocer la conveniencia de tomarlo por asunto de vuestras deliberaciones. Por otra parte, os conozco bien; sé que no os agrada recibir más que buenas noticias, y que si los acontecimientos no corresponden á ellas, hacéis recaer la culpa en los que las anuncian. Por esto me ha parecido que lo más seguro es deciros la verdad. Podéis estar persuadidos de que jefes y soldados se han conducido bien; mas ahora que toda la Sicilia está ligada contra nosotros y que se espera un nuevo ejército del Peloponeso, deliberad bajo la impresión de que no tenéis aquí fuerzas suficientes. Será preciso retirarlas, ó enviar un segundo ejército, nueva escuadra, tan numerosa como la primera, y considerables sumas de dinero. También es necesario nombrar jefe que me sustituya, pues la enfermedad nefrítica que me aqueja no me permite conservar el mando. Merezco de vuestra parte esta consideración, pues mientras tuve salud os he servido bien. Por lo demás, lo que juzguéis oportuno hacer debe estar dispuesto al principio de la primavera. Nada de lentitud, porque nuestros enemigos de Sicilia serán activos en sus medidas; los del Peloponeso tardarán más; pero si no fijáis en ello la atención, seréis sorprendidos por los unos, mientras que los otros se os anticiparán (2).»

Esta urgente misiva, lejos de abatir á los atenienses, ó excitar su cólera contra el inepto general, indújoles á mayores sacrificios y esfuerzos. En su consecuencia votaron otro armamento, que se puso bajo las órdenes de Eurimedón y Demóstenes, agregados á Nicias para el generalato de Sicilia. Casi en el mismo día adoptábase otro acuerdo en Lacedemonia, que era enviar en la primavera siguiente un ejército á Siracusa y otro al Atica para ocupar Decelia. La guerra, pues, se iba á generalizar de nuevo. Arrostrar tantos peligros á la vez tenía quizás mucho de heroico, pero era una soberana imprudencia. Mientras llegaban los socorros prometidos, Gilipos prosiguió con actividad sus afortunadas operaciones: salió de Siracusa

(1) El ejército ateniense no llevaba consigo más que treinta soldados de caballería, mientras que los siracusanos tenían un considerable número de jinetes, y he aquí por qué no le era posible la exploración. En 414, Atenas envió 250 hombres, que debieron montar caballos del país, y los aliados de Sicilia proporcionaron más, de modo que Nicias pudo formar una división de 650 hombres. (Tucídides, VI, 94 y 98.)

(2) Tucídides no nos ha conservado el texto mismo de la carta de Nicias, de la que hubiera podido sacar una copia en Atenas; pero seguramente ha dado todas las razones que el general debió exponer á los atenienses.

para recorrer las ciudades hasta entonces fluctuantes, y las atrajo á todas, excepto Agrigento, al partido que la victoria favorecía. A su regreso indujo á los siracusanos á emprender un ataque á la vez por mar y tierra; y mientras todo el ejército ateniense contemplaba desde la ribera el combate naval, Gilipos sorprendió los fuertes de Flemmirión. Los atenienses perdieron sus posiciones, sus bagajes, el tesoro del ejér-



Tetradracmas de Siracusa

Tetradracmas de Catana

cito, y una posición desde donde los siracusanos podían interceptar á su vez cuanto llegase por alta mar. Dos combates navales en que los atenienses llevaron la peor parte hicieron más crítica y peligrosa su situación (julio 413). Pero Demóstenes llegaba, y apareció de improviso á la vista del enemigo con un aparato soberbio y formidable. Su flota se componía de 73 barcos montados por 5 000 infantes, 3.000 arqueros, honderos y otras fuerzas. El brillo de las armas, los vivos colores de las naves y de las divisas, el considerable número de oficiales y el toque ruidoso de las trompetas; todo, en fin, contribuía á que el espectáculo fuera á la vez pomposo é imponente. Los siracusanos experimentaron de nuevo la más viva inquietud; no veían

término á sus males ni abrigaban la esperanza de mejorar de suerte Iban á perder, decían, el fruto de sus trabajos y á sucumbir con seguridad, pues Atenas, á la cual creían exhausta, Atenas, á pesar de los peligros que la amenazaban en aquel mismo instante en su propio territorio, ocupado por una guarnición enemiga, enviaba á Sicilia un numeroso ejército más formidable que el primero.

Demóstenes quería terminar pronto la guerra, y apenas lo hubo examinado todo, declaró que en su opinión se debía atacar la muralla de los siracusanos para acabar de envolverles. En el caso de obtener buen éxito, entraría en Siracusa, y de lo contrario, retiraría el ejército sin perder inútilmente los hombres y el dinero de la república Nicias, espantado de tanta audacia, permaneció en los atrincheramientos; mientras que Demóstenes y Eurimedón asaltaban en medio de la noche el Epípolo á fin de flanquear la muralla del enemigo Este imprevisto ataque intimidó á los siracusanos; pero los atenienses, creyéndose demasiado pronto victoriosos, dispersáronse en persecución de algunos fugitivos; mientras el enemigo, recobrado de su estupor, reforzaba sus líneas. Los beocios, aliados de Siracusa, fueron los primeros en detenerse, y atacando á los atenienses en desorden, hiciéronlos retroceder. Como la luna brillaba, veíase bien la forma de los cuerpos, pero sin distinguir si eran amigos ó enemigos; algunos hoplitas de ambos partidos se extraviaron, y el enemigo supo muy pronto el santo y seña que los atenienses se daban en alta voz á fin de reunirse. De esto se aprovecharon para aumentar la confusión. Si los corciros y cuantos dorios había en el ejército de Atenas cantaban el peán, los atenienses creían hallarse en medio de las tropas de Siracusa y descargaban sus golpes; de modo que se batieron amigos contra amigos y ciudadanos contra ciudadanos, reconociéndose demasiado tarde el fatal error. La bajada del Epípolo es angosta, y perseguidos en aquella pendiente rápida, muchos se arrojaron en los precipicios y murieron. Los que sin ningún accidente llegaron á la llanura, huyeron á su campamento, sobre todo los soldados del primer ejército, que conocían mejor el país; pero varios de los últimos que habían llegado equivocaron el camino, y al rayar el día, la caballería siracusana los acorraló. Los atenienses perdieron 2 000 hombres en esta refriega.

Después de semejante desastre, no quedaba ya más que un recurso: habiendo fracasado la tentativa de Demóstenes, era preciso abandonar la Sicilia; pero los hombres de carácter vacilante carecen de resolución; y cuando Demóstenes habló de hacerse á la vela, Nicias se opuso. No osaba tomar sobre sí tan gran responsabilidad, y pretendió que era preciso quedarse, porque á los siracusanos les faltaba dinero, y no se hallaban en un estado tan próspero como parecía. La verdad es que temía encontrarse ante el pueblo de Atenas, que seguramente atribuiría á sus continuas vacilaciones el mal éxito de la campaña. Eurimedón opinó al principio como Demóstenes, pero sabiéndose que Nicias tenía inteligencias en la ciudad, creyóse, al ver su obstinación en oponerse á la marcha, que abrigaba esperanzas que la prudencia no le permitía revelar, y en su consecuencia, nadie se movió.

La situación precaria de Siracusa no era un invento de Nicias, pero los triunfos obtenidos permitíanle sobrellevarla. Gilipos recorrió por segunda vez la Sicilia y trajo consigo más refuerzos. Como habían alcanzado la victoria en tierra, los siracusanos quisieron obtenerla en el mar también; y á fin de cortar la retirada á los atenienses, propusiéronse cerrar la salida del puerto.

Cuando se hubo resuelto continuar la guerra. Demóstenes, viendo todo el peligro de la posición, propuso retirarse á Catana ó á Naxos para pasar allí la estación de las enfermedades, pues el campamento que tenían era malsano y una epidemia debilitaba el ejército. Nicias acabó por conformarse con este parecer, y ya se iba á

emprender la marcha, cuando un eclipse de luna atemorizó al supersticioso general, quien rehusó de nuevo abandonar su campamento antes de que hubiesen transcurrido tres veces nueve días, durante los cuales solamente se ocupó en hacer sacrificios para aplacar á la irritada diosa. Los siracusanos, aprovechándose de esta dilación, atacaron la flota ateniense, apoderándose de 18 naves y cerraron el puerto, colocando barcos de transporte unidos entre sí por cadenas. Era preciso romper á toda costa aquella barrera, y los atenienses, que contaban aún con 110 naves, resolvieron intentarlo: aquella fué la lucha suprema, y para referirla dejaremos la palabra á Tucídides. «Demóstenes, Menandro y Eutidemo, comandantes de la flota ateniense, levaron anclas y dirigiéronse resueltamente contra la barrera que cerraba el puerto, mientras los siracusanos y sus aliados se ponían también en movimiento con una flota poco más ó menos igual en fuerzas Algunos de sus barcos estaban cerca del paso obstruído, y los demás alrededor del puerto, á fin de caer á la vez sobre la flota y el ejército, alineado en la ribera para defender las naves que fueran á refugiarse allí.

«En la impetuosidad del primer choque, los atenienses desbarataron las naves que guardaban el paso, é hicieron un esfuerzo para romper el obstáculo; pero los siracusanos y sus aliados se precipitaron contra ellos por todas partes, comenzando en seguida el más encarnizado combate que jamás se viera hasta entonces. Por ambas partes los marineros estaban poseídos de ardimiento; los pilotos oponían el arte á la habilidad; los soldados estaban dispuestos en la cubierta para el abordaje, no menos decididos que los tripulantes; y cada cual, en el puesto que ocupaba, quería ser el más intrépido. Las naves combatían en un espacio reducido, pues las dos flotas reunidas contaban cerca de 200 barcos, y como no podían retroceder para tomar impulso, no hubo choques, siendo los ataques irregulares cuando los barcos se encontraban huyendo ó dirigiéndose á un punto dado. Mientras que un barco avanzaba contra otro, arrojábanse desde la cubierta infinidad de jabalinas, flechas y piedras, y al comenzar el abordaje, los soldados venían á las manos, esforzándose por pasar á la nave enemiga. A causa de la falta de espacio, sucedía á menudo que el barco que clavaba en otro el espolón sufría á su vez el mismo golpe, y entonces dos ó más quedaban enganchados involuntariamente en uno solo. Los pilotos debían atender al mismo tiempo á la defensa y al ataque; y el estrépito de aquella multitud de naves chocándose entre sí impedía oir la voz de los jefes. Por ambas partes repetíanse las exhortaciones y las órdenes: los atenienses gritaban que era preciso forzar el paso, y que si no se hacía en aquel momento, mostrando intrepidez para asegurar la salvación y el regreso á la patria, no se conseguiría nunca; los siracusanos y los aliados se afanaban por impedir al enemigo salvarse y por acrecentar con la victoria la fuerza de la patria. Los generales de ambas flotas, al ver á una nave retroceder sin verse obligada á ello, llamaban á los trierarcas por su nombre, y preguntábanles si preferían una tierra invadida por sus más crueles enemigos al extenso mar conquistado por ellos á costa de tantos trabajos. Los siracusanos decían á los suyos: el enemigo no trata más que de escapar, y no debéis huir ante fugitivos.

»Mientras se disputaba así en el mar la victoria, los dos ejércitos experimentaban la más viva agitación: los sicilianos deseaban alcanzar mayor gloria, y los atenienses temían una suerte más triste; sus esperanzas cifrábanse en sus naves, y por eso les inquietaba el porvenir, sintiendo ansiedad por el presente. Como no podían observar el conjunto del combate, todos le veían desde la ribera bajo un aspecto distinto; los que divisaban sus barcos vencedores en algún punto reanimábanse y pedían á los dioses la salvación; y los que, por el contrario, creían vencidos á los suyos, gemían y gritaban. Otros, al observar un punto en que la victoria era incierta,

creían llegado el momento de salvarse ó de sucumbir, y expresaban con ademanes sus impresiones de temor ó de esperanza. A cada momento oíanse resonar entre las tropas atenienses los gritos *¡Vencedores! ¡Vencidos!* y los mil rumores diversos que se elevan necesariamente de un gran ejército cuando está en grave peligro.

»Después de un encarnizado combate, los siracusanos pusieron en fuga á los atenienses y persiguiéronlos hasta la costa. Entonces todos aquellos que habían quedado ilesos en el mar precipitáronse á la orilla y corrieron al campamento; mientras los soldados que estaban en tierra iban, unos al socorro de las naves y otros á custodiar lo que aún quedaba de los atrincheramientos; pero los más huían aterrorizados. El desastre presente recordábales aquel que habían ocasionado á los lacedemonios de Pilos, y no tenían ninguna esperanza de salvarse por tierra, á menos de ocurrir algún acontecimiento inverosímil (1).» Era un hecho consumado; la expedición estaba ahora prisionera (1.º septiembre 413).

El combate había sido tan sangriento, que por ambas partes se sufrieron grandes pérdidas. Los vencedores levantaron un trofeo y los atenienses no pensaron ni siquiera en recoger sus muertos.

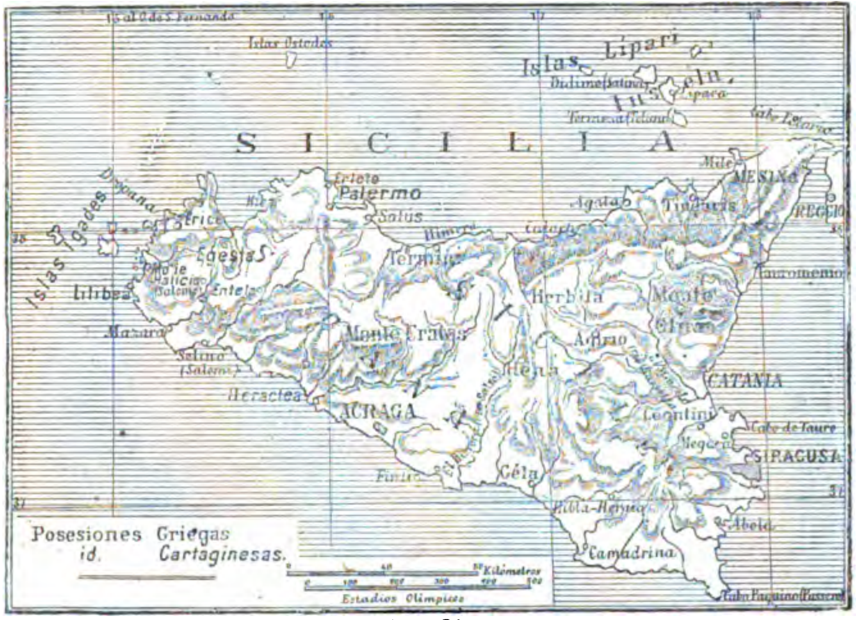
Demóstenes, cuyo valor no se desmentía nunca, propuso llenar de tropas el resto de las naves y hacer una segunda tentativa para forzar el paso al rayar la aurora, pues aun les quedaban sesenta barcos hábiles, mientras que el enemigo tenía menos de cincuenta. Nicias opinó lo mismo, pero las tripulaciones rehusaron embarcarse; aturdidas por su derrota, no se creían ya capaces de vencer y su único pensamiento se reducía á huir por tierra.

Al día siguiente de aquella jornada fatal, el ejército, compuesto de 40.000 hombres, emprendió la marcha, abandonando á sus heridos y enfermos, que se cogían á sus vestidos suplicándoles que no les dejaran y siguiéndolos mientras se lo permitían sus fuerzas exhaustas. El ejército avanzaba en dos divisiones, mandada una por Nicias y otra por Demóstenes, quienes con sus palabras procuraban infundir alguna confianza y valor en aquellos ánimos abatidos. En los ocho días que duró aquella desastrosa retirada, el enemigo no dejó de atacar al ejército de frente, de flanco y á retaguardia. Demóstenes, que mandaba esta última, se vió rodeado con todas sus fuerzas en Polyzelión y hubo de rendir las armas, sin más condiciones que respetar la vida de los soldados. Al tener conocimiento del hecho, Nicias envió un heraldo á Gilipos para hacerle proposiciones: pedía que se dejara salir libremente de Sicilia al ejército, prometiendo en cambio que Atenas reembolsaría los gastos de la guerra. Esta petición fué rechazada con desprecio y la persecución continuó encarnizadamente. Al día siguiente, los atenienses llegaron al río Asinaros, y quisieron vadearle; devorados por la sed, precipitáronse en masa y muchos se ahogaron; mientras que el enemigo, apostado en las alturas inmediatas, no tenía que hacer más que arrojar sus flechas y dardos para matar atenienses: el río se llenó muy pronto de cadáveres, y este último revés indujo á Nicias á rendirse. Entonces Gilipos ordenó que cesase la matanza (10 septiembre 413).

Apenas los vencedores hubieron vuelto á Siracusa, coronados de flores y montando caballos magníficamente engalanados, el orador Euricles propuso en la asamblea el decreto siguiente: «El día en que Nicias fué hecho prisionero se consagrará para siempre por sacrificios y por la suspensión de todo trabajo público: la fiesta se llamará Asinaria, nombre del río que los siracusanos han ilustrado por su historia. Los criados de los atenienses y todos sus aliados serán vendidos á pública subasta: á los atenienses de estado libre y á los sicilianos que tomaron su partido, se les re-

(1) Tucídides, VII, 69 y siguientes.

legará á las canteras, excepto los generales, á quienes se impondrá la pena de muerte.» Este decreto fué aprobado, y solamente dos hombres se opusieron á su ejecución: Hermócrates, en nombre de la moderación y de la humanidad, y Gilipos, en nombre de Esparta; este último reclamaba á los dos generales cautivos para llevárselos á su ciudad. No había olvidado que Nicias fué siempre benévolo con los prisioneros de Esfacteria, y enemigo de aquella guerra que tan mal había conducido; y recordaba hasta qué punto los espartanos deseaban tener en su poder á Demóstenes, que tanto daño les hiciera en Pilos. Pero los siracusanos, cansados ya de la severidad espartana de aquel jefe, á quien, por otra parte, se acusaba de avaricia y



Sicilia.

de concusiones, rechazaron su demanda, agobiándole de injurias. Los dos generales fueron condenados á muerte, y algunos siracusanos que habían estado en inteligencia con ellos apresuraron la ejecución, temerosos de que Nicias revelase el hecho. Este jefe y su compañero Demóstenes fueron lapidados, ó, según Timeo, avisados oportunamente por Hermócrates, diéronse muerte.

Y aun fueron los menos infelices, pues los demás prisioneros, en número de 7 000, aglomerados en profundas canteras, á cielo descubierto, sufrían alternativamente el sofocante ardor del sol y el aire helado de las noches de otoño. Por todo alimento recibían la mitad de la ración del esclavo, dos cotilos de cebada y uno de agua cada hombre; sus heridos y enfermos morían en medio de ellos, sin que los vivos pudieran darles sepultura; de modo que el aire que respiraban era infecto. Así estuvieron durante setenta días, y al cabo de este tiempo fueron vendidos como esclavos aquellos que habían sobrevivido á tantas miserias, primero los extranjeros y seis meses después los atenienses y sicilianos.

Aquella fatal expedición, que hizo vacilar el imperio de Atenas, arrebatándole sus mejores generales, pareció atraer la desgracia sobre los jefes victoriosos. El salvador de Siracusa acabó mal: como su padre Cleándridas, que se había vendido á

Pericles, Gilipos, convicto de varios actos vergonzosos, fué expulsado de Lacedemonia. A Hermócrates, acusado de traición, se le desterró; tres años después quiso entrar en Siracusa con las armas en la mano, y le mataron en la plaza pública.

Unicamente la poesía venció á la fortuna adversa, desarmando el odio. Plutarco cuenta que algunos prisioneros atenienses debieron su salvación á Eurípides; los unos obtuvieron la libertad por haber enseñado á sus amos los fragmentos que conocían de las producciones del poeta; los otros se salvaron porque, vagando en la campiña después del combate, recibieron alimento de aquellos á quienes cantaban sus versos. De regreso á Atenas, estos cautivos fueron á manifestar su agradecimiento al poeta, á cuyo genio debían su rescate.

CAPITULO XXVI

FIN DE LA GUERRA DEL PELOPONESO (413-404)

I. — CONTINUACIÓN DE LAS HOSTILIDADES EN GRECIA. — REVOLUCIÓN OLIGÁRQUICA EN ATENAS

La guerra duraba aún en Sicilia cuando los espartanos, siguiendo el pérfido consejo de Alcibíades, habían invadido el Atica y fortificado Decelia, á 24 kilómetros de Atenas. El rey Agis, apostado en aquel punto, asolaba continuamente el país.

«Hasta entonces, los atenienses habían soportado incursiones de corta duración que no les impedían sacar partido de su territorio; mas ahora que el enemigo ocupaba aquel fuerte, ya no podían cosechar nada en sus campos. Veinte mil de sus esclavos habían emprendido la fuga, y casi todos eran hombres de oficio; las bestias de carga se habían perdido; y como la caballería trabajaba continuamente para rechazar á los merodeadores y vigilar los movimientos del enemigo, todos los caballos quedaron muy pronto heridos ó inútiles. La importación de los víveres que se tomaban de Eubea hacíase en otro tiempo desde Orope por tierra, cruzando por Decelia, y ahora era necesario traerlos por mar á gran coste, dando vuelta al cabo Sunión. La ciudad misma era más bien una fortaleza; los ciudadanos se relevaban durante el día para hacer guardia en las murallas, y por la noche, lo mismo en invierno que en verano, todos, excepto los caballeros, fatigábanse en aquel servicio. Por último, en el momento en que más necesitaban el afecto de sus aliados, viéronse en la precisión de aumentar su impuesto. En vez del tributo ordinario, exigieron una vigésima parte sobre las mercancías importadas ó exportadas por un puerto de las ciudades aliadas, lisonjeándose de que este sistema les produciría más» (Tucídides.)

He aquí las consecuencias de aquella aventurada y loca expedición: Atenas había perdido numerosos defensores, agotando sus recursos; tenía descontentos á sus aliados, y la guerra en su territorio debilitado; mientras que antes enviaba á sus tropas hasta el corazón del Peloponeso; y á todos estos males agregábase la animosidad de Alcibíades.

Sin embargo, su constancia no se quebrantó. «Al principio de la guerra, dice Tucídides, los unos pensaban que si los peloponesios entraban en Atica, los atenienses podrían resistir bien un año, ó dos ó tres, según otros, sin que nadie creye-

se que sería posible resistir más tiempo. Diez y siete años después de la primera invasión, y exhaustos ya por aquella guerra, habían comenzado otra en Sicilia, tan peligrosa como la que habían sostenido contra el Peloponeso» El desastre de Sicilia era un golpe terrible, y por lo pronto no se quiso creer en él; pero cuando ya no quedó la menor duda, todas las iras fueron contra aquellos que habían aconsejado la expedición. Sin embargo, cuando se hubo desvanecido la primera impresión de dolor y de abatimiento, Atenas volvió á ser dueña de sí misma, y renunciando á inútiles recriminaciones, solamente pensó en hacer frente á los antiguos enemigos y á los nuevos que la desgracia iba á producir. Hízose acopio de maderas de construcción y se comenzó á trabajar en el astillero. Fortificóse el cabo Sunión para proteger el paso de cereales extranjeros; se llamó á los desterrados; redujéronse los gastos para las fiestas, los sacrificios y los juegos; y tratóse de suprimir, lo cual importaba más que todo, el peligro á que exponían al Estado las resoluciones precipitadas de la asamblea pública. Por esto se creó una junta de diez individuos llamados πρόβουλοι, «los que deliberan antes que los otros,» porque tuvieron el derecho de no permitir que se sometiera al pueblo una proposición hasta después de autorizarla ellos. Dejando de asistir siempre á la plaza pública, el gobierno volvió á la sombra discreta que le es necesaria para prever y obrar á tiempo. El consejo de los Diez no era la dictadura romana, sino el freno que una asamblea popular necesita contra sus propias temeridades.

El momento supremo, el de los grandes peligros, parecía llegado al fin. Eubea, el granero de Atenas, anunciaba á Agis, siempre apostado en Decelia, que estaba dispuesta á sublevarse si recibía algunos socorros; Lesbos, Chíos y Eritrea, en la costa de Asia, hacían la misma demanda é igual promesa; y Tisafernes, sátrapa de las provincias marítimas, asi como Farnabazo, gobernador de las provincias del Helesponto, comprometíanse á facilitar subsidios para el mantenimiento de una flota que Esparta reuniría. Desde las victorias de Cimón, la corte de Susa no había decretado impuesto alguno sobre los asiáticos tributarios de Atenas; pero Darío II, al tener noticia del desastre de los atenienses en Sicilia, no creyó necesario ya guardar consideraciones. En su consecuencia rehusó descontar del tributo que Tisafernes debía satisfacer por Jonia y la Caria las sumas que las ciudades griegas habían dejado de pagar. La misma recomendación se había hecho sin duda al sátrapa del Helesponto, y de aquí su celo respecto á los peloponesios. Los enviados de Farnabazo habían llevado ya 25 talentos á Lacedemonia; esta última no quiso esperar más y ordenó á los aliados que preparasen cien galeras. No se armaron más que veintiuna, y cuando quisieron salir del golfo de Salónica para dirigirse hacia Chíos, por un mar donde no debía verse ya una vela ateniense, cayeron con espanto en medio de una escuadra, que los obligó á retroceder hasta el puerto y á encallarse en tierra. Antes de que llegara á las costas de Asia la noticia de este imprevisto desastre, Alcibíades se apresuró á marchar á Chíos con cinco galeras, las únicas que Lacedemonia había puesto en el mar, y que presentó como vanguardia de una poderosa flota. Chíos era la más importante aliada de la república, aquella que los atenienses trataban con más consideraciones; su nombre se unía con el de Atenas en las oraciones públicas, y los poetas celebraban en el teatro su fidelidad. Pero los nobles de la isla condujeron al pueblo, á pesar de su inclinación contraria, á una defección (1): Eritrea, Clazomene, y después Teos, Lebedos, Mileto y Lesbos tomaron también parte en la confederación peloponesa.

(1) Tucídides, VIII, 9, 14 y 24. – Por lo demás, la misma observación puede hacerse con motivo de la defección de Lesbos, de Acante, de Toroné, de Mendé, de Anfípolis, etc. En todas par-

Alcibíades no era más que traidor á su patria; el general espartano que le acompañaba lo fué á la Grecia entera al firmar con Tisafernes un tratado que entregaba al Gran rey los griegos de Asia y los de las islas; de modo que Esparta consentía en abandonarle hasta ciudades que ni él ni sus predecesores habían poseído jamás (412).

De ese modo la lucha, que en otro tiempo se produjo en los límites occidentales del mundo griego, iba á tener por teatro el Oriente; y todas las fuerzas enemigas se dirigieron por este lado. Atenas, á la que se creía exhausta de recursos y de valor, envió sucesivamente hasta 104 galeras, que hallaron un punto de apoyo y una excelente estación naval en Samos. El pueblo de esta isla, advertido por la traición de los nobles de Chíos, expulsó á los suyos, á fin de no verse obligado á romper con la ciudad merced á la cual prosperaba el comercio de todos, y unirse á los que acababan de entregar al Gran rey la libertad de los griegos asiáticos. La flota ateniense defendió á Samos, recobró Lesbos y Clazomene, y venció cerca de Mileto á los peloponesios (septiembre 412); pero sin poder impedir la defección de Cnido y de Rodas. Varias galeras de Selinonte, de Siracusa y de Turión habían ido á reunirse con las de Lacedemonia, y Tisafernes prometía la próxima llegada de una gran flota fenicia.

Atenas estaba sola contra todos, pero no podía sostener largo tiempo semejante esfuerzo. Un acontecimiento inesperado le proporcionó alguna tregua, y fué el rompimiento de Alcibíades con Esparta. Este hombre singular había asombrado á los espartanos por la facilidad con que se adaptó á sus usos y costumbres; el pan de centeno y el pisto negro parecían haber sido siempre su único alimento, y los ejercicios de los espartanos, la educación de su infancia; pero el libertino se había dado á conocer muy pronto. Había insultado gravemente al rey Agis, que atentó contra su vida por manos de un asesino, y el gobierno, inquieto al observar el ascendiente que Alcibíades adquiría sobre los griegos de Asia, dió orden de matarle. Esto era hacer justicia á la manera del Gran rey; Atenas, por lo menos, no ejecutaba hasta después de someter al culpable á un juicio regular. Advertido Alcibíades de las intenciones de aquellos á quienes había servido tan bien, abandonó el ejército y fué á buscar refugio junto á Tisafernes, á quien admiró con su finura y sedujo con su talento; pero no le bastaba á él hacerse compañero del sátrapa en sus desórdenes: expulsado por los espartanos, necesitaba ganarse la buena voluntad de Atenas por sus servicios Hizo presente á Tisafernes el peligro de entregar á un solo pueblo la tierra y el mar; mejor era, á su modo de ver, en interés del Gran rey, equilibrar la balanza entre Esparta y Atenas, dejándolas á las dos perderse; puesto que la primera de estas ciudades tenía ahora la ventaja, convendría por el pronto reducir los subsidios que el sátrapa entregaba, y rehusarle los socorros que debían llegar de Fenicia.

Tisafernes se conformó con estas miras, que se adaptaban á la vez á su política y á su avaricia; y algún dinero repartido hábilmente entre los jefes de la flota peloponesia hízoles perder en la inacción un tiempo precioso: solamente Hermócrates de Siracusa, no se manchó las manos con el oro del Gran rey. Alcibíades se prevalió de aquel cambio para influir en el ánimo del ejército ateniense acampado en Sa-

tes el pueblo se opone á los cambios que los grandes provocan y realizan; de modo que el imperio de Atenas no era impopular sino para una fracción, y no para la generalidad de los aliados Ya lo he dicho veinte veces, mas no lo repetiré nunca bastante: la revolución democrática de Samos, de la cual se habla más adelante, prueba lo mismo. La prosperidad de los aliados de Atenas era tal que Tucídides considera á los habitantes de Chíos «como los helenos más ricos» (VIII, 45. Después de Esparta, era la ciudad que contaba con mayor número de esclavos (Wallon, t. I, p. 319).

mos: sus secretos emisarios decían á los trierarcas, y á todos los ricos, enemigos de las instituciones populares, que solamente él podía cambiar la suerte, tan adversa hacía cuatro años. Representábanle con la alianza y los tesoros suspendidos sobre la cabeza de Atenas por una parte, ó la cólera y las armas del Gran rey por otra: la victoria ó la ruina. Hasta entonces había conseguido que se retirasen los subsidios



Ruinas del templo de Apolo Didimeo cerca de Mileto (De una fotografía)

á Esparta, y podía devolvérselos; tenía encadenadas en sus puertos á las 150 naves fenicias, y érale dado producir el viento que las reuniría con la flota del Peloponeso; mas no había seguridad para Alcibíades en Atenas mientras ocupase el poder el gobierno que le había expulsado.

Estas palabras eran creídas fácilmente por los principales oficiales del ejército. Desde la muerte de Cimón, la oposición de la nobleza habíase limitado modestamente á los sarcasmos de los cómicos y á las maquinaciones á que se debió el destierro de Alcibíades. La desgracia pública, haciendo renacer sus esperanzas, fortaleció su resolución de acabar de una vez, pues cuanto más duraba la guerra y mayores eran los desastres, más aumentaban las cargas de la trierarquía. Cuando la

victoria acompañaba á la bandera de Atenas, el botín compensaba por lo menos alguna cosa; mientras que ahora los peligros eran ciertos, el botín nulo, y los gastos continuos. El pobre, que solamente contaba con su vida, á menudo mísera, se la jugaba con patriótica indiferencia; pero el rico tenía además otra probabilidad mala, es decir, la ruina. En los *Caballeros*, Aristófanes hace decir á Cleón á un rival que el demagogo quería arruinar: «Haré que te elijan trierarca; pondré tu nombre en la lista de los ricos, y me arreglaré de modo que te den una vieja nave con las velas usadas, que deberás reparar de continuo á grandes expensas.» No se comprenderían, sin estas explicaciones, las escenas que van á seguirse, ni la tiranía de los Treinta. Por parte de los ricos, no era odio ciego contra la libertad, sino aversión violenta á instituciones cuyo efecto, en los tiempos desgraciados, era hacer insoportable la condición de aquellos que pensaban que los sacrificios al honor y al poder de la patria debían tener un límite.

A fin de comunicar más vigor á su oposición, los nobles se habían organizado hacía largo tiempo en sociedades secretas, y todos los individuos de estas *heterias*, obrando de concierto en un momento dado, podían ganar una elección en el Pnyx, ó anular ante los heliastas la acusación de que uno de ellos estaba amenazado. *Heteristas* eran aquellos amigos de Cimón que en Tanagra se dejaron matar para que no se sospechase de él; pero el tiempo de las generosas abnegaciones había pasado ya; los *heteristas* actuales no trabajaban más que para derribar al gobierno, y varios jefes del ejército de Samos eran compañeros suyos. El hombre que tenía tantos motivos de queja contra el pueblo les pareció un instrumento útil.

Solamente Frinicos comprendió que Alcibíades se cuidaba tan poco de la oligarquía como de la democracia, é insistió sobre lo vergonzoso que sería poner á los pies de un proscrito las leyes de la patria, y lo peligroso que era restablecer en las ciudades aliadas un gobierno oligárquico, cuya primera diligencia sería tratar con Lacedemonia. Sin embargo, no se le escuchó, y envióse á Atenas una diputación, con la cual iba Pisandros. Acogida al principio con gritos y reclamaciones, este último se limitó á preguntar sucesivamente á cada uno de sus contrarios con qué recursos contaban para salvarse; y como se vieran obligados á confesar que con ninguno, Pisandros replicó en alta voz: «Pues bien; no los encontraremos como no tengamos en nuestra política más modestia, dando la autoridad á un reducido número de ciudadanos para inspirar confianza al rey; y atendidas las circunstancias actuales, ocupándonos menos de la forma de nuestro gobierno y más de nuestra salvación. Fácil nos será cambiar después las instituciones si alguna cosa nos desagrada; pero comencemos por llamar á Alcibíades, el único que puede arreglar nuestros asuntos.»

Pisandros no obtuvo en el acto lo que pedía, pues vacilábase en tocar aquella democracia glorificada por Arístides y Pericles y con la cual se relacionaban todas las grandes cosas llevadas á cabo hacía un siglo. Como la persuasión no producía efecto, los nobles apelaron al terror: las sociedades secretas, dirigidas por Antifón, se propagaron, y poco á poco, una inmensa conspiración amenazó á la ciudad. Androcles, el principal orador del pueblo, cayó bajo el puñal; otros jefes populares fueron asesinados, sin que se buscase á los culpables; y la asamblea general, el Consejo de los Quinientos, deliberaba bajo la impresión del temor que inspiraba la audacia de los asesinos. «Nadie, dice Tucídides, que traza el más sombrío cuadro de aquella tiranía de los conspiradores oligárquicos, nadie osaba levantar la voz, pues la menor señal de oposición conducía á una muerte segura.» Los diez πρόβουλοι, creados en otro tiempo para disminuir los derechos de la asamblea general, eran naturalmente favorables á los proyectos concebidos en ese sentido; y para impedir un

movimiento contrario, Pisandros había traído de Tenos, de Andros, Caristos, Egina y otras ciudades donde había devuelto su influencia á los ricos, 300 hoplitas que les sirvieron de guardia. Cuando se hubo paralizado ya toda resistencia, pidió, en una supuesta asamblea del pueblo, reunida fuera de la ciudad á fin de alejar á los contrarios á la idea, que se encargase á los Diez, á quienes se agregarían otros veinte ciudadanos, la revisión de las leyes con un poder absoluto. El primer decreto de esta comisión soberana fué para derogar la disposición que prohibía proponer un acuerdo contrario á las leyes establecidas, y por lo tanto autorizar á cada cual á emitir sus opiniones en lo que considerase como un bien para la república: esto era un golpe de Estado (marzo 411) (1).

La nueva constitución no pareció, á primera vista, muy diferente de la antigua. Los Quinientos cedieron su lugar á un consejo de cuatrocientos individuos, de los cuales la cuarta parte fué elegida por un comité de cinco ciudadanos nombrados al efecto, y los demás por los primeros en quienes recayese la elección, debiendo designar cada uno de éstos tres nuevos consejeros (2). A la asamblea general sustituyóse una de 5.000 ciudadanos, designados según su fortuna y condición. Ahora bien, ya sabemos que bajo la democracia rara vez se contaba este número en las asambleas populares; pero entonces, todos tenían derecho para tomar parte en ellas; en adelante no hubo más que 5 000 elegidos, cuyos nombres no se dió prisa el gobierno en publicar, y además su convocación dependía de la buena voluntad del Consejo de los Cuatrocientos, revestido de una autoridad ilimitada, y que por su organización daba completa seguridad á los nobles. Por último, á fin de excluir á los pobres del desempeño de funciones públicas, acordóse que solamente el servicio militar fuera retribuído; de modo que la indemnización á los jueces y á la asamblea general quedaba suprimida (3).

II. — OPOSICIÓN ENTRE LA CIUDAD Y EL EJÉRCITO. — RESTABLECIMIENTO DEL GOBIERNO DEMOCRÁTICO

El día en que se puso en práctica la nueva constitución, hízose evidente para todos la violencia cometida contra el pueblo. En toda la ciudad se apostaron retenes armados, y una guardia de ciento veinte jóvenes rodeó al nuevo Consejo cuando se reunió, para tomar posesión del sitio en que se proponía deliberar: cada individuo de aquél iba, además, armado de espada. Con este belicoso y amenazador aparato fueron á expulsar á los Quinientos que todavía estaban reunidos, y aunque no hallaron oposición, la tiranía se reveló al punto; varios ciudadanos sufrieron la pena de muerte, y á otros se les encarceló ó condenó al destierro. El nuevo poder olvidó las proposiciones últimamente hechas por Alcibíades, y creyéndose bastante fuerte para prescindir de él, dejóle en el destierro, lo cual fué la primera imprudencia. Incurrió en otra al poner á Atenas á los pies de Lacedemonia, pues nada era más propio para indisponerse con el partido nacional, con los verdaderos amigos de la patria, y sobre todo el ejército de Samos. «Ya no hay razón, decían los nuevos gobernantes á Agis, por conducto de sus emisarios, para prolongar la guerra, puesto que Atenas tiene ahora un gobierno simpático al de Lacedemonia;» y enviaban á Esparta á Antifón y Frinicos para negociar la paz á toda costa, aunque Atenas debiese

(1) Sobre la agitación del partido oligárquico después de la expedición de Sicilia, véase Aristófanes, *Lisistrata*, V, 1 049-71 y 1 189 1.215.
(2) Tucídides, VIII, 68
(3) No se restableció hasta después de la batalla de Cícico.

entregar sus ciudades tributarias, su flota misma, y hasta sus murallas (1). Para prevenirse contra una reacción democrática, que ya comenzaba á manifestarse, mandaron construir á la entrada del Pireo un fuerte, que se proponían entregar á los lacedemonios, y no lo ocultaban, á la primera señal de peligro.

Agis contestó pérfidamente á estas proposiciones, y creyendo la ciudad entregada á los disturbios y á la confusión, envió á buscar reclutas del Peloponeso y de Decelia y cayó sobre Atenas, con la esperanza de que le abrieran las puertas, ó de que podría apoderarse de las Murallas Largas La admirable ciudad no se faltó á sí misma; el pueblo, á pesar de su indigno gobierno, corrió al encuentro del enemigo, y Agis, derrotado, volvió vergonzosamente á Decelia.

Según los planes de Pisandros, en Samos debía estallar, al mismo tiempo que en Atenas, una revolución oligárquica, favorecida por varios generales del ejército. Comenzóse, como en la ciudad, por los asesinatos, de que fueron víctimas Hipérbolos y algunos otros; pero el ejército, que formaba la mejor parte del pueblo, declaróse en favor del mantenimiento de su antigua y gloriosa constitución, é impidió que triunfase el motín oligárquico intentado en Samos. Para comunicar á su gobierno, al que aun creía en el poder, suficiente valor para defenderse, encargó á varios diputados que fueran á manifestarle la expresión de su fidelidad y de sus buenos deseos; pero aquéllos llegaron demasiado tarde. Los Cuatrocientos dieron orden de prenderlos, pero uno de ellos se escapó y fué á dar cuenta al ejército de la suerte de sus compañeros y de la situación de Atenas, que pintó con los más negros colores. Todo el ejército se impresionó profundamente al saber estas noticias. Trasíbulo y Trasilo, dos de los jefes, hicieron prestar á los soldados el patriótico juramento de mantener el gobierno democrático, proseguir la guerra contra el Peloponeso y derribar á los tiranos. Los samios contrajeron el mismo compromiso y Argos ofreció su auxilio.

«Entonces se produjo, dice Tucídides, una gran división entre la ciudad y el ejército; éste quería obligar á aquélla á conservar el estado popular, y Atenas trataba de obligar al ejército á aceptar la oligarquía. Los soldados formaron una asamblea, en la cual depusieron á los generales y á los trierarcas que les parecían sospechosos y estimuláronse entre sí, diciéndose que era preciso no atemorizarse si la ciudad rompía con ellos, porque esto no era más que la separación de unos cuantos del grupo más grande, del que tenía en su mano, por todos conceptos, los más poderosos recursos. Dueños de la flota, podían obligar á las ciudades de su dominio á facilitar dinero, lo mismo que si salieran de Atenas para exigirlo. Poseían Samos, ciudad ya poderosa....., y érales mucho más fácil impedir las operaciones en el mar á los de la ciudad, que no á éstos oponerse á las del ejército con la flota. ¿Qué recibían de Atenas? Ni siquiera buenos consejos; y en cuanto al dinero, lejos de obtenerlo de la ciudad eran ellos los que se lo habían enviado. Por otra parte, en Atenas se había llevado el crimen hasta el punto de violar las leyes de la patria, que ellos trataban de restablecer. Era preciso llamar á Alcibíades, que les proporcionaría la alianza del Gran rey; y por último, cualquiera que fuese el resultado, siempre tendría una flota bastante poderosa, y contaban con suficiente número de hombres para ir á cualquiera parte á conquistar un territorio.»

He aquí, pues, al ejército en rebelión contra el Estado, ó más bien á éste, como decía Trasíbulo, sublevado contra el ejército, porque Atenas no estaba ya en Ate-

(1) Tucídides, que tanto admira al jefe de esta facción odiosa, Antifón, hombre recomendable por lo demás en su vida privada, reconoce formalmente que todas estas imputaciones eran muy fundadas (VIII, 91).

nas, sino en la flota, á la que tan prolongada guerra había llamado á los patriotas más intrépidos. La ciudad dependía en adelante del ejército; éste pertenecía al más hábil, y el más hábil era Alcibíades. Los nobles habían contado con él para obtener la alianza de Persia; pero había prometido más de lo que podía cumplir, y sus nuevos amigos, creyéndose burlados, dejáronle en el destierro. No obstante, la vida de proscrito le pesaba, y los disturbios que trastornaban su patria pareciéronle la mejor ocasión que pudiera desear su genio intrigante para entrar de nuevo en Atenas, tal vez en triunfo. Rechazado por una parte, dirigióse á otra, hizo sondear las disposiciones del ejército de Samos, y consiguió que se le escuchara. En otro tiem-



Capitel de Eleusis

po enemigo del gobierno popular, ahora le aprueba y le ensalza, y al mismo tiempo deslumbra á los soldados con sus falsas promesas, garantizándoles la amistad de Tisafernes, sus subsidios y la cooperación de la flota fenicia. Por unanimidad se le proclamó general; mas era preciso hacer creer en aquella amistad del gobernador de Sardes, y en su consecuencia dirigióse á la corte del sátrapa, donde se prevalió de su nueva dignidad para obtener la mejor acogida. Desempeñando admirablemente este doble papel, consiguió, dice Tucídides, que los atenienses dominasen á Tisafernes, y que éste los dominara á su vez, y obtuvo cuando menos lo que deseaba, es decir, indisponer al sátrapa con Lacedemonia.

El ejército, muy animado, quería entrar de una vez en el Pireo y derribar al punto la oligarquía. Era el plan más acertado; pero Alcibíades moderó aquella fogosidad, pretendiendo que si se abandonaba á Samos, la Jonia y el Helesponto quedarían á merced del enemigo. Esta dilación estuvo á punto de perder á Atenas, amenazada á la vez por la traición de los Cuatrocientos y por los ataques de los peloponesios; pero Alcibíades tenía interés en no volver hasta después de haber prestado algún servicio que impusiera el agradecimiento.

Sin embargo, en el seno mismo de los Cuatrocientos, Teramenes y Aristarco hablaban enérgicamente contra el nuevo estado de cosas; y no porque fuesen ami-

gos de la democracia, sino porque no se les daba en el poder la participación que ambicionaban, y preferían las probabilidades de una nueva revolución. Por lo pronto pidieron que se constituyese la asamblea de los Cinco Mil, que no había existido hasta entonces más que de palabra; y después alarmaron al pueblo respecto á la fortaleza que se erigía en el Pireo, tanto que los mismos que la construían la derribaron. Apenas destruída, cuarenta naves lacedemonias aparecen á la vista del puerto: todos gritan que son los enemigos que van á tomar posesión del fuerte preparado para ellos; la multitud corre al Pireo, se ocupan las murallas, equípanse las naves, y con ellas se persigue á los peloponesios, que al ver que han errado el golpe, enderezan el rumbo hacia el lado de Eretria. Una flota ateniense de treinta y seis naves fué á situarse delante de esta ciudad para protegerla, pero sorprendiéronla los lacedemonios, y apoderándose de veintidós barcos entraron en Eretria. Una vez allí, promovieron la insurrección de toda la Eubea, y á fin de asegurar un fácil paso para las tropas aliadas, echaron sobre el Euripo un puente, cuyas inmediaciones se protegieron con dos torreones (junio 411).

Tucídides afirma que la noticia del desastre de Sicilia no produjo en Atenas tan profundo abatimiento como la de la sublevación de Eubea, pues Atica perdía á la vez su baluarte y su granero, y cercada por aquélla y por Decelia, veíase privada de víveres. Ya no quedaba esperanza por parte del ejército de Samos, y á cada momento creíase ver llegar la flota victoriosa del enemigo. Después de este triunfo, los siracusanos opinaron que se debía avanzar sobre el Pireo; pero los lacedemonios quisieron contemporizar, y con esto se perdió la oportunidad.

A pesar de la consternación que produjo esta desgracia, los atenienses no dejaron de equipar otras veinte naves; pero aquel desastre pareció condenar á la oligarquía. Se convocó una asamblea, que depuso á los Cuatrocientos; decretóse que se confiaría el gobierno á los Cinco Mil; que todos aquellos que llevaban las armas como hoplitas formarían parte del cuerpo, y que nadie obtendría sueldo por el desempeño de ninguna función. Hubo además, añade Tucídides, otras asambleas, en las cuales se nombraron nomotetes, haciéndose varios reglamentos útiles. Este tiempo es aquel en que los atenienses parecen haberse conducido mejor, pues supieron mantener el debido temperamento entre el poder de los ricos y el pueblo.» Este justo equilibrio no se estableció, como parece indicarlo Tucídides, por una nueva constitución, mezcla de aristocracia y democracia, pues las antiguas instituciones volvieron á estar en vigor y el límite de la cifra de votantes se borró muy pronto, sino que se obtuvo por la moderación y el patriotismo de la democracia renaciente

El partido oligárquico había reinado cuatro meses: su fin fué digno de los medios que había empleado para usurpar el poder. La mayor parte de los Cuatrocientos refugiáronse en Decelia, al amparo de los lacedemonios, y uno de ellos, Aristarco, señaló su destierro por una traición. Habiendo huído á Enea, fortaleza del Atica, que los beocios y los corintios tenían sitiada, hizo creer al comandante que se había firmado la paz con el Peloponeso, é introdujo al enemigo en la plaza. Cuatro ó cinco años después cayó en manos de los atenienses y fué ejecutado, sufriendo Antifón la misma suerte (1). Este hombre, que había ordenado ó permitido,

(1) En todo el relato dista mucho de ser tan severo como Grote para Antifón y sus cómplices. Dicho autor termina la comparación de la conducta moderada y patriótica del ejército de Samos con las violencias, la perfidia y la traición del partido aristocrático con estas palabras: «Si su dominio hubiese persistido, no habría quedado para la multitud ateniense más sentimiento que el del servilismo, ó á lo sumo una humilde obediencia á los jefes á quienes no querían ni dominaban. A los

como jefe de la facción, tantos asesinatos, obtuvo por lo menos de aquel pueblo, al que había tratado de vender á Lacedemonia, un juicio público (1): pudo defender su causa, insultar á los jueces, y dejar un discurso cuya elocuencia ha protegido su memoria contra el severo juicio que la posteridad le debía. Los acusadores de Antifón eran dos antiguos individuos del Consejo de los Cuatrocientos; en aquel momento hubiérase dicho que eran amantes apasionados de la libertad. pero la víspera eran usurpadores, y lo serán muy pronto por segunda vez. Por un hombre que más tarde se erigiría en tirano, Critias, iba á promoverse también la cuestión de la vuelta de Alcibíades. Frinicos había sido asesinado al regresar de su embajada á Esparta, pocos días antes de la insurrección del Pireo. El odio más violento le persiguió



Corona de oro (2)

hasta la tumba; se intentó contra él un proceso que duró diez y nueve meses y terminó por una condena; sus restos fueron exhumados, arrojados fuera de Atica; se confiscaron sus bienes, y se recompensó á sus asesinos, asociando sus nombres á los de Harmodios y de Aristogitón, fundadores de la libertad ateniense. Esta apología del asesinato político es á los ojos del filósofo una mala acción; mas no lo era para los antiguos (3).

III. — VICTORIA DE CICICO. — ALCIBÍADES EN ATENAS.

Mientras que Atenas perdía así y recobraba su libertad, las operaciones militares seguían su curso. Los peloponesios habían contado con la desorganización del ejército de Samos; pero éste burló su cálculo con su disciplina y patriotismo, si bien no pudo impedir que las noticias llegadas de Atenas decidiesen la defección de Abidos, de Lampsaca y de Bizancio. Por fortuna Tisafernes hizo perder ochenta días á los aliados; y cuando el espartano Mindaros, no esperando ya nada del sá-

---

que consideran que las diversas formas de gobierno se distinguen una de otra principalmente por los sentimientos que cada cual tiende á inspirar á los magistrados y á los ciudadanos, las escenas contemporáneas de Atenas y Samos les proporcionarán instructivas comparaciones entre la oligarquía y la democracia griegas.» (*Historia de Grecia*, t. VIII, p. 125). Curcio opina lo mismo.

(1) Condenado, vengábase de sus jueces llamándoles turba aventurera, πολλοῖς τοῖς υγχάνουσιν. Aristóteles *Ethic. Eudem* , III, 5, § 57.

(2) Descubierta en Crimea y existente ahora en el Museo de San Petersburgo. (Según el *Diccionario de las antigüedades griegas y romanas* de Daremberg y Saglio, fig. 1.975.)

(3) Véase t. I, p 239.

trapa, escuchó las proposiciones de Farnabaces, que le llamaba hacia el Helesponto, cincuenta y cinco galeras atenienses siguieron por este lado á los sesenta y siete trirremes enemigos, y alcanzaron cerca de Sestos una señalada victoria. Era la primera que consolaba á Atenas desde el desastre de Sicilia (411) (1). Un segundo combate cerca de Abidos duró todo el día; al acercarse la noche, Alcibíades apareció con veintidós galeras, y este socorro inesperado dió el triunfo á los atenienses, que se apoderaron de treinta naves (octubre 411); pero la flota carecía de dinero. Para obtenerlo de Tisafernes, Alcibíades fué á ver al sátrapa, quien deseando en aquel momento hacer concesiones á los lacedemonios, cuya buena estrella se obscu-



Jugadora de taba (2)

recía, mandó detener á su antiguo amigo y retúvole treinta días prisionero en Sardes. Alcibíades halló medio de escapar; y para comprometer á Tisafernes, propaló el rumor de que por su orden se le había puesto en libertad, apresurándose después á reunirse con la flota. Esta última no contaba entonces más que cuarenta y cinco galeras, pues habíanse destacado varias naves para recorrer las costas é imponer contribuciones, atendido que el dinero era el nervio de aquella guerra. Sin este recurso, las galeras eran inútiles en el puerto; con él, encontrábanse auxiliares en todas partes, remeros para las naves y hoplitas para el combate. Cuando los barcos destacados hubieron vuelto á reunirse con la escuadra, que tuvo así ochenta y seis naves, Alcibíades combinó un hábil plan para sorprender, cerca de Cícico, á las se-

(1) Con el relato de estos acontecimientos termina el octavo y último libro que poseemos de Tucídides. Xenofonte le sucede con sus *Helénicos*, pero no le reemplaza. En este libro VIII el genio de Tucídides parece flaquear ya, ó tal vez no pudo darle por sí la última mano.

(2) Figurita de barro cocido de la colección de Clercq (según los *Monumentos del arte antiguo* de O. Rayet).

senta galeras de los peloponesios. Toda esta flota, atacada por los atenienses, que la hicieron retroceder hasta la costa, fué copada y destruída; los hoplitas que la montaban sufrieron una derrota en tierra, á pesar del auxilio de las tropas de Farnabaces, y Mindaros sucumbió en la refriega (febrero 410). Hermócrates, que le había sustituído, escribió á los éforos: «¡Todo se ha perdido! Mindaros ha muerto y no hay víveres. ¿Qué hacer (1)?»


Hermes de Praxiteles

En aquel asunto nada había de espartano más que aquel lacónico mensaje. Esparta, perdiendo sus doradas esperanzas, ofreció tratar, á condición de que cada ciudad conservase lo que poseía; pero Atenas, al ver que la fortuna le sonreía de nuevo, creyó tenerla segura para siempre á fuerza de constancia. Había perdido demasiado, Eubea, Chíos, Rodas, Mileto y otras muchas ciudades, para deponer tan pronto las armas, aunque algunas de aquéllas volvían de por sí á la alianza: Thasos, asolada por la guerra civil desde su defección, expulsó al *harmoste* espartano que la gobernaba.

Alcibíades se utilizaba hábilmente de la victoria de Cícico: esta ciudad había sido tomada recientemente y puesta á rescate; Perinto y Selimbria abrieron sus puertas, ó dieron dinero. Frente á Bizancio fortificó Crisópolis, y dejó aquí treinta galeras para imponer el tributo de una décima parte del valor de las mercancías que toda nave exportara del Euxino (2).

El año 409 fué menos feliz: Esparta recobró Pilos; los megarenses volvieron á entrar en Nisea, y el general ateniense Trasilos sufrió un descalabro en su tentativa contra Efeso, sin que sirvieran de compensación algunas felices incursiones de Alcibíades.

Sin embargo, algunos meses después volvió á tomar la ciudad de Bizancio, y sus colegas obligaron á Calcedonia á someterse de nuevo al dominio de Atenas. Farnabaces había procurado inútilmente salvarla, y viéndose al fin completamente abandonado de Esparta y seriamente comprometido, avínose á tratar: ofre-

(1) .. πεινῶντι τὤνδρες... Plutarco, *Alcibíades*, 28.
(2) Xenofonte, *Helen.*, I, 1, 21 y siguientes.

ció subsidios y se comprometió á conducir una embajada ateniense al Gran rey (1).

Es tan raro encontrar motivo para hacer un elogio de Esparta, que debemos dar cuenta aquí de un acto de justicia. Un hombre de Bizancio fué quien, á pesar de la guarnición lacedemonia, abrió las puertas á Alcibíades. Acusado de traición en Esparta, contestó que él era bizantino, y no espartano; que al ver en peligro, no á Lacedemonia, sino á Bizancio, donde los atenienses no permitían entrar nada y donde la guarnición peloponesia consumía los pocos víveres que aun quedaban mientras los habitantes, sus mujeres y sus hijos se morían de hambre, más bien quiso librar á la ciudad de los horrores de la guerra que no entregarla. Añadió que en esto no había hecho otra cosa sino observar las máximas de los mejores ciudadanos de Lacedemonia, quienes consideraban que entre las acciones justas y nobles, la primera consistía en hacer bien á su patria. Los lacedemonios aplaudieron estas palabras, absolviendo al acusado y dejándole en libertad.

Después de los grandes triunfos alcanzados en la Propóntida, la flota de Atenas abandonó aquellos parajes, donde todos reconocían el ascendiente de sus armas, y al salir del Helesponto dividióse: una parte, al mando de Trasíbulo, fué á recorrer las costas de Tracia para obligar á las ciudades sublevadas á cumplir sus deberes, y la otra, á las órdenes de Alcibíades, dirigióse á Samos y fué á imponer rescate á la Caria, que dió 100 talentos. La flota debía reunirse de nuevo en Atenas después de haber mostrado á todas las islas, á Tracia y al Asia Menor, el estandarte victorioso de los antiguos soberanos del mar. En aquel feliz cambio de fortuna, Alcibíades no lo había hecho todo, aunque Plutarco no ve á nadie sino á él y en su misión de biógrafo lo atribuye todo á su héroe. Pero junto al brillante general, la historia nos presenta á sus hábiles colegas, sobre todo á Trasíbulo, vencedor de Sestos, y después al pueblo de Atenas, que á pesar de su extenuación y sus discordias les proporcionó los medios de triunfar de toda la Grecia y Persia, ligadas contra él. Los servicios de un ambicioso no deben impedir que se reconozca lo que corresponde en estos triunfos á los que después de haberlos preparado por su constancia los llevaron á cabo por su valor. No obstante, los atenienses, olvidando las traiciones del aventurero, como lo hará más tarde el historiador de Alcibíades, atribuyéronle todo el honor de la victoria; fué reelegido general, y sus amigos le instaron á que fuese á disfrutar del triunfo.

En su consecuencia enderezó el rumbo hacia Atenas: sus naves, ornadas de escudos y despojos, iban seguidas de numerosas galeras del enemigo, con los estandartes de muchas más que habían sido destruídas, componiendo entre unas y otras un total de doscientas.

Apenas hubo saltado en tierra, el pueblo corrió en tropel á su encuentro, profiriendo gritos de alegría; saludábanle, seguían sus pasos y ofrecíanle á porfía coronas; los que no podían acercarse mirábanle desde lejos, y los ancianos le mostraban á los jóvenes (2).

Reunido el pueblo, Alcibíades subió á la tribuna, y después de haber deplorado sus desgracias, después de quejarse ligeramente y con modestia de los atenienses, atribuyó toda su mala suerte á un demonio envidioso de su gloria. Después habló

(1) Observo que en este año 409-408, se hizo grabar de nuevo en un mármol, hallado en 1843, la ley de Dracón sobre el homicidio, que Demóstenes recuerda en su discurso contra Macartatos.

(2) Omito muchos detalles llenos de una exageración sentimental y falsa, que Plutarco se complace en reproducir. El relato de Xenofonte, más sencillo y verdadero, nos presenta á Alcibíades llegando con veinte galeras solamente, y no atreviéndose á desembarcar sino en medio de una escolta de amigos.

con bastante extensión sobre las esperanzas del enemigo, y exhortó al pueblo á recobrar valor. Los atenienses le otorgaron coronas de oro, nombráronle generalísimo de las fuerzas de mar y tierra, le devolvieron todos sus bienes, y se comunicó á los eumólpidas y á los heraldos orden de retractar las maldiciones pronunciadas contra él por la voluntad del pueblo. Todos las revocaron excepto el jerofante Teodoros, quien dijo: «Por mi parte, yo no le he maldecido si no ha hecho mal ninguno á la ciudad (junio 408).» Sin embargo, los sacerdotes no perdonaron nunca en el fondo de su corazón al que había puesto en ridículo sus ritos sagrados: los eumólpidas se habían opuesto á su vuelta, y profesáronle constantemente un odio implacable.

Alcibíades había entrado en Atenas el día en que la diosa protectora de la ciudad parecía salir de ella cuando se cerraba su templo, y se despojaba su imagen de los velos sagrados para llevar sus adornos al mar, lavarlos y purificarlos. Era costumbre



Cadáver conducido á la tumba por necróforos (1)

suspender el movimiento público durante las horas en que Minerva *Poliada* no estaba en medio de su pueblo (2); pero Alcibíades consagró aquel día de duelo al regocijo: los devotos de Atenas decían que semejante fiesta había enojado á la diosa, y que debían esperarse próximas desgracias.

Sin embargo, Alcibíades no perdió tiempo en recibir las lisonjas de los cortesanos de la fortuna; cien galeras, dispuestas ya, con mil quinientos hoplitas y ciento cincuenta caballos esperábanle en el Pireo; pero antes de marchar emprendió una de esas brillantes expediciones que tanto le agradaban, y á juzgar por la cual podría considerársele como celoso defensor de los dioses. Era antigua costumbre, en la fiesta de los grandes misterios, llevar á Eleusis por la vía Sacra la estatua de Iacos; pero hacía ocho años que los lacedemonios recorrían la campiña, y era preciso ir por mar al templo; solamente algunos pocos hacían el viaje, y no se podían practicar varios de los ritos consagrados. Alcibíades quiso que la procesión pasara de nuevo por la vía Sacra, y con el acostumbrado esplendor; él mismo la escoltó con su ejército; y los lacedemonios de Decelia, retraídos por el temor que aquel jefe inspiraba, no osaron atacarle.

«Alcibíades se granjeó de tal modo por esta conducta el afecto de los menesterosos y de la clase inferior del pueblo, que éstos concibieron el más vivo deseo de tenerle por rey, llegando algunos hasta el punto de indicarle que debía abolir los decretos y las leyes, alejar á los hombres frívolos que perturbaban el Estado con su charla, y disponer de todo á su antojo, sin cuidarse de los calumniadores. No se

---

(1) Pintura de un vaso de Vulci, de la colección de Luynes, en el Gabinete de Francia, n.° 736.

(2) Véase p. 255.

sabe cuál era el pensamiento de Alcibíades sobre la tiranía; pero los más poderosos ciudadanos, temiendo las consecuencias de aquel favor popular, contribuyeron activamente á su pronta marcha, concediéndole cuanto quiso con los colegas que pidió.»

Ignoro si estos rumores tienen algún fondo histórico; pero lo cierto es que Alcibíades iba al parecer á terminarlo todo prontamente. Sin embargo, los obstáculos eran grandes: ciudades abiertas y mal defendidas habíanse sometido sin dificultad en las anteriores campañas; mas no debía suceder lo mismo con las ciudades bien fortificadas y poderosas, como Rodas, Cos, Chíos y Mileto. Una tentativa sobre Andros fracasó, y si bien este descalabro no era de trascendencia, lo que Alcibíades supo al llegar á las costas de Asia tenía en cambio mucha gravedad, y paralizó todos sus movimientos. Darío acababa de confiar á su joven hijo Ciro el gobierno de las provincias marítimas, desempeñado hasta entonces por Tisafernes, junto con las satrapías de Lidia, Frigia y Capadocia (408). Tisafernes había sostenido sucesivamente á los dos pueblos rivales á fin de que se aniquilaran mutuamente en provecho del rey; Ciro concibió otros planes; pensaba disputar un día la corona á su hermano, y entre los recursos que se proponía buscar, contaba con el auxilio de Esparta, el pueblo más afamado de Grecia por su valor. En su consecuencia, sustituyó las tergiversaciones calculadas de Tisafernes con un apoyo sin reserva á la causa de Lacedemonia; y como primer gaje de su favor, detuvo á los diputados atenienses que Farnabazes conducía para presentarlos al Gran rey, y retúvolos prisioneros tres años.

IV. — LISANDRO. — BATALLAS DE LAS ARGINUSAS (406) Y DE EGOS-POTAMOS (405), SUMISIÓN DE ATENAS

Los peloponesios tenían entonces por jefe un digno rival de Alcibíades, tan intrépido, hábil, insinuante y de carácter flexible, que en caso necesario sabía desviarse del camino recto para llegar al fin por obscuros senderos, y que estaba dotado, en una palabra, de las cualidades de que habían carecido por lo regular los generales de Esparta, cualidades que algunas veces hacen políticos felices, aunque no siempre apreciables: este hombre era Lisandro. Por su padre descendía de los Heráclidas; pero su madre era extranjera, tal vez ilota; de modo que Lisandro no se podía considerar completamente como ciudadano. Esta mancha en su nacimiento, que le alejaba de los altos empleos, impúsole los más poderosos esfuerzos; para lograr sus fines hubo de aprender á servirse á la vez de la astucia del zorro y de la fuerza del león, y creyó demasiado en la destreza para limitarse á la probidad «Se divierte á los niños con el juego de la taba, decía, y á los hombres con juramentos.» Y no desesperaba de hacerse reconocer algún día como nacido de la familia de los Heráclidas, y por lo tanto digno del título de rey.

Lisandro no dejó que se enfriara el celo de Ciro; corrió á Sardes, donde el príncipe residía entonces, y obtuvo de él un subsidio que le permitió señalar á sus marineros cuatro óbolos de paga: Atenas no daba más que tres. Por este medio, Lisandro confiaba ocasionar numerosas deserciones en la flota ateniense, y efectivamente, así sucedió; de modo que en poco tiempo pudo armar noventa galeras. Hubiera sido necesario aniquilar esta fuerza renaciente de un solo golpe, hábilmente dirigido, pero Alcibíades, demasiado amante de las excursiones aventuradas, en las que bajo pretexto de saquear por cuenta de Atenas, no lo hacía sino para sí propio, en vez de permanecer á la cabeza de su flota, ocupóse en recoger dinero, aun á expensas

de los aliados, como en Cymé, cuyo territorio asoló. El jefe que para reemplazarle había dejado en Notión, prohibiéndole terminantemente el combate, desobedeció su mandato y fué muerto, perdiéndose así quince galeras (407).

Al mismo tiempo súpose en Atenas la pérdida de Teos y la de Delfinión, único fuerte que los atenienses ocupaban en la isla de Chíos; así es que al recibirse esta noticia, tanto mayor fué la cólera que estalló cuanto más se había esperado de Alcibíades.

Uno de sus enemigos llegó á Atenas, procedente del ejército para acusarle de haber entregado el mando á sus compañeros de libertinaje; también se le censuraba por su lujo y sus exacciones y díjose que había mandado construir en Tracia fuertes para retirarse, lo cual parecía una prueba de traición. A pesar de la confianza recientemente demostrada al vencedor de Cícico, el pueblo tenía sobrados motivos



Escena de matanza (1)

para sospechar del hombre que promovió la expedición de Gilipos á Siracusa, que fué causa de la ocupación de Decelia por los espartanos, que había sublevado á Chíos y Mileto, y encendido por último una guerra terrible. Pero con muy imprudente ligereza, creyóse al punto en una nueva traición, y nombráronse diez jefes, entre los cuales figuraba Conón, para sustituir á Alcibíades. Este último no tenía ya en su favor ni aún el ejército, y no sabiendo de quién fiarse, reunió algunas tropas extranjeras y fué á guerrear en Tracia por su cuenta. A Trasíbulo, comprometido en su desgracia, retirósele el mando; pero el virtuoso ciudadano no se creyó autorizado para castigar á sus compatriotas por el error que cometían, y continuó sirviendo en la flota con el grado que quisieron darle (407).

Este hecho honra á un ciudadano; pero he aquí otro que realza á la ciudad: al poco tiempo, un proscrito de Atenas y de Rodas, mortal enemigo de la causa popular y el más activo mediador entre Esparta y Persia, llamado Dorieus, cayó en manos de los atenienses. La ley de aquel tiempo le condenaba á muerte; pero Dorieus había ganado tres coronas en Olimpia, siete en Nemea y ocho en los juegos ístmicos; y cuando los atenienses vieron cargado de cadenas al vencedor tantas veces aplaudido por Grecia entera, olvidaron su odio y dejáronle marchar libre, sin hablar siquiera de rescate. Los espartanos no entendían de estas delicadezas: algún tiempo después, en 395, Rodas juzgó oportuno separarse de su alianza; Dorieus, que se hallaba entonces en el Peloponeso, era extraño á esta defección; pero mandaron prenderle, y conducido á Lacedemonia, fué ejecutado (2).

(1) Fragmento de una pintura de vaso, según los *Monumenti dell'Inst. archeol.*, IX, tab.32-33.

(2) Xenofonte, *Hellen.*, I, 5, 19; Pausanias, VI, 7, 2.

No obstante, el año de mando de Lisandro expiraba, y se le envió por sucesor á Calicrátidas, verdadero espartano, sin artificio ni ambición, é incorruptible, que tenía por costumbre obedecer ciegamente, é ir adonde su patria le enviara, aunque fuese á la muerte.

Antes de su llegada, Lisandro, deseoso de ser siempre hombre necesario, había dado fin con todos los recursos de la flota, después de organizar en las ciudades de Jonia un partido que soñaba con el restablecimiento de los antiguos tiranos. Previendo que esta oligarquía iba á necesitar el apoyo extranjero, confiaba en que Esparta le encargaría de sostener lo que acababa de crear (406).

Calicrátidas se encontró con una flota de ciento cuarenta velas, pero careciendo de dinero, dirigióse á Sardes con la esperanza de obtenerle de Ciro. Lisandro había predispuesto al príncipe contra su sucesor, y la paciencia del espartano hubo de sufrir una ruda prueba, puesto que después de esperar audiencia todo un día, salió de Sardes, deplorando la triste dependencia á que se habían sometido los griegos respecto á los insolentes persas; pero juró emplear todos sus esfuerzos, al regresar á su patria, para obtener la paz entre Esparta y Atenas. Llamado por un partido á Metimna, sorprendió esta plaza, permitiendo que sus soldados la saquearan, pero rehusó vender los habitantes. «Mientras yo ejerza el mando, decía, ni un solo griego será reducido á la esclavitud.» Conón, que llegó demasiado tarde para salvar á Metimna, quedó encerrado en Mitilena á consecuencia de una derrota que le costó treinta galeras, y ya no tenía más que cuarenta, mientras que las del enemigo ascendían á ciento setenta. Sin embargo, logró enviar un aviso á los atenienses, quienes por un esfuerzo supremo, y agotando sus últimos recursos, pudieron preparar en treinta días ciento diez naves. Todos los hombres que no eran absolutamente necesarios para guardar las murallas fueron destinados á esta flota, con muchos metecos y esclavos: á los primeros se les prometió el derecho de ciudadanía, y á los segundos la emancipación y, después de la victoria, tierras que recibieron, en efecto, como *clerucos*. Cuarenta y cinco naves que habían quedado en Samos fueron á reunirse con la escuadra ateniense. Los peloponesios, poseídos ya de confianza, dejaron cincuenta galeras para continuar el bloqueo de Mitilena, y con las ciento veinte que les quedaban fueron en busca del enemigo.

Las dos flotas, componiendo un total de doscientas setenta y cinco naves, el armamento más considerable que se había visto en aquella guerra, encontráronse en las Arginusas, tres pequeñas islas situadas en la costa de la Eólida (septiembre 406).

Como la superioridad estaba ahora de parte de los atenienses, se aconsejaba á Calicrátidas que se pronunciara en retirada, pues los presagios, decían los adivinos, anunciaban su muerte. «Si somos vencidos, contestó, Esparta hallará fácilmente una flota; pero si huyo, ¿dónde encontraré mi honor?» Fué derrotado y pereció de los primeros; setenta galeras quedaron en poder del enemigo ó se fueron á pique. Los atenienses habían perdido veinticinco, pero el número de muertos era escaso, y muchos hombres hubieran podido salvarse en los restos de las naves si la acción no se hubiese librado lejos de la ribera.

Los jefes encargaron á dos de sus oficiales, Teramenes y Trasíbulo, que recogieran á los náufragos y á los muertos mientras ellos perseguían al enemigo. Una tempestad que bajó de improviso del monte Ida alborotó el mar, imposibilitando el salvamento; y muchos infelices perecieron, sin que se pudieran recoger sus cadáveres para tributarles los honores fúnebres. Según las ideas de los griegos, dejar á los muertos sin sepultura era una impiedad que se procuraba evitar á toda costa, pues no eran solamente los dioses los que se encargaban de castigarla. En otro tiempo,

Nicias había renunciado al honor de erigir un trofeo de victoria por faltarle dos muertos que no había podido encontrar, y que reclamó á los corintios, pues no quería entrar en Atenas sin los restos de aquellos que habían perecido (1). Más tarde, Cabrias dejará escapar una flota lacedemonia que hubiera podido destruir, á no retenerle el cuidado de buscar sus muertos.

Seguramente, en aquella prolongada guerra marítima, fueron muchos los soldados que tuvieron el Océano por tumba; pero cuando menos habíase cumplido constantemente el deber de recoger todos los que las olas devolvían. En las Arginusas no sucedió así; los jefes habían creído que completar su victoria y salvar á



Atenea Partenos (2)

Conón, bloqueado en Mitilena, era servir mejor á la patria que detenerse para practicar una operación de que otros podían encargarse. Pero las familias sacerdotales pusieron el grito en el cielo, y la oligarquía, muy aficionada á disimular bajo un celo religioso sus odios y esperanzas, explotó en interés de su política un sentimiento respetable de piadosa y ciega devoción.

Un hombre podía creerse expuesto más que ningún otro á estas santas cóleras, y era el que recibió el encargo expreso de salvar á las tripulaciones cuyas galeras quedaron despedazadas.

Para alejar la tempestad que se cernía sobre su cabeza, Teramenes acusó á sus antiguos jefes; seis de ellos, depuestos del mando, habían vuelto á Atenas para que se les juzgase, y ya iban á ganar su causa, cuando un hombre se adelantó. «Yo estaba en la batalla, dijo, y como mi galera se hallase destrozada, me encaramé sobre un mástil, desde donde vi perecer, uno tras otro, á todos mis compañeros. Me han encargado que si escapaba viniese á decir á Atenas que habían sido cobarde-

(1) Tucídides, IV, 44.

(2) Medallón de oro, descubierto en Crimea y conservado en el Museo del Ermitage en San Petersburgo (según los *Mitteilungen d. d. archäol. Institut in Athen*, VIII (1883), tab. XV, n.° 2).

mente abandonados por los jefes.» Al escuchar estas palabras, el pueblo cree oir el grito mismo de los náufragos; los parientes piden venganza, y la asamblea vota la pena de muerte. Contra esta condena elévase en vano la voz de un justo, la de Sócrates (1); uno de los seis condenados era el hijo de Pericles, y ni aun su nombre le salvó; otro, Diomedón, que había querido que toda la flota buscase los náufragos después del combate, aceptó la sentencia con viril resignación. «Deseo, dijo al pueblo, que este juicio no atraiga desgracias sobre la ciudad, y en cuanto á vosotros,



Helena Menelao (2)

atenienses, no dejéis de ofrecer á los dioses los sacrificios de acciones de gracias que les hemos prometido por nuestra victoria.» Nobles palabras, cuya sangrienta ironía no comprendió la multitud cegada por la pasión política y religiosa.

Atenas se arrepintió de esta sentencia, pero demasiado tarde (3); muy pronto iba á expiar, por la incapacidad que manifestaron sus generales en Egos-Potamos,

(1) Xenofonte, *Hellen.*, I, 7, 35.

(2) Helena rescatada después de la toma de Troya. (Cuadro copiado de un vaso de origen argivo, existente en el Real Museo de Berlín).

(3) Cinco de los acusadores fueron á su vez acusados de haber engañado al pueblo y se les sometió á juicio. Onosander en su tratado sobre los deberes de un general, Στρατηγικός λόγος, 36, escribirá á mediados del siglo I después de J.C. lo siguiente: «Que el general se ocupe en recoger los muertos, sin pretextar ni el tiempo ni la estación, ni el temor de perder ni de ganar una batalla, porque la piedad para con los muertos es un deber sagrado.» Platón opinaba lo mismo, y toda la antigüedad pensó como él. En el *Hipias Major*, 25, dice: «No se puede juzgar completamente feliz ningún mortal, aunque esté colmado de todos los dones, hasta después de haber obtenido sepultura, porque solamente entonces estará seguro de que su sombra no vaga inquieta é infeliz, como aquellas que no han recibido los últimos honores.» Como se creía que la privación de sepultura condenaba á las sombras de los muertos á crueles desgracias, solamente se aplicaba esta pena á los más grandes criminales.

aquel injusto arrebato de un sentimiento honroso contra los vencedores de las Arginusas (406).

Hacia aquel tiempo Sófocles murió cargado de años y de gloria: su vida feliz, comenzada con la liberación de la patria, terminaba con el rumor de su última victoria, y fué honrada hasta por los lacedemonios, que no molestaron al cortejo fúnebre cuando avanzó hacia Colona por el camino de Decelia. Su *Antígona*, brillante consagración del deber de los vivos para con los muertos, había dejado recuerdos



Tetis Aquiles Eos, madre de Memnón Memnón (1)

que tal vez influyeron en la terrible sentencia. En aquel mismo año, otro poeta, Aristófanes, viendo aquella vez claramente el verdadero interés de Atenas, osó pedir en pleno teatro que se llamase de nuevo á Alcibíades, á quien muchos de sus oyentes reclamaban. «Atenas, dice el Baco de las *Ranas*, Atenas le echa de menos, le odia, y quiere tenerle» Eurípides se opone, porque Alcibíades fué un mal ciudadano, y Esquilo le contesta: «Lo mejor sería no criar leoncillos en la república; pero si el león ha crecido, preciso será someterse á sus caprichos;» y Aristófanes acaba por recordar el consejo de Pericles: «La flota es nuestra riqueza, la única con que se debe contar (2).» Por desgracia, el poeta no fué más escuchado que cuando recomendaba medidas impracticables.

El desastre que los peloponesios habían sufrido en las Arginusas era considerable; y á petición de todos los aliados de la costa de Asia y la de Ciro, Lisandro fué el encargado de repararla (405). Un espartano no podía ser dos veces almirante; Aracos, nombrado para este cargo, permaneció en Lacedemonia, y Lisandro, su segundo, obtuvo plenos poderes para obrar. Ciro, que veía próxima la muerte de su padre, dió al espartano cuanto oro quiso, y Lisandro pudo reconstituir una flota res-

(1) Lucha de Aquiles y de Memnón. (Cuadro copiado de un vaso de origen argivo, existente en el Real Museo de Berlín.)

(2) *Las Ranas, ad finem.*

petable, con la que recorrió audazmente todo el mar Egeo, y hasta fué á desembarcar en el Atica. Para aniquilar si era posible la influencia del oro pérsico, que ocasionaba tantas deserciones, dícese que el pueblo de Atenas decretó que todo prisionero hecho en el mar sería mutilado. Filoclés, uno de los nuevos generales, fué más duro aún que la asamblea, pues habiendo caído en sus manos dos galeras de Corinto y de Andros, mandó dar muerte á todos los tripulantes. La guerra, que tocaba á su fin, comenzaba á ser sin tregua ni merced.

Lisandro se había dirigido hacia el Helesponto, y acababa de saquear Lampsaco, en cuyas aguas dió orden de anclar, cuando avistó frente á él, en Egos-Potamos, cerca del sitio llamado arroyo de la Cabra, una flota de 180 galeras atenienses, reunidas para perseguirle. Por la mañana, los atenienses presentaron la batalla, que Lisandro rehusó, y persuadidos de que era por temor, volvieron á su estación, seguidos de lejos por algunas ágiles galeras que observaban sus movimientos. Sin hacer aprecio de este detalle, los atenienses desembarcan y dispérsanse para buscar víveres: durante cuatro días repítese igual maniobra, y envalentonados los atenienses por aquella inmovilidad, que atribuyen al temor, entréganse á la más ciega confianza.

Alcibíades, que estaba en los alrededores, viendo el peligro, corrió á caballo al campamento de los atenienses y demostróles cuán imprudente era permanecer en una playa descubierta, sin refugio ni víveres asegurados, frente á un enemigo poderoso y hábil, exhortándolos después á correrse hacia Sestos. No se quiso escucharle; y hasta uno de los jefes reprendió duramente al desterrado porque se mezclaba en asuntos en que nada tenía ya que ver. Al oir esto, Alcibíades se retiró.

El quinto día, los atenienses volvieron, como de costumbre, á presentar la batalla; mas por la tarde, cuando se hubieron retirado, con ese aire de indiferencia y de desdén que les era habitual, Lisandro ordenó á los comandantes de las naves enviadas de observación que volvieran con toda la rapidez posible cuando hubieran visto á los atenienses desembarcar, y que, llegadas á la mitad del estrecho, elevasen sobre su proa, en la punta de una pica, un escudo de bronce, lo cual sería la señal de marcha de la flota. El mismo Lisandro, en su galera, recorriendo toda la línea, animaba á los pilotos y á los capitanes, exhortándoles á mantener sus tripulaciones en buen orden y hacer fuerza de remos apenas se diese la señal de alcanzar al enemigo.

Tan pronto como se vió el escudo elevado sobre las galeras de observación, la trompeta de la nave almirante dió la señal, y toda la flota se puso en movimiento en buen orden. El estrecho que separa los dos continentes no tiene en aquel punto más de 15 estadios de anchura; los remeros bogaron con presteza, y muy pronto los franquearon.

Conón fué el primero de los generales atenienses que desde tierra vió aquella flota avanzar: poseído de dolor al pensar en el desastre que se prepara, llama á los unos, conjura á los otros, y obliga á montar las naves á todos aquellos que encuentra. ¡Inútil celo! Los soldados, dispersos en la costa, habían ido á comprar víveres, ó paseábanse en el campo; algunos dormían en sus tiendas, y otros preparaban la cena. Los peloponesios, cayendo sobre la línea enemiga, apodéranse de las galeras que están vacías, rompen con su choque los remos de las que comenzaban á llenarse de soldados, avanzan hasta la orilla, y matan sin dificultad á los atenienses que acudían aislados y sin armas. Lisandro hizo tres mil prisioneros, entre los cuales se hallaban los jefes, y apoderóse de toda la flota excepto de la galera paraliana y ocho naves que Conón pudo llevarse (agosto 405).

Esta vez había vencido el zorro y no el león, pues ni siquiera hubo lucha: Atenas merecía acabar mejor. Una hora antes de esta inmensa ruina, todas las probabilidades estaban en su favor; el oro de los persas, el hábil ardid de Lisandro y el descuido fatal de los generales atenienses hicieron en un instante lo que no había podido hacer durante veintiséis años la Grecia entera conjurada contra una sola ciudad.

Todo estaba agotado ya; no había una sola nave en el Pireo, ni un talento en el Tesoro, ni un hoplita en la ciudad que pudieran servir para formar otro ejército. Atenas iba á caer, no por falta de valor, sino de hombres. Roma fué más feliz ante Aníbal; cierto que no demostró más constancia y patriotismo, pero en cambio no tuvo divisiones intestinas, ni partido oligárquico que sacrificara los mejores jefes para sustituirlos con hombres incapaces. ¡Malditos sean aquellos que perdieron la patria por odios políticos disfrazados por la hipocresía religiosa!

Abreviemos el doloroso relato de los últimos momentos de la noble y desgraciada ciudad. No había mediado combate, pero hubo matanza. Esparta quiso terminar aquella guerra como la había comenzado, y trató á los tres mil hoplitas como á los plateos.

Lisandro preguntó á Filoclés á qué muerte era acreedor el hombre que había puesto en ejecución el decreto últimamente aprobado por Atenas tocante á los prisioneros; y no queriendo aquél contestar á un acusador que era al mismo tiempo su juez y su verdugo, limitóse á decirle: «Vencedor, haz lo que tú hubieras sufrido si te hubiesen derrotado.» Lisandro, vistiendo el traje de sacrificador, cual si fuese el ministro de las venganzas divinas, mató por su propia mano á Filoclés y esta fué la señal de la inmensa matanza.

Ninguna ciudad trató de resistir: Bizancio, Calcedonia y todas aquellas ante las cuales se presentó Lisandro abrieron sus puertas. Por doquiera, su primera diligencia era abolir la democracia, confiriendo el poder á un *harmoste* lacedemonio y á diez arcontes, tomados de las sociedades secretas que tenía organizadas. Al mismo tiempo, ponía en libertad á todos los atenienses que cogía, y enviábalos á Atenas, amenazándolos con pena de muerte si no lo hacían. La ciudad iba á verse obligada á mantenerlos, y proceder así era enviarle el hambre. Muy pronto se presentó él mismo ante el Pireo con ciento cincuenta galeras, y Pausanias pudo acampar en los jardines de la Academia con todas las fuerzas del Peloponeso.

Sin embargo, la galera paraliana, que pudo escapar de las manos de Lisandro, había llegado de noche al Atica: la dolorosa noticia se propaga; las lamentaciones la llevan desde el Pireo á la ciudad; transmítese de boca en boca, y en un instante llega á conocimiento de todos. Aquella noche nadie durmió; los atenienses lloraban sus muertos y su propia suerte, su imperio caído, su querida libertad, que iba á sucumbir bajo los golpes de Lacedemonia, ó bajo el yugo de una facción odiada. Llegado el día, la asamblea se reunió, y acordóse cerrar todas las puertas, excepto una; reparar las brechas, vigilar todos los puntos, y disponerse, en fin, á sostener un sitio.

Bajo la impresión de la más desastrosa derrota, los atenienses no perdían del todo su valor, sino que se defendieron en medio de las discordias intestinas hasta que el hambre hizo caer las armas de sus manos. Esparta exigió la demolición de las Murallas largas, á lo cual se negaron los atenienses, y entonces Teramenes ofrecióse á emplear la influencia que pretendía tener sobre los éforos. Tres meses necesitó para el viaje, y los atenienses aguardaron sufriendo hambre, terrible ya cuando él marchó, el fin de aquella tardanza inexplicable. Cuando volvió sin haber obtenido nada, la miseria llegaba á su colmo, y se le envió de nuevo con poderes ilimitados.

para tratar. En Esparta hallábanse reunidos los aliados, y varios de ellos, Tebas, y sobre todo Corinto, no querían merced. Esparta temía entregar la Grecia Central á los unos y el mar á los otros, y en su consecuencia acordó las condiciones siguientes: demolición de las fortificaciones del Pireo y de las Murallas Largas, evacuación de las ciudades conquistadas, reducción de la marina á doce naves, alianza con Lacedemonia, es decir, dependencia, y llamamiento de los desterrados. Los melianos y eginetas que aun quedaban recobraron su patria, de donde Lisandro expulsó á los colonos atenienses.

Varios querían resistir aún, por más que el hambre hiciera cada día nuevas víctimas; pero el partido oligárquico, cuyo influjo iba en aumento á medida que eran mayores las desgracias públicas, consiguió que se encerrara en una prisión á los partidarios desesperados del honor de Atenas, y una asamblea aceptó el decreto fatal. Entregáronse todas las naves á Lisandro, excepto doce, y éste tomó posesión de las murallas el 16 del mes de muniquión, día en que los atenienses habían alcanzado sobre los bárbaros la victoria de Salamina (junio 404). Apenas entrado en la ciudad, propuso cambiar la forma de gobierno, y como los atenienses se opusieron enérgicamente, díjoles que habían faltado á la capitulación, que habían transcurrido los días señalados para derribar las murallas, sin cumplir con este artículo del tratado, y que de consiguiente reuniría el consejo para imponer condiciones más duras. Añádese que en aquella asamblea se propuso reducir á la servidumbre á todos los atenienses, y que un tebano pidió que se arrasase la ciudad, convirtiéndose todo el país en tierra de pastoreo para el ganado.



Escena de festín (1)

La reunión fué seguida de un festín en que tomaron parte todos los generales; y mientras las copas circulaban entre los comensales, un músico de Focea cantó estos versos del primer coro de la *Electra* de Eurípides: «¡Oh hija de Agamenón, he venido á tu morada rústica!.....» Los convidados, enternecidos por aquella analogía de dos grandes infortunios, exclamaron que sería horrible destruir una ciudad tan célebre, y que había producido tan grandes hombres. Lisandro reunió un gran número de músicos é hizo arrasar las murallas y quemar las naves al son de los instrumentos, en presencia de los aliados, que coronados de flores cantaban sobre estas ruinas la libertad de Grecia.

Tucídides ha expuesto oficiosamente las causas de la pérdida de Atenas. «Mientras Pericles estuvo á la cabeza del Estado, gobernó con moderación y Atenas fué poderosa. Cuando la guerra estalló, apreciando justamente la fuerza de los atenienses, les dijo que si cuidaban de su marina, absteniéndose de conquistas, y no precipitando á la república en aventuras, obtendrían la victoria. En todos estos puntos hízose lo contrario de lo que él aconsejaba. Para satisfacer ambiciones é intereses particulares, los atenienses acometieron empresas inútiles al fin de la guerra, que en caso de buen éxito no habrían aprovechado más que á los particulares, y en caso

(1) Pintura en una copa del Vaticano (según el *Museo Gregoriano*, II, tab. LXXXV, I). La escena de embriaguez, representada en la p. 344, se pintó en el fondo de la misma copa.

adverso habrían de poner en peligro al Estado. Los hombres que sucedieron á Pericles, deseando todos ocupar el primer puesto, abandonaron los asuntos á los caprichos del pueblo, lo cual condujo á muchas faltas, que por la extensión del dominio ateniense hiciéronse desastrosas. La principal fué la expedición de Sicilia, en que se debió deplorar, menos aún la locura de una empresa comenzada contra enemigos cuya fuerza se había apreciado mal, que la conducta de aquellos que, después de influir para que se acometiera, no pensaron en ir en auxilio de sus conciudadanos en aquella campaña lejana. Entregados del todo á sus cuestiones respecto á la preeminencia en el Estado, dejaron que las operaciones languidecieran por falta de auxilios, y en Atenas no se ocuparon más que en hacerse mutuamente la guerra. No obstante, aunque el pueblo hubiese perdido en Sicilia muchas de sus fuerzas militares con la mayor parte de su flota, y por más que en el Estado reinasen las discordias intestinas, resistió aún diez años contra los enemigos con quienes había empeñado la guerra, contra la mayor parte de sus aliados, que abandonaron su causa, y más tarde contra Ciro, hijo del Gran rey, que ayudó á los peloponesios, dándoles dinero para su marina. Si al fin cedió, no fué hasta después de haberse aniquilado á sí misma por sus cuestiones interiores; y por esto se ve que al principio de la lucha Pericles tenía motivos para creer que los peloponesios por sí solos serían incapaces de disputar la victoria á Atenas (1).

(1) Tucídides, II, 65.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO

PÁGINAS

ERRATA IMPORTANTE. – En algunos ejemplares, en la página 91, línea 29, dice 3.000, debiendo decir 300.000.

ADVERTENCIA. – La lámina cromolitografiada que lleva el título de JARRÓN DE PLATA SOBREDORADA se deberá colocar enfrente de la portada.

